



UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE DE SEVILLA
DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA, HISTORIA Y FILOSOFÍA
PROGRAMA DE DOCTORADO EN HISTORIA Y ESTUDIOS HUMANÍSTICOS:
EUROPA, AMÉRICA, ARTE Y LENGUAS

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN:
SOCIEDAD, CULTURA Y ECONOMÍA COLONIAL Y REPUBLICANA EN LA
HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

**ENTRE EL ÉXTASIS ILUSTRADO Y EL MIEDO ESPIRITUAL: DISCURSOS Y
ACCIONES EN TORNO A LA CREACIÓN DE CEMENTERIOS EXTRAMUROS
EN LOS CONTEXTOS URBANOS DEL NUEVO REINO DE GRANADA**

(1750-1808)

DOCTORANDO: DIEGO A. BERNAL BOTERO
DIRECTOR: JUSTO CUÑO BONITO

SEVILLA 2019

DEDICATORIA

A mi abuelita materna María Restrepo de Botero (1929-2018), quien falleció durante la fase final de redacción y corrección de la última versión de este trabajo. Su presencia física que por años acompañó mi existencia, ahora se torna en inspiración y en la oportunidad de hacerle un homenaje. La muerte es una como objeto de estudio y otra muy diferente cuando es la ausencia de aquel ser que comenzamos a extrañar, aún antes de que se marche de nuestro lado.

En ese mismo orden de ideas, amplió la dedicatoria a mi abuelo materno Jaime Botero Restrepo, quien depositó en mí desde hace muchos años los vínculos funerarios de la familia, enseñándome que no por temerle a la muerte, esta se aleja lo suficiente... ni por trabajar cerca de ella su peso deja de rondarnos. Él me ha acompañado en mis grados y ha celebrado mis ascensos, yo prometo seguirlo acompañando y teniéndolo presente, así sus años y achaques amenacen con convertirlo en sutil recuerdo. ¡Gracias a él sé que el amor es más fuerte y sobrevive al paso del tiempo!

A mi esposa, Luisa Fernanda Gómez Ríos; a mis padres, Alfonso Javier Bernal Botero y Luz Marina Botero Restrepo; a mi hermanita, Ana María Bernal Botero y a mi sobrino José María Castañeda Bernal; y a mi ‘segunda madre’, Lucette Ferlicot; quienes han seguido creyendo en este proyecto, pese a los años y años que han pasado desde su origen... y su ampliamente dilatada fase final. Su constante apoyo y la confianza que han depositado en mí de manera abnegada y paciente, son y serán siempre mi mayor motivación.

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

A quien sin tener en la muerte un tema de interés, no reparó ni un segundo en leer, corregir y sugerir cambios y ajustes, permitiéndome a través de sus ojos y oídos, releerme y repensar ideas y conceptos. Nunca sobra decir gracias, mucho menos cuando lo que se ha recibido viene acompañado de una mezcla perfecta entre ternura y rigor, complicidad y disciplina, amor y sentido de la exigencia y la perfección. Ella es mi colega, mi amiga, mi correctora y mi más grande inspiración: **mi esposa... ¡mi Lou Salomé!**

Agradecimientos

Larga es la lista de las personas a las que debería agradecerles por su apoyo a lo largo de este dilatado proceso investigativo, por lo que es complejo el ejercicio de mencionarlas a todas, pero buscaré resaltar algunas de ellas.

En primer lugar, es importante agradecer el apoyo que recibí desde el primer día de clases (en una fría Sevilla de comienzos de enero de 2011), por parte de mi gran amiga y excelente colega María del Mar Muñoz González, quien con paciencia y cariño contribuyó a que este proyecto de doctorado se encaminara por la buena ruta, pese a su particular resistencia y temor inicial a acercarse a los espacios de la muerte. Sus consejos, ‘regaños’ y correcciones durante la fase del Máster, fueron fundamentales al momento de consolidar esta tesis, así como su apoyo y ‘compañía’ desde la distancia a lo largo de estos más de 6 años de trabajo de investigación doctoral. A ella le incumplí la promesa de defender juntos, pero ahora ‘me hace ilusión’ (frase que aprendí de ella) pensar que, con su rigor y ponderación, me esperará en el otro escalón de esta aventura formativa que iniciamos juntos, pero en el que siempre le tuve muchísima más fe y admiración, de la que ella se llegaba a tener en sus momentos de angustia y desesperación.

A mi director, el Doctor Justo Cuño Bonito, quien desde el comienzo me apoyó de manera incondicional, aportándome valiosas recomendaciones para el ajuste de mi proyecto; así como me acompañó con disciplina y rigor a lo largo de este dispendioso trabajo investigativo y su fase de redacción. Él nunca permitió que desfalleciera y, a pesar de las demoras, siempre me entregó la confianza y el ánimo suficiente para continuar adelante. Espero que este trabajo retribuya en parte todos sus esfuerzos, para poder llevar con orgullo el sello de que haya sido mi director.

Al insigne profesor y maestro Doctor Juan Marchena Fernández por su confianza, generosidad y rigurosidad. A él le debo el que mi estadía en Sevilla haya estado cargada de mucho más que de experiencias ‘académicas útiles’, pues me abrió las puertas a contactos, rutas, recetas y experiencias alternativas que hoy acompañan mi labor docente, a la par que me comprometen a colmar de pasión cada uno de los menesteres cotidianos que implica el mundo académico. Me enseñó que de nada nos sirve combatir contra nuestro estigma de ‘intelectuales’, retándonos a asumirlo como una posibilidad de leer el mundo y las relaciones desde otra perspectiva.

Al excelente equipo de docentes que reunió en torno a nosotros durante las fases lectivas el programa académico de la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla. Cada uno de ellos incidió de manera fundamental en nuestra formación, así como me enseñaron con su experiencia y rigor, cómo es que se debe portar con dignidad el rótulo de Historiador.

A mis hermanitos de corazón: Daniel Botero, Mauricio Pineda, Santiago Saldarriaga, Mercedes Jojoa, Leonardo Ortega, Bérnori Granada, Liliana Duarte, Catalina Duque y Francisco Herrera; así como a quienes acompañaron con sus ánimos y buenas energías en este largo viaje académico ejerciendo una sutil, pero muy importante ‘presión psicológica’ (caso especial de mi gran amiga Isabel Cristina Piedrahita), para que este tan anhelado sueño llegara a buen puerto algún día. ¡El camino no termina aquí, así que espero seguirlos teniendo a mi lado en esta ruta que han logrado hacer mucho más divertida y placentera!

A mis amigos y colegas de la Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, quienes a lo largo de más de 10 años me han brindado los espacios para la divulgación de los avances en mi proyecto, constituyéndose en críticos y asesores permanentes de cada uno de los capítulos. Entre ellos merecen una especial mención mis jefes y presidentes de la Red: Luis Repetto Málaga, Patricia Uribe Arango, Ciro Caraballo Perichi y Luis Noel Dulout, quien además es mi apreciable amigo y compañero de viajes y gestas cementeriales.

A mis compañeros investigadores, guías y coordinadores del Cementerio Museo de San Pedro, en especial a mi estimado amigo y colega Juan Diego Torres Urrego. Son muchos años de trabajo conjunto, que se han transformado en nuevos enfoques, discursos y alternativas de investigación en torno a un Bien de Interés Cultural que nos ha congregado como familia y al que retribuimos a través de cada una de nuestras producciones.

A mi amiga, colega docente y gran aliada en materia de investigación, Dra. Mónica Giedelmann Reyes, por acolitarme e incluirme en tantas iniciativas comunes que hemos adelantado en torno al patrimonio funerario. Sin necesidad de hablarnos o vernos con frecuencia, por años hemos sabido que contamos el uno con el otro cuando de temas cementeriales se refiere... y ahora que la Universidad Pontificia Bolivariana nos ha dado la posibilidad de trabajar juntos, sé que somos capaces de convertir en hechos, metas que en el papel difícilmente suenan alcanzables.

A mis estudiantes, en especial a los integrantes de mi semillero, así como a quienes he tenido el gusto y el honor de dirigir en sus proyectos de investigación. Acompañarlos en su proceso formativo me ha brindado la oportunidad de crecer y aprender de cada uno de ellos.

Al personal que trabaja en la preservación documental y la atención al público en cada uno de los archivos consultados. Sus esfuerzos y generosa colaboración fueron fundamentales al momento de acceder a mucha de la información aquí reunida.

A todos, mencionados y no, mis más sentidos agradecimientos. Sin su aporte, compañía y apoyo moral, este trabajo nunca se hubiese logrado hacer realidad.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN	11
Enfoque cronológico y geográfico	16
Enfoque temático	20
Estado del arte	20
Fuentes primarias impresas y archivos consultados	33
Organización de la información y temáticas de los capítulos	39
PRIMERA PARTE	44
El éxtasis ilustrado: en busca de teorías, modelos y referentes para la transformación de las prácticas funerarias en la España de los Borbones	
CAPÍTULO 1 Guardar el alma o salvar los cuerpos: teoría y debate ilustrado en torno al lugar de las sepulturas (1750-1786)	45
1 1.1.Antecedentes en la regulación de las sepulturas en las iglesias y las ciudades	45
1.1.1. Interacciones entre vivos y muertos bajo la Monarquía de los Austrias	47
1.1.2. Súbditos en la tierra y en el cielo	48
1.1.3. La Ilustración y el debate en torno a la sepultura de cadáveres	51
1.1.4. Primeras apuestas teóricas en contra de las inhumaciones intramuros	54
1.1.5. Los Borbones: más que una nueva dinastía	61
1 1.2.Hechos y referentes prácticos previos a las reformas funerarias en España	64
1.2.1. El Arzobispo Josep Climent i Avinent y el primer cementerio de Barcelona	64
1.2.2. El Cementerio de la Barceloneta: ¿un antecedente extramuros olvidado?	71
1.2.3. El ‘nuevo’ Ferrol y Valencia: buenas intenciones y pocos resultados	83
1.2.4. Madrid: entre la salubridad y la estética	90
1.2.5. La epidemia en la villa y puerto de Pasage (Guipúzcoa) y sus ecos en el Arzobispado de Granada	92
1.2.6. Los ‘miasmas’ y los ‘vapores pútridos’: teorías y explicaciones protomédicas previas a las Reales Cédulas Carolinas	95
1 1.3.Carlos III y los antecedentes de la regulación de las sepulturas	101
1.3.1. La Real Orden de 24 de marzo de 1781 y el inicio del proceso Carolino	101
1.3.2. Voces a favor... ¿y voces en contra?: curiosidades del Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia	104
1.3.3. Benito Bails y su compilación: método matemático al servicio de los espíritus ilustrados	108
1.3.4. Establecimiento del Cementerio del Real Sitio de San Ildefonso y publicación de su reglamento: un ejemplo vale más que mil discursos	113
1.3.5. Tratado de los funerales y de las sepulturas: un acercamiento a las prácticas de enterramiento del siglo XVIII previas a las reformas	120
1.4 Grandes escritos, pocos resultados: avances y frustraciones en los primeros años de las reformas funerarias en la Península Ibérica	123
CAPÍTULO 2 En busca de referentes adaptables: Europa y el proceso ilustrado en torno a los cementerios extramuros (1750-1786)	127
2.1.Francia: grandes tratados, pocos ejemplos prácticos	129
2.1.1. Napoleón y la construcción del Cementerio de Père-Lachaise	133
2.2.Los territorios italianos: en busca de un modelo aplicable	137
2.2.1. Los cementerios de Turín: teoría y legislación ilustrada al servicio del proceso	138

2.2.2. El Duque de Villahermosa y los cementerios de Turín: análisis crítico de un modelo a seguir y a mejorar	141
2.2.3 El Cementerio de las 366 fosas de Nápoles: entre la arquitectura funcional y la estadística	150
2.3. Entre las luces y el temor: éxitos y fracasos en la construcción de cementerios en Europa	154
SEGUNDA PARTE: El miedo espiritual: discursos, proyectos y estrategias en torno a la construcción de cementerios extramuros en el Nuevo Reino de Granada	158
CAPÍTULO 3 Nuevas visiones ilustradas para un nuevo orden social: hacia la regulación de los sitios de enterramiento en los territorios americanos (1787-1808)	159
3.1 Estevan Miró y el cementerio de Nueva Orleans: ecos de la Real Cédula de Carlos III en la América Hispana	160
3.1.1. Nueva Orleans: una ciudad francesa construida por los hispanos	161
3.1.2. Los cementerios como necesidad y las normativas como oportunidad	163
3.2. Don José de Ezpeleta y el debate ilustrado en torno a la creación de cementerios en La Habana	169
3.2.1. De la teoría a la práctica: hacia la construcción del Cementerio General de La Habana	174
3.3. Fines comunes, medios divergentes: enfrentamientos en torno a la creación de cementerios extramuros en la Nueva España	177
3.3.1 La sepultura eclesiástica como premio y medio de salvación en la Nueva España	181
3.3.2 De privilegios y beneficios: interacción entre las élites y las autoridades eclesiásticas en la creación de espacios funerarios en la ciudad de Guadalajara	185
3.3.3 Del Tepeyac a las periferias urbanas: hacia la creación del primer cementerio extramuros en la Ciudad de México	195
3.3.4 Medidas ilustradas en torno a la creación de cementerios extramuros para la Ciudad de México	199
3.4. La prensa limeña y la promoción pública de las inhumaciones extramuros en el Virreinato del Perú	207
3.4.1 La Ciudad de los Reyes: entre el lujo y la ruina	207
3.4.2 Reconstruida la ciudad... reinstaladas las sepulturas intramurales	212
3.5. Bellas palabras, pobres realidades: síntesis de realizaciones y fracasos en los primeros años de las reformas funerarias en Hispanoamérica	214
CAPÍTULO 4 Grandes expectativas, pocas realizaciones: discursos, procesos y fracasos en el Nuevo Reino de Granada en torno a los cementerios extramuros (1787-1803)	217
4.1 El Cementerio de La Ermita de Popayán: buenas intenciones, malos lugares	219
4.1.1. La capilla de La Ermita: ni tan cerca ni tan lejos	219
4.1.2. Mientras los vivos pelean, la muerte triunfa	222
4.2 La Real Cédula de Carlos IV de 1789: mucha información, pocos resultados	225
4.2.1. Provincia de Antioquia: buena acogida, poco entusiasmo	226
4.3 Hacia la creación del Cementerio General de Santafé: un caso emblemático	230
4.3.1. El Virrey Ezpeleta y la búsqueda de argumentos ilustrados en Santafé	231

4.3.2 El Hospital San Juan de Dios y la construcción del primer cementerio	236
4.3.3 Fray Miguel de Isla y las primeras normas para el traslado de cadáveres en Santafé	240
4.4 El Virrey Pedro de Mendinueta y la revisión de avances frente a la Real Cédula de 1789	243
4.4.1. Entre la pobreza y la desidia: don Anastasio Zejudo y la construcción de un cementerio extramuros para los militares de Cartagena	243
4.4.2. Don Francisco Vallejo: un alumno aplicado, frente a un proceso olvidado	249
4.4.3 La epidemia de viruela de 1802 y la proliferación de cementerios extramuros en Santafé	255
4.5 Después del miedo, regresa la calma: avances y retrocesos en el proceso de construcción de cementerios extramuros	259
CAPÍTULO 5 ¿De las palabras a los hechos?: los cementerios como realidad jurídica... y utopía arquitectónica (1804-1810)	262
5.1 Debates y acciones en torno a la creación de cementerios extramuros en la villa de Medellín	265
5.1.1. El cementerio de la Vice Parroquia de San Benito	266
5.1.2. El proyecto del cementerio de La Barranca	270
5.1.3. Cruzar la quebrada de la villa: una decisión salomónica	275
5.2 El cementerio del sitio de Barranquilla: riesgos y fracaso de una medida antipopular	279
5.2.1 Los afanes de la muerte: un llamado urgente ante la saturación de cadáveres	280
5.2.2 Ante la imposición... ¡la oposición!: caos y levantamiento popular	281
5.2.3 Entre la represión y la concertación: propuestas y controversias en torno al comportamiento de la población barranquillera	289
5.2.4 Una salida más prudente... y un cementerio que se perdió en el olvido	291
5.3 Crisis y declive de los primeros cementerios extramuros en el Nuevo Reino de Granada	294
5.3.1 El Cementerio ‘La Pepita’ de Santafé de Bogotá: mucho entusiasmo, pocos resultados	295
5.3.2 El cementerio parroquial de Medellín: una corta y polémica existencia	306
5.3.3 Primer cementerio extramuros de la villa de El Socorro: cuando el remedio resulta peor que la enfermedad	311
5.4 Síntesis de los avances y fracasos del proceso bajo el gobierno virreinal	314
CONCLUSIONES	316
Fuentes documentales	325
Fuentes primarias impresas	327
Bibliografía	339

Listado de tablas

Tabla #1: Fuentes primarias impresas y corta reseña de sus autores	38
Tabla #2: División por temas y encargados del Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas	104
Tabla #3 Entierros en las parroquias de la ciudad de Lima (1789-1796)	213
Tabla #4: Entierros en los hospitales de la ciudad de Lima (1789-1796)	214
Tabla #5: Costos iniciales para el traslado de cadáveres al nuevo cementerio, de acuerdo con los cálculos del médico Fray Miguel de Isla	240
Tabla #6: Costos mensuales por cuenta del traslado de cadáveres y la puesta en funcionamiento del nuevo cementerio, de acuerdo con los cálculos del médico Fray Miguel de Isla	241

Listado de imágenes

Imagen 1: Posible camino que conduciría al primer cementerio extramuros de Barcelona, de acuerdo con el Plano de la ciudad y del puerto de Barcelona elaborado por Moulinier en 1806.	66
Imagen 2: Fachada del Cementerio del Este de acuerdo con la propuesta presentada por el arquitecto Antonio Ginesi en 1818.	70
Imagen 3: Posible emplazamiento del cementerio extramuros de La Barceloneta, de acuerdo con el análisis del plano del sector elaborado por Antonio López Sopena y firmado el 23 de septiembre de 1801.	71
Imagen 4: Plano del Proyecto de Arsenal Naval para el puerto de Barcelona elaborado en 1743 por el ingeniero militar Miguel Marín.	73
Imagen 5: Plano del Proyecto general que se propuso para el Puerto de Barcelona en 1750, en el que se detalla el área despoblada de la futura Barceloneta.	74
Imagen 6: Plano de Barcelona incluido en el Tomo XIV de la obra Viage de España publicada en 1788.	77
Imagen 7: Detalle del Plano Geométrico de Barcelona publicado en 1842, en el que se evidencia un cementerio en el eje principal de La Barceloneta, justo donde estaba ubicada ‘la iglesia’ en el plano de 1801.	80
Imagen 8: Vista de Barcelona bombardeada en 1842 / grabado por D. Estruch.	82
Imagen 9: Plano que contrasta el estado del ‘Ferrol viejo’ con las obras del Real Arsenal de Marina del Ferrol iniciadas en 1751.	84
Imagen 10: Detalle del Plano que del Real Arsenal de Marina del Ferrol en el que se señalan el emplazamiento del antiguo templo y el nuevo (que estaba proyectado).	85
Imagen 11: Plano de Ferrol, do recinto fortificado e das obras da Mariña que aparece nas Consideraciones generales de Alonso López.	87
Imagen 12: Mapa de España con las densidades de población por provincias actuales, según el censo de Floridablanca, realizado en 1787.	102

Imagen 13: Ilustración que evidencia el carácter extramuros del cementerio creado para el Real Sitio de San Ildefonso, su conexión con el centro poblado y el medio de transporte adecuado para el traslado de los cadáveres.	116
Imagen 14: Mapa de la localidad de La Granja de San Ildefonso en 1848 realizado por Francisco Coello.	117
Imagen 15: Detalle mapa de la localidad de La Granja realizado por Francisco Coello.	118
Imagen 16: Plano que contiene la planta del cementerio construido en el Real Sitio de San Ildefonso, el perfil de su frontis y alguna información adicional.	119
Imagen 17: Plan du cimetière de l'Est, dit du Père-Lachaise ou Mont-Louis. Exécuté par M. A. T. Brongniart en 1813.	135
Imagen 18: Monuments exécutés ou projetés pour le cimetière Mont-Louis du Père La Chaise par A. T. Brongniart.	136
Imagen 19: Plano de Turín publicado en 1833 para la guía SDUK.	146
Imagen 20: Cementerio de las 366 fosas de Nápoles, diseñado por Ferdinando Fuga.	151
Imagen 21: Plano de Nueva Orleans en 1770, por el Capitán Pittman del Ejército Británico.	162
Imagen 22: Plano que muestra los alcances de la ‘gran conflagración’ de Nueva Orleans el 21 de marzo de 1788.	164
Imagen 23: Plano de la Ciudad de Nueva Orleans para el año 1798.	168
Imagen 24: Detalle del Plano del puerto y ciudad de la Habana / levantado por D. José del Río, capitán de fragata de la Real Armada en 1797.	173
Imagen 25: Plano de La Habana en 1850 realizado por Francisco Coello.	175
Imagen 26: Plano con lugares de enterramiento en la Catedral de Guadalajara para el año 1743.	188
Imagen 27: Plano de la Ciudad de Guadalajara dedicado al Ilustrísimo Sr don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, Obispo de esa Diócesis en el año 1800.	194
Imagen 28: Plano de la Ciudad de México dedicado al Exmo Sor Conde de Revilla Gigedo año de 1791.	201
Imagen 29: Plano de los cementerios y capillas que podían establecerse en la Nueva España, de acuerdo con la propuesta del Arq. Manuel Tolsá en 1808.	206
Imagen 30: Plano de la Ciudad de Lima elaborado en 1713 por Amédée-François Frézier.	209
Imagen 31: Detalle del Plano de la Ciudad de Lima elaborado en 1744 por Jorge Juan y Antonio de Ulloa y publicado en el año 1748.	211
Imagen 32: Plan de la ville de Lima où des Rois Capitale du Pérou, elaborado en 1764 por el geógrafo y cartógrafo Jacques-Nicolas Bellin	216
Imagen 33: División política del “Virreinato de Santa Fé” para 1810.	217
Imagen 34: Estimación de la traza urbana de la ciudad de Popayán entre los años 1736-1810.	224
Imagen 35: Plano Geométrico de la ciudad de Santafé para el año 1791.	236
Imagen 36: Plano del fuerte de Cartagena de Indias trazado por John Andrews y publicado en 1771.	248
Imágenes 37 y 38: Acercamientos Plano Cementerio Parroquia de Girón.	250
Imagen 39: Plano Cementerio Ciudad de San Juan de Girón.	251

Imagen 40: Plano Cementerio Parroquia de Pie de la Cuesta.	252
Imagen 41: Plano Cementerio Parroquia de Bucaramanga.	253
Imagen 42: Acercamiento Plano Cementerio Parroquia de Bucaramanga.	254
Imagen 43: Plano de Francisco Requena que circuló con la Real Cédula de 15 de mayo de 1804.	264
Imagen 44: Mapa de Medellín para el año 1791.	265
Imagen 45: Detalle del sector de la Vice Parroquia de San Benito para el año 1791.	268
Imagen 46: Posible ubicación del sitio de La Barranca en relación con el centro de la villa de Medellín.	275
Imagen 47: Posible ubicación definitiva del cementerio en relación con la Plaza Mayor de la Villa y la Vice Parroquia de San Benito.	277
Imagen 48: Adaptación del Plano Geométrico de la ciudad de Santafé para el año 1791, realizada por el Ejército Expedicionario de Pablo Morillo en 1816.	297
Imagen 49: Esquema de la posible ubicación de los espacios funerarios a partir del Plano de Bogotá publicado en 1930.	306
Imagen 50: Esquema de la posible ubicación de los espacios mencionados en relación con la Plaza Mayor de la Villa de Medellín.	310

INTRODUCCIÓN

Después de la primera visita con fines investigativos a un cementerio el 2 de octubre de 1998, han transcurrido casi 20 años hasta el momento de escribir esta introducción. Tiempo que le ha permitido al investigador acercarse a los espacios de la muerte de múltiples maneras, sin que la vida misma y la experiencia lo hayan privado del dolor de dejar en ellos a quienes han quedado en medio del camino vital.

Si bien las primeras aproximaciones estuvieron relacionadas con el tema del urbanismo y la semiótica en los espacios funerarios actuales, de los cuales surgió el trabajo de grado para optar al título de Comunicador Social: *Morfología de los espacios y distribución protocolaria de los difuntos en los cementerios de Medellín*¹; el acercamiento a las fuentes históricas fue desde el principio un aspecto fundamental que terminó por incidir en la elección del programa de Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

Fue así como se comenzó a perfilar este trabajo que aún en su fase inicial en Colombia y fruto del desconocimiento acerca de la complejidad de la labor del historiador, pretendía abordar el *Contexto, la incidencia y aplicación de la Real Cédula de Carlos III en la construcción de los primeros cementerios en Hispanoamérica*². Meta absolutamente inalcanzable si es que se deseaba realizar un trabajo serio y académicamente válido, pero que, gracias a la oportuna asesoría del director de mi tesis de Maestría, Doctor Luis Miguel Córdoba Ochoa, se fue ajustando a los objetivos y resultados que fueron presentados y defendidos en el año 2013 bajo el título: *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada (1786-1808)*³.

Para esa versión, se logró acotar el marco geográfico y se decidió explorar el proyecto de reforma presentado por el Rey Carlos III, a través de su Real Cédula de 3 de abril de 1787, reconociéndole al Monarca y a su equipo de asesores ilustrados, los esfuerzos por la

¹ Bernal Botero, Diego Andrés, “Morfología de los espacios y distribución protocolaria de los difuntos en los cementerios de Medellín”, Universidad Pontificia Bolivariana- Facultad de Comunicación Social, Medellín, 2005, 280 p.

² Bernal Botero, Diego Andrés, “Propuesta de investigación: Contexto, incidencia y aplicación de la Real Cédula de Carlos III en la construcción de los primeros cementerios en Hispanoamérica”, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Medellín, 2008, 5 p.

³ Bernal Botero, Diego Andrés, “La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada (1786-1808)”, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Medellín, 2014, 143 p.

oficialización de unas medidas que no alcanzaron en su mayoría a ver en ejecución (ni que fueron de su completa autoría); pero que dieron origen a una serie de discusiones y medidas que, con el paso de los años, transformaron para siempre los rituales funerarios y los sitios de sepultura en los espacios urbanos del Virreinato y la naciente República de Colombia⁴.

De esta manera se pudo constatar que con la llegada al Nuevo Reino de Granada de las sucesivas Reales Cédulas que ordenaron la construcción de cementerios al aire libre y fuera de las ciudades, se generaron reacciones de todo tipo al contradecir estas medidas las tradiciones funerarias dominantes en los contextos urbanos y los preceptos escatológicos que soportaban las inhumaciones al interior de las iglesias.

Se presentó así un choque entre la ‘razón ilustrada’, representada y defendida a través de discursos y normas; frente a las tradiciones cristianas y el aparataje simbólico y social que se había construido en torno al culto de las almas de los difuntos, el ceremonial religioso y la distribución espacial de los cadáveres dentro y en los alrededores de iglesias y conventos.

Un complejo proceso de transformación cultural que se desarrolló a lo largo de las últimas décadas de existencia del Virreinato (eje central de mi tesis de Maestría), pero que se extendió también a lo largo del proceso de independencia y los primeros años de experiencia republicana, a los cuales me he acercado en esta tesis doctoral. Periodo particularmente complejo en el que las ideas de La Ilustración impactaron tanto a las familias adineradas y con posibilidades de educación, como a la masa urbana y rural, trastocándoles la cotidianidad y afectando, como en este caso en específico, sus más profundos sentimientos religiosos, tradiciones y usos culturales.

Ahondar en el proceso de transición entre las sepulturas al interior de las iglesias a la consolidación paulatina de los cementerios, arroja luces para el estudio a profundidad de algunos aspectos del tejido social del Virreinato a lo largo de los últimos años de su existencia, al involucrar no sólo lo religioso, sino también lo económico y político. Y es que, como argumenta Ana Luz Rodríguez, “*A través de los funerales se reafirmaba el poder socioeconómico del finado o la condición socio étnica en la cual se había vivido*”⁵.

⁴ Entendiendo por tal, la entidad política conformada por la unión de los antiguos territorios del Virreinato (que incluían ya a la Audiencia de Quito) y de la Capitanía General de Venezuela, y que historiográficamente entendemos ahora como ‘Gran Colombia’ (1819-1830).

⁵ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías, Capellanías, Epidemias y Funerales: una mirada al tejido social de la independencia*, Banco de la República y El Áncora Editores, Bogotá, 1999, 227.

Por tanto, se pretende a través de este trabajo, lograr un acercamiento a la cotidianidad que implicaba la muerte y sepultura de una persona, detectando los cambios y variaciones que en materia de ritual existían en las categorías étnicas y los estratos socioeconómicos en que se dividían las ciudades neogranadinas; en una época en la que la ley rebasó sus límites usuales en busca de regular una práctica que comenzó a ser vista, a partir de ese momento, como nociva para la supervivencia y el bienestar de los habitantes del territorio, contradiciendo las tradiciones cristianas y transformando profundamente la cultura, la escatología y los rituales funerarios.

Conscientes de las notorias diferencias que existen entre la formulación de una norma y la real transformación de una práctica que, de ‘común y bien vista’, pasó a ser prescrita y a relacionarse con la ignorancia y ‘tozudez’ de unas masas ‘poco ilustradas’; nos hemos puesto como meta contrastar los discursos con los hechos en torno a la lenta aparición de los cementerios y su puesta en funcionamiento; así como en la consecuente transformación y adaptación de las tradiciones funerarias.

En este sentido, es importante establecer qué tanto creían en la reforma funeraria sus propios formuladores y apologistas, y hasta qué punto estos estuvieron dispuestos a solicitar para sí mismos un entierro extramuros. Preguntas que mantendrán su vigencia a lo largo de todo el periodo de estudio y que pretendemos saquen a relucir a los individuos de carne y hueso inmersos en su época, con sus miedos y creencias, más allá de las personalidades ‘racionales e ilustradas’ que firman sus textos.

Para conseguir esto será necesario establecer además qué tan ilustrados eran estos ‘ilustrados’, valga y remárquese la redundancia, pues erróneamente se ha ampliado este concepto a toda una generación de líderes y funcionarios, sin diferenciar en muchos casos quiénes estaban en realidad inmersos en este proceso de cambio y reflexión en torno a los conceptos y las tradiciones del ‘Antiguo Régimen’, versus los que sencillamente cohabitaron con los ‘ilustrados’ y se vieron forzados o simplemente se adaptaron a las nuevas disposiciones.

En consecuencia, traemos a colación cómo el propio José Celestino Mutis, en una cita recogida por Adriana María Alzate⁶, apuntaba frente a la implantación de las medidas

⁶ Alzate Echeverri, Adriana María, *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760 – 1810*, Universidad del Rosario, ICANH, Universidad de Antioquia, Bogotá – Medellín, 2007, 316 p.

tomadas para ‘sanear’ la capital virreinal, que no era necesario que los funcionarios las entendieran, sino que simplemente las cumplieran, pues la comprensión les llegaría después, cuando se hicieran visibles los resultados.

Este análisis se hace más complejo al ser necesario partir de un enfoque necesariamente hermenéutico, toda vez que quienes formularon, aplicaron, se resistieron o emularon las reformas funerarias ‘ilustradas’, ampliamente sustentadas por la vía racional a través de libros e informes que tendremos la oportunidad de revisar o mencionar; lo hicieron en su condición de creyentes o, al menos, como miembros de una sociedad en la que la Iglesia Católica y sus preceptos eran temidos y respetados.

Es así como La Ilustración y las Reformas Borbónicas en España y sus territorios de ultramar, no pueden ser entendidas sólo como iniciativas de corte racional y en las que lo religioso quedó relegado a un segundo plano. Es nuestro objetivo evidenciar cómo la religión influyó de manera decisiva tanto en el proceso conceptual y ‘científico’ de formulación, como en la aplicación de las medidas, teniéndose siempre en cuenta la opinión de las jerarquías eclesiásticas y buscándose, a su vez, el respaldo y la obediencia de los curas y religiosos que ‘regentaban las conciencias’ del pueblo llano.

Retomando el trabajo de Adriana Alzate, en las conclusiones de su texto *Suciedad y Orden* ella afirma: “*Un sistema de normas sólo puede imponerse si el cuerpo social las adopta, las acoge, se apodera de ellas, se apropia de las mismas, en suma, si la policía responde a las necesidades expresadas por, al menos, una parte del cuerpo social; pero no mientras se mantenga en prescripciones que pretenden forzar a los individuos a ciertas obligaciones generalmente poco comprensibles*”⁷.

¿Qué tanto entendieron y vieron como ‘necesaria’ la construcción de cementerios los habitantes de las ciudades del Virreinato y de la ‘Colombia’* independentista? ¿Qué factores incidieron para que fueran aceptados o rechazados en mayor o menor medida los cementerios primigenios? ¿Cuál fue la postura de la Iglesia desde sus jerarquías y cuál la de los párrocos y priores? ¿Existieron factores económicos de por medio al ser el rubro de las sepulturas uno de los más importantes para la Iglesia de la época?

⁷ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 268.

* Entendiéndose esta en la amplitud y opacidad del concepto acuñado por Miranda en 1806 y adaptado por el Congreso de Angostura en 1819.

Tratar de resolver estas preguntas nos permitirá entender los múltiples factores que incidieron en el proceso, presentándose coyunturas, lugares y circunstancias en las que las nuevas normativas fueron bien recibidas y hasta aplicadas parcialmente, pero otros momentos en que funcionarios y religiosos emitieron sus notas de recibo y acato... pero lejos estuvieron de pasar a la acción.

De igual manera nos interesa y es necesario indagar acerca de las posibles (quizás probables) intenciones de la élite, ilustrada o no, de remarcar a través de las nuevas normas, una plataforma de diferenciación social. Veremos, por ejemplo, cómo a pesar de su precaria situación económica, los pobres también tenían acceso a las sepulturas intramuros, lo que multiplicaba el número de inhumados que competían por el cada vez más reducido espacio en las iglesias y conventos.

¿Se trató entonces de una serie de medidas que sólo pretendieron afectar a los niveles medios y bajos de las sociedades, a la par que favorecían a las élites que evitaban así compartir su eterno descanso con ‘vecinos indeseables’? ¿Cómo, cuándo y dónde fueron sepultados los promotores de las cédulas, leyes y decretos que se expidieron a lo largo de este periodo? ¿Qué solicitaron en el momento de escribir sus testamentos y cómo lo justificaban? ¿Cómo se llevaron a cabo sus exequias y con qué rituales funerarios? ¿Fueron la ‘excepción’ o se amoldaron a la ‘regla’ en cuanto a las inhumaciones de sus contemporáneos? ¿En qué momento las ‘élites ilustradas’ decidieron participar, en la práctica, de esta nueva tendencia que apoyaban desde la teoría? ¿Hasta qué punto las excepciones se tornaron en regla, dejando sin fundamento las nuevas medidas? ¿Es fortuito que los cementerios extramuros para las élites surgieran apenas a mediados del siglo XIX en el contexto de la Nueva Granada, mientras en Lima su Cementerio General vio la luz desde 1808? ¿Dónde fueron sepultados mientras tanto los ricos y las autoridades de este territorio?

No es en vano reseñar como, por ejemplo, el propio Francisco de Paula Santander a quien se considera uno de los mayores impulsores de las medidas que ya en el periodo republicano se tomaron para la construcción de cementerios en ‘Colombia’ y, posteriormente, en la Nueva Granada; terminó siendo sepultado en una iglesia y con un hábito religioso como mortaja, en el tardío año de 1840.

Y es que precisamente son las excepciones, desde las Siete Partidas de Alfonso X (de las que hablaremos en su debido momento), las protagonistas de muchas de las normas

expedidas. La Real Familia, el clero, la nobleza en todos sus niveles, las familias acaudaladas y todos aquellos que, por sus méritos reales o ficticios, propios o heredados, querían diferenciarse del pueblo llano, encontraron a lo largo de los siglos en las iglesias y conventos un escenario jerarquizado en el cual podían sobresalir de aquellos que, por reflejo, también deseaban disfrutar de las mismas prerrogativas.

En este tránsito entre el discurso y la normativa ‘ilustrada’ y los hechos concretos y verificables, podremos analizar, como ya hemos mencionado, hasta qué punto el ‘bien común’ que alegaban pretender los reformadores de finales del siglo XVIII y principios del XIX, enmascaró a su vez deseos de diferenciación social, en medio de una problemática evidente que se agravaba ante el carácter masivo de las inhumaciones intramuros.

Si bien este proceso lo habíamos cerrado en cuanto a su enfoque de manera artificial durante la fase de la Maestría⁸, al concentrarnos en el lapso comprendido entre los años de la expedición de la primera Real Cédula relacionada con la creación de cementerios (1787) y la crisis de la Monarquía Hispánica de 1808, centrándonos además casi exclusivamente en el territorio del Virreinato y la península Ibérica; en esta fase hemos ampliado la mirada al periodo en que estas reformas alcanzaron sus más significativos resultados en cuanto al proceso de reflexión teórica en Europa y la península Ibérica, así como de aplicación y adaptación de las normas en el contexto americano durante los primeros años de la república.

Precisamente fueron las preguntas que quedaron por resolver en la fase de Maestría, las que sirvieron de línea de trabajo durante este proceso de investigación que ahora se traduce en esta propuesta de tesis doctoral; pero que alimentaron ya el marco conceptual y de interpretación para la tesis de maestría, el cual se presenta ahora ampliado y complementado.

Enfoque cronológico y geográfico

Para que este análisis tenga sentido y puedan salir a la luz las diferencias y posibles permanencias en materia de discursos, normativas y rituales (vistos éstos desde lo religioso y lo económico), hemos dividido el presente trabajo en cuatro periodos cronológicos, en los cuales privilegiamos, a su vez, determinantes geográficos que nos permitieron acotar las

⁸ Bernal Botero, Diego Andrés, “La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada (1786-1808)”.

fuentes consultadas y evidenciar las influencias que pudieron presentarse entre procesos, para concentrarnos al final en el actual territorio colombiano:

- I. **Periodo preliminar (1750-1786):** antecedentes directos de la legislación funeraria borbónica en Europa y la Península Ibérica.
- II. **Periodo operativo (1786–1810):** formulación, circulación y aplicación de las reformas funerarias borbónicas en el contexto hispanoamericano.
- III. **Periodo de transición (1810-1819):** comprendido entre la Guerra de Independencia Española, la crisis colonial y los movimientos independentistas que dieron lugar a la formación de la ‘Gran Colombia’.
- IV. **Periodo republicano (1819-1832):** centrándonos en la normativa específica que se generó a partir del surgimiento de Colombia⁹, antes de su división definitiva y la constitución de la República de la Nueva Granada.

Aunque arbitraria en su punto de inicio (1750), la primera periodización surge al reconocer en la Real Cédula de 3 de abril de 1787 una consecuencia y no sólo una causa, en medio de un proceso que venía de tiempo atrás. Es por esto por lo que se ha elegido este año con el fin de dividir en dos el siglo XVIII, más que por su condición específica de hito en el proceso. Se analizaron para este periodo los antecedentes de las normativas borbónicas tendientes a la regulación de las sepulturas desde el reinado de Fernando VI (iniciado en 1746), así como a lo largo de las casi tres décadas de intenso reformismo en cabeza de Carlos III.

Debido a la relevancia de los hallazgos y lo útiles que resultaron estos referentes al momento de analizar los procesos que se iniciaron décadas después en Hispanoamérica, hemos dividido en dos capítulos la información, dejando en el primero de ellos los casos seguidos a lo largo y ancho de los territorios peninsulares a cargo de los reyes hispanos y en el segundo, los modelos europeos que sus ministros ilustrados utilizaron y/o referenciaron (por sus éxitos o fracasos), a partir del inicio del proceso definitivo de instauración de las normativas carolinas en 1781.

⁹ En su versión primigenia que, como se explicó antes, incluía los territorios del Virreinato del Nuevo Reino de Granada (antiguas audiencias de Santafé y de Quito, así como la provincia de Panamá) y la Capitanía General de Venezuela.

En cuanto a la segunda fragmentación, esta abarcaría, técnicamente, el lapso comprendido entre el envío de la Resolución al Consejo por parte de S.M. Carlos III el 9 de diciembre de 1786 (de la que surgió la primera Real Cédula que reglamentó la construcción de cementerios extramuros); y el año 1808, cuando con la invasión napoleónica de España, se dio una ruptura de facto en el vínculo entre la administración virreinal y la Corona, lo que, se puede considerar como el inicio de la primera fase del proceso de independencia del Virreinato del Nuevo Reino de Granada.

Sin embargo, esta fractura no fue tan evidente si se entiende que las autoridades virreinales continuaron con el control de la mayoría de los territorios de esta porción de América hasta comienzos de la década siguiente, por lo que se presentó, en la práctica, un ‘periodo bisagra’ en el que, con las mismas normas y autoridades en el territorio, se continuó con un proceso que quedó acéfalo en el sentido estricto de ser una Monarquía Absoluta, sin un Rey en el ejercicio de sus potestades. Es por esto por lo que optamos por extender el periodo hasta 1810, fecha elegida por las historiografías venezolana y ‘neogranadina’ para marcar la ruptura con la Monarquía, así continúen las discusiones al respecto y sea, en todo caso, imposible generalizar la noción de un territorio independiente unido y homogéneo.

Este periodo de 24 años (1786-1810) es sin lugar a dudas, el eje principal de este trabajo, razón por la cual le hemos dedicado tres de los cinco capítulos, eligiendo un criterio espacial para consignar en el Capítulo 3 los principales procesos que se dieron en este lapso de tiempo en algunos territorios hispanoamericanos, privilegiando por obvias razones los que sirvieron de referente o permiten contrastar los procesos llevados a cabo al interior del Virreinato de Nuevo Reino de Granada.

Alejándonos de lo general y pasando a lo específico, los capítulos 4 y 5 cubren este mismo periodo al interior del Virreinato, pero hemos seleccionado como hito de subdivisión, un hecho más que relevante en el proceso: la promulgación de la Real Cédula de 15 de mayo de 1804. Documento que circuló de manera amplia y que dejó trazas importantes en los archivos, por lo que nos ha permitido marcar un antes y un después, equilibrando así la estructura de los capítulos en cuanto a sus dimensiones y contenidos.

Comparativamente corto en tiempo y convulso en grado extremo, el tercer periodo que demarcamos (el de las independencias) sirve de transición en el análisis, siendo necesario segregarlo de los otros, al resquebrajarse el aparato jurídico y generarse estados de excepción

en los que fue necesario sepultar (si es que se hizo), decenas de cadáveres fruto del conflicto, las represiones y los daños colaterales de la confrontación, como fueron las epidemias y el hambre.

Uno de los principales retos para el análisis de este periodo, ha sido la ubicación de fuentes, toda vez que el caos que generó la caída de los órdenes tradicionales, representó más que un vacío de poder (en la mayoría de los casos se reemplazó a las autoridades por otras), la pérdida del orden y las prácticas burocráticas que nutren habitualmente los archivos. Sin embargo, se han logrado rastrear algunos procesos que dan cuenta de los cambios y permanencias en cuanto a los rituales funerarios y los lugares de sepultura en sitios específicos, los cuales es menester analizar de manera aislada, toda vez que sería inválido proceder con un ejercicio de generalización cuando los cuerpos jurídicos y políticos estaban fragmentados y las resultas de la guerra influían de manera dramática en cada una de las partes del todo anteriormente existente (el Virreinato) y el posteriormente constituido (la república).

Finalmente, el cuarto periodo parte desde el incierto momento en que las nuevas autoridades republicanas tomaron el control de los territorios (proceso que fue paulatino y aleatorio en la medida en que los ejércitos en disputa avanzaban y retrocedían, por lo que se fija 1819 como referente, no porque se adopte la tesis patriótica del ‘Día de la Independencia’) y podía legislarse sobre temáticas diferentes a las directa o indirectamente relacionadas con la guerra; poniéndose como fecha de cierre para este trabajo el año 1832, usándolo como excusa al surgir oficialmente la República de la Nueva Granada, tras la separación definitiva de las grandes secciones que conformaron a la primigenia República de Colombia (hoy historiográficamente denominada como ‘Gran Colombia’).

Dada la poca información relacionada con el tercer periodo y los pobres avances en el cuarto, pese a la relevancia de los personajes que intervinieron en el proceso; se optó por usarlos solo como referente y cierre para esta investigación, dejando abiertas las puertas para futuros trabajos que cubran la franja que resta entre esta delimitación artificial y la fecha de fundación y consolidación de los principales cementerios extramuros que se instauraron en la Nueva Granada.

Enfoque temático

En cuanto a la temática y la forma en la que pretendemos abordar las fuentes a consultar, hemos definido seguir dos líneas de trabajo, las cuales contrastaremos al menos en los dos periodos más amplios (el colonial y el republicano).

Por un lado, analizaremos las normas y tradiciones existentes, los debates suscitados y los discursos que soportaban cada una de las posturas, y el desarrollo mismo de los sucesos en cuanto a la puesta en ejercicio de las nuevas normativas y la construcción de cementerios.

En segundo término, analizaremos las prácticas y rituales funerarios que tenían lugar en los contextos urbanos a lo largo de estos periodos, con la intención de evidenciar los posibles cambios y las permanencias. Descubrir, por ejemplo, si lo que se debatía en los cabildos o se imprimía en la Gaceta, correspondía a lo que día a día escribían los habitantes en sus testamentos o pagaban a las autoridades eclesiásticas responsables de los sitios de enterramiento tanto intramuros, como extramuros. Una mirada a los hechos, dejando de lado los idearios planteados sobre el papel, pero que en la práctica podrían ser, o no, simples apariencias.

En el caso del intersticio de las guerras de independencia (en plural, pues no hay otra manera de llamarlas), pretendemos abordar las dos temáticas en conjunto, al tratarse de un estado de excepción casi permanente en el que las leyes y su aplicación dependieron de factores alternativos, a la par que las necesidades del conflicto alejaron a los muertos y su destino final, de la discusión pública. Introducirnos en este periodo fue complejo, toda vez que los archivos mismos parecen perder su orden habitual, como es apenas de esperarse en medio de los cambios de gobierno. Sin embargo, la documentación aportada por los fondos que contienen los juicios y memorias de próceres, militares, gobernadores y demás civiles involucrados, escarmentados y/o ajusticiados, fueron de interés para el análisis propuesto.

Estado del arte

En cuanto al estado del arte en que se encuentra este problema de investigación es interesante reseñar algunos textos que, en los últimos 20 años, han contribuido, en Colombia, a ampliar el horizonte en el campo de estudios de las costumbres funerarias y los cementerios en el periodo, desde diversas perspectivas. Los mismos que han sido incluidos en la

bibliografía y serán mencionados a lo largo del trabajo, pero en los que nos detendremos un momento a continuación.

Desde un punto de vista cronológico, el primero de estos trabajos es el libro publicado por la profesora Gloria Mercedes Arango bajo el título *La Mentalidad Religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos 1828 – 1885*¹⁰. En este texto la autora presentó en 1993 una muestra de la compleja situación que significaba la saturación del suelo de las iglesias de este territorio por la acumulación de cadáveres a comienzos del siglo XIX, así como las prácticas funerarias y los discursos religiosos que respaldaban las inhumaciones intramuros en la Provincia de Antioquia y, de manera especial, en la villa de Medellín.

Arango da cuenta de las primeras medidas que tomó la administración colonial al respecto, entre las que se destaca la creación en la villa de Medellín del cementerio que denomina como ‘de San Benito’ en 1809 y la poca aceptación que tuvo por parte de la población; así como la construcción del Cementerio de San Lorenzo en 1828 y la posterior creación del Cementerio de San Vicente, hoy conocido como de San Pedro.

Esta investigación le sirvió a la autora para la publicación de un capítulo en el segundo tomo del libro *Historia de Medellín*, el cual lleva por título *Los Cementerios en Medellín 1786 – 1940*¹¹. Se trata de un artículo relativamente corto pero muy bien construido, que, gracias a su amplia divulgación, tuvo el mérito de reabrir un tema de debate que en la ciudad se había dejado de lado, por lo que a partir de su publicación, se convirtió en el principal referente para quienes investigan temas cercanos en esta ciudad.

La información reunida en estos dos trabajos la hemos refrendado y complementado, teniendo la ocasión de publicar hace un par de años el artículo: *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en la Villa de Medellín, Virreinato del Nuevo Reino de Granada*¹², así como en 2014 el capítulo de libro *Propuestas y debates acerca de*

¹⁰ Arango de Restrepo, Gloria Mercedes, *La Mentalidad Religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos 1828 – 1885*, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 1993, 335 p.

¹¹ Arango de Restrepo, Gloria Mercedes, “Los Cementerios en Medellín 1786 – 1940”, en Melo, Jorge Orlando Ed., *Historia de Medellín II*, Suramericana, Medellín, 1996, 717-721.

¹² Bernal Botero, Diego Andrés, “La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en la Villa de Medellín, Virreinato del Nuevo Reino de Granada” en *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época #19. Mayo – agosto de 2010. Arquitectura y costumbres funerarias*, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia –INAH, Ciudad de México, febrero de 2011, 29-49.

la construcción de los primeros cementerios extramuros en la villa de Medellín (1789-1809)¹³. Ambos textos han sido tenidos en cuenta, por obvias razones, en este trabajo.

En segundo término, es importante destacar el libro *Inquisición, Muerte y Sexualidad en la Nueva Granada*¹⁴. Compilación de artículos publicados bajo la coordinación de Jaime Humberto Borja Gómez, en el que nos fueron de particular interés los trabajos *La Teología de la Muerte: una visión española del fenómeno durante los siglos XVI al XVIII*¹⁵ y *Las discusiones en torno a la construcción y utilidad de los ‘dormitorios’ para los muertos. Santa Fe, finales del siglo XVIII*¹⁶.

En ellos, Martín Eduardo Vargas Poo y Silvia Cogollos Amaya (alternando el orden de sus nombres en cada uno de ellos, lo que daría a entender sus principales énfasis y aportes, razón por la que se respetó dicha secuencia), abordan lo que se constituye en un antes y un después en el proceso. En el primero de los artículos hacen un recorrido por los discursos religiosos que reforzaban la escatología cristiana dominante en la época, exaltaban el valor de la enfermedad y el sufrimiento, y hacían del más allá algo tangible. La eternidad era ‘puesta al descubierto’ a los feligreses, a través de sermones y catecismos en los que se respondían buena parte de las dudas que un ‘buen cristiano’ pudiera tener frente a la muerte y el camino a seguir en vida para garantizarse ‘un mejor futuro’ en el más allá.

El segundo trabajo presenta un breve esbozo de lo que fueron las discusiones en el cabildo de la Capital Virreinal y las determinaciones tomadas por las autoridades civiles y religiosas en los primeros años de implantación de estas medidas. En este artículo comenzó a tomar relevancia un trabajo que también pudimos consultar, que con justa causa se ha convertido en la base de varios de los textos que se han escrito al respecto. Se trata de la obra *Cementerios de Bogotá*¹⁷, publicada en 1931 por don Enrique Ortega Ricaurte.

¹³ Bernal Botero, Diego Andrés, “Propuestas y debates acerca de la construcción de los primeros cementerios extramuros en la villa de Medellín (1789-1809)” en Cardona Rodas, Hilderman Ed., *Oficio de Historiador - Enfoques y prácticas-*, Universidad de Medellín - Capítulo Antioquia Asociación Colombiana de Historiadores – Proantioquia, Medellín, 2014, 45-59.

¹⁴ Borja Gómez, Jaime Humberto, *Inquisición, Muerte y Sexualidad en la Nueva Granada*, Ariel-CEJA, Bogotá, 1996, 390 p.

¹⁵ Vargas Poo, Martín Eduardo y Cogollos Amaya, Silvia, “La Teología de la Muerte: una visión española del fenómeno durante los siglos XVI al XVIII”, en Borja Gómez, Jaime Humberto Ed., *Inquisición, Muerte y Sexualidad en la Nueva Granada*, Ariel-CEJA, Bogotá, 1996, 117-142.

¹⁶ Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, “Las discusiones en torno a la construcción y utilidad de los ‘dormitorios’ para los muertos. Santa Fe, finales del siglo XVIII”, en Borja Gómez, Jaime Humberto Ed., *Inquisición, Muerte y Sexualidad en la Nueva Granada*, Ariel-CEJA, Bogotá, 1996, 143-167.

¹⁷ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, Editorial Cromos, Bogotá, 1931, 290 p.

En su calidad de director del Archivo Nacional, Ortega Ricaurte compiló buena parte de los edictos, actas, leyes, acuerdos y decretos que pasaron por dicha instancia entre 1790 y 1930, transcribiendo algunos de ellos y aportando pistas para la ubicación de documentos complementarios.

Es a partir de los datos de este autor que el Arquitecto Alberto Escovar Wilson-White construyó en el año 2002 su artículo *El Cementerio Central de Bogotá y los primeros cementerios católicos de Colombia*¹⁸, que le sirvió de punto de partida para la publicación de la *Guía del Cementerio Central de Bogotá. Elipse central*¹⁹, complementada años después con otras dos obras que abordan el trapecio que rodea la elipse y los sectores periféricos del principal cementerio capitalino.

Escovar Wilson-White tiene el mérito de unir a los datos históricos un amplio estudio de la arquitectura funeraria y los órdenes arquitectónicos presentes en los cementerios capitalinos. Conocimientos que le permitieron publicar varios artículos adicionales y coordinar por varios años la Corporación La Candelaria, encargada de la puesta en valor del Cementerio Central. Uno de los pocos camposantos antiguos que continúa en uso y que protagonizará el periodo final de este trabajo.

Retomando el hilo cronológico, hemos tomado importantes apuntes de la reedición del texto *Las epidemias de viruela de 1782 y 1802 en el Virreinato de Nueva Granada*²⁰, publicado originalmente en 1992 por el sociólogo y Doctor en Historia Renán Silva, quien, al contrastar las actitudes y medidas tomadas frente a estos dos brotes epidémicos, permite conocer un perfil de la sociedad y las autoridades que se vieron afectadas e involucradas en medio de estas coyunturas especiales.

Por un lado, el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, con sus sermones y discursos, en los que le dio a la epidemia la connotación de ‘castigo divino’ frente a la revuelta de ‘Los Comuneros’, haciendo rogativas y llamando a llevar con fervor y devoción los padecimientos; frente a un Pedro de Mendinueta que en su calidad de Virrey no tuvo reparos en hacerle un ‘golpe de estado’ tácito al Cabildo de Santafé para agilizar las medidas sanitarias que

¹⁸ Escovar Wilson-White, Alberto, *El Cementerio Central de Bogotá y los primeros cementerios católicos de Colombia*, Biblioteca Virtual Banco de la República, Bogotá, 2002.

¹⁹ Escovar Wilson-White, Alberto y Mariño, Margarita, *Guía del Cementerio Central de Bogotá. Elipse central*, Corporación La Candelaria, Bogotá, 2003.

²⁰ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela de 1782 y 1802 en el Virreinato de Nueva Granada*, La Carreta Editores, Medellín, 2007, 215 p.

consideró urgentes y necesarias. Rodeado para este fin de un equipo de ‘funcionarios ilustrados’ que lo asesoraron, mientras esperaban con ansias la llegada de la recién descubierta vacuna contra la viruela, arriesgándose incluso a buscar por ellos mismos el principio activo, sacrificando ‘inocentes vacas’ sospechosas de esconder en sus ubres la anhelada medicina.

Un libro que merece una especial mención es *Cofradías, Capellanías, Epidemias y Funerales: una mirada al tejido social de la independencia*, de la historiadora Ana Luz Rodríguez González, publicado por el Banco de la República y El Áncora en 1999²¹.

A través de este trabajo investigativo, la profesora Rodríguez da cuenta del contexto social, religioso, político y sanitario del Virreinato en los momentos de la aplicación de las reformas funerarias borbónicas, en especial en aspectos relacionados con la concepción de la muerte; las cofradías y sus prácticas de acompañamiento mutuo; las capellanías y las economías alternativas que surgían en torno a ellas; y el proceso de construcción de los primeros cementerios en el actual territorio colombiano (principalmente en la ciudad de Bogotá).

Este es quizás el trabajo que más tendrá que ver con el nuestro, toda vez que, por ejemplo, es gracias al análisis de más de 350 testamentos de habitantes de Santafé (escritos entre los años 1800 y 1831) y los libros de cuentas de algunas cofradías, iglesias y conventos de la actual capital colombiana; que podremos contrastar las variaciones en el costo de los funerales y las solicitudes particulares realizadas por testadores de otras localidades, en especial con los de Popayán, gracias a la localización del libro en el que se registraron los funerales desarrollados en esta ciudad en la última década del siglo XVIII.

Si bien es un trabajo amplio y con una visible apropiación de fuentes primarias (en especial contenidas en el Archivo General de la Nación), la multiplicidad de las temáticas tratadas, nos permitió ahondar mucho más en el tema específico de la construcción de los cementerios en el Virreinato, el cual es tratado levemente por la autora.

Es importante destacar además el libro publicado en el 2007 por la historiadora Adriana María Alzate Echeverri y que lleva por título *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760 – 1810*²²; en el cual sobresalen los niveles de

²¹ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 236 p.

²² Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 316 p.

apropiación de la autora frente a temas cruciales para esta investigación como son los conceptos de suciedad, orden y civilización, ejes centrales de la iniciativa borbónica de regular aspectos trascendentales de la vida cotidiana del Virreinato, entre los cuales los rituales funerarios y los cementerios pasaron a ser puntos extremadamente sensibles.

Alzate amplía también sus análisis al tema de la salud pública y las medidas que se tomaron para contrarrestar lo que comenzó a verse como ‘sucio’ y, por ende, sospechoso de afectar la vida y el sano crecimiento de las poblaciones. Es así como se desarrollaron campañas contra las aguas estancadas y hediondas, las basuras (o lo que se consideraba que estas eran), los animales errantes, las heces fecales, las curtimbres y los mataderos, entre otros.

A ella le debemos la enumeración de varias de las fuentes primarias impresas que posteriormente hemos tenido la oportunidad de consultar, lo que ha enriquecido nuestro análisis, en especial en lo concerniente al proceso que precedió a la publicación de la Real Cédula de 1787.

En esta misma línea, nos fue de particular ayuda el texto *Cadáveres, Cementerios y salud Pública en el Virreinato de Nueva Granada*²³, publicado en el año 2008 por el profesor Álvaro Cardona y su equipo de trabajo del Grupo de Investigación Historia de la Salud, adscrito a la Facultad Nacional de Salud Pública de la Universidad de Antioquia.

En este texto, además de encontrar un completo análisis de lo que es la génesis de la salud pública en España y las medidas a través de las cuales se comenzó a velar por ella en el Virreinato, fue muy importante ubicar las transcripciones de buena parte de las comunicaciones que se cruzaron entre las autoridades civiles y eclesiásticas que gobernaban la Provincia de Antioquia, y de manera especial la villa de Medellín, y los curatos de su entorno que estaban bajo la tutela de ella, frente a las disposiciones reales contenidas en la Cédula de 1789.

Este material nos fue de suma utilidad para construir el prólogo del proceso adelantado en Medellín, tema que, como mencionamos antes, ya había abordado la historiadora Gloria Mercedes Arango. Unidos estos dos trabajos, complementados por nosotros con nuevas fuentes primarias ubicadas en los archivos, los lectores podrán tener una

²³ Cardona Saldarriaga, Álvaro, Sierra Varela, Raquel, Serrano Caballero, Laura y Agudelo Acevedo, Felipe, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública en el Virreinato de Nueva Granada*, Universidad de Antioquia – Grupo de Investigación Historia de la Salud, Medellín, 2008, 157 p.

idea más cercana a la realidad de cómo se dio la génesis de los primeros camposantos de esta ciudad.

Como en el caso del texto de Adriana Alzate, Cardona y su equipo nos legaron a su vez una completa revisión del proceso consultivo previo a la promulgación de la Real Cédula de 1787, aportando pistas importantes para la ubicación de otras de las fuentes primarias impresas que hemos tenido la posibilidad de consultar y que se han convertido en eje de la primera parte de este proyecto de investigación.

Finalizando este recorrido por los textos que se han producido en Colombia en torno a las temáticas y el contexto que nos involucra, es justo exaltar la tesis que para obtener el título de Máster en Historia (aún sin publicar como libro), produjo nuestra colega de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Ana María Pérez.

Bajo el título *Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada, 1760 – 1810*²⁴, Pérez hace un completo barrido de las medidas tomadas para facilitar la pervivencia de los habitantes de las ciudades y describió los procesos de instauración de los cementerios en Antioquia y Cartagena de Indias, a la par de analizar el modelo de camposanto que se promovió a la luz de las Reales Cédulas.

De igual manera es importante resaltar y agradecer los aportes que para el presente trabajo realizó el egresado del programa de Historia de la Universidad de Antioquia, Bladimir Pérez Monsalve, a través de su monografía de grado *“Portadas de la eternidad”. Cementerios: espacios sagrados y urbanos, Medellín, 1828 – 1933*²⁵. Su destacado relevamiento de fuentes primarias, fue de mucha utilidad al abordar las primeras décadas del periodo republicano en el ámbito de la ciudad de Medellín, lo que enriqueció este trabajo y permitió ajustar la línea del tiempo que se había construido para el periodo colonial.

Un trabajo complementario, aunque inédito al momento de presentar esta tesis, es la monografía de mi apreciado amigo y colega Juan Diego Torres Urrego, titulada *Actitudes ante la muerte asociadas a la mentalidad de las élites de Medellín. El caso del Cementerio*

²⁴ Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada, 1760 – 1810”. Tesis Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia – sede Medellín, Medellín, 2008, 219 p.

²⁵ Pérez Monsalve, Bladimir, ““Portadas de la eternidad”. Cementerios: espacios sagrados y urbanos, Medellín, 1828 – 1933”. Monografía de grado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, Medellín, 2012, 209 p.

*San Pedro, siglos XIX y XX*²⁶. Texto que aún sin leerlo en su última versión, puedo recomendar pues, tal y como lo enuncié en los agradecimientos de este trabajo, tras más de 13 años de labor conjunta con Juan Diego en torno al Cementerio Museo San Pedro, he podido seguir el hilo de los avances en su investigación; a la par de tener el honor de contar con su apoyo como juicioso lector y generoso crítico de mis artículos y los capítulos de libro que he publicado sobre los momentos previos a la instauración del más importante cementerio de la ciudad de Medellín.

Fruto de esta labor conjunta y apoyados por un grupo de colegas historiadores, a quienes es necesario hacer un justo reconocimiento, en 2018 pudimos abordar la investigación y redacción del componente funerario del libro *Piedra, papel y tijera: Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931)*, publicado por la Universidad EAFIT en asocio con la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín. Este capítulo titulado *Cinzel y mármol. La familia Rodríguez Roldán y el oficio de lo fúnebre*²⁷, fue el eje de un componente expositivo y museológico que impactó amplios sectores de la capital antioqueña, quienes fueron invitados a recorrer la muestra ubicada al interior del Cementerio Museo San Pedro.

En el plano internacional, es importante mencionar otros trabajos que han servido de referente directo a la hora de construir esta tesis doctoral, brindándonos puntos de comparación frente a la cronología del proceso en otros territorios hispanos (inspirado esto, valga la pena recordarlo, en que fueron iguales las normativas que los rigieron en buena parte del proceso al compartir su condición de súbditos de la Corona Española).

En el caso del Virreinato del Río de la Plata, es importante resaltar el trabajo de nuestra colega y amiga argentina Ana María Martínez, *El discurso ilustrado: ¿Secularización de la sepultura?*²⁸; en el que deja en claro como más allá del debate espiritual y religioso, las reformas funerarias borbónicas significaron un completo ‘revolcón’ en el sistema económico

²⁶ Torres Urrego, Juan Diego, “Actitudes ante la muerte asociadas a la mentalidad de las élites de Medellín. El caso del Cementerio San Pedro, siglos XIX y XX”. Monografía de grado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, Medellín, 2019, 207 p.

²⁷ Torres Urrego, Juan Diego; Bernal Botero, Diego Andrés; Tabares Arboleda, Maribel; Buriticá, Juan Carlos; Suárez Quirós, Jorge Andrés y Suárez Tangarife, Frankly Alberto, “Cinzel y mármol. La familia Rodríguez Roldán y el oficio de lo fúnebre”, en Escobar Villegas, Juan Camilo (Coordinador académico y curatorial), *Piedra, papel y tijera: Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931)*, Editorial EAFIT – Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, Medellín, 2018, 155-181.

²⁸ Martínez de Sánchez, Ana María, “El discurso ilustrado: ¿Secularización de la sepultura?”, en *Memorias V Congreso Argentino de Americanistas 2004*, Sociedad Argentina de Americanistas, Buenos Aires, 2004, 213-240.

imperante para la época, a través del cual la autoridad real y sus representantes, buscaron romper el monopolio económico que como ‘administradores de las almas’ y de sus bienes, tenían iglesias y conventos.

Enfoque novedoso que nos abrió las puertas para el análisis de los factores económicos que subyacían bajo el velo de iniciativas ilustradas meramente higienistas y que buscaban poner fin a una práctica moral, médica e históricamente inapropiada, dejando en claro que el reinado de Carlos III había continuado con la marcada tendencia al ‘Regalismo eclesiástico’ que marcó buena parte del reinado de su hermano y antecesor Fernando VI. Así las cosas, el que la Iglesia como institución controlara los importantes recursos relacionados con los enterramientos y el culto a las almas de los difuntos, pudo ser un factor que motivó de manera especial a la Corona a intervenir en este aspecto, obligando a la construcción de nuevos espacios que, si bien podían estar controlados por la Iglesia, serían regulados bajo nuevas normativas reales.

En el caso del Virreinato del Perú, tenemos una deuda de especial gratitud con nuestra amiga y colega historiadora Carlota Cassalino, profesora de la Universidad de San Marcos y asesora de la Red Peruana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, quien se ha constituido en la mayor experta en torno a la historia del Cementerio General de Lima, hoy Cementerio Museo Presbítero Maestro. De ella nos fueron particularmente útiles los capítulos de libro *Higiene pública y piedad ilustrada: la cultura de la muerte bajo los borbones*²⁹ y *El Bicentenario del Cementerio más importante del Perú*³⁰.

De igual manera fue muy importante acercarnos al trabajo del también historiador y profesor, en este caso de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Gabriel Ramón Joffré, en especial a su artículo *La política borbónica, el espacio urbano y el Cementerio General de Lima, (1760-1820)*³¹, gracias al cual pudimos realizar un paralelo entre el proceso llevado en la Capital del Virreinato del Perú tras el inicio del proceso borbónico relacionado con la creación de cementerios extramuros, con la información recopilada para el del Nuevo Reino

²⁹ Casalino Sen, Carlota, “Higiene pública y piedad ilustrada: la cultura de la muerte bajo los borbones”, en O’Phelan Godoy, Scarlett Ed., *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*, Lima, 1999, 325-344.

³⁰ Casalino Sen, Carlota, “El Bicentenario del Cementerio más importante del Perú”, en Repetto Málaga, Luis (Compilador), *200 años del Presbítero Maestro: primer cementerio monumental de América Latina*, Lima, 2008, 125 p.

³¹ Ramón Joffré, Gabriel, *La política borbónica, el espacio urbano y el Cementerio General de Lima, (1760-1820)*, en *Revista Histórica Vol. 28, No. 1*, Lima, 2004, 91-130.

de Granada; toda vez que el proceso para la instauración del Presbítero Maestro, en el que se centran los trabajos de la profesora Casalino, no se corresponde con el contexto de creación de los cementerios primigenios en nuestro territorio.

En el caso del Virreinato de la Nueva España, es importante resaltar el apoyo recibido por parte de los colegas de la Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios, A.C. y de la Asociación Amigos del Panteón de Dolores A.C.; quienes contribuyeron en la obtención y validación de fuentes secundarias, aportando también pistas muy importantes para realizar la búsqueda de fuentes primarias en el Archivo General de la Nación en la Ciudad de México y las colecciones digitalizadas de libros que circularon durante las últimas décadas del periodo colonial y de los primeros años del México independiente.

Destaco de manera especial los artículos *Cambios en las prácticas funerarias. Los lugares de sepultura en la ciudad de México, 1784-1857*³², de la profesora María Dolores Morales; y *Planteamientos y acciones en materia de higiene pública: los cementerios de la ciudad de México a principios del siglo diecinueve*³³, de Sonia Alcaraz Hernández. De igual manera, el contexto histórico que nuestra apreciada amiga y Phd en Arquitectura Ethel Herrera Moreno desarrolla en su libro *El Panteón Francés de la Piedad como documento histórico: una visión urbano – arquitectónica*³⁴, nos fue de mucha utilidad.

Un texto que merece una mención especial es la tesis doctoral del arquitecto e historiador Ciro Caraballo Perichi, titulada *Higienismo y romanticismo: los espacios de enterramiento en el siglo XIX. La Ciudad de México en el contexto hispanoamericano*³⁵. Caraballo Perichi es uno de los fundadores de la Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, siendo en dos ocasiones su presidente. En un acto de generosidad que le agradecemos profundamente, nos facilitó copias digitales de su

³² Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias. Los lugares de sepultura en la ciudad de México, 1784-1857”, *Historias 27, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)*, Ciudad de México, 1992, 97-104.

³³ Alcaraz Hernández, Sonia, “Planteamientos y acciones en materia de higiene pública: los cementerios de la ciudad de México a principios del siglo diecinueve”, *Revista Cultura y Religión Vol 2 N° 3*, Ciudad de México, 2008, 60-76.

³⁴ Herrera Moreno, Ethel, *El Panteón Francés de la Piedad como documento histórico: una visión urbano – arquitectónica*, Conaculta – INAH, Ciudad de México, 2013, 63-179.

³⁵ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo: los espacios de enterramiento en el siglo XIX. La Ciudad de México en el contexto hispanoamericano”, PhD en Arquitectura, Universidad Central de Venezuela, 2009, 453.

exhaustivo trabajo*, siéndonos de particular utilidad su capítulo 8 “*Del templo al jardín: la razón y el espíritu confluyen en el cementerio*”³⁶.

A partir de su experiencia y evidente pasión por el tema, que lo han llevado por décadas a trabajar en torno a los cementerios y la conservación del patrimonio material e inmaterial en instancias como la Unesco; el autor realiza a partir de la historia, la arquitectura y el discurso ilustrado, un recorrido por la Europa del siglo XVIII, en el que no se concentró solo en documentar el proceso de creación de los cementerios, sino que aportó valiosos ejemplos extraídos de la literatura para describir la caótica situación de las ciudades atestadas de cadáveres y las discusiones estéticas, morales y filosóficas que tuvieron lugar para la época, en torno al lugar de las sepulturas y los deseos de distinción social a partir de los rituales de inhumación y la construcción de monumentos funerarios al interior y exterior de las iglesias, en la Europa del ‘Siglo de las Luces’.

Para el caso de la ciudad y la Diócesis de Guadalajara, tuvimos el gusto trabajar a partir de la nutrida producción historiográfica de nuestra colega Isabel Eugenia Méndez Fausto, quien a lo largo de sus textos analiza la génesis, desarrollo y transformaciones de buena parte de los espacios funerarios de la capital tapatía y sus alrededores, lo que nos permitió trazar un paralelo con los procesos que se vivieron en otras regiones novohispanas, así como en distantes territorios de la América española. Isabel es docente de la Universidad de Guadalajara y por años ha sido colaboradora tanto de la Red Mexicana, como de la Red Iberoamericana de Cementerios Patrimoniales.

En cuanto a los rituales funerarios de la nobleza novohispana y el uso sistemático de los testamentos como herramienta de trabajo, el libro *Los nobles ante la muerte en México: actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*³⁷, que recopila los resultados de la investigación doctoral de Verónica Zárate Toscano; fue un grato descubrimiento en la fase final de esta tesis, aportando importantes datos sobre los imaginarios frente a la muerte en este territorio y sus variaciones en medio del torbellino político y social que significó la independencia mexicana en todas sus fases.

* Aún sin publicar como libro, pero sí como tesis, cuya copia original reposa en la Universidad Central de Venezuela.

³⁶ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 121-200.

³⁷ Zárate Toscano, Verónica, *Los nobles ante la muerte en México: actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*, Colegio de México – Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Ciudad de México, 2005, 484 p.

La autora da a conocer en su texto los sistemas de exclusión y exaltación social promovidos por este segmento de la élite novohispana y, de manera especial, aportó lecciones muy valiosas para el análisis de la información recopilada a lo largo de estos años de trabajo, las mismas que podrán servir de guía a las fases subsiguientes de esta inagotable labor investigativa.

Pese a la distancia geográfica y temporal, la investigación desarrollada por la historiadora Alma Victoria Valdés en una de las zonas más apartadas (aún para la época) de ese extenso virreinato, el texto *Testamentos, muerte y exequias: Saltillo y San Esteban al despuntar el siglo XIX*³⁸ nos fue de particular interés. Gracias a Valdés se pudo establecer un paralelo entre algunas de las zonas aparentemente menos conectadas de los virreinos de Nueva España y el Nuevo Reino de Granada, a donde llegaron de todas maneras las normativas y se iniciaron lentos procesos de discusión e implementación. Cabe aclarar que para la época, las villas de Medellín y Saltillo contaban con densidades poblacionales semejantes y se encontraban muy lejos de las áreas priorizadas por el gobierno borbónico a la hora de designar funcionarios ilustrados... lo que no las privó de iniciar sus propios procesos, lo cual es más que significativo y meritorio.

En cuanto a los antiguos territorios de la Capitanía General de Venezuela, si bien no había sido seleccionada como referente directo, el ubicar el trabajo Ana Hilda Duque y Lolibeth Medina, *De enterrados a fieles difuntos*³⁹, aportó puntos de referencia interesantes, en especial para el periodo de independencia, en el que los vínculos entre estos dos territorios, el neogranadino y el venezolano, se estrecharon mucho más. Gracias a ellas, pudimos comprobar cómo con Pablo Morillo regresó, al menos a la región de Mérida, donde centraron las investigadoras mencionadas su trabajo; el impulso reformista traducido en órdenes concretas para la instauración de cementerios extramuros, los cuales al parecer no habían pasado de ser hasta ese momento, simples planes y proyectos teóricos.

Otro mérito que merece ser reconocido a las mencionadas autoras, es la amplitud de su análisis frente al tema de la regulación civil y religiosa de las exequias y las sepulturas a

³⁸ Valdés Dávila, Alma Victoria, *Testamentos, muerte y exequias: Saltillo y San Esteban al despuntar el siglo XIX*, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos A.C., Ciudad de México, 2000, 190.

³⁹ Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, Grupo de Investigación y Estudios Culturales de América Latina (GIECAL) – Universidad de los Andes, Serie Cuadernos del GIECAL N° 2, Mérida (Venezuela), 2009, 69 p.

lo largo de la Historia del cristianismo en Occidente, lo que posibilitó que el presente trabajo se enriqueciera con nuevas fuentes que no habían sido tenidas en cuenta por los autores que, desde Colombia y otras latitudes, nos hemos comprometido con temas de investigación cercanos al de ellas.

Por último, es importante mencionar tres autores que, desde el territorio peninsular, fueron fundamentales para conocer y constatar cómo no por el simple hecho de la relativa cercanía física del Monarca frente a ciertas jurisdicciones, el proceso de instauración de cementerios fue más sencillo y expedito.

Me refiero en primer lugar al libro *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea. Análisis histórico y artístico (1800-1950)*⁴⁰, del profesor de la Universidad de Sevilla Francisco Javier Rodríguez Barberán, quien a la par de ser por varios años asesor académico de la Asociación Europea de Cementerios Significativos – ASCE, se desempeñó como presidente del Comité Científico en el equipo que impulsó el reconocimiento de la *Ruta Europea de Cementerios* por parte del Consejo de Europa, logro obtenido en el año 2010.

Al profesor Rodríguez Barberán le debemos quienes trabajamos esta temática, especial gratitud por dos hechos que marcaron el derrotero de nuestra línea de investigación: la organización del I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos, que tuvo lugar en Sevilla en 1991 y que reunió a un selecto grupo de expertos en la materia, iniciativa que propició el surgimiento años más adelante de la ASCE y de la Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales; a la par de la publicación en 1996 del libro en mención, del cual hemos tomado importantes referencias para este trabajo, en especial de su capítulo 1.

Otro autor que es imposible no mencionar, es el Profesor Asociado del Departamento de Arte de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, Carlos Sagar Quer; quien desde la década de 1980 es uno de los más prolíficos especialistas en historia y arquitectura de los cementerios y monumentos funerarios entre los siglos XVIII y XX. Gracias a los numerosos artículos que ha publicado a lo largo de las últimas décadas, pudimos acceder a visiones contemporáneas y a fuentes históricas que nos acercaron a los principales cementerios que analizamos y usamos como referentes a lo largo de este trabajo.

⁴⁰ Rodríguez Barberán, Francisco Javier, *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea. Análisis histórico y artístico (1800-1950)*, Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla, 1996, 375 p.

Así mismo, nos fue muy útil el artículo del arquitecto Juan Antonio Calatrava: *El debate sobre la ubicación de los cementerios en la España de las Luces: la contribución de Benito Bails*⁴¹, al cual haremos constantes referencias a lo largo de nuestro primer capítulo. Los textos de Calatrava, Saguar Quer y Rodríguez Barberán son referentes obligados para todos aquellos que deseamos ahondar en este tipo de problema investigativo desde contextos americanos, así que no solo es importante mencionarlos, sino recomendarlos.

Nos extenderíamos mucho si quisiéramos destacar cada uno de los textos que nos han posibilitado abordar este problema de investigación desde sus instancias particulares, pero consideramos que hemos dado cuenta de los que han caminado en los últimos tiempos la misma senda que pretendemos profundizar a partir de este trabajo.

Fuentes primarias impresas y archivos consultados

En este punto es importante destacar la posibilidad que hemos tenido de acceder a muchos de los textos originales que se usaron a finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX para soportar el debate ilustrado en torno a los cementerios y los discursos religiosos que validaban las costumbres funerarias que se pretendían restringir.

La labor de digitalización que han desarrollado en los últimos años varias bibliotecas hispanoamericanas, nos permitió consultar de manera gratuita fuentes originales que hemos referenciado al final de este trabajo, pero que sin lugar a dudas han facilitado y enriquecido muchísimo nuestra labor investigativa. Justo es reconocer y destacar esta iniciativa.

Entre los textos originales ubicados y reseñados en este trabajo se destacan:

Año	Autor	Título
1645	Juan Eusebio Nieremberg, Sacerdote Jesuita y teólogo	Partida a la eternidad y preparación para la muerte ⁴²
1648	Juan de Solórzano y Pereyra, jurista experto en derecho indiano	Política indiana: sacada en lengua castellana de los dos tomos del Derecho i gobierno municipal de las

⁴¹ Calatrava, Juan Antonio, El debate sobre la ubicación de los cementerios en la España de las Luces: la contribución de Benito Bails, en *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del Arte*, Departamento de Historia del Arte - Facultad de Geografía e Historia – UNED, Madrid, 1991, 349-366.

⁴² Nieremberg, Juan Eusebio, *Partida a la eternidad y preparación para la muerte*, Imprenta Real, Madrid, 1645, 240 p.

		Indias Occidentales que escribió en la Latina Don Juan de Solorzano y Pereyra ⁴³
1661	Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Osma	Luz a los vivos y escarmiento en los muertos ⁴⁴
1671	Miguel de Meca y Bobadilla, Condoticio mayor de las iglesias parroquiales de la ciudad de Calahorra (La Rioja)	Dulzuras en el morir, motivadas del amor de Dios y de las culpas, sacadas de los evangelios, profetas y de muchos santos ⁴⁵
1691	Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Ángeles, electo arzobispo de México*	Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V ⁴⁶
1698	Juan Eusebio Nieremberg, Sacerdote Jesuita y teólogo	De la diferencia entre lo Terrenal y lo Eterno. Crisol de desengaños con la memoria de la eternidad, postrimerías humanas y principales misterios divinos ⁴⁷
1721	Thomas Lewis, reverendo	Seasonable considerations on the indecent and dangerous custom of burying in churches and churchyards, with remarkable observations historical and philosophical. Proving that the custom is not only contrary to the practice of the ancients, but fatal in case the infection ⁴⁸

⁴³ Solórzano y Pereyra, Juan de, *Política indiana: sacada en lengua castellana de los dos tomos del Derecho i gobierno municipal de las Indias Occidentales que escribió en la Latina Don Juan de Solorzano y Pereyra*, Imprenta de Diego Díaz de la Carrera, Madrid, 1648, 6 tomos.

⁴⁴ Palafox y Mendoza, Juan de, *Luz a los vivos y escarmiento en los muertos*, Imprenta de María de Quiñones, Madrid, 1661, 517 p.

⁴⁵ Meca y Bobadilla, Miguel de, *Dulzuras en el morir, motivadas del amor de Dios y de las culpas, sacadas de los evangelios, profetas y de muchos santos*, Imprenta de Mateo de Espinosa y Arteaga, Madrid, 1671, 199 p.

* Es importante aclarar que se ubica este texto en la fecha de publicación de su tercera edición, toda vez que fue revisada y comentada por el Obispo que en ese momento regentaba la Diócesis de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Palafox y Mendoza (ya fallecido), se marchó de la Nueva España a finales del año 1653 y que el original de este texto circuló en 1642, casi dos décadas antes del arriba mencionado escrito por el mismo autor.

⁴⁶ Palafox y Mendoza, Juan de, *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V: Formado por mandado del ilustrísimo, y excelentísimo señor D. Juan de Palafox y Mendoza, siendo obispo de la Puebla de los Ángeles, electo arzobispo de México (...) Tercera y última vez corregido, enmendado, y dado a la luz por orden del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Doctor D. Manuel Fernández de Santa Cruz, actual Obispo de la Puebla de los Ángeles*, Imprenta de Diego Fernández de León, Puebla de los Ángeles, 1691, 270 p.

⁴⁷ Nieremberg, Juan Eusebio, *De la diferencia entre lo Terrenal y lo Eterno. Crisol de desengaños con la memoria de la eternidad, postrimerías humanas y principales misterios divinos*, Imprenta de Francisco Guasch, Barcelona, 1698, 448 p.

⁴⁸ Lewis, Thomas, *Seasonable considerations on the indecent and dangerous custom of burying in churches and church-yards. With remarkable observations historical and philosophical proving, that the custom is not only contrary to the practice of the antients, but fatal, in case of infection*, S. P. for A. Bettesworth; and sold by Jacob Silver, in Sandwich, London, 1721, 64 p.

1737	Joseph de Aranda y Marzo, Médico de la villa de Orgaz (Toledo)	Descripción Tripartita ⁴⁹
1743*	Abad Charles Gabriel Porée, Abad francés, maestro de Voltaire	Lettres sur la sépulture dans les églises ⁵⁰
1745*	Abad Charles Gabriel Porée, Abad francés, maestro de Voltaire	Observation sur les sépultures dans les églises, et réflexions sur les lettres écrites à ce sujet ⁵¹
1745 (Edición facsimilar nueva impresión de 1791)	Joseph Gumilla, sacerdote jesuita misionero en las Misiones del Orinoco, Meta y Casanare	Orinoco Ilustrado (Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riveras del río Orinoco, Meta y Casanare) ⁵²
1755	António Nunes Ribeiro Sanches, médico portugués egresado de la Universidad de Salamanca. Desarrollo sus obras alrededor de Europa (en especial desde Rusia, Prusia y París)	Tratado da Conservação da Saúde dos Povos ⁵³
1772	Joseph Habermann, Doctor en filosofía y medicina	Dissertatio inauguralis medica de Salubri Sepultura ⁵⁴

⁴⁹ Aranda y Marzo, Joseph de, *Descripción Tripartita*, Imprenta y Librería de Manuel Fernández, Madrid, 1737.

* Existían dudas acerca de la fecha de publicación del primer original de este texto, pues la mayoría de las fuentes secundarias coincidían en datar su publicación en París en 1745 (sin mencionar el taller de impresión). Sin embargo, en la cita que de este texto hacían los autores de la *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, publicada en 1787, aseguraban haberla extraído de una edición impresa en Rouen en 1743. Siguiendo este rastro pudimos acceder a una edición reimpressa en Caen en 1749, en la que se corroboró que fue en 1743 que este texto se imprimió por primera vez.

⁵⁰ Porée, Charles Gabriel (Abate), *Lettres sur la sépulture dans les églises*, Chez Jacques Manoury Libraire, Caen, 1749, 48 p.

* Continuando con la aclaración anterior, la edición reimpressa en 1749 recogió también este texto creado por Porée a partir de las impresiones y comentarios que suscitó su texto *Lettres sur la sépulture dans les églises*, el cual reimprimió Caen en 1745, fecha que se le adjudica a estas observaciones (se desconoce si circularon separados o sumados en la misma encuadernación). Ambos textos fueron compilados (sin unificar la numeración) en la reimpresión de 1749.

⁵¹ Porée, Charles Gabriel (Abate), *Observation sur les sépultures dans les églises, et réflexions sur les lettres écrites à ce sujet*, Chez Jacques Manoury Libraire, Caen, 1749, 32 p.

⁵² Gumilla, Joseph, *Orinoco Ilustrado (Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riveras del río Orinoco, Meta y Casanare) Tomo II*, Imprenta de Carlos Gibert y Tuto, Barcelona, 1791 [Edición facsimilar: Carvajal, Santander de Quilichao (Cauca), 1985], 352 p.

⁵³ Ribeiro Sanches, António Nunes, *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*, -----, París, 1756, 293 p.

⁵⁴ Habermann, Joseph, *Dissertatio inauguralis medica de Salubri Sepultura*, Typographeo Kaliwodiano, Viena, 1772, 120 p.

1773	Hugues Maret, Médico - Cirujano, Secrétaire perpétuel de l'Académie de Dijon	Mémoire sur l'usage où l'on est d'enterrer les morts dans les Eglises & dans l'enceinte des villes ⁵⁵
1776	Achille Guillaume Le Bégue de Presle, Doctor regente de la Facultad de Medicina de París y Censor Real (Traducción de Félix Galisteo y Xiorro, profesor de cirugía de la Corte)	El Conservador de la Salud o aviso a todas las gentes acerca de los peligros que les importa evitar para mantener con buena salud, y prolongar la vida ⁵⁶
1781	Félix del Castillo, Presbítero, catedrático de retórica y rector de la Real Casa de Enseñanza Pública de Málaga	Discurso físico histórico legal sobre el abuso piadoso de enterrar los cuerpos muertos en las iglesias ⁵⁷
1781	Gaspar Melchor de Jovellanos, escritor, jurista y político ilustrado. Miembro Real Academia de la Historia	Reflexiones sobre la legislación de España en cuanto al uso de sepulturas ⁵⁸
1781	Juan Pablo Aragón-Azlor y Zapata de Calatayud, (XI Duque de Villahermosa), Embajador de Carlos III en Turín	Noticias y Reflexiones del Excelentísimo señor Duque de Villahermosa, sobre los cementerios fuera de los poblados y en especial de los establecidos extramuros de Turín ⁵⁹
1785	Benito Bails, Académico de las Reales Academia Española y de la Historia, y de la Ciencias y Artes de Barcelona	Pruebas de ser contrario a la práctica de todas las naciones y a la disciplina eclesiástica, y perjudicial

⁵⁵ Maret, Hugues, *Mémoire sur l'usage où l'on est d'enterrer les morts dans les Eglises & dans l'enceinte des villes*, Causse imprimeur, Dijon, 1773, 67 p.

⁵⁶ Le Begue de Presle, Achille Guillaume, *El Conservador de la Salud o aviso a todas las gentes acerca de los peligros que les importa evitar para mantener con buena salud, y prolongar la vida. Traducción al español de Félix Galisteo y Xiorro*, Oficina de Pedro Marín, Madrid, 1776, 475 p.

⁵⁷ Castillo, Félix del, *Discurso físico histórico legal sobre el abuso piadoso de enterrar los cuerpos muertos en las iglesias*, -----, Madrid, 1781.

⁵⁸ Jovellanos, Gaspar Melchor de, "Reflexiones sobre la legislación de España en cuanto al uso de sepulturas que presentó a la Academia de la Historia en 1781", en Nocedal, Cándido Ed. *Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Tomo #1*, Biblioteca de Autores Españoles desde la Formación del Lenguaje hasta Nuestros Días, M. Rivadeneyra impresor – editor, Madrid, 1858, 477-480.

⁵⁹ Aragón-Azlor y Zapata de Calatayud, Juan Pablo (XI Duque de Villahermosa), "Noticias y Reflexiones del Excelentísimo señor Duque de Villahermosa, sobre los cementerios fuera de los poblados y en especial de los establecidos extramuros de Turín", en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, Apéndice.

		a la salud de los vivos, enterrar los difuntos en las iglesias y poblados ⁶⁰
1785	Ramón Cabrera, Presbítero y licenciado en Cánones	Disertación histórica en la cual se expone según la serie de los tiempos la varia disciplina que ha observado la Iglesia en España sobre el lugar de las sepulturas desde los tiempos primitivos hasta nuestros días ⁶¹
1786	Real Academia de La Historia (Compendio de trabajos)	Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas ⁶²
1786	Fray Miguel de Azero y Aldovera, Sacerdote Carmelita y profesor de la cátedra de griego de la Universidad de Alcalá	Tratado de los funerales y de las sepulturas ⁶³
1787	Anónimo	Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso ⁶⁴
1792	Fray Ramón de Huesca, de la orden de los Capuchinos, Calificador del Santo Oficio, Examinador Sinodal del Obispado de Teruel, y Socio de mérito de la Real Sociedad de Salud Pública	Nueva instancia a favor de los cementerios contra las preocupaciones del vulgo: tratado en que discurriendo por las épocas más notables se demuestra que enterrar los muertos en cementerios fuera de los templos y las poblaciones es conforme a la piedad cristiana y necesario a la salud pública ⁶⁵
1802	Antonio Lavedan, Profesor de Medicina y Cirugía	Tratado de las enfermedades epidémicas, pútridas, malignas, contagiosas y pestilentes. Historia de la

⁶⁰ Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica de todas las naciones y a la disciplina eclesiástica, y perjudicial a la salud de los vivos, enterrar los difuntos en las iglesias y poblados*, Imprenta de D. Joaquín Ibarra, Madrid, 1785, 263 p.

⁶¹ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica en la cual se expone según la serie de los tiempos la varia disciplina que ha observado la Iglesia en España sobre el lugar de las sepulturas desde los tiempos primitivos hasta nuestros días”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 71-180.

⁶² Real Academia de La Historia, *Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas*, Oficina de don Antonio de Sancha, Impresor de la Academia, Madrid, 1786, 103 p.

⁶³ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, Imprenta Real de Madrid, Madrid, 1786, 123 p.

⁶⁴ Anónimo, *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, Imprenta Real, Madrid, 1787, 23 p.

⁶⁵ Huesca, Fray Ramón de, *Nueva instancia a favor de los cementerios contra las preocupaciones del vulgo: tratado en que discurriendo por las épocas más notables se demuestra que enterrar los muertos en cementerios fuera de los templos y las poblaciones es conforme a la piedad cristiana y necesario a la salud pública*, Imprenta de la viuda de Ezguerrero, Pamplona, 1792, 100 p.

		peste; en la qual se ha añadido la peste de Atenas, de Marsella y la de Egipto ⁶⁶
1803	Joaquín de Villalba y Guitarte, Profesor de cirugía médica	Epidemiología española, ó, Historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801 ⁶⁷
1847	Don Pedro Felipe Monlau, Doctor en Medicina y Cirugía, miembro del cuerpo de sanidad militar	Elementos de Higiene Pública ⁶⁸

Tabla #1: Fuentes primarias impresas y corta reseña de sus autores.

De igual manera, hemos tenido la posibilidad de trabajar desde hace varios años en los archivos históricos de Antioquia y de Medellín, así como en el Archivo General de la Nación con sede en Bogotá. Labor que hemos complementado con visitas al Archivo Central del Cauca en Popayán, el Archivo General de Indias en Sevilla y estancias cortas en el Archivo General de la Nación de México. De igual manera, tengo una deuda de gratitud con una gran amiga y colega de la Universidade Nova de Lisboa, María Bastiao, gracias a quien tuvimos la fortuna de obtener transcripciones de fuentes primarias del Archivo Histórico Ultramarino, donde se conservan buena parte de las comunicaciones sostenidas entre Portugal y sus territorios de ultramar, en medio del contexto de las Reformas Pombalinas (equivalentes a las borbónicas en el territorio luso).

Mucha de la información que los lectores podrán encontrar a lo largo de estas páginas, ha sido compilada de la revisión de los procesos que en torno a la creación de cementerios reposan en estos centros documentales. Una labor que fue complementada gracias a la ‘puesta en orden del material’, tratando de establecer una línea de tiempo que, sin pretender hacer de lo cronológico el eje del análisis, sí nos ha permitido armar una especie de rompecabezas en medio de los largos procesos burocráticos que seguía cada iniciativa.

⁶⁶ Lavedan, Antonio, *Tratado de las enfermedades epidémicas, pútridas, malignas, contagiosas y pestilentes. Historia de la peste; en la qual se ha añadido la peste de Atenas, de Marsella y la de Egipto*, Imprenta Real, Madrid, 1802, 674 p.

⁶⁷ Villalba y Guitarte, Joaquín de, *Epidemiología española, ó, Historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801*, Imprenta de don Fermín Villalpando, Madrid, 1803, 344 p.

⁶⁸ Monlau, Don Pedro Felipe, *Elementos de Higiene Pública*, Imprenta de D. Pablo Riera, Barcelona, 1847, 490 p.

En este punto es interesante mencionar a modo de ejemplo, como el acceder a través de una copia digital realizada en la década de los ochenta del siglo pasado al Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Popayán (responsable a lo largo de nuestro periodo de análisis de todo el occidente y el sur del actual territorio colombiano), disponible en el Archivo General de la Nación; nos ha permitido introducirnos en información que no fue tomada en cuenta por ninguno de los autores contemporáneos que hemos consultado.

Es en este fondo documental donde ubicamos, entre mucha otra información relevante, las tablas de cuentas del padre Manuel Mañosca en torno a los entierros que tuvieron lugar en Popayán entre 1780 y 1789. Documento inédito que nos permitió echar un vistazo al costo de los rituales funerarios en esta ciudad, la diferenciación social y las variaciones en el ritual de acuerdo con la categoría de los individuos a inhumar.

Información que contrastamos en su debido momento, como ya lo anunciamos, con la recopilada por Ana Luz Rodríguez en Santafé para el periodo 1800 – 1831, permitiendo establecer un paralelo entre dos ciudades y dos épocas diferentes, pero complementarias en el marco de este proceso investigativo.

Organización de la información y temáticas de los capítulos

Por último y para mayor claridad de los lectores, es procedente exponer en qué orden hemos distribuido la información recopilada y los alcances de cada una de las **dos partes y cinco capítulos** en los que hemos dividido este trabajo.

La primera parte la hemos llamado: ***El éxtasis ilustrado: en busca de teorías, modelos y referentes para la transformación de las prácticas funerarias en la España de los Borbones*** y contiene dos capítulos que nos sirven de marco conceptual. Preguntas cómo: ¿Cuáles fueron las teorías que hicieron que los cementerios intramurales comenzaran a ser vistos desde otra perspectiva? ¿Era nuevo ese debate acerca del lugar de las sepulturas? ¿Qué se propuso al respecto? ¿Cómo surgieron esos modelos? ¿Quiénes fueron sus creadores e impulsores? ¿Cómo avanzó el debate? ¿Cuáles fueron las coyunturas que impulsaron los procesos? ¿Quiénes crearon las normas y con qué características?, nos sirvieron de guía al momento de buscar, recopilar, ordenar, transcribir y presentar la información que ofrecemos a los lectores en esos dos capítulos.

Si bien los lectores verán que esta primera parte se centra mucho en Europa, sus contenidos les permitirán conocer los documentos originales que se discutieron en la época y las influencias que generaron entre quienes, a su vez, produjeron las leyes y nuevos textos que viajaron a América y fueron el marco teórico, jurídico e histórico para el debate ilustrado que se dio en estos contornos.

Así pues, el capítulo uno, titulado *Guardar el alma o salvar los cuerpos: teoría y debate ilustrado en torno al lugar de las sepulturas (1750-1786)*, está dedicado en específico a la revisión de los antecedentes teóricos y prácticos de las inhumaciones extramuros en España, así como a los debates que generaron las iniciativas borbónicas tendientes a la regulación de los lugares de sepultura en la península. En esta sección hemos analizado de manera amplia el proceso que antecedió la formulación y publicación de la Real Cédula de Carlos III que fue eje fundamental para este trabajo, teniendo la oportunidad de consultar las fuentes primarias que empleó el Monarca y su Consejo a la hora de su formulación.

Como lo advertimos hace un momento, debido a la relevancia de los hallazgos y lo útiles que resultaron estos referentes al momento de analizar los procesos que se iniciaron décadas después en Hispanoamérica, dividimos en dos capítulos la información, dejando en el anterior los procesos seguidos en la península y en el segundo, al que hemos llamado *En busca de referentes adaptables: Europa y el proceso ilustrado en torno a los cementerios extramuros (1750-1786)*, abordaremos los casos y ejemplos europeos que los ministros ilustrados utilizaron y/o referenciaron (por sus éxitos o fracasos), a partir del inicio del proceso definitivo de instauración de las normativas carolinas, a partir de 1781.

Una vez analizados los referentes teóricos y prácticos que motivaron las Reales Cédulas y los abundantes documentos que las acompañaron, nos acercaremos al espacio neogranadino en el mismo orden en que lo hacían, por lo general, las normas, los funcionarios y las noticias. Es por esto por lo que hemos denominado a la segunda parte de este trabajo ***El miedo espiritual: discursos, proyectos y estrategias en torno a la construcción de cementerios extramuros en el Nuevo Reino de Granada.***

En el capítulo tres: *Nuevas visiones ilustradas para un nuevo orden social: hacia la regulación de los sitios de enterramiento en los territorios americanos (1787-1808)* revisaremos algunos procesos que tuvieron lugar en la América hispana con motivo de la formulación de las nuevas normativas en torno a los cementerios extramuros. Es así como de

la mano de algunas fuentes primarias y secundarias consultadas, analizaremos los casos de ciudades y territorios tan diversos como Nueva Orleans (Luisiana), La Habana (Cuba), la Nueva España y Lima (Perú).

Tendremos como gran protagonista de este aparte a don José de Ezpeleta, quien con motivo de una epidemia en Cuba y en su calidad de Gobernador y Capitán General de la isla, contribuyó de manera destacada en la formulación de la Real Cédula de 1789. Documento firmado ya por Carlos IV y que fue el que realmente circuló de manera oficial entre todos los virreyes, gobernadores, arzobispos y obispos de ultramar, toda vez que de la Real Cédula de Carlos III solo se conocieron las copias publicadas en la gaceta.

Además, en este capítulo merece una mención especial el proceso que se ubicó en el Archivo General de Indias (AGI) relacionado con la solicitud de construcción de un nuevo cementerio extramuros para la ciudad de Nueva Orleans. A través de los folios se pone en evidencia cómo la concepción de las ciudades, su orden espacial y los trazados de estas eran muy distintos desde la óptica de los borbones, si se les compara con las plantas de las ciudades fundadas bajo el auspicio de la antigua monarquía española de los Austrias.

En este sentido, es bueno recordar que Nueva Orleans había sido fundada en 1718 por colonos franceses y luego fue cedida por los borbones galos a ‘sus primos’, los borbones españoles, a modo de indemnización por las pérdidas de estos últimos tras su alianza ‘familiar’ en contra de los británicos en la Guerra de los Siete Años que concluyó en 1763.

Es en el seno de esta ‘moderna’ ciudad portuaria, en la que el Gobernador de la Luisiana y Florida Occidental y Coronel de los Reales Ejércitos, Estevan Miró, concibió un novedoso plan de reubicación del cementerio (desligado ya para entonces de la iglesia, pero incluido en el espacio amurallado de la ciudad) que analizaremos a profundidad, gracias a las completas cartografías conservadas de la ciudad y puestas a disposición del público a través de internet.

El capítulo cuatro, *Grandes expectativas, pocas realizaciones: discursos, procesos y fracasos en el Nuevo Reino de Granada en torno a los cementerios extramuros (1787-1803)*, está centrado ya en el territorio neogranadino, eje de este trabajo investigativo, por lo que podremos analizar principalmente y de manera cronológica, los procesos seguidos en las ciudades de Popayán y Santafé, sin excluir alusiones puntuales a los procesos que tuvieron lugar en otros espacios del Virreinato, como fue la provincia de Antioquia o los importantes

aportes realizados por el Gobernador de la Provincia de Girón, don Francisco Vallejo, a quien se le debe la iniciativa de ordenar y remitir los primeros diseños en planta para los cementerios de su jurisdicción, material que antecede por cuatro años los planos remitidos por la Corona en 1804.

Un punto a resaltar de este capítulo, es que se revisaron los primeros avances en la discusión e implementación de los cementerios extramuros en el Virreinato, siendo uno de los principales logros en este sentido, sacar a la luz el proceso que lideró don José Marcelino de Mosquera y Figueroa, en su calidad de Depositario General, Regidor Perpetuo de Popayán y Mayordomo de la Catedral.

Documentalmente se pudo comprobar en este capítulo que el proceso que permitió la creación del ‘Cementerio de la Ermita’ en Popayán, inició meses antes de que se publicara la Real Cédula por parte de Carlos III, lo que demuestra que la necesidad de la creación de cementerios extramuros ya era sentida por funcionarios y habitantes del Virreinato, contando a su vez con argumentos ilustrados propios a favor de su construcción.

Este caso es muy significativo a pesar de los pobres resultados que se obtuvieron al final del mismo. Situación que le fue común a buena parte de las poblaciones revisadas a lo largo de la última década del siglo XVIII.

Otro de los apartes destacados de este capítulo, está dedicado al proceso de creación del que será el primer cementerio extramuros de la capital virreinal, teniendo de nuevo a Ezpeleta (ahorra como Virrey del Nuevo Reino de Granada) y a su equipo de asesores como protagonistas. Una prueba tangible de que no sólo se requería del concurso de buenas razones y voluntades para la transformación de una práctica visiblemente arraigada. Veremos cómo, de un amplio y ambicioso proyecto para la creación de un Cementerio General, se pasó con el tiempo y tras múltiples debates, a la bendición de un pequeño camposanto de caridad, en el que serían enterrados los muertos del Hospital San Juan de Dios, en cuyos muros ya no se encontraban espacios para tantos cuerpos.

También merecerá una especial mención y reconocimiento en medio de este capítulo otro Virrey, como es el caso del navarro don Pedro de Mendinueta, a quien le correspondió afrontar a partir de 1801 la llegada de un nuevo brote epidémico al Virreinato, siendo muy importantes sus medidas ‘ilustradas’ para evitar la expansión de la viruela en Santafé (lo que

le costó un fuerte enfrentamiento con el Cabildo) y la orden de creación de algunos cementerios extramuros para las víctimas de esta enfermedad.

Sin embargo, si este trabajo le queda en deuda por algo, es por la Orden Superior que dirigió Mendinueta el 29 de mayo del año 1800 a cada una de las gobernaciones de su jurisdicción, solicitando noticias acerca del proceso de creación de cementerios en sus territorios. Gracias al sumario que surge de esta consulta, quienes hoy en día trabajamos estos temas contamos con nutrida documentación custodiada, en su mayoría, en el Archivo General de la Nación.

Medellín y el proceso de creación del primer cementerio general para la villa, será la protagonista del capítulo cinco, *¿De las palabras a los hechos?: los cementerios como realidad jurídica... y utopía arquitectónica (1804-1810)*, en medio del cual se ha tratado de contrastar y complementar los documentos que se han sacado a la luz en los últimos tiempos, con los resultados de las investigaciones ya publicadas por destacados investigadores en la materia. En este apartado el lector podrá seguir paso a paso el debate que surgió en torno a la creación del primigenio camposanto y los argumentos que calificaban y descalificaban los diversos predios que se seleccionaron para su construcción.

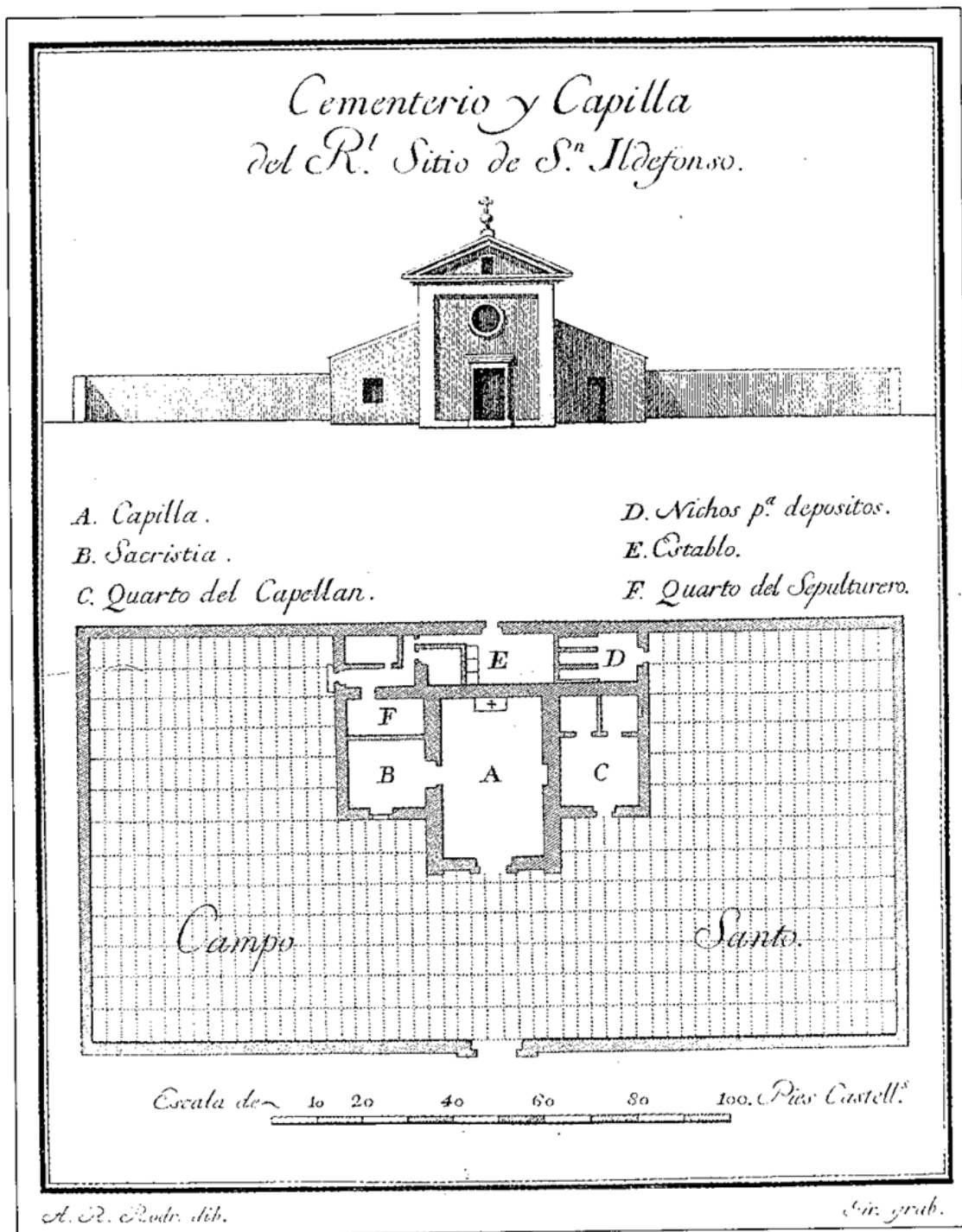
Paralelo a esto, abordaremos los casos del Cementerio de Occidente en la capital Virreinal y del cementerio que se intentó construir en el sitio de Barranquilla. Dos ejemplos que darán cuenta de los pobres resultados que en general se obtuvieron frente a la construcción de cementerios y la transformación de las costumbres funerarias en los espacios urbanos del Virreinato, durante el tiempo en que se pusieron en práctica las normativas borbónicas.

Fracaso que, si bien nos impide sacar a relucir un ejemplo tangible y aún en uso de estos primigenios camposantos extramuros, se puede entender como un éxito indirecto cuando se constata que buena parte de las normas y argumentaciones que ya en periodo republicano se redactaron y sacaron a la luz pública para justificar la creación de nuevos cementerios, tenían una relación directa o eran simples copias de lo que teóricamente se construyó a lo largo de la última etapa del periodo colonial.

Sin más dilaciones, ponemos pues a consideración de ustedes, estimados lectores, este trabajo.

PRIMERA PARTE

El éxtasis ilustrado: en busca de teorías, modelos y referentes para la transformación de las prácticas funerarias en la España de los Borbones



CAPÍTULO 1. Guardar el alma o salvar los cuerpos: teoría y debate ilustrado en torno al lugar de las sepulturas (1750-1786)

Quizás uno de los ejercicios más complejos que debe afrontar todo tipo de organización, sea familiar, empresarial, civil, militar, pública, privada, grande, pequeña, etc.; es el de consumir el tránsito entre sus postulados y planteamientos teóricos y la puesta en práctica de lo expresado. Acción necesaria si se desea consolidar el grupo social que integra dicha entidad y, de manera especial, para transmitir un mensaje de credibilidad que afiance los vínculos de unión y el compromiso común ante algo que toma ribetes de seriedad, viabilidad y veracidad.

Si bien la preocupación por la acumulación de cadáveres en templos, monasterios y hospitales era un asunto que despertó el interés de los gobernantes de las monarquías hispanas desde la propia Edad Media, lo que condujo a la expedición de normativas que buscaban restringir y controlar la generalización de esta práctica (como lo dejaron en claro los propios ilustrados que trabajaron en torno al proceso adelantado por Carlos III); es que gracias al surgimiento de ‘nuevas visiones ilustradas’ y el apoyo de las mismas por parte de un monarca que se comprometió a pasar de los discursos a la práctica, que este ideario se acercó a su fase de aplicación, en medio de un contexto social, político y religioso propicio para mencionados fines.

En este capítulo pretendemos revisar los antecedentes teóricos y prácticos de las inhumaciones extramuros en España, así como algunos de los debates y procesos que generaron las iniciativas borbónicas tendientes a la regulación de los lugares de sepultura en la península. Un salto de la teoría a la práctica que si bien, como se verá, no alcanzó los objetivos esperados, sí dejó como huella experiencias dignas de ser tenidas en la cuenta y que aportarán luces a los procesos que analizaremos en capítulos posteriores.

1.1 Antecedentes en la regulación de las sepulturas en las iglesias y las ciudades

A pesar de ser tema de debate a lo largo de la alta Edad Media castellana, es claro que con el paso de los siglos las inhumaciones en las iglesias se fueron posicionando en los imaginarios y en las costumbres tanto de las élites como de los estratos populares en la totalidad de los territorios que conforman hoy España.

Esta situación se hizo evidente con la expedición a mediados del siglo XIII de las Siete Partidas por parte del Rey Alfonso X, ‘El Sabio’⁶⁹, en las cuales se estableció que los cementerios debían estar ubicados cerca de las iglesias y lugares de culto, mas no convenía permitirse la inhumación de fieles en el interior de estos recintos a no ser en casos especiales como: “... *los reyes et las reynas et sus fijos, et los obispos, et los abades, et los priores, et los maestros et los comendadores que son perlados de las órdenes et de las eglesias conventuales, et los ricos homes, et los hombres honrados que ficiesen eglesias de nuevo o monasterios...*”⁷⁰, así como cuando se presumiera la santidad de quien fuese honrado con dicho beneficio.

Y es que para la época no eran desconocidos los peligros que se corrían al permitir la proliferación de cadáveres dentro de los ‘sagrados recintos’, como lo deja en claro el propio Monarca en la Ley II, del Título XIII Sobre las sepulturas, contenida en la Primera Partida: “*Empero antiguamente los emperadores et los reyes de los cristianos fcieron establecimientos et leyes, et mandaron que fuesen fechas eglesias et cementerios de fuera de las cibdades et de las villas en que se soterrasen los muertos, porque el olor dellos non corrompiese el ayre nin matase á los vivos*”⁷¹.

Legislación que está en sintonía con las conclusiones del Sínodo de León (1262-1267) donde, según las autoras Ana Hilda Duque y Lolibeth Medina: “*Se establece y ordena que ningún clérigo tenga la osadía de enterrar dentro de la iglesia algún finado, aunque la iglesia tenga dos o tres naves*”⁷².

Normas que fueron ineficaces frente a una práctica que tuvo como aliciente en sus primeras etapas la creencia en la protección que brindaban las reliquias de los santos a los fieles difuntos que reposaban en su entorno (sepulturas *Ad sanctus*), pero que serían complementadas por los discursos relacionados con la intermediación benefactora que podían hacer las imágenes sagradas a favor de los vivos y de los muertos, así como los rituales cotidianos que tenían lugar en templos y conventos⁷³.

⁶⁹ López, Gregorio, *Las Siete Partidas del sabio rey don Alonso el nono / nuevamente glosadas por el licenciado Gregorio López. Reproducción facsimilar. de la edición de Salamanca por Andrea de Portonaris*, Boletín Oficial Estado, D.L, Madrid, (1555), 1974, Libro XIII: de las sepulturas.

⁷⁰ López Gregorio, *Las Siete Partidas*, Título XIII, Ley XI, 388.

⁷¹ López Gregorio, *Las Siete Partidas*, Título XIII, Ley II, p. 382.

⁷² Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, 18.

⁷³ Gélis, Jacques, “El cuerpo, la iglesia y lo sagrado” en Vigarello, Georges Ed., *Historia del Cuerpo Vol. 1*, Taurus, Madrid, 2005, 27-112.

1.1.1 Interacciones entre vivos y muertos bajo la Monarquía de los Austrias

Una vez unificadas en la práctica las Coronas de Castilla y Aragón, así como expulsadas (o al menos restringidas e invisibilizadas en gran medida) las comunidades que, desde perspectivas religiosas diferentes, pudiesen reñir con los códigos y prácticas de la Iglesia reformada en los tiempos de Isabel la Católica; los territorios ibéricos pasaron a una fase de uniformización en cuanto a las prácticas religiosas. Esta situación contribuyó a que, con el correr de los años, en las zonas urbanas, las iglesias y conventos cumplieran la función de sitios de inhumación en los que se buscó dar cabida a todo tipo de personas, con sus correspondientes consecuencias sanitarias.

Los cadáveres se convirtieron así en elementos cotidianos, lo que no significa que estos fueran los únicos ‘focos de inmundicia’ que poblaban las calles y espacios comunes de las ciudades europeas de finales de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna. Despojos humanos afloraban por las iglesias y sus entornos, así como en los conventos y sus claustros; mezclándose con las materias fecales y los desechos producidos por los habitantes y trajinantes de las urbes en expansión, por lo que era común padecer enfermedades respiratorias, fiebre y diarrea. El contacto y la acumulación de cuerpos y material orgánico en descomposición pasó a ser la fuente de infección que le abrió las puertas a otra concepción religiosa: morir de enfermedad larga y penosa era un fin digno y deseable. Algo así como santificarse en vida.

Al respecto exponía siglos más tarde el teólogo y escritor Juan Eusebio Nieremberg, en su libro *Partida a la eternidad y preparación para la muerte*, publicado en 1645: “*La enfermedad es la manera como Dios le recuerda al hombre que ha pecado y que se ha olvidado, por ende, de Él; la enfermedad es una prueba y el padecerla aumenta los méritos del que sufre ante Dios y le abre las posibilidades de la salvación*”⁷⁴.

Salvación que concentraba buena parte de las energías de una sociedad decididamente religiosa, a la cual se instruía desde los púlpitos para que sobrelleva de la mejor manera este trance final en la Tierra, con la promesa de un más allá atrayente y acogedor. Lo que, en palabras de Miguel de Meca y Bobadilla, quien publicó en 1671 el libro *Dulzuras en el morir*,

⁷⁴ Nieremberg, Juan Eusebio, *Partida a la eternidad*, 4. Citado por: Vargas Poo, Marín Eduardo y Cogollos Amaya, Silvia, *La Teología de la Muerte*, 128.

*motivadas del amor de Dios y de las culpas, sacadas de los evangelios, profetas y de muchos santos; se traduce en: “Saber morir significa traspasar el umbral de lo terrenal, de lo pernicioso, de la posibilidad de la condenación eterna, y adentrarse en el mundo de la felicidad y del bienestar eternos”*⁷⁵.

Lo terrenal y mundano estaba supeditado pues a lo sacro y espiritual, dando paso a una manera particular de entender el mundo y relacionarse con el entorno. Es así como se deduce la razón por la cual incluso hasta bien entrado el siglo XVIII, los desastres naturales, el hambre, los accidentes, la guerra y las epidemias, continuaron siendo interpretados como ‘castigos divinos’ desde las altas esferas de gobierno civil y eclesiástico, frente a los cuales se empleaban muchas veces como remedio rogativas y procesiones (‘acciones metafísicas’), primando estas sobre algún tipo de medida de contingencia o intervención práctica⁷⁶.

1.1.2 Súbditos en la tierra y en el cielo

Uno de los rasgos más característicos del proceso de conquista en el futuro territorio neogranadino, fue la rápida asimilación de las costumbres y creencias religiosas cristianas por parte de las comunidades indígenas que fueron sometidas en los momentos iniciales, las cuales afrontaron rápidamente un proceso de mestizaje y sincretismo cultural, que los llevó a reproducir en buena medida, los parámetros culturales que les aportaron los integrantes de las huestes hispanas; quienes, a su vez, mutarían significativamente sus hábitos y costumbres, adaptándose a los nuevos climas, la gastronomía y la geografía del costado noroccidental de Suramérica.

Esta nueva sociedad estaba fuertemente influenciada por la Iglesia Católica, por lo que defendía con ahínco ideas relacionadas con la ‘voluntad divina’, la cual no estaba solo circunscrita a los ejercicios de dominación política y económica, sino que soportaba teóricamente la preeminencia de unas jerarquías que, proviniendo de tierras lejanas, tenían la potestad de gobernar a distancia no solo a los indígenas sometidos, sino a los contingentes

⁷⁵ Meca y Bobadilla, Miguel, *Dulzuras en el morir*, 13. Citado en: Vargas Poo, Marín Eduardo y Cogollos Amaya, Silvia, *La Teología de la Muerte*, 131.

⁷⁶ “La diferencia fundamental entre estos dos tipos de conducta [la relacionada con procesos técnicos y la metafísica] es que mientras el técnico primitivo está siempre en contacto mecánico directo con el objeto que pretende cambiar, el mago pretende cambiar el estado del mundo a distancia”. Leach, Edmund, *Cultura y Comunicación: La Lógica de la Conexión de los Símbolos*, Siglo XXI, Madrid, 1976, 40.

humanos que atravesaron el Atlántico en busca de nuevas oportunidades, dejando a este lado del mundo su vida, su cultura y su genética.

Así, las nuevas generaciones de súbditos americanos, juraron lealtad a los monarcas hispanos y a las estructuras civiles y religiosas de un mundo que se hizo cada vez más diverso, pero que, en materia espiritual, se unía bajo la misma condición de súbditos y creyentes. Elementos que garantizaban el orden y el control, así las distancias físicas y los componentes humanos que interactuaban a lo largo y ancho de tan bastas geografías, permitieran un sinnúmero de ‘anomalías’, que poco parecieron incomodar la mayoría del tiempo a la cúspide del complejo sistema burocrático de los Austrias o a las jerarquías eclesiásticas europeas, más concentradas en su lucha contra las fuerzas que pusieron en jaque su monopolio en el siglo XVI.

La América hispana, y en particular los territorios que conformarían con el tiempo el Nuevo Reino de Granada, se consolidaron bajo un doble yugo: su lealtad a la Monarquía y su sometimiento a los preceptos de la Iglesia Católica. A modo de ejemplo, es interesante ver cómo, en 1587, las autoridades civiles y eclesiásticas de Tunja solicitaron con urgencia se les enviara la imagen de la Virgen de Chiquinquirá para hacerle frente a la epidemia que asolaba la ciudad⁷⁷. O también revisar las interpretaciones que se le dio en su momento al sismo que en 1743 destruyó buena parte de las edificaciones de la ciudad de Santafé (hoy Bogotá). En este último caso, se consideró al terremoto como un castigo divino, por lo que se optó por obligar a vagos y ‘malentretidos’ a desarrollar las labores de reconstrucción, como una manera de expiar las culpas⁷⁸.

Sin embargo, el caso más claro lo ofrecen las palabras del propio Virrey Arzobispo Antonio Caballero y Góngora, quien en noviembre de 1782 afirmó, al evaluar las causas y consecuencias de la epidemia de viruela que a lo largo de ese año devastó a la ciudad de Santafé y a buena parte del Virreinato: “*Los pecados son las verdaderas causas de nuestras calamidades y estamos tan lejos de su remedio, quanto lo estuviéramos de nuestra enmienda*”⁷⁹. Y es que para el Virrey tres eran los ‘grandes despertadores’ que usaba ‘El Señor’ para castigar el pecado: el hambre, la guerra y la peste⁸⁰.

⁷⁷ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 43.

⁷⁸ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 42.

⁷⁹ Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 148.

⁸⁰ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 45.

Pero en medio de una realidad tan amplia, no es posible afirmar que existiera un consenso en responsabilizar a Dios y a las malas acciones espirituales de los hombres, frente a los hechos que estremecían a la sociedad europea y americana en este periodo.

El padre José Gumilla, por ejemplo, criticó desde las páginas de *El Orinoco Ilustrado*, el concepto de que las epidemias fueran un castigo divino. “¿Y qué falta de fe ni qué idolatría, ni qué pecados castigó Dios en aquellos inocentes?”⁸¹, escribió en 1745 en su texto, refiriéndose a los párvulos muertos tras una serie de epidemias que azotaron diversas reducciones jesuíticas americanas, a lo largo de las primeras décadas del siglo XVIII.

Para él: “Atribuir las pestes y contagios a castigo de Dios, por la poca fe de los indios, es una congruente consideración, fundada en los castigos, que Dios nuestro Señor intimó por sus profetas, y executó, por sus altos juicios, en la Gente Hebrea, y también en los Reynos Cristianos”⁸². Sin embargo, el mismo sacerdote aseguraba: “... pero también ha enviado su Majestad semejantes plagas por otros motivos y fines de su alta providencia, sin que los podamos atribuir solamente a la falta de fe, ni a la gravedad de los pecados”⁸³, pasando a enumerar las dolencias, enfermedades e infortunios que tuvieron que afrontar santos y profetas, sin que por esto se les debiese considerar como pecadores irredentos, merecedores de castigo.

Tras estas explicaciones, Gumilla concluía su defensa con una sentencia recogida también por Renán Silva⁸⁴ en su texto: “Y así de las pestes y las plagas de los americanos, no podemos inferir su falta de fe, y más viendo, que en tales epidemias padecen igualmente los españoles, en cuya constante fe no cabe sospecha, ni sombra de ella”⁸⁵.

Sin embargo, no es posible pasar por alto que política y religión marcharon de la mano a lo largo de todo este proceso. Vínculo que es necesario entender en el momento de retomar el discurso del Arzobispo Caballero y Góngora, quien en su calidad de máxima autoridad eclesiástica del Virreinato (aún no como Virrey), tuvo que sortear la revuelta de ‘Los Comuneros’, que por unos meses puso en jaque los intereses de la Corona y de las élites políticas y económicas que controlaban el Nuevo Reino de Granada.

⁸¹ Gumilla, Joseph, *Orinoco Ilustrado Tomo II*, 307.

⁸² Gumilla, Joseph, *Orinoco Ilustrado Tomo II*, 307-308.

⁸³ Gumilla, Joseph, *Orinoco Ilustrado Tomo II*, 308.

⁸⁴ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 44.

⁸⁵ Gumilla, Joseph, *Orinoco Ilustrado Tomo II*, 309.

Dios se convertía en garante y salvaguarda del orden establecido, siendo las autoridades religiosas y civiles (beneficiadas por las leyes de Patronato), las encargadas de develar los posibles ‘cambios en el temperamento divino’ y las causas por las cuales castigaba a sus atribulados hijos. Sin ahondar mucho en el asunto, sólo es necesario recordar las terribles consecuencias que conllevó el terremoto que en marzo de 1812 destruyó a Caracas y cómo este fenómeno terminó por minar el apoyo popular a los líderes que soportaban la ‘Primera República’ en la hoy Venezuela⁸⁶.

En conclusión, el que los muertos se acumularan en el piso y el entorno de iglesias y conventos, era una realidad evidente e inobjetable. Sin embargo, salvo en contadas excepciones y en las zonas rurales, donde no existían en muchos casos ni siquiera iglesias, razón de más para que esta práctica no estuviera tan interiorizada; primaron siempre las justificaciones religiosas y los supuestos beneficios espirituales a los que se pretendía acceder a través de las inhumaciones intramuros, sobre las previsibles incomodidades y el hedor que pudieran generar aquellos que habían pagado por ‘acercarse un poco más al cielo’.

1.1.3 La Ilustración y el debate en torno a la sepultura de cadáveres

Ya entrado el siglo XVII, el papa Pablo V trató de regular en 1614 el tema de las inhumaciones, por lo que le dedicó uno de los títulos de su texto: *Rituale Romanum Pauli V Pontificis Maximi Jussu Editum, Aliorumque Pontificum Cura recognitum. Atque ad normam Codicis Juris Canonici accommodatum*, más conocido como Ritual Romano; el cual estuvo vigente con leves modificaciones hasta la expedición del Concilio Vaticano II (1962-1965).

Gracias al análisis de este texto aportado por Ana Hilda Duque y Lolibeth Medina, podemos resaltar cómo en el Título VI (dedicado a las exequias), en su capítulo I el Pontífice dictaba algunas disposiciones generales:

... las sagradas ceremonias y ritos de las exequias responden a una antiquísima tradición de la Iglesia, marcado por la piedad y los saludables sufragios por los fieles difuntos. No se debe enterrar a nadie, sobre todo si muere de repente, sin dejar pasar un tiempo prudencial. **Los ritos exequiales deben ser realizados todos en la Iglesia a la cual pertenecía el cadáver.** Es también

⁸⁶ Ramírez Martín, Susana María, “José Domingo Díaz: Un Médico venezolano al servicio de la causa Realista”, en *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional*, Universidad de Santiago de Compostela, Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas Gumersindo Busto, Santiago de Compostela, 2010, 149-166.

antigua tradición el que se celebre misa exequial por los difuntos y si son pobres no se les debe exigir ningún estipendio⁸⁷.

Esta alusión a la exigencia a efectuar todos los rituales en la iglesia a la que ‘pertenecía’ el cadáver, puede llamar al equívoco de ver en esto una oficialización de las inhumaciones al interior de los templos por parte del Romano Pontífice, lo cual no es cierto, pues en el número 18 de este mismo capítulo se ordenaba:

Entiérrense a los fieles en cementerios o fosas benditas. En las iglesias no se entierren sino los cadáveres de los obispos residenciales, los abades y prelados nullíus, los romanos pontífices, los reyes y los cardenales. Debajo de los altares no se debe colocar ningún cadáver y mientras se remueva o exhume algún cuerpo no está permitido celebrar la santa misa. Para exhumar un cadáver se requiere licencia del Ordinario⁸⁸.

El elemento divergente en este caso es lo que para la época (comienzos del siglo XVII) se entendía como cementerio, que difería mucho de los espacios que posteriormente buscaron instaurar los reformadores ilustrados a finales del siglo XVIII. Los “*cementerios o fosas benditas*” contemplados por el Ritual Romano en la época de Pablo V, eran en su mayoría fosas y bóvedas (estas últimas construidas en la superficie del terreno o a modo de criptas subterráneas), ubicadas en el atrio y el entorno inmediato del templo.

Una tensa confrontación legal y simbólica entre el ‘adentro’ y el ‘afuera’ de los templos y conventos, en medio de un proceso en el que poco a poco la protección intramural (patrocinada y financiada por la creencia y los pagos de los fieles) se fue consolidando. Es así como, por ejemplo, en el tomo publicado en el año 1729 del *Diccionario de Autoridades*, primera colección lexicográfica producida por la Real Academia Española (fundada en 1713), la palabra *Cimiterio** está definida como: “*s. m. Lugar sagrado, que hai en todas las Parrochias, y otros Templos, fuera de las puertas de la Iglesia, en que se enterraban*

⁸⁷ Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, 34 (Las negrillas son nuestras).

⁸⁸ Pablo V, *Rituale romanum Pauli V. pontificis maximi jussu editum et a Benedicto XIV auctum et castigatum cui ad usum missionariorum apostolicorum nova nunc primum accedit benedictionum et instructionum appendix*, Congregationis de Propaganda Fide, Roma, 1847, 170-172. Citado por: Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, 34-35.

* De la que aclaran: “*Viene del Latino Coemeterium, (...) por cuya razón es más propio decir Cementerio*”. Más adelante se regresará sobre esta definición.

antiguamente todos los Fieles; pero oy solo se entierran en él los pobres de limosna, y los que por su devoción, y humildad eligen esta sepultura”⁸⁹.

Este tipo de enterramiento* era conocido como ‘sepultura eclesiástica’ y gozaba de todos los atributos positivos desde el punto de vista social, moral y religioso. Situación que, por obvias razones, terminó por configurar (por acción refleja) como el peor de los castigos el no recibir este tipo de sepultura, lo que se constituía en el fin menos deseable para un creyente o el escarnio más grande para un difunto y su atribulada familia.

El peso de esta sanción que era temida y pesaba como una amenaza latente sobre quienes actuaran en contra del sistema de valores de la época, forzó a que dichas exclusiones también fueran reguladas por la misma norma superior a través de lo expresado en el Capítulo II del Título VI:

Los no bautizados no pueden recibir sepultura eclesiástica, se exceptúan los catecúmenos en razón de la preparación. Debe negarse también la sepultura eclesiástica, a menos que manifiesten arrepentimiento antes de morir, a los apóstatas, herejes, cismáticos y masones. Los excomulgados o en entredicho bajo sentencia condenatoria, los suicidas, los que mueren en duelo, los que piden ser cremados y los pecadores públicos y manifiestos. A los que se les niega la sepultura eclesiástica tampoco pueden decirseles misa exequial o de aniversario⁹⁰.

Esa clara connotación negativa de las inhumaciones no eclesiásticas y su vínculo con la lejanía de los espacios sagrados, jugó un papel muy importante a la hora de la formulación de las normativas a través de las cuales se buscó alejar los cadáveres de las iglesias y los centros urbanos. Cada ‘buen cristiano’ deseaba la protección del suelo sagrado y las élites se disputaban los espacios de privilegio.

Esta situación, conflictiva en grado sumo, obligó a los propios monarcas a dictar medidas relacionadas con el orden de prelación y la ubicación de los cuerpos de las autoridades civiles y eclesiásticas, de acuerdo con su condición y dignidad, al interior de los

⁸⁹ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Castellana, en el que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua, Tomo II*, Francisco del Hierro, impresor de la Real Academia Española, Madrid, 1729.

* Tanto al interior como en el entorno inmediato de templos y conventos.

⁹⁰ Pablo V, *Rituale romanum*, 170-172. Citado por: Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, 35.

templos, tal y como quedó reflejado en la *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*⁹¹ publicada en 1680:

Mandamos que en los Monasterios de Religiosas y Religiosos de Indias, dotados y fundados de nuestra Real hacienda, quedan reservados a Nos los Cruceros y Capillas mayores; y los Religiosos y Religiosas puedan disponer de las demás Capillas y Entierros, en las formas que en estos Reynos lo hacen y pueden hacer los otros Monasterios de fundación y dotación Real, y no lo puedan dar sin aprobación de los Virreyes y Audiencia del distrito, a los cuales mandamos, que tengan consideración a las personas señaladas en nuestro Real servicio y de los Reyes nuestros sucesores, para que sean más honradas, y los Monasterios tengan más autoridad⁹².

Fue tan solo con el correr de los siglos y tras el surgimiento de las primeras corrientes de pensamiento ilustrado en Europa, que la discusión acerca de la pertinencia o inconveniencia de continuar con la práctica de las inhumaciones en las iglesias se reabrió de manera oficial.

1.1.4 Primeras apuestas teóricas en contra de las inhumaciones intramuros

Las nuevas concepciones y los descubrimientos científicos realizados en esta época comenzaron a ver en la descomposición de los cadáveres, un elemento perjudicial para la salud humana, mucho más cuando esta se presentaba en recintos cerrados, con escasas o inexistentes corrientes de aire ‘purificador’ y a los que eran convocados por centenares los vivos, con el fin de participar en los servicios religiosos.

La obra más antigua ubicada hasta el momento, al menos en cuanto a la Europa cristiana occidental, es la del reverendo Thomas Lewis: *Seasonable considerations on the indecent and dangerous custom of burying in churches and churchyards. With remarkable observations historical and philosophical, proving that the custom is not only contrary to the practice of the ancients, but fatal in case the infection*⁹³ (Consideraciones razonadas sobre la indecente y peligrosa costumbre de sepultar en las iglesias y sus alrededores. Con destacadas observaciones históricas y filosóficas, probando que esta costumbre no solo es contraria a la

⁹¹ Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la Magestad Católica del Rey Don Carlos II, Reproducción facsimilar de la edición de la Viuda de Don Joaquín Ibarra (Madrid, 1791)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Boletín Oficial del Estado, Madrid, 1998.

⁹² Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Libro I. Título III. Ley VI. Citado por: Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, 20-21.

⁹³ Lewis, Thomas, *Seasonable considerations on the indecent and dangerous custom of burying in churches and church-yards*, 64.

práctica de los sacramentos, sino fatal en caso de infección*), citada por el profesor Rodríguez Barberán en su texto⁹⁴.

Si bien se trata de un territorio cultural y religiosamente distante de los referentes directos de esta obra, es importante destacar como desde épocas tan tempranas, religiosos como Lewis (que participó de manera tangencial en la ‘Controversia Bangoriana’, uno de los más álgidos debates políticos y teológicos de comienzos del siglo XVIII al interior de la Iglesia de Inglaterra)⁹⁵, lograban incorporar argumentos ilustrados para rebatir prácticas que el peso de las costumbres había terminado por ‘normalizar’.

En cuanto a los territorios regidos por el catolicismo romano, de acuerdo con Alain Corbin⁹⁶ y Philippe Ariès⁹⁷, fue al abad francés Charles Gabriel Porée quien publicó el primer trabajo relacionado con la problemática de inhumar cadáveres en las iglesias. Se trató de su libro *Lettres sur la sépulture dans les églises*⁹⁸ (Cartas sobre la sepultura dentro de las iglesias), que salió a la luz en 1743*, convirtiéndose en un referente directo para quienes abordaron dicha temática en años posteriores.

El abad argumentaba acerca de la necesidad de distanciar a los muertos de los vivos, permitiendo disfrutar de unas iglesias en las que predominara el olor a incienso, sin que por esto se dejara de lado la necesidad de que los vivos acompañaran a los difuntos en los camposantos. Según él, los deudos debían congregarse en torno a sus muertos, pues consideraba a los sepulcros como ‘Escuelas de Sabiduría’.

* Traducción aproximada realizada por el autor.

⁹⁴ Almond, Philip C, *Heaven and Hell in Enlightenment England*, Cambridge University Press, Londres, 2009, 212.

⁹⁵ Rodríguez Barberán, Francisco Javier, *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea*, 17 p.

⁹⁶ Corbin, Alain, “Dolores, Sufrimientos y miserias del cuerpo”, en Corbin, Alain, *Historia del Cuerpo Vol. 2.*, Taurus, Madrid, 2005, 205-257.

⁹⁷ Ariès, Philippe, *El Hombre ante la Muerte*, Taurus, Madrid, 2004, 522 p.

⁹⁸ Porée, Charles Gabriel, *Lettres sur la sépulture*, 48.

* Como se advirtió anteriormente, existían dudas acerca de la fecha de publicación del primer original de este texto, pues la mayoría de las fuentes secundarias (incluidos Corbin y Ariès) coincidían en datar su publicación en París en 1745 (sin mencionar el taller de impresión, lo cual puede ser síntoma de la repetición de la misma versión, partiendo de estos dos grandes autores).

Esta equivocación en la fecha pudo estar suscitada en la confusión que generó la reimpresión del texto, al cual se le sumó una segunda parte que recogió los comentarios y observaciones críticas al respecto del primero de los libros (esta sí datada en 1745).

Frente al lugar de impresión, tenemos claro que en 1749 todavía no se había impreso en París la obra de Porée, argumento que empleó en sus “*Avertissement sur cette Edition*” el encargado de la reimpresión de Caen para justificar, desde su óptica y con un poco de ironía, por qué poco o nada había cambiado en cuanto a las prácticas funerarias en el Reino de Francia, pese a la buena acogida de los textos de Porée.

Al respecto, los encargados de la *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso* tradujeron y extractaron uno de los contundentes llamados del Abad:

... después de haber sólidamente establecido la paz en el Estado, ¿qué cosa puede ser más digna del Soberano y de su amor á los vasallos, que el mandar concurrir con su autoridad á los brazos Eclesiástico y Secular para que los Templos logren aseo y decencia, los difuntos el respeto y miramiento que se les deben, los pueblos ayre saludable, y sus moradores un preservativo contra la infección y las causas de tantas enfermedades? ⁹⁹

Las argumentaciones de Porée en su texto coincidían en parte con los planteamientos de la llamada ‘Teoría Miasmática’, formulada a finales del siglo XVII, a través de la cual se comenzó a presentir la existencia de factores diferentes al contacto físico, que podían propiciar el contagio de las enfermedades. Es a partir de esta cuando los ‘miasmas’, entendidos como los vapores fétidos que despedían los cuerpos, las aguas y el suelo; pasaron a ser tenidos como elementos sospechosos, en el momento de la propagación de las enfermedades.

Esta relación entre los malos olores que emitían los cadáveres y la propagación de las epidemias ya había sido explicada en 1737 por el médico español Joseph de Aranda y Marzo, quien en su libro *Descripción Tripartita* afirmó:

Los humores venenosos pueden engendrarse dentro de nuestro cuerpo, como de facto se engendran por la corrupción de dichos humores, y pueden producir los mismos efectos producidos por venenos. Consta por la experiencia que la generación de la peste nace de la corrupción de cadáveres, o putrefacción intensa fetidísima de algunos estanques que quanto por el efecto de ventilación se elevan vapores venenosos, corruptivos y quitan del medio al viviente¹⁰⁰.

Un hito importante para este proceso, fue la publicación en París, en 1756, del *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*¹⁰¹, escrito por el médico portugués António Nunes Ribeiro Sanches. Este connotado ilustrado, graduado de la Facultad de Medicina de Salamanca, realizó buena parte de sus aportes y publicaciones en medio de sus recorridos

⁹⁹ Anónimo, *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, 6.

¹⁰⁰ Aranda y Marzo, Joseph de, *Descripción Tripartita*, 22. Citado por: Cogollos Amaya y Vargas Poo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 150.

¹⁰¹ Ribeiro Sanches, António Nunes, *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*, 293.

académicos y laborales por Europa, alcanzando el reconocimiento como miembro de las Academias de Ciencias de París y San Petersburgo.

En su tratado, escrito en portugués y dirigido con dedicatoria especial a don Pedro Henrique de Bragança, miembro de la familia real y connotado ilustrado; Ribeiro Sanches dedicaba su Capítulo IV a *“Da podridão dos corpos e dos seus efeitos”*. Un tema particularmente sensible y de utilidad para esta ciudad, sumida aún en los efectos devastadores del sismo del 1 de noviembre de 1755 (cuyas ‘noticias y repercusiones’ recopilaba el ilustrado luso, remitiéndolas a Lisboa como anexo a su texto).

En dicho capítulo, el autor afirmaba: *“A podridão é um movimento intestino para o exterior, ou periferia, pelo qual se dissolve o corpo, e as partes dele mais activas e voláteis desvanecem-se no Ar gerando-se o mau cheiro e um sal volátil alcalino cáustico e rude: a humidade, e o calor semelhante à do mês de Maio, são as condições necessárias para se gerar a podridão”*¹⁰² (La pudrición es un movimiento interno dirigido al exterior, o periferia, por medio del cual se disuelve un cuerpo, y sus partes más activas y volátiles se desvanecen en el aire, generándose un mal olor lleno de sal volátil alcalina caustica y ruda: con la humedad, y el calor semejante al mes de mayo, que son las condiciones necesarias para generar la pudrición*).

De acuerdo con Ribeiro Sanches, este fenómeno físico (expuesto al detalle por el autor según los criterios médicos y científicos de la época), si bien era natural e inevitable (a no ser que se interrumpiese por medios antrópicos o por condiciones climáticas y geográficas excepcionales, de las que daba algunos ejemplos), generaba graves peligros a los humanos, citando casos extremos que eran cercanos a los europeos de la época:

Todos sabem que os habitantes vizinhos dos campos, onde se deram batalhas, caem em febres pestilentas; tanto mais depressa apodrecerão os cadáveres, quanto os calores forem maiores: então infectarão o Ar que poderá causar mesmo a peste. As exalações que saiem quando se abrem as sepulturas, aquelas que se sentem quando se passa pelos lugares imundos, cobertos de animais apodrecendo, são as mais pestilentas, e os seus danos, e a sua quantidade se verão por todo este tratado...¹⁰³.

(Todos saben que los habitantes vecinos de los campos, donde se celebran batallas, caen presas de fiebres pestilentes; tanto más deprisa la descomposición de los cadáveres, cuanto los calores fueran mayores: entonces se infectará tanto el aire, que se puede causar incluso la peste. Las

¹⁰² Ribeiro Sanches, António Nunes, *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*, 17-18.

* Traducción aproximada realizada por el autor.

¹⁰³ Ribeiro Sanches, António Nunes, *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*, 21.

exhalaciones que salen cuando se abren las sepulturas, aquellas que se sienten cuando se pasa por lugares inmundos, cubiertos de animales en descomposición, sean más pestilentes, son mayores sus daños como se verá en este tratado...*)).

El tratado continuaba hablando de otros factores que podían generar problemas en la salud, tales como la calidad de las aguas, el clima, las estaciones y factores naturales extremos, como los sismos y las inundaciones. Sin embargo, el aparte que centra de nuevo nuestro interés, es el capítulo XV: “*Da pureza do Ar e da limpeza que se deve guardar nas Igrejas*”.

Al inicio, anotaba el autor:

Nenhum lugar dentro da cidade necessita tanta ventilação como o ar das Igrejas. Se considerarmos que a maior parte do dia natural estão fechadas: se considerarmos a imensidade de exalações que nelas ficam pela multidão dos que as frequentam, como também daquelas das sepulturas, facilmente concederemos que nenhum lugar público contém maior quantidade de exalações e de vapores podres. Não creio que se aumentarão jamais pela poeira, cisco ou humidade das paredes ou ruína dos tectos, porque sei quanto cuidado têm os Párocos e os Prelados da limpeza, ordem e ornato destes lugares sagrados¹⁰⁴.

(Ningún lugar dentro de la ciudad necesita tanta ventilación como las iglesias. Si consideramos que la mayor parte del día natural permanecen cerradas: si consideramos la inmensidad de exhalaciones que en ellas permanecen por la multitud que las frecuentan, así como por las sepulturas que contienen, fácilmente coincidiremos que ningún lugar público contiene mayor cantidad de exhalaciones y de vapores pútridos. No creo que esto aumente jamás por el polvo, el carbón y la humedad de las paredes o ruina de los techos, porque sé cuánto cuidado tienen los párrocos y prelados frente a la limpieza, orden y ornato de estos lugares sagrados*).

Tras esta salvedad, que a lo mejor encerraba mucho de ironía, el galeno pasaba a exponer cómo los espacios sagrados solían contradecir los preceptos médicos tendientes a la habilitación de espacios amplios, luminosos y bien ventilados, todo esto por el deseo de generar una sensación de ‘melancolía’ y recogimiento entre los feligreses que se congregaban. “*Portanto vemos que os Arquitectos affectam fabricar os Templos mais escuros que claros: os mesmos Sacerdotes e Pregadores têm cuidado, antes de administrarem aqueles santos exercícios, de diminuírem a luz dos Templos mandando fechar as janelas, correr as cortinas*”¹⁰⁵ (Por lo tanto vemos que los arquitectos suelen fabricar los templos más oscuros que claros: los mismos sacerdotes y predicadores tienen cuidado, antes de administrar

* Traducción aproximada realizada por el autor.

¹⁰⁴ Ribeiro Sanches, António Nunes, *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*, 88-89.

* Traducción aproximada realizada por el autor.

¹⁰⁵ Ribeiro Sanches, António Nunes, *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*, 89-90.

aquellos santos ejercicios, de disminuir la luz de los Templos, mandando cerrar las ventanas y correr las cortinas*).

Ribeiro procedió luego a enunciar algunas razones históricas que contradecirían la práctica de las inhumaciones intramuros, usando como estrategia la de alertar a los sacerdotes acerca de los peligros que corrían ellos mismos al ser los más directamente expuestos a los hálitos corruptos que se acumulaban en los templos cerrados y poco ventilados, a la par de ser un hecho irremediable el que cada vez fuesen más los cadáveres y restos humanos que se acumulaban en estos espacios, a no ser que se tomaran medidas frente a esta costumbre.

Por último, pero no menos importante, Ribeiro sentaba su postura como médico frente a una medida habitual que se tomaba para la época, con el fin de acelerar el proceso de descomposición de los cadáveres:

Bem sei que estes danos foram previstos em Portugal porque ordinariamente, tanto quanto me lembro, costumam lançar cal nos cadáveres tanto que os metem nas sepulturas: método excelente, se fosse esta operação feita num cemitério fora da vila ou cidade exposto a todos os ventos: então aquelas exalações podres que faz levantar a cal depois de consumir as partes mais líquidas e moles se desvaneceriam pelos Ares, e jamais causariam o mínimo dano aos viventes: mas desgraçadamente consomem-se os cadáveres à força de cal nas Igrejas; a cal se é o correctivo da podridão não é domando-a nem embotando-a; é somente dissipando-a e fazê-la subir mais depressa nos Ares; mas esta fica dentro da Igreja encerrada. Logo esta precaução não tem todos os requisitos de que necessitam aqueles lugares sagrados¹⁰⁶.

(Bien sé que estos daños fueron previstos en Portugal porque ordinariamente, desde que me acuerdo, acostumbran lanzar cal sobre los cadáveres al meterlos a las sepulturas: método excelente si fuese esta operación hecha en un cementerio fuera de la villa o ciudad expuesto a todos los vientos: entonces aquellas exhalaciones pútridas que hace levantar la cal después de consumir las partes más líquidas y blandas se desvanecerían por los aires, y jamás causarían el mínimo daño a los vivientes: mas desgraciadamente consúmense los cadáveres a fuerza de cal en las Iglesias; si la cal es una precaución frente a la pudrición, no es porque la detenga o la varíe; la somete a una aceleración haciéndola subir más deprisa a los aires; mas esta queda dentro de una iglesia encerrada. Luego esta precaución no cumple todos los requisitos que necesitan aquellos lugares sagrados*).

Este temprano e importantísimo texto, sabemos que fue traducido al castellano y publicado en España al menos en dos ocasiones previas a la expedición de la Real Cédula de Carlos III en 1787, como lo atestiguaron los miembros de la Real Academia de la Historia en su informe:

* Traducción aproximada realizada por el autor.

¹⁰⁶ Ribeiro Sanches, António Nunes, *Tratado da Conservação da Saúde dos Povos*, 96.

* Traducción aproximada realizada por el autor.

Los enunciados Don Francisco Bruno Fernández, y don Benito Bails, además de los escritos ya referidos sobre sepulturas, dieron antes a luz en Madrid, el primero en [17]69 con el título *Instrucciones para el bien del público, de la conservación y aumento de las poblaciones y de las circunstancias esenciales para su nueva fundación, y tratado de las epidemias de los ejércitos*: y el segundo en [17]85 baxo el de *Tratado de la conservación de los pueblos* (sic)¹⁰⁷, una obra portuguesa anónima, cuyo autor consta ser Antonio Riveyro Sánchez, Doctor en Salamanca, discípulo del insigne Boerhaave...¹⁰⁸.

A conclusiones similares llegó décadas después en Francia, el Secretario Perpetuo de la célebre Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Dijon, el médico cirujano Hugues Maret, quien en 1773 publicó su trabajo: *Mémoire sur l'usage ou l'on est d'enterrer les morts dans les églises et dans l'enceinte des villes*¹⁰⁹ (Tratado acerca del lugar y la forma en la que deben ser enterrados los muertos en las iglesias y dentro de las ciudades). Maret centró su argumentación en explicar cómo podían pasar las enfermedades de los cadáveres a los seres vivos, sin necesidad de que existiera un contacto físico entre unos y otros.

Según la historiadora colombiana Adriana María Alzate, el propio José Celestino Mutis para escribir su texto acerca del Cementerio de Mompox en 1798, se basó en la Teoría de Maret, retomada luego por Vicq D'Azyr (médico y anatomista francés de finales del siglo XVIII), según la cual los cadáveres irradiaban 'rayos morbíficos'. Esta teoría llevó al médico y sacerdote a sugerir que se sepultura a los cadáveres en tumbas individuales y con distancias mínimas entre ellos, para que no se mezclaran los rayos que emitía cada cuerpo en descomposición¹¹⁰.

Sin embargo, al margen de los conceptos emitidos y compartidos entre los letrados de la época, en los archivos es posible ubicar documentos que dejan en claro que este vínculo entre acumulación de cadáveres y la aparición de las epidemias ya era presentado desde mucho antes por algunos gobernantes, eclesiásticos y personas del común.

Silvia Cogollos Amaya y Martín Eduardo Vargas Poo en uno de sus textos, por ejemplo, señalaban que ante la magnitud de la mortandad que se presentó en agosto de 1572,

¹⁰⁷ Pese a lo anotado por los miembros de la Real Academia de la Historia, se ha podido verificar que la publicación del matemático Benito Bails data del año 1781 y fue bajo el título "Tratado de la conservación de la salud de los pueblos y consideraciones sobre los terremotos". Si bien la obra figuraba en varios catálogos, no se pudo acceder a copia física, ni digitalizada de la misma hasta la fase final de esta investigación, por lo que se extractaron los apartes de la original en portugués.

¹⁰⁸ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXXV.

¹⁰⁹ Maret, Hugues, *Mémoire sur l'usage*, 67.

¹¹⁰ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 255.

que pasó a la historia como la “Noche de San Bartolomé”, se optó por sepultar los cadáveres en un cementerio fuera de las iglesias y cubrir los cuerpos con cal viva, pues se tenían noticias de que, aun siendo sepultados fuera de los templos, los cuerpos podían exhalar la podredumbre y afectar a los habitantes de París¹¹¹.

De igual manera en Santafé en el año 1723, el Fraile Pedro Pablo de Villamor, perteneciente a la comunidad de los Hospitalarios del San Juan de Dios, solicitó el traslado del antiguo Hospital de San Pedro, fundado en octubre de 1564. De acuerdo con los datos aportados por Montserrat Domínguez Ortega, este hospital se había quedado pequeño y no tenía las condiciones adecuadas, por lo que Villamor, quien además ostentaba el título de médico, impulsó la construcción de una nueva edificación¹¹². Según Adriana Alzate, el fraile justificaba la necesidad de trasladar el Convento Hospital a las afueras, ante el peligro que suponía la acumulación de cadáveres en su entorno¹¹³.

1.1.5 Los Borbones: más que una nueva dinastía

La llegada de la dinastía francesa de los Borbones al trono de España y la imposición de los Decretos de Nueva Planta tras el fin de la Guerra de Sucesión (1701-1714), así como la firma de los tratados de Utrecht y Rastatt en 1713 y 1714 respectivamente, supusieron un cambio drástico en el modelo de gobierno que hasta la muerte de Carlos II (1700), mantuvieron los monarcas de la casa de los Austrias sobre las coronas ibéricas y sus territorios extrapeninsulares¹¹⁴.

Iniciaba una nueva época para el debilitado Imperio Español, que había desfallecido lentamente a lo largo del siglo XVII, mientras sus rivales europeos crecían a sus expensas y amenazaban cada vez más sus inabarcables fronteras¹¹⁵. Herederos del esplendor de la corte de Luis XIV, los primeros borbones, a través de sus principales ministros, trataron de impulsar amplias reformas que lentamente transformaron las relaciones con los antiguos

¹¹¹ Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 160-161.

¹¹² Domínguez Ortega, Montserrat, “Los Merizalde, médicos y políticos al servicio de la Independencia Colombiana”, en: *Memorias Congreso Internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica*, XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Santiago de Compostela, 2010, 97.

¹¹³ Alzate Echeverri, Adriana, *El imperativo higienista o la negociación de la norma: una historia de la recepción del pensamiento higienista de la ilustración en la Nueva Granada*, Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, París, 2001, 80.

¹¹⁴ Lynch, John, *España bajo los Austrias (Tomos I y II)*, Península, Barcelona, 1970.

¹¹⁵ Lynch, John, *El imperio colonial y el fin de los Austrias*, El País, Madrid, 2007, 480 p.

territorios gobernados con laxitud por los Austrias¹¹⁶, lo que generó no pocas protestas por parte de los otrora estamentos privilegiados que vieron esfumarse sus antiguos fueros y libertades¹¹⁷.

Sin embargo, como bien lo advierte Lynch en el último texto citado, hay que tener cuidado al emprender la revisión de estos cambios en el aparataje legal y el funcionamiento propio de la Monarquía Hispánica pues, al igual que en otros territorios europeos:

El programa de reformas estaba informado por un espíritu empirista y respondía a unas necesidades más que a unas ideas. Es cierto que los gobernantes invocaban una nueva justificación teórica de su posición, ya fuera la teoría contractual de Locke o la teoría del ‘despotismo legal’ defendida por los fisiócratas, quienes creían que la monarquía se justificaba por sus funciones. Eran estas la defensa de la libertad y la propiedad, y si la monarquía quería conseguir estos objetivos de forma eficaz necesitaba un poder ejecutivo y legislativo fuerte. Pero, en conjunto, se hace difícil encontrar un modelo coherente de ideas ilustradas en las monarquías de la época, que seguían actuando en el marco de autoridad y jerarquía existente¹¹⁸.

Sin perder de vista lo anterior, fue a partir de estas Reformas Borbónicas que surgió tanto en la península como en América, una nueva élite de funcionarios caracterizados por su lealtad al nuevo modelo de Monarquía Absoluta, de los que procedería, por ejemplo, el ejército de visitadores e intendentes que trasladó al continente americano el nuevo sistema tributario y de gobierno¹¹⁹.

Funcionarios que debieron adaptarse, a su vez, a las condiciones cambiantes de unos entornos económicos y políticos que transformaron en opositores activos o, al menos, los privaron del apoyo de muchas de las estructuras que tradicionalmente acompañaban y respaldaban a la Monarquía al momento de efectuar algún tipo de reforma, como era el caso de las universidades y de la propia Iglesia.

Los canales de difusión de la ilustración también fueron de nueva creación. Las universidades se hallaban en medio de la reforma, sin resolver aún el conflicto entre tradición y modernidad, sus estructuras demasiado ancladas en el pasado como para poder actuar como receptáculos de innovación. Los lugares de debate fueron las Sociedades Económicas y la prensa, creadas ambas en el espíritu de la época y reflejo de sus preocupaciones¹²⁰.

¹¹⁶ Lynch, John, *Los primeros Borbones: 1700-1759*, El País, Madrid, 2007, 480 p.

¹¹⁷ Lynch, John, *La España del siglo XVIII*, Crítica, Barcelona, 2010, 408 p.

¹¹⁸ Lynch, John, *La España del siglo XVIII*, 229.

¹¹⁹ Marchena Fernández, Juan, “Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su ‘generación ilustrada en la tempestad de Los Andes. 1781 -1788”, *Tiempos de América* N° 12, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2005, 43-111.

¹²⁰ Lynch, John, *La España del siglo XVIII*, 231.

Se trataba de individuos formados en su mayoría en escuelas técnicas y militares en las que La Ilustración y sus postulados pasaron a ser fundamentales, dadas las amplias transformaciones que los monarcas y sus más cercanos asesores pensaban efectuar en procura de ‘mejorar el gobierno y control’ de los amplísimos territorios bajo su mando, pero que lejos estaban de los niveles de productividad de sus más cercanos contendores, como era el caso de la revitalizada Corona Británica y de la decadente, pero aún hegemónica, Corona Francesa¹²¹¹²².

Fue así como, en palabras de Joaquín Ocampo Suárez-Valdés: “*Sociedades Económicas, Juntas de Comercio, academias militares, tertulias y publicaciones, actuaron como caja de resonancia de un amplio programa de reformas que aspiraba a que España recuperase su atraso económico en relación a las economías atlánticas europeas*”¹²³.

Amplios fueron los alcances de las reformas borbónicas, sin embargo, son las de tipo sanitario las que nos interesa analizar de manera particular, siendo las relacionadas con el traslado de las sepulturas el punto focal de esta investigación¹²⁴. Medidas que afectaban de manera especial a la Iglesia como institución, al ser esta la mayor beneficiada, desde el punto de vista económico, del uso y la distribución de los lugares eclesiásticos como espacios de inhumación¹²⁵.

La iglesia se mostraba sumisa, pero no servil, y no se identificaba totalmente con el Estado; en cualquier caso, también tenía sus propios intereses económicos, sociales y eclesiásticos, con frecuencia ligados a los de determinados grupos seculares y que en ocasiones eran causa de división en su propio seno. La Iglesia contribuía a fomentar el faccionalismo, antes que a apaciguarlo¹²⁶.

Cada una de las afirmaciones de Lynch toma valor en medio del debate sobre las sepulturas en España, como podremos verificarlo a continuación.

¹²¹ Lynch, John, *El siglo de las reformas: la Ilustración*, El País, Madrid, 2007, 479 p.

¹²² Fernández Albadejo, Pablo Ed., *Los Borbones: dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Casa de Velásquez, Madrid, 2002, 651 p.

¹²³ Ocampo Suárez-Valdés, Joaquín, “Jovellanos: Ilustración, economía y «felicidad pública»”, *Cuadernos Dieciochistas* 11, Salamanca, 2010, 95.

¹²⁴ Casalino Sen, Carlota, “Higiene pública y piedad ilustrada”, 325-344.

¹²⁵ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios en la España de las Luces”, 349-366.

¹²⁶ Lynch, John, *La España del siglo XVIII*, 296.

1.2 Hechos y referentes prácticos previos a las reformas funerarias en España

Más allá de los discursos y el ‘debate ilustrado’, fue un cúmulo de hechos puntuales los que incidieron de manera especial en el proceso de reformas funerarias por parte del gobierno borbónico en España. En este apartado examinaremos los casos más relevantes, sus contextos y protagonistas, de tal manera que podamos establecer los referentes prácticos a los que pudieron acercarse los encargados del proceso de consulta y formulación de las Reales Cédulas que trataron de regular, más adelante, las prácticas rituales y los lugares de inhumación en la España peninsular y sus territorios de ultramar.

1.2.1 El Arzobispo Josep Climent i Avinent y el primer cementerio de Barcelona

En primer lugar hay que destacar cómo el 13 de marzo de 1775 se bendijo el Cementerio de Barcelona, construido por orden y con los recursos del Arzobispo de dicha ciudad, Josep Climent i Avinent, quien, en palabras de su contemporáneo el presbítero y licenciado Ramón Cabrera,: “...deseaba con ansia sacar las sepulturas fuera de las iglesias, y sentía en extremo que estuviesen más inmediatas a los altares de lo que permiten los Sagrados Cánones”¹²⁷, cercanía que le parecía indigna y contraria a los preceptos religiosos¹²⁸.

Es difícil establecer a la luz de las fuentes de época y los análisis de autores contemporáneos, el alcance real que tuvo en su momento esta obra, pero es evidente que causó polémica y exaltó los ánimos de quienes se podrían ver afectados por las medidas ordenadas por el prelado. Al respecto, el historiador y doctor en Arquitectura, Ciro Caraballo Perichi, apuntó en su tesis doctoral:

En 1775 se abría uno de los primeros camposantos extramuros de la Península, concebido inicialmente como un gran osario en las afueras de la ciudad para depositar los restos de las regulares mondas de los cementerios parroquiales. **Para ello el obispo adquirió unos terrenos cercanos al borde del mar, donde ya se encontraban otras funciones urbanas expulsadas de la ciudad, como el lazareto y el matadero.** El recinto construido con recursos de la Iglesia era un patio rectangular, bordeado de altos muros, con una pequeña capilla ubicada en el centro del mismo. Si bien sólo sirvió durante mucho tiempo como osario y para entierro de pobres provenientes de los hospitales de la ciudad, esta primera fundación se ampliaría posteriormente para convertirse en el primer cementerio extramuros, propiamente dicho, de Barcelona¹²⁹.

¹²⁷ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 144.

¹²⁸ Martí Gilabert, Francisco, *Carlos III y la política religiosa*, Ediciones Rialp, Madrid, 2004, 68.

¹²⁹ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 148 (las negrillas son nuetsras).

Que el cementerio extramuros ideado por el Arzobispo Climent haya funcionado, o no, como lugar de inhumación directa de cadáveres y no de los restos provenientes de las ‘mondas’* mezclados y acumulados por décadas en los templos, es complejo de establecer a la luz de nuestros días. Sin embargo, al tratarse de un espacio que fue recurrentemente citado como ejemplo por quienes intervinieron en el proceso consultivo iniciado por orden de Carlos III en la década de 1780, sería muy interesante conocer con certeza en dónde estuvo ubicado.

Al respecto, existe una versión mayoritaria que concuerda con lo expuesto por el presbítero Ramón Cabrera:

En la visita que hizo de los lugares de su Diócesis, [el Arzobispo Climent] mandó retirar [las sepulturas] a la debida distancia, y hubiera ejecutado lo mismo en Barcelona si no le hubieran acontecido ciertos reparos dignos de atención.

Pero como su afán era arrancar de raíz el abuso, no llenaban su corazón estas providencias interinas, y así mandó fabricar a sus expensas al nordeste de Barcelona **fuera de la puerta nueva** un cementerio murado con su correspondiente capilla¹³⁰.

Con esta referencia de época concuerda la historiadora Elisa Martí I López, encargada de la investigación y los textos del libro publicado por el Ayuntamiento de Barcelona en torno al actual Cementerio de Poblenou, considerado como el heredero directo de la obra de Climent. Al respecto, la autora afirma: “*El cementerio del obispo Climent se ubicó en unos terrenos despoblados que no formaban parte de ninguna comunidad. La capilla que mandó a construir dentro del recinto no lograba contrarrestar la soledad del nuevo cementerio ni su alejamiento de la comunidad de creyentes*”¹³¹.

Esta mención a la lejanía y los problemas para la asimilación cultural y religiosa del nuevo espacio funerario por parte de las comunidades, redundó en que, según Martí y López: “*El recinto se utilizó solo como osario para las exhumaciones de restos humanos de otros cementerios y para el entierro de los pobres que fallecían en el Hospital de Sant Pau i la*

* “Exhumación de huesos que de tiempo en tiempo se hacía en las parroquias de Madrid, cuando se enterraba en ellas a los fieles difuntos”. RAE.

¹³⁰ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 144 (Las negrillas son nuestras).

¹³¹ Martí I López, Elisa, *Un paseo por el Cementerio de Poblenou. Barcelona a través de sus cementerios*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 2004, 24.

Santa Creu”¹³², lo que propició que para el año 1807 “*el cementerio del obispo Climent se encontraba, según consta en las fuentes*, en un ‘estado deplorable’ de abandono*”¹³³.



Imagen 1: Posible camino que conduciría al primer cementerio extramuros de Barcelona, de acuerdo con el Plano de la ciudad y del puerto de Barcelona elaborado por Moulinier en 1806¹³⁴ (Los círculos y la flecha indicativa son nuestros).

En concordancia con estas afirmaciones, al momento de contrastar la información aportada por Cabrera y ampliada por Martí I López con el plano de la ciudad y sus alrededores elaborado por Moulinier en 1806 (por encargo del escritor, viajero, anticuario y político francés Alexandre de Laborde, quien publicó ese año el primer volumen de su obra *Voyage*

¹³² Martí I López, Elisa, *Un paseo por el Cementerio de Poblenou*, 24.

* No las menciona.

¹³³ Martí I López, Elisa, *Un paseo por el Cementerio de Poblenou*, 24 p.

¹³⁴ Moulinier, “Plano de la ciudad y del puerto de Barcelona | Moulinier, s. XVIII/XIX”, Laborde, Alexandre de, *Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*, Pierre Didot l’Aîné avec des caracteres de Bodoni, 1806. Recuperado de: https://www.europeana.eu/portal/es/record/91932/u_mapesBC_991.html?q=Barcelona+1806. Consultado el 19/03/2018.

*pittoresque et historique de l'Espagne*¹³⁵), no existe ninguna alusión al mencionado cementerio, ni una obra que haya quedado reflejada en el plano a partir de la ‘puerta nueva’ (a la que hemos demarcado con el círculo negro en la imagen). La única opción que resta es que tal espacio funerario se encontrara más adelante por el camino que señalamos con la flecha de color rojo (y que conduce al sector en el que se encuentra el actual cementerio de Poblenou), lo que demostraría que se trataba realmente de un cementerio muy apartado de la ciudad de Barcelona en el último cuarto del siglo XVIII y aún para los habitantes de la urbe en la primera parte del siglo XIX.

De ser esto cierto, se trató de una apuesta bien intencionada, pero muy arriesgada, que tuvo que afrontar muchísimas dificultades; situación que no pasó desapercibida para quienes lo usaron como referente en sus textos e informes producidos en medio del proceso de consulta iniciado por Carlos III. Al respecto Cabrera afirma que el Arzobispo Climent “*No llegó a poner por obra sus ideas: veía los monstruosos errores de que estaba imbuida la multitud, y que en semejantes casos usar la potestad es una cosa violenta, y ocasionada a escándalos*”¹³⁶.

Y es que esta iniciativa que antecedió en más de 12 años la Real Cédula primigenia, se destacó por “*su prudencia en la lucha contra el fanatismo popular*”¹³⁷, al cumplir con los preceptos de gradualidad en la aplicación de las medidas expuestos por el Arquitecto francés Pierre Patte¹³⁸, autor de uno de los tratados más importantes para la época frente a esta materia, el cual revisaremos más adelante.

De acuerdo con el texto de Cabrera, al atestiguar las resistencias de la multitud frente a las medidas que pretendía tomar, el prelado “*...juzgó conveniente conducir este delicado negocio por el camino de la suavidad, dando tiempo a que los fieles depusiesen sus engaños*”¹³⁹. Medida prudente que, sin embargo, estaba atada a la permanencia del jerarca en su sede episcopal, hecho que se vio frustrado ante la intempestiva renuncia del Arzobispo

¹³⁵ Laborde, Alexandre de, *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, Imprimerie de Pierre Didot l'Aîné, París, 1806-1820 (4 volúmenes).

¹³⁶ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 144.

¹³⁷ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios en la España de las Luces”, 361.

¹³⁸ Patte, Pierre, “Article Cinquième. Nécessité de transférer la sépulture hors d'une Ville, et comment l'on y peut réussir”, *Mémoires sur les objets les plus importants de l'architecture*, Patte, Pierre ed., París, Rozet library, 1769, 41-47. Citado por: Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 361.

¹³⁹ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 144-145.

Climent a su cargo, víctima de un largo enfrentamiento con la Corte, en especial con el Fiscal del Consejo de Castilla y distinguido regalista, Pedro Rodríguez de Campomanes.

A pesar de la oposición del ministro de Gracia y Justicia Manuel de Roda, Climent fue urgido a aceptar la sede de Málaga en febrero de 1775. Las rentas del obispado de Málaga eran cinco o seis veces mayores que las rentas del obispado de Barcelona, pero Climent no quería abandonar el servicio a la que había sido su grey durante casi diez años. Sin embargo, el rey le negó la opción de rechazar una vacante tan apetitosa: “era de su real agrado que admitiera aquel obispado”. Consciente de que a ningún obispo se le había pedido que cambiase de obispado “sin una notoria necesidad o utilidad”, Climent asumió que la autoridad que detentaba en Barcelona era una amenaza demasiado considerable para Madrid¹⁴⁰.

Fue así como a pesar del perfil ilustrado de Climent y Campomanes, que en otro escenario los pudo llevar a coincidir en un tema de mutuo interés como el de las sepulturas (a pesar de sus discrepancias con la Iglesia, debido a sus posiciones regalistas, más adelante encontraremos al Fiscal Campomanes apoyando y asesorando al Arzobispo de Granada en temas similares); su enfrentamiento en torno al ordenamiento político de la Corona y las acusaciones de centralismo castellano que se agitaban desde Barcelona, los llevaron a extremos distintos en medio de una disputa en la que saldría vencedor el Fiscal.

Tal situación quedó en evidencia en el texto ya citado de la profesora del Departamento de Historia de la Universidad Estatal de Ohio, Andrea J. Smitd, y que fue traducido por Montserrat Jiménez Sureda, Coordinadora de la Unitat de Història Moderna del Departament d'Història de la UAB:

Con las continuas tensiones entre Cataluña y Castilla como naciones diferentes bajo un mismo -aunque castellano- monarca, la gran influencia de Climent en Barcelona y el apoyo a la causa de su rebaño -notorio en la petición al rey después del amotinamiento [**Ocurrido en 1773 y conocido como el motín de quintas**]- podían ser percibidos como una barrera y una amenaza potencial para el gobierno efectivo desde Madrid. Por lo visto, aprovechando la ocasión, Campomanes acusó a Climent de separatismo.

Sin interés por convertirse en obispo de Málaga, Climent fue obligado a obedecer al estado regalista, así que resignó el cargo de obispo de Barcelona en 1775¹⁴¹.

Sin ser aún inaugurado de manera oficial, el proyecto ilustrado de Climent se encontró inmerso en el proceso de remoción de su promotor, quien antes de retirarse de su cargo y

¹⁴⁰ Smitd, Andrea J., “Piedad e ilustración en relación armónica. Josep Climent i Avinent, obispo de Barcelona, 1766-1775”, *Manuscripts - Revista d'història moderna* 20, Barcelona, 2002, 107.

¹⁴¹ Smitd, Andrea J., “Piedad e ilustración en relación armónica”, 107 (Texto en negrilla agregado por el autor).

trasladarse a su natal Castelló, donde murió en 1781; bendijo la edificación pronunciando un enérgico discurso que fue recogido por Ramón Cabrera en su texto:

Antiguamente los Christianos no se enterraban en las iglesias: después comenzaron a enterrarse en los cementerios de las ciudades. Pero los Sumos Pontífices y los Concilios siempre han manifestado gran deseo de que se renueve la antigua observancia. Es muy digno de reparo que en la bendición de las Iglesias no se incluye ni se hace mención de las sepulturas, reservándose esta bendición para los Cementerios. ¡Y con qué solemnidad! ¡Y con cuántos salmos! ¡Con cuántas oraciones!¹⁴².

Palabras a las que Cabrera agregó: “*Si los fieles cargaran su consideración sobre estas prudentes reflexiones del señor Climent, no tendrían a bajeza el enterrarse en los Cementerios*”¹⁴³.

Una vez privado de su promotor, es incierta la suerte que tuvo este espacio funerario, que siguió siendo tomado como referencia e hito en el proceso de creación de cementerios extramuros en la década de 1780, pero del que no se han logrado ubicar planimetrías específicas o mapas de Barcelona que lo incluyan en su versión primigenia, guardándose solo memoria de su destrucción y la posterior edificación del actual cementerio de Poblenou sobre estos terrenos que seguían perteneciendo a la arquidiócesis.

Al respecto afirma Elisa Martí I López: “*Los barceloneses ya habían renunciado a él para el año de 1813, cuando las fuerzas napoleónicas lo destruyeron en nombre de la estrategia de defensa militar. Al haberse construido junto a las murallas, en el perímetro donde, por distancia, no podía levantarse ninguna edificación, el cementerio entorpecía dicha estrategia. De él no ha quedado resto alguno*”¹⁴⁴.

Frente a esta versión, surgen algunas dudas que es importante plantear: ¿Por qué si se encontraba tan cercano al sistema defensivo de Barcelona no aparece en los planos de 1806 de la ciudad? ¿Por qué si, como afirmaba la misma autora en cita anterior, desde 1807 el cementerio se encontraba en ‘estado deplorable’ de abandono, los franceses se vieron obligados a destruirlo? ¿Qué estructuras destruyeron los franceses? ¿Por qué no se hace referencia a la demolición de la capilla mencionada por Cabrera, pero sí a la del cementerio? ¿Qué tipo de cementerio era entonces?

¹⁴² Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 145.

¹⁴³ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 145.

¹⁴⁴ Martí I López, Elisa, *Un paseo por el Cementerio de Poblenou*, 24 p.

Frente a lo que ocurrió después de la destrucción de los últimos vestigios del proyecto funerario del Arzobispo Climent, sí hay muchas más claridades. Retornando al texto de Martí I López: “*Tras el fracaso de un intento por establecer el nuevo cementerio entre las villas de Gràcia y Sant Gervasi, el obispo [Pablo] Sitjar, haciendo valer el poder político que aún conservaba la Iglesia y contando con el apoyo del Capitán General, decidió construir el cementerio en los terrenos de propiedad eclesiástica donde el obispo Climent había establecido el primer cementerio General*”¹⁴⁵.

La construcción del Cementerio del Este (como sería conocido a partir de ese momento el actual Poblenou), fue aprobada en 1818, siendo encargada la obra al joven arquitecto Antonio Ginesi, quien ocupaba el cargo de vicecónsul de la Toscana en Barcelona. De acuerdo con Carlos Saguar Quer, Ginesi dio muestras de un estilo ecléctico, que mezclaba el nuevo lenguaje clásico con elementos que perduraban del Barroco, así como influencias del arte egipcio¹⁴⁶. El recinto fue bendecido (aún sin terminar), el 15 de abril de 1819 por el propio Arzobispo Sitjar¹⁴⁷, siendo considerado en la actualidad el cementerio más antiguo de la ciudad de Barcelona.

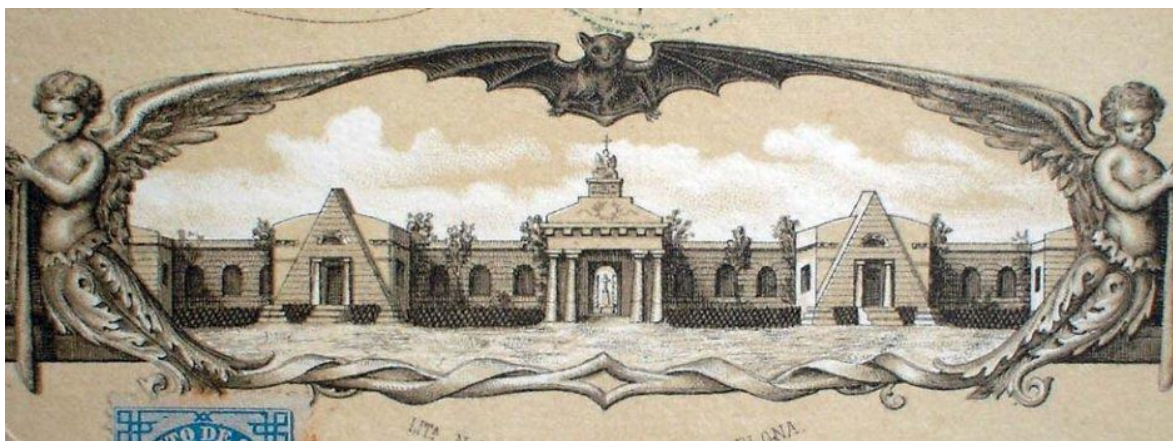


Imagen 2: Fachada del Cementerio del Este de acuerdo con la propuesta presentada por el arquitecto Antonio Ginesi en 1818¹⁴⁸.

¹⁴⁵ Martí I López, Elisa, *Un paseo por el Cementerio de Poblenou*, 27-28 p.

¹⁴⁶ Saguar Quer, Carlos, “El Cementerio del Este de Barcelona. Antonio Ginesi y la crisis del vitruvianismo”, *Goya N° 214*, Fundación Lázaro Galdiano, Madrid, 1990, 210-219.

¹⁴⁷ Martí I López, Elisa, *Un paseo por el Cementerio de Poblenou*, 28 p.

¹⁴⁸ Ginesi, Antonio “Fachada del Cementerio del Este, dibujo de Ginesi 1818”.

Recuperado de: http://www.publicacions.bcn.es/b_mm/bmm65/08-19.pdf. (Consultado el 26/03/2018).

1.2.2 El Cementerio de la Barceloneta: ¿un antecedente extramuros olvidado?

Aunque el objeto original de este capítulo era el de ahondar en los referentes teóricos que, por lo que podíamos evidenciar, fueron tenidos en la cuenta al momento de preparar la legislación borbónica relacionada con los cementerios extramuros y los posibles ejemplos que tuvieron a su alcance los encargados de llevar a la práctica estos dictámenes; durante el proceso de búsqueda de elementos que permitieran establecer la ubicación definitiva del cementerio ideado por el Arzobispo Climent, surgió una hipótesis alternativa a partir del plano del sector de La Barceloneta elaborado por el ingeniero don Antonio López de Sopena en 1801.

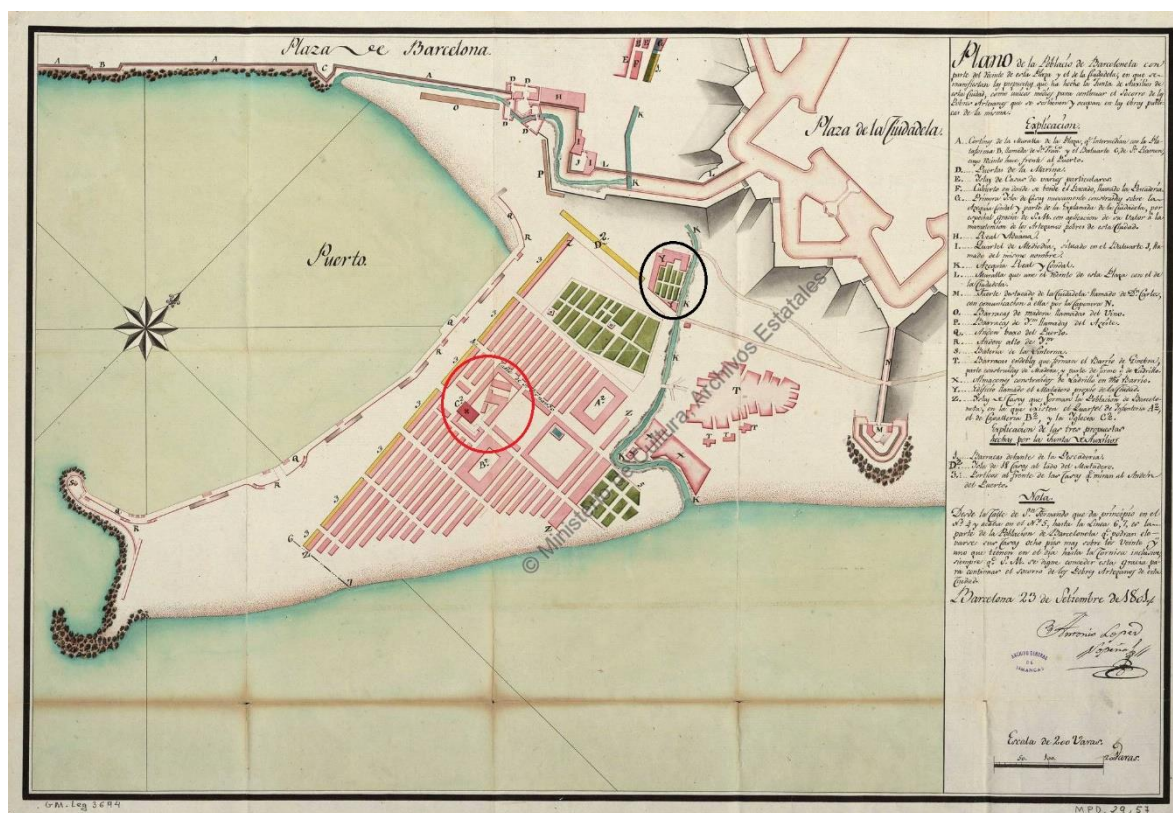


Imagen 3: Posible emplazamiento del cementerio extramuros de La Barceloneta, de acuerdo con el análisis del plano del sector elaborado por Antonio López Sopena y firmado el 23 de septiembre de 1801¹⁴⁹ (Los círculos son nuestros).

¹⁴⁹ López Sopena, Antonio, *Plano de la Población de Barceloneta con parte del recinto de esta Plaza y el de la Ciudadela, en que se manifiestan las propuestas que ha hecho la Junta de Auxilios de esta ciudad, como únicos medios para continuar el Socorro de los Pobres Artesanos que se sostienen y ocupan en las obras públicas de la misma*, Archivo General de Simancas - AGS, Secretaría de Guerra, Legajos, 03694.

Recuperado de: https://www.europeana.eu/portal/es/record/2022701/oai_rebae_mcu_es_182376.html. Consultado el 18/03/2018.

En este plano, si bien tampoco existe alguna alusión directa o indirecta al cementerio del Arzobispo Climent (o a cualquier otro espacio funerario), se encontraron pistas relacionadas con la posible ubicación de un cementerio extramuros no mencionado por las fuentes consultadas hasta el momento (tanto las del siglo XVIII, como las contemporáneas). Estructura que, desde la óptica de este trabajo, concuerda en gran medida con las utilizadas para emplazar los cementerios extramuros que se concibieron y diseñaron a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII.

En el círculo negro hemos señalado lo que López identifica a comienzos del siglo XIX como “*el edificio llamado el matadero propio de la ciudad*” y, en el círculo rojo, a otro al que se refiere como “*la Iglesia*”, la cual aparece en el centro de un sector semi urbano denominado La Barceloneta, habitado por ese entonces (según la información contenida en el propio plano) por “*pobres artesanos que se sostienen y ocupan en las obras públicas de la misma*”¹⁵⁰. Era precisamente a algunos de estos habitantes a los que se estaba buscando trasladar en 1801 a zonas más propicias para su bienestar y supervivencia, proyecto por el que se produjo esta pieza gráfica.

Rastreando el origen del poblado de La Barceloneta, se sabe que este surgió en el espacio extramuros de la ciudad, justo al frente de la Ciudadela (tal y como lo ilustra el plano de López), por orden del Capitán General de dicha plaza don Jaime Miguel de Guzmán-Dávalos y Spínola, II marqués de la Mina. Este aguerrido militar de origen sevillano, veterano de las Guerras de Sucesión Española, Polaca y Austriaca, fue el encargado de la administración de la ciudad condal entre 1749, fecha en la que comenzaron las labores de planeación en La Barceloneta, hasta 1767, cuando murió casi octogenario.

Fue así como en 1749, el recién posesionado marqués de la Mina encargó este proyecto urbanístico al arquitecto Juan Martín Cermeño, con la orden precisa de alojar en este espacio a las familias desplazadas como consecuencia de la edificación de la fortaleza de la Ciudadela, ubicada sobre lo que fue el barrio de la Ribera. Una propuesta de corte más civil y comercial, que la elaborada en 1743 por el ingeniero militar Miguel Marín, quien tuvo a su cargo el diseño de un arsenal naval para Barcelona, que pudo significar el fin del

¹⁵⁰ López Sopena, Antonio, *Plano de la Población de Barceloneta* AGS, Secretaría de Guerra, Legajos, 03694.

predominio del puerto de Cartagena, como la base principal de la Armada Española en el Mediterráneo¹⁵¹, pero que solo alcanzó a superar la fase de diseño.

De acuerdo con el Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos Manuel Nóvoa, con la muerte del Secretario de Estado de Hacienda, Marina, Guerra e Indias bajo la monarquía de Felipe V, don José del Campillo y Cossio, y el correspondiente ascenso de Zenón de Somodevilla y Bengoechea, I marqués de la Ensenada; este proyecto fue descartado, dándose inicio a partir de 1747 a las importantes obras de refacción de los puertos y construcción de los grandes arsenales de Cádiz, Ferrol, Cartagena y La Habana¹⁵².

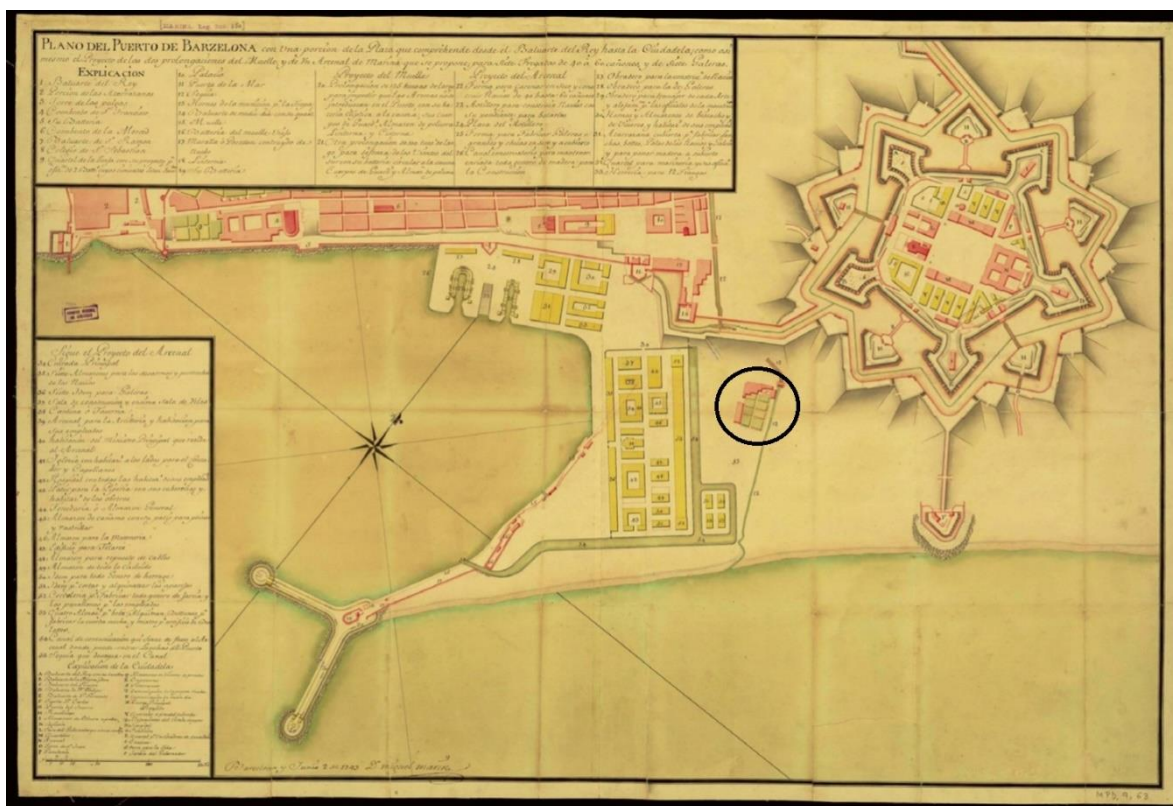


Imagen 4: Plano del Proyecto de Arsenal Naval para el puerto de Barcelona elaborado en 1743 por el ingeniero militar Miguel Marín¹⁵³ (El círculo es nuestro).

¹⁵¹ Fuente de Pablo, Pablo de la; Pujol Hamelink, Marcel y Taracha, Cezary, “Un proyecto de arsenal para la Barceloneta (1743)”, *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia N° 14*, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas, 2014, 229 – 241.

¹⁵² Nóvoa, Manuel, “La obra pública de los ingenieros militares”, en Cámara Muñoz, Alicia, *Los ingenieros militares de la monarquía hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Centro de Estudios Europa Hispánica (CEEH), Madrid, 2005, 198.

¹⁵³ Marín, Miguel, “Plano del Puerto de Barcelona con una porción de la Plaza que comprehende desde el Baluarte del Rey hasta la ciudadela, como así mismo el proyecto de las dos prolongaciones del muelle y de un arsenal de marina que se propone para siete fragatas de 40 a 60 cañones, y de siete galeras” (Archivo General de Simancas - AGS, Mapas, Planos y Dibujos, signatura 9/63. Procede del fondo de Marina, legajo 382, folios

Descartada la construcción de estas infraestructuras estratégicas, el equipo conformado por el ilustrado marqués de la Mina y el habilidoso arquitecto Cermeño, tuvieron las manos libres para emprender una de las mayores obras de transformación urbana de la Barcelona del siglo XVIII, previas a los ‘ensanches’ que impactaron la capital catalana en la segunda mitad del XIX. El área para el surgimiento de La Barceloneta estaba en apariencia libre y lista para ser intervenida, tal y como quedó registrado en el plano que acompañó el proyecto de nuevo puerto para la ciudad de Barcelona, elaborado por Juan Martín Cermeño y remitido al poderoso Marqués de la Ensenada, en carta fechada en Barcelona el 28 de marzo de 1750 (ya bajo de égida del Rey Fernando VI, también recién ascendido al trono).

Al menos a partir de la propuesta gráfica de Cermeño, la única estructura que ocupaba la zona (sin contar los baluartes y el faro), era el matadero que también aparece en el plano de Miguel Marín, como en el que diseñó don Antonio López de Sopena en 1801, sin que se mencionen o se vean rastros del templo y de los lugares de habitación de los artesanos que le preocuparían medio siglo después al ingeniero López de Sopena (Ver imagen a continuación).

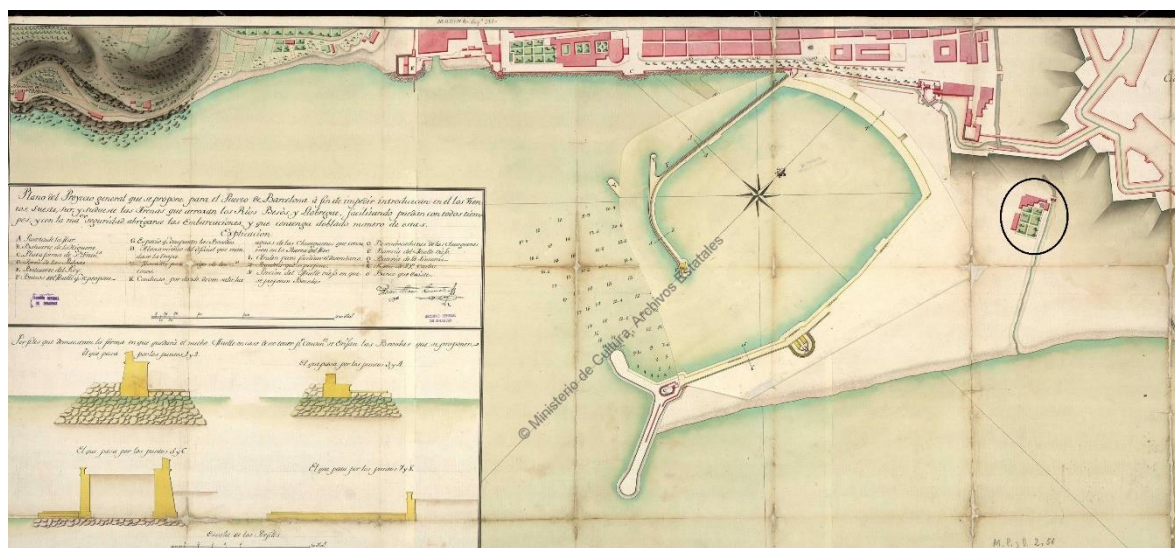


Imagen 5: Plano del Proyecto general que se propuso para el Puerto de Barcelona en 1750, en el que se detalla el área despoblada de la futura Barceloneta¹⁵⁴ (El círculo es nuestro).

348 y siguientes), en Fuente de Pablo, Pablo de la; Pujol Hamelink, Marcel y Taracha, Cezary, “Un proyecto de arsenal para la Barceloneta (1743)”, 230.

¹⁵⁴ Martín Zermeno, Juan, *Plano del Proyecto general que se propone para el Puerto de Barcelona a fin de impedir introduzcan en él los vientos sureste, sur y sudueste las Arenas que arrojan los ríos Besós y Llobregat, facilitando puedan con todos tiempos y con la mayor seguridad abrigarse las Embarcaciones y que contenga doblado número de estas*, Archivo General de Simancas - AGS, Secretaría de Marina, 00381.

La Barceloneta ya era un sector consolidado, cuando a mediados de la década de 1780 pasó por la ciudad el historiador ilustrado y viajero Antonio Ponz Piquer, quien dedicó el volumen XIV de su extensa obra *Viaje de España*, a una descripción detallada de Barcelona y sus alrededores¹⁵⁵. Al respecto anotaba Ponz:

Al zelo, y eficacia del Marques de la Mina se debieron muchas obras útiles que proyectó, y llevó á efecto en esta Ciudad, y sus contornos. Una de las principales fue la fundación del barrio extra muros entre la Puerta del Mar, y la Linterna, é inmediato al muelle, que tiene el nombre de Barceloneta. Consiste dicho barrio en quince calles cruzadas de otras nueve, que tienen á ocho varas de ancho. Las casas son de ladrillo, y uniformes, de diez varas en quadro. Tiene dos plazas, la de S. Miguel, y la de los Boteros. Fué increíble la brevedad con que se concluyó esta importante obra, que en parte suple á la demolición que se hizo para la explanada de la Ciudadela. Fué lástima que entonces no estuviese la arquitectura tan floreciente como convenía, para que hubiese llenado mejor sus ideas, particularmente en la Iglesia que hizo fabricar para uso de dicho barrio. El Arquitecto fué un tal Damián Ribas, y según las noticias que yo tengo había formado plan D. Pedro Cermeño, entonces Teniente Coronel¹⁵⁶.

La iglesia mencionada por Ponz es la de San Miguel del Puerto, cuyo plano inicial es atribuido a don Pedro Martín Cermeño y Paredes, hijo de quien tuvo a su cargo el diseño y construcción de La Barceloneta, don Juan Martín Cermeño. Este templo ya figuraba para la época como el eje principal del sector, antecedido en su pórtico y custodiado en su parte trasera, por dos plazoletas que hacían de La Barceloneta un modelo de geometría y arquitectura del siglo XVIII.

Estos elementos de urbanismo moderno también fueron exaltados por el político y escritor Jean-François de Bourgoing, barón de Bourgoing, quien cumplió varias misiones diplomáticas en España, siendo Primer Secretario de la embajada francesa en Madrid durante el periodo pre-revolucionario y Embajador de Francia en España, durante las primeras fases de la Revolución (1791-1793).

En su libro *Tableau de l'Espagne Moderne*¹⁵⁷, afirma Bourgoing acerca de La Barceloneta:

Recuperado de:

https://www.europeana.eu/portal/es/record/2022713/oai_rebae_mcu_es_178490.html?q=Juan+Mart%C3%A1n+Cerme%C3%B1o. Consultado el 19/03/2018.

¹⁵⁵ Ponz, Antonio, *Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, Tomo XIV Trata de Cataluña, Imprenta de la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, Madrid, 1788, 240 p.

¹⁵⁶ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 38-39.

¹⁵⁷ Bourgoing, Jean-François de, *Tableau de l'Espagne Moderne Par J. Fr. Bourgoing, Ci devant Ministre plénipotentiaire de France à la Cour de Madrid*, Volumen IV, Reprinted for John Stockdale, Picadilly, Londres, 1808, 444 p.

“[Es] un pequeño pueblo moderno en el que viven trabajadores empleados en las obras del puerto y marineros, nacionales y extranjeros. España debe este pueblo, fundado en un terreno arenoso que hace menos de un siglo cubrían las aguas del Mediterráneo, al Marqués de Mina, uno de los últimos Capitanes Generales de Cataluña. Las calles de la Barceloneta están construidas conforme a un único modelo. Las hicieron de un solo piso para facilitar la vigilancia del tumultoso vecindario marino y no privar de la vista al mar a las casas de la ciudad. El responsable de esta sabia iniciativa mereció de sobra el sepulcro que dispusieron para él en la iglesia principal de La Barceloneta”¹⁵⁸.

Y es precisamente ese uso funerario el que nos interesa resaltar, pues si bien no es algo novedoso y Climent al momento de ordenar la construcción del primer cementerio extramuros para Barcelona a mediados de la década de 1770, ya había hecho referencia a la peligrosa acumulación de cadáveres que se venía presentando en los templos de la ciudad condal, este templo de nueva planta (al menos desde las planimetrías recopiladas y analizadas), contó con un área perimetral que sirvió como cementerio ‘extramuros’ que mantuvo su uso hasta, al menos, la mitad del siglo XIX; momento en que, por nuestro enfoque y marco cronológico, le perdemos la pista, pero quedando esta tarea para quienes desde los territorios ibéricos, reconstruyen la historia de los primeros cementerios extramuros.

Acerca de la tumba del II marqués de la Mina, sepultado allí en 1767, escribió Ponz en su texto: *“Tenía el Marques de la Mina muy merecida la memoria sepulcral que se le erigió en esta Iglesia, y se ve colocada en el lado de la epístola con este letrero, que podía haber sido mejor* (...). Sobre este sepulcro se ve el retrato del Marqués de baxo relieve, acompañado de otros adornos propios de su casa, y de la milicia”¹⁵⁹.*

Es claro que al momento de la construcción del cementerio extramuros ideado por Climent (bendecido en 1775), la iglesia de San Miguel del Puerto ya no solo existía, sino que contaba al menos con la tumba de este ilustre personaje (el II marqués de la Mina); lo que descarta que se trate del mismo espacio (como debemos confesar que se llegó a pensar al momento de iniciar con este análisis cartográfico); pero sí es muy interesante analizar cómo esta área sepulcral se desarrolló a lo largo de las décadas, manteniendo sus funciones funerarias y siendo reconocida como cementerio, al menos desde la nomenclatura de las

¹⁵⁸ Bourgoing, Jean-François de, *Imagen de la moderna España*, Soler Pascual, Emilio (Editor), Universidad de Alicante, Alicante, 2012, 896.

* D.O.M. Hit Gusmanorum jacet epitome, Excellentissimus Dominus Marchio de la Mina, Dux, Princeps, Summus Imperator, Praeses, in acie fulmen in Aula Flamen. Obiit: heu! homo, & non abiit Heros, cui inscriptio: Virtus omni die XXV. Januarii, amo MDCCLXVII. R.I.P.

¹⁵⁹ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 39-40.

calles, muchas décadas después, cuando del cementerio del Arzobispo Climent se perdió el rastro rápidamente.

Una muestra de esta afirmación, nos la aporta el plano que Ponz publicó en su edición de 1788 (13 años después de la bendición del espacio funerario ideado por el Arzobispo). En él se ve claramente la iglesia (la rodeamos con rojo, manteniendo con negro la marca sobre el matadero que tomamos como referente desde el comienzo de este análisis), pero no ubicamos ninguna edificación que pueda ser asumida como el cementerio extramuros, por lo que señalamos tan solo con azul la Puerta Nueva y la ruta hacia el futuro ‘Cementerio del Este’, tal y como lo hicimos sobre el plano de 1806 que presentamos en la anterior sección.

Tomo 14.

12.

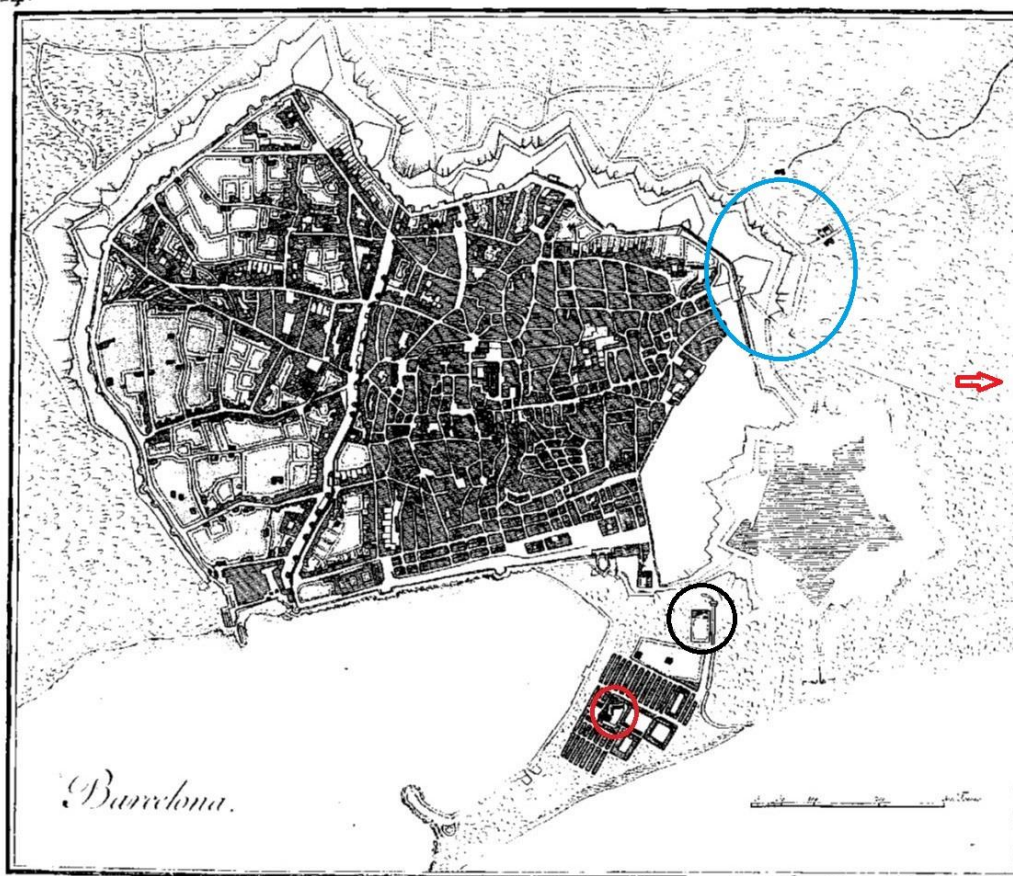


Imagen 6: Plano de Barcelona incluido en el Tomo XIV de la obra *Viage de España* publicada en 1788¹⁶⁰ (Los círculos y la flecha son nuestros).

¹⁶⁰ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 13.

En este sentido, no deja de llamar la atención que habiendo publicado Ponz su libro sobre Barcelona en el año 1788 (un año después de la Real Cédula de Carlos III que da origen a la paulatina y ‘ordenada’ creación de cementerios extramuros), no haga alusión alguna al proyecto funerario de Climent (fallecido desde 1781, pero igual recordado y mencionado por el viajero cuando apreció, por ejemplo, las últimas obras que apoyó desde su retiro el antiguo Arzobispo de Barcelona en su natal Castelló¹⁶¹). Omisión que se hace en dos sentidos, toda vez que no menciona ni ubica el espacio en sus detalladas descripciones de la ciudad y sus alrededores, ni incluye algún tipo de comentario acerca de su propuesta y el estado de la misma.

Y no es que el tema de los cementerios no despertara interés en el curtido viajero, pues como veremos más adelante en el apartado dedicado a Madrid, Ponz era un agudo crítico de la situación lamentable que propiciaba la descomposición de los cadáveres en templos y conventos ubicados al interior de las ciudades desde mucho antes del inicio del proceso impulsado por la Corona; lamentando al mismo tiempo que a la par de los males que producía esta práctica, los españoles parecían carecer de gusto al momento de ornamentar las tumbas.

Consciente que la situación había cambiado y sus comentarios a favor, por ejemplo, del lugar que ocupaba la tumba del II marqués de la Mina al interior del templo (así ironizara sobre su epitafio), lo convertían en un posible promotor de esta práctica, el ilustrado viajero se defendía: *“Algunos que esto leyesen, me tendrían tal vez por contario á las providencias de enterrar los cadáveres en cementerios, y se engañarían de medio á medio. Hago gran diferencia entre depositar en el Santuario masas de corrupción, y feto, quales son nuestros cuerpos difuntos, capaces de infestar á los vivos que concurren á aquel lugar sagrado, y entre la erección de memorias sepulcrales dentro de las Iglesias”*¹⁶².

Desde nuestra perspectiva, es posible que estas zonas ‘extramurales’ y poco pobladas para el año 1775 como La Barceloneta (que para comienzos del siglo XIX se había transformado en un humilde suburbio), hayan sido las que en la práctica acogieron a muchos de los catalanes muertos en las últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX (suponemos que, para este caso en particular, se trataba especialmente de marineros y habitantes de la zona); constituyéndose de esta manera la iglesia y su área adjunta (rodeada

¹⁶¹ Ponz, Antonio, *Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, Tomo XIII, Trata de Valencia, Imprenta de D. Joaquín Ibarra, Madrid, 1785, 137.

¹⁶² Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 166.

por los muros perimetrales que aparecen en el plano de López de Sopena de 1801), en un espacio funerario alternativo que concuerda con la descripción que del proyecto ideado por Climent hizo el presbítero Ramón Cabrera en la década de 1780: “...*un cementerio murado con su correspondiente capilla*”¹⁶³... ¡pero a una distancia mucho más acorde con las necesidades y temores de los habitantes!

Esta presunción coincide con algunos de los comentarios que un ‘misterioso corresponsal’ le envió supuestamente a Ponz, el cual los publicó bajo el título: “*Carta de cierta Persona á un Amigo suyo sobre la erección de Cementerios*”¹⁶⁴. Dada la temprana fecha de publicación de esta reflexión epistolar, a lo largo de este trabajo retornaremos varias veces a ella, pero por lo pronto nos interesa resaltar lo siguiente:

Saque V. los cementerios de las poblaciones, y habrá conciliado la comodidad de los vivos con el eterno reposo de los muertos.

No digo por esto, que V. retire á gran distancia de las poblaciones estas fúnebres moradas: no señor; antes las quiero cerca, é inmediatas, y después hablaré del lugar en que deben colocarse. Tampoco negaré á V. que en lugares cortos, donde la Parroquial está á un extremo de la población, se pueda colocar el cementerio á su espalda, consultando así á la Comodidad del Clero, y pueblo, y á una prudente economía en quanto se puede sin inconveniente.

Pero en los pueblos agregados es preciso buscar un lugar á conveniente distancia de sus muros, y arrabales: un lugar alto, bien ventilado, y que tenga la mejor exposición posible. En esto es necesario proceder siempre con dictamen de los Físicos para no errar en materia tan grave¹⁶⁵.

Esta postura, recogida por Ponz con apenas unos meses de diferencia de la Real Cédula de abril de 1787, justifica el hecho de que veamos en la iglesia de San Miguel del Puerto en el corazón de La Barceloneta, un vestigio sobreviviente y alternativo al malogrado proyecto de Climent, ubicado demasiado lejos como para ser una opción válida en un proceso de transición tan complejo como el que implicaba el cambio en las costumbres funerarias.

No es que la hipótesis que exponemos brinde una solución de continuidad. Es claro que de haber sido este uno de los lugares alternativos de sepulturas que eligieron los sucesores del arzobispo, la conurbación de la zona y la resistencia (esta sí bien documentada), de los habitantes de la ciudad intramural a abandonar con sus muertos el suelo de los templos parroquiales; impide que se pueda hablar claramente de un proyecto de ‘cementerio extramuros’ (ni tan cerca como las tradicionales iglesias y conventos de la Barcelona amurallada; ni tan lejos como el espacio concebido por el Arzobispo Climent) o que se le

¹⁶³ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 144.

¹⁶⁴ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 168-187.

¹⁶⁵ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 176.

presente como tal por parte de los encargados del diseño de los planos analizados (como efectivamente no pasó al revisar los planos de 1788, 1801 y 1806), pero fue posiblemente el germen del cementerio que figura en el Plano Geométrico de Barcelona publicado en 1842.

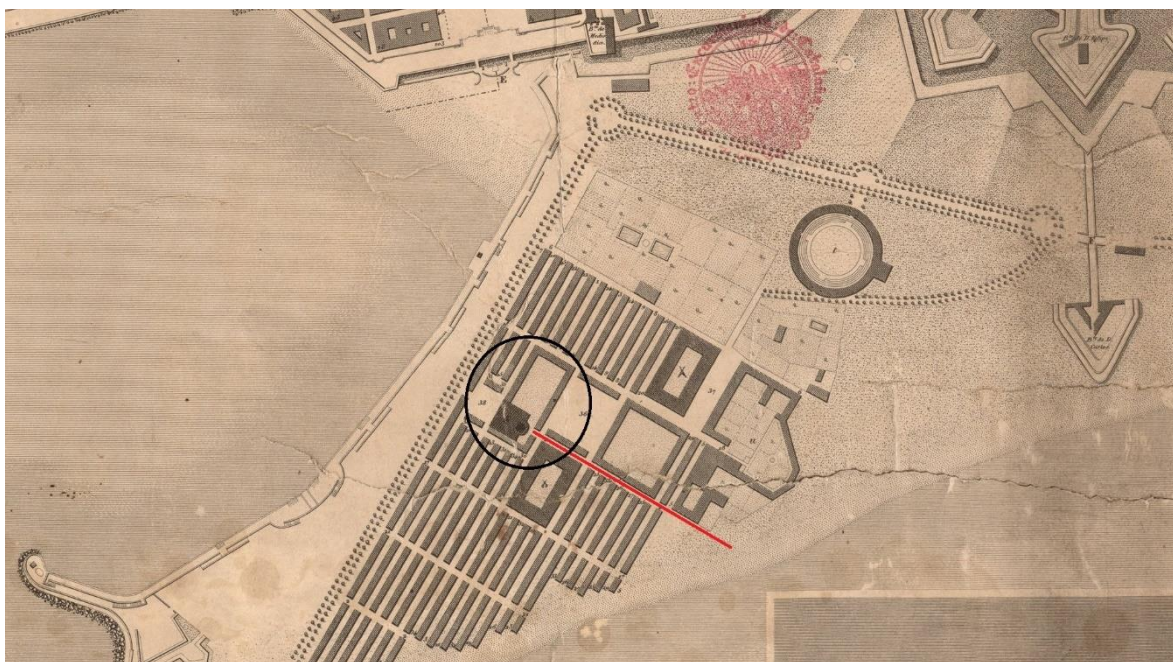


Imagen 7: Detalle del Plano Geométrico de Barcelona publicado en 1842, en el que se evidencia un cementerio en el eje principal de La Barceloneta, justo donde estaba ubicada ‘la iglesia’ en el plano de 1801¹⁶⁶ (El círculo y la línea son nuestros).

En esta representación sumamente detallada de Barcelona no solo aparece la iglesia de San Miguel del Puerto (cuyo frontis mira a la plaza de San Miguel), sino que su área contigua (rodeada por los muros perimetrales que ya mencionamos y vimos graficados en planos anteriores) da claramente acceso a una de las vías que desde la costa partía prácticamente en dos el sector de La Barceloneta para mediados del siglo XIX. Esta avenida (que hemos resaltado a través de una línea roja), de acuerdo con el propio Plano Geométrico, llevaba como nombre ‘del cementerio’ y conducía a su puerta de acceso.

Así pues, es muy probable que para el año 1842 (en el que la ciudad fue seriamente afectada por los bombardeos ordenados por las fuerzas leales a la regencia de Baldomero Espartero, durante el reinado de Isabel II) no solo existiera un cementerio en el sector de La Barceloneta, sino que este estuviese estrechamente vinculado con la Iglesia de San Miguel

¹⁶⁶ Mas i Vila, Josep, *Plano geométrico de la Ciudad de Barcelona*, Ayuntamiento de Barcelona, 1842. Recuperado de: <http://mdc.cbuc.cat/cdm/ref/collection/mapesCEC/id/302>. Consultado el 19/03/2018.

del Puerto, lo que nos permite pensar que esta posible relación se remontaba a épocas muy anteriores, si partimos de comparar las coincidencias gráficas entre los planos que hemos analizado.

Lo más interesante es que, además, este conjunto arquitectónico continuaba siendo el eje de La Barceloneta, así las décadas que separaban a este plano del publicado por Ponz casi 60 años antes, hubiesen sido suficientes para la desaparición del matadero (reemplazado por un sistema de jardines con una fuente central) y el renombramiento de la antigua Plaza de ‘los Boteros’, que evidenciaba la llegada de nuevas épocas y avances en las técnicas de conducción del agua dulce, por lo que había pasado a ser la Plaza de Cuberos.

Cabe aclarar que de comprobarse la existencia de este cementerio en 1842 y su posible uso como espacio funerario ‘extramuros’ desde décadas muy anteriores (si limitamos esa referencia ‘extramural’ a la interpretación del misterioso corresponsal de Ponz de “...*en lugares cortos, donde la Parroquial está á un extremo de la población, se pueda colocar el cementerio á su espalda, consultando así á la Comodidad del Clero, y pueblo, y á una prudente economía en quanto se puede sin inconveniente*”¹⁶⁷), no empaña para nada el mérito evidente que tiene como obra y referente el actual cementerio de Poblenou, el cual sabemos que está en uso desde 1819.

Lo importante es que de corroborarse esta hipótesis, quienes trabajamos el tema de los cementerios que surgen tras las reformas funerarias del siglo XVIII, podríamos establecer una nueva categoría de estudio relacionada con una serie de ‘cementerios de transición’ que combinaron algunas las exigencias y prohibiciones de las normativas borbónicas de corte sanitario, con los miedos y prejuicios de comunidades que no estaban dispuestos a renunciar a prácticas que consideraban legítimas y por las que, la mayoría de las veces, ya habían pagado o, al menos, por las que ya tenían previsto pagar.

Una situación que bien resumió Ponz en 1788 al publicar la carta que hemos mencionado:

Sin embargo se habla todavía, se escribe, y se disputa acerca de la conveniencia de los cementerios, y nada se dice, ni se escribe sobre los medios de verificarlos. ¡Quanto mejor habrían hecho los Físicos, los Canonistas, los eruditos, que tanto han sudado para ilustrar esta materia, en

¹⁶⁷ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 176.

examinarla baxo de este punto de vista, auxiliando al Gobierno en la execucion de una empresa, cuyas dificultades deben ser tanto mayores, quanto menos le hemos ayudado á vencerlas!¹⁶⁸

Si las élites de Barcelona en Poblenou y sus novedosos diseños poco a poco encontraron un lugar digno para sus sepulturas, posiblemente los habitantes de perfil mucho más modesto en La Barceloneta vieron en el espacio contiguo a su iglesia, la solución extramuros (restringida la prohibición solo al edificio del templo) más cercana a sus necesidades y, ante la premura de las circunstancias y el fracaso de opciones más ‘radicales e ilustradas’ como la de Climent, lograron el visto bueno (o al menos la tolerancia) de las autoridades y posicionaron su propio espacio fúnebre, del que hoy, sin embargo, no se guarda memoria.

Antes de dejar de lado este debate, en el que nos hemos extendido más de lo previsto, pero que tiene como justificación especial el necesario aporte de argumentos frente a una hipótesis que más que contradecir, complementa la historiografía analizada hasta el momento; incluimos el grabado elaborado por Domingo Estruch y Jordán en el que se representa la perspectiva que un espectador podría haber tenido del bombardeo de Barcelona (que tuvo lugar durante los días 3 y 4 de diciembre de 1842) desde un barco anclado al frente de La Barceloneta (a la izquierda se encuentra su faro). El lugar desde el que surgen los disparos en la imagen es la fortificación de Montjuic y el templo elevado que resalta en el costado derecho (lejos de la zona que recibe los impactos de la artillería), sería la iglesia de San Miguel del Puerto, edificación contigua al cementerio que hemos postulado, al menos, como uno de los espacios fúnebres herederos del ideado por el Arzobispo Climent.

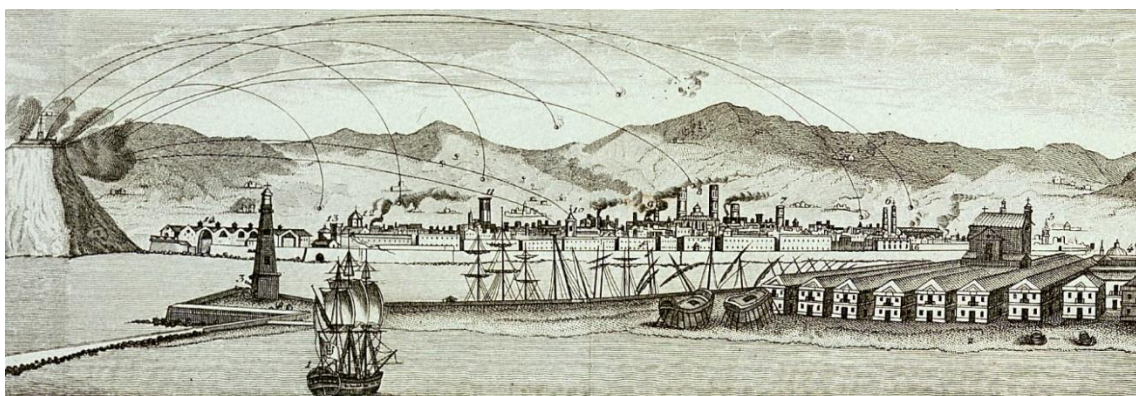


Imagen 8: Vista de Barcelona bombardeada en 1842 / grabado por D. Estruch¹⁶⁹.

¹⁶⁸ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo XIV, 169.

¹⁶⁹ Estruch y Jordán, Domingo, *Vista de Barcelona bombardeada en 1842*, Imprenta de Tomas Gorchs, 1842.

1.2.3 El ‘nuevo’ Ferrol y Valencia: buenas intenciones y pocos resultados

En su texto, publicado en 1996, el profesor Rodríguez Barberán mencionaba que el cementerio de Barcelona tuvo otra iniciativa contemporánea, de la cual sin embargo no se hace mención en los textos escritos años después en medio del proceso de consultas iniciado por orden de Carlos III. Según su referencia, en 1775 el Ayuntamiento de Ferrol, en la provincia gallega de La Coruña, “*adquirió en ese año terrenos para un cementerio, y que lo cercó incluso, pero que la iniciativa fracasó ante la oposición de los ciudadanos*”¹⁷⁰.

Esta hipótesis partía del trabajo publicado por el catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela Alfredo Vigo Trasancos, quien por años ha trabajado en torno al cementerio Parroquial de Canido. Gracias a sus investigaciones, así como a las del profesor Juan José Burgoa Fernández¹⁷¹ y el interés que en las últimas décadas ha despertado el tema de los cementerios borbónicos en la península Ibérica, hoy en día se da como un hecho que este espacio fúnebre es el más antiguo que se construyó extramuros en la región de Galicia.

... es preciso destacar que, desde una década antes de la construcción del cementerio-modelo de San Ildefonso, Galicia ya contaba con un cementerio igualmente pionero: el ferrolano de Canido, habilitado en 1775 en una zona elevada de la nueva población o barrio de la Magdalena, pero dentro del recinto amurallado, junto a la puerta del mismo nombre. De hecho, el de Canido debe ser considerado como el primer cementerio general construido en Galicia, si bien por su extrema sencillez y limitaciones precisó ser reformado en diferentes ocasiones a partir de 1806, ya con intervención del arquitecto académico y maestro de obras de la villa Miguel Ángel de Uría¹⁷².

Este choque de versiones y la omisión que hacen de este ejemplo tanto los miembros de la Real Academia de la Historia como Ramón Cabrera, nos puede indicar que, si bien la iniciativa existió y se pudo avanzar en esa dirección, los resultados no fueron los esperados. En ese sentido en una de sus obras más recientes, el profesor Vigo expone documentalmente sus hallazgos en ese sentido.

Recuperado de:

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:BNE.Barcelona.Montjuic.Bombardeo.1842.detalle.jpg>.

Consultado el 19/03/2018.

¹⁷⁰ Vigo Trasancos, Alfredo y Gómez Vilasó, Xosé M, *Arquitectura y urbanismo en El Ferrol del siglo XVIII*, COAG, Santiago de Compostela, 1984, 260. Citado por: Rodríguez Barberán, Francisco Javier, *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea*, 17.

¹⁷¹ Burgoa Fernández, Juan José, “O camposanto de Canido en Ferrol, o primeiro cemiterio da Ilustración en Galicia”, *Estudios mindonienses: Anuario de estudios histórico-teológicos de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol*. N° 21, Centro de Estudios de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol, Ferrol, 2005, 643-707.

¹⁷² Durán villa, Francisco J.; Fernández Fernandez, Carlos M. y Sánchez García, Jesús, “Asilos de la muerte. Higiene, sanidad y arquitectura en los cementerios gallegos del siglo XIX”, *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades*. Vol. 17. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2005, 453-454.

Según él, “Aunque el cementerio por excelencia de la ciudad era, por derecho propio, el templo parroquial de San Julián que estuvo en desuso, no obstante, por un tiempo con motivo de estarse edificando la iglesia nueva inmediata a la Magdalena en el período que va de 1766 a 1772 ”¹⁷³.

Al revisar este caso en particular, logramos ubicar un plano elaborado precisamente en el año 1766, en el que se superpone el ‘Ferrol Viejo’ con el proyecto aprobado por Fernando VI en 1751 para el Real Arsenal de Marina del Ferrol. En él se aprecia el antiguo emplazamiento del templo parroquial (encerrado en el círculo negro), el cual, de acuerdo con el profesor Vigo, fue dejado en desuso, para dar inicio a la construcción de un nuevo templo parroquial.

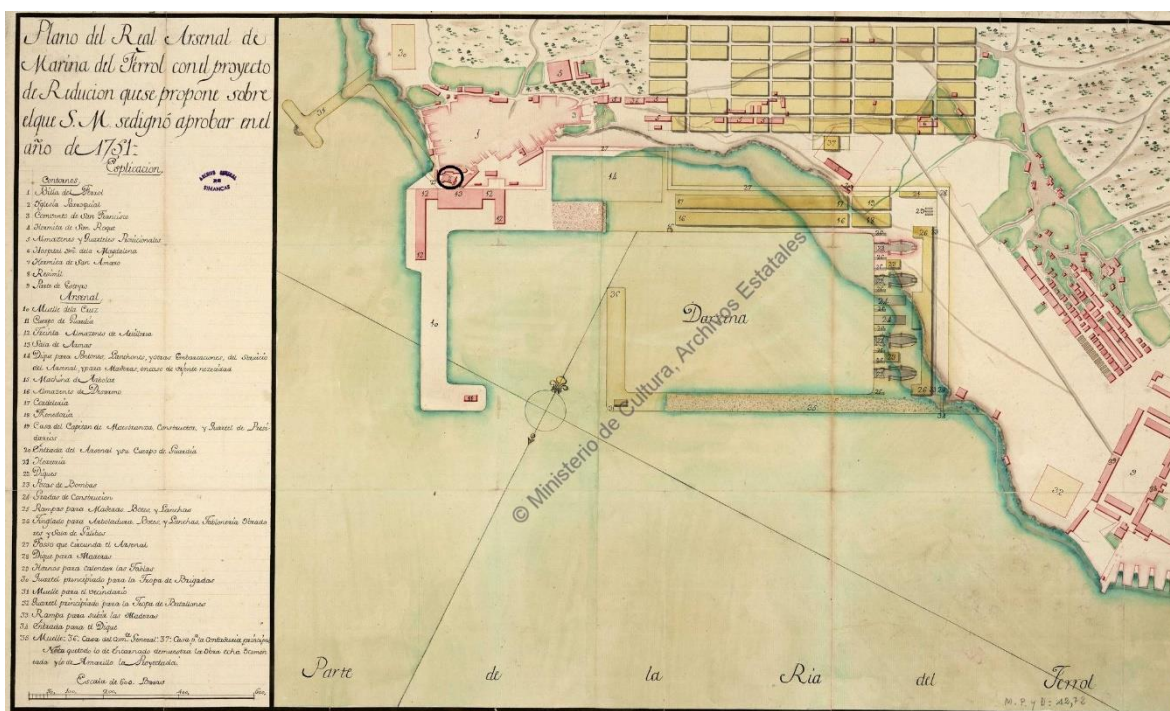


Imagen 9: Plano que contrasta el estado del ‘Ferrol viejo’ con las obras del Real Arsenal de Marina del Ferrol iniciadas en 1751¹⁷⁴ (El círculo es nuestro).

¹⁷³ Vigo Trasancos, Alfredo, “Muerte, luto y memoria fúnebre en el Ferrol del Siglo de las Luces: del cenotafio parroquial de Canido a la fuente-cenotafio de Churruca”, *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades*. Vol. 17, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2005, 392.

¹⁷⁴ Sánchez Bort, Julián, *Plano del Real Arsenal de Marina del Ferrol con el proyecto de Reducción que se propone sobre el que S. M. se dignó aprobar en el año de 1751*, Archivo General de Simancas - AGS, Secretaría de Marina, 00336.

Recuperado de:

https://www.europeana.eu/portal/es/record/2022713/oai_rebae_mcu_es_179711.html?q=Ferrol. Consultado el 29/03/2018.

No debe pasar desapercibido al momento de analizar el caso del Cementerio de Cánido, que esta zona (al igual que La Barceloneta) estaba siendo el eje de gigantescas transformaciones urbanísticas, las cuales facilitaron que destacados arquitectos, ingenieros y políticos ilustrados, confluyeran en espacios relativamente reducidos, contando además con el favor y presupuestos de las autoridades reales. Uno de los más connotados, fue el propio Jorge Juan y Santacilia, famoso por su participación en la Expedición Geodésica y mano derecha del I marqués de la Ensenada en las reformas navales que se acometieron en España a mediados del siglo XVIII.

De acuerdo con las fuentes, Jorge Juan habitó Ferrol entre 1751 y 1754 donde, con el ingeniero militar Francisco Llobet, planeó y construyó el arsenal y poco después realizó los primeros planos del que sería el barrio de la Magdalena, que quedó en manos de Llobet¹⁷⁵.

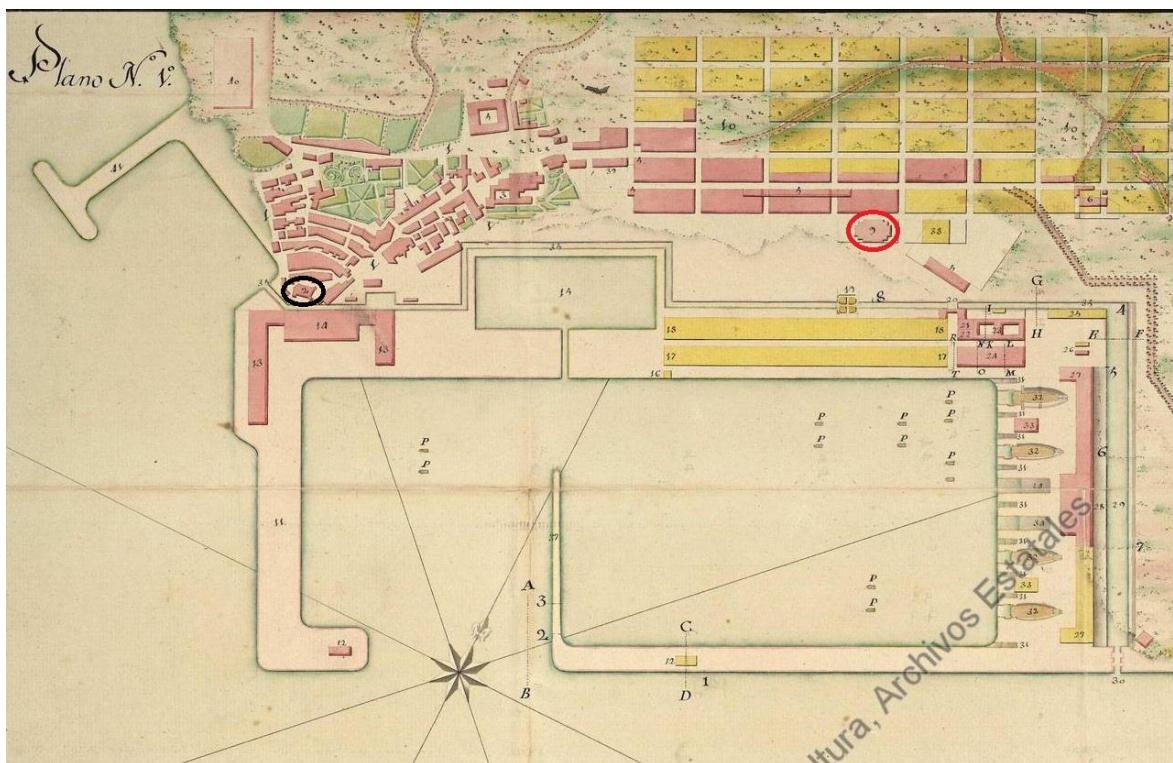


Imagen 10: Detalle del Plano que del Real Arsenal de Marina del Ferrol en el que se señalan el emplazamiento del antiguo templo y el nuevo (que estaba proyectado)¹⁷⁶ (Los círculos son nuestros).

¹⁷⁵ Capel Sáez, Horacio, *Los Ingenieros militares en España, siglo XVIII: repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Edicions Universitat Barcelona, Barcelona, 1983, 494 p.

¹⁷⁶ Sánchez Bort, Julián, *Plano del nuevo Arsenal de Ferrol con las variaciones que S. M. se sirvió aprobar en 11 de enero de 1765*, Archivo General de Simancas - AGS, Secretaría de Marina, 00335.

Recuperado de:

https://www.europeana.eu/portal/es/record/2022713/oai_rebae_mcu_es_178372.html.

Consultado el 29/03/2018.

Para podernos hacer una idea de las dimensiones de las obras emprendidas, hemos traído a colación el “*Plano del nuevo Arsenal de Ferrol con las variaciones que S. M. se sirvió aprobar en 11 de enero de 1765*” (elaborado en serie con el anterior en 1766), en el cual el ingeniero Sánchez Bort utilizó el color rojo (*‘encarnado’*) para mostrar las obras “*cimentadas*” y el amarillo para las proyectadas. En él hemos señalado de nuevo con negro el antiguo templo (que se describe ahora como “*Iglesia parroquial arruinada*”) y el emplazamiento del nuevo (del que se anota “*Iglesia parroquial nuevamente proyectada*”).

Precisamente, fue al ingeniero militar Julián Sánchez Bort, autor de los dos planos anteriores, a quien le correspondió asumir la responsabilidad de la nueva iglesia parroquial de San Julián, que buscaba enlazar el barrio de La Magdalena del nuevo Ferrol (ideado, según la tradición, por el propio Jorge Juan) con la zona militar que ocupaba la franja costera. Una obra que, retomando los datos aportados por el profesor Vigo Trasancos, se extendió hasta comienzos de la década de 1770.

Sin embargo, el fin de las obras condujo a reclamaciones por parte de la comunidad interesada en la recuperación del uso cementerial del templo, lo cual, al parecer, no fue bien acogido por las autoridades y los ilustrados que habitaban la ciudad, quienes buscaron una solución alternativa:

...por eso que, aprovechando la circunstancia de estarse culminando el grueso de las obras en 1774, el 4 de enero el Alcalde Mayor y el propio cura párroco escribieran al Rey solicitándole permiso para construir un cementerio "parroquial" en otro lugar distinto de la iglesia, pues consideraban que tal necesidad era una urgencia que había que sumar a las obras del templo y porque de este modo su gasto de erección podía asumirse con el dinero del arbitrio que se había concedido para acometer la fábrica eclesiástica¹⁷⁷.

Este sería, de acuerdo con las fuentes consultadas, el origen del cementerio de Canido ubicado: “...*en una zona elevada de la nueva población o barrio de la Magdalena, pero dentro del recinto amurallado, junto a la puerta del mismo nombre*”¹⁷⁸. Descripción que concuerda con el Plano de Ferrol elaborado en 1820 por el ilustrado gallego José Alonso López y publicado en su vasta obra: *Consideraciones generales sobre varios puntos*

¹⁷⁷ Vigo Trasancos, Alfredo, “Muerte, luto y memoria fúnebre en el Ferrol del Siglo de las Luces”, 392-393.

¹⁷⁸ Durán villa, Francisco J.; Fernández Fernandez, Carlos M. y Sánchez García, Jesús, “Asilos de la muerte. Higiene, sanidad y arquitectura en los cementerios gallegos del siglo XIX”, *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades*. Vol. 17. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2005, 453-454.

históricos, políticos y económicos á favor de la libertad y fomento de los pueblos, y noticias particulares de esta clase, relativas al Ferrol y á su comarca¹⁷⁹.

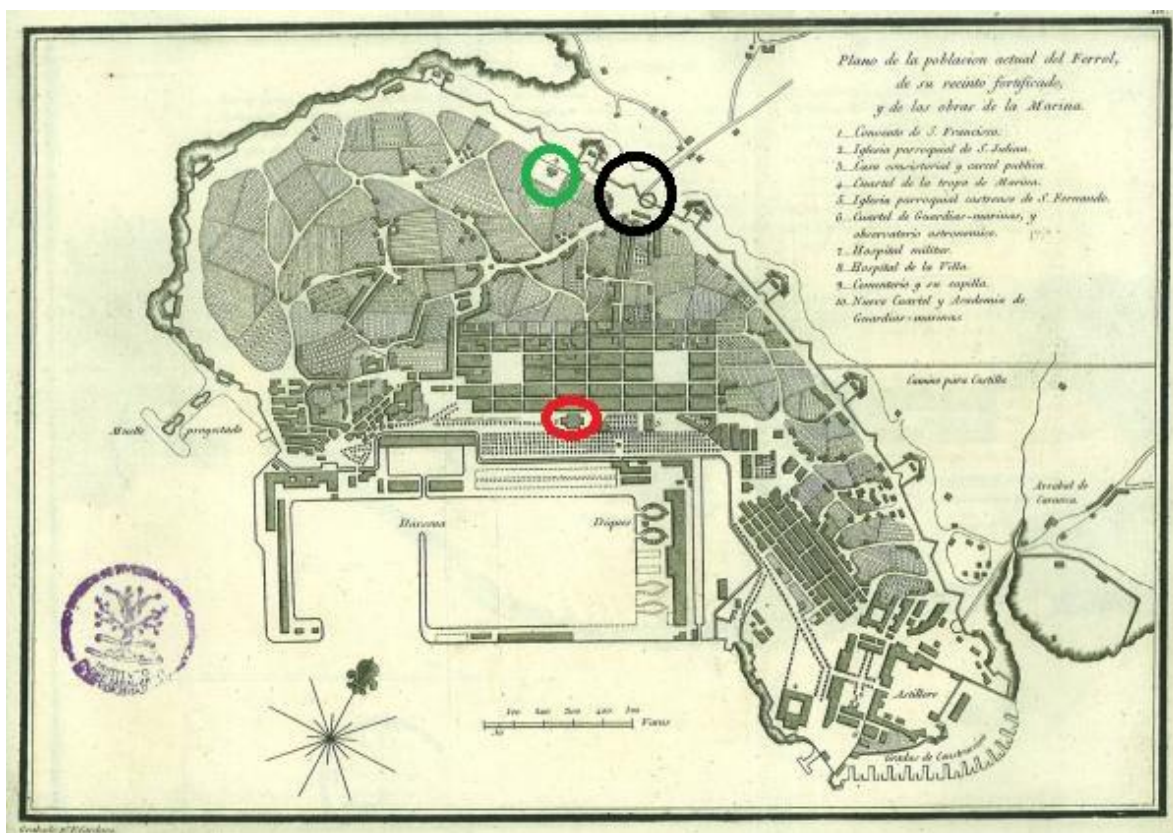


Imagen 11: Plano de Ferrol, do recinto fortificado e das obras da Mariña que aparece nas Consideraciones generales de Alonso López¹⁸⁰ (Los círculos son nuestros).

Hemos señalado con un círculo verde el emplazamiento del cementerio, con el negro la puerta de Canido (una de las principales que comunicaba el recinto amurallado con las zonas extramuros) y en rojo el templo parroquial de San Julián, el cual ya contaba (de acuerdo con el plano) con una amplia zona urbana a su costado, fruto del paulatino crecimiento del barrio La Magdalena.

Acerca de si el cementerio se construyó o no a mediados de la década de 1770, López no aporta luces al respecto, pero sí organiza cronológicamente los ejes de la vida religiosa

¹⁷⁹ López, José Alonso, *Consideraciones generales sobre varios puntos históricos, políticos y económicos á favor de la libertad y fomento de los pueblos, y noticias particulares de esta clase, relativas al Ferrol y á su comarca*, Imprenta de M. Repullés, Madrid, 1820. 4 Tomos.

¹⁸⁰ López, José Alonso, "Plano de Ferrol, do recinto fortificado e das obras da Mariña que aparece nas Consideraciones generales de Alonso López" en López, José Alonso, *Consideraciones generales sobre varios puntos históricos (...), relativas al Ferrol*, Tomo I.

del nuevo asentamiento, en los que podemos prever estuvo concentrada buena parte de la actividad funeraria en Ferrol, dejando en claro además que las obras de 1806 fueron tan solo la ampliación y mejoramiento de un espacio funerario preexistente:

La antigüedad de las diferentes iglesias parroquiales y demás templos indicados, es muy distinta y dudosa, y la de los templos del aumento de la población del Ferrol es más moderna, y por lo mismo más determinada. Su parroquia primitiva era de una antigüedad, tan desconocida como; la del pueblo, y estaba situada en el borde del mar junto al muelle, llamado entonces de la Cruz. Por lo deteriorado de todas sus paredes en la época en que se empezaron á construir las obras hidráulicas en el Ferrol, y por su mala situación, respecto al plan de estas mismas obras y al aumento que debía tomar el pueblo, fue preciso demoler este templo, y construir otro más capaz y en un local también más céntrico al todo de la población antigua y moderna. Esta nueva iglesia parroquial se empezó á construir en el año de 1765, y se ofició en ella cinco años después, sirviendo mientras, de parroquia la antigua y pequeña capilla de san. Roque desde que se había demolido la parroquia arruinada: la parroquia Castrense de san Fernando se construyó en 1755 del tiempo de Don Fernando VI (...) y en 1806 la capilla del Descendimiento del cementerio, cuando se agrandó este sitio respecto al área que tenía anteriormente¹⁸¹.

Así las cosas, podemos afirmar que para 1820 el cementerio seguía ubicado lejos del sector densamente poblado, así tuviese una condición intramural. En este caso, al tratarse de una ciudad creada apenas 70 años antes (teniendo como base y punto de origen el ‘viejo Ferrol’, pero transformándolo prácticamente desde sus cimientos) y que había concentrado las expectativas de los ambiciosos planes de crecimiento de la marina ideados por el marqués de la Ensenada, el barrio de Canido fue concebido inicialmente como área de abastecimiento y estaba ocupado por cultivos y viviendas aisladas. No es pues de extrañar, que ante la crisis que impidió el crecimiento de Ferrol en las proporciones esperadas (teniendo en la cuenta además que para 1820 ya había soportado varios ataques por parte de los británicos y una corta, pero cruenta, ocupación francesa del recinto amurallado), el que el cementerio ‘extramuros’, quedara dentro de los muros de la ciudad no puede considerarse como una contravención a las legislaciones borbónicas, sino una prudente adaptación de las mismas.

Y es que los casi 45 años que separan el plano de López con las versiones acerca de la creación del cementerio de Canido en época anterior a las Reales Cédulas de Carlos III y Carlos IV, están determinadas por las dificultades que tuvo este espacio para consolidarse, lo cual es muestra de que no solo la presencia de ilustrados y de normas que regulasen las

* López pasa a enumerar uno a uno los templos y conventos del ‘nuevo Ferrol’, lo cual no es pertinente reproducir, pero de lo que se deja constancia para que se entienda que, tras la larga enumeración, concluye su listado con la capilla del cementerio.

¹⁸¹ López, José Alonso, *Consideraciones generales sobre varios puntos históricos (...), relativas al Ferrol*, Tomo I, 52-53.

sepulturas al interior de los templos y conventos, eran suficientes para suprimir de raíz una práctica que se había posicionado tanto en los imaginarios de los habitantes de Ferrol, como a lo largo y ancho de la península Ibérica y el mundo conectado con la monarquía hispana.

Precisamente dando un salto geográfico hacia el otro extremo de la península, encontramos otro caso que, sin ser mencionado tampoco por sus contemporáneos, aportó varios de los argumentos que fueron tenidos en cuenta para soportar medidas posteriores tendientes a los mismos fines. Es así como el 8 de enero de 1776 el Corregidor Ilustrado del Regimiento de Valencia, don Antonio Pascual y García de Almunia, solicitó la erección de un cementerio en su jurisdicción, justificando por escrito su petición a través de una nota que, por su valor y relevancia, transcribimos parcialmente:

Pero la divina Providencia ha diferido descubrir hasta ahora, el [mal] que causan los cadáveres por los estragos que han experimentado otros países; no sólo en la instantánea muerte, que ha producido el respirar aquellos pestilenciales hálitos, sino en padecer las mismas particulares enfermedades, de que había muerto el enterrado. La repetición de estas desgracias ha obligado ya a varias ciudades de clima menos templado que el nuestro, a sacar los Cementerios de su recinto: donde con las precauciones correspondientes, entierran sus muertos, distantes de vecindario¹⁸².

Y es que más allá del clima y el hedor que brotaba de los cuerpos en descomposición (en especial en verano), factores en los que hacía hincapié, a Pascual le preocupaba más el lugar en el que se daba el proceso de descomposición:

Aun son en estas [las iglesias] más perjudiciales los entierros que en los Cementerios; porque así por la mala disposición de los vasos, donde se depositan los cuerpos, y la poca precaución de las losas que las cubren, como porque carecen de ventilación las Iglesias; recogen en el tiempo de la noche los vapores que exhalan las sepulturas, y guardan como en depósito en su espacio, aquel nocivo ambiente, para que lo respiren a la mañana los que vienen al Templo. Cada uno de nosotros ha advertido sin recelo la hediondez, cuando solo la reputábamos incomodidad: mas ahora, que la experiencia la ha acreditado daño, pide nuestro celo y encargo librar de él a nuestros compatriotas, y proporcionarnos este bien, solicitando el suyo¹⁸³.

Aunque la solicitud del Corregidor Ilustrado no suscitó en el corto plazo la construcción de un cementerio para su regimiento, los argumentos que aportó (que no distaban de los que debatía la ‘comunidad científica’ de la época) comenzaron a circular por el complejo sistema burocrático borbónico, siendo conocidos y discutidos en las instancias

¹⁸² Solicitud del Sr. Antonio Pascual, Corregidor Ilustrado del Regimiento de Valencia, en torno a la construcción de un cementerio, en Viñes, José Javier, *La Sanidad española en el siglo XIX*, Anexo 16, Gobierno de Navarra-Fondo de Publicaciones, Pamplona, 2006, 689.

¹⁸³ Solicitud del Sr. Antonio Pascual, *La Sanidad española en el siglo XIX*, Anexo 16, 689-690.

superiores¹⁸⁴. Su mérito consiste pues en abrir públicamente el debate 11 años antes de que aparecieran las reales disposiciones, logrando movilizar con el tiempo opiniones favorables de autoridades y facultativos tal y como lo veremos más adelante.

1.2.4 Madrid: entre la salubridad y la estética

El inicio de este largo proceso ‘consultivo’ coincidió con la publicación en Madrid, también en 1776, del libro: *El Conservador de la Salud*¹⁸⁵ escrito originalmente por el médico francés Achille Guillaume Le Bégue de Presle, y traducido por don Félix Galisteo y Xioro, profesor de medicina y cirujano de la corte, en uno de cuyos apartes se mencionaban los *Peligros del aire que sale de los pozos, cloacas y sepulcros, cuando se les abre después de haber estado cerradas mucho tiempo, y del aire de las iglesias*¹⁸⁶.

En ese mismo año, el ya mencionado historiador ilustrado y viajero español Antonio Ponz Piquer, reflexionó en el volumen V de su extensa obra *Viage de España* (dedicado este tomo a Madrid)¹⁸⁷, sobre la necesidad de crear cementerios extramuros no solo en esta ciudad, sino en todo el Reino, enfatizando que esto ya era costumbre en algunos territorios europeos como Italia, Francia y Alemania¹⁸⁸.

Convencidos en varias ciudades de Europa de los daños que en la edad pasada, y en la presente, ha ocasionado el ambiente de las sepulturas, dando motivo a gravísimas enfermedades, y muertes repentinas, han resuelto que los cadáveres se entierren en parages destinados fuera de dichas ciudades, examinando antes las circunstancias, y situación del terreno, para que no reciba daño la población vecina¹⁸⁹.

Ampliamente descriptivo, el trabajo de Ponz (dedicado este tomo de manera especial al Monarca), no solo mencionó y trató de explicar brevemente algunas de las teorías protomédicas que comenzaban a circular acerca de los riesgos que generaba para la salud este tipo de práctica¹⁹⁰; sino que criticó abiertamente el mal gusto de quienes habían decidido sobresalir por medio de la instalación de monumentos y placas funerarias:

¹⁸⁴ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 65-66.

¹⁸⁵ Le Begue de Presle, Achille Guillaume, *El Conservador de la Salud*, 475 p.

¹⁸⁶ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 244.

¹⁸⁷ Ponz, Antonio, *Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, Tomo V Trata de Madrid, Imprenta de D. Joaquín Ibarra, Madrid, 1776, 360 p.

¹⁸⁸ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 147.

¹⁸⁹ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo V, 49.

¹⁹⁰ Sagar Quer, Carlos, “Ciudades de la memoria. Proyectos de arquitectura funeraria de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando”, *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* N° 81, Madrid, 1995, 451 y 471.

Las urnas sepulcrales han llegado a ser un adorno considerable de los Templos, particularmente en Italia, y sobre todo en Roma, donde las más de las Iglesias, y Basílicas se ven llenas de estos magníficos monumentos; muchos de ellos obras excelentísimas, por los grandes artífices que las hicieron, y riquísimas atendiendo a la materia de mármoles, jaspes, bronces, etc. La práctica de erigir dentro de las Iglesias estas memorias sepulcrales, es tan antigua como la de enterrar los cadáveres dentro de ellas, con lo cual se ha perpetuado la memoria, y el mérito de muchos hombres, se ha dado una prueba de reconocimiento, y gratitud a los bienhechores, y de amor, y de piedad a los antepasados; y ha sido motivo de ejercitarse los profesores de las bellas Artes¹⁹¹.

Uno de los elementos más interesantes que surgen al abordar el escrito de Ponz, es su condición de texto dirigido a las élites. El autor tenía muy claro que eran ellas las que leerían y comentarían su libro, el cual estaba lleno de detalles y anécdotas del reputado e ilustrado viajero. Es por esto que Ponz no ahonda en lo científico (así lo mencione), ni en lo técnico (lejos estaba de los ejemplos y las amplias explicaciones de los informes que hemos tenido en la cuenta en los apartados anteriores o que sacaremos a la luz más adelante); pero sí aleccionaba desde lo estético, motivando el posible bochorno de quienes se vieran reflejados en sus mordaces comentarios, al caer en la cuenta de la ‘pobreza’ y ‘simpleza’ de los túmulos y monumentos funerarios de sus familias y ‘aristócratas antepasados’ en los templos y conventos ibéricos.

Las imágenes que motivaba el texto de Ponz eran muy ilustrativas: *“Hubo en España dicha usanza, como se ve por toda ella, particularmente en Iglesias Catedrales, no solamente después del restablecimiento de las Artes; esto es desde la edad de Carlos V, sino muchos siglos antes. Ahora apenas hay quien mande hacer una miserable lápida. ¿Serán efectos de la mezquindad presente, o porque se piensa con más humildad?”*¹⁹².

Obviamente, el que los cadáveres se acumularan sin control en el suelo y perímetro de las iglesias y conventos de Madrid no era ‘culpa’ de las élites y sus monumentos funerarios (fuesen obras destacadas o ‘miserables lápidas’). La gran mayoría de la población madrileña no contaba con el dinero y prestigio social suficiente para aspirar a ser incluidos en las áreas privilegiadas donde las élites depositaban a sus seres queridos de manera semi individualizada (o casi, pues muchas familias ya habían colmado de despojos sus espacios ‘concesionados’ y se veían abocadas a reducir los restos consumidos, para abrirle espacio a ‘nuevos’ difuntos).

¹⁹¹ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo V, 47-48.

¹⁹² Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo V, 48.

Lo que hacía más notoria la acumulación de cadáveres era el que los renglones intermedios de la población (e incluso los menos privilegiados), con el tiempo alcanzaron la prerrogativa de la sepultura intramuros. Estos sí, sin mayores órdenes y separados tan solo por la experticia y memoria de los sepultureros, quienes procuraban cavar sin dejar al descubierto los cuerpos anteriormente inhumados, lo cual terminaba siendo casi imposible, ante la popularización de la práctica y la saturación del suelo de los templos y conventos, situación que terminó por generar altercados e interrumpir la cotidianidad de la muy religiosa capital del reino.

Uno de los ejemplos más singulares y representativos de esta situación, fue recogido por los miembros de la Real Academia de la Historia, quienes relataron cómo a comienzos de 1781, por espacio de ocho días no se pudieron celebrar misas en el altar mayor de la parroquia de San Sebastián “*porque habiendo reventado hasta tres veces la sepultura del arquitecto de Madrid Don Juan Durán, que era un hombre lleno de humores, despedía en hedor insufrible*”¹⁹³. Triste y poco honrosa manera de recordar a quien alcanzó el título de Teniente Maestro Mayor de Obras y tuvo a su cargo, entre otros importantes proyectos, la inspección de los trabajos de reparación del Coliseo de la Cruz, primer teatro público moderno de Madrid¹⁹⁴, y la adecuación de la Ermita de la Virgen del Puerto.

1.2.5 La epidemia en la villa y puerto de Pasage (Guipúzcoa) y sus ecos en el Arzobispado de Granada

Queda claro que la problemática de los enterramientos intramuros ya era conocida, a la par que comenzaba a visibilizarse más ampliamente y a generar algunos debates en entornos ‘ilustrados’, lo que no significó, sin embargo, que se tomaran medidas oficiales al respecto, más allá de la ya citada en Barcelona y del posible cementerio de Ferrol. Faltaba un detonante: la peste.

En 1781 se desencadenó una epidemia en la villa y puerto de Pasage (Guipúzcoa), la cual elevó el tono de la discusión en torno a la descomposición de cadáveres dentro de las iglesias debido a los malos olores que estos generaban. Situación que ya había sido advertida desde el 23 de marzo de 1775 por el Arzobispo de Toulouse, Étienne-Charles de Lomenie de

¹⁹³ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, 97-98.

¹⁹⁴ Thomason, Phillip Brian, *El Coliseo de la Cruz, 1736-1860: estudio y documentos*, Támesis, Woodbridge (Suffolk), 2005, 102-104.

Brienne, quien había publicado una Carta Pastoral en la que se pronunciaba acerca de la necesidad de cementerios en las poblaciones bajo su tutela apostólica, colindantes por la frontera pirenaica con estos territorios hispanos.

Según Calatrava, en el texto de Lomenie de Brienne, el prelado : “*Prohíbe a sacerdotes enterrar en el interior de las iglesias, se exceptúan los claustros y capillas contiguas pero con la obligación de construir bóvedas sepulcrales y con enumeración tajante de las personas que podían enterrarse en ellas*”¹⁹⁵.

Aunque se desconoce el efecto que en su momento causó la carta del obispo francés entre sus vecinos hispanos, más allá de la certeza de que no se había construido el cementerio en Pasage al momento del brote, esta fue utilizada a posteriori por don Benito Bails en la redacción de su informe: *Pruebas de ser contrario a la práctica de todas las naciones y a la disciplina eclesiástica, y perjudicial a la salud de los vivos, enterrar los difuntos en las iglesias y poblados*¹⁹⁶.

En el mismo texto compilado por Bails aparece el quinto caso que hemos de resaltar en este proceso (Barcelona, Ferrol, Valencia y Madrid han sido los anteriores), el cual fue mencionado inicialmente por Ramón Cabrera y que tuvo por protagonista al Arzobispo de Granada, don Antonio Jorge Galbán, quien el 24 de abril de 1781 “*representó al Real y Supremo Consejo de la Cámara que sería útil en extremo que en todas las iglesias se construyesen Cementerios para sepulturas de los fieles, pues de este modo lograrían los templos santos el aseo correspondiente, y sus suelos durarían más, y estarían más firmes*”¹⁹⁷.

La representación de Galbán no pudo llegar en mejor momento, pues ante lo expresado por el Arzobispo y teniendo como telón de fondo el trágico precedente de la epidemia en Pasage:

El Ilustrísimo Señor Conde de Campomanes, que entonces se hallaba de Fiscal de la Cámara, (...) no solo aprobó el pensamiento del Ilustrísimo Galbán, sino que en apoyo suyo añadió, que así lo pedían las razones de la salud pública: pues haciéndose los entierros en Cementerios abiertos, se ventilarían estos parages, y por consiguiente se evitaría el peligro de la corrupción, lo que no sucedería sepultándose los cadáveres dentro de las iglesias; porque en este caso, infestándose el ayre, podrían originarse muchas enfermedades, y aún epidemias¹⁹⁸.

¹⁹⁵ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios en la España de las Luces”, 362-363.

¹⁹⁶ Lomenie de Brienne, Étienne-Charles de, “Carta Pastoral del Arzobispo de Tolosa sobre las sepulturas”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 181 – 209.

¹⁹⁷ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 146.

¹⁹⁸ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 146.

Como hemos tratado de demostrar hasta el momento, esta hipótesis relacionada con la infestación del aire por la acumulación de cadáveres en los templos no era original de Campomanes y los demás miembros del Real y Supremo Consejo de la Cámara, pero sí novedosa en la medida de que fuese un funcionario de su jerarquía quien la lanzó en un documento oficial, mucho antes de que se cumpliera el exhaustivo análisis que en torno a la materia exigió Carlos III el 24 de marzo de 1781.

Y es que, de acuerdo con Cabrera, Campomanes fue mucho más allá: “*En prueba de lo qual recordó a la Cámara lo que se acababa de experimentar en la Villa y Puerto de Pasage (...), cuya iglesia, a causa de los muchos cadáveres enterrados dentro de ella, llegó a infestarse en tales términos, que fue menester cerrar sus puertas, y darla respiración por el tejado*”¹⁹⁹.

Este vínculo entre los muertos de Guipúzcoa y el brote epidémico fue oficialmente reconocido por el propio Monarca, quien tiempo después, como veremos más adelante, en la Real Cédula que circuló en abril de 1787, afirmó que la epidemia surgió del “*hedor intolerable que se sentía en la Iglesia Parroquial de multitud de cadáveres enterrados en ella*”²⁰⁰.

Regresando al caso del Arzobispo de Granada, Cabrera dejó constancia en su texto de las órdenes precisas que recibió el prelado al respecto:

Y de todo vino a concluir [el Fiscal Campomanes] que se debía ordenar que en todas las iglesias que se hubiesen de construir de nuevo, o ensanchar, o reparar en el Reyno de Granada, donde S.M. goza del derecho de patronato, se edificasen Cementerios proporcionados a los entierros que un juicio prudente pudiesen ocurrir según el cálculo de los tres últimos decenios, procurando guardar la decencia correspondiente, pero escusando al mismo tiempo todo género de suntuosidad, y gastos superfluos²⁰¹.

Coherente con el carácter ilustrado de Campomanes, el Fiscal consideraba “*muy oportuno que los prelados del Reyno de Granada dirigiesen a sus respectivos Diocesanos Cartas Pastorales, por las que se les hiciese ver que los entierros fuera de los templos tienen, además de la conocida ventaja de preservar al público de varios daños, la circunstancia de ser según el espíritu de la Iglesia*”²⁰². Medida apoyada de manera decidida por los miembros

¹⁹⁹ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 146.

²⁰⁰ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 70.

²⁰¹ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 147.

²⁰² Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 147.

de la Real Cámara, quienes avalaron la expedición de las órdenes conducentes al logro de tan importante fin.

Este antecedente fue reconocido por los miembros de la Real Academia de la Historia cuando publicaron el informe presentado originalmente en 1783, pero que actualizaron a modo de estado del arte en 1786:

Extracta este [Ramón Cabrera] en la última parte de la suya [su obra] una pastoral del difunto Obispo de Málaga Don Joseph Molina Lario, de resultas de haber decretado la Cámara (con previo parecer del actual Metropolitano [el ilustrísimo señor Don Antonio Jorge Galbán] de Granada de 24 de abril de [17]81 y en vista de respuesta Fiscal dada por el Ilustrísimo Señor Conde de Campomanes, que lo era entonces, y Director de la Academia, que en todas las iglesias que se construyeran de nuevo o reparasen en aquel reyno, como del Real e inmediato Patronato de S.M., se hiciesen cementerios decentes, sencillos y poco costosos, destinados para los entierros, con absoluta prohibición de hacer estos dentro de los templos ni menos sobre su pavimento; y que aquel M.R. Arzobispo, y los RR. Obispos sus sufragáneos, y el de la Diócesis confinante de Málaga instruyesen por medio de pastorales, cada uno a su respectiva grey, de los justos motivos de esta disposición²⁰³.

El texto de Cabrera y el reconocimiento por parte de la Real Academia de la Historia de la existencia de este proceso, en medio del cual se expidieron órdenes claras tanto al Arzobispo como a los obispos de los territorios integrados a su arquidiócesis; nos permiten afirmar que existía ya una especie de claridad frente a la inconveniencia de las sepulturas al interior de los templos, antes de que se hubiese presentado aún la intervención directa de Carlos III.

1.2.6 Los ‘miasmas’ y los ‘vapores pútridos’: teorías y explicaciones protomédicas previas a las Reales Cédulas Carolinas

Sin negar el evidente impulso que generaron en materia de la creación de cementerios las Reales Cédulas de Carlos III y Carlos IV, que analizaremos con detalle más adelante, es fundamental revisar los documentos y relaciones médico-científicas que habían circulado y que, en muchos casos, conocían de antemano y/o revisaron los encargados de responder en toda su amplitud, al reto que les formulase el monarca a partir de la epidemia de Pasage de 1781.

²⁰³ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXIII-XXIV.

Estas teorías se fundamentaban en hipótesis y percepciones a través de las cuales se presentía que no solo los cadáveres, sino el represamiento del aire en los templos, eran los responsables de la infección de los vivos.

Nadie ignora que toda la tierra está rodeada de ayre, cuyo fluido tiene muchísimo influxo en nuestros cuerpos y nuestra salud. Porque le respiramos sin cesar, y contrarresta, comprimiéndonos por dentro y fuera, la propensión que tienen todos los humores de nuestro cuerpo a ensancharse y disolverse, conforme lo evidencian los accidentes que sobrevienen á los animales metidos debaxo de una campana de vidrio, de la qual se saca o pone muy ralo por medio de una bomba el ayre que contiene²⁰⁴.

Haciendo acopio de esta fáctica demostración, Ramón Cabrera introducía la segunda parte de su texto dedicada al lugar de las sepulturas, en la que el aire jugaba un papel protagónico, toda vez que: “*Se introduce en nuestros humores, ya mezclado con los alimentos, ya por los poros o agujeros de la membrana que viste interiormente el pulmón*”²⁰⁵. Situación que lo llevaba a ser un elemento omnipresente en la vida humana, razón de más para considerarlo un problema si ingresaba combinado con ingredientes venenosos.

Cabrera, tras mencionar varios de los teóricos que respaldaban su argumentación, llegaba al eje central de sus temores:

El ayre encerrado, calentado y privado de su elasticidad, es de suyo peligroso, sea el que fuere el cuerpo del que sale, aunque sea el que arrojan con la transpiración las personas de la salud más robusta. Si la transpiración de los enfermos, y las exhalaciones de los animales muertos le comunican vapores perniciosos; si cada una de dichas causas puede obrar por sí los efectos más funestos, ¿quan peligrosos no serían los entierros en las iglesias, cuyo ayre se halla alterado de todos modos, á qual más dañoso, y donde concurren juntas todas las causas de contagio que obran separadas en distintos parages?²⁰⁶

Al respecto, la *Disertación histórica* de Cabrera referencia un caso qué, si bien no ha podido rastrearse con exactitud, es más que ilustrativo frente a las sospechas que desde décadas atrás en la España borbónica se tenían en torno a las consecuencias que traía consigo el aspirar los ‘vapores pútridos’ que surgían de los templos atestados de cadáveres:

Siendo Cura Párroco del Presidio de Melilla Don Christóbal [Buenaventura] de Torres, hoy día canónigo de Antequera, reparó en su feligresía algunos años de mortandad tan extraña que hubo años de morir cerca de seiscientas personas. Discurrió quanto pudo, y preguntó a varios sugetos de Europa para averiguar la causa de tantas muertes, pero no fue posible conseguirlo, hasta que madrugando mucho, algunos días vio que por las ventanas de la iglesia salía un vapor muy denso

²⁰⁴ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 155.

²⁰⁵ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 155.

²⁰⁶ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 166-177.

a manera de niebla. Al instante le ocurrió que el morir tanta gente en aquel pueblo no podía menos que provenir de enterrarse todos los difuntos en la iglesia, por cuyas ventanas salían los vapores pútridos de los cadáveres²⁰⁷.

Lo más significativo de este referente proporcionado por Cabrera no es la ‘acertada’ intuición de Buenaventura de Torres, sino la particular respuesta de los médicos quienes: “...hicieron anatomía de los difuntos, hallaron sus cuerpos llenos de gusanos, y opinaron que la causa del daño era con efecto la que sospechaba el Cura Párroco, haciendo, en su sentir, más perniciosos todavía sus influxos el ir a Misa, y respirar los hálitos pútridos en ayunas aquellos pobres feligreses”²⁰⁸.

Es difícil comprender a la luz de la ciencia moderna el vínculo entre la existencia (o, en su defecto, la inexistencia) de gusanos al interior de un cadáver y la peligrosidad que representaba este factor para la supervivencia de una población víctima de un brote epidémico, pero es innegable que parecía aportarle peso y cientificidad al análisis, en una época en la que aún los microorganismos eran simples sospechas, pero se carecía de los medios para poder ver más allá de esos ‘preocupantes gusanos’.

Por su parte, la alusión a los efectos que tendría en los ‘pobres feligreses’ el respirar estos vapores en ayunas, puede ser vista con ojos más benevolentes en la actualidad, toda vez que los avances en los estudios metabólicos pueden corroborar cómo la falta de alimentos, aumenta los niveles de vulnerabilidad de las personas expuestas a esfuerzos o situaciones críticas... aunque es claro que los médicos y nutricionistas contemporáneos no pondrían entre los escenarios más probables el que los ‘débiles cuerpos’ expuestos al ayuno, fuesen ‘presas voluntarias’ de los efluvios provenientes de la acumulación de cadáveres de un atestado templo del siglo XVIII.

Si bien Cabrera no aporta una fecha específica al referir el caso, acerca del presbítero Christóbal Buenaventura de Torres se sabe que en julio de 1753 estaba al frente del curato de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción de Melilla, “carga que en virtud de un Breve de Benedicto XIV ejerció junto al de Juez Apostólico”²⁰⁹. Según el historiador Salvador Pérez González, en octubre de 1757 Buenaventura de Torres fue trasladado al islote

²⁰⁷ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 173.

²⁰⁸ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 173.

²⁰⁹ Pérez González, Salvador David, *El Ilustre canónigo Cristóbal Buenaventura de Torres, mayordomo de fábricas de San Sebastián*, Pregón 2012, 23.

presidio de Alhucemas, donde se tienen nuevas referencias de él como vicario en el año 1759, cuando intervino en la creación de la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores²¹⁰.

Llegados a este punto, ¿es posible determinar cuándo comenzaron a circular estas teorías por los canales de comunicación oficial existentes entre la Corona y las jerarquías eclesiásticas sometidas a su Real Patronato?

Si damos crédito al documento que venimos trabajando, se sabe que tras un largo proceso de revisión de méritos y 'pureza de sangre', don Christóbal Buenaventura de Torres fue nombrado oficialmente canónigo colegial en Antequera el 7 de septiembre de 1771 (donde lo ubica Ramón Cabrera en 1784), ciudad en la que se radicó hasta su muerte el 9 de mayo de 1799²¹¹. Todas estas pistas se reúnen, al no conocerse la fecha exacta de su supuesta consulta en torno a los peligros de las sepulturas intramuros en Melilla, pero todo parecería indicar que esta tuvo lugar entre los años 1753 y 1757, durante el reinado de Fernando VI (1746-1759), lo que transformaría este proceso en el más antiguo del que se tengan pistas en medio de esta investigación.

Según Cabrera, el Monarca (a quien no identifica con precisión) intervino avalando la iniciativa del sacerdote.

En vista de lo qual dio cuenta de todo al Rey don Christóbal [Buenaventura] de Torres, y S.M. mandó que se tomasen quantas providencias cupiesen para atajar aquella especie de epidemia. Para poner en execución la orden del Rey se quitó toda la tierra de la Iglesia, se echó otra nueva, se picaron las paredes del templo renovándole todo, se hizo fuera un cementerio donde se entierran desde entonces los muertos, y cesó la mortandad²¹².

Pese a lo interesante que resulta este relato, el no poder ubicar aún documentos que ratifiquen y daten con certeza el proceso, nos impiden ofrecerlo como un antecedente directo en la construcción de cementerios extramuros, no dejando de ser extraño que Cabrera no mencione fechas específicas ni el nombre del Monarca, así como que la Real Academia de la Historia pase de largo frente a esta alusión. Es probable que, de ser un hecho real y acaecido en época tan temprana, no haya sido un caso muy comentado hasta la mención de este por parte de Cabrera en su manuscrito y la impresión del mismo por parte de Benito Bails en 1785.

²¹⁰ Carmona Portillo, Antonio, *Presidarios en África, algunas consideraciones sobre los condenados al presidio de Alhucemas (1700-1870)*, Isla de Arriarán, XVIII, 146.

²¹¹ Pérez González, *El Ilustre canónigo Cristóbal Buenaventura de Torres*, 29.

²¹² Cabrera, Ramón, "Disertación histórica", en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 173-174.

Un proyecto que dejó más vestigios documentales, pero que no por eso parece haber visto la luz durante el reinado de Fernando VI, fue el recogido por Carlos Saguar Quer en su trabajo sobre el Cementerio General del Norte en Madrid. Al respecto, Ciro Caraballo afirma lo siguiente:

En el año 1751, aun antes de la llegada de Carlos III, el Ayuntamiento de Madrid, con el aval de la Iglesia, propuso construir un cementerio para sepultar los restos que se extrajeran de las parroquias. Si bien no se propone aun la prohibición de enterramientos en la ciudad, sería el primer intento de contar con un campo de enterramiento fuera de los límites urbanos. El proyecto fue presentado por Manuel Molina en 1752 y muestra un sencillo patio rectangular con campos de enterramientos y capilla central²¹³.

El profesor Rodríguez Barberán también cita a Saguar Quer²¹⁴ para hacer alusión al mismo proyecto, agregando que sobre obras como la de Molina se ha trabajado muy poco, desconociéndose los pormenores del proceso y las razones que llevaron a que no pasara de su fase de diseño... un ejemplo temprano de lo que Rodríguez Barberán define como ‘Arquitecturas de papel’²¹⁵.

Regresando al hilo conductor que nos aportan los procesos rastreados, si bien no es posible establecer un vínculo directo entre la epidemia en el actual País Vasco con el proceso iniciado en 1776 por el Corregidor Ilustrado del Regimiento de Valencia, don Antonio Pascual y García de Almunia, el cual ya tuvimos la oportunidad de mencionar; sí sabemos que a pesar de la lentitud en los trámites, el 13 de julio de 1782 (siete años después de presentar su consulta) el Claustro de Catedráticos de Medicina de la Universidad Literaria de Valencia se pronunció a favor de la construcción de cementerios extramuros, utilizando argumentos bastante didácticos, entre los que destacamos:

Desea V.S.M.I. saber, si los vapores, que se exhalan de las Sepulturas y los Cementerios, son dañosos a la salud, y si será conveniente su traslación extramuros de la Ciudad; y pide con justa razón explique su parecer este Claustro de Catedráticos de Medicina, que debe saber lo que en

²¹³ Saguar Quer, Carlos, “La última obra de Juan de Villanueva. El Cementerio General del Norte de Madrid”, *Goya N° 196* Fundación Lázaro Galdiano, Madrid, 1987, 213. Citado por: Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 148.

²¹⁴ Saguar Quer, Carlos, “Carlos III y el restablecimiento de cementerios fuera de poblado”, *Fragmentos N° 12-13-14*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas – CSIC, Madrid, 1988, 242. Citado por: Rodríguez Barberán, Francisco Javier, *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea*, 35.

²¹⁵ “La historia de los cementerios en estos primeros años tiene, así pues, mucho de ‘Arquitecturas en papel’. La mayoría de los trabajos no llegaron a superar su condición de proyectos, y las edificaciones finalmente ejecutadas apenas si se diferenciarán de los enterramientos parroquiales, a no ser por su ubicación o por su condición de obra exenta”. Rodríguez Barberán, Francisco Javier, *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea*, 20.

esta parte es útil o dañoso a la pública salud. **La luz de la razón natural descubre la precisa respuesta; porque es evidente, que cuanto más lejos nos hallamos del fuego, tanto menos riesgo hay de quemarse.** Los cuerpos humanos corrompidos, en todos tiempos, y edades han sido sus vapores, y exhalaciones contagiosas, como de cualesquiera otros animales, ocasionando enfermedades de maligna naturaleza, y hasta la peste misma. Son innumerables los ejemplares que podían señalarse: Se tiene como cierto, que mucha parte de las enfermedades, que padece esta ciudad, contribuye la poderosa putrefacción de los cadáveres enterrados dentro de los templos, porque en el Verano, y Estío, a veces no se puede sufrir, ni tolerar la fetidez, que arrojan algunas Sepulturas, y Cementerios, cuya pestilente semilla, sin sentir, ni menos percibirse, se comunica a las gentes, y produce muchas de las enfermedades, que padecen nuestros vecinos²¹⁶.

Comparaban pues los médicos a los cadáveres con un fuego peligroso que quemaba a quien se acercaba demasiado a él. Un dictamen que no por su contundencia, fue de fácil asimilación por parte de las personas a las que se pretendió ‘salvar’ a partir de ese momento de un mal que, como afirmaban los galenos, “...*sin sentir, ni menos percibirse, se comunica a las gentes, y produce muchas de las enfermedades, que padecen nuestros vecinos*”²¹⁷.

Pese al interés temprano manifestado por este funcionario ilustrado y la respuesta, tardía pero contundente, del Claustro de Catedráticos de Medicina, la Carta Pastoral escrita en 1806 (30 años después de la solicitud de Antonio Pascual) por Fray Joaquín Company, Arzobispo de Valencia; es una muestra de la gran distancia que separó la teoría ilustrada de la puesta en práctica de las medidas ordenadas.

Afirmaba el Arzobispo en su misiva: “*A todos nuestros Curas Párrocos y demás Diocesanos: (...) Es indubitable que en muchas de las Iglesias de nuestra Diócesis se hace insufrible el mal olor que despiden los cadáveres, lo que retrae a muchas gentes de la concurrencia a sus Parroquias, y les precisa irse a otros templos, en los que no son tan frecuentes los entierros*”²¹⁸.

¡El fuego seguía quemando las manos de aquellos parroquianos que no se habían decidido a separarse de él!

²¹⁶ Dictamen del claustro de Medicina a la solicitud de don Antonio Pascual, en: Viñes, José Javier, *La Sanidad española en el siglo XIX*, Anexo 16, 690–691 (Negrilla agregada por el autor).

²¹⁷ Dictamen del claustro de Medicina, en: Viñes, José Javier, *La Sanidad española en el siglo XIX*, Anexo 16, 691.

²¹⁸ Santonja Cardona, José Luis, “La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el antiguo régimen”, *Revista de Historia Moderna* N° 17 (1998-99), Universidad de Alicante, Alicante, 1999, 33.

1.3 Carlos III y los antecedentes de la regulación de las sepulturas

Como ya hemos mencionado, es al Rey Carlos III (Monarca entre 1759 y 1788), con el respaldo de algunos de sus ministros y asesores, a quien le correspondió iniciar oficialmente el proceso de transformación de las normativas funerarias en España. Propósito que fue refrendado con la expedición de la Real Cédula de 3 de abril de 1787, que es reconocida en conceso como la primera que se emitió con este fin en el marco de las Reformas Borbónicas.

Sin embargo, no se trató de un simple acto legislativo en el que el Monarca a través de sus asesores, o por sí mismo, decidió, redactó y ordenó que se efectuaran cambios drásticos en un tema tan sensible en la época, como era el de la inhumación de los cadáveres en los templos y conventos. La Real Cédula surgió tras un amplio proceso de consultas e ‘investigaciones’, a través de las cuales se pudo contar con los suficientes ‘argumentos ilustrados’ para soportar una medida que visiblemente era impopular y que tocaba fibras sensibles en medio del estrecho vínculo existente entre la Iglesia Católica y la Monarquía.

1.3.1 La Real Orden de 24 de marzo de 1781 y el inicio del proceso Carolino

El inicio oficial del proceso se dio el 24 de marzo de 1781, cuando en medio de la epidemia en Guipúzcoa, el Monarca emitió una Real Orden a su Consejo acerca de las consecuencias de las inhumaciones intramuros en la que, de acuerdo con su posterior mención en la Real Cédula de 1787, solicitó:

Que con ocasión de la epidemia experimentada en la Villa de Pasage, Provincia de Guipúzcoa, el año de mil setecientos ochenta y uno, (...) se enterneció mi corazón a vista de aquel desgraciado suceso (...). Movido del paternal amor que tengo a mis vasallos, encargué de mi Consejo en Real Orden de veinticuatro de marzo del mismo año, que meditase el modo más propio y eficaz de precaver en adelante las tristes resultas de esta naturaleza que solían experimentarse, oyendo sobre ellos a los MM. RR. Arzobispos y RR. Obispos de estos mis reinos, y a otra cualesquiera persona que juzgase conveniente; y que en vista de todo me consultase cuanto le dictase su celo, de forma que se pudiese tomar una Providencia general que asegurase la salud pública²¹⁹.

La preocupación del Monarca por esta epidemia en particular, tiene dos elementos que deben ser resaltados. En primer lugar, la provincia de Guipúzcoa era, después de la de Pontevedra (Galicia), la segunda más densamente poblada para la época, como lo demuestra

²¹⁹ Real Cédula de Carlos III del 3 de abril de 1787, en Viñes, José Javier, La Sanidad española en el siglo XIX, Anexo 16, 690-691.

el análisis de los datos de población de España según el censo ordenado por Floridablanca en 1787 (ver imagen 12). Situación que conllevó a que la epidemia de Pasage (uno de los principales puertos de España sobre el mar Cantábrico para el siglo XVIII), fuese particularmente nefasta, así como notoria la acumulación de cadáveres.

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN EN ESPAÑA (1787)

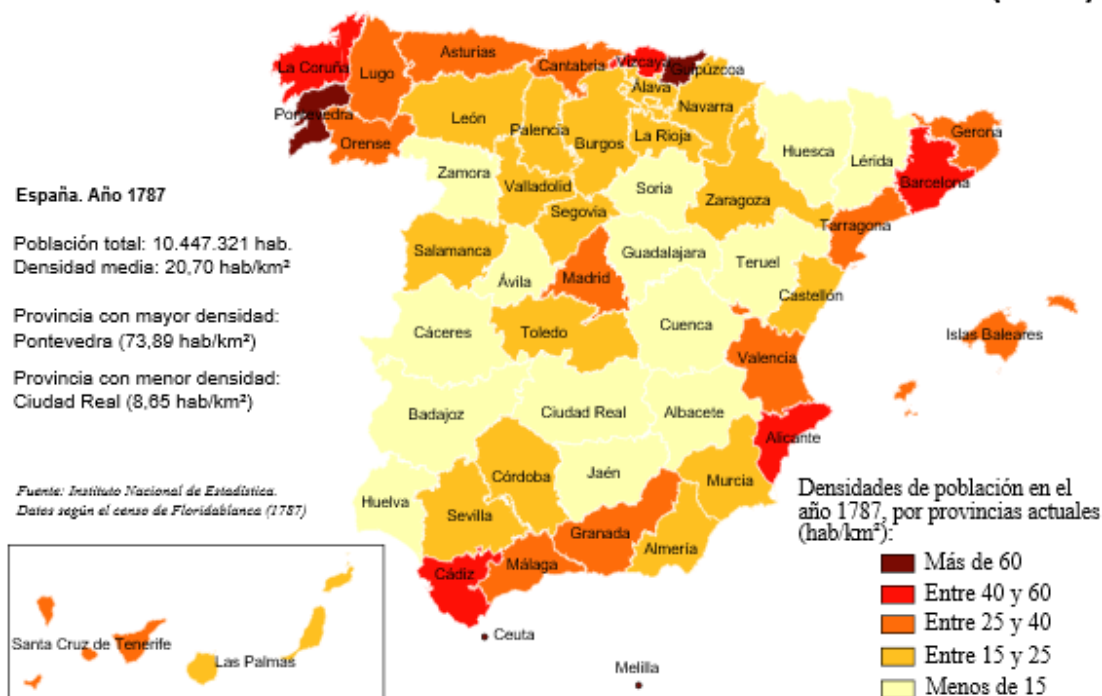


Imagen 12: Mapa de España con las densidades de población por provincias actuales, según el censo de Floridablanca, realizado en 1787²²⁰.

En segunda instancia, es muy importante tener en cuenta que durante el reinado de Carlos III fue una preocupación constante la necesidad de incrementar la población, objetivo que además de fines morales (la salud y felicidad pública), encerraba intereses económicos sustentados en las tesis del mercantilismo. Es así como a la luz de los postulados de esta teoría económica, el aumento de población (Poblacionismo) era considerado factor fundamental para el crecimiento económico de un territorio.

A partir de la Real Orden de marzo de 1781 surgió una serie de textos e informes que sirvieron de marco conceptual a la futura Real Cédula. El más importante de estos es el

²²⁰ Rodriguillo, "Mapa de España con las densidades de población por provincias actuales, según el censo de Floridablanca, realizado en 1787" en *Evolución de la población de España por provincias en los censos de 1787, 1857, 1877 y 1887*, Wikipedia (Imagen de uso libre), Alicante, 2007.

*Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas*²²¹, el cual estaba compuesto a su vez por varios apartes.

Este informe tuvo dos versiones. Una presentada al Monarca y a su Consejo el 10 de junio de 1783, y una segunda que fue publicada, previo visto bueno del Rey, en 1786. Esta última versión es la que ha llegado a nuestros días, teniendo el especial mérito de no sólo hacer pública la información entregada inicialmente, sino que en ella fueron tenidos en cuenta y agregados al análisis los documentos que, en el lapso comprendido entre el informe inicial y la aparición de la edición impresa, circularon por España y otros territorios vecinos, en medio de una época particularmente agitada en cuanto al debate por las inhumaciones intramuros.

Aunque el informe presenta una redacción lineal, se sabe que el análisis se dividió de la siguiente manera entre los miembros de la Real Academia²²²:

Temática	Encargado/s	Cargo
Dictamen analítico	Joseph Guevara de Vasconcelos	Anticuuario de la Academia
	Casimiro Gómez Ortega	Químico y exdirector del Real Jardín Botánico de Madrid
Catálogo de los principales escritores que habían tratado ritos funerarios, cementerios y sepulturas	Joseph Miguel de Flores	Secretario de la Real Academia de Historia
Colección de cédulas litológicas y diplomáticas, y noticias sacadas de monumentos y varios autores sobre los entierros	Antonio Mateos Murillo	Censor de la Real Academia de Historia
Lectura y análisis de dos estudios sobre los sitios destinados a las sepulturas de los católicos y sobre la	Francisco Cerdá y Rico	Miembro Real Academia de la Historia
	Domingo Fernández de Campomanes*	Miembro Real Academia de la Historia

²²¹ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, 103 p.

²²² Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 261-262.

* No se debe confundir con su tío, Pedro Fernández de Campomanes (I Conde de Campomanes), quien es el que ha sido mencionado varias veces en este trabajo, en su rol de Fiscal del Consejo de Castilla y director de la Real Academia de la Historia. Se puede consultar al respecto: Vallejo García-Hebia, José María, *Los*

Temática	Encargado/s	Cargo
disciplina de la iglesia acerca de los entierros fuera y dentro de las iglesias.		
Revisión de las disposiciones de los antiguos códigos y leyes del Reino	Gaspar Melchor de Jovellanos	Miembro Real Academia de la Historia
Noticia sobre los lugares donde era costumbre enterrar a las personas en la Corona de Aragón desde los primeros siglos de la restauración de la monarquía	Manuel de Abad y Lasierra	Prior de Vilanova de Meyá (Provincia de Lérida) y Miembro Real Academia de la Historia

Tabla #2: División por temas y encargados del Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas.

Esta división de funciones les permitió a los académicos hacer una investigación amplia y multidisciplinar, la cual debió enriquecer las sesiones plenarias de este equipo de ilustrados, quienes aportaron al proceso un documento fundamental en el que profundizaremos a partir de sus afirmaciones y omisiones.

1.3.2 Voces a favor... ¿y voces en contra?: curiosidades del Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia

Acercándonos a los dos informes que tuvieron que revisar Domingo Fernández de Campomanes y Francisco Cerdá y Rico, se conoce que uno de ellos fue el firmado en 1777 por el médico de la corte Francisco Bruno Fernández, bajo el título: *Disertación físico legal sobre los sitios y parajes que se deben destinar para sepulturas*, y el otro es el *Discurso físico en defensa de la costumbre de enterrar los cuerpos dentro de los pueblos*, escrito por un ‘médico anónimo’²²³.

No deja de llamar la atención que en medio de este proceso ‘ilustrado’ de recopilación de datos y opiniones, el único informe que contradecía el ‘común acuerdo’ acerca de lo inapropiado de las inhumaciones intramuros, carecía de un responsable que pudiera

Campomanes, una familia de Hidalgos Asturianos al servicio de la Monarquía (Siglos XVIII-XIX), Fundación Cultural de la Nobleza Española, Madrid, 2007.

²²³ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XII – XIII (prólogo).

defenderlo más allá de lo escrito en el papel (sin que se conozca aún el original) y comentado por los representantes de la Real Academia.

Lo más atractivo de esta situación, fue descubrir la identidad de este misterioso galeno gracias al trabajo de Mercedes Granjel y Antonio Carrera Pachón, titulado *Extremadura y el debate sobre la creación de cementerios: un problema de salud pública en la Ilustración*²²⁴. Se trata nada más y nada menos que del médico examinador en el Real Tribunal del Protomedicato, don Antonio Pérez de Escobar, quien el 19 mayo de 1776 solicitó se le concediera licencia para imprimir “*el discurso que ha compuesto en defensa de la costumbre de enterrar los cadáveres en poblado*”²²⁵.

En su texto, las autoras presentan como estos dos médicos (Bruno Fernández y Pérez de Escobar), se enfrentaron de manera pública a mediados de la década de 1770 en el seno del Protomedicato, al defender los escritos que cada uno había presentado al Consejo de Castilla frente al tema de la conveniencia o inconveniencia de mantener la costumbre de las inhumaciones al interior de las ciudades.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la postura que en mayo de 1776 Pérez de Escobar defendía con ahínco, era compatible con las tesis formuladas en su texto: *Avisos médicos, populares, y domésticos: historia de todos los contagios, preservación y medios de limpiar las casas, ropas y muebles sospechosos*²²⁶, publicado por él ese mismo año. Así las cosas, el debate entre estos dos galenos se centró en las formas de prevenir los contagios de acuerdo con las reglas físicas que reconocía cada uno de ellos, agregándole factores piadosos y el miedo a los ‘extranjerismos’ que Pérez de Escobar vislumbraba ocultos tras las propuestas más radicales tendientes a la prohibición taxativa de las inhumaciones intramuros²²⁷.

²²⁴ Granjel, Mercedes y Carrera Pachón, Antonio, “Extremadura y el debate sobre la creación de cementerios: un problema de salud pública en la Ilustración”, *Norba. Revista de Historia Vol. 17*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2004, 69-91.

²²⁵ Granjel, Mercedes y Carrera Pachón, Antonio, “Extremadura y el debate sobre la creación de cementerios”, 79-80.

²²⁶ Pérez de Escobar, Antonio, *Avisos médicos, populares, y domésticos: historia de todos los contagios, preservación y medios de limpiar las casas, ropas y muebles sospechosos. Obra útil, y necesaria a los médicos, cirujanos, y ayuntamientos de los pueblos por el Dr. D. Antonio Pérez de Escobar*, Imprenta de D. Joaquín Ibarra, Madrid, 1776, 287 p.

²²⁷ Granjel, Mercedes y Carrera Pachón, Antonio, “Extremadura y el debate sobre la creación de cementerios”, 80.

Estos temores también quedaron reflejados en el trabajo de Encarnación Santamaría Lozano y María Luz Dabrio, titulado: *La Policía Sanitaria Mortuoria y su proceso de secularización en la Sevilla de la Ilustración (1750-1800)*²²⁸, en el que dan cuenta de las discusiones que desde 1772 se sostenían en torno a este asunto al interior de la Regia Sociedad de Medicina de Sevilla; las mismas que saltaron con el tiempo a la Academia de Buenas Letras de esta misma ciudad.

Queda claro que el debate médico-científico ya estaba más que encendido desde antes del brote epidémico de Guipúzcoa, pero es evidente que una vez lanzada la consulta directa por parte del Monarca frente a la hipótesis del vínculo entre la acumulación de los cadáveres en dicho puerto y la expansión del contagio, la comunidad médica abandonó los reparos y se rindió a las evidencias del desastre demográfico acontecido.

Fue así como el 2 de julio de 1781 la Real Academia Médica de Madrid presentó su informe en torno a la inconveniencia de los enterramientos intramuros, en el cual manifestaba que “*las sepulturas dentro de las poblaciones son perjudiciales a la salud pública, y que conviene ella el restablecer el uso antiguo de los cementerios, que es lo acordado en la Junta que se celebró el 28 de junio*”²²⁹. Texto en el que Granjel y Carrera sugieren la intervención directa, en su elaboración, del propio sacerdote y médico Francisco Bruno Fernández, ganador del debate.

Sin embargo, y volviendo al detalle de la omisión del nombre del prestigioso médico, don Antonio Pérez de Escobar, del informe de la Real Academia de la Historia; su derrota lejos estuvo de frenar su ascendente carrera, pues en 1787 alcanzó el grado de médico personal y exclusivo del infante don Fernando, hijo varón sobreviviente del futuro Carlos IV, quien ya había tenido que soportar la muerte prematura de cinco de sus hijos (cuatro de ellos varones, lo que centraba la atención en el pequeño que contaba con cerca de tres años)*.

²²⁸ Santamaría Lozano, Encarnación y Dabrio, María Luz, “La Policía Sanitaria Mortuoria y su proceso de secularización en la Sevilla de la Ilustración (1750-1800)”, *Medicina & historia. Revista de estudios históricos de las ciencias médicas* N° 50, Centro de Documentación de Historia de la Medicina de J. Uriach & Cía., Barcelona, 1993, 1-16.

²²⁹ Informe de la Real Academia Médica de Madrid, AHN (España), Consejos, Leg. 1.032, 1-1. Citado por: Granjel, Mercedes y Carrera Pachón, Antonio, “Extremadura y el debate sobre la creación de cementerios”, 80.

* El Infante Fernando, quien fue atendido por Pérez de Escobar hasta su muerte en 1790, sobrevivió el trágico sino que atormentaba a la futura pareja real, alcanzando la edad adulta y pasando a la Historia como Fernando VII.

Título y posición que distan mucho del pretendido desconocimiento del galeno y de la polémica obra que este publicara en el ‘ya distante’ año de 1776.

Así las cosas (y sin poder afirmarlo), estas circunstancias probablemente tuvieron mucho que ver en la vaga referencia que del texto y su ‘anónimo’ autor hacen tanto Domingo Fernández de Campomanes y Francisco Cerdá y Rico, como los demás miembros de la Real Academia de la Historia en su informe; al menos en la versión que circuló impresa en 1786.

Otro de los documentos constitutivos de este trabajo que reviste particular interés es el entregado por Gaspar Melchor de Jovellanos en 1781 a la Real Academia, el cual llegó a nuestros días bajo el título: *Reflexiones sobre la legislación de España en cuanto al uso de sepulturas*, gracias a la publicación de las obras inéditas del ilustrado español en el año 1858²³⁰. Texto a través del cual Jovellanos buscó demostrar jurídicamente que ‘en todo tiempo’ los hombres procuraron “*desviar de los pueblos y lugares habitados los cadáveres, y cuidaron de darles sepulturas*”²³¹.

Se trata de un documento en el que Jovellanos brindó 29 argumentos jurídicos a través de los cuales expuso por qué se contradecía la Ley al continuar con esta práctica, la misma que estaba prescrita desde los más antiguos códigos de las monarquías peninsulares. Conclusión a la que llegó de manera paralela don Félix del Castillo en el mismo año, lo cual dejó en claro a través de su texto titulado: *Discurso físico histórico legal sobre el abuso piadoso de enterrar los cuerpos muertos en las iglesias*²³².

Sin embargo, las coincidencias con el trabajo de Jovellanos no salvaron al texto de del Castillo de los mordaces comentarios de los relatores del prólogo del Informe de la Real Academia de la Historia, quienes consignaron al respecto:

Hay también un papel manuscrito intitulado *Discurso físico histórico legal sobre el abuso piadoso de enterrar los cuerpos muertos en las iglesias por don Félix del Castillo, Presbítero, Catedrático de Retórica, y Rector de la Real Casa de enseñanza pública de Málaga, profesor de física, y Socio honorario de la Academia de Buenas Letras de Sevilla*. Lo compuso a fin de agosto de [17]81; y como nada añade especial a lo dicho en las obras príncipes de su clase, solo apuntaremos que sigue, según indica su título, la opinión de los mejores médicos y facultativos de Europa en la materia²³³.

²³⁰ Jovellanos, Gaspar Melchor de, “Reflexiones sobre la legislación de España”, 477-480.

²³¹ Alcaraz Hernández, Sonia, “Planteamientos y acciones en materia de higiene pública”, 62.

²³² Castillo, Félix del, *Discurso físico histórico*.

²³³ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo, XXXVI – XXXVII* (prólogo). (Las cursivas están presentes en el original).

Menos fría fue la valoración que del mismo texto realizó el profesor de cirugía médica, don Joaquín de Villalba y Guitarte, en su libro *Epidemiología española, ó, Historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801*²³⁴. Villalba unía los aportes de del Castillo con los del médico Mauricio Echandi, quien en 1780 apoyó la construcción de un cementerio para la guarnición de Algeciras, encargada de sostener y apoyar las acciones del ejército sitiador en el asedio de Gibraltar.

Según él “*los dos físicos Echandi y Castillo preveían las funestas consecuencias dimanadas del abuso de las sepulturas*”²³⁵. Afirmación que complementaba con sus apreciaciones, uniendo el concepto de éstos y haciéndolo coincidir con el del equipo de trabajo de la Real Academia de la Historia. Obviamente para Villalba, quien escribió su manuscrito entre 1801 y 1803*, fue mucho más fácil enlazar los puntos más destacados de un proceso ya maduro, acerca del cual académicos como Jovellanos se pronunciaron prácticamente ‘en caliente’ 20 años antes que él.

1.3.3 Benito Bails y su compilación: método matemático al servicio de los espíritus ilustrados

Este cúmulo de informes fue complementado en 1785 con la publicación del libro de Benito Bails*: *Pruebas de ser contrario a la práctica de todas las naciones y a la disciplina eclesiástica, y perjudicial a la salud de los vivos, enterrar los difuntos en las iglesias y poblados*²³⁶, texto en el que, como hemos explicado, el matemático compiló entre otros, el trascendental trabajo del presbítero y licenciado en Sagrados Cánones Ramón Cabrera titulado *Disertación histórica en la cual se expone según la serie de los tiempos la varia disciplina que ha observado la Iglesia en España sobre el lugar de las sepulturas desde los*

²³⁴ Villalba y Guitarte, Joaquín de, *Epidemiología española*.

²³⁵ Villalba y Guitarte, Joaquín de, *Epidemiología española*, 145-146.

* Quizás esta distancia temporal y/o el peso que tuvo la publicación del informe de la Real Academia de la Historia en su momento, hayan sido la causa de que Villalba multiplicara también la versión del supuesto anonimato del médico que se pronunció en contra de los enterramientos extramuros, don Antonio Pérez de Escobar, quien había muerto más de una década antes, en 1790.

* Primer director de Matemáticas de la Real Academia de San Fernando, Académico de las Reales Academias Española y de la Historia, y de la Ciencias y Artes de Barcelona.

²³⁶ Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 263 p.

*tiempos primitivos hasta nuestros días*²³⁷. Si bien ambos textos nos han servido de base ya para varias de las temáticas tratadas hasta este punto, es importante volver a mencionarlas en el contexto de su publicación, el cual se dio en fechas en las que el proceso de reflexión en torno a los cementerios ya estaba avanzado.

A través de su compilación de textos, Bails pretendió demostrar la ausencia de justificaciones de tipo teológico frente a los enterramientos en las iglesias y monasterios, por lo que hizo hincapié en las críticas que, en el caso de Cabrera y en su calidad de sacerdote, se lanzaron en su momento a la proliferación de capillas funerarias²³⁸; así como en el apoyo que algunos jerarcas de la iglesia Católica brindaban a medidas tendientes a la construcción de cementerios extramuros, para lo que hacía eco de las Cartas Pastorales emitidas por los obispos de Toulouse (1775)²³⁹ y Turín (1777)²⁴⁰.

De esto dejó constancia Bails en el prólogo de su compilación, cuando apuntó:

Poco antes de que se publicara mi Obra [su tratado de arquitectura civil] dio el Gobierno algunas providencias para atajar el daño y escándalo que de esta práctica se sigue [la de enterrar muertos en las iglesias]. Y pareciéndome muy necesario imponer silencio con la evidencia a la malignidad, prevenir con la razón a los incautos, e ilustrar con la doctrina a las personas que ninguna obligación tienen de saber estas materias, determiné dar a luz separadamente las noticias conducentes para conseguir fines de tanta importancia²⁴¹.

Acerca del texto de Ramón Cabrera, la Real Academia de la Historia anotó en su prólogo que se trataba de “*un tratado juicioso, erudito y elegante*”²⁴², el cual afirmaban conocer, dejando en el aire la posibilidad de que Cabrera hubiese leído también los borradores del informe elaborado por ellos. Estas aclaraciones cobran sentido ante el hecho de que salió a la luz primero la obra del licenciado y presbítero Cabrera (incluida en la compilación de Bails), que el trabajo de la Real Academia.

Para despejar cualquier duda mordaz que se pudiera plantear al respecto, los relatores del Informe de la Academia anotaron en el prólogo:

²³⁷ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 71-180.

²³⁸ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 243.

²³⁹ Lomenie, Étienne, “Carta Pastoral”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 181 – 209.

²⁴⁰ Lucerna-Rorengo de Rorá, Francisco, “Carta Pastoral Arzobispo de Turín sobre las sepulturas”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 210-263.

²⁴¹ Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, Prólogo I.

²⁴² Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXX (prólogo).

No tenemos dificultad en citar con elogio, ni la hubo tampoco en que los Académicos nombrados para editores del Informe, y los formantes de este prólogo (leído y aprobado también con solo algunas leves mutaciones en plena Academia) don Ramón de Guevara Vasconcelos y don Felipe Rivero, disfrutasen a veces en alguna nota tal cual cita o especie inédita de la obra del Licenciado Cabrera; como él mismo pudo hacerlo con el *Informe de la Academia*, si llegó manuscrito a sus manos; lo cual no sería extraño ni difícil; habiéndose pasado al Consejo desde 10 de junio de [17]83 y empezado a formarse en mayo de [17]81, quedando aquel año concluidos sus principales materiales.

Pero en honor de la verdad es justo confesar que el *informe de la Academia* y la *Disertación del Licenciado Cabrera* son obras totalmente diversas; aunque forzosamente coinciden en muchos hechos, doctrinas y citas, como es natural y aun preciso que suceda, debiendo recurrir los autores de las dos a las fuentes originales sobre un propio asunto. Mas la substancia del contexto y la coordinación de las dos piezas las constituyen esencialmente distintas; y hacen que ilustrando y completando la materia, merezcan ser leídas ambas; pues dejan poco o nada que desear en ella, por lo tocante a todo lo impreso, y aun a mucho de lo principal manuscrito²⁴³.

Para nosotros es imposible asegurar si Cabrera leyó o no el informe de la Real Academia, pues el presbítero nunca lo citó directamente en su obra o aclaró algo al respecto, más allá de mencionar la publicación ‘un año antes’* de una “Disertación”²⁴⁴ relacionada con los ejemplos nefastos que existían acerca del problema de la acumulación de cadáveres y sus consecuencias. Comentario que puede ser una alusión a la *Disertación físico legal sobre los sitios y parajes que se deben destinar para sepulturas*, texto que, como se expuso ya, fue analizado al interior del Informe por los académicos Domingo Fernández de Campomanes y Francisco Cerdá y Rico²⁴⁵.

En su texto Cabrera se muestra muy crítico frente a la postura de un “*sinnúmero de fieles*” (en especial las élites) que se oponían al traslado de las sepulturas pues “*viven persuadidos a que esto ha de ser por precisión en los Templos Santos, no en el campo, que a su modo de pensar antes debería destinarse para sepultura de las bestias, que para Cementerio de Cristianos*”²⁴⁶. Negativa que para el clérigo buscaba disfrazar deseos de renombre y figuración, con supuestos argumentos históricos y religiosos:

²⁴³ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXXI - XXXII (prólogo). Las cursivas provienen del original.

* Aunque la compilación de Benito Bails se publicó en 1785, Cabrera nunca mencionó al matemático en su texto, por lo que es previsible que el presbítero haya publicado su manuscrito de manera restringida entre 1783 y 1784, tomando relevancia a partir de 1785, cuando circuló en la versión impresa por Bails.

²⁴⁴ “¡Cuántos y qué funestos [ejemplos] se podrían citar aquí si no hubiera habido un poco de curiosidad en recogerlos! Algunos apunta el autor de una disertación sobre este mismo asunto, que el año pasado se publicó en esta Corte”. Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 74.

²⁴⁵ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XII – XIII (prólogo).

²⁴⁶ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 74.

Cuando se objeta a las gentes arriba mencionadas que en la mayor parte de las Provincias Católicas se ha resuelto después de un maduro examen construir cementerios comunes fuera de los pueblos, no encuentran reparo en responder que éstas son unas novedades introducidas por unas personas empeñadas en trastornarlo todo y en desterrar de las Repúblicas, con el pretexto de perniciosos, los usos más antiguos y piadosos; y al argumento que se toma de lo que se practica fuera de España, contestan diciendo que en los reinos extranjeros no está la Religión tan atendida como en la Península²⁴⁷.

Es por esto que, en palabras del arquitecto Juan Antonio Calatrava, “*Cabrera se propone, por el contrario ‘...manifestar que lo que se reputa como una costumbre inveterada y religiosa, es un detestable abuso’*”²⁴⁸.

Al ser su promesa la de elaborar una ‘*Disertación Histórica*’, Cabrera dividió la primera parte de su texto en cuatro periodos cronológicos en la península Ibérica: el de la dominación de los romanos gentiles, el de los romanos católicos, la época de los godos arrianos y “*el cuarto (...) de los príncipes siguientes hasta nuestros días*”²⁴⁹.

Se trata de un texto ordenado y bien documentado, el cual, como advirtieron los académicos en su prólogo; tiene muchas coincidencias con el Informe de la Real Academia de la Historia, sin que se evidencien plagios o contradicciones, más allá de la obvia diferencia de estilos y el apego estricto al contexto geográfico hispano que tiene Cabrera en materia de leyes, usando únicamente casos extranjeros como ejemplos, cuando estos le permitían poner en evidencia el peligro que albergaba la descomposición de cadáveres al interior de recintos cerrados. La Real Academia sí incorpora en sus argumentaciones legislación foránea, sugiriendo su adaptación al contexto hispano.

Libre de las obligaciones que alegaron tener los miembros del equipo de trabajo de la Real Academia de la Historia de ceñirse solo a lo encomendado por el Consejo, Ramón Cabrera escribió una segunda parte en la que hizo las veces de protomédico, explicando en sus términos el proceso de descomposición de los cadáveres y los riesgos que implicaba el entrar en contacto directo con sus exhalaciones. Sección que no fue comentada por los prologuistas de la Academia, pero de la que es interesante extraer la serie de consejos y medidas a tener en cuenta, según Cabrera, al verse alguien (forzosa o accidentalmente) expuesto a los hálitos provenientes de la descomposición de un cadáver:

²⁴⁷ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 74-75.

²⁴⁸ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 75. Citado por: Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 359.

²⁴⁹ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 76.

Siempre que se hubiere de entrar en una sepultura u otro lugar infeccionado, se le echará desde luego, para empezar a desinfeccionarla, agua fría, la cual será mucho más eficaz para el intento mezclándola con vinagre; y para acabarle de purificar, luego que mediante dicha preparación, pudieran las personas acercarse al tal paraje, se echarán sobre ascuas [brazas] de lumbre partes iguales de polvos de salitre y azufre.

Pero cuando por no haber tomado estas precauciones, el vapor mefítico acomete a alguna persona, se queda en el instante como muerta, y se muere indefectiblemente como no se le socorra²⁵⁰.

Y es que, aunque parezca extraño y extremo lo expresado por el clérigo, abundan los ejemplos que en medio de este debate se podían citar de personas que al estar presentes o intervenir en los procesos de exhumación que tenían lugar en las iglesias (bien fuese en sus criptas o abriendo las losas del suelo), se veían afectados por las exhalaciones que de ellas salían. Uno de los más particulares, proviene de las noticias que el escritor y dramaturgo Jerónimo de Barrionuevo, en 1654 envió desde Madrid al Deán de Zaragoza:

El domingo por la tarde sucedió en Nuestra Señora de Loreto una cosa rara. Abrieron una bóveda para enterrar un niño. Asomóse el sepulturero a la boca para entrar y se quedó medio muerto. Llegó un doctor, haciendo de piernas, y a dos pasos que dio perdió el juicio; y acudiendo otra vez el sepulturero a sacarle, murieron los dos, sin que nadie osase a llegar más. Metieron un hacha de cuatro pabilos encendida, siendo lo mismo que meterla en agua. Hanla cerrado a cal y canto. Dícese que el aire estaba tan craso que les tapó la respiración; y porque no saliese alguna corrupción, la han tapado²⁵¹.

Frente a este terrible escenario, Cabrera profundizaba en sus consejos para atender a los afectados:

El primer cuidado en este lance debe dirigirse a resguardar al paciente de todo calor excesivo, que sin remedio alguno le acabaría de matar. Se le pondrá, pues, desde luego al aire, quitándole toda la porquería que se le hubiese pegado, después se le echará diferentes veces agua muy fría, y si fuere de nieve será mejor, principalmente a la cara y al pecho, por ser estas las partes donde hace mayor impresión. Los admirables efectos de este auxilio se han manifestado en casos de sofocación mefítica que duró muchas horas, por lo que no hay que desconfiar aunque no se saque de las primeras pruebas beneficio muy notable²⁵².

²⁵⁰ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 178.

²⁵¹ Barrionuevo, Jerónimo de, *Avisos de Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658). Precede una noticia de la vida y escritos del autor por A. Paz y Meliá*, M. Tello, Madrid, 1892, vol. I, 89-90, en Jori, Gerard, “La ciudad como objeto de intervención médica. El desarrollo de la medicina urbana en España durante el siglo XVIII”, *Scripta Nova Vol. XVII, nº 431*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2013, pie de página 21.

²⁵² Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 178-179.

Sin lugar a dudas, se trató de años intensos en los que el entorno ilustrado del Monarca, se pronunció acerca de la bondad de instaurar una nueva normativa que restringiese una práctica que, de ser normal hasta mediados de la década de los setenta del siglo XVIII, pasó sobre el papel a ser la más ‘bárbara e impiadosa costumbre’.

Gracias a este proceso, en relativamente poco tiempo se contó con nutridos informes y suficientes ‘argumentos ilustrados’ que contradecían, desde la ciencia, la medicina, la legislación y la teología el que los cadáveres fueran sepultados en iglesias y conventos. Sin embargo, faltaba lo más importante: transformar los discursos en hechos.

1.3.4 Establecimiento del Cementerio del Real Sitio de San Ildefonso y publicación de su reglamento: un ejemplo vale más que mil discursos

El primer paso en este sentido se dio a partir del año 1784, cuando el propio monarca ordenó construir a expensas de la Corona, un cementerio extramuros para el Real Sitio de San Ildefonso, con el cual se buscó crear un importante precedente: *“Adoptado ya el uso general de los Cementerios en varios países cultos de Europa: si los Españoles no tienen el lauro de haberse adelantado á todos, pueden lisonjearse por lo menos de que ni son los últimos ni recurren á exemplo extraño para restaurar un uso, apenas olvidado en las Iglesias de la Península”*²⁵³.

Esta decisión no pasó desapercibida para el clérigo Ramón Cabrera, quien alcanzó a incluir la noticia en su disertación, sin ahorrar calificativos favorables hacia el Soberano:

Por último, nuestro prudentísimo y religioso Monarca Carlos III, que con tan bello semblante oye las proposiciones que miran al bien estar de sus vasallos, habiéndole expuesto su vigilante y sabio Ministro de Estado el Excelentísimo Señor Conde de Floridablanca las utilidades que podrían resultar al Real Sitio de San Ildefonso, enterrándose los cadáveres fuera de la población, se ha dignado mandar a construir a distancia como un cuarto de legua de dicho Real Sitio un Cementerio para todos los que allí murieren. ¡Qué acertado sería que esta favorable providencia se extendiese a los demás pueblos de la Nación! Todo se debe esperar de un Rey que tanto aprecio hace de los títulos de *Padre de la Patria*, y *Protector de los Cánones*; y que además no ignora que el primer dictado le empeña a proveer cuanto conociere ser conducente a la salud pública; y el segundo *a imponer, echando mano de su autoridad, sobre la cerviz de los soberbios*, como dice San Isidoro de Sevilla, aquella disciplina que por medios suaves no puede la Iglesia hacer observar²⁵⁴.

²⁵³ Anónimo, *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, 4.

²⁵⁴ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 153-154. (Las cursivas provienen del original).

Una medida de tal trascendencia no podía ser ignorada tampoco por los redactores del prólogo del Informe de la Real Academia de la Historia, quienes reportaron este logro en el barrido de hechos y documentos que surgieron entre la entrega inicial de su documento y la publicación del informe 3 años después:

Han precedido algunas providencias particulares así del Ministerio y Gobierno, como del Consejo, que anuncian la proximidad de la época en que ha de verificarse por punto general esta saludable revolución y deseada novedad; o por mejor decir restablecimiento de la práctica más antigua, fundada y racional.

Tal fue el establecimiento de un cementerio en San Ildefonso, hecho por orden expresa del Rey N.S.; el primero siempre a dar en los Sitios Reales ejemplos de su piedad ilustrada, y del paternal desvelo que le merecen la conservación de la vida, salud y bien estar de sus vasallos. Fue bendecido por el Arzobispo de Armida, Abad de la Granja, con las ceremonias del Ritual Romano, haciendo en esta ocasión aquel prelado una exhortación al concurso alusiva al asunto²⁵⁵.

Estos positivos comentarios fueron complementados en 1787 con la publicación de la *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*²⁵⁶. Documento que, al parecer, no circuló tanto como hubiesen deseado sus redactores (como lo demuestra el que no sea citado por la gran mayoría de las fuentes secundarias consultadas), pero del que fueron extraídos apartes en los años posteriores, en especial en lo referido al Reglamento que el propio Monarca mandó elaborar para el correcto funcionamiento del nuevo camposanto.

Al respecto expresaron los autores de la Noticia en su advertencia: “*Habiendo S.M. mandado en el artículo VI de la Cédula de 3 de Abril de este año, para el establecimiento general de Cementerios en el Reyno, que se haga uso en quanto sea respectivamente adaptable, del Reglamento de aquel Sitio: ha parecido útil y conveniente proporcionar al público su instrucción en esta parte*”²⁵⁷.

Fue así como el 9 de febrero de 1785 fue dado a conocer el Reglamento del Cementerio del Real Sitio de San Ildefonso, documento fundamental para la construcción de los primeros cementerios en España y sus territorios de Ultramar, que fue incluido luego en la Novísima Recopilación de las Leyes de España ordenada por Carlos IV en 1805²⁵⁸.

²⁵⁵ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XVII – XVIII (prólogo).

²⁵⁶ Anónimo, *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, 23 p.

²⁵⁷ Anónimo, *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, 5.

²⁵⁸ Carlos IV, *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, Imprenta Real, Madrid, 1805.

Dada la relevancia del documento, nos permitimos transcribir el texto original:

Por el citado reglamento de 9 de febrero de 1785 se dispone:

1° que todos los cadáveres de personas que fallezcan en el Real Sitio de S. Ildefonso, de cualquier estado y dignidad que sean, se entierren en el cementerio* construido extramuros de él.

2° que se conduzcan privadamente a la capilla de la Orden Tercera de S. Francisco, inmediata a la Iglesia parroquial ó a la capilla del cementerio, según la voluntad de los difuntos y de sus testamentarios; a cuyo fin se tendrán en la Parroquia unas andas con una caxa cubierta, y puesta sobre ruedas, que puedan llevar una o dos caballerías, y se enviarán a la casa mortuoria siempre que se pidan.

3° que el cadáver conducido a la capilla de S. Francisco permanezca en ella hasta la hora de decirse la Misa y Nocturno; para lo qual se pasará a la Iglesia, y se dirán estos Oficios estando de cuerpo presente; y acabados, se restituirá a la capilla, y desde ella se conducirá al cementerio en la hora que parezca más oportuna.

4° que quando el cadáver se conduzca al cementerio desde la casa mortuoria, se dirán también los Oficios en la Parroquia, como si se llevase a ella.

5° que haya una habitación inmediata al cementerio para un eclesiástico, que tendrá la obligación de decir el Oficio de sepultura, y dar al conductor del cadáver una cédula expresiva del nombre del difunto, hora y lugar de su entierro, la qual entregará el conductor al Párroco, para que siente la correspondiente partida; y el mismo Eclesiástico podrá decir en la capilla del cementerio las misas que se le encarguen por las almas de los sepultados en él.

6° que no se hará novedad en el pago y cantidad de derechos, que con motivo de entierros se han satisfecho hasta ahora.

7° que a fin de no perjudicar a la Parroquia en los derechos de rotura, que en ella se han hecho hasta aquí, se señalarán en el cementerio otras tantas clases como había en ella.

8° que para el depósito que ocurra de cadáveres por algún tiempo, se construirán seis nichos, y quedarán reservados en el cementerio.

9° y que unido a él se haga un osario, donde se vayan depositando los huesos que resultaran con el discurso del tiempo; y quando haya una porción competente, se diga un Oficio general por las almas de todos los fieles a quienes pertenecieren, y se les dé sepultura eclesiástica en lugar cómodo del mismo cementerio²⁵⁹.

* El que se utilice el término ‘Cementerio’ y no el de ‘Cementerio’, va a ser normal al inicio de este proceso de expedición de las normativas durante el reinado de Carlos III. Una vez fallecido el Monarca en 1788, se fue consolidando paulatinamente el uso de la ‘e’ (lo que no debe ser tomado como un reemplazo, pues muchos originales lo contenían, así que ambas acepciones fueron usadas desde el principio del proceso).

Como ya lo consignamos en páginas anteriores, en la edición del año 1729 del Diccionario de Autoridades, Cementerio está definido como: “*s. m. Lugar sagrado, que hai en todas las Parrochias, y otros Templos, fuera de las puertas de la Iglesia, en que se enterraban antiguamente todos los Fieles; pero oy solo se entierran en él los pobres de limosna, y los que por su devoción, y humildad eligen esta sepultura. Viene del Latino Coemeterium, (...) por cuya razón es más proprio decir Cementerio*”. Tomado de: <http://web.frl.es/DA.html> (Consultado el 25 de febrero de 2018).

De igual manera, en los primeros años, algunos escribamos y funcionarios hicieron uso de la ‘s’, nominando los espacios a construir como ‘sementerios’, pero esto puede obedecer más a asuntos ortográficos, que a temas conceptuales, como lo ratifica el que la Real Academia Española (RAE) no reconozca a este término como válido y/o existente.

Por el contrario, la misma RAE ha guardado memoria del término ‘Cementerio’, el cual aún aparece como: “*m. desus. cementerio (terreno destinado a enterrar cadáveres)*”.

Tomado de: <http://dle.rae.es/?w=Cementerio> (Consultado el 25 de febrero de 2018).

²⁵⁹ Carlos IV, *Novísima Recopilación*, Libro I, título III, Ley II, pie de página 2, p. 19. (Ortografía parcialmente actualizada por el autor).

Así pues, este camposanto sirvió de modelo no solo como obra física, sino que, a través de este reglamento, se buscó regular tanto el uso del espacio cementerial, como los rituales y la logística que debían acompañar a los difuntos trasladados a él.

Para hacer más pedagógico e impactante su documento, los autores de la *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, hicieron uso del recurso gráfico. Elemento que nos ofrece información muy valiosa dada su temprana fecha de elaboración y su carácter modélico, dejando en evidencia aspectos que no quedaron definidos en el reglamento, pero que gráficamente toman relevancia, como la seguidilla de cruces que se puede apreciar, de acuerdo con la imagen, se ubicó al costado derecho de la ruta que conducía al cementerio. Simbólicamente, esto puede estar relacionado con los viacrucis que, aún en nuestros días, se encuentran en las rutas que conducen a muchos santuarios religiosos y sitios de peregrinación frecuente, como aplicaría en este caso.

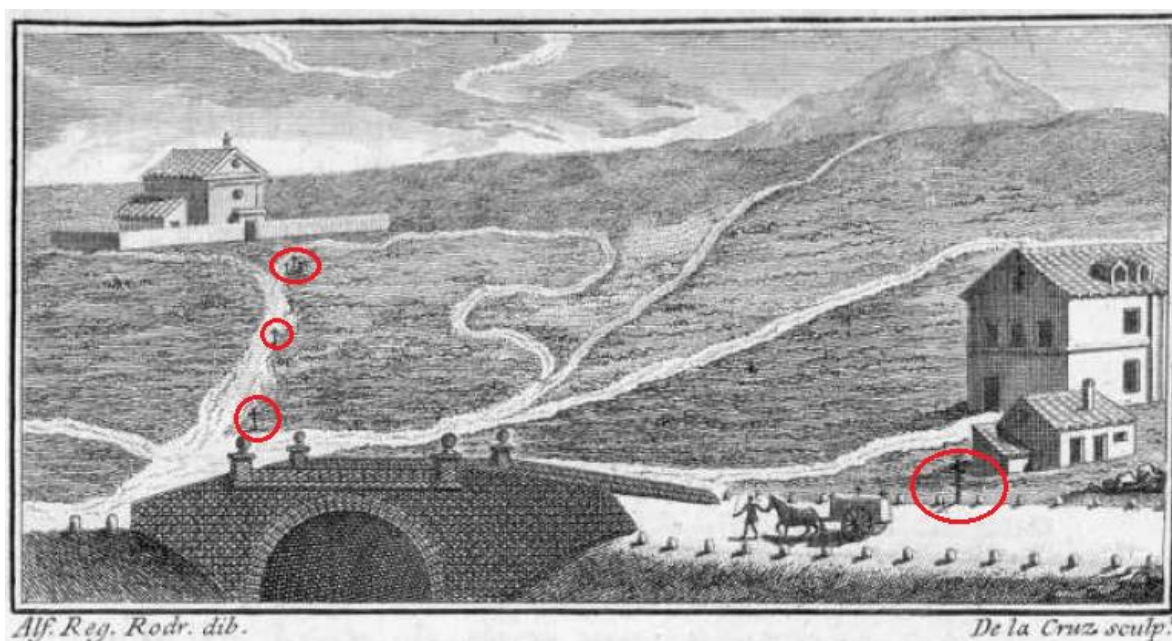


Imagen 13: Ilustración que evidencia el carácter extramuros del cementerio creado para el Real Sitio de San Ildefonso, su conexión con el centro poblado y el medio de transporte adecuado para el traslado de los cadáveres²⁶⁰. (Los círculos son nuestros).

Más allá de este esquema, el cual aporta detalles estéticos y paisajísticos, sin dar a conocer distancias y puntos cardinales de referencia; la condición de cementerio extramuros del camposanto construido en la década de 1780 queda en evidencia en el plano del Real

²⁶⁰ Anónimo, *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, 7.

Sitio de San Ildefonso que realizó en 1848 el teniente coronel Francisco Coello, como parte de su *Mapa general de Segovia*²⁶¹ (obra que contó con el apoyo y aval de don Pascual Madoz, director del *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*²⁶², pero que se publicó de manera autónoma).

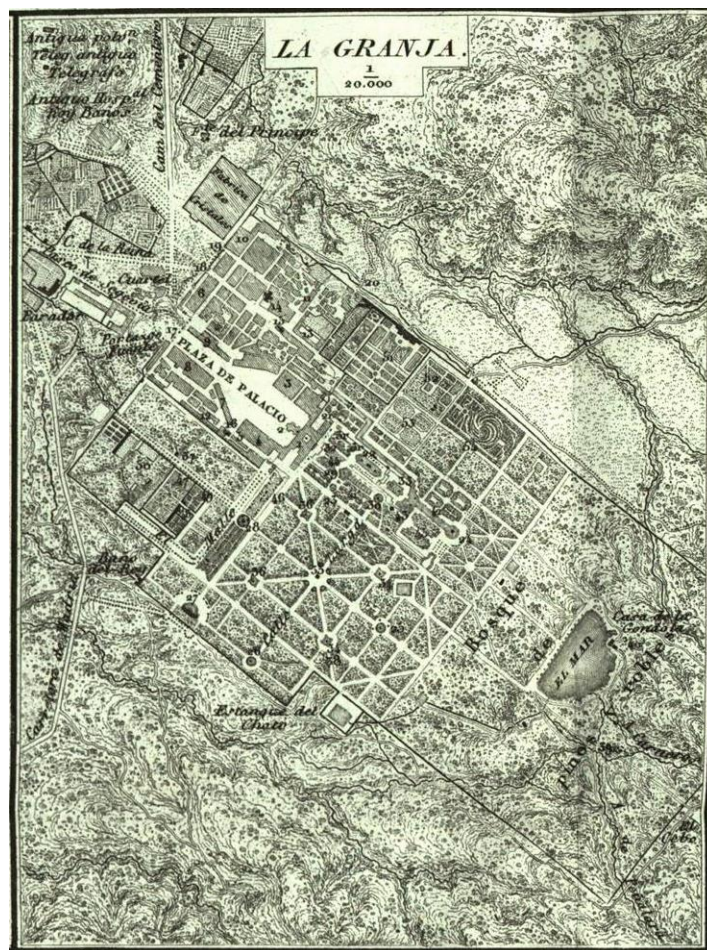


Imagen 14: Mapa de la localidad de La Granja de San Ildefonso en 1848 realizado por Francisco Coello²⁶³.

Si se observa con atención, Coello trazó hacia el norte una ruta acompañada del texto explicativo “Cam. del Cementerio” (ver la imagen detallada). Sin poder afirmar que este cementerio sea el inaugurado en 1785 (63 años antes de la elaboración del mapa analizado),

²⁶¹ Coello, Francisco, *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, -----, Madrid, 1848-1870.

²⁶² Madoz, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Estudio Literario-Tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, Madrid, 1846-1850.

²⁶³ Coello, Francisco, *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, -----, Madrid, 1848-1870.
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mapa_de_La_Granja_\(1848\),_por_Francisco_Coello.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mapa_de_La_Granja_(1848),_por_Francisco_Coello.jpg)
 (Consultado el 25/02/2018 - Imagen de uso libre).

pero sin que se haga alusión en los planos a un ‘cementerio viejo’ o alguna otra estructura que se asemeje al espacio descrito por Cabrera*, es muy probable que el camino en mención fuese por el que se debía cumplir de manera obligatoria, con el estricto reglamento antes transcrito.



Imagen 15: Detalle mapa de la localidad de La Granja realizado por Francisco Coello²⁶⁴

Lamentablemente el mapa original no comprende el área donde podría estar emplazado este famoso camposanto, lo que nos aportaría información muy valiosa en torno a la distribución de sus espacios para la época (1848), pero sí conocemos como fue concebida la distribución de los espacios en sus primeras épocas gracias al Plano de planta y perfil que circuló como anexo en la publicación de 1787 y que reproducimos a continuación:

* Recordemos que, en su texto, Cabrera afirma: “...se ha dignado mandar a construir a distancia como un cuarto de legua de dicho Real Sitio un Cementerio para todos los que allí murieren”. (Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, Pruebas de ser contrario a la práctica, 153). Un cuarto de legua equivale en la actualidad a 1.045 metros, distancia que a una escala de 1/20.000, como la utilizada por Francisco Coello, lo ubicaría cerca al borde superior del mapa. Más allá del entusiasmo que puedan suscitar estas coincidencias, todo esto se plantea a modo de hipótesis, pues no podemos asegurar que el camino en mención conducía a este espacio en particular y no a otro cementerio construido posteriormente.

²⁶⁴ Coello, Francisco, *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, -----, Madrid, 1848-1870. [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mapa_de_La_Granja_\(1848\).por_Francisco_Coello.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mapa_de_La_Granja_(1848).por_Francisco_Coello.jpg) (Consultado el 25/02/2018 - Imagen de uso libre).

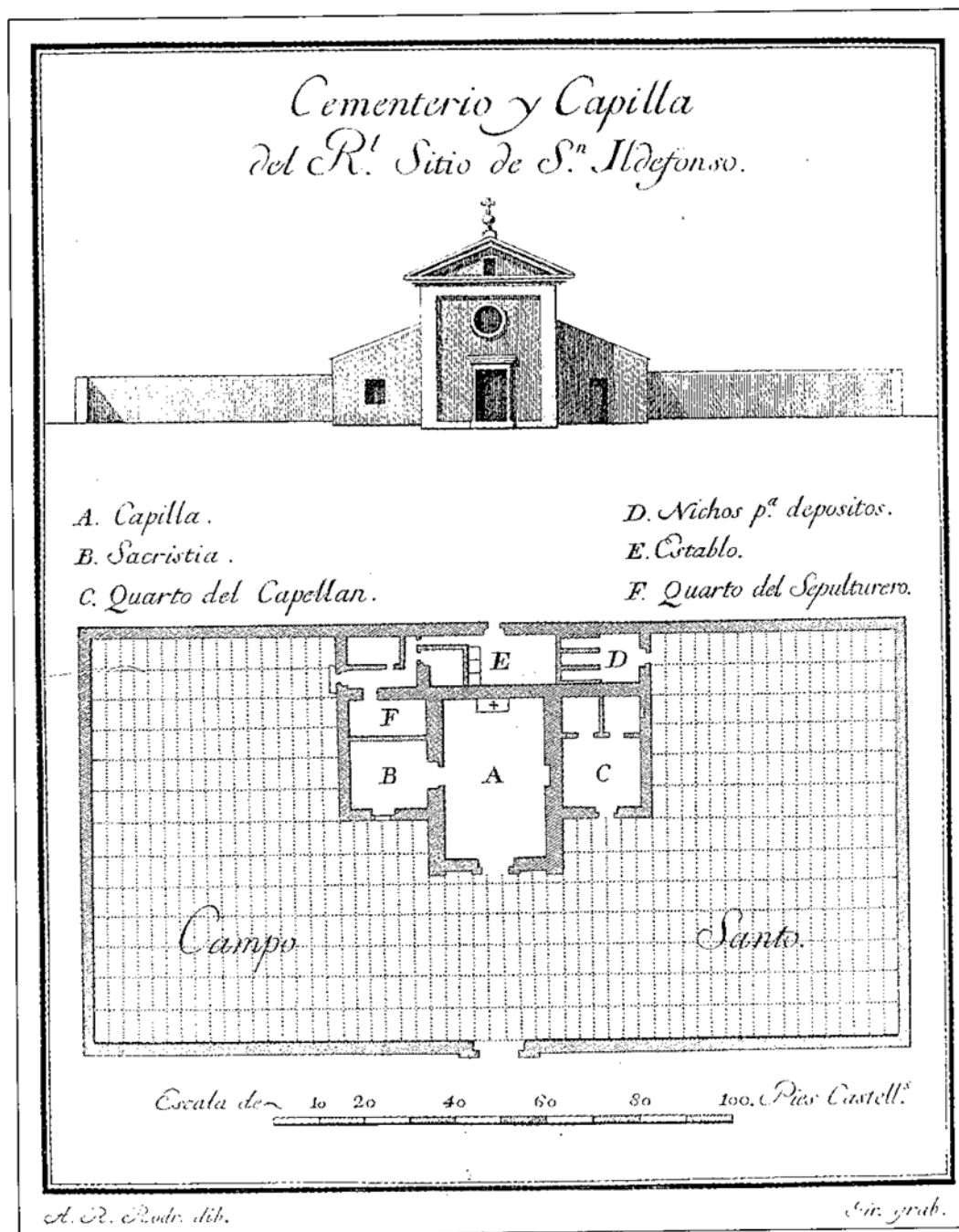


Imagen 16: Plano que contiene la planta del cementerio construido en el Real Sitio de San Ildefonso, el perfil de su frontis y alguna información adicional²⁶⁵.

²⁶⁵ Anónimo, *Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso*, Anexo.

Así pues, bien merecido tuvo este cementerio su utilización como referente y modelo a partir de la expedición de las diversas normativas carolinas, frente a lo que se deseaba fuese implementado en torno a las obras similares que se emprendieran en los territorios hispanos. Sin embargo, no se ha podido verificar y conocer hasta el momento (como sí ha pasado con varios de los espacios protagonistas del proceso), el impacto real que tuvo el camposanto (más allá de lo textual), en las costumbres y prácticas funerarias de los habitantes del Real Sitio de San Ildefonso, al menos durante sus primeros años de existencia, aunque es muy significativo que se conserven en buena medida sus muros perimetrales y el templo, los cuales aún evidencian su vinculación con el diseño original.

En este sentido es muy importante destacar el trabajo que en torno a esta necrópolis ha desarrollado en los últimos años la historiadora María Mercedes Sanz de Andrés, profesora de la Universidad de Valladolid, quien ha sido una de las más destacadas promotoras de este espacio, a través de los trabajos históricos que ha publicado y sus gestiones para su puesta en valor patrimonial²⁶⁶.

1.3.5 Tratado de los funerales y de las sepulturas: un acercamiento a las prácticas de enterramiento del siglo XVIII previas a las reformas

Como último referente teórico previo a la formulación de la Real Cédula de 1787, se encuentra el *Tratado de los funerales y de las sepulturas*²⁶⁷, publicado por el Sacerdote Carmelita y profesor de la cátedra de griego de la Universidad de Alcalá, Fray Miguel de Azero y Aldovera. Texto que fue presentado al Conde de Floridablanca en su calidad de Primer Secretario de Estado (como se deja constancia en su propia portada) y que, de manera ordenada y esquemática, aborda en sus dos secciones los ejes temáticos que promete desde el propio título: funerales y sepulturas.

Al ser la primera de estas secciones la más novedosa (habiendo citado ya los múltiples trabajos que se habían publicado a la fecha sobre las sepulturas), es importante enumerar los 16 artículos en los que el autor la dividió:

²⁶⁶ Sanz de Andrés, María Mercedes, “El cementerio del Real Sitio de San Ildefonso en la corte ilustrada de Carlos III”, *Estudios segovianos* N° 107, Centro de Estudios Segovianos - Instituto Diego de Colmenares, Segovia, 2007. Pág. 511-604.

²⁶⁷ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 123 p.

I. De lo que practicaban los antiguos con los muertos que espiraban. II. De la ablución de cadáveres. III. Del uso de embalsamarlos. IV. De las mortajas. V. Del atahud. VI. Del acompañamiento. VII. De la hora. VIII. De la forma de los sepulcros. IX. De las cosas que se ponían en las sepulturas. X. De los títulos ó inscripciones. XI. De la veneración á los sepulcros. XII. Del elogio fúnebre. XIII. Del lujo de las sepulturas. XIV. Del luto. XV. De la práctica de las naciones modernas. XVI. De las exequias de los Christianos²⁶⁸.

Para cada uno de estos temas, el autor partía de una explicación ritual e histórica, dando amplias muestras de erudición, sin centrarse solo en las versiones cristianas de los mismos, sino trayendo a colación ejemplos del judaísmo, la cultura griega y romana en sus periodos clásicos, e incluso del lejano oriente y la China imperial. Entre estos apartados, es interesante destacar el número V, dedicado a los ataúdes, pues nos servirá de punto de partida para entender una de las principales causas de las ‘emanaciones’ provenientes de los cuerpos en descomposición que se acumulaban en iglesias y conventos.

Afirmaba Azero y Aldovera al respecto:

De tres maneras enterramos a nuestros muertos. El primer modo es el más sencillo, que consiste en echar el cuerpo en la hoya, y cubrirlo de tierra, como se hace con el común de las gentes. El segundo es, poner el cadáver en una caja o atahud, hecho expresamente para esto; así se practica con los sacerdotes. El tercero consiste en poner el cuerpo en una caja de plomo, y esta en otra de madera, forrada con alguna tela, según se usa con las personas de distinción; pero es tal la condición humana, que hasta en la muerte quiere que le acompañe la vanidad y ostentación. Ya se va introduciendo el enterrarse con caja las personas de toda clase, por no ser menos que los otros, y ordenar un funeral pomposo, aunque dexe a sus hijos en la última miseria. Gastos superfluos, que se deberían emplear, ó en alivio de las almas de los difuntos, ó en utilidad de los vivos²⁶⁹.

Dados los objetivos de este capítulo, no profundizaremos en los demás ítems de la primera sección, para concentrarnos en la segunda. Es en esta en la que el sacerdote carmelita (quien, sin citarlo expresamente, da muestras de conocer el documento inicial presentado por la Real Academia de la Historia), aprovechó la oportunidad para cubrir con su texto, publicado a comienzo de 1786, los ‘baches’ que habían dejado en el proceso de revisión histórica los académicos en 1783 y la recopilación publicada por el matemático Bails en 1785.

Esta circunstancia no debió ser del todo grata para los miembros de la Academia, quienes debieron aclarar en su edición impresa, publicada poco tiempo después, lo siguiente:

²⁶⁸ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, VI – VII (Introducción).

²⁶⁹ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 14-15.

Quando estaba ya principiada la impresión del siguiente informe salió a la luz en esta capital el Tratado de los funerales y de las sepulturas, por el P. M. Fray Miguel de Azero y Aldovera, Carmelita Calzado (...). En la segunda sección que es la relativa principalmente a nuestro asunto, inserta traducidas dos pastorales, una del Obispo de Fiesoli con fecha de 4 de agosto de [17]83²⁷⁰, y otra del Arzobispo de Florencia del 25 de febrero de [17]84²⁷¹, dirigidas a auxiliar en sus Diócesis las providencias del Gran Duque de Toscana sobre colocar las sepulturas en cementerios fuera de poblado. Hace también mención de los 8 cementerios construidos extramuros de Viena a fin del año [17]83 por orden del Emperador, que mandó cerrar los de la ciudad, y que nadie se enterrase en ella; especies todas posteriores al Informe de la Academia; y que por tanto añaden aquí²⁷².

Otros de los documentos claves que introdujo en esta sección el aplicado Carmelita, fueron el Reglamento del Cementerio del Real Sitio de San Ildefonso (el cual transcribió completo)²⁷³ y la Real Orden del Rey de Cerdeña, Víctor Amadeo III, a través de la cual ordenó la construcción de los cementerios de Turín (de los que hablaremos más adelante)²⁷⁴.

Tal nivel de detalle en el plano práctico y ritual hizo del tratado de Azero y Aldovera, una importante fuente de consulta para quienes se vieron en la obligación de acometer (o al menos lo desearon e intentaron), los proyectos de construcción de los primeros cementerios extramuros tanto en la península ibérica, como en Hispanoamérica. La profesora Adriana María Alzate, por ejemplo, ve en este uno de los textos a los que posiblemente tuvo acceso el médico Sebastián López Ruiz al momento de emitir su informe sobre la construcción de Cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, que analizaremos más adelante²⁷⁵.

Sin ahondar más, por el momento, en el texto que sigue el hilo conductor de los trabajos anteriores, apuntando sí nuevos ejemplos de cementerios extramuros creados en pequeños poblados españoles y/o las determinaciones que habían tomado gobernantes y jerarcas eclesiásticos de la península para 1786; es significativo transcribir el párrafo final, por lo enfático de sus aseveraciones.

Estas favorables providencias nos hacen esperar, que un proyecto de tanta importancia, se extienda por todos los pueblos de la Nación. El zelo de sus sabios Ministros nos da fundamentos para esta conjetura. No nos resta más que dirigir nuestros votos por la extirpación de un uso más digno de los Cannibales, que de pueblos que piensan dar honor a la Divinidad por la magestad,

²⁷⁰ Ver: Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 90-98.

²⁷¹ Ver: Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 98-104.

²⁷² Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXXVII – XXXVIII (prólogo).

²⁷³ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 118-122.

²⁷⁴ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 83-88.

²⁷⁵ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 243.

la decoración y la limpieza de los Templos. Por felices nos tendremos, si llegasen nuestros ojos a ser testigos de este espectáculo²⁷⁶.

Este deseo expresado por Azero y Aldovera, unido a los esfuerzos y contribuciones del amplio grupo de clérigos, académicos y funcionarios ilustrados involucrados en este proceso de consulta que se extendió por más de 5 años; se vieron recompensados el 9 de diciembre de 1786 con la aparición del borrador enviado para la discusión del Consejo del cual surgieron la Real Resolución de 12 de marzo de 1787 y, posteriormente, la famosa y trascendental Real Cédula de 3 de abril de 1787.

1.4 Grandes escritos, pocos resultados: avances y frustraciones en los primeros años de las reformas funerarias en la Península Ibérica

Los mismos criterios de obligatoriedad y universalidad presentes en el artículo 1º del reglamento del cementerio del Real Sitio de San Ildefonso*, que alababa en su *Disertación Histórica* el licenciado Cabrera; estuvieron presentes en la Real Cédula, en la que el Monarca, tras esgrimir argumentos que dejaban en claro su preocupación por la salud de los habitantes, el amor que les profesaba y el vínculo que demostraba tener la acumulación de cadáveres en las iglesias, con el surgimiento de epidemias, ordenó:

Se harán los cementerios fuera de las Poblaciones siempre que no hubiere dificultad invencible o grandes anchuras dentro de ellas, en sitios ventilados e inmediatos a las Parroquias, y distantes de las casas de los vecinos: y se aprovecharán para Capillas de los mismos Cementerios las ermitas que existan fuera de los Pueblos, como se ha empezado a practicar en alguno con buen suceso²⁷⁷.

Y es que no solo se buscaba sacar a los cadáveres de las iglesias, sino de las ciudades y los espacios urbanos en general, situación que complicó aún más la puesta en práctica de estas medidas, como lo veremos más adelante. Sin embargo, el racionamiento ilustrado (brazo teórico de las reformas), planteó desde ese momento una apuesta así de ambiciosa.

²⁷⁶ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 123.

* "...que todos los cadáveres de personas que fallezcan en el Real Sitio de S. Ildefonso, de qualquier estado y dignidad que sean, se entierren en el cementerio construido extramuros de él". Carlos IV, Novísima Recopilación, Libro I, título III, Ley II, pie de página 2, p. 19.

²⁷⁷ Real Cédula de Carlos III del 3 de abril de 1787, en Viñes, José Javier, *La Sanidad española en el siglo XIX*, Anexo 16, 695.

Cuanto dejamos dicho de los daños que causan los entierros en las iglesias, se aplica igualmente a los Cementerios que hay en el recinto de las grandes poblaciones, porque el peligro es igual. La altura de las casas, de las iglesias, y la estrechez de las calles son otros tantos obstáculos que impiden la disipación de las partículas fétidas que forzosamente se levantan de los cementerios; siendo esta la causa por que los que hay dentro de las ciudades siempre son húmedos en extremo. Por lo mismo arrojan vapores perniciosos, que se introducen en lo interior de las habitaciones, hieren con desagrado el olfato; corrompen los alimentos e infeccionan el agua de las fuentes²⁷⁸.

Caracterizado a lo largo de su gobierno por el pragmatismo, si bien la Real Cédula de Carlos III hizo gala de un estilo de redacción categórico, coherente con su carácter de ‘voluntad y deseo de un Monarca absoluto’; el texto planteaba la introducción gradual de los cementerios y reconoció tácitamente las implicaciones monetarias, sociales, religiosas, jurídicas y logísticas que la implantación de éstos iba a generar. En este sentido aclaraba el Rey: “...comenzando por los lugares en que haya habido o haya epidemias, o estuvieren más expuestos a ellas, siguiendo por los más populosos, y por las parroquias de mayor Feligresía en que sean más frecuentes los entierros, y continuando después por los demás”²⁷⁹.

Se dio inicio así de manera oficial, desde el punto de vista de la jurisprudencia, al proceso de transformación de las prácticas funerarias y de inhumación al interior de iglesias y conventos. Una iniciativa que siguió un largo y complejo camino en el que se enfrentó a diversos tropiezos a lo largo y ancho del eclipsado Imperio Español.

Entre las múltiples objeciones presentadas por las comunidades frente a la necesidad de sepultar a los difuntos en lugares diferentes a las iglesias, en las que ahondaremos más adelante, se destacaban los reparos frente al cambio repentino en las disposiciones reales y, sobre todo, en la doctrina eclesiástica y la escatología cristiana. Y es que, a pesar de los argumentos ‘rationales’, la tradición era común a monarcas, eclesiásticos, funcionarios y los habitantes de los poblados.

En nuestro caso en particular, es importante resaltar como estas variaciones no fueron compartidas en su primer momento por buena parte de los representantes de la Iglesia de este lado del Atlántico, quienes tenían en las inhumaciones ‘intramuros’, uno de sus principales ingresos. Situación que hizo aún más dificultosa la puesta en práctica de lo ordenado, sirviendo de caldo de cultivo para procesos particulares de resistencia, algunos de los cuales hemos podido documentar.

²⁷⁸ Cabrera, Ramón, “Disertación histórica”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 175.

²⁷⁹ Real Cédula de Carlos III del 3 de abril de 1787, en Viñes, José Javier, *La Sanidad española en el siglo XIX*, Anexo 16, 695.

Y es que más allá de los discursos en torno al bien común, la salud pública y lo ‘desagradable’ que pudiese resultar la acumulación de cadáveres, no hay que olvidar que la sepultura de los fieles en las iglesias, traía consigo el pago de importantes sumas de dinero, las mismas que variaban de acuerdo a la categoría social y los bienes propios del difunto o de sus familiares. Situación que la historiadora argentina Ana María Martínez resume de manera contundente: “*Morir era un hecho cierto para cualquier vasallo en algún momento de su vida, cobrar por ello era una posibilidad no deseable [para la Corona]*”²⁸⁰.

Como pudimos apreciar, esta hipótesis de corte claramente regalista no tuvo mucho protagonismo en los trabajos recopilados a lo largo del proceso previo a la expedición de la Real Cédula de 1787 (ni en ella misma), pero es claro que para la época se conocían en España trabajos y propuestas más radicales. Obras que más allá de los reiterativos reparos de corte sanitario o la crítica a las corrientes que defendían, por preceptos religiosos, el mantenimiento de esta práctica; veían en los enterramientos intramuros (y los pagos que por ellos recibían parroquias y conventos), una clara perversión de las leyes y preceptos morales con oscuros fines económicos.

Un ejemplo al respecto es el libro *Le tableau de la mort*²⁸¹, publicado por Louis Antoine de Caraccioli en París en el año 1766, y que apareció traducido al castellano por Francisco Mariano Nipho en 1783, bajo el título *Pintura de la muerte*²⁸². En su texto, Caraccioli, reconocido por sus labores como escritor, poeta e historiador al servicio de destacados miembros de la alta nobleza y la propia iglesia; criticaba a quienes ordenaban la creación de capellanías orientadas a la celebración eterna de misas, argumentando que los bienes que se invertían con esos fines, podían aplicarse a obras de mayor utilidad social²⁸³.

Caraccioli^{284*} afirmaba al respecto:

²⁸⁰ Martínez de Sánchez, Ana María, “El discurso ilustrado”, 217-218.

²⁸¹ Caraccioli, Louis Antoine de, *Le tableau de la mort*, J.F. Bassonpierre Librarie, París, 1766, 236 p.

²⁸² Caraccioli, Louis Antoine de, *Pintura de la muerte (obra traducida por don Francisco Mariano Nipho)*, Miguel Escribano, Madrid, 1783, 302 p.

²⁸³ Valdés Dávila, en Alma Victoria, *Testamentos, muerte y exequias*, 161.

^{284*} No se debe confundir con Domenico A. Caracciolo (III Marqués de Villamaina). Por un aparente error del traductor y/o de quien remitió la obra a Madrid, esta edición está adjudicada al ‘Marqués Caracciolo’, posible alusión a Domenico A. Caracciolo (III Marqués de Villamaina), quien habitaba París en las fechas que fue publicado el texto original en francés, pero que, al momento de su publicación en castellano, era Virrey en Sicilia bajo las órdenes de Fernando IV de Borbón (Hijo y sucesor de Carlos III en sus antiguas posesiones italianas).

Me parece que sería mucho más agradable a Dios proveer a las urgencias de los pobres viajeros, que multiplicar los conventos. Una columna en medio de un campo con esta simple inscripción: *Rogad a Dios por aquel que mandó hacer este camino en tal año*, sería, sin duda, mucho más honrosa a la memoria de los muertos, que todos esos epitafios que se leen en las Iglesias, y que no anuncian, por lo común, sino larguezas hechas importunamente²⁸⁵.

Carlos III murió poco tiempo después, el 14 de diciembre de 1788, pero dejó como herencia su Real Cédula y un discurso construido, debatido y ampliamente fundamentado a la luz de la ilustración. Fueron otros los encargados de llevar a cabo sus designios, mientras su cuerpo esperaba alcanzar la ‘protección divina’ bajo el suelo de la Cripta Real del Monasterio de El Escorial.

Sumadas a sus destacadas ideas ilustradas, el Marqués de Villamaina tiene el mérito adicional, según Azero y Aldoveda, de ser el impulsor de un cementerio extramuros construido a las afueras de Palermo en 1785; sin embargo, esto no lo convierte en autor del texto que motivó esta larga aclaración.

Una de las posibles raíces de este error, de comprobarse, es la costumbre que tenía Caraccioli (este sí el autor *Le tableau de la mort*) de no firmar sus obras con su nombre, dejando tan solo la siguiente referencia en el original en francés: “*Par l’auteur de la Jouissance de Soi-même*”.

Acerca de Caracciolo, se recomienda el texto: Rodríguez Carrasco, José Jerónimo, “El ilustrado Domenico Caracciolo: de Malpartida de la Serena (1715) a Virrey de Sicilia (1781-1786)”, *España: Nación y Constitución y otros estudios sobre Extremadura*. Iñesta Mena, Félix y Mateos Ascacibar, Francisco (Coodinadores), Sociedad Extremeña de Historia, Llerena, 2012, 91-104.

²⁸⁵ Caraccioli, Louis Antoine de, *Pintura de la muerte*, 249. (Texto en cursiva proviene del original).

CAPÍTULO 2. En busca de referentes adaptables: Europa y el proceso ilustrado en torno a los cementerios extramuros (1750-1786)

Una de las más destacables características del Siglo XVIII y que han llevado a que se le conozca como el de ‘las Luces’, era la existencia de significativas redes de transmisión del conocimiento, lo cual hacía que ideas y proyectos que surgían en contextos específicos, rápidamente circularan a través de cartas, gacetas, libros impresos e, incluso, copias manuscritas; situación que enriquecía y elevaba el nivel de las discusiones al interior de las cortes y círculos académicos. Esta no fue la excepción para el tema que nos convoca.

A lo largo de este capítulo, analizaremos los principales referentes teóricos y prácticos que tuvieron a su alcance los ilustrados hispanos que asumieron el reto de liderar el debate en torno a la creación de cementerios extramuros; así como los avances y dificultades que se presentaron a lo largo de este intenso periodo. Décadas en las que los países de la Europa católica occidental afrontaron en paralelo los problemas que la acumulación de cadáveres y sus ‘miasmas’ acarreaban en sus centros urbanos, en los que la muerte dejó de ser esa ‘meta deseable’ para transformarse en una especie de enemiga a vencer, más allá de las imposibilidades prácticas de ese deseo que aún hoy nos alienta.

Como ya hemos podido apreciar, la discusión en torno a los cementerios extramuros se dio de manera simultánea en buena parte de la ‘Europa Ilustrada y Católica’, razón por la cual coinciden de cierta forma los periodos en los que las coronas de Francia, Portugal y España, así como las monarquías, principados y gobiernos que estaban al frente de los territorios ocupados hoy por la Italia reunificada, expidieron las normas a través de las cuales se pretendió regular esta práctica.

Sin embargo, es importante resaltar que más allá de que culturalmente los muertos compartieran espacios con los vivos, la segunda mitad del siglo XVIII europeo estuvo marcada por un creciente interés en buscar y combatir las fuentes de las que emanaban las enfermedades que periódicamente asolaban el continente. Es así como, de acuerdo con el profesor Álvaro Cardona y su equipo de trabajo, un hecho que tuvo particular relevancia fue el de la aparición del concepto de ‘Policía médica’, empleado por primera vez por parte del médico alemán Wolfgang Thomas Rau²⁸⁶.

²⁸⁶ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 50.

Término que alcanzó su connotación actual gracias a la publicación entre 1779 y 1821 de los ocho tomos de la obra "*Un sistema completo de policía médica*" a cargo del médico alemán Johann Peter Frank, quien "*hizo una extensa sistematización y desarrollo de los aspectos sociales y políticos que hicieron parte del concepto*"²⁸⁷. A Frank, que acuñó el lema "*la miseria es la madre de la enfermedad*"²⁸⁸, se le considera como el fundador de la Higiene como ciencia.

España no se quedó atrás respecto a esas interpretaciones. Es así como el médico Vicente Mitjavila publicó en 1791 el primer compendio de Policía Médica, en el cual, según el profesor Cardona, el galeno afirmó: "*La Policía médica' tiene el propósito de proteger la salud de la población como asunto de interés de estado*"²⁸⁹.

Partiendo de esta interpretación, un antecedente que es interesante tener en cuenta es la creación en 1721 de la Junta Suprema de Sanidad por orden del Rey Felipe V de España, con el fin de evitar la entrada y contrarrestar los posibles efectos de la epidemia de peste bubónica que se desató en Marsella (Francia) en 1720. Dicha junta estaba conformada por miembros de su Consejo de Castilla²⁹⁰. Las epidemias se habían convertido para entonces en un enemigo al que se pretendía vencer y los médicos y salubristas, en los encargados de librar esta batalla.

En ese sentido tuvo mucha importancia y amplia acogida la publicación en 1784 del libro del Dr. Francisco Gil "*Disertación físico-médica, en la cual se prescribe un método para preservar a los pueblos de las viruelas*"²⁹¹. Se trataba de un texto escrito por el Cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo y su sitio, quien en su calidad de miembro de la Real Academia Médica de Madrid: "...indicaba los peligros de la inoculación y recomendaba construir hospitales extramuros para depositar a los inoculados, potenciales focos de contaminación"²⁹². Este libro circuló ampliamente por Hispanoamérica, como queda claro

²⁸⁷ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 50.

²⁸⁸ Sigerist, Henry, *Hitos en la historia de la salud pública*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1998, 104.

²⁸⁹ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 51.

²⁹⁰ Peset, Mariano; Mancebo, Pilar y Peset, José Luis, *Temores y defensa de España frente a la peste de Marsella de 1720*. Asclepio, Madrid, 1971, 59.

²⁹¹ Gil, Francisco, *Disertación físico-médica, en la cual se prescribe un método para preservar a los pueblos de las viruelas hasta lograr la completa extinción de ellas en todo el Reyno*, Imprenta de D. Joaquín Ibarra, Madrid, 1784.

²⁹² Ramón Joffré, Gabriel, "La política borbónica", 107.

en las obras de Gabriel Ramón Joffré y Renán Silva, destacándose que la edición de 1785 incluyera el comentario del médico ilustrado quiteño Eugenio Espejo²⁹³.

2.1 Francia: grandes tratados, pocos ejemplos prácticos

Volviendo al tema de los cementerios, de acuerdo con Rodríguez Barberán: “*Ya en una fecha tan temprana como 1737 el Parlamento de París solicita a un grupo de médicos una investigación oficial sobre los problemas de salubridad en los enterramientos*”²⁹⁴. Petición que antecedió en 5 años al texto ya mencionado del abad Charles Gabriel Porée: *Lettres sur la sépulture dans les églises*²⁹⁵, publicado en 1743, así como su ampliación del año 1745: *Observation sur les sépultures dans les églises, et réflexions sur les lettres écrites à ce sujet*²⁹⁶.

Al respecto de los textos de Porée, ampliamente mencionados y citados tanto por los ilustrados del siglo XVIII, como por autores contemporáneos, es muy interesante la reflexión que los editores de la reimpresión realizada en Caen en 1749 hacían en el sentido de que pese al éxito que habían tenido los dos textos (los cuales compilaron y publicaron en un solo tomo en ese año), en su concepto se requería que estos fuesen impresos en ‘la capital’ (París), de tal manera que se pudiera dar paso a las acciones requeridas en ese sentido²⁹⁷.

Y es que todo nos indica que fueron muy pocos los efectos que generaron tanto el proceso de consulta, como los textos del clérigo, por lo que la capital de los franceses siguió acumulando cadáveres en los espacios destinados al culto. Situación que se agravó con el correr de los años, ante el aumento demográfico y la degradación de los espacios funerarios²⁹⁸.

Continuando con el recuento del profesor Rodríguez Barberán, “*...el mismo Parlamento parisino promulga un Edicto que, por su radicalidad, no deja de sorprendernos. El Edicto de 1763 ordena la sustitución de los antiguos camposantos por otros, de corte racional, con aspiraciones de mejoras higiénico-sanitarias y un tono decididamente*

²⁹³ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 92.

²⁹⁴ Rodríguez Barberán, Francisco Javier, *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea*, 17.

²⁹⁵ Porée, *Lettres sur la sépulture*, 48 p.

²⁹⁶ Porée, *Observation sur les sépultures dans les églises, et réflexions sur les lettres écrites à ce sujet*, 32 p.

²⁹⁷ Porée, *Observation sur les sépultures dans les églises, et réflexions sur les lettres écrites à ce sujet*, Avertissement sur cette édition (tercera página, no numerada en el original).

²⁹⁸ Thibaut-Payen, Jacqueline, *Les morts, l'Église et l'État. Recherches d'histoire administrative sur la sépulture et les cimetières dans le ressort du parlement de Paris aux XVIIe et XVIIIe siècles*, Editions Fernand Lanore, París, 1977, 456 p.

laico”²⁹⁹. Haciendo eco de esta situación, en España la Real Academia de la Historia indicó en su Informe entregado al Real Consejo, como el Parlamento de París expidió el 25 de marzo de 1765 un decreto de 29 artículos sobre la necesidad de construir enterramientos extramuros en su jurisdicción.

Resaltaban los académicos que en el primero de sus artículos: “...se prohíbe no solo el entierro en las iglesias, sino también en los cementerios comprendidos en el recinto de los muros de los pueblos, con otras disposiciones dirigidas a conservar la salud pública y el respeto debido a los templos”³⁰⁰.

Aunque no es citado por los miembros de la Real Academia de la Historia, Ciro Caraballo Perichi en su tesis doctoral aporta una pista sobre un posible antecedente directo de esta normativa, al mencionar como, según él, en 1764 Voltaire se refirió a esta problemática en una de las definiciones incluidas en su *Diccionario Filosófico*³⁰¹.

Revisando la edición en ‘español’ publicada en 1825 de este texto, encontramos la siguiente alusión al respecto:

Entierros: Leyendo por una gran casualidad los cánones de un concilio, celebrado en Braga en 563, vi que el canon décimo quinto prohíbe que nadie se entierre en las iglesias. Algunos sabios me han asegurado que otros muchos concilios han hecho la misma prohibición. Concluyo de esto que estos primeros siglos tuvieron algunos ciudadanos la vanidad de transformar los templos en osarios, para podrirse en ellos con distinción³⁰².

El polémico ilustrado francés, maestro de la ironía, continuaba su exposición con argumentos que nos pueden dar algunas pistas acerca del por qué no fue tenido en la cuenta por los miembros de la Real Academia, varios de los cuales eran sacerdotes: “Puede ser que me engañe, pero me parece que ningún pueblo de la antigüedad ha elegido los templos, donde adoraba la divinidad, para hacer de ellos cloacas de muertos”³⁰³.

²⁹⁹ Foisil, Madeleine, "Les attitudes devant la mort au XVIIIe siècle: sépultures et suppressions des sépultures dans le cimetière parisien des Saint Innocents", *Revue historique* N° 510, Presses Universitaires de France, París, 1974. Citada por: Rodríguez Barberán, Francisco Javier, *Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea*, 17.

³⁰⁰ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, 43.

³⁰¹ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 133.

³⁰² Voltaire, *Diccionario filosófico de Voltaire traducido al español por C. Lanuza, en la que se han refundido las cuestiones sobre la enciclopedia, la opinión en alfabeto, los artículos insertos en la enciclopedia y otros muchos*, Tomo IV, Imprenta de C. S. Tan Winkle, Nueva York, 1825, 276.

³⁰³ Voltaire, *Diccionario filosófico de Voltaire*, 276.

La normativa del parlamento parisino (inspirada o no por Voltaire) fue tenida en cuenta en 1769 por el arquitecto francés Pierre Patte cuando publicó el libro *Mémoires sur les objets les plus importants de l'architecture*³⁰⁴ (Memorias sobre los elementos más importantes de la arquitectura), en el que dedicó el artículo cinco de su capítulo primero, a la necesidad de transferir las sepulturas lejos de las villas y cómo lo podían efectuar (*Nécessité de transférer la sépulture hors d'une Ville, et comment l'on y peut réussir*)³⁰⁵. Según el arquitecto Juan Antonio Calatrava, Patte a través de su texto: "...niega cualquier justificación histórica a la inhumación intramuros y exige la inmediata construcción de cementerios públicos extramuros, no sin prever grandes resistencias por parte tanto de intereses creados como de un vulgo dominado por el fanatismo y el prejuicio"³⁰⁶.

Y es que, si le damos crédito a Voltaire y citamos para esto de nuevo la obra de Caraballo Perichi, la situación en París era calamitosa en cuanto a la acumulación de cadáveres:

Cuando entráis en la gótica catedral de París, caminan vuestros pies por deterioradas losas mal unidas y desniveladas. Es porque las han quitado mil veces para enterrar debajo de ellas los cadáveres **y los ataúdes***. Llevan a una legua de la ciudad las inmundicias de los excusados, y amontonan desde hace doscientos años en la ciudad misma los cuerpos podridos que produjeron esas mismas inmundicias³⁰⁷.

El trabajo de Patte fue dedicado y dirigido al primer Marqués de Montigny (Abel-François Poisson de Vandières), en ese entonces Director de los Edificios Reales, por lo que no es extraño que, haciendo acopio de sus recomendaciones, unidas a las ya mencionadas

³⁰⁴ Patte, Pierre, *Mémoires sur les objets les plus importants de l'architecture*, 375.

³⁰⁵ Patte, Pierre, *Mémoires sur les objets les plus importants de l'architecture*, 41-47.

³⁰⁶ Calatrava, Juan Antonio, "El debate sobre la ubicación de los cementerios", 350-351.

* En la edición francesa de 1831 de las obras de Voltaire, aparece el texto en negrilla como "*Caisses de cadavres*" (Cajas de cadáveres). Sería interesante conocer si este término proviene del texto original (No se ha podido ubicar aún), pues indicaría el uso muy temprano de especies de ataúdes, los cuales no eran comunes para la época en España y mucho menos de manera tan generalizada como pareciera indicar el autor. Ver: Voltaire, *Ouvres complètes de Voltaire (Nouvelle Edition)*, *Dictionnaire Philosophique*, Tome IV, Pourrat Frères, París, 1831, 362.

³⁰⁷ Caraballo Perichi, Ciro, "Higienismo y romanticismo", 133.

* Esta mención a la situación de París no se encuentra contenida en la traducción publicada en castellano en 1825. Se desconocen las razones, pero es interesante dejar constancia que, en dicha edición, solo se citan ejemplos de la situación en Roma en torno a las tumbas de los Papas y, a modo de contexto ilustrado, una descripción de los rituales mortuorios que llevaban a cabo los egipcios en la antigüedad. Ver: Voltaire, *Diccionario filosófico de Voltaire*, 276-278.

obras de Hugues Maret³⁰⁸ y el abate Charles Gabriel Porée³⁰⁹; el Rey Luis XVI de Francia emitiera el 10 de marzo de 1776 la primera declaración real prohibiendo las sepulturas en las iglesias y las ciudades francesas³¹⁰.

Decisión que coincidió con la tomada el 3 de septiembre de 1774 por el Parlamento de Toulouse que expidió el *Decreto Prohibitivo*, inspirado por el Arzobispo de dicha ciudad, Étienne-Charles de Loménie de Brienne (Cuya Carta Pastoral de 23 de marzo de 1776 ya mencionamos y que fue compilada por Benito Bails en su trabajo³¹¹). Dicho decreto desarrollado en 15 artículos “*Prohíbe a sacerdotes enterrar en el interior de las iglesias, se exceptúan los claustros y capillas contiguas pero con la obligación de construir bóvedas sepulcrales (para los que se establecieron requisitos muy exactos) y con enumeración tajante de las personas que podían enterrarse en ellas*”³¹².

En su artículo XI se menciona la necesidad de que cada parroquia cuente con “*un cementerio adecuado y apartado de toda habitación*”³¹³ y en el XIII se “*exige el cerramiento de los nuevos cementerios y su ubicación en lugares elevados y al norte de las viviendas, a fin de que el aire del sur, más perjudicial siempre que acarrea exhalaciones fétidas, ninguna pueda llevar a las viviendas de los vecinos*”³¹⁴.

Sin embargo, ni las normas, decretos y cartas pastorales; ni los trabajos que médicos, arquitectos y juristas publicaron para este periodo; ni la propia cercanía del Monarca, que se mostró favorable a la toma de medidas en ese sentido, parecieron tener efectos visibles frente al peso de la costumbre. Es así como, de acuerdo con el texto del profesor Álvaro Cardona y su equipo de trabajo, en 1778 el Secretario Perpetuo de la recién creada Sociéte Royale de Médecine de París, Félix Vicq d'Azyr, publicó un nuevo ensayo sobre el peligro de las sepulturas³¹⁵. Obra que atravesaría el Atlántico para servirle de referente al sabio Mutis³¹⁶, pero que, en el caso parisino, solo tiene en la clausura definitiva del cementerio de los Santos Inocentes, en 1780, una repercusión aparente³¹⁷.

³⁰⁸ Maret, *Mémoire sur l'usage*, 67.

³⁰⁹ Porée, *Lettres sur la sépulture*, 48.

³¹⁰ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 52.

³¹¹ Lomenie, Étienne, “Carta Pastoral”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 181 – 209.

³¹² Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 363.

³¹³ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 363.

³¹⁴ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 363.

³¹⁵ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 48.

³¹⁶ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 255.

³¹⁷ Foisil, Madeleine, “Les attitudes devant la mort au XVIIIe siècle”, 303-330.

Al respecto del proceso seguido en Francia, concluye Calatrava: *“La actitud de Patte y de otros arquitectos, urbanistas y médicos iba a tener inmediato reflejo en una serie de disposiciones legales de los años finales del Antiguo Régimen, hasta llegar, ya en plena revolución, al decreto de 23 pradiar* del año XII [1803] que marcaría las bases del tratamiento jurídico de la cuestión hasta fechas muy recientes”*³¹⁸.

Años muy intensos en cuanto a la definición de la problemática, pero que requerirían de la determinación política del Monarca y su equipo de gobierno, la misma que estuvo ausente en medio de una Francia que se sumergió progresivamente en una profunda crisis social a lo largo de la década de 1780, que dio nacimiento al complejo proceso de la Revolución Francesa, historiográficamente establecido a partir de la Toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789.

2.1.1. Napoleón y la construcción del Cementerio de Père-Lachaise

Tras la caída de esta emblemática fortaleza-prisión, el territorio galo comenzó una década de incertidumbre en la que no solo el Rey Luis XVI perdió la cabeza en enero de 1793, sino que desde su presidio en la fortaleza de El Temple tuvo que conocer la noticia de las profanaciones que sufrieron las tumbas de sus familiares y antecesores. En el verano de 1792, las turbas saquearon la basílica de Saint Denis, haciendo presa y sacando al exterior de la misma, los restos acumulados por siglos de los monarcas y dirigentes de la Francia del Antiguo Régimen.

Exhumaciones arbitrarias que poco tenían que ver con los discursos y proyectos que abogaban por alejar de las ciudades a los cadáveres de los parisinos, sino que reflejaban el odio inspirado por la monarquía y sus símbolos de poder, que pagaron impotentes los monumentos en bronce y mármol que adornaban la basílica (muchos de ellos fundidos y otros decapitados), así como los sarcófagos en plomo, que terminaron convertidos en balas para los cañones revolucionarios.

Y es que si de este templo fueron arrojados los restos monárquicos a la calle, la París revolucionaria prefirió transformar en ‘Panteón de la Patria’ al recién reconstruido templo de

* Teniendo en la cuenta que el mes Pradiar (del francés prairie, 'pradera') comenzaba entre el 20 y 21 de mayo de nuestro actual calendario, esta fecha equivaldría al 12 o 13 de junio.

³¹⁸ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 350-351.

Sainte Geneviève (ubicado mucho más al centro de la aglomeración urbana), que construir un cementerio extramuros. Al respecto, el encargado de la sección de historia de la revista catalana *Tiempo*, Luis Reyes, afirmó en su texto “*No hay tumbas para la eternidad*”:

El primer inquilino del Panteón fue Mirabeau, el aristócrata que había iniciado el ataque contra el poder absoluto del rey en los Estados Generales, a quien seguiría Voltaire, el pensador que había fustigado sin piedad a la monarquía absoluta. Pero el principal protagonista de la Revolución Francesa enterrado allí sería Marat, el amigo del Pueblo, el impulsor de la ejecución de Luis XVI, el partidario de la violencia revolucionaria, del terror.

(...) El corazón de Marat ya era reverenciado en un altar cívico en el Club des Cordeliers, y su cuerpo fue trasladado al Panteón en loor de multitudes, en septiembre de 1794. Antes de cinco meses, el 8 de febrero de 1795, la reacción derechista del gobierno termidoriano le despanteonizaba, nuevo verbo inventado para designar la represalia política que persigue a los adversarios hasta la tumba. También fue expulsado de su tumba del Panteón su primer huésped, Mirabeau³¹⁹.

Así las cosas, hasta el propio Voltaire, gran crítico de las prácticas de inhumación al interior de las iglesias y autor de referencia para quienes promovían la creación de cementerios extramuros, no solo fue enterrado en 1776 al interior de la abadía de Scellieres, departamento del Aube (al este de París); sino que con gran pompa fue trasladado al corazón de la capital de los franceses en medio del fervor de la Revolución, tal y como lo narró en su obra clásica “*Bosquejo de los principales acontecimientos de la Revolución Francesa desde la convocación de los Estados-Generales hasta el restablecimiento de la casa de Borbón*”³²⁰, el historiador Jacques-Antoine Dulaure:

Las cenizas de Voltaire descansaban á la entrada de la iglesia de abadía de Scellieres, departamento del Aube. Estando para venderse esta abadía, M. de Villette, esposo de la sobrina de Voltaire, escribió el 15 de marzo de 1791 al Maire de París para que las reclamase. El 8 de mayo siguiente se presentó sobre esto una petición á la Asamblea Nacional, que decretó que el cuerpo de Maria-Francisco Arouet de Voltaire fuese trasladado de la iglesia de la abadía de Scellieres á la de Romilly, y que permaneciese allí hasta que la asamblea resolviese sobre el resto de la petición. El 30 de mayo, visto el informe de la comisión de constitución, decretó la asamblea que siendo Voltaire digno de recibir los honores establecidos para los grandes hombres, se trasladasen sus cenizas de la iglesia de Romilly á la de Santa-Genoveva de París³²¹.

³¹⁹ Reyes, Luis, “No hay tumbas para la eternidad”, *Tiempo* N° 1823, Madrid, 2008. Edición digital.

³²⁰ Dulaure, Jacques-Antoine, *Bosquejo de los principales acontecimientos de la Revolución Francesa desde la convocación de los Estados-Generales hasta el restablecimiento de la casa de Borbón*, Traducido al idioma castellano por D. Domingo Fernández de Angulo, Librería de P. Dupont, París, 1826, 8 volúmenes.

³²¹ Dulaure, Jacques-Antoine, *Bosquejo de los principales acontecimientos de la Revolución Francesa*, Tomo Segundo, 63.

Dulaure dedica buena parte del capítulo II de este Tomo Segundo de su obra, a lo que él denomina la “*Apoteosis de Voltaire*”. Descripción detallada del traslado de los restos y los homenajes que recibió el satírico sabio, a través de los cuales sus devotos seguidores lo llevaron a contradecir con sus restos, lo que tan ilustradamente había afirmado.

Se requirió pues de un hombre como Napoleón, para llevar la teoría a la práctica. Fue así como en 1804, el mandatario de los franceses (meses antes de su coronación como Emperador), le ordenó al Inspector general en jefe de la Segunda sección de los Trabajos públicos del Departamento de la Seine y de la Villa de París, Alexandre Théodore Brongniart, la creación de un cementerio extramuros que dio origen, con el tiempo, al famoso Cementerio de Père-Lachaise³²².

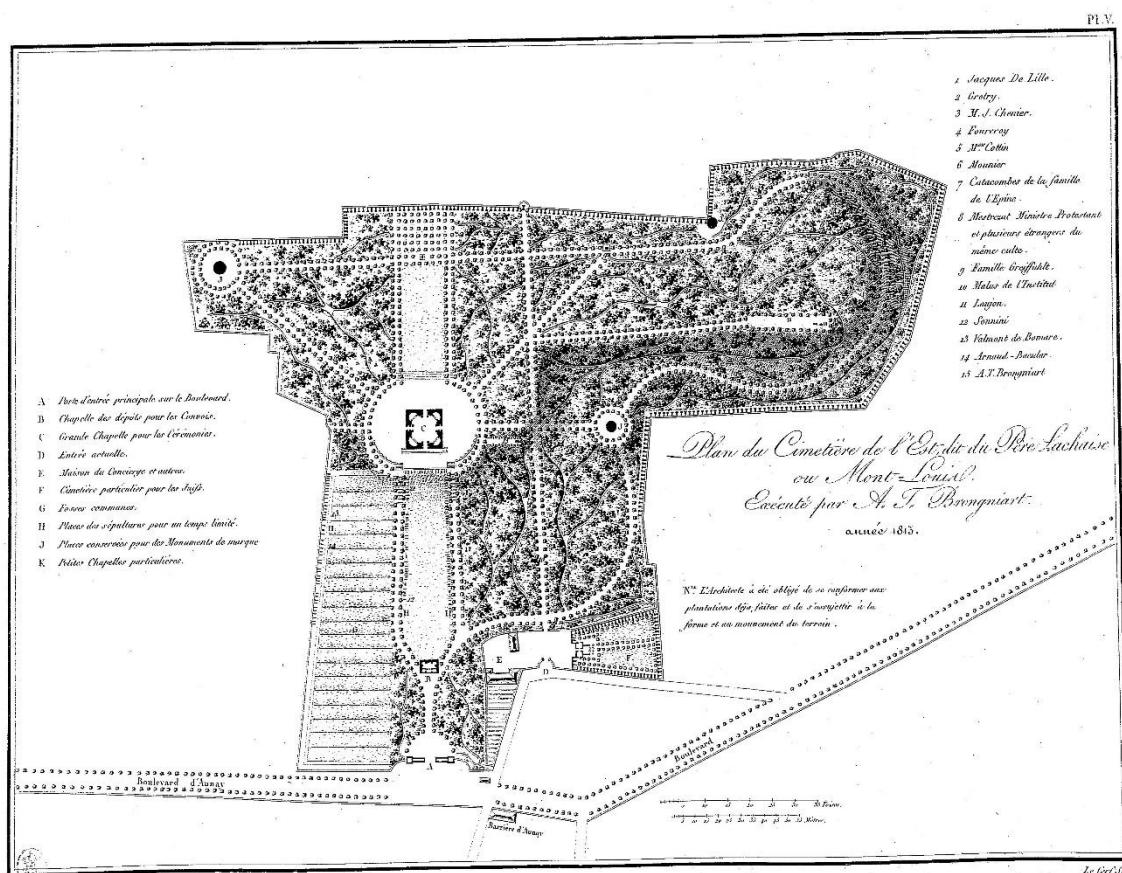


Imagen 17: Plan du cimetière de l'Est, dit du Père-Lachaise ou Mont-Louis. Exécuté par M. A. T. Brongniart en 1813³²³.

³²² Rheims, Nathalie, *Le Père-Lachaise: jardin des ombres*, Éditions Michel Lafon, Neuilly sur Seine, 2014, 221 p.

³²³ Brongniart, Alexandre Théodore, *Plans du Palais de la Bourse de Paris et du cimetière Mont-Louis en six planches. Précédés d'une notice sur ces plans et sur quelques autres travaux du même artiste*, L'Imprimerie de Crapelet, Paris, 1814, Planche V.

Aunque se trató de un proyecto que sufrió múltiples modificaciones a lo largo de los años, desde su creación el cementerio contó con los recursos y el impulso necesarios para que dichos cambios estuviesen más relacionados con ajustes puntuales, ampliaciones y ‘mejoramientos’, que con cierres, excepciones a la norma que reglaba los enterramientos extramuros o limitaciones, como fue común entre las necrópolis contemporáneas a este gigante parisino. Situación que lo convirtió en uno de los referentes principales frente a las construcciones que a lo largo del siglo XIX comenzaron a surgir en París y en toda Europa.

Antes de morir Brongniart, a quien Napoleón premió gracias a su eficiencia en la planeación del cementerio, con el otorgamiento del proyecto de construcción de la Bolsa de París (que hoy inmortaliza su apellido ‘*Palais Brongniart*’); el arquitecto legó a sus sucesores copia de sus diseños y proyecciones del cementerio, los cuales se consideran en la actualidad como valiosas reliquias del estilo neoclásico.

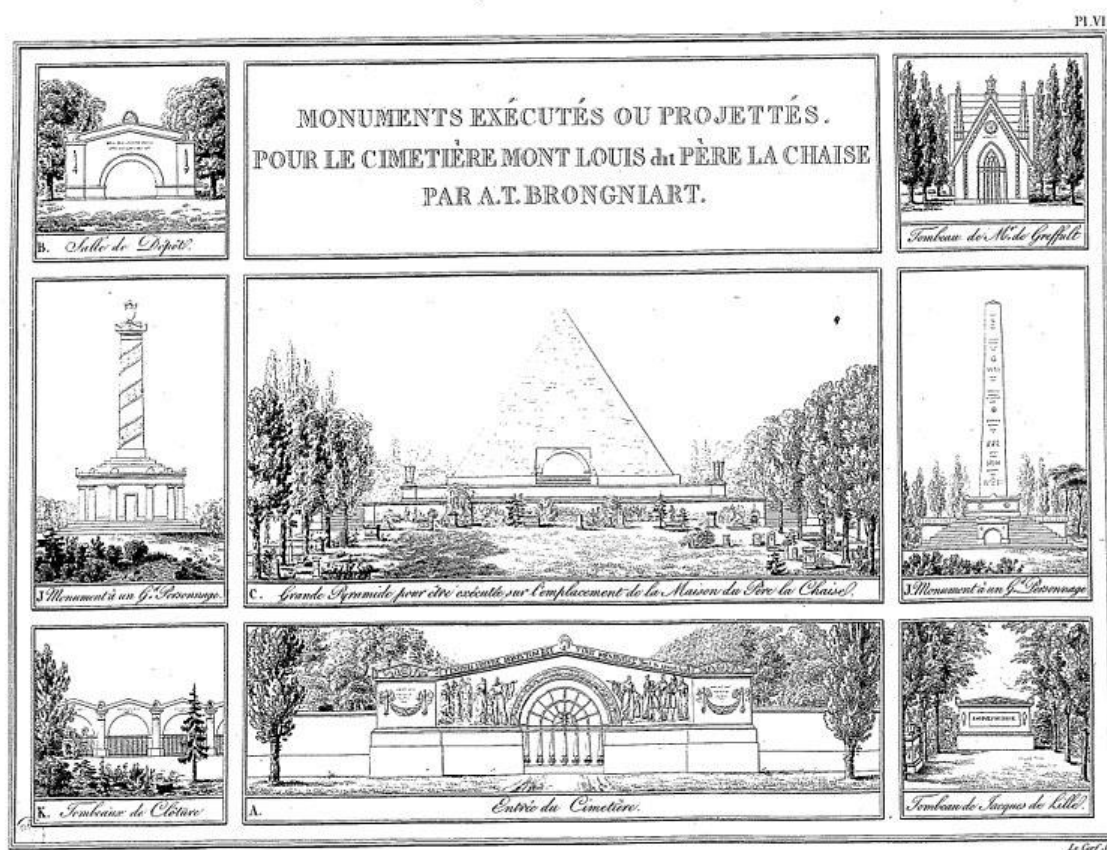


Imagen 18: Monuments exécutés ou projetés pour le cimetière Mont-Louis du Père La Chaise par A. T. Brongniart³²⁴.

³²⁴ Brongniart, Alexandre Théodore, *Plans du Palais de la Bourse de Paris et du cimetière Mont-Louis en six planches*, Planche VI.

En la imagen publicada en 1814, pocos meses después del fallecimiento de Brongniart, se detallan varios espacios que pretendían ornar el cementerio, tales como su entrada (A), la sala de depósito (B), una gran pirámide proyectada sobre la antigua casa del ‘Père la Chaise’ (célebre Jesuita que fungió como confesor de Luis XIV por más de 30 años, quien habitó la propiedad en la que se levantó varias décadas después de su muerte el cementerio), dos diseños de ‘Monumento a un gran personaje’ (no se explicitó para quién), y una edificación denominada ‘Tumbas de clausura’ (J).

Formas y espacios que así no se hayan construido o hayan desaparecido hoy en día en el Père Lachaise, sirvieron de inspiración a muchos arquitectos que replicaron estas enseñanzas en sus trazos y propuestas.

2.2 Los territorios italianos: en busca de un modelo aplicable

En el caso de la región italiana, en 1774 el abogado y catedrático de Historia Eclesiástica de la Universidad de Modena, Scipion Piattoli, publicó su *Disertación sobre el lugar de las sepulturas*³²⁵, escrita por orden del propio Duque de Modena, Francisco III del Este (1698-1780); la cual se dio a conocer en España a través de la obra del matemático Benito Bails, siendo muy bien valorada por los representantes de la Real Academia de la Historia, quienes apuntaron en su informe: “[en esta obra] *está resumido con exquisita erudición y pulso lo perteneciente a ritos funerarios antiguos de todas las naciones, especialmente de las tres de que se compuso la Iglesia en los principios [Judía, griega y romana]; y su disciplina general sobre este punto desde entonces acá*”³²⁶.

Por su parte, el Arzobispo de Milán, Cardenal Guiseppe Pozzoboneli, se pronunció el 16 de marzo de 1776 a favor de la construcción de cementerios y la prohibición de los entierros en las iglesias de su diócesis: “*siguiendo el ejemplo y conformándose a los deseos de su famoso antecesor y restaurador de la disciplina eclesiástica en los tiempos modernos, San Carlos Borromeo, quien encargó frecuente y encarecidamente el restablecimiento de la antigua observancia en sus Concilios y Sínodos*”³²⁷.

³²⁵ Piattoli, Scipion, “Disertación sobre el lugar de las sepulturas”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 1-70.

³²⁶ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXX (prólogo).

³²⁷ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, 43.

2.2.1. Los cementerios de Turín: teoría y legislación ilustrada al servicio del proceso

Un hito más que significativo en este proceso, fue la construcción a las afueras de Turín de dos cementerios públicos en 1777. Iniciativa que provino directamente del Monarca de Cerdeña, Víctor Amadeo III*, y cuyos resultados analizaremos más adelante, pero que motivó la aparición el 25 de noviembre del mismo año, de la Carta Pastoral escrita por el Arzobispo de esta ciudad, Francisco Lucerna-Rorengo de Rorá (compilada también en la obra de Benito Bails³²⁸).

A través de su pastoral (compuesta de 33 artículos, 23 dirigidos a los habitantes de la Metrópoli y otros 10 para los territorios restantes de su diócesis), el Arzobispo de Turín enunció: “*las reglas que deben observarse para el entierro de los cadáveres, y las excepciones respecto a las personas que no deben sepultarse en el cementerio público*”³²⁹.

En palabras de Calatrava:

Desmarcándose un tanto de la apoyatura histórica buscada por los autores antes citados, el Arzobispo de Turín no duda en reconocer que no siempre estuvo en vigor la prohibición de enterramiento extramuros y busca basar su actuación no tanto en el recurso a la historia cuanto en la necesidad de solucionar problemas de la ciudad contemporánea. Es la suya una postura pragmática, un intento de dictar normas exigidas simplemente por una situación presente en la que la iniciativa regia ha marcado ya el tono, como queda claro en la exposición de motivos (en la cual, además, de modo significativo, se alude ya a estos nuevos cementerios con adjetivaciones tradicionalmente reservadas a las grandes obras civiles)³³⁰.

Ese pragmatismo del que habla Calatrava, queda en evidencia cuando Lucerna afirma en su carta: “*No nos mueve a ello [a la creación de cementerios] la inclinación a novedades, sino la honra y decoro de las iglesias, el bien público y el deseo de asegurar en lo posible que sean más frecuentados los templos*”³³¹.

Igual de enfático fue el tono de Víctor Amadeo III en su Real Cédula, firmada también el 25 de noviembre de 1777, pero desde la cercana ciudad de Moncalier; quien al conocer

* Rey de Cerdeña entre el 20 de febrero de 1773 y el 16 de octubre de 1796. Dicho Monarca estaba casado con doña María Antonia Fernanda de Borbón, hija de Felipe V de España y de Isabel Farnesio, y por tanto era hermana directa de Carlos III. Esto explica en parte las buenas relaciones que para época de este proceso se tenía entre las dos casas reales, pese a sus enfrentamientos a lo largo de las primeras décadas del siglo XVIII, en especial en el contexto de la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748).

³²⁸ Lucerna, Francisco, “Carta Pastoral”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 210-263.

³²⁹ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, 42-43.

³³⁰ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 363-364.

³³¹ Lucerna, Francisco, “Carta Pastoral”, en Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 244.

que ya eran una realidad los cementerios de Turín, prohibió taxativamente las inhumaciones intramurales bajo las siguientes condiciones:

... reclamando la observancia de lo dispuesto en las antiguas leyes, las cuales prohibían, baxo graves penas, sepultar los cadáveres en las ciudades y demás poblaciones: por lo qual, después de haber hecho construir cerca de los arrabales, llamados del Po y de Dora, dos cementerios espaciosos separados, pero no muy distantes de las murallas de la ciudad de Turín, hemos determinado dar para la expresada nuestra metrópoli y sus arrabales las siguientes providencias, reservándonos extenderlas a las demás ciudades y territorios de nuestros dominios, luego que se hallen en estado de ponerlas en práctica; en cuya consecuencia, por la presente ley (...). No se podrá sepultar cadáver alguno dentro del recinto de la Ciudad de Turín, ni en sus arrabales; y todas las personas que fallezcan, así en estos como en dicha ciudad, de cualquier clase o condición que sean, exceptadas solamente las que abaxo se explicarán, deberán ser conducidas a los nuevos Cementerios, donde serán enterradas, conforme al señalamiento que se hará. (...) Dexamos al cargo de nuestro Senado de Piamonte el cuidado de prescribir las reglas que hayan de observarse en orden al método y tiempo de conducir los cadáveres a los nuevos cementerios, y de dar las demás providencias que tenga por convenientes para el puntual cumplimiento de nuestra Real determinación³³².

Solo quince días tardó el Senado para dar cumplimiento a los deseos del Monarca, pronunciándose a su vez el 11 de diciembre de 1777, ofreciendo uno de los manuales más claros que hayamos podido recopilar hasta el momento, acerca del método de traslado de los cadáveres a las nuevas instalaciones funerarias y los condicionamientos básicos del mismo:

No se podrá conducir a los cementerios públicos cadáver alguno, sin estar colocado, y bien cerrado, en una caja, que deberá suministrar la familia del difunto; y para los pobres de solemnidad habrá en cada Parroquia de la ciudad una o más caxas comunes, destinadas para conducir sus cadáveres.

Desde la pieza de depósito, establecida en cada Parroquia, se transportarán directamente los cadáveres, sin gasto alguno de los particulares, al Cementerio destinado en un carro de quatro ruedas, construido a modo de féretro, y cubierto decentemente.

A nadie se impedirá mandar, que su propio cadáver ó los de su familia sean conducidos á los Cementerios públicos en coche, sillas de manos, ó de otro modo decente, con tal que esto se execute privadamente, sin rumor, y a la hora prescrita.

El tiempo destinado para trasladar los cadáveres a las sepulturas públicas ha de ser indefectiblemete en los meses de Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero antes de las ocho de la mañana: en los de Marzo, Abril, Septiembre y Octubre antes de las seis y media; y en los de Mayo, Junio, Julio y Agosto antes de las cinco, también de la mañana.

Últimamente mandamos, que ningún cadáver pueda ser encaxonado, ni llevado a la sepultura hasta pasadas veinte y quatro horas desde el punto en que se crea haber fallecido, y de quarenta y ocho si la muerte ha sido repentina, precediendo también necesariamente, respecto de estos, el

³³² Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 84-85.

reconocimiento de los Médicos destinados a este fin; y los que contravengan a este artículo, incurrirán en las penas que nos parezcan convenientes³³³.

Y es que, como se verá más adelante cuando pasemos a analizar la compleja situación de Turín al momento de tomar estas trascendentales medidas; los cementerios creados fuera de sus muros perimetrales, sirvieron para frenar la acumulación de cadáveres que se venía presentando en los templos de esta ciudad, lo que había hecho inaccesibles a muchos de estos espacios como consecuencia de los malos olores que expelían.

Regresando al contenido de la Carta Pastoral, es interesante resaltar como, según Calatrava, Lucerna contradijo lo dispuesto por el Arzobispo de Toulouse un año antes, al promover *“la privatización del espacio de la muerte, mediante la construcción de tumbas suntuosas o panteones familiares que, sustituyendo a las antiguas capillas funerarias, reintroducen – al contrario de lo que anhelaba Lomenie de Brienne- la desigualdad incluso después de la muerte”*³³⁴.

Aun desconociendo si estos dos prelados, con lenguas, jurisdicciones eclesiásticas y coronas diferentes, conocían lo dispuesto por el otro; esta diferencia remarcada por Calatrava nos deja en evidencia la inexistencia de un solo modelo teórico y las diversas construcciones discursivas que coincidieron en una Europa Católica afectada por problemáticas similares. Versiones que circularon al tiempo, al menos en su versión en castellano, gracias a la obra del matemático Bails³³⁵, siendo tenidas en cuenta por el equipo que, con el auspicio de Carlos III, estaba construyendo la versión hispana de dichas regulaciones.

Concluyó Juan Antonio Calatrava su análisis de la compilación de textos realizada por Benito Bails, con una crítica directa a lo dispuesto por el Arzobispo de Turín: *“La misma ‘vanidad de los grandes’ que se consideraba abusiva aplicada al interior de las iglesias encuentra ahora razón de ser en los nuevos cementerios públicos, si bien sometida ahora a un cierto control público y eclesiástico”*³³⁶.

A través de este juicio emitido en 1991, el arquitecto español dejó en claro su afinidad teórico-académica a lo propuesto por Lomenie de Brienne 225 años antes (versión que, vale la pena afirmar, fue la más cercana al modelo hispano que surgió a partir de las Reales

³³³ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 87-88.

³³⁴ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 364.

³³⁵ Bails, Benito, *Pruebas de ser contrario a la práctica*, 263 p.

³³⁶ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 365.

Cédulas de 1787 y 1789). A lo largo de este trabajo (en especial cuando analicemos el modelo implementado en Lima) dejaremos en evidencia la sabiduría de Lucerna-Rorengo de Rorá cuando en 1777 trató de teorizar acerca de la importancia de estratificar los nuevos espacios funerarios, con el fin de aminorar las resistencias que iban a presentarse frente a los cambios propuestos.

2.2.2. El Duque de Villahermosa y los cementerios de Turín: análisis crítico de un modelo a seguir y a mejorar

Una de las características más relevantes del periodo de la ilustración, es que no solo se ha podido verificar cómo circulaba la información, sino cómo esta se complementaba a través del análisis de los datos y su adaptación a contextos diferentes o, como en este caso, se hacía un ejercicio de evaluación crítica tras el implacable paso del tiempo, el cual saca siempre a relucir las ‘bondades insospechadas de la praxis’ y los ‘eruditos errores de la teoría’.

En este sentido, revisaremos a continuación los aspectos logísticos de la aplicación de las normativas que fueron evaluados por el Duque de Villahermosa³³⁷, quien tuvo la ocasión de conocer y escribir sobre estos cementerios cuatro años después, cuando ya la práctica había obligado a efectuar muchas modificaciones al sistema teorizado y reglamentado por el Monarca, el Arzobispo y el Senado de Piamonte.

Partiendo de la Carta Pastoral del Arzobispo, se sabe que el original fue remitido al Consejo el 1º de agosto de 1781 por el *Embajador de Su Majestad* en dicha ciudad, XI Duque de Villahermosa (Juan Pablo de Aragón-Azlor y Zapata de Calatayud), como documento anexo al informe *Noticias y Reflexiones del Excelentísimo señor Duque de Villahermosa, sobre los cementerios fuera de los poblados y en especial de los establecidos extramuros de Turín*³³⁸, que fue recogido y publicado en su totalidad por la Real Academia de la Historia como anexo a su informe que se hizo público en 1786.

Este documento merece un análisis concienzudo, toda vez que se trata de la evaluación de un sistema recién implementado y que, gracias a los comentarios ilustrados del

³³⁷ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, Apéndice.

³³⁸ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, Apéndice.

Duque de Villahermosa, pretendió dar pistas claras acerca del modo más adecuado de intervenir esta problemática en la jurisdicción de la Corona Española. No es gratuito entonces que, en la introducción al Informe de la Real Academia, su relator se refiera a este trabajo como: *“Obra del celo e ilustración del mismo Duque; corta en extensión, pero muy importante por su contenido, y por las especies que encierra para llevar a efecto con feliz éxito este proyecto”*³³⁹.

La reflexión con la que de Villahermosa inicia sus noticias, es una máxima aplicable a buena parte de los desarrollos humanos: *“Las grandes innovaciones raras veces se deben a la razón y a la filosofía: siempre son efecto de una necesidad”*³⁴⁰. Y es a la necesidad apremiante de solucionar la problemática acumulación de cadáveres, a lo que atribuye el Duque la creación de los dos cementerios de Turín:

No hay en ella [en Turín], sin duda, más luces, más actividad ni más inteligencia que en París. Sin embargo, por más que se ha intentado en dicha capital; por más que el Parlamento lo ha mandado; por más que se han tomado algunas providencias relativas a aquella; y por más que se ha multado a algún Cura, que ha contravenido a ellas y que ha sido acusado; todo permanece poco más o menos en el mismo estado en que se hallaba hace cincuenta años: al mismo tiempo que en Turín lo mismo ha sido intentarlo que ponerlo en ejecución, a pesar acaso, de más resistencia del público que son muy ajenas de mi intento³⁴¹.

El Duque, quien parece conocer de primera mano no solo la situación y la legislación, sino también los pobres resultados que habían tenido hasta ese momento las medidas en torno al lugar de las sepulturas en la capital de los franceses; procedió a explicar el porqué de esta celeridad en la concepción y aplicación de las medidas en Turín. Es por esto por lo que, continuando con su paralelo con París, apuntó Villahermosa:

La razón de esta disparidad es muy sencilla. París está fundada en una llanura inmensa, ventilada por todas partes de los aires, de modo que ni la inmundicia de las calles (muy descuidadas en el día) ni la corrupción de los cadáveres exhalan constantemente bastante cantidad de vapores mefíticos para que sea visible el perjuicio que ocasionan. Se siente sí la infección en las iglesias parroquiales, pero no sale de allí. Turín al contrario situado en un valle rodeado por una parte de montañas inaccesibles y por otra de colinas bastante altas para impedir el círculo de aire, no tiene ventilación alguna; a lo cual se añade que estando cultivadas todas las tierras circunvecinas en prados que se riegan muy a menudo, es muy grande la humedad que se nota en la atmósfera, de modo que junto con el calor excesivo que hace en muchos meses del año, y con la ninguna

³³⁹ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXVIII (prólogo).

³⁴⁰ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, I (Apéndice).

³⁴¹ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, I-II (Apéndice).

ventilación que hay en todos, se adelanta la corrupción, y por consiguiente es mayor la cantidad que se exhala al mismo tiempo de vapores nocivos³⁴².

Es así como para el Duque de Villahermosa, de poco o nada sirven las leyes y los debates, sino están respaldadas por acciones efectivas y el rigor necesario para hacer cumplir las nuevas normativas. Aspectos en los que la necesidad y pertinencia de las medidas, deben ser refrendadas por la misma comunidad que, a pesar de su resistencia natural al cambio, rápidamente podía evidenciar la justicia y oportunidad de las medidas tomadas.

Y es que, según el relato de Villahermosa, la situación en Turín ya había sobrepasado los límites de tolerancia y era forzoso el rápido tránsito a la acción:

Se me ha asegurado que en una casa de un caballero principal de ella, situada en frente de una parroquia, era tal el hedor de los cadáveres que se sentía en los cuartos que no se podía vivir en ellos. Con todo la distancia que hay desde la iglesia a la casa deber ser tanta o poco menos de la anchura de la calle de Alcalá por la parte de las Baronesas*, pues hay de por medio una calle en que caben anchísimos tres coches, la plazuela, y el pórtico de la iglesia, y esta se halla situada entre dos calles anchas y que se cruzan en ángulo recto. Un inconveniente tan notable, junto con los que nadie ignora, obligó a practicar el establecimiento de que se trata, pues se puede decir que era necesario o que los vivos o los muertos desamparasen la ciudad; y no era dudosa la elección entre estos dos extremos³⁴³.

Para explicar la solución que se dio a esta problemática, Villahermosa adjuntó un esquema en el cual graficó la disposición de los dos cementerios y la distribución de sus espacios (al cual no se ha podido acceder hasta el momento), pasando luego a evaluar los resultados que se habían tenido tras cuatro años de su implementación (1777-1781). En ese sentido, sus aportes estaban cargados de la experiencia recogida de primera mano, complemento fundamental para quienes solo habían imaginado y teorizado acerca de las factibles soluciones a problemáticas similares.

Turín se convirtió así, gracias a los aportes ilustrados del Duque de Villahermosa, en una especie de conejillo de indias que aportó a través de los logros obtenidos y los errores evidenciados, valiosa información para el equipo ilustrado de Carlos III.

³⁴² Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, II-III (Apéndice).

* Referencia urbana relacionada con el ‘callejero’ de la ciudad de Madrid en el siglo XVIII.

³⁴³ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, III (Apéndice).

Para la mejor inteligencia de la disposición de estos cementerios se incluye el plan de uno de ellos, tanto del piso principal como del soterráneo [subterráneo]. Están en él anotados con sus números los diferentes sepulcros de que hace mención el reglamento* [expedido también en 1777 y adjuntado por el Duque, pero que no fue incluido en el texto de la Real Academia] para los eclesiásticos y personas distinguidas [esta distinción figura en la Carta Pastoral anteriormente mencionada]; pero debo advertir que en cuanto a distribución de bóvedas hechas a cada parroquia según el número de sus feligreses no se ha seguido lo dispuesto, por el inconveniente de tener que abrir diariamente la mas de ellas; de donde resulta algún bastante considerable feto [hedor], lo cual se ha precavido no teniendo sino una abierta en cada cementerio de que se sirven indiferentemente todas las parroquias (observando lo prevenido en el Ritual Romano) y de que se usa hasta que se llena³⁴⁴.

Ante la imposibilidad de conocer el plano original, nos acogemos a la descripción que del él hizo la profesora del Área de Historia del Arte de la Universidad de Oviedo, Carmen Bermejo Lorenzo, quien pudo conocerlo y lo describe desde el punto de vista arquitectónico:

“Un cementerio de planta rectangular que al interior presenta, a modo de claustro, cuatro crujías cubiertas con arcadas de medio punto y a un agua. Bajo estas se sitúan una serie de criptas abovedadas en las que se enterraban los cadáveres de las familias particulares. El patio central, sin cubrir, se hallaba dividido en una retícula cuyo elemento central era un pozo para desagüe y sumidero de las aguas alrededor del cual se disponían las criptas”³⁴⁵.

En cuanto a la obra de infraestructura como tal, Villahermosa la describe al tiempo que la critica, aportando los correctivos que desde su óptica se debían tener en cuenta al momento de construir un cementerio en España.

En cada una [bóveda] caben mil cadáveres. He dicho abierta porque no está cerrada como las ya llenas a las cuales cubre primero una loza: después una capa de tierra: luego una tapa de madera y hierro que cubren con tierra. A cada lado de la entrada del cementerio hay dos salas pequeñas donde se deben poner con algún orden las calaveras y huesos que se saquen de las bóvedas; y aunque sin necesidad ya he visto han puesto algunos, sin duda antes de tiempo; lo que hace aquellos lugares bastante infectos³⁴⁶.

La descripción de Villahermosa deja en evidencia otro asunto que debían resolver los reformistas ilustrados frente al tema de las sepulturas. No se trataba solo de buscar un mecanismo para garantizar que los cadáveres se descompusieran fuera de los templos, sino

* Este texto lo transcribimos en el apartado anterior, gracias a su publicación por parte de Fray Miguel de Azero y Aldovera en el Tratado de los funerales y de las sepulturas.

³⁴⁴ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, IV (Apéndice).

³⁴⁵ Bermejo Lorenzo, María del Carmen, *Arte y arquitectura funeraria: los cementerios de Asturias, Cantabria y Vizcaya (1787-1936)*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1998, 51.

³⁴⁶ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, IV-V (Apéndice).

para que los espacios seleccionados, no terminaran rápidamente llenos; a la par que se debía dar cabida a los restos óseos que surgieran de las ya mencionadas ‘mondas’ en las iglesias y conventos, así como en los nuevos espacios funerarios. Frente a esta problemática, ya mencionamos la experiencia del Arzobispo Josep Climent i Avinent en Barcelona, quien, si bien no consiguió mucho frente al traslado de los cadáveres, al parecer sí obtuvo resultados en cuanto a la ubicación de centenares de huesos y calaveras que afloraban a cada paso en templos y conventos de la ciudad*.

Al respecto, el historiador valenciano José Luis Santonja Cardona aportó en uno de sus trabajos un ejemplo que puede dar luces a esta problemática. Según él, tras la clausura de un antiguo templo en la localidad de Alcoy, el cual al parecer tenía en uno de sus costados un área que cumplía funciones de cementerio; la situación de insalubridad llegó al límite que en 1757 el cabildo municipal se vio forzado a promover la apertura de “*fosas comunes dentro de la capilla de la cofradía de la Asunción, sita delante de este cementerio*”³⁴⁷, al estar dicho camposanto “*sin cerco, entrándose en él los perros y demás animales y sacando [los huesos de los cadáveres] para roerlos fuera de dicho sitio*”³⁴⁸.

Aunque, como ya se dijo, desconocemos los planos remitidos por Villahermosa, de acuerdo con su descripción es previsible que las bóvedas a las que hace referencia el Duque estuvieran diseñadas de tal manera que no fuese posible el ingreso (o si se diese este, al menos no la salida) de perros y cerdos ambulantes que pudiesen profanar los restos y, mucho menos, salir con su apetitoso botín. Seguramente, en su diseño se partió de un modelo anterior del que sí sobreviven esquemas descriptivos: el cementerio de las 366 fosas de Nápoles, el cual analizaremos en nuestro siguiente apartado.

Uno de los aspectos que evalúa mejor Villahermosa, es el de la escogencia del sitio para la construcción de los cementerios, el cual debía estar fuera del perímetro urbano, pero no muy distante de la ciudad, pues esto aumentaba los costos de traslado de los cadáveres y las resistencias de la comunidad ante la expulsión drástica de los cuerpos de sus seres queridos. Frente a esto aclaraba: “*La ciudad ha suministrado el terreno en que se han*

* Ver el apartado 1.2.1 El Arzobispo Josep Climent i Avinent y el primer cementerio de Barcelona.

³⁴⁷ Santonja, José Luis, “La construcción de cementerios extramuros”, 40.

³⁴⁸ Archivo Municipal de Alcoi, Libro de cabildos, cabildo del 31 -XII-1757. Citado por: Dávila Linares, Juan M., “El urbanismo y la ciudad de Alcoy en el siglo XVIII”, *Revista de Fiestas de Alcoi*, Asociación de San Jorge, Alcoi, 1988, 155 en Santonja, José Luis, “La construcción de cementerios extramuros”, 40 (El texto entre corchetes es, posiblemente, de Santonja).

construido los dos edificios que estarán distantes de las puertas de la ciudad 300 pasos geométricos”³⁴⁹.

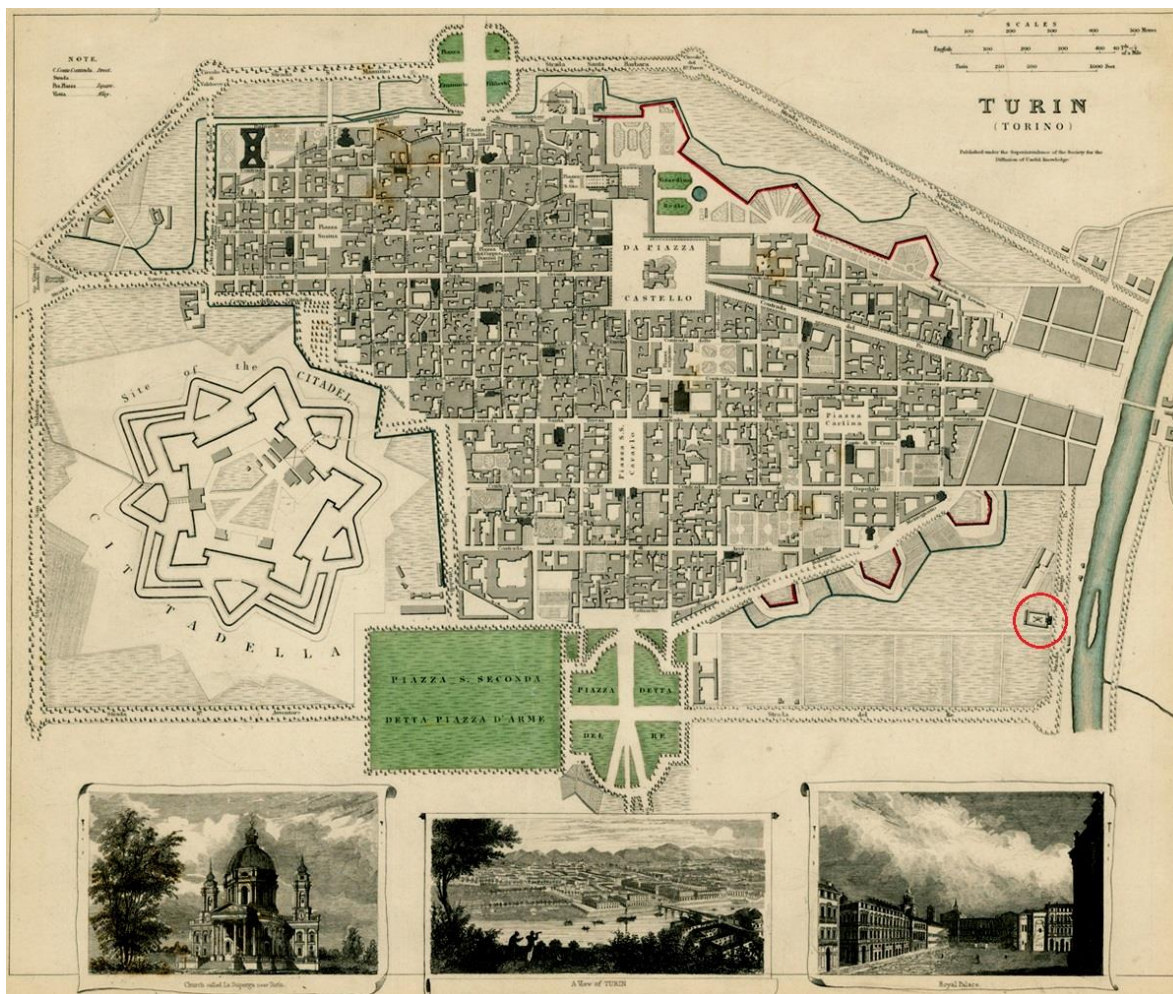


Imagen 19: Plano de Turín publicado en 1833 para la guía SDUK³⁵⁰. En el círculo rojo, hemos señalado el posible emplazamiento de uno de los cementerios (el ubicado cerca al cauce del río Po), del otro cementerio, descrito como aledaño al cauce del río Dora (en la parte alta del mapa), no se ha ubicado rastro alguno.

Aunque no se ha podido localizar cartografías de finales del siglo XVIII o principios del siglo XIX en las que aparezcan las dos estructuras referidas, en la guía que publicó en el año 1833 la Society for the Diffusion of Useful Knowledge- SDUK (Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles), se puede ubicar el que podría ser uno de estos

³⁴⁹ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, V (Apéndice).

³⁵⁰ W.B. Clarke, *Turin. Torino. Published under the superintendence of the Society for the Diffusion of Useful Knowledge*, Society for the Diffusion of Useful Knowledge- SDUK, Londres, 1833.

cementerios a un costado del cauce del río Po, sin que se le añada leyenda explicativa, pero con unas tibias y una calavera que poco se prestan para equívocos a la hora de marcar la presencia de un cementerio.

De ser este uno de los cementerios contruidos, su condición extramural era clara, lo que exigía un celo importante por parte de las personas encargadas, así como de las adecuaciones logísticas que favorecieran la nueva práctica funeraria. Situación que, al parecer, les jugó una mala pasada a los encargados del primer cortejo que se desplazó a uno de los nuevos camposantos. Al respecto Villahermosa narra: *“se deben siempre tomar las mayores precauciones en la conducción de los cadáveres, pero en especial al principio, pues aquí habiéndose roto el carro que condujo al primer cadáver, dio no poco que murmurar a las gentes”*³⁵¹.

Frente a la logística que implicaba el traslado y la implantación de las nuevas normativas, lo que debemos entender como la puesta en práctica del reglamento dado por el Senado de Piamonte (transcrito en el subcapítulo anterior), el ilustrado Duque ahondaba en detalles:

Es de cuenta de la ciudad la conducción de cadáveres desde las parroquias, y la manutención de los carros; pero ha dado en asiento con esta carga la provisión de féretros, los cuales se pagan a un precio fijo e igual que es de cuatro libras de esta moneda [libra turinesa, la cual Villahermosa tasa, cada una, en cuatro reales españoles y medio]. En las demás ciudades y lugares, donde no pueden hacerse gastos correspondientes a los de la capital, se han destinado simples cementerios o campo santos, y sin embargo de la oposición que tuvo esta innovación en el espíritu de muchos, no ha tardado en reconocerse la utilidad y aplaudirse generalmente tan acertada disposición³⁵².

Situación que adaptaba a paso seguido a las condiciones de las provincias hispanas, a las que consideraba como las directas beneficiarias del modelo que enviaba al Monarca: *“En muchos parajes de España se pudieran aplicar a este establecimiento algunas de las ermitas contiguas a los poblados, lo que aquí se ha hecho o se debe hacer en algunos pueblos, para que sirviesen de capilla”*³⁵³.

³⁵¹ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VI - VII (Apéndice).

³⁵² Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, V-VI (Apéndice).

³⁵³ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VI (Apéndice).

Consciente de la importancia del ejemplo que remitía para ser discutido y tenido en cuenta en medio del debate ilustrado que estaba promoviendo Carlos III entre la comunidad ilustrada hispana, Villahermosa no dudó en sugerir modificaciones a los planos remitidos por él, así como en transmitir los aprendizajes que generaba un proceso de la trascendencia del referenciado: *“Pudiendo juzgarse conveniente que el plan adjunto sirva de norma para la formación de otros, creo oportuna la advertencia que se ha hecho aquí, de que convendría que la iglesia o capilla se hallase situada en el cuerpo de la fachada exterior del edificio. Con esto se evitaría a los fieles concurrentes a ella el paso por la lonja, debajo y al lado de la cual están los sepulcros”*³⁵⁴.

En cuanto a las condiciones de inclusión y exclusión en estos cementerios, más allá de los anacrónicos reparos que el arquitecto Calatrava hace en su texto sobre la inconveniencia de la creación de espacios especiales para las élites (apenas mencionados por Villahermosa y descritos someramente por María del Carmen Bermejo, por lo que no existe constancia de su plena operatividad en 1781)³⁵⁵; el Duque menciona que: *“Cuando se introdujo este nuevo establecimiento el Secretario de Estado declaró a los Embajadores y Ministros extranjeros, que aunque les deseaba a todos larga vida, si acaso alguno falleciese aquí, no se haría novedad alguna en cuanto a sus personas”*³⁵⁶.

No quedaba claro cómo sería ese espacio (ni como era, si es que al momento de escribir su ‘Noticia’ ya se había inaugurado ese sector de dignatarios), pero el hecho de no hacer excepciones parecía motivar a Villahermosa, a quien ya hemos mencionado exaltando la decisión y el empeño de los encargados de hacer cumplir las nuevas prerrogativas.

De igual manera, describió los lugares a los que eran conducidos quienes, por su condición o las circunstancias de su muerte, no tenían acceso a ninguno de los cementerios (al menos a sus espacios consagrados y bendecidos): *“Junto al uno de los dos cementerios y fuera de su recinto hay una sepultura destinada para los párvulos que han muerto sin recibir*

³⁵⁴ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VI (Apéndice).

³⁵⁵ Calatrava, Juan Antonio, “El debate sobre la ubicación de los cementerios”, 365.

³⁵⁶ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VII (Apéndice).

el bautismo, y para los que no se juzgan dignos de ser enterrados en tierra sagrada. Cerca de él y en igual disposición se ha abierto otra sepultura para los que mueren ajusticiados”³⁵⁷.

Por último, pero no menos importante, debemos resaltar la enumeración de gastos que hizo el Duque de Villahermosa frente a la construcción y operación de los cementerios de Turín, lo cual nos permite hacernos a la idea del costo económico que conllevaba la aplicación de las medidas ilustradas frente a esta problemática, aspecto que, como veremos más adelante en este trabajo, lastró el proceso de implementación de las medidas en los territorios hispanos: *“Se regula que han costado los dos cementerios (que aquí llaman impropriamente cenotafios) quinientas mil libras de esta moneda, cuyo fondo se ha sacado de los caudales de los Regulares de la extinguida Compañía*. (...) Hay un solo capellán en cada cementerio; y su dotación sale del mismo depósito, como igualmente las sumas necesarias para los reparos que se ofrecen*”³⁵⁸.

No deja de ser llamativa la fuente principal de financiación de las obras de los cementerios de Turín (los recaudos provenientes de la venta de los Bienes de la Compañía de Jesús), idea que no podía ser trasplantada al territorio hispano, toda vez que la expulsión de los Jesuitas tuvo lugar una década antes (1767) de la construcción de dichos camposantos en esta ciudad italiana. Es por esto que la propuesta de Villahermosa se centra en canalizar los montos correspondientes a los derechos de sepultura (que acaparaban las iglesias y conventos) y el rubro de Propios que administraban los cabildos:

Pagándose en muchas partes de España, y tal vez en todas, el derecho de sepultura en las iglesias, en algunas de las cuales es excesivo; moderándolo, podría servir su producto para la manutención, y gastos de los cementerios de que se trata. Si esto no sufragase se pudiera suplir lo demás de los Propios, que siendo contribuciones voluntarias que en otro tiempo se impusieron los pueblos, parece se debe invertir lo que reditúan en beneficio de los mismos³⁵⁹.

Esta idea, por coincidencia de criterios administrativos (no podemos dejar de lado el alto perfil del equipo que asesoraba al Monarca) o partiendo de las sugerencias y la

³⁵⁷ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VII (Apéndice).

* La Compañía de Jesús fue suprimida en agosto de 1773 a través de la breve Dominus ac Redemptor, en la que, además, el Papa Clemente XIV decretaba la conversión de los jesuitas en miembros del clero secular.

³⁵⁸ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, V (Apéndice).

³⁵⁹ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VII (Apéndice).

experiencia del Duque, fue incluida en buena medida en la Real Cédula de 3 de abril de 1787, la cual indicó en su punto V:

Con lo que se resolviese o resultase se procederá a las obras necesarias, costeándose de los caudales de Fábrica de las Iglesias, si los hubiere; y lo que faltare se prorrateará entre los partícipes en Diezmos, incluso mis Reales Tercias, Excusado, y fondo Pío de Pobres, ayudando también los caudales públicos, con mitad o tercera parte del gasto, según su estado, y con los terrenos en que se haya de construir el Cementerio, si fuesen Concegiles, o de Propios³⁶⁰.

En cuanto a la pervivencia de estos dos cementerios, es significativo anotar que pese a la amplia difusión que tuvo la noticia de la construcción de estos en España y al valioso aporte que hizo al proceso el Duque de Villahermosa al contrastar las promesas con las realizaciones, poca parece haber sido la trascendencia que le dieron a estos espacios fúnebres los habitantes de Turín, pues no hemos encontrado a la fecha trabajos (más allá de los ya mencionados y vinculados todos con su creación) que los describan en funcionamiento o cartografías que los referencien.

En cuanto al espacio funerario presente en la cartografía de 1833, ¿Se trata del cementerio sobreviviente de los dos creados a finales de la década de 1770? ¿Es otro cementerio creado años más adelante en reemplazo de los anteriores? ¿Uno de ellos que fue modificado? Preguntas que quedan en el aire, pero que no es menester de este proyecto esclarecer, toda vez que fue la teoría y jurisprudencia en torno a su creación, y los consejos a tener en la cuenta en la implementación de ideas semejantes en la península Ibérica, la que nos hizo acercarnos a estas bellas pero distantes tierras en relación con nuestro tema de investigación.

2.2.3 El Cementerio de las 366 fosas de Nápoles: entre la arquitectura funcional y la estadística

En su tesis doctoral, Ciro Caraballo Perichi hace alusión al que pudo ser uno de los referentes directos de los cementerios de Turín en cuanto a su diseño, como es el caso del Cementerio de las 366 fosas de Nápoles, citando como referencia el trabajo del profesor de diseño de la Arquitectura Paolo Giordano, de la Seconda Università di Napoli³⁶¹:

³⁶⁰ Real Cédula de Carlos III del 3 de abril de 1787, en Viñes, José Javier, *La Sanidad española en el siglo XIX*, Anexo 16, 695.

³⁶¹ Giordano, Paolo, *Il disegno dell'architettura funebre: Napoli-Poggio Reale, il Cimitero delle 366 fosse e il Sepolcreto dei colerici*, Alinea Editrice, Florencia, 2006, 494 p.

Para el caso napolitano [Ferdinando] Fuga realiza un ejercicio único que combina la austeridad de la propuesta con un sentido sanitario, amén de simbólico, que será propio de la arquitectura ilustrada temprana. En el patio, el arquitecto desarrolla en una cuadrícula regular de 360 hipogeos en forma de botella, cámaras sepulcrales verticales e individuales, compuestas de un foso de pudrición de seis metros de profundidad y una cámara de restos áridos de dos metros de profundidad. A los mismos se accedía al nivel del patio por una estrecha boca cuadrada, cubierta por una simple losa de piedra, cada una con el número correspondiente y argollas para levantarlas. Cada fosa fue pensada para ser usada un día del año, por lo que para completar las 360 del patio, en el cuerpo de acceso, a lado y lado del vestíbulo, colocó otras tres fosas, completando con ello los 365 días del año y el día adicional de los bisiestos. Esto permitía asegurar que cada fosa no se abriera sino sólo una vez, teniendo así tiempo los cadáveres en descomponerse sin afectar los aires³⁶².

Para explicar mejor este complejo diseño, es preciso recurrir al gráfico ofrecido por el profesor Giordano en su libro:

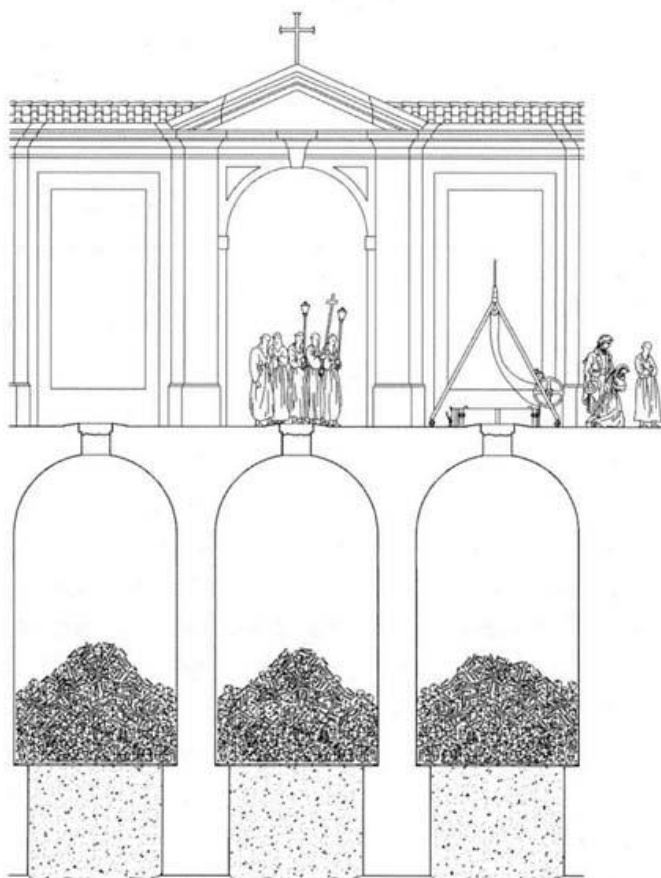


Imagen 20: Cementerio de las 366 fosas de Nápoles, diseñado por Ferdinando Fuga³⁶³. En él se pueden apreciar tres fosas, lo que equivaldría a los espacios para depositar los cadáveres de tres días del año.

³⁶² Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 145.

³⁶³ Giordano, Paolo, *Il disegno dell'architettura funebre*, 130.

Tal orden generaba retos logísticos, como el de hacer descender a los cadáveres a la fosa de manera digna y delicada, para lo cual se creó una especie de trípode del cual pendían las cuerdas con las que se bajaba el cuerpo a lo profundo de la fosa (ver el costado derecho de la imagen). De igual manera, los encargados de la administración del espacio se veían en la necesidad de contar con un personal lo suficientemente estricto y ordenado, que siguiera la cronología bajo la que fue concebido el espacio, lo cual exigía un método y que estaría sujeto al peso estadístico de las fluctuaciones de la muerte.

Con seguridad, al abrir cada día del año una fosa distinta (en el caso de que llegasen nuevos cadáveres, lo cual es muy factible, por su condición de ‘cementerio de pobres’), los encuentros con las exhalaciones acumuladas dependerían de la coincidencia de muchas o pocas muertes en ese día en particular a lo largo de la historia del espacio. Algo de lo que, desafortunadamente, no se tiene mucho registro, pues la historiografía es escasa y los trabajos que se encuentran están más centrados en su diseño arquitectónico, que en los resultados que esta arriesgada apuesta alcanzó.

Obviamente se trataba de un sistema de sepulturas colectivas, que solo implicaba una marcación superior con el día del año (por numeración simple, sin tener en cuenta los meses), lo que lo constituía en un gigantesco cúmulo de fosas comunes, muy similar a las que se solían crear tras la realización de las mondas en los suelos de iglesias, conventos y catedrales, con la diferencia de que estos sufrían los efectos de la descomposición ya entremezclados, sin tener el ‘privilegio’ de una sepultura anónima, pero individual, en suelo consagrado, antes de ser reunidos con sus ‘hermanos en la muerte’.

Imposibilitados como estamos de conocer en profundidad el diseño del cementerio de Turín (en especial lo que se constuyó bajo tierra, que no fue graficado o, al menos, mencionado por la profesora Bermejo), pero partiendo de las descripciones que del espacio y su sistema de enterramiento hacía el Duque de Villahermosa, es factible que las referidas *“bóvedas hechas a cada parroquia”* en las que *“no se ha seguido lo dispuesto, por el inconveniente de tener que abrir diariamente la mas de ellas; de donde resulta algún bastante considerable feter [hedor], lo cual se ha precavido no teniendo sino una abierta en cada cementerio de que se sirven indiferentemente todas las parroquias (...) y de que se usa*

hasta que se llena”³⁶⁴; sean una pista que nos permita asumir que en Turín se construyeron también “*hipogeos en forma de botella*”, como los que refería en su tesis Caraballo Perichi, al describir el cementerio napolitano.

De ser esta hipótesis cierta, es comprensible la poca trascendencia y perdurabilidad en el tiempo que tuvieron los cementerios de Turín en comparación con el de las 366 fosas, que permaneció funcional hasta finales del siglo XIX y que aún hoy puede ser visitado. En Turín se crearon ‘mega botellas’ en las que se esperaba sepultar hasta mil cuerpos*, los cuales se entremezclaban en todas sus fases de descomposición, con los nuevos cadáveres. Una desagradable y pestilente mezcla que, de ser la solución, con el tiempo pasó a ser una versión (si bien extramuros), más compleja que la problemática que se pretendía resolver.

Aunque el informe de Villahermosa es muy cercano en el tiempo y no deja entrever que a comienzos de la década de 1780 se estuviese buscado el cierre de estos espacios, el Duque da muestras de su celo ilustrado al quejarse y evaluar negativamente los mecanismos empleados para aislar los contenedores de cadáveres: “...*como las bóvedas no están cerradas a cal y canto, por poco fuerte que sea cualquier lluvia que sobrevenga, aparta la tierra que cubre la primera tapa, y en la corriente sucede también separar la capa de tierra que pusieron sobre la losa inferior, por cuya razón esta exhala un feto [hedor] harto grande*”³⁶⁵.

Lluvia que a su vez debía inundar este rebosante caldo de cadáveres, con las consecuencias que esto podría causar entre los habitantes de esta ciudad que, precisamente, había expulsado a los muertos de sus espacios intramurales en procura de mejorar el ornato y garantizar las condiciones de salubridad que su húmedo clima hacía críticas en verano.

Villahermosa finalizaba con un par de consejos que consideró prácticos, de ser este el modelo a seguir por parte de los hispanos: “*Por lo mismo convendría talvez hacer las sepulturas más pequeñas, y que por consiguiente contuviesen menor número de cadáveres, habiéndome asegurado que cuando están próximas a llenarse es tal la infección que sale que*

³⁶⁴ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, IV (Apéndice).

* “*En cada una [bóveda] caben mil cadáveres*”. Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, IV (Apéndice)

³⁶⁵ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VII-VIII (Apéndice).

se ven obligados a echar los cadáveres desde lejos. La cal podría evitar un inconveniente que puede tener algunas consecuencias funestas”³⁶⁶.

Las imágenes mentales que produce la alusión de Villahermosa a esos cuerpos que debían ser arrojados desde lejos a la bóveda, nos recuerda los ‘accidentes’ recurrentemente mencionados a lo largo de esta investigación que sufrían quienes tenían que, por trabajo o piadosa compañía, participar de la apertura de tumbas en las iglesias y conventos, sin posibilitarse allí el arrojar los cuerpos desde lejos, pues aumentaría el escándalo que ya propiciaban los malos olores, el ruido de la excavación y las conversaciones entre los sepultureros.

Pese a los malos resultados que parecieron arrojar los cementerios turinenses, Caraballo Perichi rinde en su texto un justo homenaje a la original idea que llevaron a la praxis los napolitanos:

El cementerio de Fuga, en la colina de Poggio Reale, se convertiría en el núcleo fundacional del complejo de cementerios de la ciudad Nápoles. Es un caso único que permite analizar la evolución del modelo claustral, fundamentalmente anónimo y austero, así como la simbiosis del mismo con la idea del cementerio-jardín, arbolado y con referentes epigráficos y artísticos individualizados. Destaca en particular el claustro mayor del cementerio monumental de Nápoles en 1844, proyecto de Ignazio Rispoli, el cual posiblemente represente el desarrollo límite del modelo de cementerio-claustro³⁶⁷.

Así las cosas, las bóvedas en forma de botella pasaron a ser un modelo descartado por los hispanos, en medio de un proceso de transición que daría nacimiento a las ‘tumbas individuales’ de las que hablaremos más adelante.

2.3. Entre las luces y el temor: éxitos y fracasos en la construcción de cementerios en Europa

Podríamos detenernos también en el caso de Austria, donde uno de los hitos principales del proceso fue la publicación en 1772 de la *Dissertatio inauguralis medica de Salubri Sepultura*³⁶⁸, por parte del médico y doctor en filosofía de la Universidad de Viena Joseph Habermann. Sus textos fueron el soporte para la aparición de las providencias del Emperador José II y de su hermano el Gran Duque de Toscana, Leopoldo de Habsburgo-

³⁶⁶ Aragón-Azlor y Zapata (XI Duque de Villahermosa), “Noticias y Reflexiones”, en Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, VIII (Apéndice).

³⁶⁷ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 146.

³⁶⁸ Habermann, Joseph, *Dissertatio inauguralis medica de Salubri Sepultura*, 120 p.

Lorena (quien lo sucedió en el trono imperial tras su muerte en 1790), sobre trasladar el lugar de las sepulturas a cementerios fuera de poblado en las jurisdicciones imperiales, tal y como lo afirma en su tratado Azero y Aldovera³⁶⁹.

Es innegable el vínculo existente entre el Gran Duque de Toscana y el monarca hispano, toda vez que Leopoldo de Habsburgo-Lorena se casó el 5 de agosto de 1764 con la infanta María Luisa de España, hija de Carlos III y María Amalia de Sajonia. Sin embargo, no hay certeza acerca de que la obra de Habermann haya circulado por el sistema hispano antes de su mención tardía por parte del ilustrado sacerdote carmelita Azero y Aldovera, razón que nos impulsa a dejar de lado estas experiencias, sin dejar de confirmar que fueron conocidas y enumerados por los miembros de la Real Academia de la Historia en su informe³⁷⁰.

Los ejemplos que hemos traído a colación a lo largo de este capítulo, sirven para demostrar que, al menos en este periodo, la circulación de las nuevas ideas relacionadas con salubridad y los ‘debates ilustrados’ a través de los que se justificaban muchas de las intervenciones urbanas con las que se pretendió alcanzar este fin, se compartían de manera relativamente ágil y amplia, pudiéndose localizar traducciones y transcripciones de textos con pocos años de diferencia a la publicación del original, en poblaciones distantes, pero en las que se padecía la misma problemática.

Realidad que era común para los territorios de ultramar de las demás monarquías europeas, como queda en claro al analizar el documento que el recién nombrado Gobernador de Mozambique, don Diogo de Souza, le remitió al Secretario de Estado Martinho de Melo e Castro en 1793:

Illustrissimo e Excelentissimo Senhor

Seria muito util que um país tão calido como Mosambique se não enterrasem os mortos nas Igrejas; e isto pelas rezoens que muitos sabios tem dado nas Academias, dizertando contra o abuzo, que os Catolicos tem adoptado por um principio de piedade mal entendido. Consta me que o actual Governador se propos fazer um Semiterio na ponta da Ilha: Este saudavel projecto ficou comtudo sem excusão, fose pela opozição dos Parrocos, fose pelos prejuizos dos proprios Moradores, julgando ignominiozo serem enterrados fóra das Igrejas, onde seus Pais tiverão sepultura. Por evitar discordias, que interceptem a pratica deste plano, a que vou determinado,

³⁶⁹ Azero y Aldovera, Fray Miguel de, *Tratado de los funerales y de las sepulturas*, 81.

³⁷⁰ Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, XXXVII – XXXVIII (prólogo).

por estas persuadido de que concorrerá para a salubridade daquela abitação, dezejo levar ordens pozitivas que me evitem objeções³⁷¹·.

(Ilustrísimo y excelentísimo Señor

Sería muy útil que en un país tan cálido como Mozambique no se enterrasen los muertos en las iglesias; y esto por las razones que muchos sabios vienen dando en las Academias, discutiendo contra el abuso que los Católicos tienen adoptado como un principio de piedad mal entendido. Me consta que el actual Gobernador se propuso hacer un cementerio en la punta de la isla: este saludable proyecto quedó de todas maneras sin ser ejecutado, fuese por la oposición de los párrocos, fuese por los prejuicios de los propios Moradores, juzgando ignominioso ser enterrados fuera de las iglesias, donde tendrían sepultura en sus países. Para evitar discordias, que interrumpen la práctica de este plan, al que voy determinado, por estar persuadido de que contribuirá a la salubridad de aquella región, deseo llevar órdenes escritas que eviten objeciones)**

Es claro que Souza no sólo estaba al tanto del debate, sino que también conocía las dificultades que suponía el llevar a la práctica la construcción de los cementerios extramuros que quería crear. Una resistencia que encontró en la imposibilidad de aplicar de manera simultánea las nuevas regulaciones en todas las ciudades y villas, europeas o de ultramar, uno de los argumentos que, como veremos más adelante, tuvo ‘mayor éxito’. Si bien las comunidades y sus dirigentes podían reconocer ‘racionalmente’ la importancia de la expulsión de los cadáveres de los templos y conventos, nadie quiso, al menos desde el primer momento, ser el ejemplo a partir del cual se pudiera imitar el modelo.

Como veremos a lo largo del siguiente capítulo, muchos de estos textos y noticias fueron ampliamente difundidas en su momento, llegando incluso a oídos de las autoridades y las élites americanas por rutas alternativas, y no siempre a través de los canales oficiales de comunicación del Imperio Hispano y sus territorios de Ultramar. Uno de los casos más paradigmáticos, es el de los ilustrados limeños, quienes, agrupados en la Sociedad Académica de Amantes de Lima, desde 1791 comenzaron una campaña a través del periódico el Mercurio Peruano, a favor de la construcción de cementerios extramuros para la capital y todo el territorio virreinal³⁷².

³⁷¹ “Carta do futuro governador-geral de Moçambique D. Diogo de Sousa para o Secretário de Estado da Marinha e Negócios Ultramarinos Martinho de Melo e Castro”, Arquivo Histórico Ultramarino (Lisboa), Conselho Ultramarino, Moçambique, cx. 63, doc. 49.

* Un agradecimiento especial a mi cara amiga y colega portuguesa María Bastiao, quien ubicó, transcribió y remitió esta referencia.

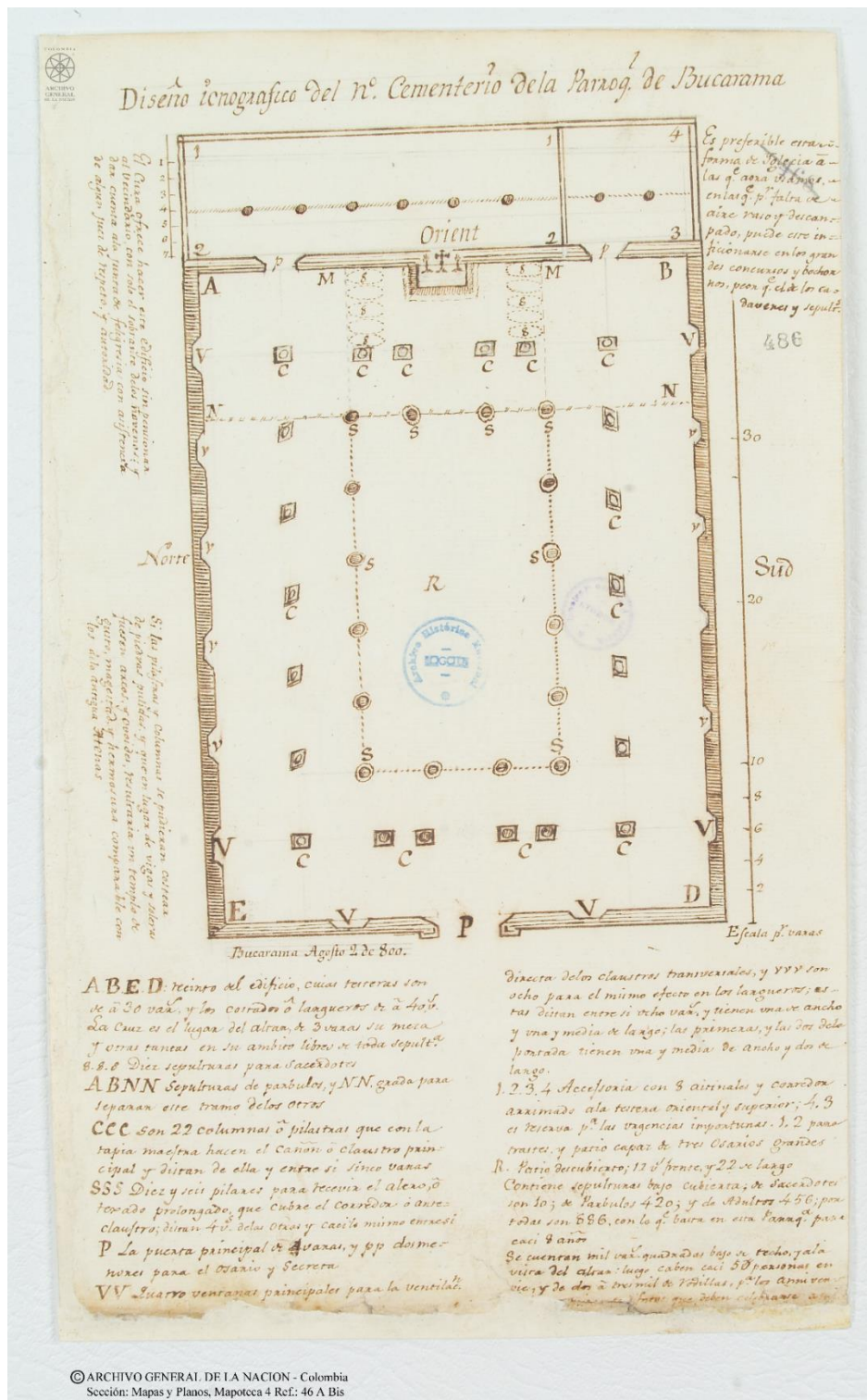
** Traducción aproximada del original, efectuada por el autor.

³⁷² Calero y Moreira, Jacinto, *Mercurio peruano de historia, literatura, y noticias públicas que da á luz la Sociedad Académica de Amantes de Lima, y en su nombre J. Calero y Moreira. Tomo I. Que comprende los meses de enero, febrero, marzo y abril de 1791*, Imprenta Real de los Niños Huérfanos, Lima, 1791, 316.

Esfuerzo que en este caso se tradujo años después en la construcción del que sería el Cementerio General de Lima, puesto en funcionamiento en 1808 (hoy Museo Cementerio Presbítero Matías Maestro), pero que al igual que los casos europeos anteriormente analizados, sería el fruto de múltiples éxitos y fracasos. Una lucha constante entre las luces de la ilustración y el miedo espiritual que encontraría en América un nuevo campo de batalla para la continuación del debate.

SEGUNDA PARTE:

El miedo espiritual: discursos, proyectos y estrategias en torno a la construcción de cementerios extramuros en el Nuevo Reino de Granada



CAPÍTULO 3 Nuevas visiones ilustradas para un nuevo orden social: hacia la regulación de los sitios de enterramiento en los territorios americanos (1787-1804)

Desde la llegada de los españoles al territorio americano, trataron de adaptar y reproducir en el nuevo continente las concepciones y rituales funerarios que estaban en vigor en sus lugares de procedencia. Fue así como, con el surgimiento de las primeras ciudades hispanas en América, tras el proceso de conquista de los nuevos territorios, el propio Carlos I, en su calidad de Rey de las coronas de Castilla y Aragón, y Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (en el que, como se sabe, ejerció su título bajo el nombre de Carlos V); el 18 de julio de 1539 expidió la primera de las Leyes de las Indias relacionada con las inhumaciones al interior de las iglesias, en la cual definió: “*Que los vezinos y naturales de las Indias, se puedan enterrar en los monasterios ò iglesias que quisieren*”³⁷³.

Medida que complementó el mismo monarca el 10 de mayo de 1554, al expedir una nueva ley mediante la cual estableció: “*Que donde estoviese lexos la iglesia, se bendiga un campo para enterrar los muertos*”³⁷⁴; la cual contempla en su desarrollo: “*Rogamos y encargamos a los prelados, que bendigan un sitio en el campo donde se entierren los indios christianos y esclavos, y otras personas pobres y miserables, que huvieren muerto tan distantes de las iglesias, que fuera gravoso llevarlos á enterrar á ellas, porque los Fieles no carezcan de sepultura eclesiástica*”³⁷⁵.

El Monarca garantizó así la ‘protección eclesiástica’ de los restos de sus súbditos en los contextos urbanos y rurales. Multitud heterogénea de hispanos y mestizos que vio en las sepulturas intramuros un símbolo de distinción y ‘civilización’, a la par que les permitía romper con las tradiciones funerarias de los antiguos habitantes del territorio, en su mayoría pertenecientes a culturas indígenas acostumbradas a privilegiar los enterramientos secundarios.

³⁷³ Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la Magestad Católica del Rey Don Carlos II*, Reproducción facsimilar de la edición de la Viuda de Don Joaquín Ibarra, Madrid, 1791. En: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Boletín Oficial del Estado, Madrid, 1998, Libro I, Título XVIII, De las sepulturas y Derechos Eclesiásticos, Ley I.

³⁷⁴ Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Ley XI.

³⁷⁵ Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Ley XI.

Se sembró así un precedente importante que trajo visibles consecuencias al estudiar el proceso de construcción de los primeros cementerios extramuros en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, así como en los demás territorios castellanos en América.

Territorio amplio y diverso que a partir del siglo XVI comenzó un complejo proceso de mestizaje cultural, en medio del cual cada región siguió sus propias dinámicas internas, dictadas en buena medida por los grupos sociales y étnicos que interactuaron en ellas, generando en el plano de las prácticas y los rituales funerarios una simbiosis que dista mucho de la posibilidad de hablar de una América hispana homogénea o de realidades comunes que puedan extenderse más allá de las restringidas fronteras de las ciudades y villas principales³⁷⁶.

3.1 Estevan Miró y el cementerio de Nueva Orleans: ecos de la Real Cédula de Carlos III en la América Hispana

Si bien la Real Cédula de Carlos III, firmada en Madrid el 3 de abril de 1787, no estaba dirigida a los territorios americanos, circulando con prelación en la península, es claro que fue conocida en los territorios insulares y la América hispana en general. Es así como, por ejemplo, a partir de esta disposición, los gobernadores de Nueva Orleans, Estevan Miró, y de Santa Marta, Antonio de Samper (cada uno por su cuenta y sin que existan evidencias de contacto entre ellos), lideraron el proceso consultivo en torno a la creación de los primeros cementerios en sus respectivos territorios, con diferentes resultados.

A pesar de que Nueva Orleans estaba alejada política y geográficamente de los antiguos territorios del Virreinato del Nuevo Reino de Granada, eje de este trabajo, el proceso de construcción del nuevo cementerio impulsado por el “*Gobernador de la Luisiana y Florida Occidental y Coronel de los Reales Ejércitos*”, Estevan Miró³⁷⁷, arroja información muy importante para esta investigación, toda vez que su superior jerárquico era José de Ezpeleta, quien en ese entonces era Gobernador y Capitán General de Cuba, pero que al poco tiempo fue nombrado Virrey; así como por las características especiales de la propuesta que dirigió Miró a Su Majestad.

³⁷⁶ Borja Gómez, Jaime Humberto, *Inquisición, Muerte y Sexualidad*, 7.

³⁷⁷ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana y Florida Occidental, al excelentísimo señor don Antonio Polier, Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia de Indias #17”, Archivo General de Indias (en adelante AGI), SANTO_DOMINGO, 2553, Índices de remisión de documentos Documento #17, Folios 281-290rv.

3.1.1 Nueva Orleans: una ciudad francesa construida por los hispanos

El primer aspecto por considerar al revisar este espacio es el demográfico. Para podernos hacer una idea de las dimensiones y de la densidad poblacional de esta región de Norteamérica para el momento de la intervención de Miró, es preciso citar a David Esteban Molina Castaño, colega y amigo investigador del tema de los cementerios; quien consignó en su tesis doctoral lo siguiente acerca de la región de la Luisiana en general:

...la mayor parte de sus habitantes se ubicaban en un racimo de poblados ubicado a lo largo del río Misisipi; siendo el principal de todos ellos la Ciudad de Nueva Orleans –que para esa época contaba con cerca de 10.000 habitantes–, seguida de Baton Roudge, Biloxi y Mobile (aunque cada una de ellas no superaban los 2000 habitantes); en cuanto las poblaciones ubicadas más allá del delta del río Misisipi, eran en su mayor parte fortificaciones militares (siendo las principales de las mismas los fuertes de San Luis –actualmente la ciudad más grande del estado de Misuri, pero en aquel entonces habitada por poco menos de 700 personas –en su mayoría soldados–, y Santa Genoveva –fuerte cercano a San Luis con poco más de 600 habitantes–³⁷⁸.

Fundada por colonos franceses en 1718, Nueva Orleans pasó a ser gobernada por la Corona Española a partir de los acuerdos a los que se llegó entre las dos monarquías y que fueron consignados en el Tratado de París, firmado en dicha ciudad en 1763. Para ese entonces, la ciudad ya era valorada como un sitio estratégico por sus potencialidades comerciales con el Caribe y por ser una importante vía de acceso a los territorios compartidos por los colonos británicos y los nativos norteamericanos a través del río Misisipi.

Fue así como para la época en que Carlos III escribió su Real Cédula, la pequeña urbe ya llevaba al menos 20 años bajo control de los borbones españoles, pero estaba lejos de ser una población que respondiera a las mismas lógicas de las demás ciudades y villas fundadas por estos en América en los tiempos de la dinastía de los Austrias. Nueva Orleans respondía más al modelo de ciudad que querían imponer los reformistas borbónicos.

Se trataba de una ciudad joven (a pesar de su rápido crecimiento, no superaba aún los 70 años de antigüedad) y que albergaba una población cultural y lingüísticamente francófila, que lentamente comenzaba a mezclarse con familias e individuos de origen hispano. Tal y como salta a la vista al revisar las actas del cabildo anexadas por el Gobernador, en las que se constata que la presencia de familias españolas (o al menos de individuos de sexo masculino vinculados a los cargos importantes) era ya notoria.

³⁷⁸ Molina Castaño, David Esteban, “Tumbas de indignos: cementerios no católicos en Colombia (1825 – 1991)”, Tesis Doctorado en Historia, Universidad Nacional de Colombia – sede Medellín, Medellín, 2013, 118.

Uno de los primeros asuntos a resaltar es que, contrario a la mayoría de las ciudades y villas gobernadas por la Corona Española, en Nueva Orleans los difuntos no eran sepultados en la iglesia, sino en “*El cimiterio de esta ciudad (que) se halla en el centro de la última fila de manzanas de ella*”³⁷⁹, situación que no por ello la eximía de los problemas que se trataba de combatir con la Real Cédula: “...se ha hecho visiblemente sentir en este año por haber sido muy enfermo en toda la provincia en general padeciéndose fiebres pútridas y malignas y particularmente la Disentería de que ha fallecido mucha gente”³⁸⁰.

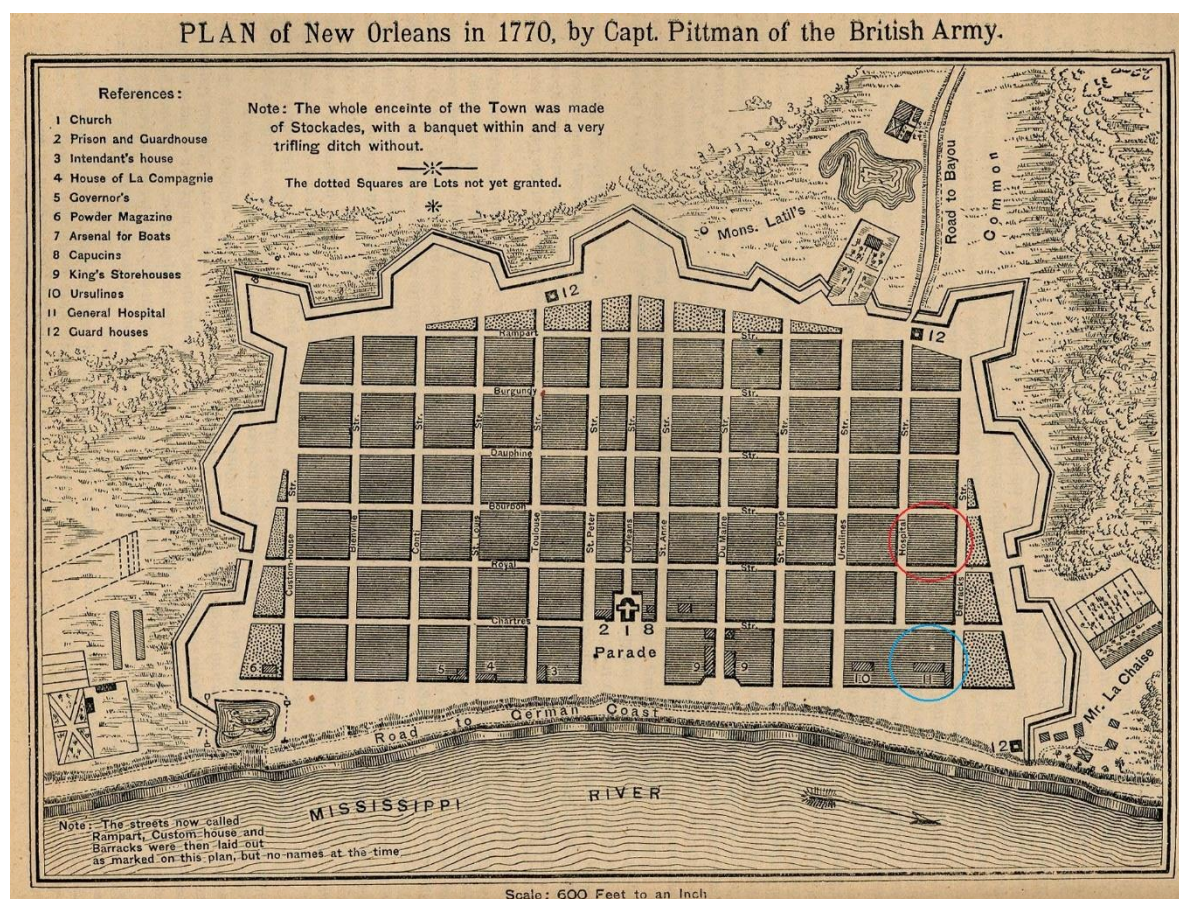


Imagen 21: Plano de Nueva Orleans en 1770, por el Capitán Pittman del Ejército Británico³⁸¹. En el círculo rojo hemos demarcado la ubicación del cementerio intramuros de la ciudad, el cual se encontraba relativamente cerca al Hospital (Círculo azul), pero alejado de la iglesia que está en el centro.

³⁷⁹ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, Archivo General de Indias, Sevilla, Audiencia de Santo Domingo (en adelante AGI, Santo Domingo), 2553, Documento #17, Folio 282 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

³⁸⁰ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2553, Documento #17, Folio 282 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

³⁸¹ Report on the Social Statistics of Cities, Compiled by George E. Waring, Jr., United States. Census Office, Part II, 1886 Tomado de:

Una de las circunstancias que en una etapa posterior sería interesante dilucidar es por qué en Nueva Orleans los cadáveres no eran sepultados en esa época tan temprana en las iglesias de la ciudad, si tenemos en cuenta que era una práctica común aún en América y la Europa Cristiana; o, al menos, por qué el cementerio no estaba en la periferia de alguno de los templos de la misma.

Sin entrar en el plano de la especulación, no es posible pasar por alto que se trata de una ciudad fundada en pleno siglo XVIII, lo que hipotéticamente pudo llegar a influir en la distribución más funcional-racional de los espacios (el llamado Reformismo Borbónico impuso cambios de tipo sanitario en los centros poblados), dejando de lado los preceptos religiosos-funcionales que tuvieron los fundadores de las ciudades americanas que surgieron en los siglos XVI y XVII, en los que los espacios religiosos (los cementerios incluidos) ocupaban sitios de privilegio.

Y es que en el viejo modelo hispano, las iglesias no sólo eran emplazadas en los mejores lugares, sino que se les reservaban espacios para su ampliación, así como para las actividades conexas con sus funciones religiosas (como es el caso de las sepulturas), como queda claro al revisar las *‘Instrucciones para Poblar’* que le remitió en 1513 Fernando V, ‘El Católico’, desde Valladolid, a Pedrarias Dávila, Gobernador del Darién, en las que le indicaba: *“La iglesia póngase aislada un poco en alto, asignándosele manzana entera que quepa el templo en su crecimiento, el cementerio y el hospital ordinario, el de contagiosos en las afueras”*³⁸².

3.1.2. Los cementerios como necesidad y las normativas como oportunidad

Sin embargo, al igual que en el caso de Cuba que analizaremos más adelante, fue una serie de desastres, con sus consecuencias obvias, lo que impulsó de manera definitiva el proyecto de construcción de un nuevo cementerio extramuros.

Es así como, de acuerdo con Molina Castaño, el año 1788 fue desolador para Nueva Orleans: *“el Misisipi había inundado una cuarta parte de la misma, mientras las otras tres cuartas partes fueron arrasadas por un incendio que quemó 856 casas; desatándose, a raíz*

http://mapas.owje.com/9985_mapa-de-la-ciudad-de-nueva-orleans-luisiana-estados-unidos-1770.html

³⁸² “Instrucciones dictadas por el Rey a Pedrarias para su viaje a la Provincia de Castilla de Oro, que iba a poblar y pacificar con la gente que llevaba”, Valladolid, 2 de agosto de 1513, AGI, Relaciones y Descripciones, 11. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *El imperativo higienista o la negociación de la norma*, 77.

de todo ello una epidemia de Fiebre Amarilla que sobrepasó la capacidad del cementerio de San Pedro – cuyas tumbas, que se cavaban en el suelo pantanoso de la ciudad, comenzaron a anegarse en medio de la inundación ”³⁸³.

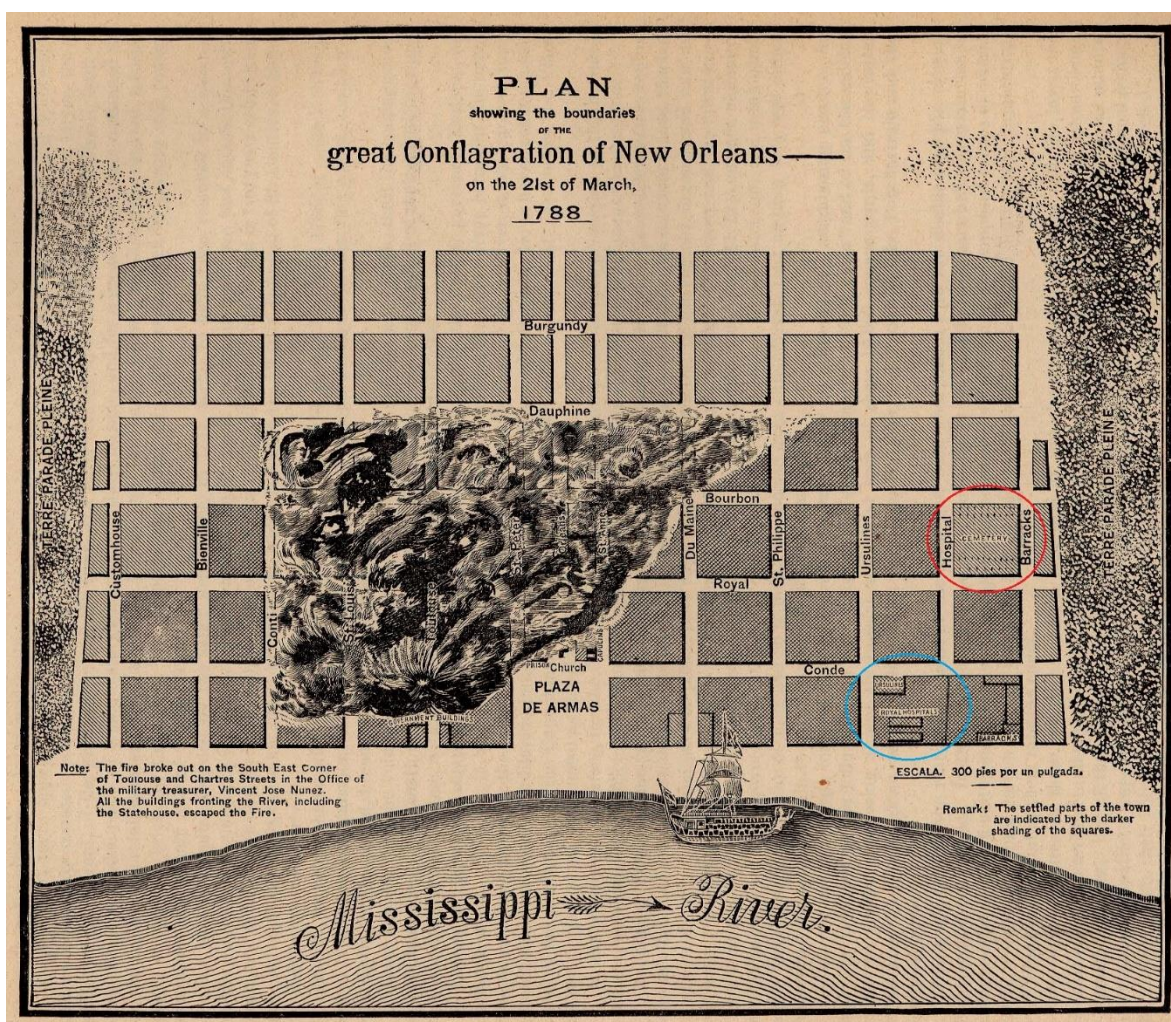


Imagen 22: Plano que muestra los alcances de la ‘gran conflagración’ de Nueva Orleans el 21 de marzo de 1788³⁸⁴. El cementerio seguía ubicado al costado derecho, tercera manzana hacia arriba (Círculo rojo), pero el hospital se había desplazado (de acuerdo con el plano) al lote contiguo al que ocupaba en 1770 (círculo azul).

Al respecto, el Gobernador Miró en su comunicación del 25 de octubre de 1788 al Reverendo Padre Fray Antonio de Sedella, párroco y vicario de Nueva Orleans, le indicaba:

³⁸³ Molina Castaño, David Esteban, “Tumbas de indignos”, 119.

³⁸⁴ Report on the Social Statistics of Cities, Compiled by George E. Waring, Jr., United States. Census Office, Part II, 1886 Tomado de:
http://mapas.owje.com/9990_mapa-de-la-ciudad-de-nueva-orleans-luisiana-estados-unidos-1788.html

Las enfermedades epidémicas que han reynado este año, después del voraz incendio del 21 de marzo, y la inundación que ha afligido generalmente a esta Provincia, han hecho tal estrago en la salud pública, que los entierros continuados en estos tres meses pasados, efecto sin duda de ambas calamidades, han despertado la atención del público, y los vapores fectidos que exhala el cementerio, han excitado mi zelo a poner en práctica las sabias intenciones de Su Majestad en la Real Cédula de 3 de Abril de 1787, expedida sobre construcción de cementerios, creyendo desde luego que haré un gran servicio al Rey, y a la humanidad en esforzarme á vencer los obstáculos que pudieran oponerse ³⁸⁵.

El Gobernador inició así a un proceso consultivo a través del cual consiguió un consenso por parte del Cabildo, el poder eclesiástico y las autoridades médicas, en torno a la importancia de construir un nuevo cementerio; tras el cual, y siguiendo con los protocolos del gobierno borbónico, el 12 de noviembre de 1788, Estevan Miró le dirigió una comunicación al “*excelentísimo señor don Antonio Polier, Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia de Indias*”³⁸⁶, con miras a obtener la Real aprobación de su iniciativa.

En su informe el Gobernador Miró notificó al Secretario Polier acerca de la construcción de “*un nuevo cementerio fuera de la ciudad en paraje proporcionado para no temer malas influencias, y se empezará a enterrar en el dentro de ocho días, lo que es muy del agrado del público, por lo que confío será de la aprobación de Su Majestad*”³⁸⁷; solicitud que acompañó de las actas de las sesiones del Cabildo en las que se trató la problemática de este espacio, así como del dictamen de peritos médicos y el aval del Reverendo Padre Vicario.

No resulta novedoso que el Gobernador solicitara autorización y aval para una medida que claramente ya había hecho efectiva, acostumbrados como estaban los funcionarios de estos niveles de responsabilidad a tener que arreglárselas de cierto modo ellos mismos, ante las apenas lógicas dificultades logísticas y lo lento que llegaba a ser el sistema epistolar. Se trataba eso sí de un “*terreno de trescientos pies quadrados que servirá de cementerio provisional sin destruir el que existe mientras se consigue la aprobación de Su Majestad la*

³⁸⁵ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2553, Documento #17, Folio 287 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

³⁸⁶ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2553, Documento #17, Folio 282 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

³⁸⁷ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2553, Documento #17, Folio 282 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

que me suplico a Vuestra Excelencia impete, autorizando a este Ayuntamiento para que de sus Propios pueda hacer la cerca de ladrillo”³⁸⁸.

Una medida transitoria y coherente con las recomendaciones reales, pero que fue acompañada de una propuesta novedosa en cuanto a la destinación y el tratamiento que aspiraba darles a los predios anteriormente ocupados por los difuntos.

Solicitaba Miró que una vez fuese avalado por el Rey el nuevo cementerio:

... quede condenado el primero del qual se transportarán los huesos al nuevo, con lo que dos años, o más después se podrán edificar casas en la Manzana donde se halla, la que comprehende doce terrenos de sesenta pies de frente y ciento y veinte de profundidad, que si Su Majestad lo tiene a bien se concederán á particulares baxo la condición de contribuir por cada uno á los Propios de esta Ciudad seis pesos anuales³⁸⁹

Todo un proyecto inmobiliario en el que Miró encontró una oportunidad económica para obtener recursos para el sostenimiento de la ciudad, razón por la cual no tuvo problemas en asumir los costos iniciales del cementerio transitorio bajo el rubro de Propios, con la expectativa de que, una vez recibida la autorización, solventaría la construcción de los muros definitivos con cargo al mismo fondo, inversión que era mucho más onerosa.

Es en este punto en el que se evidencia otra de las grandes diferencias entre este proceso y los que lo sucederán en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, pues desde la Real Cédula de Carlos III de 1787 se condicionó la creación de los cementerios al estado de las Rentas de Fábricas de Iglesias, lo que Carlos IV amplió en 1789 a la existencia de otros medios a los que “...se podría echar mano, no siendo aquel suficiente (la Renta de Fábrica de Iglesias) para que tenga efecto su construcción, con el menor gravamen, posible de mi Real Erario”³⁹⁰.

En el caso de esta importante ciudad norteamericana, fue la administración civil y militar la que asumió directamente los costos, contando tan solo con los jerarcas de la Iglesia

³⁸⁸ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2553, Documento #17, Folio 287 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

³⁸⁹ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2553, Documento #17, Folio 289 rv (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

³⁹⁰ Real Cédula del 27 de Marzo de 1789 sobre Establecimiento de Sementerios, Expediente respuesta del Gobernador de Cuenca a la solicitud del Virrey Mendieta en el año de 1800, Archivo General de la Nación, Bogotá (en adelante AGN), sección Colonia, fondo Hospitales y Cementerios, tomo 8, fs. 455-455 rv.

como garantes de la importancia y validez del proyecto, lo que permite presumir que la administración del camposanto estaba bajo el control del poder laico y no de la iglesia. Factor que eliminaba de tajo las disputas económicas y jurídicas entre las autoridades civiles y religiosas, reduciendo el debate a asuntos logísticos, económicos y, obviamente, teológico-escolológicos.

Otro elemento interesante del proceso adelantado en Nueva Orleans fue el apoyo que recibió la medida por parte de los médicos y cirujanos residentes en la ciudad, quienes a través del documento que firmaron ante el Cabildo en pleno, afirmaron:

...habiéndonos hecho convocar en su Sala de Audiencia el día de hoy a fin de que diésemos los avisos más saludables a la conservación de la salud de los habitantes que dichosamente se han librado de las enfermedades que han afligido a este pueblo; hemos sido todo unánimemente de una voz y acuerdo, que es indispensable, y absolutamente necesario, alexar lo posible de la Ciudad el cementerio que ocupa una de las últimas manzanas de ella, a fin de que los miasmas pútridos que se exhalan a cada instante, perdiendo su actividad por la distancia que haya a donde se traslade, y por su mezcla del ayre de la atmósfera queden sin fuerzas ni vigor, atacando por este medio tan funestos progresos³⁹¹.

Si bien en nuestra estadía en el Archivo General de Indias no logramos ubicar copia del mensaje de aprobación recibido por el proactivo gobernador Miró, el éxito en sus gestiones fue evidente. De acuerdo con las fuentes abordadas por Molina Castaño, el decreto real que aprobó la creación del cementerio extramuros en Nueva Orleans, se firmó el 14 de agosto de 1789, creándose así oficialmente: “*el famoso Saint Louis Cemetery # 1, uno de los espacios más representativos del French Quarter de esta reconocida ciudad*”³⁹².

Una temprana evidencia adicional de la existencia de este cementerio, nos la aporta el plano que representa la ciudad en el año 1798 (poco antes de que fuera entregada de nuevo a los franceses) y que se publicó ya bajo dominio estadounidense.

³⁹¹ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2553, Documento #17, Folio 289 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

³⁹² Molina Castaño, David Esteban, “Tumbas de indignos”, 119.

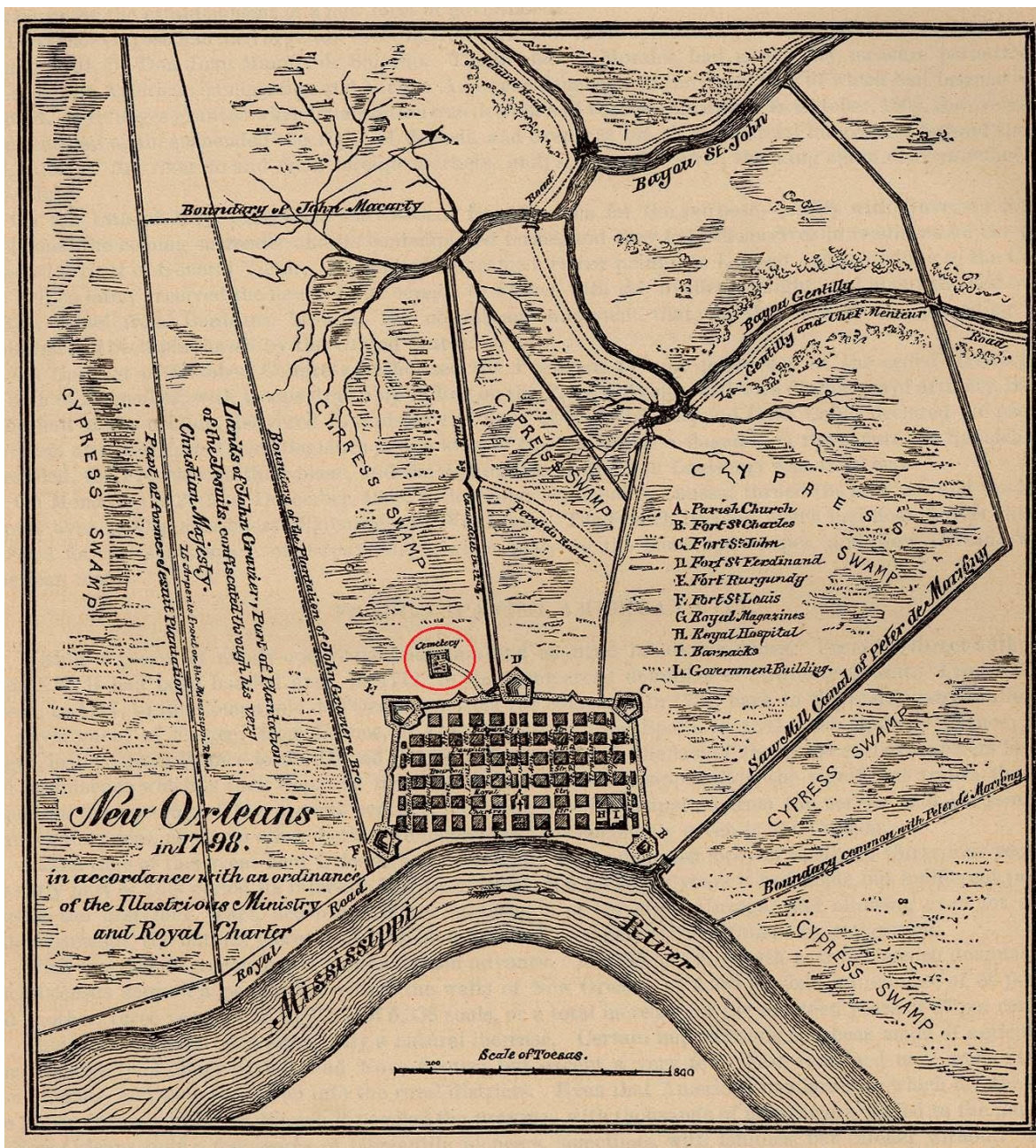


Imagen 23: Plano de la Ciudad de Nueva Orleans para el año 1798³⁹³. Con el círculo rojo hemos rodeado el cementerio extramuros creado gracias a las gestiones del gobernador Miró.

De igual manera, en documentos firmados en agosto de 1790, el Gobernador aparece escribiéndole al “*Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia de Indias*” (que seguía siendo Antonio Porlier y Sopranis, pero ya bajo el reinado de Carlos IV), a quien le

³⁹³ Report on the Social Statistics of Cities, Compiled by George E. Waring, Jr., United States. Census Office, Part II, 1886 Tomado de:
http://mapas.owje.com/9991_mapa-de-la-ciudad-de-nueva-orleans-luisiana-estados-unidos-1798.html

informa qué, dado que la iglesia fue una de las edificaciones que resultó más afectadas por el incendio de marzo de 1788, las autoridades de Nueva Orleans pensaban reedificarla con los fondos que se habían recogido con este fin y algunos aportes en especie.

En apoyo a esta iniciativa, Miró solicitaba se le autorizara recuperar algunos materiales del antiguo cementerio: “...proponiendo construir parroquia y casa cural con este auxilio, y con las maderas que le han ofrecido algunos vecinos, aprovechando también el ladrillo del cementerio viejo, por estar aprobada la construcción de otro”³⁹⁴.

Así las cosas, Nueva Orleans fue un escenario propicio para la aparición de un nuevo cementerio extramuros, al confluir tres factores determinantes: 1° la inexistencia de una tradición funeraria intramuros (lo que mitigó las posibles resistencias de los habitantes), 2° el consenso alcanzado frente a la bondad de la medida por parte de las autoridades civiles y religiosas, en asocio con el aval emitido por los médicos facultativos, y 3° la disponibilidad de recursos económicos, lo que unido a la voluntad política y la gestión realizada, hizo que el proyecto pasara a ser una realidad, situación que no se presentó en la mayoría de los demás casos que serán presentados.

3.2 Don José de Ezpeleta y el debate ilustrado en torno a la creación de cementerios en La Habana

La llegada en el año 1789 de don José de Ezpeleta para asumir el cargo de Virrey en el Nuevo Reino de Granada significó un hito importante en el proceso de discusión en torno a la construcción de cementerios extramuros en las ciudades y villas de estos territorios, mucho más cuando el propio Rey Carlos IV reconoció e hizo pública la participación de Ezpeleta en la formulación de la Real Cédula de 27 de marzo de 1789.

Esta mención real estuvo motivada en la comunicación que el 3 de febrero de 1787 Ezpeleta, en ese entonces Gobernador y Capitán General de Cuba, remitió al Consejo Real como consecuencia del proceso de consultas que realizó en su jurisdicción con peritos médicos y las autoridades eclesiásticas, en torno a la posibilidad de construir un cementerio general para la ciudad de La Habana, al ver en las inhumaciones intramuros un foco de infección que ponía en riesgo la vida de los habitantes de la ciudad.

³⁹⁴ “Índice de la representación que con esta fecha remite el Gobernador de la Luisiana (...), al excelentísimo señor don Antonio Polier (...) #17”, AGI, Santo Domingo, 2554, Folio 103rv.

En su informe, reproducido como introducción a la Real Cédula, Ezpeleta afirmaba: *“... que la mayor parte de enfermedades epidemias que se conocían con distintos nombres arbitrarios no tenían en su concepto otro principio que el de enterrarse en las iglesias los cadáveres, lo que era más obvio en aquella ciudad, así por hallarse los templos repartidos en toda la población y combatirla unos ayres corrompidos e impuros a causa de su temperamento cálido, y húmedo...”*³⁹⁵.

Es evidente que Cuba era en ese momento la puerta de entrada a la América española, siendo La Habana la ciudad que concentraba buena parte del flujo de pasajeros en sus viajes de ida y vuelta desde y hacia el ‘Nuevo Mundo’. Situación que la convirtió en un espacio particularmente dinámico y estratégico para los negocios y la política, pero la volvió ostensiblemente vulnerable frente a las epidemias, las confrontaciones armadas, los naufragios y los accidentes. Factores todos que hacen comprensible el estado de hacinamiento de los cadáveres que mencionaba el Gobernador y la urgencia con la que trataba de encontrar soluciones frente a esta problemática.

Sin embargo, lo que en La Habana se agravaba por su cercanía al mar y el dinamismo de su puerto, al interior de Cuba estaba vinculado a las difíciles condiciones de trabajo de la población esclava, sometida en su mayoría al régimen de plantación, lo que la hacía especialmente susceptible a morir como consecuencia de las epidemias, los ‘accidentes laborales’ y los malos tratos. Frente a la pregunta obvia que surge acerca del destino final de esos cadáveres, de acuerdo con el profesor Jorge I. Domínguez, en 1780 un grupo de plantadores de la isla alegaron ante las autoridades civiles que transportar a los esclavos muertos a los cementerios de los templos costaba mucho tiempo y dinero, por lo que, pasando por encima de las protestas de los jerarcas de la Iglesia y en un evidente un acto de rebeldía, establecieron sus propios cementerios³⁹⁶.

Es importante tener en la cuenta que esta polémica medida (de la que no sabemos sus verdaderos alcances, debido a lo vago de la mención del autor, pues el tema funerario estaba lejos del eje del trabajo del profesor Domínguez), afectó directamente a una población que

³⁹⁵ Real Cédula del 27 de Marzo de 1789 sobre Establecimiento de Sementerios, Expediente respuesta del Gobernador de Cuenca a la solicitud del Virrey Mendieta en el año de 1800, AGN, sección Colonia, fondo Hospitales y Cementerios, tomo 8, fs. 455-455 rv.

³⁹⁶ Domínguez, Jorge I., *Insurrección o lealtad: la desintegración del imperio español en América*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1985, 117.

no por su condición de esclava, dejaba de ser cristiana (por convicción u obligación). Sin embargo, poco se ha avanzado desde el área de trabajo de la Historia en investigaciones relacionadas con lo que fueron estos espacios funerarios alternativos en el territorio americano durante este periodo. Una de las pocas experiencias a resaltar fue la que publicó en el año 2014 el Grupo de Arqueología del Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH, liderado por Luis Francisco López Cano³⁹⁷, centrada en el territorio del Valle del Cauca. Área donde la presencia de esclavos era casi tan notoria, como lo pudo ser en las tierras de cultivo en Cuba.

Las excavaciones adelantadas por López Cano y su equipo, estuvieron concentradas en la Hacienda Cañasgordas ubicada a las afueras de Cali, escenario donde se desarrollaron buena parte de los hechos narrados por José Eustaquio Palacios en su obra *El Alférez Real*³⁹⁸. Novela histórica que se sitúa entre los años 1789 y 1792, durante el gobierno del recién llegado Virrey José de Ezpeleta, y describe acontecimientos y costumbres de la Cali de entonces, así como de las haciendas dedicadas a los cultivos operados bajo el sistema de mano de obra esclava.

Uno de los principales hallazgos de López y su equipo fue la ubicación y excavación de varios contextos funerarios, relacionados tanto con la familia de los propietarios y sus allegados, y los de su servidumbre y esclavos. Nuestros colegas arqueólogos hicieron una destacada labor sacando a la luz cientos de objetos y ofreciéndonos una lectura, desde lo material, de esos espacios; ahora nos corresponde a los historiadores contribuir desde los archivos y el trabajo de interpretación de esos contextos, para poder comenzar a cubrir este bache historiográfico que tenemos en la actualidad.

Regresando a La Habana y a la propuesta de Ezpeleta, uno de los aspectos más interesantes de la iniciativa presentada por este en su calidad de Gobernador, es que elevó consultas al Obispo Santiago Joseph de Echeverría y Elguezuza, quien no solo le manifestó su apoyo, sino que le indicó que “*este mismo objeto comprendía una de las constituciones*

³⁹⁷ López Cano, Luis Francisco (Director), *Informe final Proyecto Arqueológico Hacienda Cañasgordas (Cali-Valle del Cauca). Siglos XVII-XIX. Reconocimiento, prospección e intervenciones en el contexto funerario*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH, Bogotá, 2014, 282 p.

³⁹⁸ Palacios, José Eustaquio, *El alférez real*, Imprenta del autor, Cali, 1886, 268 p.

de su nuevo Sínodo...”³⁹⁹, por lo que se comprometió a promover la iniciativa entre sus sacerdotes y diáconos.

Si bien el informe de Ezpeleta no alcanzó a llegar a tiempo a manos del equipo encargado de la redacción de la Real Cédula de Carlos III (enviada para su revisión por el Consejo a finales de 1786 y publicada el 3 de abril de 1787), es evidente que la iniciativa del Gobernador y Capitán General sí fue recibida y bien valorada, lo que le significó ser el hilo conductor en la redacción de la Real Cédula de 1789.

Fue así como el proceso iniciado por Ezpeleta se transformó en el modelo que se impuso a las demás ciudades y villas de la América española, subsanando las falencias de la Real Cédula de 1787, la cual hizo énfasis en los porqués de la norma, pero descuidó los cómo, dónde y a qué costo se debían construir esos cementerios, lo cual fue expresamente solicitado por el recién posesionado monarca Carlos IV en esa ocasión.

Sin embargo, pese al reconocimiento y celebridad que ganó Ezpeleta como hábil político ilustrado y negociador (lo que posiblemente insidió en su ascenso al cargo de Virrey del Nuevo Reino de Granada); el cementerio que proyectó (de haber sido puesto realmente en uso), tuvo una efímera pervivencia en La Habana, como lo señala el hecho de no ser mencionado ni graficado en el completo plano de la ciudad, su puerto y fortificaciones que se publicó en 1797, apenas 8 años después de la partida de Ezpeleta.

Se trata de la pieza cartográfica que tuvo a su cargo don José del Río, capitán de fragata de la Real Armada, del cual publicamos un acercamiento a la ciudad amurallada y sus principales fortificaciones, pero que abarcó grandes extensiones de la periferia de la ciudad, sin que se haya podido ubicar una construcción o leyenda que indique la presencia del connotado camposanto.

¿Se trató de otro ejemplo de ‘arquitecturas de papel’? ¿La partida de Ezpeleta a ejercer su nuevo cargo de Virrey impidió que se consolidara el proyectado cementerio? Ambas preguntas son válidas y en este punto no estamos en capacidad de responderlas, pero sí es necesario aclarar que la partida del nuevo Virrey coincidió con el nombramiento del primer Obispo de La Habana, Felipe José de Trespalacios y Verdeja.

³⁹⁹ Real Cédula del 27 de Marzo de 1789 sobre Establecimiento de Sementerios, Expediente respuesta del Gobernador de Cuenca a la solicitud del Virrey Mendingueta en el año de 1800, AGN, sección Colonia, fondo Hospitales y Cementerios, tomo 8, fs. 455-455 rv.

3.2.1. De la teoría a la práctica: hacia la construcción del Cementerio General de La Habana

Tras el fallecimiento a finales de 1799 del ya anciano Obispo Trespalacios, en agosto del año 1800 fue nombrado en su reemplazo en la diócesis de La Habana el clérigo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, quien se había labrado fama de ilustrado, gracias a su formación y los importantes cargos que ocupó en la península, antes de ser trasladado a América. Desde su arribo a la ciudad, Espada se pronunció acerca de la necesidad de crear un camposanto extramuros, propósito que revalido a lo largo de los años, convirtiéndose en el decidido impulsor de este proyecto con el que esperaba beneficiar a esta vulnerable ciudad.

Fue así como, de acuerdo con la investigación de la historiadora del arte y museóloga Martha Elizabeth Laguna Enrique:

“El 13 de enero de 1803, al ingresar en la Real Sociedad Patriótica de Amigos del País de La Habana, el obispo Espada presentó su plan para eliminar la costumbre de inhumar en las iglesias, reafirmando esta postura el 27 del mismo mes, cuando asumió, al ser designado por unanimidad, la dirección de la institución. A partir de este momento se centró en la afanosa labor de la búsqueda de apoyo y comprensión a sus planteamientos y su propósito fundamental consistió en que se: “(...) difundiese todas las luces en los socios y concentrara todos los medios de ejecución, para formar una fuerza capaz de superar todos los obstáculos al establecimiento de un «Cementerio Universal» fuera de la ciudad”⁴⁰².

El empeño del jerarca de la iglesia cubana dio sus frutos, por lo que se sabe que ya habían comenzado las obras de construcción del Cementerio General de La Habana, cuando el gobernador de la Isla, marqués de Someruelos, publicó el 26 de abril de 1804 la Circular de Carlos IV insistiendo en la creación de cementerios extramuros. Documento que fue expedido por el Monarca pocos días antes de la última Real Cédula que abordaremos en este trabajo (la de 15 de abril de 1804), pero en la que se reproducían muchos de los considerandos de la primigenia Real Cédula de Carlos III que regía (sin mucho éxito) en la metrópoli desde el 3 de abril de 1787⁴⁰³. Normativa que no circuló de la manera adecuada por estos territorios, por lo que no logró permear el sistema americano más allá de quienes tuvieron acceso a la Gaceta oficial, como fue el caso del ya mencionado gobernador de Nueva Orleans.

⁴⁰² Laguna Enrique, Martha Elizabeth, “Vestigios de una necrópolis neoclásica: el Cementerio de Espada”, en: *Anales del Museo de América* N° 18, Ministerio de Educación Cultura y Deporte - Subdirección General de Documentación y Publicaciones, Madrid, 2010, 195-197.

⁴⁰³ Arrazola, D. Lorenzo et. Al, *Enciclopedia Española de Derecho y Administración ó Nuevo Teatro Universal de la Legislación de España e Indias*, Imprenta de F. Andrés y compañía, Madrid, 1855, 299.

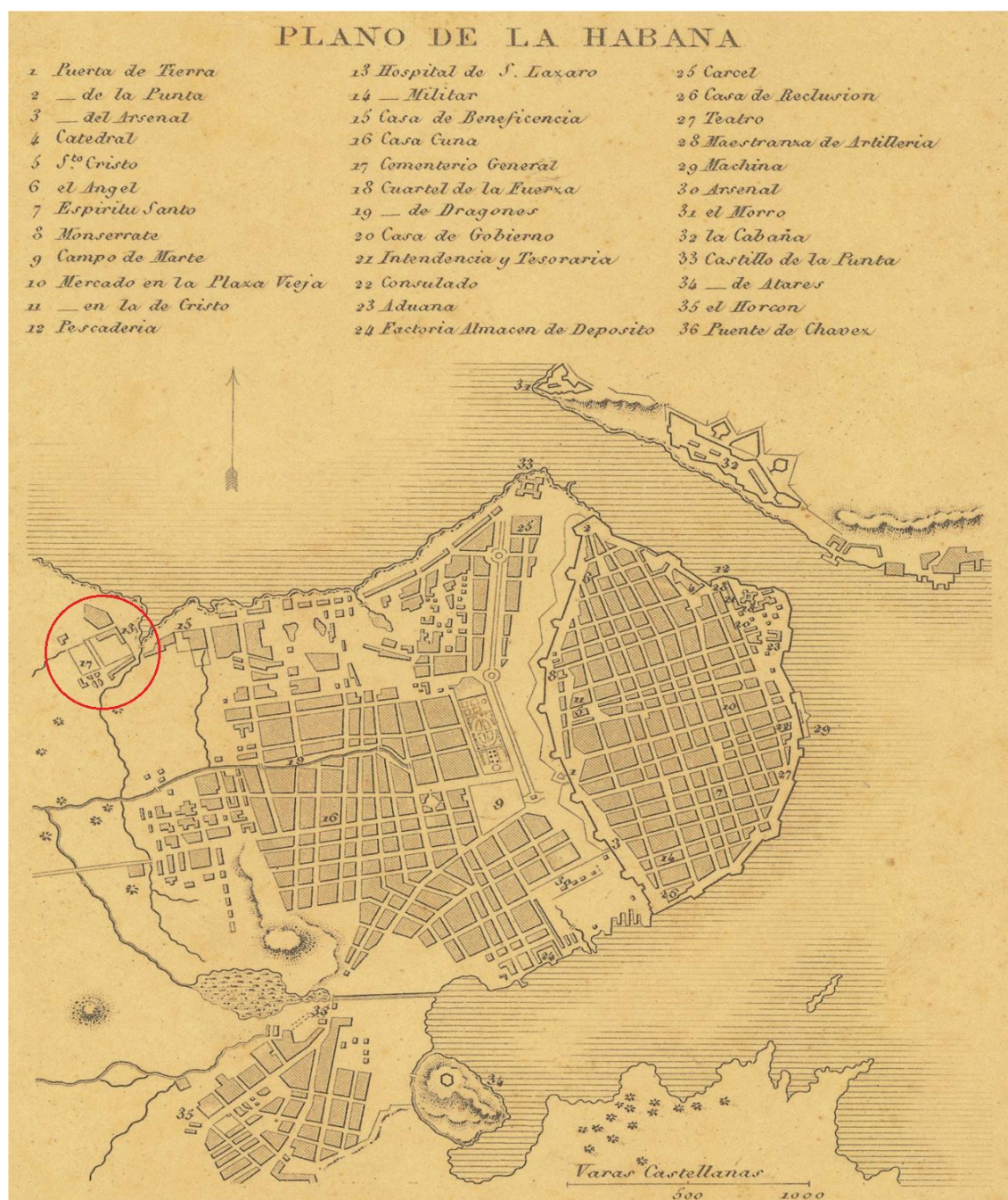


Imagen 25: Plano de La Habana en 1850 realizado por Francisco Coello⁴⁰⁴. Aparece encerrado en el círculo rojo el Cementerio General de La Habana, contiguo al Hospital de San Lázaro.

Este esfuerzo que podría parecer retórico, encerraba la angustiante realidad del poco impacto que habían tenido hasta ese momento (comienzos del siglo XIX) los cambios

⁴⁰⁴ Coello, Francisco, "Plano de La Habana", en: *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, -----, Madrid, 1850.

ordenados desde finales de la década de 1780, amparados en la laxitud de las autoridades y lo difícil que fue el control del Imperio Hispano a partir del estallido de la Revolución Francesa y las consecuentes guerras internacionales en las que se vio envuelta la Metrópoli⁴⁰⁵.

Retomando el relato de la profesora Laguna: “*La superficie en la que se ubicaría finalmente el campo santo abarcaba unos 16.536 m². Su localización se planteó a una distancia aproximada de una milla al oeste del recinto amurallado de La Habana, limitando por el noreste con el pequeño cementerio provisional del hospital de San Juan de Dios*”⁴⁰⁶.

Esta ubicación cumplía con todos los preceptos de la teoría sanitaria de la época, aprovechando además la logística de las vías creadas para el traslado de los pacientes del lazareto y sus familiares, reforzando el vínculo entre estos dos segmentos de la población expulsados de los núcleos urbanos: los enfermos y los muertos.

La construcción de esta obra de gran trascendencia para la ciudad fue recogida como gesta por varios de los viajeros que pasaron por la Isla, como fue el caso del escritor e historiador José María de Andueza, quien lo menciona en su célebre libro *Isla de Cuba Pintoresca*⁴⁰⁷, pero quien además publicó varias notas en la prensa en torno a la necrópolis.

De acuerdo con su versión:

La construcción del cementerio público habanero se prolongó durante dos años (1804-1806). La obra tuvo un costo de 46.868 pesos, suministrados en parte por los fondos de fábrica de la catedral en calidad de préstamo, de ellos 22.000 y 3½ reales donados por el obispo Espada. También, el gobernador general, marqués de Someruelos, auxilió con diferentes materiales y puso a disposición la mano de obra de todos los reclusos del presidio. Finalmente, tres esclavos negros e igual número de carretones y mulas, adquiridos por el obispo, cumplirían la función del traslado de los cadáveres hasta su destino final⁴⁰⁸.

Fue así como el 2 de febrero de 1806 se inauguró el Cementerio General de La Habana, que con el tiempo pasaría a ser conocido como el ‘Cementerio de Espada’, haciéndole un justo homenaje a su principal promotor. Como acto solemne y propagandístico, al nuevo camposanto fueron trasladados los restos del primer Capitán General que tuvo la isla, fallecido en 1765, Don Diego Manrique, que fue exhumado de la iglesia de San Francisco de

⁴⁰⁵ Lynch, John, *La España del siglo XVIII*, 408 p.

⁴⁰⁶ Laguna Enrique, Martha Elizabeth, “Vestigios de una necrópolis neoclásica”, 195.

⁴⁰⁷ Andueza, José María, *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial. Recuerdos, apuntes, impresiones de dos épocas por don José María Andueza*, Boix, Madrid, 1841, 182 p.

⁴⁰⁸ Andueza, José María, “El Cementerio”, en *Semanario Pintoresco Español* N° 14, 1838, 105-107. Citado por: Laguna Enrique, Martha Elizabeth, “Vestigios de una necrópolis neoclásica”, 199.

Asís; así como el Obispo José González Cándamo, titular de la diócesis Milaza y Obispo Auxiliar de La Habana hasta su muerte en 1801.

Esta decisión demostró ser más que acertada, puesto que hizo ver a la población que la necrópolis no estaba destinada a encerrar solamente los cuerpos de los pobres y desamparados, sino que se debía transformar realmente en un Cementerio General que acogería, sin excepción, a todos los renglones de la sociedad habanera. Esta sabia decisión, como veremos más adelante, fue replicada por el Virrey Abascal y las autoridades limeñas, siendo una de las razones principales que garantizaron que tanto el Cementerio de Espada, como el Presbítero Maestro, sobrepasaran sus fases de incubación y se posicionaran en medio de la debacle de la gran mayoría de los proyectos que les fueron contemporáneos.

3.3. Fines comunes, medios divergentes: enfrentamientos en torno a la creación de cementerios extramuros en la Nueva España

La historia de las sepulturas intramuros en la Nueva España es casi tan antigua como la toma de control misma del valle de México por parte de las tropas de Cortés, tal y como lo deja en claro en su texto *Transformación de áreas de entierro durante el virreinato de Nueva España*⁴⁰⁹, la joven investigadora y colega de la Red Iberoamericana de Cementerios Andrea Guerra Luna:

De esta manera cuando fue tomada por completo Tenochtitlán, los españoles de inmediato comenzaron a organizar y adaptar su vida de acuerdo a sus propias ideas y costumbres, por lo que al poco tiempo empezaron a preocuparse por tener lugares cristianos de entierro, por lo cual necesitaban la construcción de espacios religiosos dignos para sus muertos. Siendo así los primeros entierros que se describen en Nueva España corresponden a la terminación de la primera iglesia, la cual data de 1525 correspondiendo a la iglesia de San Francisco⁴¹⁰.

Práctica que se generalizó rápidamente, dejando de ser exclusiva de los soldados, sacerdotes y funcionarios que arribaban, siendo acogida por los indígenas convertidos o en proceso de conversión, así como por la amplia gama de mestizos que comenzó a poblar el territorio, una vez superada la debacle poblacional que causó el choque violento entre los

⁴⁰⁹ Guerra Luna, Andrea, “Transformación de áreas de entierro durante el virreinato de Nueva España” en *Memorias digitales XVI Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales*, Red Peruana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, Lima, 11 p.

⁴¹⁰ Guerra Luna, Andrea, “Transformación de áreas de entierro durante el virreinato de Nueva España”, 4.

hispanos y las diversas comunidades prehispánicas asentadas en las costas, montañas, altiplanicies y praderas mesoamericanas.

Es por esto que en el contexto novohispano fue acogida con beneplácito la ya mencionada primera de las Leyes de las Indias relacionada con las inhumaciones al interior de las iglesias, firmada por Carlos V el 18 de julio de 1539, en la que el Emperador estableció: “*encargamos a los Arzobispos y Obispos de nuestras Indias que en sus diócesis provean y den orden cómo los vecinos y naturales de ellas puedan enterrar y entierren libremente en las iglesias y monasterios que quisieren y por bien tuvieren, estando benditos el monasterio o la iglesia, y no se les ponga impedimento*”⁴¹¹. Medida que, como ya explicamos en la introducción de este capítulo, complementó el mismo monarca el 10 de mayo de 1554, al expedir una nueva ley mediante la que se estableció: “*Que donde estuviese lexos la iglesia, se bendiga un campo para enterrar los muertos*”^{412*}.

Uno de los procesos que promovió este visto bueno real a las inhumaciones intramuros, fue el de la especulación en torno al valor de los derechos de sepultura, los cuales al parecer estaban supeditados al libre albedrío de monjes y sacerdotes, quienes se enfrentaban por acaparar una importante renta, poniendo en riesgo la ‘seguridad espiritual’ y el ‘salvamento de los cuerpos’ de los creyentes. Al menos así lo deja percibir la directriz firmada originalmente en Madrid por Felipe II en el año 1577, pero que, en la *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias* publicada en 1680, figura como Ley II:

Que los clérigos no lleven más derechos por los que se enterraren en conventos de lo que justamente pudieran llevar: Porque en algunas partes de nuestras Indias llevan los clérigos más derechos de los que deben llevar por los cuerpos, que se entierran en conventos de religiosos, y por esta causa dexan de enterrarse muchos en ellos, de que las Órdenes reciben perjuizio. Rogamos y encargamos a los prelados, que cada uno en su Diócesis provea cómo los conventos y herederos de los difuntos, que se enterraren no reciban agravio en los derechos, ni consientan que los clérigos excedan de lo que justamente pudieren llevar⁴¹³.

Lo particular de esta intervención real en un asunto tan sensible como es el de las rentas eclesiásticas, es que hay que entenderla en el contexto del siglo XVI y teniendo en la

⁴¹¹ Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Libro I, Título XVIII, De las sepulturas y Derechos Eclesiásticos, Libro I, Título XVIII, Ley I, 89 (rev).

⁴¹² Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Libro I, Título XVIII, De las sepulturas y Derechos Eclesiásticos, Libro I, Título XVIII, Ley XI, 91 (rev).

* En la introducción de este capítulo, se incluyó la transcripción completa de dicha Ley.

⁴¹³ Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Libro I, Título XVIII, De las sepulturas y Derechos Eclesiásticos Ley II.

cuenta que quien abogaba en ese momento por la regulación de los precios de las sepulturas, era uno de los monarcas más devotos y ferviente seguidor de los mandatos del catolicismo romano (donde, a su vez, tenía grandes influencias políticas al interior del colegio cardenalicio), en medio de una Europa dividida por temas religiosos y sumergida en cruentas guerras⁴¹⁴.

Felipe II, por tanto, no cuestionaba el que esas rentas llegaran a iglesias y conventos (como sí se evidenció en varios de los documentos analizados en medio del proceso ilustrado de creación de cementerios extramuros, permeado visiblemente por los idearios políticos y religiosos del siglo XVIII), sino que parecía preocuparle que por disputas económicas, se vieran afectadas las rentas de iglesias y/o conventos y, en especial, se pusieran en riesgo los fines espirituales que pretendía esta práctica.

Un ejemplo de esta visión que podría ser interpretada como devota y paternalista, está consignada en el numeral 10 de la Real Pragmática sobre “*Formalidades que han de observarse en los entierros y exequias de los difuntos*”, firmada en Madrid por el mismo monarca el 20 de marzo de 1565, en la que expresó:

Que en quanto á las misas, memorias, limosnas y lo demás que toca al servicio de Dios y bien de las Iglesias, se guarde y cumpla según que los difuntos y sus testamentarios y herederos lo ordenaren y mandaren; lo qual no entendemos disminuir, sino que antes se crezca y acreciente: que lo que se gastaba en vanas demostraciones y apariencias, se gaste y distribuya en lo que es servicio de Dios y aumento del culto divino, y bien de las ánimas de los difuntos⁴¹⁵.

El monarca castellano no se oponía pues a que se invirtieran recursos con fines espirituales y en favor de la salvación de las almas de los difuntos, pero sí criticaba la pompa y el boato extremos, así como los exagerados gastos que en materia de ceremonial invertían algunos de sus súbditos, como lo dejó en claro en su numeral 8: “*En quanto toca á los entierros, obsequias y cabos de año; mandamos, que por ninguna persona de qualquier calidad, condición ó preeminencia, aunque sea persona de título de dignidad, no se pueda llevar en su entierro, ni poner en su sepultura al tiempo de las obsequias ó cabo de año, más de doce hachas ó cirios*”⁴¹⁶. Cantidad que para el Monarca era excesiva si se consumían en

⁴¹⁴ Elliot, John H., *La Europa dividida (1559-1598)*, Siglo XXI Editores, Madrid, 444 p.

⁴¹⁵ Carlos IV, *Novísima Recopilación*, Libro I, título III, Ley II, 20.

⁴¹⁶ Carlos IV, *Novísima Recopilación*, Libro I, título III, Ley II, 19-20.

ese mismo momento y con ese fin específico, pero que como muestra de obsequio, devoción y caridad, sí era bien recibida:

...pero esto no se entienda en quanto á las candelas ó velas que se dan á los clérigos ó frayles ; y niños de doctrina que van á los dichos entierros, ni en la cera que llevan las Cofradías que acompañan los cuerpos de los difuntos, ni en la cera que se da ó manda dar por los difuntos ó testamentarios y herederos para el servicio de la Iglesia y altares y lumbres; que en aquesto todo, ni en el vestir de los pobres, ni en otras limosnas no entendemos hacer novedad⁴¹⁷.

En cuanto a las sepulturas, en el numeral 9 de su pragmática restringía cualquier muestra de soberbia e ínfulas de grandeza: “*Que por ninguna persona, excepto por las Personas Reales, no se pueda hacer ni haga en las Iglesias túmulo; y que tan solamente se pueda poner la tumba con paño de luto ú otra cubierta, y que no se puedan cubrir ni poner paños de luto en las paredes de las dichas Iglesias*”⁴¹⁸.

Quizás esta medida tomada por el Monarca hispano, haya sido el germen del reclamo que dos siglos después elevó el viajero ilustrado don Antonio Ponz Piquer, ya traído a colación en el primer capítulo de este trabajo, cuando comparaba los bellos monumentos funerarios existentes al interior de templos y catedrales de otros territorios europeos, frente a la ‘pobreza’ y ‘simpleza’ de los túmulos y monumentos funerarios de su época: “*Hubo en España dicha usanza, como se ve por toda ella, particularmente en Iglesias Catedrales, no solamente después del restablecimiento de las Artes; esto es desde la edad de Carlos V, sino muchos siglos antes. Ahora apenas hay quien mande hacer una miserable lápida. ¿Serán efectos de la mezquindad presente, o porque se piensa con más humildad?*”⁴¹⁹.

Esta falta de lujos y boato en materia de sepulturas, al parecer era compartida a este lado del Atlántico, pues de acuerdo con las fuentes consultadas por la historiadora Andrea Guerra Luna: “*La mayoría de los pisos de las iglesias eran de madera, en estos se marcaba en qué posición iban a ir los espacios para la construcción de tumbas y cuando estos se convirtieron en insuficientes, se construyó un muro anterior al que ya existía y en el lugar de en medio se ponían los huesos más viejos para remplazarlos con entierros recientes*”⁴²⁰.

⁴¹⁷ Carlos IV, *Novísima Recopilación*, Libro I, título III, Ley II, 20.

⁴¹⁸ Carlos IV, *Novísima Recopilación*, Libro I, título III, Ley II, 20.

⁴¹⁹ Ponz, Antonio, *Viage de España*, Tomo V, 48.

⁴²⁰ Bazarte, Alicia, “El espacio vivo de la muerte”, en Pastor Llana, María Alba y Mayer González, Alicia (Coordinadoras), *Formaciones religiosas en la América colonial*, Universidad Nacional Autónoma de México -UNAM, Ciudad de México, 162. Citado por: Guerra Luna, Andrea, “Transformación de áreas de entierro durante el virreinato de Nueva España”, 6.

Así, posiblemente sin muchos lujos, pero ‘con mucha fe’, los templos, conventos y atrios novohispanos se fueron poblando cada vez más de cadáveres, cumpliendo con la ya mencionada disposición de Carlos I de Castilla (Carlos V) de 1539: “*Que los vezinos y naturales de las Indias, se puedan enterrar en los monasterios ò iglesias que quisieren*”⁴²¹.

3.3.1 La sepultura eclesiástica como premio y medio de salvación en la Nueva España

Otra de las consecuencias que trajeron consigo estas medidas que ‘garantizaban la inclusión’ de los cadáveres en los espacios consagrados (vista esta como algo deseable y positivo) en el territorio novohispano, es que abrieron al mismo tiempo las puertas para un complejo y estricto sistema de exclusión (con todas las connotaciones negativas). La profesora de la Universidad de Colima María de los Ángeles Rodríguez Álvarez, lo consignó en su texto de la siguiente manera:

En América la pena del entierro en suelo no sagrado llegó a ser un mecanismo de presión utilizado para asegurar el cumplimiento regular de los sacramentos. Así en el Primer Concilio realizado en México, en 1555, se estableció que quienes no se confesaran al menos una vez al año o que no recibieran el sacramento de la eucaristía en las fechas establecidas ‘carezcan de eclesiástica sepultura’⁴²².

Sin embargo, el texto más influyente que para la época reguló el sistema de inclusión y exclusión en los espacios consagrados, fue el *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V*⁴²³, publicado por primera vez en la Ciudad de México en 1642 por el Obispo de Tlaxcala don Juan de Palafox y Mendoza, a partir de sus reflexiones en torno al texto del pontífice (publicado hacía 28 años en 1614*) y el profundo conocimiento que comenzaba a tener del territorio novohispano el prelado, tras casi dos años de intensa visita y el inicio de sus litigios con las órdenes religiosas presentes en el virreinato⁴²⁴.

Y es que, de acuerdo con el texto de Gregorio Bartolomé Martínez, tras su nombramiento en 1639 por parte del Rey Felipe IV como Obispo de Tlaxcala (cuya sede

⁴²¹ Centro de Estudios Constitucionales de España, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Libro I, Título XVIII, Ley I, 89 (rev).

⁴²² Rodríguez Álvarez; María de los Ángeles, *Usos y costumbres funerarias en la Nueva España*, El Colegio de Michoacán, Morelia, 2001, 259. Citado por: Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 314-315.

⁴²³ Palafox y Mendoza, Juan de, *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V*, 270 p.

* Este texto ya lo abordamos en nuestro capítulo introductorio, cuando tratamos el tema de la Ilustración y el debate en torno a la sepultura de cadáveres.

⁴²⁴ Salazar Andreu, Juan Pablo y Méndez Sánchez, Fernando, *La visita general de don Juan de Palafox y Mendoza (1640-1647)*, Tirant lo Blanch, Ciudad de México, 2017, 228 p.

episcopal era la ciudad de Puebla de los Ángeles) y su llegada en 1640, don Juan de Palafox y Mendoza: “*alternó el cuidado pastoral con los cargos políticos de los que llegó investido a la Colonia, uniendo en su persona más títulos civiles que ninguna otra persona había ostentado antes en América*”⁴²⁵.

En medio de ese conflictivo periodo se destaca de manera particular el año de 1642, cuando tuvo lugar la publicación de la primera edición de su manual, pues en él este polémico prelado ocupó provisionalmente los cargos de Arzobispo de México* y Virrey de la Nueva España (en reemplazo de don Diego López Pacheco y Portugal, duque de Escalona, a quien depuso y arrestó por órdenes directas de la Corona)⁴²⁶. Plataforma político-religiosa desde la que las normas consignadas por Palafox y Mendoza en su obra tenían todo el peso necesario para ser obedecidas tanto por los sacerdotes, directamente bajo su mando, como por los miembros de las órdenes religiosas con las que se enfrentaba.

No debe ignorar el Parrocho, á quién ha de negar Ecclesiastica Sepultura, para que no admita en ella alguno contra los Decretos de los Cánones Sagrados.

Primeramente, se les niega, á los Paganos, y Judíos, y á todos los Infieles, Hereges, y sus Fautores, á los Apostatas de la Fe, Sismáticos, públicos excomulgados con excomunión mayor, á los Entredichos nominadamente, y á los que mueren en lugar que lo está, en el tiempo que dura el Entredicho.

A los que se matan á sí mismos por desesperación, o enojo, sin locura, si no dieren antes de morir señales de penitencia.

A los que mueren en duelo, aunque den señales de penitencia.

A los que consta, que no recibieron los Sacramentos de la Confesión, y Eucaristía, en la Pasqua, y murieren sin señal alguna de contrición. A los infantes muertos sin Bautismo. *En los quales casos si ocurriere alguna duda, consulte el parrocho al Ordinario*⁴²⁷.

Tras dejar constancia de este amplio listado de inadmitidos, el Obispo Palafox explicaba al detalle en su texto los protocolos, cánticos y rezos que debía contener el ritual, siendo muy interesante la división de los difuntos en tres categorías: varones, mujeres y

⁴²⁵ Bartolomé Martínez, Gregorio, *Juan de Palafox y Mendoza: Obispo y virrey, reformador polémico y escritor sin límites (1600-1659)*, Fundación Ignacio Larramendi, Madrid, 2015, 4-5.

* Sede que se hallaba oficialmente vacante desde diciembre de 1640, tras el fallecimiento del Arzobispo Feliciano de la Vega Padilla, quien no logró ascender al Valle de México e ingresar a la capital virreinal, pues enfermó en su viaje por el Pacífico desde Lima, de donde era oriundo. En términos generales, la silla arzobispal de la Ciudad de México estuvo vacía por casi una década, tras la partida en 1635 del Arzobispo Francisco Manso de Zúñiga, quien al parecer tuvo desavenencias con el Virrey Lope Díez de Aux y Armendáriz, I marqués de Cadreita. Tras la partida de Vega Padilla, fue nombrado en su reemplazo Francisco Verdugo Cabrera, Obispo de Huamanga (Ayacucho, en el Virreinato del Perú), quien ya había fallecido al momento de llegarle dicho nombramiento en septiembre de 1636.

⁴²⁶ Torre Villar, Ernesto de la, *Don Juan de Palafox y Mendoza: pensador político*, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 1997, 108 p.

⁴²⁷ Palafox y Mendoza, Juan de, *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V*, 117-118. (Ortografía actualizada parcialmente por el autor, el texto en cursiva viene del original).

sacerdotes⁴²⁸. Cada uno de estos grupos, en especial en el caso de los religiosos, debía ser ubicados de cierta manera al interior del templo, poniendo atención en la dirección a la que debían apuntar los pies o la cabeza del difunto, a la par que recibía oraciones particulares (obviamente, todas en latín).

El ceremonial comenzaba con la búsqueda del cadáver que ‘esperaba en su casa’ la llegada del cortejo presidido por los sacerdotes, el cual partía desde las puertas del templo. Una vez allí se distribuían “*las velas encendidas y los cirios*”⁴²⁹, para acompañar el trasladado el difunto en medio de responsos y letanías. El orden en que debían marchar cada uno de los asistentes, de acuerdo con su condición y el rol que desempeñara en la ceremonia (sacerdotes, monaguillos, portadores de sirios, miembros de cofradías, etc.), era muy estricto, siendo relegados a la retaguardia los amigos y familiares que simplemente acompañaban el cortejo. Al concluir el ritual con el cuerpo, se indicaba: “*Rocíe con agua bendita la sepultura el Sacerdote y después de haver puesto en ella el cuerpo del difunto, le hechará un poco de tierra*”⁴³⁰.

Nada se decía acerca del traslado de los cuerpos a un cementerio exterior, dejando solo como indicación que una vez terminada la bendición de la sepultura y se depositara en ella el cadáver: “... *se buelvan a la Iglesia ó á la sacristía diciendo, sin canto, la Antiphona (...) y podrán decir un Responso general por las ánimas del Purgatorio*”⁴³¹. El difunto, a través obviamente de sus deudos, cumplía así con los rituales que le garantizaban una sepultura con bendición eclesiástica, siendo admitido entre la comunidad de creyentes que, al igual que él, yacían bajo la protección de los muros internos y externos de templos, conventos y hospitales.

Sin embargo, el que ‘todos’ (o casi todos) yacieran bajo la protección del suelo eclesiástico no entrañaba un principio de igualdad. Cada templo y convento (los hospitales no entraban en esta disputa, al estar reservados a los renglones más pobres y vulnerables de la sociedad novohispana) competía por el predominio y buscaba atraer a las élites (en especial) y al público en general para que solicitaran en sus testamentos la sepultura en sus predios, o

⁴²⁸ Palafox y Mendoza, Juan de, *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V*, 120-121.

⁴²⁹ Palafox y Mendoza, Juan de, *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V*, 118.

⁴³⁰ Palafox y Mendoza, Juan de, *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V*, 122 (Ortografía actualizada parcialmente por el autor).

⁴³¹ Palafox y Mendoza, Juan de, *Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V*, 123 (Ortografía actualizada parcialmente por el autor).

para que los afligidos deudos lo hicieran en nombre del difunto y de acuerdo con sus posibilidades económicas; así como de la compleja trama de capellanías (algunas de índole hereditario) y cofradías que condicionaban las relaciones sociales del cristianismo hispano y que trascendían los aspectos puramente monetarios.

En este contexto es que pueden ser entendidas las agudas polémicas que el Obispo Palafox sostuvo con varias de las órdenes religiosas que competían con el clero secular en la Nueva España del siglo XVII por el control de las jurisdicciones eclesiásticas, lo qué, en palabras de Gregorio Bartolomé Martínez, significó:

En su condición de obispo y cumpliendo las provisiones reales y las disposiciones del Concilio de Trento, mantuvo continuos litigios con los religiosos de su diócesis -primero con los franciscanos y, luego, con los dominicos y agustinos- por cuestiones de la secularización de las parroquias, que estaban en su mayoría en manos de los Regulares, situación que, por mutuos intereses entre la Corona y el Papado, se prolongó durante mucho tiempo y que no se vio resuelta hasta casi un siglo después. En este sentido, con cierta violencia en las diligencias, Palafox llegó a quitar a los franciscanos treinta y una parroquias o doctrinas, y ellos le respondieron con agresividad manifiesta, hasta con armas⁴³².

Conflicto que se agudizó con el paso de los años, teniendo el Obispo tlaxcalteca como rivales aún más encarnizados a los Jesuitas, disputa que involucraba componentes políticos, económicos y doctrinales adicionales, los cuales que sobrepasan los alcances de este trabajo, por lo que no es pertinente abordarlos en este momento⁴³³. Sin embargo, sí es muy importante mencionar que si los derechos eclesiásticos (entre ellos las sepulturas), generaban conflictos en la Nueva España, no eran extrañas este tipo de controversias en su similar del sur: el Virreinato del Perú.

Al respecto, don Juan de Solórzano y Pereyra dedicó varios apartados de su obra *Política indiana*⁴³⁴, a la transcripción, análisis jurídico y reflexión personal en torno a las normativas expedidas hasta ese momento (1648), en torno a la regulación de las sepulturas intramuros y los conflictos que se habían generado al respecto; citando en especial ejemplos del Virreinato del Perú, donde fue Oidor de la Audiencia de Lima y gobernador y visitador

⁴³² Bartolomé Martínez, Gregorio, *Juan de Palafox y Mendoza: Obispo y virrey, reformador polémico y escritor sin límites (1600-1659)*, 5.

⁴³³ Para los interesados en ahondar en este periodo y estas confrontaciones, se recomienda la obra ya citada: Salazar Andreu, Juan Pablo y Méndez Sánchez, Fernando, *La visita general de don Juan de Palafox y Mendoza (1640-1647)*.

⁴³⁴ Solórzano y Pereyra, Juan de, *Política indiana: sacada en lengua castellana de los dos tomos del Derecho i gobierno municipal de las Indias Occidentales que escribió en la Latina Don Juan de Solorzano y Pereyra*, Imprenta de Diego Díaz de la Carrera, Madrid, 1648, 6 tomos.

de las minas de Huancavelica, por lo que habitó en sur del continente americano cerca de 17 años.

Llama la atención en especial el Capítulo XXII del Libro IV, “*De las oblacones, i derecho de la quarta dellas, i de la funeral, que algunos Prelados de las Indias han pretendido cobrar, i cobran de los Curas, i Doctrineros dellas, i de varias questiones que se han ofrecido en esta materia*”, cuando tras hacer un recuento de las disposiciones reales, conclusiones sinodales, textos doctrinales e interpretaciones jurídicas diversas en materia de derechos de sepultura y el pago de los rituales funerarios, denuncia:

I que es corruptela i tiranía la que han querido i quieren introducir algunos Curas Seculares en algunas Provincias de las Indias, llevando derechos doblados por los entierros y mortuorios de los que se mandan sepultar en Conventos de Religiosos. Porque esto dice ser en fraude de sus privilegios, i contra el derecho Canónico que permite, que qualquiera pueda escoger en ellos su sepultura⁴³⁵.

Así pues y desde posiciones contrarias (el Obispo Palafox luchando por la secularización y el jurista Solórzano denunciando los abusos a los que sometían los seculares a las comunidades religiosas), estos dos intelectuales y célebres funcionarios reales son el claro ejemplo de cómo el siglo XVII sirvió para que la práctica de las sepulturas intramuros no solo se popularizara, sino despertara el interés y la avidez de los jefes de la Iglesia, quienes contaban con crecientes beneficios económicos a partir de una dinámica feligresía que parecía incluir tanto a los vivos, como a los muertos.

3.3.2 De privilegios y beneficios: interacción entre las élites y las autoridades eclesiásticas en la creación de espacios funerarios en la ciudad de Guadalajara

Es por esto que para poder entender un poco las dificultades que atravesaron las autoridades encargadas de la creación de los primeros cementerios extramuros que se construyeron en los vastos territorios de la Nueva España, es preciso tener en la cuenta el grado de posicionamiento y la relevancia que para las élites y los grupos subalternos tenía, como acto de poder, no solo el ser sepultados al interior de templos y conventos, sino garantizarse para sí mismos y sus familiares más cercanos, buenas ubicaciones al interior de los espacios consagrados.

⁴³⁵ Solórzano y Pereyra, Juan de, *Política indiana*, Libro IV, Capítulo XXII, 687 (ortografía actualizada parcialmente por el autor).

Uno de los registros más antiguos recopilados en este sentido, proviene del libro de la historiadora Alma Victoria Valdés, quien reportó en su obra ya reseñada al inicio de este trabajo, cómo en Saltillo:

El caballero Santos Rojo había mandado edificar la Capilla de las Ánimas. En 1608, el fundador depositó, en el altar central de la misma, la imagen de un Cristo que había traído de Jalapa. Con el tiempo, la notoriedad que adquirió el ‘Santo Cristo’ hizo que se substituyera el nombre de la antigua fundación por el de ‘Sacratísima imagen de Cristo Crucificado’. Por su participación en la empresa, Santos Rojo obtuvo de las autoridades eclesiásticas ‘derecho hereditario de asiento y lugar de entierro’ para él y todos sus descendientes⁴³⁶.

El que este tipo de privilegios se estuviesen solicitando y concediendo en fechas tan tempranas, acompañados además con la condición de ser ‘derechos hereditarios’, es paradigmático. Mucho más si tenemos en la cuenta lo periférica que era la población de Saltillo, ubicada justo en el límite simbólico entre la Nueva España conquistada y los territorios de los indómitos indígenas de las praderas norteamericanas. Esto nos permite pensar en los avances que tuvo la práctica de las sepulturas intramurales tras los casi dos siglos que separan esta referencia de las primeras reglamentaciones emitidas por los borbones en contra de estas.

Como muestra de esto, en su tesis doctoral (la cual ya citamos ampliamente como referencia al revisar el contexto europeo) el historiador Ciro Caraballo Perichi anotó lo siguiente al abordar el tema de la acumulación de los cadáveres en los espacios intramurales novohispanos:

El interior de los templos catedralicios de las principales ciudades de la Nueva España llegó a tener tarifas, relacionadas directamente con la jerarquía del espacio de enterramiento, de acuerdo a su cercanía con los predios del altar, espacios destinados sólo para los más altos niveles del prelado. Un documento que señala esta relación es el plano de la Catedral de Guadalajara de 1743, donde se observan los 471 espacios dispuestos para enterramientos, cuyo costo disminuía a medida que los lugares se alejan del altar⁴³⁷.

No deja de llamar la atención que quien regentaba la diócesis de Guadalajara para la fecha, era el Obispo Juan Leandro Gómez de Parada (natural de esa misma ciudad), quien dispuso que al momento de su muerte: “*su cuerpo fuera enterrado con vestiduras pontificales*

⁴³⁶ Valdés Dávila, Alma Victoria, *Testamentos, muerte y exequias*, 131.

⁴³⁷ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 314-315.

en el convento de Santa María de Gracia, junto a sus padres”⁴³⁸. Deseo que le fue satisfecho tras fallecer el 14 de enero de 1751, por lo que contó con el privilegio de ser sepultado en uno de los espacios más exclusivos de la ciudad y uno de los conventos de monjas más grandes y ricos de la Nueva Galicia y de la Nueva España en general⁴³⁹.

¿Por qué este prelado renunció voluntariamente a ser sepultado en la Catedral de la sede episcopal que presidía? ¿Para qué generar un plano tan detallado de los lugares de sepultura intramuros, reservando a las altas jerarquías del clero las áreas de privilegio, para luego no hacer uso de dichos espacios? Posiblemente en el caso de Gómez de Parada se combinaban dos factores importantes que pueden explicar las razones de esta decisión. La primera es apenas obvia: en su condición de Obispo, podía garantizarse para sí mismo el lugar que creyese más conveniente para su sepultura (nada lo obligaba a que fuera en la estratificada Catedral). Sin embargo, la segunda es menos evidente.

Gómez de Parada era parte de la primera generación nacida en América de una familia que llegó a la Nueva España a ganarse una posición entre las élites, logro que consiguieron alcanzar, pero que se debía mantener. No es fortuito, por ejemplo, que el propio Juan Leandro Gómez de Parada haya obtenido el título de Obispo y que, previo a este, gozara de la posibilidad de trasladarse a España a estudiar y escalar así en su carrera como eclesiástico⁴⁴⁰. Privilegio costoso, pero que lo afianzó a él y a su grupo familiar como uno de los más poderosos de esta ciudad, a la que regresó a finalizar su carrera tras casi 20 años como Obispo en otras jurisdicciones (Yucatán y Guatemala). Prerrogativa adicional con la que no contaron la mayoría de los obispos de su época (incluidos los peninsulares), en especial teniendo en la cuenta el aún minoritario número de altos jefes eclesiásticos nacidos en América para el año 1732, en que recibió su nombramiento para la silla episcopal de Guadalajara⁴⁴¹.

⁴³⁸ Camacho Becerra, Juan Arturo (Coordinador), *La Catedral de Guadalajara: su historia y significados. Tomo III*, El Colegio de Jalisco, Guadalajara, 2012, 215.

⁴³⁹ Híjar Ornelas, Tomás de, “Vida de catacumbas: la comunidad de monjas dominicas de Santa María de Gracia de Guadalajara, entre 1861 y 1951”, en *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 30*, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Ciudad de México, 2014, 251.

⁴⁴⁰ Romero Terreros y Vinent, Manuel, *Apuntes biográficos del Ilustrísimo Sr. D. Juan Gómez de Parada, Obispo de Yucatán, Guatemala y Guadalajara*, Tip. de la viuda de F. Díaz de León, Ciudad de México, 1908, 13 p.

⁴⁴¹ “Analizando los datos sobre los obispos americanos del período puede observarse que (...). Si en 1750, los obispos nacidos en América representaban sólo el 40 por 100 del total, hacia 1770 ya se habían equilibrado porcentualmente con los peninsulares, y en 1810-1820 sumaban más del 60 por 100. Así pues, la llamada ‘criollización de la jerarquía eclesiástica’, denunciada por algunos clérigos españoles que se consideraban

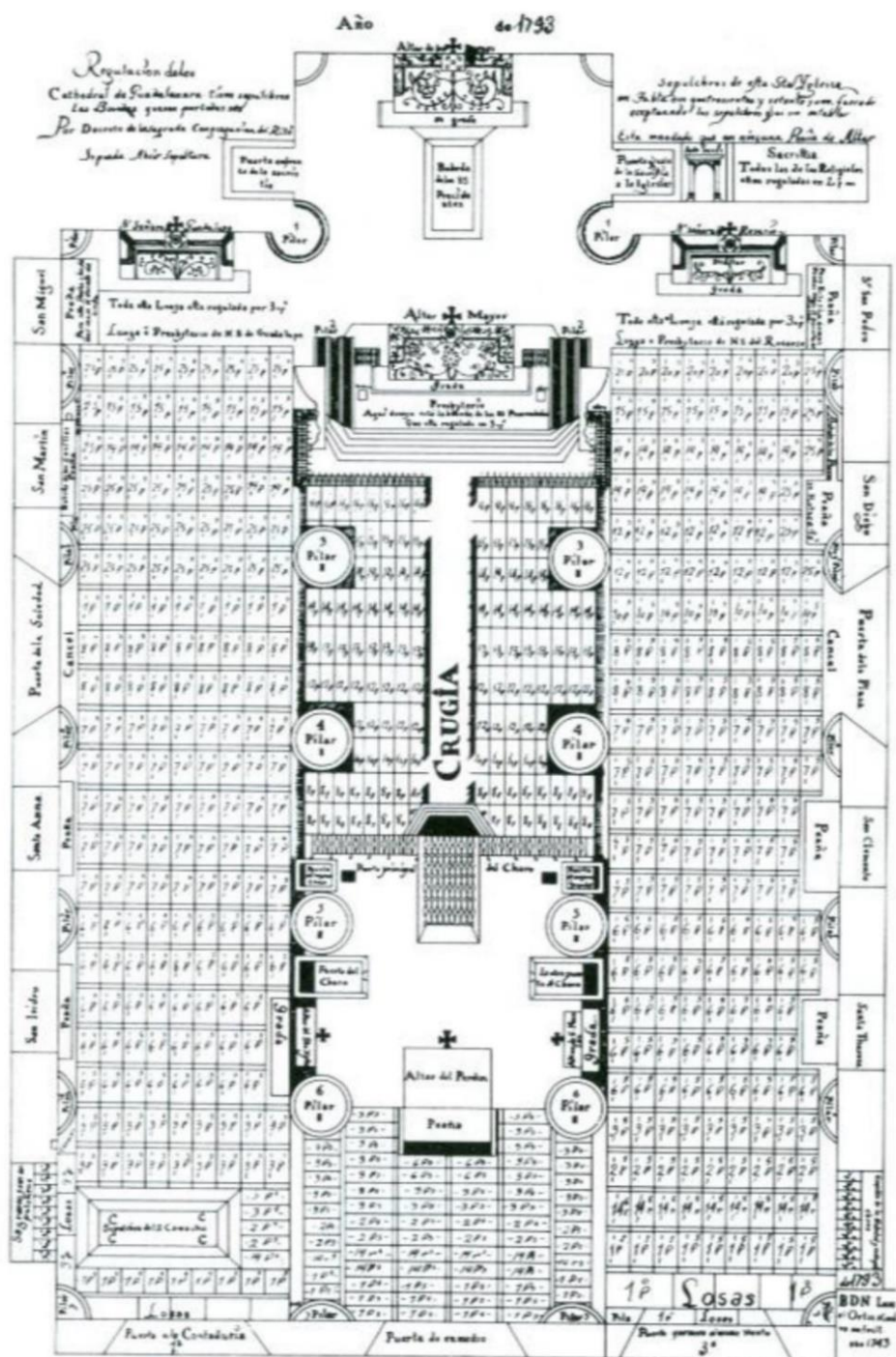


Imagen 26: Plano con lugares de enterramiento en la Catedral de Guadalajara para el año 1743⁴⁴².

excluidos, era una realidad”. Marchena Fernández, Juan, “Capítulo VII: Formas de poder y élites urbanas en el Siglo de las Luces”, en Garavaglia, Juan Carlos y Marchena Fernández, Juan, *Historia de América Latina de los orígenes a 1805*, Volumen II, 320.

⁴⁴² Rodríguez Álvarez; María de los Ángeles, *Usos y costumbres funerarias en la Nueva España*, 259. Citado por: Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 314-315.

Al respecto, el profesor y distinguido historiador Juan Marchena Fernández (de quien me siento orgulloso de ser discípulo) afirmó en uno de los capítulos a su cargo en el manual *Historia de América Latina de los orígenes a 1805*⁴⁴³:

Las aristocracias coloniales representaron, a pesar de las apariencias, una pequeña porción de las oligarquías americanas. En el sentido estricto del término, estas aristocracias fueron más una consecuencia de las prácticas hispanizantes que envolvieron a la sociedad colonial antes que la manifestación de un efectivo poder nobiliario. Especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, los fueros y preeminencias que corporaciones y tribunales concedían a los miembros de las élites regionales y locales asignaron valores sociales, políticos y económicos más importantes que los que podían obtenerse con la sola posesión de un título nobiliario. La combinación acertada de poder económico y político que el patriciado urbano americano realizó en estos años (sobre todo mediante el manejo adecuado de instituciones clave como la burocracia virreinal, el ejército, la Iglesia o los consulados y algunos gremios de importancia) les dispensó tales grados de supremacía social que la equiparación e identificación entre ‘nobleza de vida’ y ‘nobleza de sangre’ pudieron llevarla a cabo con relativa facilidad⁴⁴⁴.

Así las cosas, no solo se trataba de afianzarse en materia política y económica, las élites debían asumir comportamientos y actitudes que los elevaran a la cúspide social, variando y refinando sus costumbres. Por tanto, el que la familia Gómez de Parada tuviese éxito en su ejercicio de posicionamiento social, los ‘obligaba’ (a ellos y a las demás familias de élite en Guadalajara), a ‘comportarse como nobles’ e imitar los protocolos de las familias que ostentaban títulos nobiliarios, las cuales estaban concentradas, en su amplísima mayoría, en la Ciudad de México⁴⁴⁵. Situación que presumiblemente se replicaba en las demás ciudades novohispanas, con excepción de la capital Virreinal donde efectivamente existían ‘nobles de sangre’ con títulos traídos desde España o familias que habían alcanzado estas distinciones generaciones atrás, a las que les correspondió el ‘amargo’ espectáculo de compartir espacios con esta variopinta generación de ‘neo-aristócratas’.

Tal y como lo plasmó en su texto el profesor Marchena:

...los títulos nobiliarios aparecieron en un número relevante cuando algunos de los ‘nuevos ricos’ crecidos al amparo del desarrollo comercial de la segunda mitad del siglo XVIII, del auge minero o del éxito de determinadas exportaciones agrarias, quisieron añadir un blasón a su larga cadena de posesiones, parangonándose por este medio con las viejas familias tradicionales. Por eso

⁴⁴³Garavaglia, Juan Carlos y Marchena Fernández, Juan, *Historia de América Latina de los orígenes a 1805*, Crítica, Barcelona, 2005, Volúmenes I y II.

⁴⁴⁴ Marchena Fernández, Juan, “Capítulo VII: Formas de poder y élites urbanas en el Siglo de las Luces”, en Garavaglia, Juan Carlos y Marchena Fernández, Juan, *Historia de América Latina de los orígenes a 1805*, Volumen II, 295.

⁴⁴⁵No figura ningún título nobiliario que tuviera como sede la ciudad de Guadalajara para la época. Ver: Zárata Toscano, Verónica, *Los nobles ante la muerte en México*.

entraron en una desenfadada carrera de compra de títulos a fin de consolidar un nuevo linaje, a veces a costa de buena parte de sus fortunas⁴⁴⁶.

Teniendo en cuenta lo anterior, el que el Obispo Gómez de Parada eligiera como espacio de sepultura el Convento de Santa María de Gracia no era fortuito. ‘Muchos’ podían aspirar a conseguir los fondos que les garantizaran un buen espacio de sepultura al interior de la Catedral (situación que se extendía a otras parroquias y conventos de la ciudad), pero solo un grupo pequeño de familias contaba con espacios funerarios reservados al interior de este convento, que triplicaba en patrimonio al Convento femenino de Jesús María (segundo más posicionado de la ciudad)⁴⁴⁷, sin que se pudiese extender dicho privilegio a personas por fuera de este selecto grupo. No se trataba pues de un asunto monetario, era un tema de estatus, el cual estaba condicionado al mutuo reconocimiento entre los miembros de las élites, que lograban preservar así sus privilegios, cerrando el espectro de familias e individuos que podían acceder a esas distinciones, amén de que fuesen exitosos y adinerados habitantes de dichos territorios.

Sin embargo, el que hayamos revisado el comportamiento de Gómez de Parada a la luz de estas prácticas elitistas (que suelen ser valoradas de manera negativa desde el presente), no le resta sus méritos pastorales, los cuales han trascendido y de los que se guarda memoria en nuestra época. Es así como en sus apuntes biográficos sobre el Obispo, el historiador y académico mexicano Manuel Romero de Terreros destacaba la extensa e intensa visita pastoral que realizó por su jurisdicción eclesiástica en el Yucatán, por la que obtuvo el reconocimiento como ‘protector de indios’ y confirmó a más de 25.000 de los habitantes de esta región⁴⁴⁸.

Fue gracias a esa visita y su conocimiento de las comunidades que habitaban esta vulnerable zona, que casi 20 años antes de la publicación del plano de la Catedral de Guadalajara de 1743 y actuando como Obispo de Yucatán, Gómez de Parada presidió un sínodo a comienzos de la década de 1720 en el que se abogaba por los indígenas de su jurisdicción, que vivían muy apartados de espacios consagrados y que en ocasiones morían

⁴⁴⁶ Marchena Fernández, Juan, “Capítulo VII: Formas de poder y élites urbanas en el Siglo de las Luces”, en Garavaglia, Juan Carlos y Marchena Fernández, Juan, *Historia de América Latina de los orígenes a 1805*, Volumen II, 295.

⁴⁴⁷ Híjar Ornelas, Tomás de, “Vida de catacumbas: la comunidad de monjas dominicas de Santa María de Gracia de Guadalajara, entre 1861 y 1951”, 251.

⁴⁴⁸ Romero Terreros y Vinent, Manuel, *Apuntes biográficos del Ilustrísimo Sr. D. Juan Gómez de Parada*, 5-6.

sin el acompañamiento de religiosos y sacerdotes, por lo que se emitieron “*recomendaciones para asistir a los indios antes de morir por agonía en las cabeceras de doctrina, así como enseñarles expresiones verbales traducidas en oraciones para asistir a los que morían fuera de las cabeceras*”⁴⁴⁹.

Fines espirituales que se combinaban con aspectos más mundanos, pero claves al momento de analizar las actitudes frente a la muerte por parte de las comunidades urbanas novohispanas y las inversiones que estos hacían en torno al ritual y boato de sus exequias, tal y como se desprende del análisis que de las *Constituciones sinodales del obispado de Yucatán*⁴⁵⁰, hace el arquitecto y colega de la Red Iberoamericana de Cementerios Patrimoniales, Limbergh Herrera Balam: “*el documento contiene una serie de datos donde se pueden extraer los costos del entierro, el valor de la sepultura, las misas, y en la ceremonia si es con cruz alta o cruz baja, velas, las campanadas, músicos, cantores, etc.*”⁴⁵¹.

Estas instrucciones no son extrañas y están en sintonía con otros documentos emitidos a lo largo del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, por medio de los cuales los jerarcas católicos buscaban prevenir los abusos en el cobro de los derechos eclesiásticos por parte de párrocos y religiosos regulares a lo largo y ancho de la América Hispánica. Tal es el caso de la publicación en 1763 del listado del coste de las inhumaciones en la Catedral de Trujillo (Virreinato del Perú)⁴⁵²; las quejas que recibió en 1782 y consignó en su relación el Gobernador de la Provincia de Antioquia don Francisco de Silvestre en el Nuevo Reino de Granada⁴⁵³; o el fuerte pronunciamiento y la condena lanzada en abril de 1807 por el Obispo de Mérida de Maracaibo, Santiago Hernández Milanés, quien afirmaba que por los abusos cometidos por algunos curas en contra de los pobres, estos no tenían “*para pagar los*

⁴⁴⁹ Herrera Balam, Limbergh, “La Mérida de Yucatán en el siglo XVIII: la religiosidad española con base en sus testamentos”, en Chico Ponce de León, Pablo A. y Román Kalisch, Manuel A. (Coordinadores), *Procesos de conformación espacial y constructiva de los establecimientos religiosos. La construcción de una utopía en Yucatán y en otras regiones novohispanas*, Facultad de Arquitectura Universidad Autónoma de Yucatán / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología – CONACYT, Mérida (Yucatán), 2011, 146.

⁴⁵⁰ Gómez de Parada, Juan, *Constituciones sinodales del obispado de Yucatán* [recopilación y transcripción Gabriela Solís Robleda], Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2009, 364 p.

⁴⁵¹ Herrera Balam, Limbergh, “La Mérida de Yucatán en el siglo XVIII: la religiosidad española con base en sus testamentos”, 146.

⁴⁵² Restrepo Manrique, Daniel, *La Iglesia de Trujillo (Perú) bajo el episcopado de Baltasar Jaime Martínez Compañón, 1780-1790, Volumen 1*, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, Bilbao, 1992, nota 301.

⁴⁵³ Silvestre, Francisco, *Relación de la Provincia de Antioquia* [recopilación y transcripción David James Robinson], Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Medellín, 1988, 231-232.

derechos de entierro, el que lo hacen junto a los caminos”, situación que prohibió bajo severas penas en su jurisdicción eclesiástica al noroeste de la Capitanía General de Venezuela⁴⁵⁴.

Regresando al caso de Guadalajara en la Nueva España, ante una plataforma de posicionamiento social y estructura de negocio tan bien ordenada como la que se apreciaba en el plano recopilado y reproducido en este trabajo correspondiente al año 1743, y entendiendo que esta estratificación no se centraba solo en la Catedral, sino que se ampliaba a los templos parroquiales de menor jerarquía (dónde los costos también estaban reglados por criterios de visibilidad y cercanía)⁴⁵⁵; no es extraño que se hayan tardado tantos años las autoridades civiles y religiosas de la ciudad para iniciar un debate efectivo acerca de la construcción de un cementerio extramuros con la capacidad suficiente para conducir a él y acoger a todos los feligreses que por años prefirieron la protección eclesiástica.

Sin embargo, el que no se hayan construido los camposantos de acuerdo con las indicaciones de la Corona, no quiere decir que no se efectuaran modificaciones en el sistema de inhumaciones que se practicaban en la capital tapatía, las cuales merece la pena mencionar a partir de los datos aportados por la apreciada y destacada colega Isabel Eugenia Méndez Fausto en su artículo *La muerte en Guadalajara, siglos XVIII y XIX*:

...el sistema funerario eclesiástico inaugurado en 1800 por el obispo [Juan Cruz Ruiz de] Cabañas aglutinó en su mayor parte a las iglesias conventuales, a falta de las numerosas iglesias diocesanas como las surgidas a principios del siglo XVIII, entre ellas las del Pilar y de San Juan de Dios en el oeste y el este de la ciudad, respectivamente; mientras que al norte y sur se localizaban el Santuario de Guadalupe y el de Mexicaltzingo, entre otros 15 centros que aportaron un total de 27 sepulcros⁴⁵⁶.

Se trató pues de una redistribución de la carga de cuerpos a ser inhumados al interior de los espacios eclesiásticos tradicionales (la catedral y las iglesias del centro de la ciudad), a favor de otras áreas consagradas ubicadas en zonas más periféricas, lo que mitigaba el

⁴⁵⁴ Silva García, Antonio Ramón, *Documentos para la historia de la Diócesis de Mérida*, Tomo Primero, Imprenta Diocesana, Mérida – Venezuela, 1908, 60. Citado por: Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, 37-38.

⁴⁵⁵ Méndez Fausto, Isabel Eugenia, “Lugares y actitudes, la muerte en la ciudad de Guadalajara, siglos XVIII y XIX”, Maestría en Historia, Universidad de Guadalajara, 2005, 374 p.

⁴⁵⁶ Méndez Fausto, Isabel Eugenia, *El núcleo médico funerario del Hospital Civil: siglos XVIII y XIX*, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, Guadalajara, 2009, 89. Citado por: Méndez Fausto, Isabel Eugenia, “La muerte en Guadalajara, siglos XVIII y XIX”, en *Vita Brevis. Revista electrónica de estudios de la muerte: Ideas de la muerte en México*, N°. 3, Año 2, Instituto Nacional de Antropología e Historia – INAH, Ciudad de México, 2013, 49.

problema de la acumulación de cadáveres; sin que por esto se dejara de hacer uso de los espacios religiosos o se construyeran verdaderos cementerios extramuros ajustados a la normativa borbónica, como lo explica Méndez en su texto:

Entre las características higiénicas más notables de los mismos estuvieron el traslado de numerosas inhumaciones populares del interior de las iglesias a los sepulcros ubicados en medio de claustros, de modo que no estuvieran necesariamente expuestos al aire libre, así como la planeación del número de sepulcros según la ubicación del recinto dentro de la geografía urbana. De este modo, los sepulcros céntricos se reducían al mínimo, los intermedios tenían una capacidad intermedia y en los periféricos se habilitaron los más numerosos⁴⁵⁷.

Esta solución que podríamos considerar intermedia frente a los objetivos trazados por quienes concibieron las medidas promovidas por las Reales Cédulas de 1787 y 1789, al parecer dio más resultados que el proyecto de cementerio general que se planteó inicialmente en 1791, cuando regía la diócesis el anciano Obispo don fray Antonio Alcalde y Barriga, fraile de la Orden de los Predicadores. En esa ocasión, el prelado planteó unir el proyecto de habilitación de dicho camposanto, con el que adelantaba desde 1787 para la construcción del Hospital Real de San Miguel de Belén, pero su muerte en agosto de 1792 lo privó del honor de ver en funcionamiento su anhelada obra, así como de avanzar en la propuesta funeraria alternativa que sugirió ante el real requerimiento⁴⁵⁸.

Así las cosas, más de erradicar la práctica de las sepulturas intramuros en la ciudad de Guadalajara, Ruiz de Cabañas logró expandirla a otros espacios, buscando mitigar las nefastas consecuencias de la acumulación de cadáveres (al menos las más perceptibles, como eran los olores y ‘miasmas’), pero sin perder el control absoluto por parte de los religiosos de las rentas y beneficios adicionales que generaban los rituales funerarios y la asignación de espacios de sepultura.

De acuerdo con el Doctor en Medicina Javier García de Alba-García y su equipo de trabajo, la dependencia que solicitó al fin este cambio en el año de 1824 fue la Junta Auxiliar de Gobierno⁴⁵⁹, quienes obtuvieron el visto bueno del ya veterano Obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, que regentaba la Diócesis desde 1795. Según el documento firmado por el prelado, en algunos pueblos pequeños de su jurisdicción ya se había logrado que los camposantos se construyeran fuera de la traza urbana, pero en el caso de la ciudad de

⁴⁵⁷ Méndez Fausto, Isabel Eugenia, “La muerte en Guadalajara, siglos XVIII y XIX”, 49.

⁴⁵⁸ Méndez Fausto, Isabel Eugenia, *El núcleo médico funerario del Hospital Civil: siglos XVIII y XIX*.

⁴⁵⁹ García de Alba-García, Javier et al., “Cementerios y salud pública en Guadalajara”, *Cirugía y Cirujanos*, Volumen 69, N° 6, 2001, 309.

Guadalajara, el Obispo Ruiz de Cabañas consideraba que se requeriría de una importante inversión, lo cual parece una excusa frente a los 29 años que administró tan cotizada sede epistolar y los recursos que generaba su subsuelo transformado en gigantesco cementerio para las élites y los estamentos populares⁴⁶⁰.

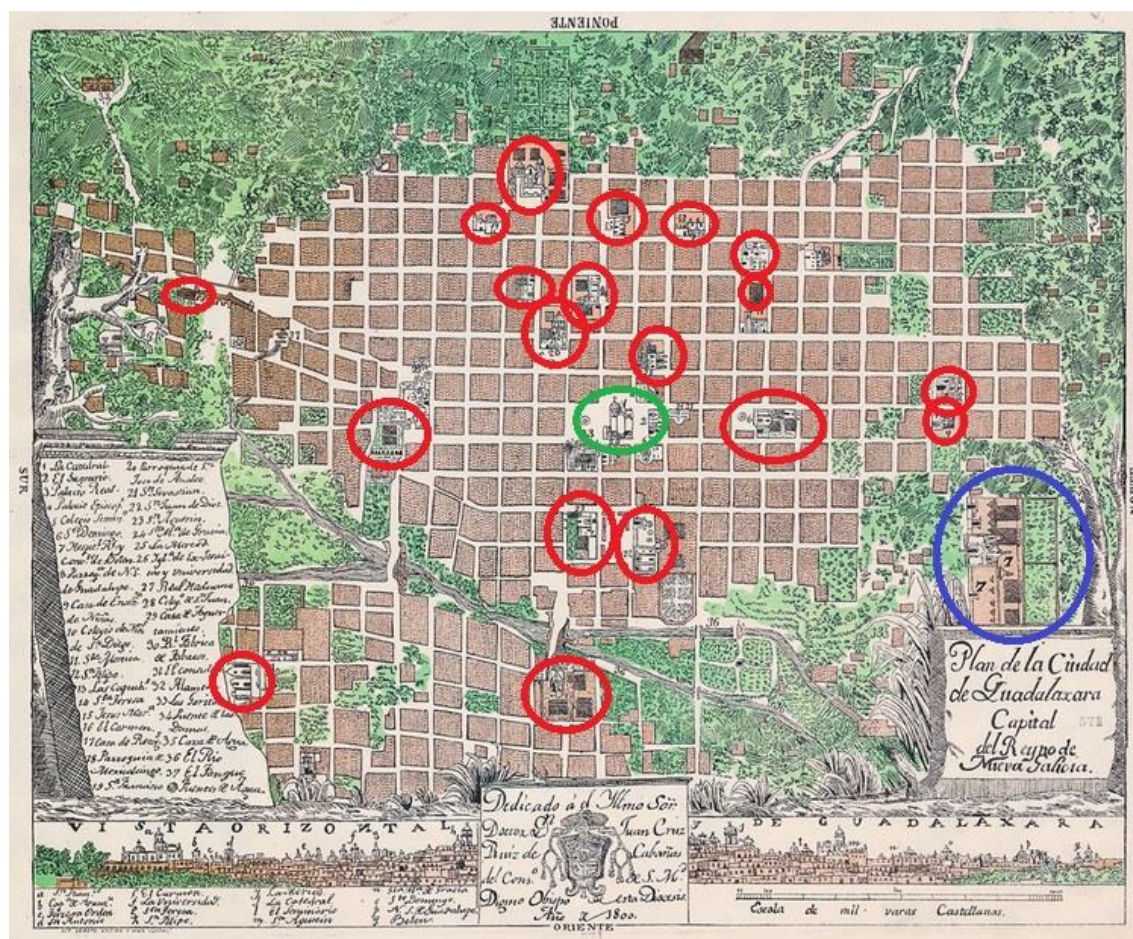


Imagen 27: Plano de la Ciudad de Guadalajara dedicado al Ilustrísimo Sr don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, Obispo de esa Diócesis en el año 1800⁴⁶¹. Aparece encerrado en el círculo azul el Hospital Real de San Miguel de Belén donde se planeó el cementerio general de 1791 (al parecer no se avanzó en el mismo, pero pudo funcionar un espacio funerario para los internos del hospital) y en cuyas inmediaciones surgió el Panteón de Belén a partir de 1827; en verde la Catedral (cuyo plano de 1743 ya analizamos) y en círculos rojos, algunos de los espacios religiosos que tuvieron uso funerario más intenso a partir de la propuesta del Obispo Ruiz de Cabañas presentada en el año 1800⁴⁶².

⁴⁶⁰ García Fernández, Estrellita, "Salud y muerte en el conjunto de Belén", *Espiral (Guadalajara)*, Volumen 16, N° 46, 2009, 173-203.

⁴⁶¹ Ancira y Hno., "Plano de la Ciudad de Guadalajara, capital del Reyno de Nueva Galicia, dedicado al Ilustrísimo Sr Doctor don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, del Cons. de S. M. Digno Obispo de esta Diócesis año de 1800", en: *INEGI. Atlas Cartográfico Histórico*, Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), Ciudad de México, 1988, 172-173.

⁴⁶² Estos espacios fueron demarcados a partir de la ilustración elaborada por la profesora Méndez Fausto, quien usó como base este mismo plano. Ver: Méndez Fausto, Isabel Eugenia, "La muerte en Guadalajara, siglos XVIII y XIX", 51.

Sin embargo, fue a partir de estas gestiones que surgió paulatinamente el Panteón de Belén, cuya historia ha sido dada a conocer a lo largo de su trayectoria investigativa de manera amplia por la ya mencionada doctora en Arquitectura y magíster en Historia Isabel Eugenia Méndez Fausto⁴⁶³, quien es docente de la Universidad de Guadalajara y por años ha sido colaboradora tanto de la Red Mexicana, como de la Red Iberoamericana de Cementerios Patrimoniales.

3.3.3 Del Tepeyac a las periferias urbanas: hacia la creación del primer cementerio extramuros en la Ciudad de México

En cuanto a la antigua capital virreinal, Ciro Caraballo Perichi ofrece en su tesis un análisis muy completo de los lugares de inhumación intramural en la Ciudad de México durante los siglos XVII y XVIII, destacándose su descripción de la extensa área destinada al uso funerario, que rodeaba a la catedral metropolitana⁴⁶⁴. Sin embargo, antes de acercarnos a los espacios de la muerte en particular, es muy importante destacar la reflexión que el autor realizó acerca de la positiva incorporación y adaptación del pensamiento ilustrado en la ciudad, pero, a su vez, de los factores sociales y medio ambientales que limitaron la aplicación temprana de las medidas de corte funerario:

Seguramente, dado el número de religiosos y autoridades que se asentaron en la Nueva España, no hubo otro territorio americano que tuviera tan importantes bibliotecas durante los siglos de control hispano. Esto daría pie a una sociedad con una capa culta, quien a partir de las ideas cristianas allí contenidas haría profundas reinterpretaciones de los textos sacros, pero también, a partir del siglo XVII, de aquellos nuevos conceptos literarios y científicos que se filtraban entre los anillos del rígido control eclesiástico. En el siglo XVIII virreyes y arzobispos buscarían implementar medidas sanitarias en las ciudades de la Nueva España prácticamente a la par con los procesos que se iniciaban en Europa. Sin embargo, a pesar de su empeño e incluso de las Reales Órdenes sobre cementerios extramuros de finales del siglo XVIII, fue éste un proceso de difícil concreción. Una particularidad de la gran Ciudad de los Palacios, donde no lograban materializarse propuestas tempranas de cementerios extramuros como ya se lograba en Lima o La Habana. En México los esfuerzos se tropezaban con fuertes rechazos de la sociedad y de las órdenes religiosas, al tiempo que su crecimiento enfrentaba su destino en un territorio urbano donde la periferia no era más que agua y tierras inundables⁴⁶⁵.

Precisamente al norte de la ciudad y en el margen de las zonas inundables del Valle de México, se eleva el cerro de Tepeyac, famoso por albergar en sus faldas, desde tempranas

⁴⁶³ Méndez Fausto, Isabel Eugenia, “Lugares y actitudes: la muerte en la ciudad de Guadalajara, siglos XVIII y XIX”, Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Guadalajara, 2005, 374 p.

⁴⁶⁴ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 305-313.

⁴⁶⁵ Caraballo Perichi, Ciro, “Higienismo y romanticismo”, 286.

épocas del periodo colonial, el Santuario de la Virgen de Guadalupe. En lo alto de este promontorio, se tiene datada desde el año de 1666 la existencia de una ermita, erigida por la devota contribución del panadero Cristóbal de Aguirre y de Teresa Peregrino, su mujer⁴⁶⁶. Espacio al que, según la investigación de la presidenta de la Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C., arquitecta Margarita Martínez Domínguez; “*Se le comenzó a dar uso de panteón desde antes de 1716, pues en ese año ya se localizaban varias tumbas en torno a la Capilla del Cerrito*”⁴⁶⁷.

Así las cosas y pese a la distancia relativa de este espacio ceremonial en relación con la zona céntrica de la capital virreinal (mucho más discreta en su extensión que en la actualidad, donde el cerro ya se encuentra rodeado por múltiples y pobladas colonias), la connotación religiosa de este espacio contribuyó a que los vivos y los muertos encontraran en esta ermita otro espacio digno para la oración... y la sepultura, tal y como hemos referido que acontecía para esa misma época en la parroquia de Saltillo y en la catedral de Guadalajara.

Quizá impulsado por esta misma devoción “*a la Soberana Reyna de los Cielos y Tierra María Santísima de Guadalupe*”⁴⁶⁸, a quien dedicó buena parte de su amplia producción escrita de carácter místico y doctrinal; el presbítero Juan José Mariano de Montúfar, fue el promotor desde mediados de la década de 1740 del proyecto de edificación de una nueva capilla en lo alto del Tepeyac, el cual recibió el aval del gobierno de la ciudad, por lo que Montúfar demolió en 1748 la antigua ermita y construyó “*en el mismo sitio una capilla más espaciosa*”⁴⁶⁹.

De acuerdo con los datos aportados por el profesor Hugo Antonio Arciniega Ávila en su texto, esta nueva ermita apenas pudo ser completamente concluida en el año de 1756, pero: “*Una vez cerradas sus bóvedas se comenzaron a recibir los despojos mortales de los benefactores de la obra: comerciantes, artesanos y clérigos. Como sucedió con los templos*

⁴⁶⁶ Arciniega Ávila, Hugo, “El Tepeyac, el cementerio de los arquitectos” en *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias*, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Ciudad de México, 2011, 116.

⁴⁶⁷ Martínez Domínguez, Margarita G., *El arte funerario de la ciudad de México*, Gobierno del Distrito Federal, Ciudad de México, 1999, 50. Citado por: Arciniega Ávila, Hugo, “El Tepeyac, el cementerio de los arquitectos”, 117.

⁴⁶⁸ Montúfar, Juan José Mariano de, *Compendio mystico moral de flores eucharisticas: que para aliento y disposición de los christianos a la mas frequente y saludable comunión*, Imprenta del Nuevo Rezado de Doña María de Ribera en el Empedradillo, Ciudad de México, 1750, 1.

⁴⁶⁹ López Sarrelangue, Delfina, *Una Villa mexicana en el siglo XVIII: Nuestra Señora de Guadalupe*, Instituto de Investigaciones Históricas – UNAM / Miguel Ángel Porrúa, Ciudad de México, 2005, 199. Citado por: Arciniega Ávila, Hugo, “El Tepeyac, el cementerio de los arquitectos”, 117.

novohispanos, los muros, el piso de la nave, el pequeño atrio y los terrenos inmediatos se usaron para dar sepultura a los difuntos”⁴⁷⁰.

Se trató pues de un nuevo sitio de culto e inhumación, que si bien cumplía con la condición de estar extramuros de la ciudad, no distaba en su forma y concepción de los espacios que para la misma función se contaba en las villas y ciudades novohispanas, diferenciándose sí en cuanto al origen de la feligresía que asistía al culto y pagaba por el privilegio de sepultura en su interior y periferia inmediata: *“El Tepeyac no solo dio cabida a los vecinos de la población que crecía en torno al santuario, sino a los de la capital y de otras ciudades que se sentían atraídos por la tradición, el relato y la necesidad de la ‘protección divina’*”⁴⁷¹.

Descartando a la ‘Capilla del Cerrito’ en lo alto del Tepeyac como un antecedente directo de la creación de los espacios funerarios que deseamos analizar, según la profesora María Dolores Morales, en su ya referenciado artículo: *Cambios en las prácticas funerarias. Los lugares de sepultura en la ciudad de México, 1784-1857*; fue al arzobispo de la ciudad de México Alonso Núñez de Haro y Peralta, a quien le correspondió el mérito de crear el primer cementerio extramuros en la capital del Virreinato de la Nueva España en el año 1784, tres años antes de la expedición de la Real Cédula de Carlos III.

Morales argumenta que el prelado estableció un cementerio para los fallecidos en el hospital de San Andrés, pero alejado de éste, dejando de lado la tradicional ubicación de los recintos fúnebres a un costado o en la parte trasera de los centros de atención a los desvalidos, en los que más que la recuperación de la salud, se buscaba el auxilio y consuelo para comunidades muy vulnerables, así como su asistencia en el ‘buen morir’. *“Núñez de Haro, influido por las ideas ilustradas, costó el terreno y la construcción del cementerio en un sitio llamado Santa Paula, ubicado en la periferia norte de la ciudad y edificó una capilla en su centro*”⁴⁷².

Este dato coincide con el relato recopilado por el abogado e historiador don José Lorenzo Cossio y Soto, a comienzos del siglo XX, sobre los primeros cementerios de la

⁴⁷⁰ Arciniega Ávila, Hugo, “El Tepeyac, el cementerio de los arquitectos”, 117.

⁴⁷¹ Arciniega Ávila, Hugo, “El Tepeyac, el cementerio de los arquitectos”, 117.

⁴⁷² Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

ciudad de México, consignado en su obra *Del México viejo*⁴⁷³; y retomado décadas después por doña Clementina Díaz y de Ovando. Según sus textos, el espacio elegido era cercano a la parroquia de Santa María la Redonda y la pequeña capilla que se construyó en su interior, dedicada al parecer a San Ignacio de Loyola, fue bendecida junto con el cementerio el 25 de febrero de 1786⁴⁷⁴.

Si bien la inauguración de este espacio funerario es un hito muy significativo en este proceso, no debemos pasar por alto los datos recopilados por los arqueólogos Alejandro Meraz Moreno y Érica Itzel Landa Juárez, para quienes este cementerio no fue el primer lugar de inhumación periférico que bendijo el Arzobispo Núñez de Haro. De acuerdo con los autores, en medio de la epidemia de viruela que azotó a la Nueva España en el año de 1779⁴⁷⁵, el prelado le solicitó al recién posicionado Virrey Martín de Mayorga y Ferrer, se bendijeran dos camposantos extramuros, siendo uno de estos el que se erigió tras la capilla de indios de San Salvador el Seco⁴⁷⁶.

Sin embargo, este tipo de espacios funerarios correspondía más a la coincidencia de dos factores determinantes: la necesidad (acrecentada por el reto logístico que implicaba la sepultura de los cadáveres en medio de una epidemia) y la pobreza. En este sentido es muy pertinente citar a nuestra colega Andrea Guerra Luna, quien nos recuerda en su texto: “*En el caso de las personas que no tenían hogar y que al final de sus días terminaban muriendo en hospitales, hospicios y casas de recogimiento se procuraba enterrarlos en la iglesia de la*

⁴⁷³ Cossío y Soto, José Lorenzo, *Del México viejo*, Publicación hecha por los hijos del autor, Ciudad de México, 189.

⁴⁷⁴ Díaz y de Ovando, Clementina, “El Panteón de Santa Paula” en *A pie: crónicas de la Ciudad de México*, Secretaría de Cultura / Gobierno del Distrito Federal, Ciudad de México, 2003, 34. Citado por: Meraz Moreno, Alejandro y Landa Juárez, Érica Itzel, “Entierros en el antiguo panteón de Santa Paula de la ciudad de México” en *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias*, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Ciudad de México, 2011, 90.

⁴⁷⁵ Muriel de la Torre, Josefina, *Hospitales de la Nueva España. Tomo II. Fundaciones de los siglos XVII y XVIII*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas / Cruz Roja Mexicana, Ciudad de México, 1991, 185-203. Citado por: Meraz Moreno, Alejandro y Landa Juárez, Érica Itzel, “Entierros en el antiguo panteón de Santa Paula de la ciudad de México”, 90.

⁴⁷⁶ Rodríguez Pérez, Martha Eugenia, “. La influencia de los cementerios en la salud pública” en Dahlgren de Jordán, Barbro (Compiladora), *III Coloquio de Historia de la Religión en Mesoamérica y áreas afines*, Instituto de Investigaciones Antropológicas Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 1993, 127. Citado por: Meraz Moreno, Alejandro y Landa Juárez, Érica Itzel “Entierros en el antiguo panteón de Santa Paula de la ciudad de México”, 90.

Misericordia, pero como los precios de entierro eran altos y era difícil juntar la cantidad en ocasiones eran mandados a fosas comunes en la periferia de la ciudad”⁴⁷⁷.

Así las cosas y sin que podamos determinar aún si el mencionado cementerio de San Salvador el Seco fue el único en ser delimitado en medio de esa adversa coyuntura o si sencillamente no se conoce aún la ubicación del otro; como en el caso del cementerio de la ermita del Tepeyac este espacio funerario poco tiene que ver con los que se buscó crear una década más tarde a partir de las reales cédulas de Carlos III y Carlos IV, como veremos más adelante.

3.3.4 Medidas ilustradas en torno a la creación de cementerios extramuros para la Ciudad de México

Regresando al texto de María Dolores Morales sobre el pequeño cementerio bendecido por el Arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta y destinado para los fallecidos en el hospital de San Andrés, la autora resalta que el reglamento formulado por el prelado en torno al funcionamiento de este sitio de inhumación puede ser visto como uno de los primeros intentos ilustrados para transformar las costumbres funerarias en el actual territorio mexicano: *“Para vencer la resistencia a utilizarlos, el artículo 3º hacía patente que éstos [los cementerios extramuros] eran también lugares sagrados donde podían celebrarse los mismos sufragios y aplicar las mismas oraciones que en las iglesias*”⁴⁷⁸.

Al respecto, la autora recoge un fragmento de las órdenes emitidas por Núñez de Haro y Peralta: *“El Vicario de Santa María bendecirá las tumbas y comenzará con la antüona in paradisum hasta concluir esa ceremonia sacra, con el fin de que las almas de los vivos sepan estimar como se debe estas sagradas ceremonias y pierdan el recelo que les tienen a los cementerios*”⁴⁷⁹.

Esta actitud proactiva del Arzobispo, quien ostentó además por corto periodo el título de Virrey entre el 8 de mayo de 1787 hasta el 16 de agosto de 1787, fue sin lugar a dudas uno de los factores más importantes a la hora de poner en práctica las nuevas normativas en cuanto

⁴⁷⁷ Guerra Luna, Andrea, “Transformación de áreas de entierro durante el virreinato de Nueva España”, 7. Citando a: Bazarte, Alicia, “El espacio vivo de la muerte”, 171.

⁴⁷⁸ Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

⁴⁷⁹ Archivo Histórico Ciudad de México (a partir de este momento AHCM), Policía, salubridad, epidemias, vol. 3674, tomo 1, exp. 4, f. 13-13v. Citado por: Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

a la creación de cementerios extramuros. Sin embargo, no se cuenta con evidencias relacionadas con la llegada o discusión de la Real Cédula de 3 de abril de 1787, emitida por Carlos III, precisamente poco antes de que el ilustrado prelado Núñez de Haro asumiera provisionalmente su cargo de Virrey.

De lo que sí tenemos certeza, es de la llegada y del proceso que se inició tras la expedición de la Real Cédula de 27 de marzo de 1789, a cargo ya de Carlos IV. En esta oportunidad la iniciativa fue apadrinada por de nuevo por el Arzobispo Núñez de Haro y Peralta quien: “*propuso la construcción de un cementerio en el paraje donde se estaba edificando el Santuario de los Ángeles, por considerar que ello contribuiría a vencer la repugnancia que tenía la población a ser enterrada en cementerios*”⁴⁸⁰. Proyecto que envió al rey acompañado de un plano en el que especificaba el coste estimado de la obra (cien mil pesos), ofreciendo “*contribuir con 12.000.00 pesos*”⁴⁸¹.

Ante tan generoso ofrecimiento y frente a la necesidad de cumplir de manera urgente y diligente el propósito de creación de cementerios extramurales, la Corona aprobó el proyecto del prelado y le pidió que se pusiera de acuerdo con el recién posicionado Virrey Juan Vicente de Güemes, II conde de Revilla Gigedo, quien ya tenía antecedentes que daban muestras de su celo ilustrado en dicha materia, siendo mencionada en el informe de la Real Academia de la Historia, la solicitud que presentó para la construcción de un cementerio en Algeciras durante el periodo en que la guerra con los británicos lo llevó a esa jurisdicción en 1780^{482*}.

⁴⁸⁰ Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

⁴⁸¹ Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

⁴⁸² Real Academia de la Historia, *Informe dado al Consejo*, Prólogo XXXVII.

* Si bien este conflicto es recordado básicamente como la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, la participación hispana no estuvo concentrada solo en las acciones que les permitieron a las tropas de Carlos III recuperar La Florida (perdida tras la firma del Tratado de París de 1763, como penalidad impuesta por los británicos frente al deseo hispano de recuperar el control de la isla de Cuba). El ya para ese entonces II conde de Revilla Gigedo, estuvo presente en el cruento, pero estable, frente de batalla que trató de recuperar Gibraltar.

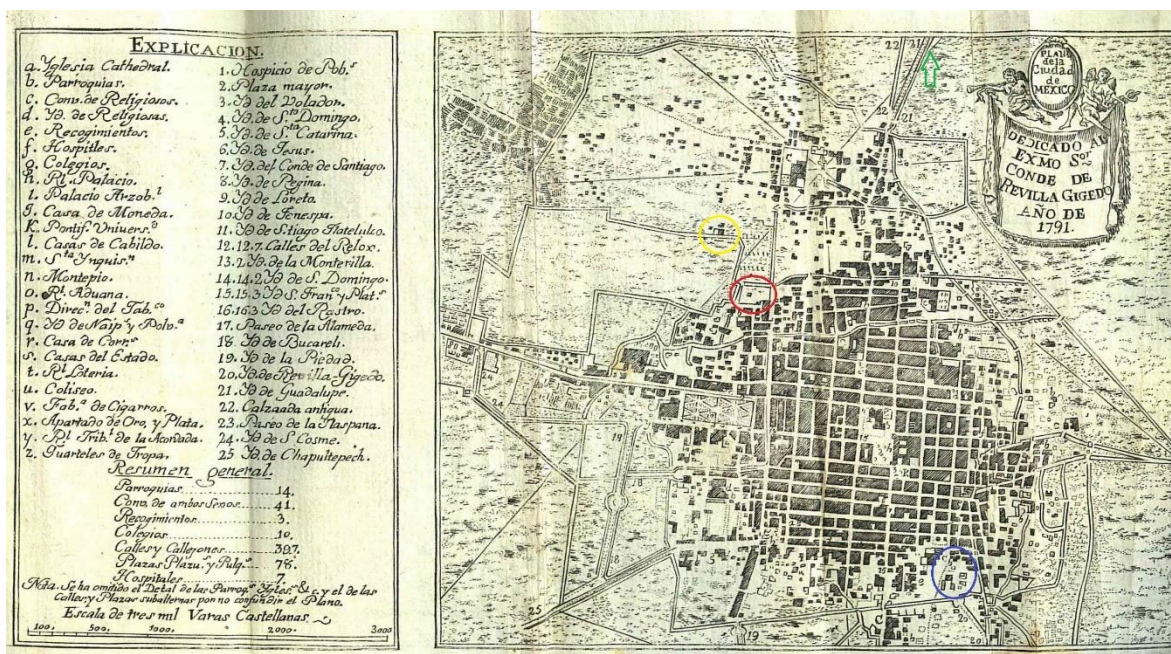


Imagen 28: Plano de la Ciudad de México dedicado al Exmo Sor Conde de Revilla Gigedo año de 1791⁴⁸³.

Aparece encerrada en el círculo azul la iglesia de San Salvador el Seco y la periferia donde pudo estar el cementerio ordenado delimitar en el año 1779; en rojo el pequeño cementerio construido en el sitio llamado Santa Paula para los fallecidos en el Hospital de San Andrés (1784); en amarillo el espacio propuesto en 1789 por el Arzobispo Núñez de Haro y Peralta para construir un cementerio general en el paraje donde se estaba edificando el Santuario de los Ángeles; por último, con flecha verde se señala el camino que conducía al cerro del Tepeyac, donde se encontraba el espacio funerario construido en las inmediaciones del Santuario de la Virgen de Guadalupe a lo largo del siglo XVIII.

Se les estaba solicitando pues que trabajaran de manera coordinada a dos personajes que estaban convencidos (y habían dado muestras fehacientes de esto) de la necesidad y urgencia de la creación de cementerios extramuros, poniéndoles tan solo una condición: “como el erario novohispano tenía muchos gastos, se hicieran los panteones con recursos piadosos; asimismo se le sugería [al arzobispo] eligiera un plan más sencillo”⁴⁸⁴. El Virrey, quien afirmaba la relación existente entre los espacios funerarios y las enfermedades epidémicas que podían azotar los territorios cuando estos no se hallaban bien ubicados, no dudó en manifestarse a favor del proyecto del canónigo, ofreciendo “contribuir con el mayor gusto y su material eficacia”⁴⁸⁵.

⁴⁸³ Anónimo, “Plano de la Ciudad de México dedicado al Exmo Sor Conde de Revilla Gigedo año de 1791”, en: Zúñiga y Ontiveros, Mariano José de, *Calendario manual y guía de forasteros en México para el año de 1811*, Imprenta de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, Ciudad de México, 1817.

⁴⁸⁴ Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

⁴⁸⁵ Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

Sin embargo, tal y como quedó demostrado cuando analizamos el caso del primigenio cementerio extramuros de Barcelona creado a expensas del Arzobispo Josep Climent i Avinent en 1775, el que dos mentes ilustradas coincidan en propósitos y razonamientos, no es garantía de que lleguen a acuerdos o acepten trabajar de manera coordinada; mucho más cuando sus proyectos ilustrados (en este caso los cementerios extramuros) están mediados por las tensas relaciones a las que solía llevar el regalismo eclesiástico borbónico a los funcionarios reales que ocupaban los más elevados cargos, pero que debían compartir su poder con los altos jerarcas de la Iglesia (y viceversa).

En el aludido caso barcelonés, el Arzobispo se vio enfrentado (por otras circunstancias, pero tan graves que hicieron pasar por alto la iniciativa funeraria del prelado) con el poderoso conde de Campomanes⁴⁸⁶. En el caso de la Ciudad de México, el Virrey se lamentaba en la instrucción que legó a su sucesor en 1794 de no cumplir con su meta, por “*haber tenido que obrar con la dependencia del arzobispo*”⁴⁸⁷. Y hasta cierto punto es posible que haya tenido razón, pues en el caso del cementerio extramuros que ordenó construir en el puerto de Veracruz, los archivos revisados dan cuenta de su construcción y puesta en funcionamiento para el año de 1790, muy a pesar de las protestas e intentos de sabotaje del proyecto por parte de algunas autoridades civiles y religiosas, que se prolongaron hasta 1792*.

De todas maneras, es preciso acotar que el posible conflicto entre estos dos poderosos funcionarios ilustrados, no es suficiente para ver en esta confrontación la única responsable de la lenta aparición de cementerios extramuros que se asemejaran a lo establecido y cumplieran con las normativas borbónicas en la Ciudad de México. El Virrey Revilla Gigedo se marchó a mediados del año 1794, cuando aún le restaban casi 6 años de vida y labor al longevo Arzobispo Núñez de Haro y Peralta (fallecido en mayo de 1800).

⁴⁸⁶ Smitd, Andrea J., “Piedad e ilustración en relación armónica”, 91-109.

⁴⁸⁷ Portilla, Anselmo de la (compilador), *Instrucciones que los virreyes de Nueva España dejaron a sus sucesores, tomo 11*, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1878, 79. Citado por: Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 98.

* En la estancia de investigación que se tuvo la oportunidad de llevar a cabo en la Ciudad de México, se logró acceder al “*Expediente sobre cementerio de Veracruz trata de lo acordado en cabildo para representación de su majestad*”, formado por los folios que se cruzan el Virrey y los miembros del Cabildo de dicha ciudad, en medio de un intenso debate que se extiende entre 1790 y 1792, saliendo ‘victorioso’ el conde de Revilla Gigedo. Dada la riqueza y extensión del material recogido, se decide omitir este proceso del presente trabajo, con miras a publicarlo como artículo en el futuro. Sin embargo, se ofrece la referencia por si los lectores desean acceder a esa valiosísima fuente primaria. AGN (México) Indiferente Virreinal, Caja 2911, expediente 006.

Quizás la razón más poderosa haya sido el prudente criterio del prelado, quien dio muestras de él en 1794 cuando sugirió mesura al momento de intervenir las cofradías, congregaciones y hermandades, tal y como lo ordenaba una Real Cédula de 1783, pues los indígenas “*eran muy tenaces en mantener sus costumbres y devociones*” y se temía que la supresión o alteración de estas instituciones pudiera provocar su amotinamiento⁴⁸⁸.

Y es que si algo ha quedado en evidencia al revisar las fuentes de época, es la resistencia al cambio tan acentuada por parte de las sociedades coloniales hispanoamericanas (no solo las novohispanas). En especial cuando dichos cambios se trataban de imponer de manera abrupta por parte de funcionarios que llegaran cargados de buenas intenciones y/o con deseos de cumplir a cabalidad con lo ordenado por la Corona y los círculos superiores de poder, sin tener en cuenta antes los deseos, prácticas consuetudinarias, protocolos y jerarquías sociales del lugar al que llegaban a ejercer su cargo.

Una muestra de esta situación es el abultado listado de faltas del que acusaron al reformista Juan Vicente de Güemes, II Conde de Revilla Gigedo, cuando el entrante Virrey Miguel de la Grúa Talamanca, Marqués de Branciforte, abrió la convocatoria para los descargos frente al juicio de residencia que, como era usual, se le abrió al antiguo Virrey una vez concluyó su estancia en la Nueva España⁴⁸⁹. Algo similar pasó con uno de los más recordados visitantes que tuvo la provincia de Antioquia en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, don Juan Antonio Mon y Velarde, quien ‘supo cosechar la animadversión’ de las élites antioqueñas durante los años de su visita, pero a quien desde tempranas épocas republicanas se le reconoce como uno de los más probos y eficaces funcionarios, a quien se le adjudican buena parte de las medidas que sacaron de su aislamiento, a la para entonces atrasada provincia⁴⁹⁰.

Tanto Revilla Gigedo como Mon y Velarde salieron airoso de sus procesos, pero pagando el precio de soledad y malquerencia de sus contemporáneos. Tal vez en eso los aventajaban algunos jerarcas católicos como el Obispo Núñez de Haro, quien estuvo 28 años al frente de la Arquidiócesis de la Ciudad de México. Tiempo suficiente para adaptarse al

⁴⁸⁸ Valdés Dávila, Alma Victoria, *Testamentos, muerte y exequias*, 163.

⁴⁸⁹ Miranda Pacheco, Sergio, “El juicio de residencia al virrey Revillagigedo y los intereses oligárquicos en la Ciudad de México”, en *Estudios de Historia Novohispana*, volumen 29, N°. 29, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2003, 49-50.

⁴⁹⁰ Ospina Vásquez, Tulio, *El oidor Mon y Velarde: regenerador de Antioquia*, Tipografía Externado, Medellín, 1901, 32 p.

comportamiento de sus élites y las costumbres de las comunidades que regentaba, sin tener que rendirle cuentas a casi ninguna autoridad, más allá de un lejano pontífice y dos ocupados monarcas (Carlos III y su hijo Carlos IV), que poco contacto directo sostuvieron con él, más allá del que ejercían a través de los cambiantes virreyes. Ocho gobiernos virreinales se sucedieron mientras Núñez de Haro regentó la Arquidiócesis, ocupando incluso transitoriamente el Obispo este cargo, tras la sorpresiva muerte de Bernardo de Gálvez y Madrid a finales de 1786.

En medio de una sociedad tan reacia al cambio, de nuevo fueron las situaciones extremas las que forzaron la toma de medidas de contingencia, como fue la aparición de un brote epidémico, tal y como lo expuso en su texto la profesora María Dolores Morales:

Durante la epidemia de viruela de 1797 se dispuso que las víctimas fueran enterradas en lugares periféricos, fuera de las iglesias y de los panteones comunes; Núñez de Haro designó para ello el panteón del hospital de San Andrés*. Como el lugar de sepultura era un signo de la posición social el arzobispo concedió que las personas acomodadas fueran enterradas en los elegantes conventos de San Cosme y San Hipólito situados también en los suburbios; el superior de San Hipólito puso a disposición del virrey los sepulcros desocupados de su cementerio con la condición de que se destinaran a “personas respetables”⁴⁹¹.

Medidas que develan que el proyectado cementerio general en el sitio del Santuario de los Ángeles se había quedado en el papel, como buena parte de los camposantos proyectados en esta época. Es así como ante la urgencia y necesidad extrema que suscitaba una epidemia, se optó por dispersar los cuerpos en múltiples enterratorios intramurales o en inmediaciones de los templos y conventos ubicados en los bordes de la capital virreinal. Algo que no dista mucho de las disposiciones tomadas en el año 1800 por el Obispo de Guadalajara Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo (que tuvimos la oportunidad de revisar anteriormente), con la excepción de que este formuló su propuesta en una coyuntura más favorable, no con la celeridad que exigía el peligroso brote de viruela⁴⁹².

Precisamente el miedo que despertaba esta contagiosa enfermedad, obligó a que el Obispo tomara medidas adicionales, como continúa en su relato la profesora Morales:

* Que es el pequeño cementerio construido en el sitio llamado Santa Paula y que ya referenciamos con anterioridad, ubicándolo en el mapa de 1791.

⁴⁹¹ Cooper, Donald B., *Las epidemias en la ciudad de México, 1761-1813*, Instituto Mexicano del Seguro Social, Ciudad de México, 1992, 144 y 152-154. Citado por: Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 99.

⁴⁹² Méndez Fausto, Isabel Eugenia, *El núcleo médico funerario del Hospital Civil: siglos XVIII y XIX*, 89.

*“Debido a la lentitud en el transporte de cadáveres, de las parroquias menos céntricas al cementerio de San Andrés, Haro designó para ellas el panteón ubicado cerca de San Lázaro, y para resolver el problema de los personajes notables autorizó se enterraran en las iglesias periféricas de Santiago Tlatelolco, San Pablo y San Antonio Tomatlán ”*⁴⁹³.

La muerte del Obispo Núñez de Haro en mayo de 1800 (cuya sede quedó vacante hasta el año 1803 que llegó su sucesor, Francisco Javier de Lizana y Beaumont) y la llegada para las mismas fechas de un nuevo Virrey, don Félix Berenguer de Marquina (quien tuvo que priorizar las labores militares al encontrarse España en medio de una nueva guerra con Gran Bretaña, a la par de gobernar en medio de levantamientos indígenas y populares)⁴⁹⁴; dejó huérfano el debate ilustrado en torno a la creación de verdaderos cementerios extramuros para la Ciudad de México. Los camposantos habilitados hasta ese momento o no cumplían con las condiciones de los espacios funerarios que se debían habilitar (por distancia, seguridad y condiciones ambientales) o no eran lo suficientemente espaciosos como para brindarle sepultura a la populosa capital virreinal.

Es por esta razón que la llegada de la Real Cédula de Carlos IV del 15 de mayo de 1804 la recibió el entonces Virrey José de Iturrigaray sin mayores avances por reportar, pero lo peor para él fue que ante su iniciativa de retomar los proyectos que se habían sondeado hasta finales del siglo XVIII, recibió una rotunda negativa por parte del Ayuntamiento de la Ciudad de México que *“se opuso a la construcción del cementerio general porque consideraba que su costo era excesivo, que había suficientes cementerios (aunque dentro de la ciudad) y que los religiosos perderían los ingresos obtenidos por los entierros realizados en sus conventos ”*⁴⁹⁵.

Al parecer, poco había cambiado tras más de dos décadas de proceso ilustrado, por lo que si bien el gobierno virreinal insistió en la construcción del cementerio general en inmediaciones del Santuario de los Ángeles, propuesto hacía más de una década por el Obispo Núñez de Haro; el inicio de la crisis monárquica hispana y del proceso de independencia mexicano, dejó solo en el papel (al menos en la Ciudad de México) los bellos

⁴⁹³ Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 99.

⁴⁹⁴ Gutiérrez Escudero, Antonio, “El virrey D. Félix Berenguer de Marquina y el virreinato de Nueva España”, en *Memorias Jornadas de Historia Marítima 2002: Los virreyes marinos de la América hispana*, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 2002, 31-50.

⁴⁹⁵ Morales, María Dolores, “Cambios en las prácticas funerarias”, 99.

planos elaborados por el arquitecto Manuel Tolsá en 1808, los cuales nos sirven de telón de fondo frente a la revisión de este proceso en la Nueva España⁴⁹⁶.

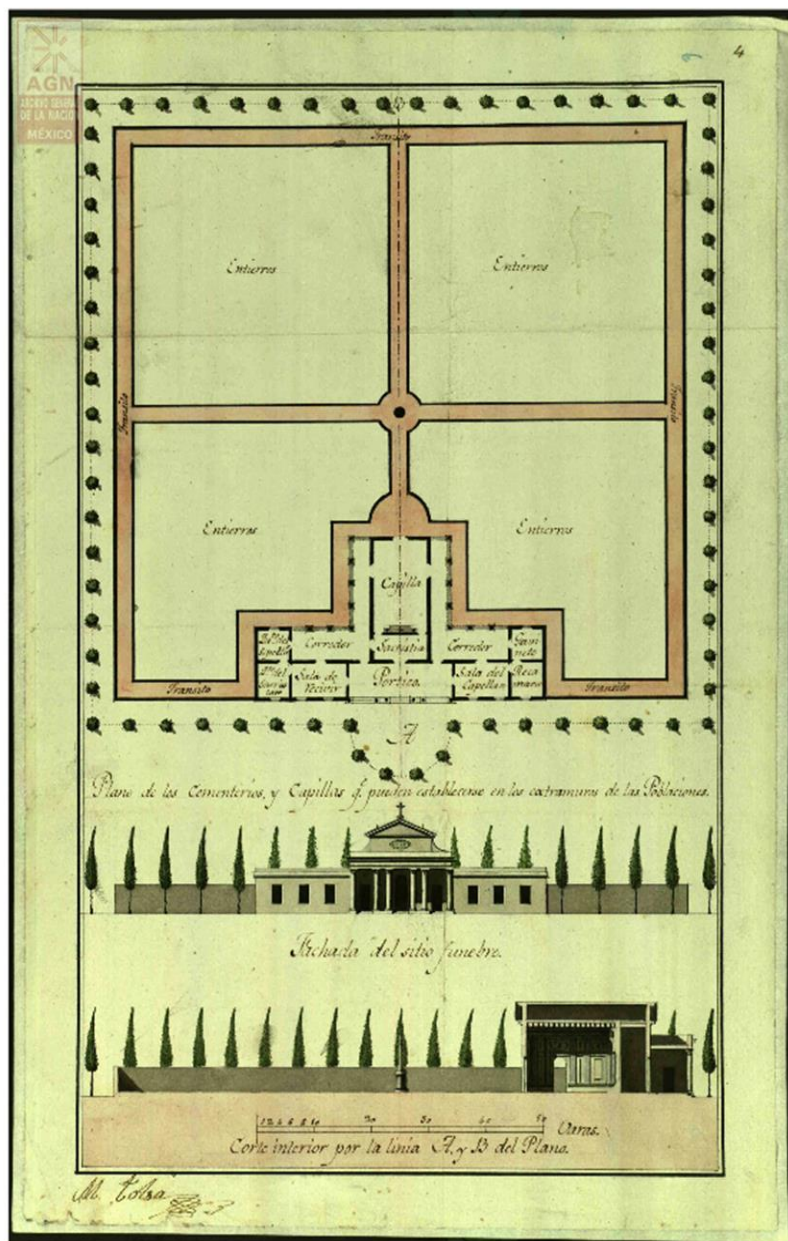


Imagen 29: Plano de los cementerios y capillas que podían establecerse en la Nueva España, de acuerdo con la propuesta del Arq. Manuel Tolsá en 1808⁴⁹⁷

⁴⁹⁶ Herrera Moreno, Ethel, “Nuestra Señora de los Ángeles: un panteón de la Ciudad de México”, en *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias*, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Ciudad de México, 2011, 99-100.

⁴⁹⁷ Tolsá, Manuel, “Plano de los cementerios y capillas que puede establecerse en los extramuros de las poblaciones”, 1808 [Archivo General de la Nación (México), ilustración 4307]. Citado por: Herrera Moreno, Ethel, “Nuestra Señora de los Ángeles: un panteón de la Ciudad de México”, 101.

3.4. La prensa limeña y la promoción pública de las inhumaciones extramuros en el Virreinato del Perú

Para finalizar este recorrido por los procesos adelantados en algunos de los territorios más emblemáticos de la América Hispana, así como de aquellos en que se alcanzaron logros significativos que nos sirven de referente, a la vez que aportan información de contraste frente a las medidas tomadas al interior de los territorios centrales del Nuevo Reino de Granada (como fue el caso de Nueva Orleans); es importante revisar el caso del Virreinato del Perú, con un énfasis particular en la ciudad de Lima. Capital y eje del poder hispano en el sur del continente americano, donde confluían las más destacadas autoridades civiles y religiosas del gobierno borbónico, así como algunas de las principales y más antiguas familias pertenecientes a las aristocracias criollas.

Fundada por Francisco Pizarro el 18 de enero de 1535, bajo el título de Ciudad de los Reyes, Lima acogió y albergó desde sus orígenes a un buen número de los principales funcionarios hispanos que llegaron al territorio americano tanto durante el periodo de la Monarquía Austria⁴⁹⁸, como en tiempos de los Borbones; a quienes, sin embargo, se les puede indilgar la responsabilidad de la ‘pérdida’ de buena parte de los territorios que incluía el Virreinato del Perú, bajo los criterios de eficiencia y racionalidad administrativa, sumado a las ventajas logísticas y estratégicas que vieron en la creación de los virreinos del Nuevo Reino de Granada y del Río de la Plata los ministros e ilustrados reformistas del siglo XVIII⁴⁹⁹.

3.4.1 La Ciudad de los Reyes: entre el lujo y la ruina

Frente al tema de las sepulturas intramuros en esta capital, la primera referencia al respecto que hemos ubicado proviene de la particular descripción que de los enterramientos en las iglesias de Lima, hace don Francesco Carletti en las memorias de su viaje por el mundo: *“Y para la necesidad de beber no faltan fuentes públicas en las plazas y en todos los demás lugares cómodos de la ciudad, en cuyas iglesias es tanta la sequedad, que para enterrar en*

⁴⁹⁸ Marchena Fernández, Juan, “Capítulo XVI: La construcción del poder colonial en Los Andes”, en Garavaglia, Juan Carlos y Marchena Fernández, Juan, *Historia de América Latina de los orígenes a 1805*, Volumen I, 399-451.

⁴⁹⁹ Marchena Fernández, Juan, “Capítulo II: El siglo XVIII andino: las reformas borbónicas”, en Garavaglia, Juan Carlos y Marchena Fernández, Juan, *Historia de América Latina de los orígenes a 1805*, Volumen II, 31-83.

*ellas a los muertos es menester echar mucha agua sobre la fosa, a fin de que la tierra humedecida tenga la facultad de consumir los cuerpos lo más pronto para dar lugar a los otros*⁵⁰⁰.

Y es que si en el caso de la Ciudad de México fue necesario tener en cuenta su particular propensión a las inundaciones y las dificultades que generaban sus altos niveles freáticos, consecuencia obvia de su construcción sobre una zona lacustre⁵⁰¹; para el análisis de la creación de los cementerios en Lima y sus zonas aledañas, hay que entender que la ciudad se encontraba rodeada de áridos terrenos semidesérticos, siendo ella misma un diminuto oasis (comparativamente hablando) propiciado por el río Rímac y bañada por una tenue brisa que solo eventualmente se transforma en lluvia, por lo que sus suelos suelen ser áridos y pobres en nutrientes, pero particularmente inaptos para cavar fosas y sepultar en ellos a los cadáveres.

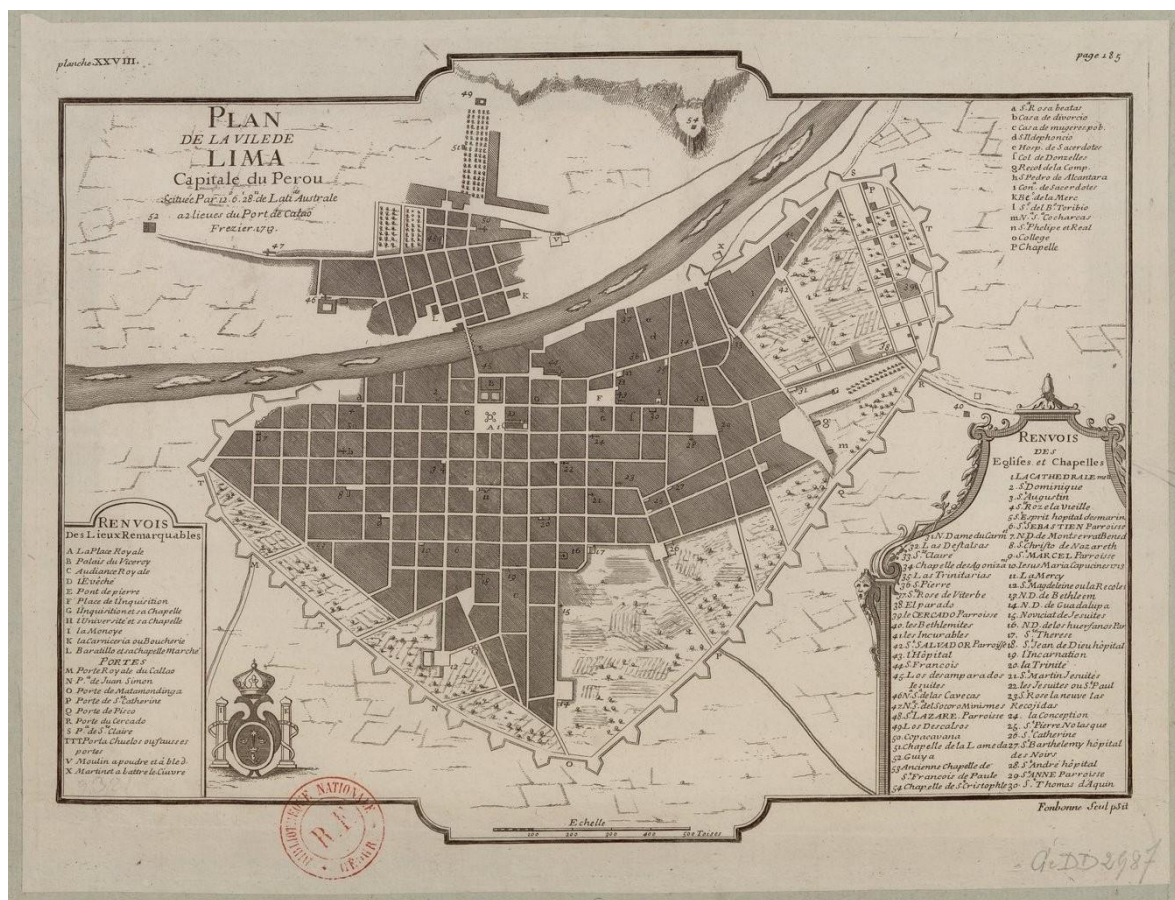
Esta circunstancia, sumada a las normativas y prerrogativas reales antes mencionadas, hace que no sea extraño que a lo largo de los siglos XVI y XVII, en la ciudad de Lima no se construyera un cementerio extramuros permanente, más allá de los espacios de sepultura ocasionales que se habilitaron, posiblemente, en los extramuros durante temporadas de epidemia o, como pasaba para a época en todos los territorios bajo control hispano, tumbas aisladas de quienes por su condición, causa de muerte o bajo pena de expulsión eclesiástica y/o política, eran privados del privilegio de la sepultura en las áreas consagradas al interior de la ciudad.

Es así como en el plano de la ciudad elaborado en el año 1713 por el ingeniero militar, navegante y cartógrafo Amédée-François Frézier, como parte de su expedición por la América meridional y la revisión de sus costas y puertos en el contexto de la Guerra de

⁵⁰⁰ Carletti, Francesco, *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606)*, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 1976, 57.

⁵⁰¹ A pesar de no ser la única, la inundación acontecida en el año 1629 puso en riesgo la supervivencia misma de la Ciudad de México en su emplazamiento actual, toda vez que fueron varios años los que pasaron sumergidos amplios sectores del centro urbano, generando enfermedades y muerte entre sus habitantes, pero en especial despoñándola. En medio de esas vicisitudes, el Obispo Francisco Manso de Zúñiga ha pasado a la historia no solo por su determinación de reabrir los templos (lo que según expertos de nuestros días, pudo salvar las edificaciones de pérdida total al ‘enterrarse’ en el fangoso terreno), sino por el traslado de la Virgen de Guadalupe que fue retirada de su santuario, bajo la promesa de solo reintegrarla al mismo cuando pudiese ser conducida a pie y en solemne procesión, objetivo que solo se pudo alcanzar en mayo de 1634. Para saber un poco más acerca de esta inundación y sus consecuencias, se puede consultar el artículo: García Martínez, Bernardo, “La gran inundación de 1629”, en *Arqueología mexicana, Volumen 12, N° 68*, Raíces, Ciudad de México, 2004, 50-57.

Sucesión Española⁵⁰², no se encuentra señalado ningún espacio reservado a la inhumación de cadáveres, pero sí se anotan decenas de conventos, iglesias, capillas y hospitales, que nos permiten hacernos a una idea de la dispersión de los cuerpos por múltiples espacios intramurales. Razón que pudo hacer que el debate en torno al lugar de las sepulturas o las tradicionales quejas por las consecuencias de la descomposición de los cuerpos, no fueran tan frecuentes como para alterar el monopolio eclesiástico frente a los lugares de inhumación.



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Imagen 30: Plano de la Ciudad de Lima elaborado en 1713 por Amédée-François Frézier⁵⁰³.

Sin embargo, la cotidianidad e historia misma de Lima se vieron truncadas de golpe cuando el 28 de octubre de 1746 un fuerte terremoto y la llegada posterior de gigantescas olas que destrozaron el puerto del Callao y remontaron el río Rímac, se unieron para sumir

⁵⁰² Vila Vilar, Luisa, *El viaje de Amedée Frézier por la América meridional*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 1991, 385 p.

⁵⁰³ Frézier, Amédée-François, "Plan de la ville de Lima capitale du Pérou scituée par 12°6'28" de lat. australe a 2 lieues du Port de Calao", Bibliothèque nationale de France, département Cartes et plans, GE DD-2987 (9321)

en el desconcierto a los maltrechos sobrevivientes del sismo en la capital virreinal y su puerto sobre el océano Pacífico. Más de 5.000 personas fallecieron esa noche como consecuencia del fenómeno telúrico, cifra que aumentó a lo largo de las semanas siguientes y que no es nada despreciable para una ciudad que tenía una población estimada para la época en 60.000 habitantes*. Cientos de casas, casi la totalidad de las iglesias y conventos, las bocatomas y sistemas de transporte de agua hacia la ciudad y buena parte de sus edificios administrativos, así como obras defensivas e infraestructuras comunales quedaron destruidas o seriamente afectadas, lo cual sumió en una profunda crisis a la ciudad y sus habitantes⁵⁰⁴.

Los ecos de la tragedia se esparcieron por todo el sistema hispano, llegando a la corte del recién posesionado Fernando VI (Felipe V, su padre, falleció el 9 de julio de 1746), a tiempo aún de incluir una nota en la publicación del mapa de la ciudad de Lima trazado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa en 1744, que hizo parte del libro *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional, hecho de Orden de Su Majestad Católica para medir algunos Grados de Meridiano Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera Figura y Magnitud de la Tierra, con otras varias Observaciones Astronómicas y Físicas*⁵⁰⁵.

Sin embargo, al encontrarse ya en la fase final de la producción de su texto, las noticias publicadas por los autores acerca del “*Numeroso vecindario, que contiene la ciudad de Lima, sus castas, genio y costumbres de sus habitantes; riqueza y ostentación de los trages*”⁵⁰⁶; se asemejan a la triste descripción de un paraíso perdido, si se contrastan con los informes que comenzaron a llegar para las mismas épocas acerca de los daños, costos y pérdidas humanas que generó el desastre.

* El caso de El Callao fue mucho más dramático, pues las olas barrieron las casas, el puerto y los fortines de raíz. Se estima que fueron más de 3.000 las muertes que se presentaron allí, siendo tan solo cifras aproximadas, ante la ausencia de un censo previo y otro posterior al desastre natural, así como la marcada tendencia a la exageración ante las consecuencias del fenómeno, que denuncian investigadores modernos tras la revisión documental y la detección de evidentes contradicciones de las fuentes de época. Ver: Carcelén Reluz, Carlos Guillermo, “La visión ilustrada de los desastres naturales en Lima durante el siglo XVIII”, en *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía. Vol. 20, N° 1*, Departamento de Geografía - Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011, 55-64.

⁵⁰⁴ Pérez-Mallaina Bueno, Pablo Emilio, *Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla, 2001, 477 p.

⁵⁰⁵ Juan, Jorge y Ulloa, Antonio de, *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional, hecho de Orden de Su Majestad Católica para medir algunos Grados de Meridiano Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera Figura y Magnitud de la Tierra, con otras varias Observaciones Astronómicas y Físicas*, Imprenta de Antonio Marín, Madrid, 1748, cuatro tomos.

⁵⁰⁶ Juan, Jorge y Ulloa, Antonio de, *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional*, Segunda parte, Tomo III, Capítulo V, 67-82.



Imagen 31: Detalle del Plano de la Ciudad de Lima elaborado en 1744 por Jorge Juan y Antonio de Ulloa y publicado en el año 1748⁵⁰⁷. En el encabezado resaltado, se hace alusión a los desastres causados por el terremoto de 1746.

De la ciudad de Lima que conocieron antes del terremoto, Jorge Juan y Antonio de Ulloa resaltaban que sus élites en todo se parecían a las de las principales ciudades ibéricas, caracterizándose por la ostentación, los modales refinados y las formas aristocráticas, agregándole un novedoso elemento consistente en el excesivo gasto por parte de las familias ‘nobles’, en torno a las ceremonias de bienvenida a los funcionarios reales de alta jerarquía.

En palabras de los ilustrados viajeros:

En todas las Indias es uno de los mayores actos, en que manifiestas su opulencia, la entrada del que gobierna; y este mismo es el que descubre en Lima su mayoría: pues saliendo a brillar en él carrozas, y coches; y a lucir galas, jaeces, y joyas, llega a tanto el porte de la Nobleza, que hace componer libreas de aquellas telas más ricas, y costosas para ostentar en el adorno de los criados, el poder de sus señores; que no hallando en sus personas competente desahogo a la generosidad, procura explicarse en las de sus dependientes. Es esta función en la que por todos títulos se particularizan⁵⁰⁸.

Tras el terremoto, Lima tardó un par de décadas en resurgir de entre sus ruinas, pero el espíritu de sus élites se vio acompañado por la animosidad del Virrey don José Antonio Manso de Velasco, quien obtuvo como reconocimiento a las acciones emprendidas, el aprecio de las aristocracias limeñas (demostrado no solo a través de actos afectuosos, sino de importantes regalos y la participación de Manso de Velasco en lucrativos negocios) y el título

⁵⁰⁷ Juan, Jorge y Ulloa, Antonio de, “Plano Scenographico, dela Ciud.d delos Reyes, o Lima Capital delos Reynos de Peru”, en *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional*, Segunda parte, Tomo III, Lámina 1, 56.

⁵⁰⁸ Juan, Jorge y Ulloa, Antonio de, *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional*, Segunda parte, Tomo III, Capítulo III, 58 (Se conserva parcialmente la ortografía del original).

de Conde de Superunda⁵⁰⁹. Años difíciles que a la larga se transformaron en oportunidad, toda vez que, de la mano de los funcionarios enviados para apoyar en las obras de reconstrucción, llegó una nueva oleada de militares, arquitectos, médicos, mineros, artistas y comerciantes que buscaron fortuna en las costas peruanas, entrando en contacto con las aristocracias locales y fusionándose con ellas, lo que fue el germen de nueva generación de élite ilustrada en la que nos centraremos a continuación.

3.4.2 Reconstruida la ciudad... reinstaladas las sepulturas intramurales

Uno de los vacíos historiográficos que aún nos resta por subsanar, es el destino que corrió esa elevada cifra de muertos, toda vez que es poco probable que las iglesias, conventos y hospitales diesen abasto frente a la gigantesca demanda de espacios de sepultura, a lo que se suma que, según los reportes analizados, muchas de estas edificaciones yacían también derruidas o seriamente afectadas por el sismo y la inundación.

Uno de los datos que nos puede permitirnos hacer una idea de la situación que atravesó la ciudad de Lima, proviene del testamento redactado por el propio Virrey José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superunda, en el año 1752; donde dejó consignado que, de morir en Lima, “*se le inhumase en la iglesia del monasterio de Capuchinas de Jesús, María y Joseph, y si dejase de existir en otra ciudad, se hiciese lo propio en cualquier iglesia o monasterio franciscanos*”⁵¹⁰. Sin embargo, según Gabriel Ramón Joffré, ocho años después el virrey modificó esta cláusula, solicitando ser enterrado en la reedificada catedral limeña “*en el Panteón y bóveda de esta en su Capilla Mayor donde tienen derecho a ser sepultados los Excelentísimos señores Virreyes*”⁵¹¹.

Así pues, a medida que se restablecieron los templos y conventos arruinados por la furia de la naturaleza, al parecer los limeños fueron reocupando sus tradicionales espacios de inhumación, tal y como queda claro a través del análisis de la información aportada por don

⁵⁰⁹ Latasa Vassallo, Pilar, “Negociar en red: familia, amistad y paisanaje. El virrey Superunda y sus agentes en Lima y Cádiz (1745-1761)”, en *Anuario de Estudios Latinoamericanos*, Vol. 60, No 2, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, 2003, 463-492.

⁵¹⁰ Ramón Joffré, Gabriel, “La política borbónica”, 95.

⁵¹¹ Lohmann Villena, Guillermo, *Los Ministros de la Audiencia de Lima en el reinado de los Borbones: 1700-1821*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1974, 82-84. Citado por: Ramón Joffré, Gabriel, “La política borbónica”, 95.

José Hipólito Unanue y Pavón, a través de las estadísticas que publicó entre los años 1789 y 1796, en su *Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú*:

Tabla #3 Entierros en las parroquias de la ciudad de Lima (1789-1796)⁵¹²

Parroquia	1-12-1789 al 1-12-1790 ⁵¹³	1-12-1790 al 30-11-1791 ⁵¹⁴	1-12-1791 al 30-11-1792 ⁵¹⁵	1-12-1792 al 30-11-1793 ⁵¹⁶	1-12-1793 al 30-11-1794 ⁵¹⁷	1-12-1794 al 30-11-1795 ⁵¹⁸	1-12-1795 al 30-11-1796 ⁵¹⁹
Catedral	450	314	509	425	489	533	443
Santa Ana	305	350	611	332	360	391	380
San Marcelo	120	90	98	100	94	140	116
San Lázaro	188	215	210	80	297	151	111
San Sebastián	116	115	75	49	90	106	147
Santiago del Cercado de indios	17	25	40	30	149	163	60
Total:	1196	1109	1543	1016	1479	1484	1257

⁵¹² Casalino Sen, Carlota, “Higiene pública y piedad ilustrada”, 3 (edición digital).

⁵¹³ Calero y Moreira, Jacinto, *Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas*, Tomo I, # 2, 6 de enero de 1791, 16.

⁵¹⁴ Calero y Moreira, Jacinto, *Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas que da á luz la Sociedad Académica de Amantes de Lima*, y en su nombre J. Calero y Moreira. Tomo IV. *Que comprende los meses de enero, febrero, marzo y abril de 1792*, #118, 19 de febrero de 1792, Imprenta Real de los Niños Huérfanos, Lima, 1792, 122.

⁵¹⁵ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1791 hasta 30 de noviembre de 1792, presentado al supremo gobierno por el teniente de policía don Joseph María de Egaña” en Unanue, Joseph Hipólito, *Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1793*, Imprenta Real de los Niños Huérfanos, Lima, 1793, 353.

⁵¹⁶ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1792 hasta 30 de noviembre de 1793, presentado al supremo gobierno por el teniente de policía don Joseph María de Egaña”, en Unanue, Joseph Hipólito, *Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1794*, Imprenta Real de los Niños Huérfanos, Lima, 1794, 295.

⁵¹⁷ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1793 hasta 30 de noviembre de 1794, presentado al supremo gobierno por el teniente de policía don Joseph María de Egaña” en Unanue, Joseph Hipólito, *Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1795*, Imprenta Real de los Niños Huérfanos, Lima, 1795, 281.

⁵¹⁸ No se ha ubicado la fuente primaria, así que se reproducen los datos ofrecidos por la Dra. Casalino en su trabajo. Ver: Casalino Sen, Carlota, “Higiene pública y piedad ilustrada”, 3 (edición digital).

⁵¹⁹ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1795 hasta 30 de noviembre de 1796, presentado al supremo gobierno por el teniente de policía don Joseph María de Egaña”, en Unanue, Joseph Hipólito, *Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1797*, Imprenta Real de los Niños Huérfanos, Lima, 1797, 276.

Tabla #4 Entierros en los hospitales de la ciudad de Lima (1789-1796)⁵²⁰

Hospital	1-12-1789 al 1-12-1790 ⁵²¹	1-12-1790 al 30-11-1791 ⁵²²	1-12-1791 al 30-11-1792 ⁵²³	1-12-1792 al 30-11-1793 ⁵²⁴	1-12-1793 al 30-11-1794 ⁵²⁵	1-12-1794 al 30-11-1795 ⁵²⁶	1-12-1795 al 30-11-1796 ⁵²⁷
San Pedro de Clérigos ⁵²⁸	0 ⁵²⁹	5	5	6	0 ⁵³⁰	3	12
San Andrés de blancos ⁵³¹	211	288 ⁵³²	289	295	399	285	261
Caridad de blancas ⁵³³	136	144	169	131	138	120	118
Espíritu Santo de marineros ⁵³⁴	67	71	102	84	71	102	66
Refugio de incurables ⁵³⁵	3	6 ⁵³⁶	2	5	12	12	4

⁵²⁰ Casalino Sen, Carlota, “Higiene pública y piedad ilustrada”, 3 (edición digital).

⁵²¹ Calero y Moreira, Jacinto, *Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas* Tomo I, # 2, 6 de enero de 1791, 63-64.

⁵²² Calero y Moreira, Jacinto, *Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas*, Tomo IV, #118, 19 de febrero de 1792, 298.

⁵²³ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1791 hasta 30 de noviembre de 1792”, 353.

⁵²⁴ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1792 hasta 30 de noviembre de 1793”, 295.

⁵²⁵ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1793 hasta 30 de noviembre de 1794”, 281.

⁵²⁶ No se ha ubicado la fuente primaria, así que se reproducen los datos ofrecidos por la Dra. Casalino en su trabajo. Ver: Casalino Sen, Carlota, “Higiene pública y piedad ilustrada”, 3 (edición digital).

⁵²⁷ De Egaña, Joseph María, “Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1795 hasta 30 de noviembre de 1796”, 276.

⁵²⁸ Hospital de San Pedro para sacerdotes, creado en 1594.

⁵²⁹ No es tenido en cuenta en el listado que presenta el *Mercurio Peruano* entre el 1º de diciembre de 1789 y el 1º de diciembre de 1790. Se desconoce si hubo o no muertes en este espacio.

⁵³⁰ Aunque la Dra. Casalino anotó 7 en este ítem, se verifica en el texto original la ausencia de fallecidos en este periodo en este Hospital. La cifra anotada corresponde al de pacientes ‘curados’.

⁵³¹ Hospital Real de San Andrés (para españoles y criollos), mandado a edificar en 1549 e inaugurado en 1551.

⁵³² Se desconoce el motivo del aumento de más de 70 inhumaciones en este espacio con relación al año anterior (1789-1790), pero coincide con las cifras presentadas por el *Mercurio* y es compatible con las cifras de los años siguientes.

⁵³³ Real Hospital de Santa María de la Caridad y Misericordia (para mujeres pobres), fundado en 1563.

⁵³⁴ Hospital del Espíritu Santo (para marinos), creado en 1575.

⁵³⁵ Hospital y refugio de incurables de Santo Toribio de Maravillas fundando en 1669, a cargo de los padres bethlemitas (conocidos como barbones en la época). Ellos regentaban además el Hospital Nuestra Señora del Carmen (fundado en 1648 por el indio Juan Cordero y el presbítero Antonio Dávila), que atendía a los convalecientes pobres.

⁵³⁶ Si bien no aparece listado en la edición del *Mercurio Peruano*, se considera que fue un error de tipografía, pues al sumar el número de hospitales, con las cifras de muertos aportadas, hay un faltante de una institución en el listado de Hospitales. Además, las cifras de los hospitales de Santa Ana y San Bartolomé, sufren

San Lázaro⁵³⁷	5	7 ⁵³⁸	4	3	3	2	2
Camilas de españolas⁵³⁹	23	18	24	18	22	26	27
Santa Ana de indios⁵⁴⁰	396	345 ⁵⁴¹	455	421	392	541	286
San Bartolomé de negros⁵⁴²	179	125	202	182	207	160	146
Convento de San Juan de Dios⁵⁴³	⁵⁴⁴	4	⁵⁴⁵	-	-	-	-
Total:	1020	1013⁵⁴⁶	1252	1145	1244	1251	922⁵⁴⁷

alteraciones en el promedio que no serían explicable de otra forma. Por esta razón, se incluye este hospital y se corrigen las cifras, lo que varía el cómputo si se compara con el trabajo de la Dra. Casalino Ver: Casalino Sen, Carlota, “Higiene pública y piedad ilustrada”, 3 (edición digital).

⁵³⁷ Leprosorio de San Lázaro, creado en 1559.

⁵³⁸ Este Hospital también sufre alteraciones frente a la tabla ofrecida por el Mercurio Peruano (al parecer la omisión del Refugio de Incurables fue en este espacio), pero se establece que su verdadera cifra de muertos es esta, dado que concuerda el número de enfermos que permanecían internos del cómputo anterior, con el número de internos iniciales de este.

⁵³⁹ Hospital de los Camilos o de la Buena Muerte o de Agonizantes de Lima. Los padres Camilos arribaron en 1709 y al año siguiente crearon el Hospital. En este caso se cree que se hace referencia al espacio regentado por la agrupación laical de las “Beatas Camilas” para la asistencia de las enfermas pobres.

⁵⁴⁰ Hospital de Santa Ana (para naturales), creado en 1549.

⁵⁴¹ De acuerdo con la edición # 2 del Mercurio Peruano, don Juan Félix Encalada Tello de Guzmán y Torres-Messía, Conde de la Dehesa de Velayos y IV Marqués de Villamayor de Santiago; y Nicolás Sarmiento de Sotomayor, Conde de Portillo (en ese momento Mayordomo del Hospital de Santa Ana), planeaban reconstruir este templo y hospital, afectados por el incendio del 22 de marzo de 1790. De ahí puede provenir el descenso en el número de sepultados en este periodo (si se compara con las cifras anteriores y de los años posteriores). Ver: Calero y Moreira, Jacinto, *Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas*, Tomo I, # 2, 6 de enero de 1791, 15.

⁵⁴² Hospital de San Bartolomé (para negros esclavos y libres), fundado en 1646 por fray Bartolomé de Vadillo (hoy Hospital Materno Infantil San Bartolomé).

⁵⁴³ Hospital de San Diego, fundado en 1593 y cedido en uso en 1606 a los frailes de San Juan de Dios.

⁵⁴⁴ No es tenido en cuenta en el listado que presenta el Mercurio Peruano entre el 1° de diciembre de 1789 y el 1° de diciembre de 1790. Se desconoce si hubo o no muertes en este espacio.

⁵⁴⁵ A partir de este año, este Hospital no es tenido en cuenta en el listado. Al respecto, aclaró Joseph María de Egaña que: “Los Hospitales de San Juan de Dios y Betlemitas no están en esta demostración, por ser convalecencia de los enfermos que se curan en los de San Andrés y Santa Ana”.

⁵⁴⁶ En el cómputo que hace la Dra. Casalino en su trabajo hay un faltante de 125 muertos que, como ya se argumentó, se considera fue el fruto de una omisión por parte de los editores del Mercurio.

⁵⁴⁷ Para entender el descenso en esta cifra, es importante dejar constancia del apunte que hace al respecto don Joseph María de Egaña: “*Observando que en los años anteriores el número de los muertos excedía en mucho al de los nacidos, y no sucediendo esto en las poblaciones a no ser que ocurra alguna causa asoladora de la especie humana; indagando el motivo de que provenga, hallé ser la falta de puntualidad en las razones que por los Hospitales se daban en fin de cada uno, pues en ellas no distinguían de los que entraban a curarse quienes tenían su residencia fija en esta Capital, eran transeúntes u ocurrían a ellos de las poblaciones inmediatas. Igual falta se notaba en la razón de los que morían, a que se agregaba ser duplicado el número de estos, porque su fallecimiento se puntualizaba en los libros del Hospital y en las parroquias bajo cuya Cruz se enterraban. Conociendo que este era un defecto para poder calcular con exactitud el aumento o disminución de la población, y que al mismo tiempo no hacía ningún honor a los progresos de la Policía, representé a la*

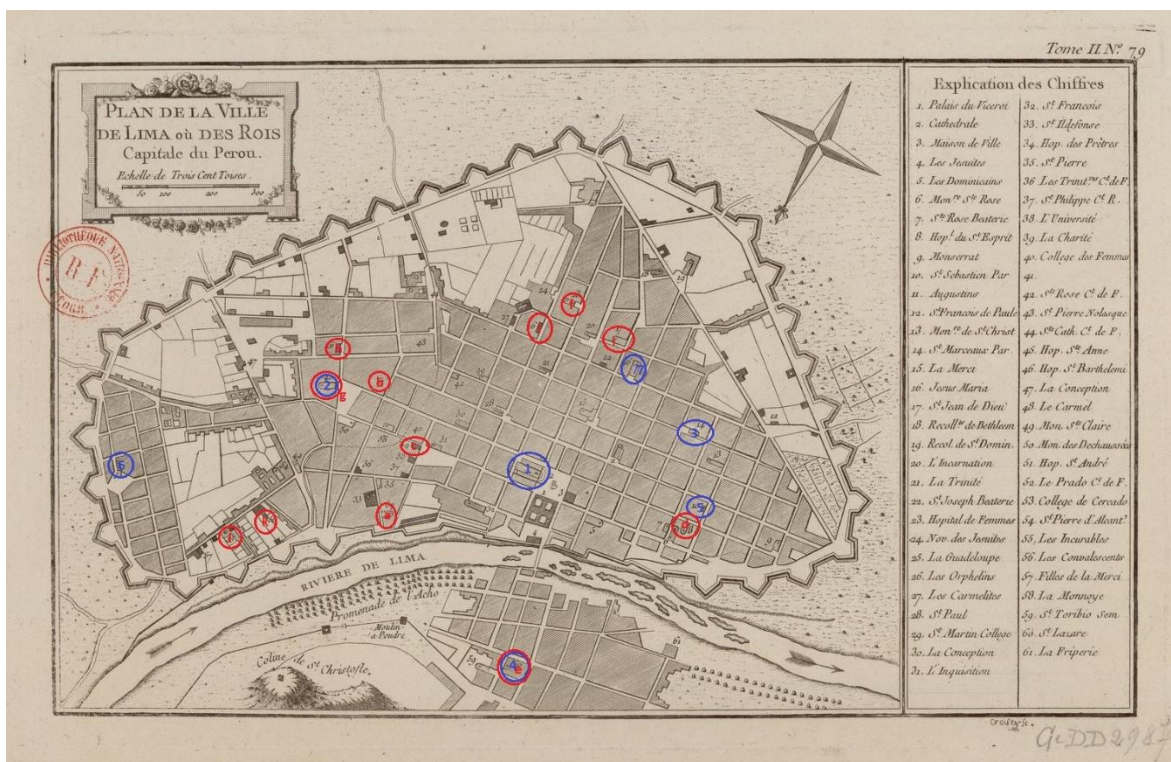


Imagen 32: Plan de la ville de Lima où des Rois Capitale du Pérou, elaborado en 1764 por el geógrafo y cartógrafo Jacques-Nicolas Bellin⁵⁴⁸.

Para poder hacer más ilustrativas estas tablas estadísticas, hemos intervenido el *Plan de la ville de Lima où des Rois Capitale du Pérou*, elaborado en 1764 por el geógrafo y cartógrafo francés Jacques-Nicolas Bellin, señalando en él cada uno de los espacios mencionados en las tablas presentadas por el ilustrado y riguroso Unanue. Los lectores pueden apreciar en color azul las parroquias y el convento de Jesús, María y José (donde deseaba ser sepultado Superunda, antes de que repararan la Catedral) y en rojo los hospitales.

Superioridad se previniese a los Hospitales llevasen el apunte en sus libros con la individualidad que se deseaba, la que en principios de este año se sirvió ordenarlo así. Pero a pesar de todo esto las razones dadas por ellos para la formación de este Estado, han venido las más bajo de la misma confusión, y otras con una corta individualidad. Así de ellas solo he podido sacar que en total de los que se han entrado a curarse, los 671 no eran habitantes de esta Ciudad, y que se han enterrado bajo la Cruz de las Parroquias 376, cuyo número por hallarse en los libros de estas, igualmente que de los Hospitales, debe rebajarse de los 2179 a que asciende la totalidad de los muertos puntualizados en este estado, y por consiguiente quedan estos reducidos a 1803, que no alcanza a un 4% del total de la población, cantidad que bajaría si las razones fuesen exactas. El celoso e ilustrado Gobierno que nos rige es de esperar tome las providencias que conduzcan a este útil objeto". De Egaña, Joseph María, "Estado General de matrimonios, muertes y nacidos de esta capital desde 1º de diciembre 1795 hasta 30 de noviembre de 1796", 276.

⁵⁴⁸ Bellin, Jacques-Nicolas, "Plan de la ville de Lima où des Rois Capitale du Pérou", Bibliothèque nationale de France, département Cartes et plans, GE DD-2987.

CAPÍTULO 4 Grandes expectativas, pocas realizaciones: discursos, procesos y fracasos en el Nuevo Reino de Granada en torno a los cementerios extramuros (1787-1803)

En el caso del Virreinato del Nuevo Reino de Granada, para el cumplimiento de las reales disposiciones cada una de sus provincias siguió su propio proceso en cabeza de personajes que encajan en la descripción que el historiador colombiano Renán Silva ofrece de los llamados ‘intelectuales intermediarios’⁵⁴⁹. Funcionarios, curas, militares y civiles letrados que se encargaron de interpretar, adaptar, transmitir y tratar de hacer cumplir en sus territorios, no sólo las disposiciones reales y de las autoridades virreinales, sino los nuevos conceptos y avances que se sucedían en un mundo que atravesaba una de sus mayores revoluciones intelectuales, en medio de lo que ha convenido llamarse el Siglo de las Luces.



Imagen 33: División política del “Virreinato de Santa Fé” para 1810⁵⁵⁰

⁵⁴⁹ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 102.

⁵⁵⁰ Carta que representa la división política del Virreinato de Santafé en 1810, Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia, 1890. Agustín Codazzi, Manuel María Paz, Felipe Pérez. Tomado de: http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Divisi%C3%B3n_pol%C3%ADtica_del_Vireinato_de_Santaf%C3%A9_1810.jpg.

A su llegada a Santafé en 1789, tras su nombramiento como Virrey del Nuevo Reino de Granada, José de Ezpeleta tenía una reconocida experiencia y un concepto más que favorable acerca de las bondades de la implantación de los cementerios extramuros. Sin embargo y tal como lo dejaba en claro la misma Real Cédula de 1789 en su desarrollo, más que una imposición, se daba inicio a una fase consultiva en donde las autoridades civiles y eclesiásticas de los territorios extrapeninsulares, debían remitir de manera particular sus descargos acerca de las medidas planteadas, circunscribiéndose a sus territorios de control efectivo. En el caso de Ezpeleta, y a pesar de ostentar la más alta dignidad a la que podía aspirar un funcionario Real en tierras americanas, sólo la capital Virreinal estaba a su cargo.

Sin embargo, no es posible afirmar que haya sido solo con la llegada de Ezpeleta y la Real Cédula de Carlos IV que se dio inicio de manera efectiva a las discusiones en torno a la creación de los cementerios en el Virreinato. La muerte y sus consecuencias tangibles (mal olor, proliferación de plagas, etc.) eran comunes tanto a un lado como al otro del Atlántico, razón suficiente para que con noticias del debate suscitado en la península y en Europa en torno a los cementerios, o sin ellas, fueran múltiples los ejemplos de procesos previos o paralelos a la llegada del nuevo Virrey y la correspondiente normativa.

En palabras de la historiadora Adriana María Alzate:

La sobrepoblación de cadáveres en las iglesias que inquietaba a los reformadores dieciochescos no era nueva. Los cementerios atestados y su consecuente mal olor no fueron un ‘descubrimiento’ del Siglo de las Luces, el ascenso demográfico y la creciente urbanización sin duda influyeron en esta situación, pero tal ‘amontonamiento’ no tenía nada de novedoso, lo que resulta original en la época es la manera de entender y de representar esta situación⁵⁵¹.

Son precisamente estas discusiones y sus repercusiones en sus contornos específicos, las que convierten a este trabajo en una sumatoria de casos particulares, sin que se pueda llegar a afirmar que fue estrictamente por la aparición de alguna de las Reales Cédulas y demás normativas, o por la especial energía y férrea voluntad de algún gobernante, que se logró dar paso a la transformación efectiva de esta práctica funeraria y mucho menos, que estos éxitos o fracasos hayan sido comunes en todo el territorio del Nuevo Reino de Granada, como no lo fue tampoco en los demás espacios trabajados anteriormente de la América española.

⁵⁵¹ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 205.

Sin embargo y sobreponiéndose a un sinnúmero de dificultades, los primeros cementerios en las afueras de las ciudades y villas que se fundaron de manera definitiva en el actual territorio colombiano, surgieron en la última década del siglo XVIII. Fecha bastante temprana si se tiene en cuenta que en ciudades como Madrid, eje del poder real, sólo en 1809 se consiguió tal fin⁵⁵².

4.1 El Cementerio de La Ermita de Popayán: buenas intenciones, malos lugares

Ubicada en el occidente del Virreinato sobre la vía que comunicaba con la Audiencia de Quito, Popayán, para finales del siglo XVIII, era una de las más importantes ciudades del Nuevo Reino de Granada, al congregarse buena parte de las familias administradoras de las poderosas minas de oro de las regiones de Barbacoas y el Chocó. Situación que se tradujo en el auge de esta ciudad cubierta de grandes casonas e importantes iglesias, que le dieron realce a una sociedad esclavista y étnicamente segmentada, reconocida desde entonces como uno de los principales epicentros culturales y que fue la cuna de quienes ostentaron importantes cargos en las etapas finales del Virreinato, así como de varios de los líderes del proceso de independencia y las décadas iniciales del periodo republicano.

Es precisamente en esta ciudad en la que tuvo lugar uno de los más interesantes procesos de construcción de un cementerio extramuros, toda vez que su inicio fue anterior a la expedición de la primera Real Cédula que motivó, ‘formalmente’, la creación de estos espacios.

4.1.1. La capilla de La Ermita: ni tan cerca ni tan lejos

Consta en el Archivo Central del Cauca (ACC), cómo el 26 de octubre de 1786 (un mes y medio antes del envío de la Resolución al Consejo por parte de Carlos III que dio origen a la Real Cédula primigenia en materia de cementerios extramuros), don José Marcelino de Mosquera, “*Depositario General, Regidor Perpetuo de Popayán y Mayordomo de la Catedral*”⁵⁵³, oficializó el proceso de compra que había iniciado de dos solares “para

⁵⁵² Galán Cabilla, José Luis, “Madrid y los cementerios en el siglo XVIII: el fracaso de una reforma”, en *Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1988, 255-298.

⁵⁵³ “Expediente que trata de la compra que hizo Don José Marcelino de Mosquera, Depositario General, Regidor Perpetuo de Popayán y Mayordomo de la Catedral, a Bartolomé Melo y a Joaquina de Villaquirán de dos solares...”, Archivo Central del Cauca (en adelante ACC), sección Colonia, fondo Judicial, Signatura: 10660 (Col. J II -23 cv) Folios 8-14rv.

erigir un simenterio ó campo santo en que se sepulten los cadáveres, y evitar los inconvenientes que pudieran causarles, de que se entierren, en el pavimento de la Cathedral”⁵⁵⁴.

Sin embargo, este proceso de compra se vio entorpecido por un pleito judicial que se prolongó por varios años debido a que, en palabras del propio Mosquera: “*al tiempo de ocurrir al Archivo a que se otorgase la escritura me previno el Escribano don Ramón de Murgueito, que se decía, que los referidos solares pertenecían, al Jesús que se venera en dicha capilla*”⁵⁵⁵. El Mayordomo de la Catedral se enfrentaba a un problema que sobrepasaba sus límites y posibilidades, el cual trató de todas maneras de obviar a través de una sagaz argumentación: “[toda vez que es] *urgente y notoria la necesidad de erigir dicho campo santo, hago consignación de los doscientos y cincuenta patacones, pertenecientes a los dueños de los solares, para que Vuestra Merced se sirva, respecto de estar redimidos con su lexitimo precio, declararlos libres de cualquier disputa para que pueda yo con seguridad erigir dicho campo santo*”⁵⁵⁶.

La oferta de Marcelino de Mosquera, aceptada por don Joaquín Sánchez Ramírez de Arellano, Alcalde de primera nominación de Popayán, implicó que el dinero comprometido, y con base en el cual este había negociado con los dos supuestos propietarios (don Bartolomé Melo y doña Joaquina Villaquirán), pasara al cuidado de las autoridades, mientras el Mayordomo de la capilla de La Ermita de Jesús Nazareno, don Miguel Certucha, acreditaba los documentos a través de los cuales consideraba que dichos predios le habían sido cedidos a la venerada imagen que tenía a su cargo, como parte de una antigua capellanía establecida en la segunda mitad del siglo XVII.

Pese a que a la luz de nuestros días esta disputa entre los vecinos que deseaban vender el solar y el Mayordomo de La Ermita, parece develar las rencillas y animadversiones personales que salen a flote cada vez que existe un factor económico de por medio; el análisis

⁵⁵⁴ “Expediente que trata de la compra que hizo Don José Marcelino de Mosquera (...), a Bartolomé Melo y a Joaquina de Villaquirán de dos solares...”, ACC, sección Colonia, fondo Judicial, Signatura: 10660 (Col. J II - 23 cv) Folio 9 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

⁵⁵⁵ “Expediente que trata de la compra que hizo Don José Marcelino de Mosquera (...), a Bartolomé Melo y a Joaquina de Villaquirán de dos solares...”, ACC, sección Colonia, fondo Judicial, Signatura: 10660 (Col. J II - 23 cv) Folio 9 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

⁵⁵⁶ “Expediente que trata de la compra que hizo Don José Marcelino de Mosquera (...), a Bartolomé Melo y a Joaquina de Villaquirán de dos solares...”, ACC, sección Colonia, fondo Judicial, Signatura: 10660 (Col. J II - 23 cv) Folio 9 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

del testamento de don Miguel Certucha firmado el 23 de julio de 1807 y transcrito por el profesor e historiador Orián Jiménez en su texto *El mundo de la vida en la revolución neogranadina: testamentos de la época de la independencia*⁵⁵⁷, nos permite hacernos una idea de lo complejo que era el tema de la compra-venta de propiedades, cuando estas venían cargadas de antiguas capellanías y compromisos testamentarios que pasaban de generación en generación, afectando para la posteridad el valor y usufructo de las propiedades.

El propio Certucha, quien según su testimonio ejercía el cargo de Mayordomo de La Ermina desde 1760⁵⁵⁸, dedicó casi la mitad de su testamento a tratar de aclarar a sus albaceas (y dejar constancia ante las autoridades) el listado de sus propiedades y los pleitos y obligaciones que pesaban sobre cada una de ellas. Situación que se complejizó aún más cuando les impuso la responsabilidad de continuar con sus propias labores de albacea frente a testamentos que seguían en ejecución varios años después de la muerte de los testadores e, incluso, de parte de los beneficiarios de dichos testamentos. Tal fue el caso de un grupo de esclavos a los que su ama les adjudicó el usufructo de unos solares, beneficio al que renunció la última sobreviviente de este colectivo, pasando el lote al control de una cuñada de Certucha tras un imbricado proceso de retoma de la propiedad y venta⁵⁵⁹.

Este pleito entre el Mayordomo de La Ermita, los vendedores del terreno seleccionado y el previsor Marcelino de Mosquera, sirve de abrebocas ante la necesidad de explorar el proceso de construcción de los cementerios y las variaciones efectuadas en las formas de inhumación. Es necesario entender cómo se trató de una profunda transformación cultural que involucró a la par factores políticos, religiosos y económicos, inmersa a su vez en un periodo histórico particularmente agitado, que rompió con rituales, rutinas y protocolos que por décadas se habían mantenido invariables o, al menos, impulsó que estos sufrieran transformaciones paulatinas sin generar mayores traumatismos.

Sin ahondar en detalles, es importante anotar que en noviembre de 1787, ante la ausencia de un veredicto, doña Joaquina Villaquirán se presentó ante el recién posesionado Gobernador de Popayán, don Nicolás Prieto Dávila, reclamándole que se le entregara el

⁵⁵⁷ Jiménez Meneses, Orián, *El mundo de la vida en la revolución neogranadina: testamentos de la época de la independencia* (Estudio preliminar y transcripciones), Universidad Industrial de Santander – Colección Bicentenario, Bucaramanga, 2012, 56-65.

⁵⁵⁸ Jiménez Meneses, Orián, *El mundo de la vida en la revolución neogranadina*, 60.

⁵⁵⁹ Jiménez Meneses, Orián, *El mundo de la vida en la revolución neogranadina*, 63-64.

dinero fruto de la venta, toda vez que su contraparte don Miguel Certucha no presentó en todo ese tiempo la documentación que confirmara la existencia de dicha capellanía y los correspondientes ‘derechos de la imagen’ frente a los terrenos negociados.

Enterado del caso y en respuesta a la solicitud de doña Joaquina, Prieto Dávila impuso un tiempo máximo de seis días para que el Mayordomo de La Ermita acreditara los alegados derechos, ante lo cual Certucha dejó constancia de que: “... *no teniendo yo más derecho que representar que la Fundación de Don Lázaro Mendoza, que es anterior a la donación que presenta; (...) no puedo insistir en la acción de el envargo de los patacones de la venta, que se deben entregar a la parte, y que por ello se me declare libre de la contestación y prueba*”⁵⁶⁰.

4.1.2. Mientras los vivos pelean, la muerte triunfa

Es muy importante resaltar en este punto cómo la discusión en torno al sitio en el que se pensó construir inicialmente ese cementerio precedió tan solo por unos meses la aparición en 1787 de un brote de viruela. Circunstancia que puso a prueba al recién llegado Gobernador, quien dio muestras de su ‘espíritu ilustrado’, al proponer una medida poco ortodoxa para la época, la cual resaltó en su trabajo el historiador Renán Silva.

Fue así como frente al avance de la epidemia y la incertidumbre en torno a las causas del contagio, el Gobernador Nicolás Prieto Dávila le propuso al facultativo de la ciudad, “*el también muy ilustrado Juan Manuel Grijalva, (...) que dispusiese y arbitrarse modo de que se abriese y reconociese uno de los cadáveres*”⁵⁶¹, aunque finalmente por falta de un práctico anatómico, la operación no pudo realizarse, no deja de ser significativo el sólo hecho de contemplar esta posibilidad.

De igual manera, aunque aún no se ha ubicado el original del expediente emitido a la Capital Virreinal, Adriana María Alzate afirma que gracias al concepto solicitado por Prieto Dávila acerca de la relación existente entre una epidemia y la presencia de cadáveres en las

⁵⁶⁰ “Expediente que trata de la compra que hizo Don José Marcelino de Mosquera (...), a Bartolomé Melo y a Joaquina de Villaquirán de dos solares...”, ACC, sección Colonia, fondo Judicial, Signatura: 10660 (Col. J II - 23 cv) Folio 9 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

⁵⁶¹ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 137.

iglesias, salió a la luz uno de los primeros escritos que emitió ‘El Sabio’ Mutis acerca de los resultados funestos de esta práctica⁵⁶².

Afirmaba Mutis en respuesta a la consulta del gobernador Prieto:

Ha sido muy juicioso el pensamiento de los profesores para representar en tiempo los graves daños que amenazan a los pueblos las sepulturas en las iglesias o dentro de los poblados (...) tarde será para nosotros el remedio de esta perniciosa práctica disfrazada con el título de piedad, aunque desconocida en los primitivos siglos de la iglesia: cuando se creyó por el contrario profanación de los sagrados templos disimulada y tolerada por primera vez en la sepultura de un obispo; imitada posteriormente por la vanidad hasta el extremo de paliarse con culto religioso. Más al fin va volviendo el mundo sobre sí para deponer su arraigada preocupación a fuerza de los funestos daños que diariamente experimenta⁵⁶³.

Regresando al pleito iniciado por don Marcelino Mosquera, es importante resaltar que, sin poderse esclarecer aún la fecha de su puesta en funcionamiento ni sus precisas proporciones, gracias a los documentos hallados hasta el momento queda confirmado que la ciudad de Popayán, para el año de 1792, ya contaba con un cementerio extramuros justo en el límite de su traza urbana y en lotes aledaños a la aún célebre Ermita.

De esto dejó testimonio el propio don Marcelino, quien declaró en mayo de dicho año: “... aunque después se tomaron otros que son los que actualmente se hallan cercados de paredes, y sirven de enterrar los muertos; siempre se consideraron precisos aquellos dos para darle la extensión que con el tiempo pueda necesitar el campo santo...”⁵⁶⁴.

Declaración que fue suscitada ante una nueva reclamación interpuesta por doña Joaquina, quien a pesar de salir victoriosa en el pleito con el Mayordomo Certucha, vio nuevamente frustradas sus intenciones de recibir integralmente el pago por el solar negociado, toda vez que, según su versión, don Marcelino le propuso cancelar el acuerdo de venta.

Los documentos ubicados en relación con el pleito culminan con el testimonio de Mosquera quien aclaró que él ya no ocupaba el cargo de Mayordomo de la Catedral, pero que sí acreditaba el pago parcial de los terrenos y la necesidad de cumplir con la suma restante, avalando -como se ve en el extracto citado- la utilidad de los predios anteriormente

⁵⁶² Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 260.

⁵⁶³ Hernández de Alba, Guillermo, *Escritos Científicos de don José Celestino Mutis, Tomo I*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1983, 216.

⁵⁶⁴ “Expediente que trata de la compra que hizo Don José Marcelino de Mosquera (...), a Bartolomé Melo y a Joaquina de Villaquirán de dos solares...”, ACC, sección Colonia, fondo Judicial, Signatura: 10660 (Col. J II - 23 cv) Folio 9 (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

negociados y la existencia de este cementerio que pasa a competir con el cementerio de Barranca del Rey (hoy Calamar), como el primer cementerio extramuros del Virreinato, tal y como lo tienen reseñado las historiadoras Ana Luz Rodríguez González⁵⁶⁵ y Adriana Alzate Echeverri⁵⁶⁶, así como el Arquitecto Alberto Escovar Wilson-White⁵⁶⁷.

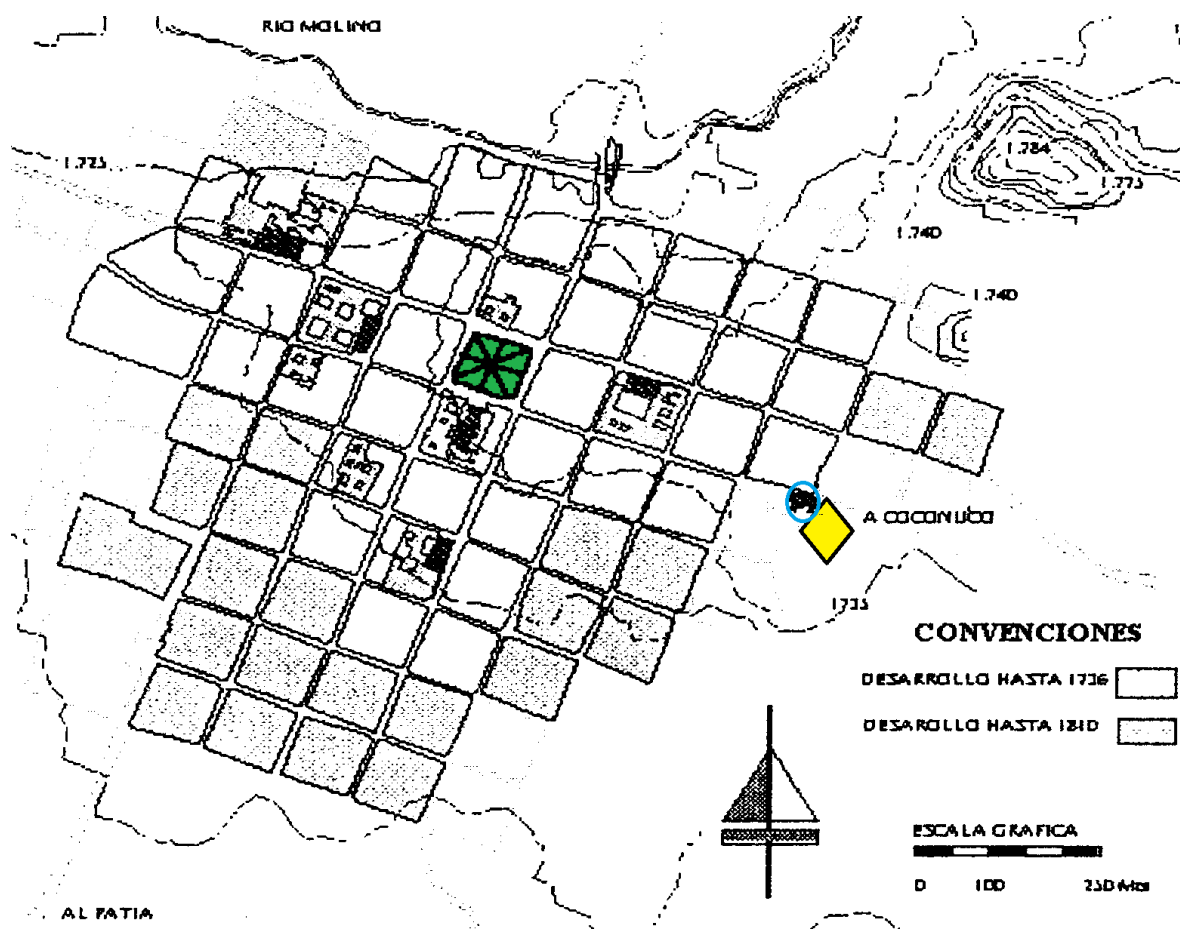


Imagen 34: Estimación de la traza urbana de la ciudad de Popayán entre los años 1736-1810⁵⁶⁸. En amarillo la posible ubicación del cementerio proyectado por don Marcelino de Mosquera, en verde la plaza principal y rodeada de azul, La Ermita.

Sin embargo, poco tiempo pasó antes que este primigenio camposanto empezara a ser duramente criticado debido a su ubicación y a los supuestos problemas que comenzó a

⁵⁶⁵ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 236.

⁵⁶⁶ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 268.

⁵⁶⁷ Escovar Wilson-White, Alberto, *El Cementerio Central de Bogotá*.

⁵⁶⁸ Plan vial y de Transportes de Popayán. Secretaría de Planeación Municipal. Popayán, 1984.

generar en su entorno, los cuales no eran diferentes a los que precisamente se esperaba combatir a través de la creación de los cementerios extramuros.

Fue así como en la respuesta que le dirigió en junio del año 1800 el Gobernador don Diego Antonio Nieto al Virrey don Pedro de Mendinueta, relacionada con los avances en la construcción de cementerios en la Provincia de Popayán, el Gobernador se quejó de que dicho cementerio: “...se construyó pero en parage mui inmediato y que domina la ciudad, lo que se ha tenido por causa de varios accidentes extraordinarios que se han experimentado con cuyo motibo en la actualidad se sigue expediente que ha promobido el Procurador General para que se traslade a otra parte”⁵⁶⁹.

Traslado que sólo se hizo posible a finales del siglo XIX, al ser la ubicación del camposanto sustituto el eje de las discusiones que por casi un siglo se sostuvieron en la sala del Cabildo de Popayán en torno a los cementerios y las condiciones que debían cumplir estos espacios.

4.2 La Real Cédula de Carlos IV de 1789: mucha información, pocos resultados

Como ya se expuso con anterioridad, más allá de su publicación en la gaceta y algunas noticias allegadas y multiplicadas por funcionarios interesados en esta problemática, no es posible aseverar que la Real Cédula de 1787 se haya conocido de manera generalizada en los virreinos y gobernaciones americanas. Es por esto que le correspondió a Carlos IV, a través de su Real Cédula de 27 de marzo de 1789, ordenar por primera vez oficialmente el establecimiento de medidas relacionadas con la erección de cementerios en sus territorios de ultramar.

Al respecto escribió el Rey:

Por tanto por esta mi Real Cédula, ordeno, y mando, a mis virreyes del Perú, Nueva España, y Nuevo Reyno de Granada, a los presidentes, y gobernadores de mis Reynos de las Indias, e Islas Filipinas, y demás ministros que exercen mi Vice-Patronato Real, y ruego, y encargo, a los muy Reverendos Arzobispos, y Reverendos Obispos de las Iglesias Metropolitanas, y catedrales de los mismos dominios que cada uno por su parte informen por mano de mi infraescrito secretario con justificación, y la brevedad posible lo que se les ofreciere, aserca del insinuado establecimiento con consideración a las circunstancias territoriales, respectivas comprehendiendo también en caso de que se estime conveniente, el estado de las rentas de las fábricas de sus iglesias: Si estas podrán sufragar el coste de los mencionados cementerios: el número que se necesita en

⁵⁶⁹ Respuesta del Gobernador don Diego Antonio Nieto al requerimiento del Virrey don Pedro de Mendinueta, relacionado con los avances en la construcción de cementerios en la Provincia de Popayán, AGN, sección Colonia, fondo Hospitales y Cementerios, tomo 8, fs. 449-449 rv. (Se respeta la ortografía del original).

cada población, con proporsión a su vecindario: a lo que podrá ascender su costo por un prudente cálculo, y de que, otros arbitrios, o medios se podría echar mano, no siendo aquel suficiente para que tenga efecto su construcción, con el menor gravamen, pocible de mi Real Erario por ser así mi voluntad.⁵⁷⁰.

Al verificar a través de la lectura de esta Cédula el interés real de poner en práctica la construcción de cementerios, es importante resaltar también cómo se sometió este propósito a la revisión inicial de las posibilidades efectivas de que se llevara a cabo en cada uno de los territorios de la corona, no sólo poniendo en consideración la existencia de recursos, sino dejando un espacio para que se efectuaran los descargos correspondientes en el caso de existir algún tipo de objeción frente a esta normativa.

Es así como copias de esta Real Cédula fueron remitidas tanto a las autoridades civiles como eclesiásticas de los territorios americanos, las cuales dieron paso a un proceso inicial que estuvo marcado por los elogios que recibió la norma por parte de los receptores de las notas de obediencia dirigidas al Rey (casi una constante), pero que en la mayoría de los casos analizados encendió álgidas polémicas en los niveles inferiores, mientras que, en la práctica, los responsables se limitaron a responder las dudas expuestas por el monarca, sin efectuar ninguna acción adicional.

4.2.1. Provincia de Antioquia: buena acogida, poco entusiasmo

Entre los diversos ejemplos que se pueden citar, es importante resaltar el proceso liderado por el Gobernador de la Provincia de Antioquia, don Francisco de Baraya y la Campa, quien en la nota de obediencia firmada el 4 de agosto de 1789, anunció además que les remitiría copias de la misma a los obispos de Popayán y Cartagena, así como al Dean y al Cabildo de Santafé, para que estos les transmitieran a su vez las órdenes respectivas a los curas párrocos⁵⁷¹. Trámite adicional que se sustentaba al ser estas las autoridades eclesiásticas que extendían su jurisdicción sobre Antioquia, provincia que carecía de sede episcopal propia.

Fue de esta manera como Baraya y la Campa consiguió que el Obispo de Popayán, Ángel Velarde y Bustamante, delegara sus funciones frente al proceso en el presbítero Juan

⁵⁷⁰ Real Cédula del 27 de Marzo de 1789 sobre Establecimiento de Sementerios, Expediente respuesta del Gobernador de Cuenca a la solicitud del Virrey Mendieta en el año de 1800, AGN, sección Colonia, fondo Hospitales y Cementerios, tomo 8, fs. 455-455 rv (se respeta parcialmente la ortografía del original).

⁵⁷¹ Francisco de Baraya y La Campa, Nota de obediencia a la Real Cédula de 27 de marzo de 1789. Archivo Histórico de Medellín (AHM). Fondo Cabildo. Tomo 42, folio 6rv-7.

Salvador Villa “*comisario subdelegado particular de la Santa Cruzada, cura y vicario de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín y Superintendente Eclesiástico de la Provincia de Antioquia*”⁵⁷².

Este proceso fue ampliamente revisado y transcrito en sus pasajes más trascendentales por el Grupo de Historia de la Salud de la Facultad Nacional de Salud Pública de la Universidad de Antioquia. Investigación liderada por el médico e historiador Álvaro Cardona y publicada bajo el título *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública en el Virreinato de Nueva Granada*⁵⁷³, obra citada ya en varias ocasiones. A través de este texto es posible apreciar cómo el trabajo coordinado entre estas dos autoridades consiguió llevar hasta los pequeños curatos las inquietudes del monarca, obteniendo muy pobres resultados en cuanto a la ubicación de recursos y voluntades que propiciaran la aparición de los primigenios cementerios.

En este sentido, sirve como ejemplo la comunicación que el 28 de noviembre de 1789 le envió el Alcalde Pedáneo del “*sitio de Atobiejo*”, Sr. Juan Modesto Tamayo, al Teniente de Gobernador Vicente Fernández Marroquín, en la que le anunciaba que se había reunido con ocho vecinos para dar respuesta a la solicitud del Gobernador Baraya.

En dicho encuentro, los convocados sugirieron que se demarcara un área de 20 varas en cuadro, destinando cinco más para la construcción de los muros divisorios. El precio del espacio lo estimaban en seis pesos dos tomines, a lo que se le debía sumar la construcción “*de a tres tapias de altura con un bardo de teja*”, elevándose el costo a 225 castellanos. Sin embargo, advertía el Alcalde que, tras entrar en contacto con el cura, este les había comunicado que no existían recursos en la fábrica de iglesias y que ellos veían improbable reunirlos, ante la pobreza y escasez de población, la misma que no había podido finalizar la construcción de otra iglesia por problemas también financieros⁵⁷⁴.

Es por esto que tras recopilar la información de los territorios de su jurisdicción, en la nota que le dirigió directamente al Rey en febrero de 1790, el Gobernador afirmó:

⁵⁷² Carta – orden al Sr. Juan Salvador Villa emitida MM RR Obispo de Popayán, Dr. Ángel Velarde y Bustamante. Archivo Histórico de Medellín (en adelante AHM), Fondo Cabildo, Tomo 34, fs. 405-405rv.

⁵⁷³ Cardona Saldarriaga, Álvaro et al, *Cadáveres, Cementerios y Salud Pública*, 157 p.

⁵⁷⁴ Juan Modesto Tamayo, Carta al Sr. Vicente Fernández Marroquín. AHM. Fondo Cabildo. Tomo 42. Folios 33rv – 34.

Luego que recibí el Real Despacho de Vuestra Majestad de 27 de marzo del anterior sobre establecimiento de cementerios, fuera de poblado, (...) libré las ordenes correspondientes al laudable fin que se desea, y hé conseguido practicar las diligencias que originales paso a las Reales manos de Vuestra Majestad, por las que se comprende la necesidad, que hay para el establecimiento de estos cementerios, y que se prevengan los considerables daños, que inducen los entierros de muertos en los templos de esta comprensión, pudiéndolos frecuentar los fieles con mayor seguridad en su salud. La única esperanza que yo tenía para que con el menos gravamen del Real Herario, se pudiesen hacer estos cementerios, eran las Rentas, que suponía sobrantes de las iglesias, a lo menos de las de los principales lugares de esta Provincia, pero ya veo que los curas, y vicarios exponen no alcanzar sus productos para la oblata, y reparos presisos de ornamentos, y fábricas, no encuentro otro arbitrio, con que pueda subvenirse a este establecimiento, que un comparto entre estos vecindarios, al que me parece pueden también concurrir los Eclesiásticos, como que resiben no menor beneficio, que los seculares, y como que logran de las mexores conveniencias, y comodidades, y siempre será exigua o moderada esta contribución, respectivamente a cada curato si la piedad de Vuestra Real Majestad no se digna mandar que de su Real Herario, se contribuya alguna parte, para que de este modo tenga más pronta execucion tan importante, y beneficosa obra, de que quedarán eternamente reconocidos estos humildes, leales vasallos de Vuestra Majestad⁵⁷⁵.

Como se constata a través de esta comunicación, los argumentos que esgrimieron los curas, vicarios y mayordomos de fábrica, así como las autoridades civiles de los curatos que componían en su momento la Parroquia de la villa de Medellín, frente a la imposibilidad de construir cementerios, se centraron en la carencia de los recursos necesarios para emprender dichas obras, razón por la cual el Gobernador se vio en la necesidad de realizar una nueva propuesta al Monarca (utilizar para su construcción los fondos del Real Erario), frente a la cual no consta ni se ha ubicado ninguna respuesta.

Sin embargo y a pesar del poco optimismo del Gobernador Baraya, no deja de llamar la atención el entusiasmo con el que fue recibida la medida en algunas circunscripciones, mereciendo especial mención la nota que el 18 de diciembre de 1789, le dirigió el representante del ilustre Cabildo y Corregidor de Naturales del pueblo de Nuestra Señora de Chiquinquirá de la Estrella, Sr. Joseph Nicolás de Ochoa y Tirado, al Teniente de Gobernador Fernández Marroquín.

En su misiva Ochoa valoró como muy útil el proyecto, enunciando que La Estrella requería de un cementerio de cincuenta por cincuenta varas. Su propuesta era que los muros fueran hasta cierta altura y el techo se elevara por medio de columnas en las esquinas. Afirmaba además que, al hallarse próximas las maderas y la tierra para la construcción de las

⁵⁷⁵ Respuesta del Gobernador don Víctor de Salcedo y Somodevilla al requerimiento del Virrey don Pedro de Mendinueta en el año de 1800, relacionada con los avances en la construcción de cementerios en la Provincia de Antioquia, AGN, Sección Colonia, Fondo Hospitales y Cementerios, Tomo 8, fs. 447-448 rv. (se respeta parcialmente la ortografía original).

tapias, así como las piedras, el costo del cementerio ascendería a unos 200 pesos oro. Sin embargo, como no contaba con rentas fijas en la iglesia, consideraba que esos recursos podrían surgir de las romerías que visitaban el santuario, a las cuales se les cobraría cuatro tomines por su visita⁵⁷⁶.

Pese a las buenas intenciones del Corregidor de Naturales, el Gobernador decidió cumplir estrictamente con su deber de informar, dejándoles al Monarca y sus asesores la responsabilidad de evaluar ellos mismos la situación, pero haciendo énfasis, como se vio, en la escasez de recursos y las dificultades para llevar a la práctica los designios reales.

En general fueron pocos los avances que se alcanzaron para poner a funcionar cementerios extramuros en el Virreinato en los años posteriores al envío, por parte de los obispos y gobernadores, de las respuestas a los cuestionamientos planteados en la Real Cédula de 1789.

Un estancamiento tanto en la aplicación como en la evaluación de los resultados esperados frente a las nuevas normativas, en el que seguramente no dejó de jugar un rol importante el cambio drástico en el contexto político europeo de la mano de la Revolución Francesa.

Y es que Europa se sumergió a partir de julio de 1789 en un largo y complejo proceso revolucionario en el que la legislación relacionada con los cementerios pasó forzosamente a un segundo plano, siendo tan solo factores coyunturales como los brotes epidémicos o las iniciativas personales de algunos dirigentes ilustrados, las que lograron sacar el proceso de su estado de latencia en lugares específicos.

⁵⁷⁶ Joseph Nicolás de Ochoa y Tirado, Carta al Sr, Vicente Fernández Marroquín. AHM. Fondo Cabildo. Tomo 42. Folios 44 -45.

4.3 Hacia la creación del Cementerio General de Santafé: un caso emblemático

En el caso de la ciudad de Santafé, el historiador Enrique Ortega Ricaurte afirma que la primera iniciativa tendiente a construir un cementerio por fuera de los muros de las iglesias de la ciudad, tuvo lugar en fechas muy tempranas. Fue así como en 1553 el recién nombrado Obispo de Santafé, el franciscano Fray Juan de los Barrios y Toledo, quien más adelante fue nombrado como primer Arzobispo del Nuevo Reino de Granada; ordenó derribar el templo construido en 1538 y bendijo el 6 de enero de 1555 un nuevo cementerio al exterior de la nueva edificación. Sin embargo, los vecinos de Santafé apelaron a la Real Cédula de Carlos I de 1539, anteriormente mencionada, y obtuvieron la autorización para seguir siendo sepultados en las iglesias⁵⁷⁷.

Tuvieron que pasar casi dos siglos y medio para que el tema volviera a ser tratado en la ciudad y se lograra hacer efectiva la creación de un nuevo cementerio, lo que no impide mencionar que en 1723 el Prior del Convento Hospital de San Pedro, el médico y fraile Pablo de Villamor, tal y como lo mencionamos en el capítulo inicial, abrió de nuevo la discusión en torno a la necesidad de apartar del centro de la villa al hospital a su cargo y la creación de un espacio que acogiera a los difuntos que continuaban aglomerándose en los pisos y atrios de las iglesias, y dentro del colapsado hospital⁵⁷⁸.

Su solicitud fue aceptada, por lo que se puso en funcionamiento una nueva sede para el convento. Esta reemplazó al edificio construido en 1564, que “*se había quedado pequeño y no tenía las condiciones adecuadas*”⁵⁷⁹, frente a la creciente demanda de vivos y muertos que se agolpaban en sus puertas. El nuevo hospital se localizó entre las actuales “*calles 11 y 12 y carreras novena y décima, y se llamó ‘Jesús, María y José’*. Por fin hubo salas que separaban hombres de mujeres, huerta y campo santo. En 1735 tomó el nombre definitivo de San Juan de Dios”⁵⁸⁰.

Sin embargo, la primera propuesta concreta mediante la cual se planteó la creación de un cementerio extramuros para la ciudad de Santafé, surgió en 1788 de la mano de los

⁵⁷⁷ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 25-6.

⁵⁷⁸ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 210.

⁵⁷⁹ Domínguez Ortega, Montserrat, “Los Merizalde, médicos y políticos al servicio de la Independencia Colombiana”, 97.

⁵⁸⁰ Fajardo Rodríguez, Hugo A, “Breve historia del Hospital San Juan de Dios y la educación médica en la Universidad Nacional de Colombia”, *Revista de la Facultad de Medicina Vol. 42 N° 3*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1994, 166.

regidores don Pedro de Ugarte y don Juan Salvador Lagos, quienes al parecer tuvieron noticias de la Cédula primigenia expedida por don Carlos III.

Desafortunadamente, de esta iniciativa se ha perdido todo rastro en los archivos desde épocas lejanas, debiéndose contentar el propio Ortega con mencionar tan sólo a estos dos personajes, a quienes encontró citados por quienes los sucedieron en su propósito años más tarde, sin que se aluda al porqué desecharon su propuesta o qué motivos impidieron que se llevara a la práctica⁵⁸¹.

Otra de las constancias que han llegado a nuestros días de ese proyecto inicial es una comunicación enviada al Virrey por parte del Prior del Convento-hospital San Juan de Dios el 9 de julio de 1792, mediante la cual este renunció a la propiedad de unos predios que le fueron asignados en 1788 a esta institución, para que pudieran enterrar allí a los muertos que fallecían bajo su cuidado⁵⁸².

4.3.1 El Virrey Ezpeleta y la búsqueda de argumentos ilustrados en Santafé

La toma de mando de José de Ezpeleta como Virrey del Nuevo Reino de Granada, tuvo lugar el 31 de julio de 1789, fecha en la que él mismo envió noticias de su posesión de manos de su antecesor Francisco Gil y Lemos⁵⁸³.

Para esta época, ya la Real Cédula de Carlos IV había comenzado a circular por el territorio virreinal, como lo testifica la ya mencionada nota de obediencia del Gobernador y Comandante General de la Provincia de Antioquia, don Francisco Baraya y La Campa, firmada el 4 de agosto del mismo año⁵⁸⁴ (Ver apartado 4.2.1).

Obligado por la Real Cédula que él mismo había ayudado a inspirar, a su llegada a Santafé y una vez atendidos los asuntos más urgentes relacionados con el cargo que asumió, en 1790 Ezpeleta inició la prevista fase de consultas para reunir los ‘argumentos ilustrados’ que soportaran la puesta en rigor de la nueva normativa.

⁵⁸¹ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 28.

⁵⁸² Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 188.

⁵⁸³ José de Ezpeleta, Duplicado de cartas de don José de Ezpeleta, Virrey de Santa Fe, a D. Antonio Valdés y Bazán, Secretario de Estado de Hacienda y Guerra Oficio # 1 de 31 de julio de 1789. Archivo General de Indias –AGI– Santa Fe, 638.

⁵⁸⁴ Francisco de Baraya y La Campa, Nota de obediencia a la Real Cédula de 27 de marzo de 1789. Archivo Histórico de Medellín (AHM). Fondo Cabildo. Tomo 42, folio 6rv-7.

El primero en pronunciarse fue el médico y naturalista panameño Sebastián López Ruiz, quien presentó el informe: *Dictamen sobre la necesidad de establecer cementerios comunes fuera de los poblados en lugar de enterrar a los muertos en los templos*⁵⁸⁵.

López, quien en 1782 había sido nombrado como Comisionado Regio de Botánica en el Reino de Santafé, pero que fue retirado de su cargo en septiembre de 1783 por orden del Arzobispo Virrey, amparado este en una Real Orden que versaba en ese sentido⁵⁸⁶, protagonizaba desde hacía varios años un debate en el seno del Virreinato con ‘El Sabio’ Mutis y, en especial, con los ‘defensores’ de este último, quienes consideraban que el panameño presentó pruebas falsas para ganarse los méritos de ser el descubridor de una de las variedades de quina ubicadas en las zonas periféricas de Santafé.

Gozando de mejor consideración por parte del Virrey Ezpeleta que por sus antecesores, López Ruiz presentó un completo informe que dividió en tres partes:

- a) La tradición eclesiástica (razones religiosas).
- b) La ventilación y los vapores (razones científicas).
- c) La percepción de los vulgares (razones culturales).

A través de las cuales ofreció múltiples argumentos acerca del porqué era inconveniente este tipo de práctica, citando varios de los textos y discursos que se discutían en Europa, demostrándose una vez más las conexiones estrechas entre los ilustrados de uno y otro lado del Atlántico.

Sin embargo y pese a sus argumentos, López se mostró desde un principio pesimista frente al cómo recibirían los habitantes de la ciudad una medida como esta:

Pero a pesar de tanto bien y utilidad que se nos prepara, clamarán incautamente las gentes vulgares y tanto como ellas la plebe. Discuten que dar sepultura a sus parientes o personas que estiman en cementerios es no solo falta a la piedad sino tratarlos con el último ultraje y desprecio; assi como quando por la miseria y pobreza de la persona muerta, no dexo bienes, ni sus dolientes tienen posibles con que pagar a los curas (lo mismo sucede en los hospitales) los derechos establecidos por el entierro se quejan amargamente de su desgracia los parientes y amigos del difunto que ha de ser enterrado en el camposanto según se les intima; entonces, aunque sea

⁵⁸⁵ Sebastián López Ruiz, “Dictamen sobre la necesidad de establecer cementerios comunes fuera de los poblados en lugar de enterrar a los muertos en los templos”, en: *Biblioteca Nacional de Colombia*, Sección Libros raros y curiosos, manuscrito 191, pieza#11, folios 111-115.

⁵⁸⁶ José de Ezpeleta, Duplicado de cartas de don José de Ezpeleta, Virrey de Santa Fe, a Don Antonio Porlier, Secretario de Estado de Gracia y Justicia de Indias. Oficio #65 del 19 de julio de 1790. AGI- Santa Fe, 638.

vendiendo o empeñando alguna prenda o mueble o buscando de otro modo el dinero necesario, satisfacen presto a aquellos derechos para redimir a sus cadáveres; la vejación y oprobios que se figuran de que sean en cementerios de las iglesias de este modo se aseguran casi siempre emolumentos funerales⁵⁸⁷.

El segundo en pronunciarse fue el médico y visitador de Boticas del Virreinato, Antonio Joaquín Froes, quien emitió el 6 de julio de 1790 su concepto acerca de la necesidad de un cementerio. El galeno explicó, desde la química y la física, cómo los cadáveres eran “*manantiales infectos*”⁵⁸⁸, ofreciendo algunas indicaciones acerca de las medidas de las tumbas y las condiciones del lugar que se seleccionara para la ubicación del cementerio.

En ese sentido afirmaba Froes:

No siendo posible dar reglas particulares para la fundación de cementerios en cada población, indicaré las generalidades más esenciales:

- 1) Que se funden lo más distante posible de la población.
- 2) Que se funden al occidente si no hubiere algún obstáculo que obligue a lo contrario porque los vientos del oriente son más constantes.
- 3) Elevados y secos.
- 4) Muy retirado de cualquier manantial o corriente de agua de donde puedan beber gentes o animales.
- 5) Muy espaciosos con el fin de que pasen muchos años sin que sea necesario volver a abrir las primeras⁵⁸⁹.

Meses más tarde, el 1° de octubre de 1790, el turno fue para el cirujano del Convento Hospital San Juan de Dios, Honorato Vila, quien, de acuerdo por los datos recopilados por Adriana Alzate: “*Considera nefasta la práctica de enterrar a los muertos en las ciudades, sin explicar las ‘causas físicas, que son muchas’. Cita sólo lo acontecido en la ‘Ciudad de Tolosa’, donde desde hacía tiempo se tenía esta costumbre y donde, además, se enterraban a los muertos con cal viva para detener las emanaciones pútridas y así evitar las epidemias que ello causaba*”⁵⁹⁰.

Por su parte, el funcionario del Virreinato don Santhiago Vidal trajo a colación a su turno las medidas tomadas tras la trágica Noche de San Bartolomé (acaecida del 23 al 24 de agosto de 1572), en la que fue necesario sepultar en las afueras de París a las múltiples

⁵⁸⁷ López Ruiz, “Dictamen sobre la necesidad de establecer cementerios”, folios 111-115. Citado por: Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 157.

⁵⁸⁸ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 249-250.

⁵⁸⁹ AGN, Archivo anexo, Fondo historia, Tomo 3, folios 450-457 rv Citado por: Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 159.

⁵⁹⁰ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 242.

víctimas y cubrirlas con cal viva, para evitar las consecuencias nefastas de la acumulación de cadáveres⁵⁹¹.

Una vez emitidos y recopilados todos estos informes, el fiscal del crimen de la Real Audiencia de Santafé, José Antonio de Berrío y Guzmán, fue el encargado de compendiarlos y emitir su propio concepto desde el punto de vista jurídico frente a la necesidad de construir un cementerio extramuros.

Fue así como el 25 de enero de 1791, el fiscal presentó un informe en el que recogió los argumentos de los médicos Froes y López Ruiz, así como los de Santhiago Vidal; y subrayó cómo desde las Siete Partidas de Alfonso X se había prohibido la inhumación de cadáveres en las iglesias, reservándole ese privilegio sólo a quienes morían en ‘olor de santidad’. El Fiscal enumeró, además, aspectos de la tradición jurídica española que reforzaban sus argumentos a la par que recalca la necesidad de que el Arzobispo de la ciudad ordenara que todas las iglesias y conventos que contaban con cementerios, los ubicaran afuera de los sitios poblados⁵⁹².

Para garantizar el orden y el correcto cumplimiento de estas medidas, Berrío y Guzmán hizo hincapié en las penas a que se exponían quienes osaran profanar una tumba, pues pensaba que así se les daba las garantías necesarias a los deudos que depositaran a sus difuntos en los futuros cementerios extramuros⁵⁹³.

Una vez finalizada esta fase consultiva, el 11 de abril de 1791 el Virrey Ezpeleta solicitó un informe detallado acerca de la posible ubicación y el costo de la construcción de un cementerio a las afueras de Santafé⁵⁹⁴. Tarea que le fue encomendada al Teniente Coronel Domingo Esquiaqui, quien había llegado a Santafé procedente de Cartagena para asumir las labores de reconstrucción de la ciudad tras el sismo de 1785⁵⁹⁵, encomendándosele además otras obras como la edificación del puente de Chía, la reconstrucción de la iglesia de San Bernardino de Soacha⁵⁹⁶ y, como en este caso, la elaboración del mencionado informe.

⁵⁹¹ Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 160-161.

⁵⁹² AGN, Archivo anexo, Fondo historia, Tomo 3, folios 526 rv. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 250.

⁵⁹³ AGN, Archivo anexo, Fondo historia, Tomo 3, folios 459 rv. Citado por: Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 163-165.

⁵⁹⁴ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 26.

⁵⁹⁵ Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 148.

⁵⁹⁶ Informe proceso de reconstrucción de la iglesia de San Bernardino de Soacha del 4 de mayo de 1793, AGI, Gobierno, Santa_Fe, 969, folios 180-185rv.

Esquiaqui estableció la posible ubicación del camposanto y cuantificó el monto de los costos a cubrir, los cuales estimaba ascenderían a 74.428 pesos. Calculó además la capacidad del futuro cementerio, de acuerdo con los reportes históricos de mortalidad de las cuatro principales parroquias de Santafé y el Convento Hospital de San Juan de Dios, lo que lo llevó a estimar en 2.320 el número aproximado de fallecidos en la ciudad en un lapso de 5 años.

Con base en estos cálculos y estimando el área que ocuparía cada sepultura, sumándole a esto los espacios de las caminerías y un margen extra de tumbas por si se llegara a presentar una epidemia, Esquiaqui aseguró que era necesario destinar y acondicionar 11.140 varas (9280 para las 2.320 sepulturas originales y 1860 para las zonas comunes, los muros periféricos y los caminos internos)⁵⁹⁷.

Un mérito adicional que le cabe a este eficiente Coronel es el de la elaboración del primer plano de Santafé, esquema en el que erróneamente se ha afirmado que detalló la ubicación del nuevo cementerio al occidente de la capital virreinal, tomando como fuente la versión consignada en su texto por Enrique Ortega Ricaurte⁵⁹⁸ y una nueva edición del mencionado esquema que se realizó presumiblemente en el año 1816, a la cual nos remitiremos más adelante. Al revisar la imagen anterior, correspondiente al plano de 1791, se ve claramente en la parte baja y centrado el camino que conducía a Fontibón, sin que se deje constancia de algún volumen en sus costados una vez superado el límite urbano.

Esto no puede ser considerado una omisión, pues al ser el *Plano Geométrico de la ciudad de Santafé* un documento oficial y de tal trascendencia, Esquiaqui no podía graficar en él áreas no construidas, así participara de las discusiones que en ese sentido se sostenían en la capital Virreinal. Y es que hay que tener en la cuenta que, pese a los informes presentados y la información reunida, el cementerio de Santafé siguió siendo un proyecto ampliamente descrito y defendido en el papel, pero de cuyo avance no se tiene constancia posterior a la entrega del informe de Esquiaqui en agosto de 1791.

⁵⁹⁷ Vargas Lesmes, Julián, “El muy ilustre Cabildo de Santafé. Finanzas y administración económica”, en *La Sociedad de Santafé Colonial*, Cinep, Bogotá, 1990, 219.

⁵⁹⁸ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 26.

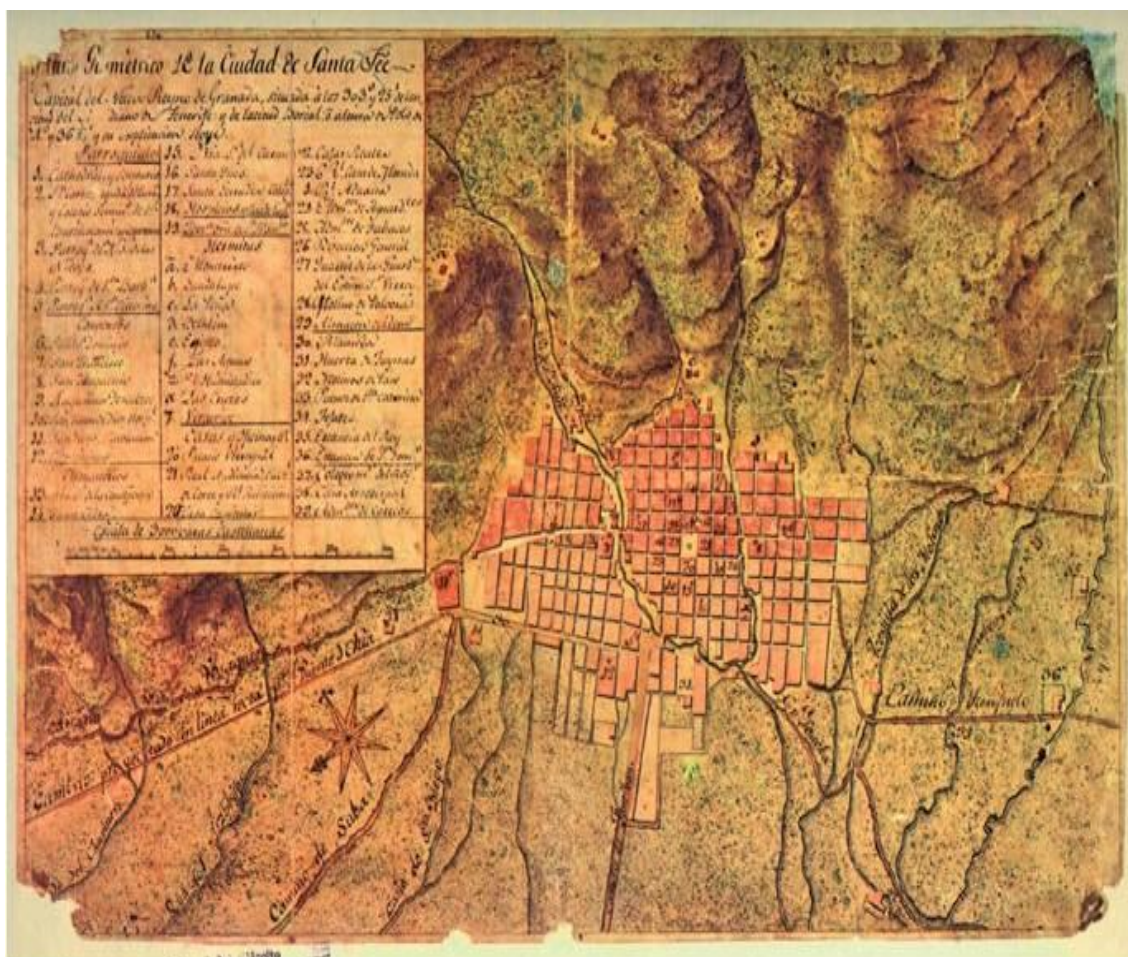


Imagen 35: Plano Geométrico de la ciudad de Santafé para el año 1791⁵⁹⁹.

Sin embargo, es digno de resaltar que durante este periodo se puso en funcionamiento la Junta de Policía de Santafé, creada por el mismo Ezpeleta, y que tuvo su primera sesión el 15 de mayo de 1791⁶⁰⁰. Por problemas financieros, tuvo corta vida, pero los resultados que ofreció fueron bien evaluados por el Virrey, lo que nos permite evidenciar que su interés por los temas relacionados con la salubridad, seguían presentes.

4.3.2 El Hospital San Juan de Dios y la construcción del primer cementerio

El proceso se reabrió el 3 de marzo de 1792, cuando el padre Fray Manuel Ramos, Prior del Hospital Cementerio de San Juan de Dios, envió una solicitud presionando para que se construyera cuanto antes el proyectado cementerio. Afirmaba en su nota el prelado, la cual

⁵⁹⁹ Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC), *Atlas histórico de Bogotá: cartografía 1791-2007*, Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte - Editorial Planeta, Bogotá, 2007.

⁶⁰⁰ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 154.

fue transcrita por don Enrique Ortega al igual que buena parte del proceso, que la multitud de cadáveres amenazaba con producir una mayor mortandad, por lo que solicitaba al Cabildo se les adjudicase un predio para la sepultura de los fallecidos en este recinto⁶⁰¹.

Ante la petición de Ramos, el 8 de marzo, el Fiscal Berrío solicitó que la nota de este se agregara al expediente reunido acerca de la creación del cementerio, aprovechando de paso esta novedad para requerir a las autoridades competentes (el Virrey y el Cabildo) para que se resolviera lo necesario con prontitud⁶⁰². En los archivos consta que esta inclusión tuvo lugar a los pocos días, pero más allá del trámite burocrático, el cementerio siguió siendo sólo un proyecto.

Fue así como en una nueva comunicación enviada el 22 de junio del mismo año, Fray Manuel Ramos insistió en la urgencia de tomar medidas al respecto. El Prior se lamentaba en su misiva de que su solicitud hubiese sido anexada al expediente que se preparaba en torno al Cementerio General de Santafé para Real aprobación, pues esto retrasaba la solución de este problema puntual.

Argumentaba que, dada la urgente necesidad de habilitar un sitio para la inhumación de los cadáveres que se acumulaban en el hospital, se debía retirar la petición del citado expediente, de tal manera que este caso pudiera ser resuelto directamente por parte de las autoridades virreinales y el cabildo, sin tener que esperar la aprobación del proyecto de Cementerio General que, al ser de mayores proporciones en cuanto a tamaño e inversión, se vería obligado a hacer su trámite de aprobación en España⁶⁰³.

Ramos respaldó su petición insistiendo en la inminente amenaza de que una epidemia se esparciera por la ciudad si no se actuaba rápido. Argumento que al parecer fue lo suficientemente convincente, pues al día siguiente el propio Virrey solicitó a través del escribano Tejada, se separara la representación del Prior del documento de respuesta que se preparaba frente a la Real Cédula de 1789.

De igual manera, Ezpeleta ordenó que se nombrara una comisión para delimitar el terreno, la misma que fue integrada por dos representantes del Cabildo (los Diputados de Ejidos José Joaquín Chacón y José Sanz de Santa María), el Teniente Coronel Esquiaqui y el Prior Ramos, a quienes dio la orden de que pasaran “...sin pérdida de tiempo a reconocer el

⁶⁰¹ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 27-28 y 182 (Transcripción).

⁶⁰² Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 183.

⁶⁰³ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 183-184.

*paraje que de común acuerdo se considere más a propósito para el cementerio, demarcándolo y dando posesión de él al hospital. Verificado lo cual tráigase el expediente para proveer lo más que corresponda a la circunvalación del terreno y forma de conducir los cadáveres”*⁶⁰⁴.

Ese mismo día, 23 de junio de 1792, el Cabildo se reunió por solicitud del Virrey con el fin de abrir un pliego relacionado con la demarcación del terreno para el cementerio, oportunidad en la que salió a relucir el predio cedido en 1788 al Hospital San Juan de Dios para tal fin, el cual había sido seleccionado por los señores don Pedro de Ugarte y Juan Salvador Lago. Aunque no se logró ubicar por parte del secretario el documento que acreditaba dicho traspaso, se le dio la indicación a la comisión de que verificara el estado del mismo⁶⁰⁵.

Es así como esa misma tarde la comisión nombrada por el Virrey y el Cabildo inspeccionó dicho lote. Sin embargo, de acuerdo con el acta levantada durante el recorrido:

... expresó el dicho señor Comandante no ser al propósito el terreno demarcado, y sí el que se halla a mano izquierda del camino real bajo la casa y solar que se decía ser del Padre Pontón; lo que entendido por mí el presente Secretario se advirtió no ser el terreno del M.I. (muy ilustre) Cabildo sino del Convento de Predicadores; a lo que contestaron tanto el ya dicho Sr. Comandante como el Prior del Hospital, no importa fuese de los Padres, pues ya se les podía reemplazar por otro terreno, por ser el que se señalaba ahora más a propósito por las aguas y la ventilación, y que no debía entenderse sólo cementerio particular, sino que se iba a demarcar para General⁶⁰⁶.

El secretario, quien dejó varias veces constancia en el acta de no estar de acuerdo con dicha determinación, narró que una vez dicho esto, se pasó al terreno y se tomó posesión de él, demarcándolo con una estaca, pero en espera de la ratificación del acto por parte del Cabildo, entidad que debía hacer los trámites para el traspaso de otras tierras en reemplazo de las apropiadas para este fin⁶⁰⁷.

Esta determinación generó un enfrentamiento entre los miembros del Cabildo y la autoridad virreinal, toda vez que los cabildantes se mostraban en desacuerdo con que se hubiese demarcado un terreno que no pertenecía al Cabildo por insistencia del Comandante Esquiaqui. Ante lo cual expresaron en su comunicación del 28 de junio:

⁶⁰⁴ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 184-185.

⁶⁰⁵ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 189.

⁶⁰⁶ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 190.

⁶⁰⁷ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 189.

Este Ayuntamiento ha estado y está pronto a ceder y dar de lo propio suyo cuanto se necesite para objetos tan importantes, pero en lo ajeno ni puede ni debe entrometerse, mucho más cuando la Diputación se extendió a señalar el terreno antes demarcado, cuyo acto contrario a ella no exime al Cabildo de las etiquetas que serían consiguientes cuando llegase el caso de dar otra tanta tierra a los Padres de Santo Domingo, por cuya parte o la de los propios se disputaría acerca de la cantidad o diferente calidad⁶⁰⁸.

En consecuencia, el Cabildo solicitó que no se tuvieran en cuenta los resultados de la comisión, frente a los cuales dejó constancia de su protesta; y que se designaran para la construcción del cementerio, los anteriormente demarcados (los de 1788) o cualquier otro predio que en realidad estuviera bajo su dominio⁶⁰⁹.

Aunque no se ha podido ubicar aún la nota de respuesta del Virrey al Cabildo, gracias a una comunicación firmada por el Padre Ramos, con fecha 9 de julio, sabemos que estas dos instancias alcanzaron un acuerdo satisfactorio. Es así como en su misiva el Prior le agradeció al Virrey el haberles otorgado la autorización a los terrenos destinados para el cementerio por parte del Regidor Diputado de Ejidos, don José Sanz de Santa María⁶¹⁰.

Otra de las dudas que surgen en este punto es si los terrenos elegidos por Sanz de Santa María difieren de los mencionados por Esquiaqui y la primigenia comisión (de la que el cabildante también participó), o si se trató de los mismos, pero tras un acuerdo con los padres de Santo Domingo. Lo que sí queda claro es que no fueron aceptados de manera definitiva los cedidos en 1788, por lo que el Cabildo procedió a reclamarle a los representantes del Hospital de San Juan de Dios su devolución*.

Este fue el último escollo que tuvieron que superar los interesados en la creación del nuevo cementerio, pues, como ya mencionamos, las copias de la cesión de los predios por parte del Cabildo no figuraban en el archivo de dicha entidad, por lo que recurrieron a las supuestas copias que deberían reposar en el Convento Hospital. Sin embargo, el Prior, a su vez, ‘dio fe de la existencia del documento’ por el cual se le asignaron los predios, pero aseguró que en ese momento no podía ubicarlo, afirmando que era posible que se hubiese

⁶⁰⁸ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 191.

⁶⁰⁹ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 190-191.

⁶¹⁰ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 186-188.

* Todos estos testimonios y actos ocurridos a lo largo del año 1792, nos ratifican en la imposibilidad de que Esquiaqui haya graficado en su *Plano Geométrico de la ciudad de Santafé* el supuesto emplazamiento de un cementerio del que aún no se tenía certeza en el año 1791.

remitido al Cabildo, en medio de un proceso liderado por el Padre Procurador, en busca de fondos para este fin⁶¹¹.

Este vacío legal fue subsanado a través de la solicitud que le hizo el Prior al Virrey para que, a través de un nuevo documento con su firma como garante, se diera por aceptada la renuncia del Convento Hospital frente a la propiedad de dichos terrenos. Santafé contó a partir de ese momento con los predios para ubicar su cementerio... faltaba hacer realidad el proyecto.

4.3.3 Fray Miguel de Isla y las primeras normas para el traslado de cadáveres en Santafé

Al margen de la discusión en torno a los predios más aptos para la ubicación del cementerio, fue menester poner en consideración cómo se trasladarían los cadáveres al nuevo lugar de enterramiento, en qué condiciones y qué costos generaría dicha logística. Misión que le fue encomendada al Padre Fray Miguel de Isla.

Fue así como el 3 de julio de 1792, Isla le dirigió una comunicación al Prior del San Juan de Dios relacionando la ‘manera adecuada’ de conducir los cadáveres al cementerio. Describió cómo debían ser los féretros (que serían usados sólo para conducir el cadáver, no para sepultarlo) y la logística del traslado y los servicios religiosos (si el funeral era ‘cantado’ o sólo rezado). Consideraba necesario seguir un orden en el ciclo de enterramiento (para saber dónde se debía excavar sin riesgo de hallar cuerpos frescos) y que se contara con barras medidoras para verificar el cumplimiento de las disposiciones relacionadas con la profundidad y separación entre sepultura y sepultura⁶¹².

El padre Isla presentó además un presupuesto en el que relacionaba los costos iniciales y los ‘sucesivos y continuos’ (mes a mes)⁶¹³.

Costos iniciales	
Gastos	Cantidades
Dos mulas (a 25 pesos cada una)	50 pesos
Carro y cajas	150 pesos
Aparejo para mulas	16 pesos
Total	216 pesos

⁶¹¹ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 188.

⁶¹² AGN Anexo Historia, folio 526 rv. Citado y transcrito por: Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 185-186.

⁶¹³ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 250-252.

Tabla #5: Costos iniciales para el traslado de cadáveres al nuevo cementerio, de acuerdo con los cálculos del médico Fray Miguel de Isla⁶¹⁴.

Costos mensuales		
Gastos	Cantidades al mes	Cantidad al año
Conductor del carro	8 pesos	96 pesos
Sepulturero	8 pesos	96 pesos
Manutención de mulas	9 pesos	106 pesos
Reparación del carro	4 pesos	48 pesos
Totales	29 pesos	348 pesos

Tabla #6: Costos mensuales por cuenta del traslado de cadáveres y la puesta en funcionamiento del nuevo cementerio, de acuerdo con los cálculos del médico Fray Miguel de Isla⁶¹⁵.

Era evidente que el nuevo cementerio generaría costos, no sólo para su puesta en funcionamiento, sino para su mantenimiento. Dineros con los que no se contaba y de los que no estaba claro en ese momento, quién los debería asumir. Es por esta razón que el 8 de julio de 1792 el Virrey Ezpeleta ofició al padre Fray Manuel Ramos para que enunciara posibles fuentes de financiación para acondicionar el cementerio, ante lo que el Prior solicitó se les autorizara el cobro a las familias de los difuntos, tal y como cuando eran sepultados en la capilla del convento y que estos fondos fueran administrados por el Padre procurador⁶¹⁶.

Como el Prior era consciente de que el dinero que lograrse reunir de ese modo no era suficiente para cubrir los gastos que el cementerio generaría, solicitó además se le autorizara efectuar una colecta pública y, de ser el caso, que se utilizaran los ‘caudales comunes’ del Convento-hospital para este fin. Frente a esto aclaró que esta última medida sería sólo para cubrir los gastos del cerramiento del cementerio, pero que se debían tener en cuenta también los montos adicionales que el Padre Isla había previsto en su informe.

Ramos cerró su nota de respuesta, firmada el 9 de julio, con una solicitud adicional:

Concluyendo por suplicar a V.E. que se digne dictar un reglamento que fije y asegure el establecimiento y erección de cementerio por lo respectivo a este hospital, a fin de excusar las instancias y aún las quejas de ciertos dolientes que llevados de una antigua preocupación mirarán con horror y repugnancia que sus parientes o allegados sean sepultados en el campo, no obstante de que el lugar sea (como lo será) tan sagrado como los templos ⁶¹⁷.

⁶¹⁴ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 250-252.

⁶¹⁵ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 250-252.

⁶¹⁶ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 186-188.

⁶¹⁷ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 187-188.

Nuevamente quedaban en evidencia los temores de la población y la repulsión que esta medida generaría entre los deudos, los cuales no eran pasados por alto ni siquiera por quienes, como Ramos, eran los acérrimos defensores de la implantación de las nuevas medidas.

Finalizados los trámites y concertadas las partes, las obras de construcción del cementerio comenzaron sin más dilaciones y el 30 de noviembre de 1793, contando con la presencia del Arzobispo de Santafé, Don Baltasar Jaime Martínez Compañón, quien bendijo el lugar, se inauguró oficialmente el primer cementerio extramuros para la capital virreinal⁶¹⁸. Este camposanto sólo comprendía una porción del proyecto inicial y fue dedicado a los pobres de solemnidad que morían en el Hospital San Juan de Dios.

Un cementerio para pobres que mucho distaba del proyectado cementerio general... pero, al menos, se instalaba el primer mojón en el proceso que daría luz casi cuarenta años después a lo que hoy conocemos como Cementerio Central. Esta noticia fue celebrada por don Manuel del Socorro Rodríguez a través de las páginas del *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá* en su edición del 6 de diciembre de 1793. Escrito en el que el ilustrado cubano exaltaba cómo se ponía a la capital Virreinal a la altura de las principales ciudades de la cristiandad, donde se buscaba desde hacía años la manera de combatir los males que acarreaban las inhumaciones intramurales⁶¹⁹.

Sin embargo, al parecer la noticia no fue bien recibida por todos, como lo insinúa el artículo que el mismo Rodríguez publicó en forma de rima una semana después en la siguiente edición de su periódico, a la cual tituló: “*Prudencio cementerio*”, y que la profesora Adriana María Alzate eligió como epígrafe para el capítulo cuatro de su magistral obra:

“Con dardos aún más activos / que allá en la troyana guerra / desde el centro de la tierra / los muertos matan a los vivos.

*¡Hay Dios, quan executivos / son estos golpes fatales! / Vuestro templo de puñales / ha llenado el vil error, / y la casa del amor / reparte heridas mortales”*⁶²⁰.

⁶¹⁸ Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá y sus inmediaciones [1891] Tomo II*, Academia de Historia de Bogotá - Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989, 82.

⁶¹⁹ Rodríguez, Manuel del Socorro, *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, Bogotá, 6 de diciembre de 1793, en *Edición facsimilar Tomo III*, Banco de la República, Bogotá, 1978, 535. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *El imperativo higienista o la negociación de la norma*, 86.

⁶²⁰ Rodríguez, Manuel del Socorro, *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, Bogotá, 13 de diciembre de 1793, en *Edición facsimilar Tomo III*, Banco de la República, Bogotá, 1978, 538. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 203.

4.4 El Virrey Pedro de Mendinueta y la revisión de avances frente a la Real Cédula de 1789

Es imposible establecer en estos momentos hasta qué punto este proyecto iniciado por el Virrey, en asocio con las autoridades religiosas y el Cabildo de la capital, se vio influenciado negativamente por los incidentes políticos que enfrentaron a Ezpeleta con la élite criolla, con la que había mantenido buenas relaciones hasta ese momento. Sin embargo, es claro que a partir de agosto de 1794 (cuando estalló la ‘crisis de los pasquines’⁶²¹), el recién inaugurado cementerio y los debates ilustrados acerca de la creación del ‘Cementerio General’, pasaron a un segundo plano, sin que se conozcan proyectos para la ampliación del pequeño camposanto gestionado por los administradores del Hospital San Juan de Dios durante los años restantes de gobierno del Virrey Ezpeleta, quien partió hacia España en 1797.

Es por esta razón que la llegada de su sucesor, don Pedro de Mendinueta, no solo marcó el inicio de una nueva administración, sino la de otra etapa en el proceso de debate ilustrado y los proyectos de creación de cementerios extramuros en el Virreinato en general.

4.4.1. Entre la pobreza y la desidia: don Anastasio Zejudo y la construcción de un cementerio extramuros para los militares de Cartagena

El primer ejemplo de este renovado interés por las inhumaciones extramuros surgió en el propio viaje del Virrey por el río Magdalena rumbo a posesionarse en Santafé, cuando en su escala en Mompo, se le pidió al recién designado Mendinueta que se pronunciara acerca de la pertinencia y las características que debía reunir un cementerio para dicha localidad. Respuesta que, por petición directa del Virrey, publicó José Celestino Mutis en 1798 bajo el título: *Sobre la necesidad de construir cementerios en las afueras de las poblaciones*⁶²².

Mutis dividió su texto en varios tópicos, anotando recomendaciones generales frente a cada uno:

- El terreno.
- La tumba individual.
- La purificación del aire con el fuego.

⁶²¹ Abella, Arturo, *El florero de Llorente*, Bedout, Medellín, 1980, 50 - 57.

⁶²² Hernández de Alba, Guillermo, *Escritos Científicos de don José Celestino Mutis*, 255-256.

- Los muros y el desagüe.
- La vegetación.

A pesar de estar dirigido específicamente a las autoridades de Mompox, historiadores como Adriana Alzate ven en este documento uno de los más significativos tratados acerca de las bondades de la construcción de cementerios extramuros, así como de los cuidados que se debían tener en el momento de diseñarlos y construirlos⁶²³. Recomendaciones que jugaron un papel clave cuando la urgencia de las medidas en contra del brote de viruela, forzaron años después un nuevo salto de la teoría a la práctica.

Sin embargo, pese a lo relevante que pueda resultar este documento y sus posibles impactos en el debate y proceso ilustrado, al ahondar el Sabio Mutis en aspectos teóricos y metodológicos fundamentales para el proceso de apropiación de la legislación borbónica en torno al tema de las sepulturas, no podemos asegurar que haya conducido a la creación de un cementerio extramuros para Mompox (al menos en el plazo inmediato). Situación que el Sabio Mutis pareció intuir al momento de escribir su texto, pues anotó:

Ninguna población de todo el Reino necesita más que la mencionada villa de un cementerio distante y espacioso por su misma infeliz situación, que reunida a las circunstancias de haberse fijado en ella la concurrencia de casi todo el tráfico comerciante entre los puertos y provincias interiores ha formado una población tan infausta para los pasajeros y sus mismos vecinos, como lo fue en tiempo de galeones la ciudad de Portovelo. Por lo que siendo ya su situación un yerro original sin enmienda y obligada esa porción de la humanidad a sufrir el azote de sus frecuentes y mortales epidemias, **debería también haberse reunido el celo patriótico de sus vecinos a disminuir la suma de sus calamidades, fundando a cualquiera costa su cementerio público [...] harto han sido e insistirán todavía los jefes supremos del Reino a que se realice este importantísimo establecimiento de que depende la salud pública más de lo que alcanzan a conocerlo sus habitantes**, cumpliendo con todo el lleno de las benéficas intenciones de nuestros dos últimos monarcas, celosísimos en promover los cementerios en debido decoro de los templos y salud de sus vasallos⁶²⁴.

Efectivamente, Mompox padecía de manera especial los rigores de esta problemática, al combinar sus muertos propios, con los que ‘llegaban’ a través del río (traídos por sus familiares o arrastrados por la corriente) y los de los viajeros que por allí pasaban, cayendo presas de las fatigas del viaje y de las enfermedades que incubaban el río, la temperatura y

⁶²³ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 253-260.

⁶²⁴ Hernández de Alba, Guillermo, *Escritos Científicos de don José Celestino Mutis*, 255-256. Citado por: Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 140. (Las negrillas son nuestras).

las ciénagas y pantanos que pululaban por la región⁶²⁵. Incapaces de afirmar o negar la existencia de un cementerio extramuros previo a la puesta en servicio del actual cementerio de Mompos, que data de 1831; es bueno destacar que si bien este es de una fecha muy posterior si lo comparamos con los espacios cementeriales que evaluaremos más adelante, tiene el mérito de ser uno de los más antiguos que aún presta servicio, atesorando una maravillosa colección de mármoles y piezas de alto valor simbólico y material para la comunidad Momposina contemporánea.

Del espacio funerario del que sí tenemos certezas, es del gestionado por el Gobernador y Capitán General de Cartagena, don Anastasio Zejudo y Núñez de Aldana, quien elevó la solicitud directa al recién llegado Virrey Mendinueta en el año 1798. Zejudo, que era un curtido militar de carrera nacido en Ceuta y vinculado al fijo de la ciudad desde el año 1772⁶²⁶, relataba en su comunicación la dramática situación del Hospital Real de San Carlos, solicitándole la autorización para la instauración de uno nuevo cementerio fuera del recinto.

Según el Gobernador, ya no había lugar para los muertos en el cementerio que existía dentro del Hospital, siéndoles preciso enterrar cadáveres hasta bajo la puerta de la cocina, como lo refrendaba a través de su relato: *“En la mañana de este día se ha ido a abrir sepultura para tres que fallecieron la noche pasada a donde se hallaban los primeros, y salieron los cuerpos enteros que causan fetidez en todo el hospital porque con el motivo de las crecientes, nadan debajo de tierra y demoran bastante tiempo en consumirse”*⁶²⁷.

Al parecer, las mareas hacían que los cuerpos sepultados reflotaran del subsuelo, siendo necesario ponerles piedras encima, para evitar que ‘emergieran’ de sus tumbas nuevamente y haciéndose más lento y complejo su proceso de descomposición, esparciendo mientras tanto sus olores y el ‘contagio’ a las áreas circundantes a toda la edificación.

Ante la solicitud del Gobernador, de acuerdo con la revisión del proceso que hizo en su tesis de Maestría en Historia la profesora Ana María Pérez Naranjo, el Virrey Mendinueta indicó que *“ya había prevenido a los jefes de guarnición de aquella zona para que mandaran*

⁶²⁵ Barrios Amórtegui, Sergio Iván, “Un río que cambia el lugar de las ciudades: el río Magdalena de Mompos a Magangué”, en *Credencial Historia* N° 288, Biblioteca Virtual Banco de la República, Bogotá, 2013.

⁶²⁶ Kuethe, Allan J., “Anastasio Zejudo en Nueva Granada”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. LXIV, N° 718, Academia Colombiana de la Historia, Bogotá, 1977, 455-475.

⁶²⁷ AGN, Colonia, Hospitales y Cementerios, Tomo 2, folios 9-40. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 215.

*enterrar fuera a los muertos pertenecientes al Regimiento Fijo de la ciudad*⁶²⁸ y comisionó al experimentado ingeniero militar don Antonio de Arévalo y Esteban, quien desde 1742 trabajaba en torno a los diseños y las obras de fortificación de la ciudad de Cartagena de Indias y sus áreas de influencia⁶²⁹, que buscara el sitio más preciso para la creación de un cementerio para militares, sugiriéndole además la inspección y evaluación de uno en particular.

Arévalo era, sin lugar a dudas, quien mejor conocía los baluartes y espacios amurallados de la ciudad, a cuya evaluación, reparación, reforzamiento y construcción de nuevas edificaciones y defensas, había invertido más de 50 años de servicio como ingeniero militar, siendo uno de los expertos enviados una vez concluyó el sitio de la ciudad por parte de la gran armada comandada por el Almirante Vernón, cuando Felipe V aún era quien regentaba la Corona hispana. Razón de más para que su criterio sirviese de aval y guía a la solicitud del Gobernador Zejudo.

En su comunicación remitida al Virrey Mendieta el 7 de agosto de 1798, Arévalo respondió:

...se me pide que yo elija parage a propósito para establecer un cementerio lo más inmediato que se pueda a dicho hospital, a fin de evitar el horror y otras incomodidades que causan al público la vista de los cadáveres si han de conducirse por la ciudad a calles de las menos acusadas a que contesto [...] que en las inmediaciones del referido hospital no hay otro terreno que ofrezca las ventajas que se necesitan y vuestra señoría expone para establecer el cementerio el comprendido entre el convento de religiosas de Santa Teresa y el baluarte de San Xavier en la inmediación del ángulo saliente de aquel, la rampa, y parte de la muralla de la casa derecho del referido baluarte, por ser lo más alto; pero convendría levantarlo algo con buena tierra de buena calidad, para que llene el objeto deseado: siendo de advertir que el que está en el mismo convento y muralla en la inmediación del capellán de las religiosas no es a propósito para el efecto porque como ha sido muladar está fangozo con las lluvias ...⁶³⁰.

Pese a la contundente argumentación del gobernador (bastante gráfica, además), las indicaciones del Ingeniero Arévalo y el aparente respaldo que recibió por parte del Virrey Mendieta, quien para la misma época recibió el documento escrito por Mutis con las recomendaciones para las autoridades de Mompox; a Zejudo le surgió la inesperada

⁶²⁸ Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 139.

⁶²⁹ Galindo Díaz, Jorge y Henao Montoya, Laura María, “Las fortificaciones perdidas del Darién: los proyectos del ingeniero militar Antonio de Arévalo (1761-1785)”, en Echarri Iribarren, Víctor (Editor), *Defensive Architecture of the Mediterranean. XV to XVIII centuries* Volumen 5, Editorial Publicacions Universitat d’Alacant, Alicante, 2017, 55.

⁶³⁰ AGN, Colonia, Hospitales y Cementerios, Tomo 2, folios 9-40. Citado por: Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 139.

oposición de los miembros de la Junta Superior de la Real Hacienda de Cartagena, quienes no consideraban que el cementerio fuera de “*vigorosa y absoluta necesidad*”, pese al visto bueno del Virrey, ante la solicitud del gobernador de invertir “*una pequeña suma de dinero*” en obra tan útil⁶³¹.

El Gobernador aseguraba que este era un gasto necesario, pues de no acometerse esta obra, se pagarían las consecuencias de tan “*temeraria imprudencia*”, a la par de denunciar que, detrás de la oposición de la Real Hacienda de Cartagena, se ocultaba un desprecio hacia el estamento militar “*y los difuntos en particular [quienes] habían sacrificado sus años y hasta el último instante su vida en servicio del más religioso soberano*”⁶³².

Al final de esta álgida polémica, la Real Hacienda de Cartagena optó por aprobar la obra y remitió al Monarca la solicitud, la misma que fue avalada por Carlos IV desde San Lorenzo de El Escorial a través de una Real Cédula emitida el 23 de octubre de 1800. Se construyó así un pequeño cementerio fuera del recinto amurallado de la ciudad de Cartagena, destinado a los fallecidos en el Hospital Militar de San Carlos, del cual, sin embargo, desconocemos su ubicación específica, su desarrollo y la trascendencia que alcanzó.

En el plano que aportaremos a continuación, hemos señalado con color rojo el área que ocupaba el Hospital Militar de San Carlos, a los pies del Castillo de San Felipe de Barajas, quedando en evidencia su cercanía con las riveras de la bahía y el sistema de ciénagas que rodean aún hoy la ciudad. En un espacio cercano a este centro asistencial, es donde se pensó en primera instancia crear el cementerio extramuros (sin olvidar que el propio hospital ya lo estaba en relación con la ciudad). Sin embargo, como lo explicamos hace unas líneas, esa opción fue descartada de tajo por el ingeniero Arévalo.

En Azul hemos demarcado el perímetro que inspeccionó a mediados de 1798 el mismo ingeniero, entre el convento de religiosas de Santa Teresa (parte baja del círculo) y el baluarte de San Xavier (en la parte alta). Si bien frente a esta área Arévalo expuso las adecuaciones que era preciso acometer de ser ese el espacio elegido, es evidente su cercanía con la ciudad, por lo que no se acogía a la reglamentación expedida en torno a la creación de cementerios extramuros en cuanto a distancia con los espacios habitados, más allá de ofrecer

⁶³¹ AGN, Colonia, Hospitales y Cementerios, Tomo 2, folios 9-40. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *El imperativo higienista o la negociación de la norma*, 81-82.

⁶³² AGN, Colonia, Hospitales y Cementerios, Tomo 2, folios 9-40. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *El imperativo higienista o la negociación de la norma*, 82-83.

el alivio de no encerrar los cuerpos en descomposición en una edificación de carácter religioso o sanitario en uso.

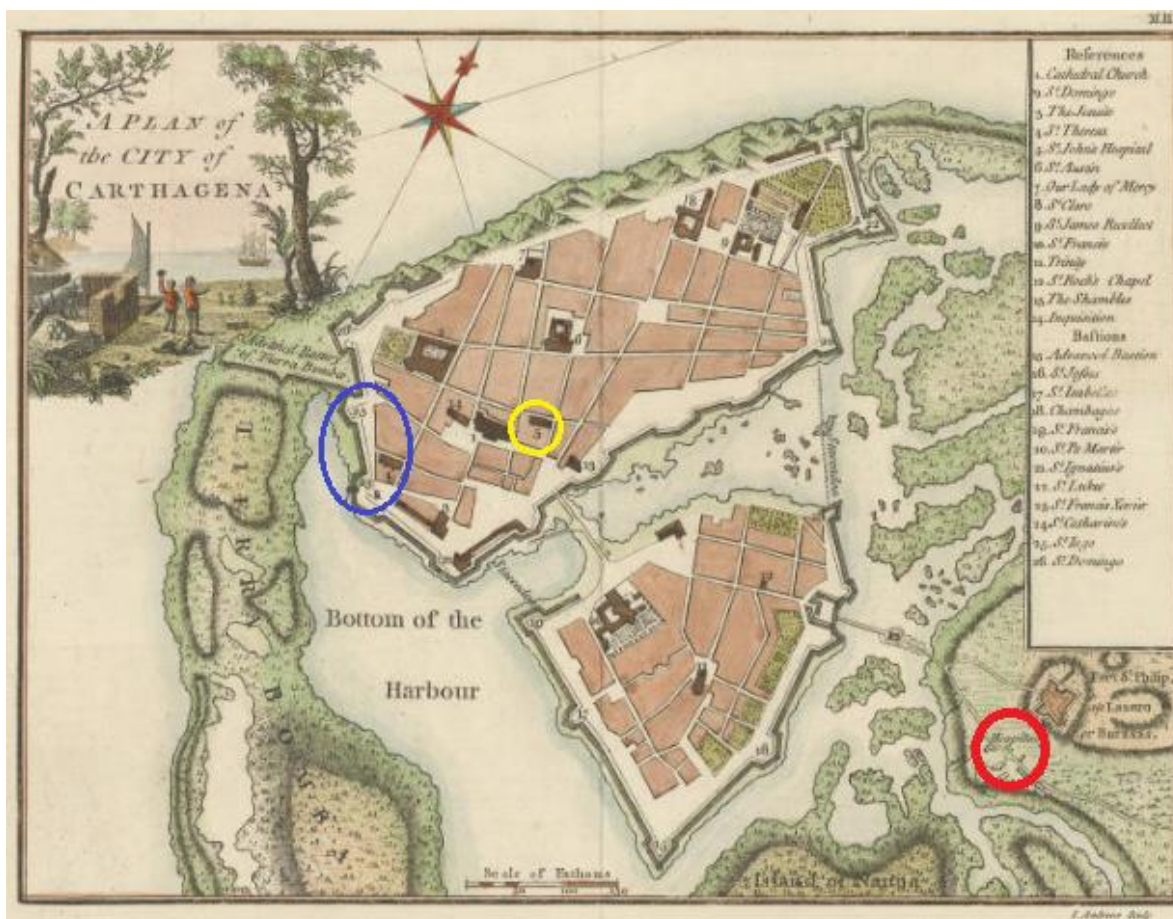


Imagen 36: Plano del fuerte de Cartagena de Indias trazado por John Andrews y publicado en 1771⁶³³.

De igual manera hemos señalado con un círculo amarillo la ubicación para 1771 (cuando se publica el plano utilizado) del Hospital San Juan de Dios, que era el frecuentado por los habitantes de la ciudad amurallada (en especial los más necesitados). Este espacio a partir de 1778 fue reemplazado por las instalaciones del Colegio Real de San Carlos⁶³⁴, por lo que, pese a la similitud en su denominación, es poco probable que se tratara del espacio en donde eran sepultados los militares de la ciudad para finales del siglo XVIII y comienzos del

⁶³³ Andrews John, "A plan of the City of Cartagena", en *Plans of the Principal Cities in the World*, Biblioteca Virtual del Banco de la República, Bogotá, 2019.

⁶³⁴ Redondo Gómez, Maruja, *Cartagena de Indias: cinco siglos de evolución urbanística*, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Bogotá, 2004, 56.

XIX, que es cuando tiene lugar este debate entre el gobernador Anastasio Zejudo y la Real Hacienda de Cartagena.

Estamos aún en mora de esclarecer muchos elementos en torno a este proceso, siendo uno de los más importantes el conocer la ubicación del cementerio aprobado en el año 1800. Sin embargo, las anotaciones que hemos realizado sobre el plano de John Andrews tomarán relevancia más adelante cuando se pase a mencionar el papel que jugó Pablo Morillo en la creación del primer Cementerio General para la ciudad en el contexto de la ‘Reconquista’.

4.4.2. Don Francisco Vallejo: un alumno aplicado, frente a un proceso olvidado

Regresando a la capital virreinal, pese a los buenos comentarios iniciales y la efectiva creación del primer cementerio en Santafé, una vez finalizado el siglo XVIII era evidente que en esta, al igual que en las demás ciudades y villas del Virreinato, fueron pocos los avances reales en cuanto a la transformación de las prácticas funerarias, siendo aún los cementerios extramuros espacios connotados de manera muy negativa por parte de los parroquianos, quienes se esmeraban por hacer cumplir el deseo de sus deudos y familiares más cercanos de encontrar cobijo bajo el suelo sagrado de las iglesias.

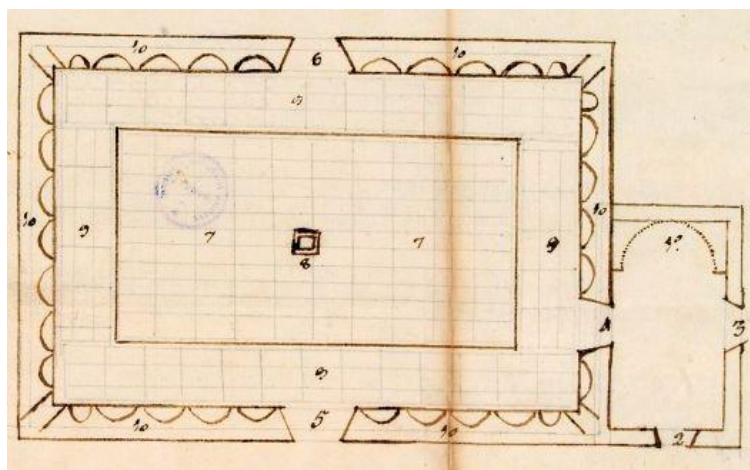
En este sentido es importante resaltar el proceso iniciado por el Virrey Pedro de Mendinueta el 29 de mayo de 1800, al emitir una Orden Superior por la cual les exigía a los gobernadores de las provincias del Virreinato del Nuevo Reino de Granada noticias relacionadas con los avances en el proceso de construcción de los cementerios, en concordancia con lo ordenado 11 años atrás por el Rey. Esta iniciativa legó para la historiografía colombiana, uno de los volúmenes más abundantes de información relacionada con este hecho.

Al revisar los folios de este proceso, conservados en el AGN, es claro que los avances, en términos generales, fueron pocos, situación a la que se sumaron los errores cometidos en algunas de las provincias, ciudades y villas que optaron por pasar a la práctica, sin alcanzar los resultados esperados. Tal fue el caso, ya evocado, de la ciudad de Popayán, donde, si bien se construyó un cementerio, este fue ubicado en tan mal sitio, que desde sus primeros años de uso se buscó insistentemente trasladarlo a otro sector de la ciudad (ver apartado 4.1.2).

Pese a esto, algunos de los gobernantes requeridos dieron cuenta de su buena disposición frente al cumplimiento de lo estipulado en las Reales Cédulas, distinguiéndose

por su entusiasmo don Francisco Vallejo, Gobernador de la Provincia de Girón, quien a la par de informar de manera detallada acerca de sus iniciativas en ese sentido, envió los planos de los que, en su opinión, deberían ser los cementerios de la ciudad de Girón y de las parroquias de Piedecuesta y Bucaramanga. Documentos de gran valor testimonial, toda vez que son anteriores a los enviados como documento adjunto de la Real Cédula del 15 de mayo de 1804, firmados por don Francisco Requena.

La lectura e interpretación de estos planos, permite conocer cómo se tuvieron en cuenta criterios espaciales comunes, al prevalecer las formas rectangulares y reservar uno de los costados para la construcción de una capilla, siendo más específico el diseño ofrecido por los responsables del proyectado cementerio de Girón, quienes propusieron la construcción de una capilla contigua, mas no inserta en el nuevo camposanto, dado que contaría con su propia puerta de acceso desde el exterior.



Imágenes 37 y 38: Acercamientos Plano Cementerio Parroquia de Girón⁶³⁵

Estos planos fueron ubicados en el AGN y se reproducen en este trabajo, previa autorización, dado su valor histórico.

⁶³⁵ Plano y descripción del Cementerio de la Ciudad de San Juan de Girón, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca 4, Referencia 171A.

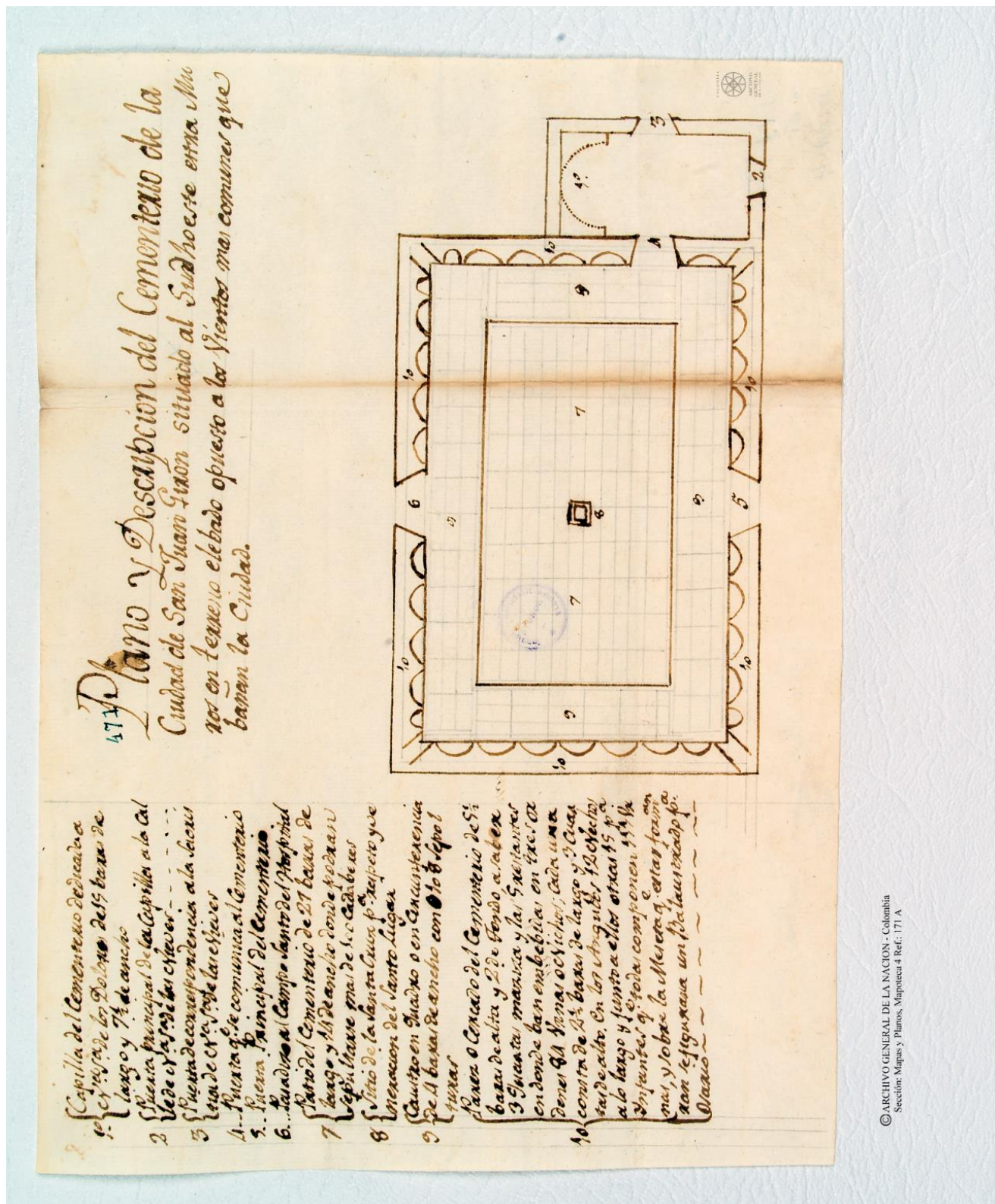


Imagen 39: Plano Cementerio Ciudad de San Juan de Girón⁶³⁶.

⁶³⁶ Plano y descripción del Cementerio de la Ciudad de San Juan de Girón, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca 4, Referencia 171A.

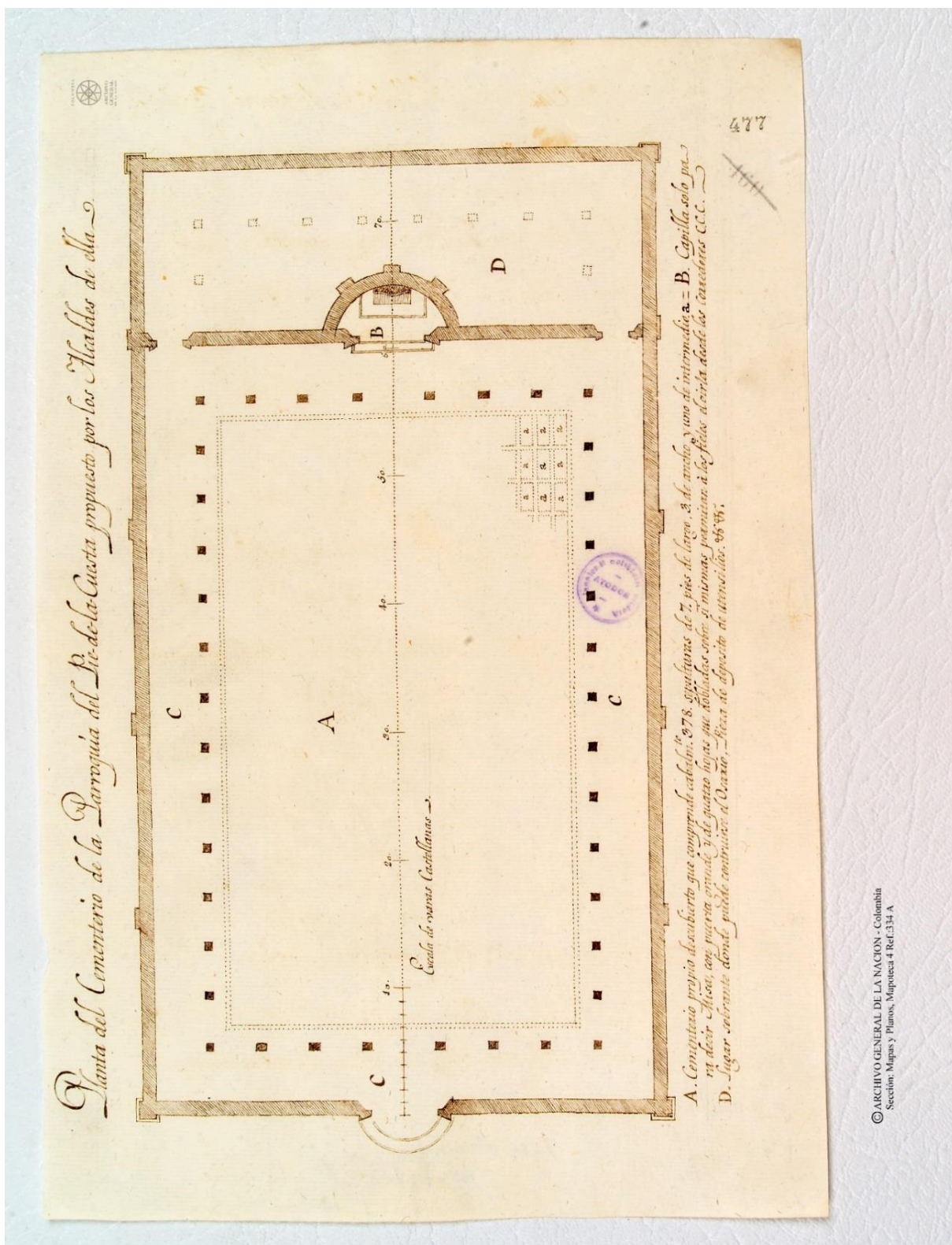


Imagen 40: Plano Cementerio Parroquia de Pie de la Cuesta⁶³⁷.

⁶³⁷ Plano del Cementerio de la Parroquia del Pie de la Cuesta por los alcaldes de ella, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca 4, Referencia 334 A.

Es interesante resaltar como en este último plano, correspondiente al proyectado cementerio para la parroquia de Bucaramanga y fechado como del 2 de agosto de 1800 (es el único de los tres que lo está), en el costado izquierdo, parte baja, se anotó: “*Si las pilastras y las columnas se pudieran costear de piedras pulidas y que en lugar de vigas y soleras fuesen arcos y ovoides, resultaría un templo de gusto, majestad y hermosura comparable con los de la antigua Atenas*”⁶³⁹.

De igual manera, el plano traía escrita en uno de sus márgenes una propuesta difícil de igualar, en medio de un proceso caracterizado por la precariedad y los constantes alegatos en torno a la ausencia de fondos para acometer las obras requeridas: “*El cura ofrece hacer este edificio sin pensionar al vecindario, con solo lo sobrante de los novenos; y dar cuenta a la Junta de Feligreses con asistencia de algún juez de respeto y autoridad*”⁶⁴⁰.

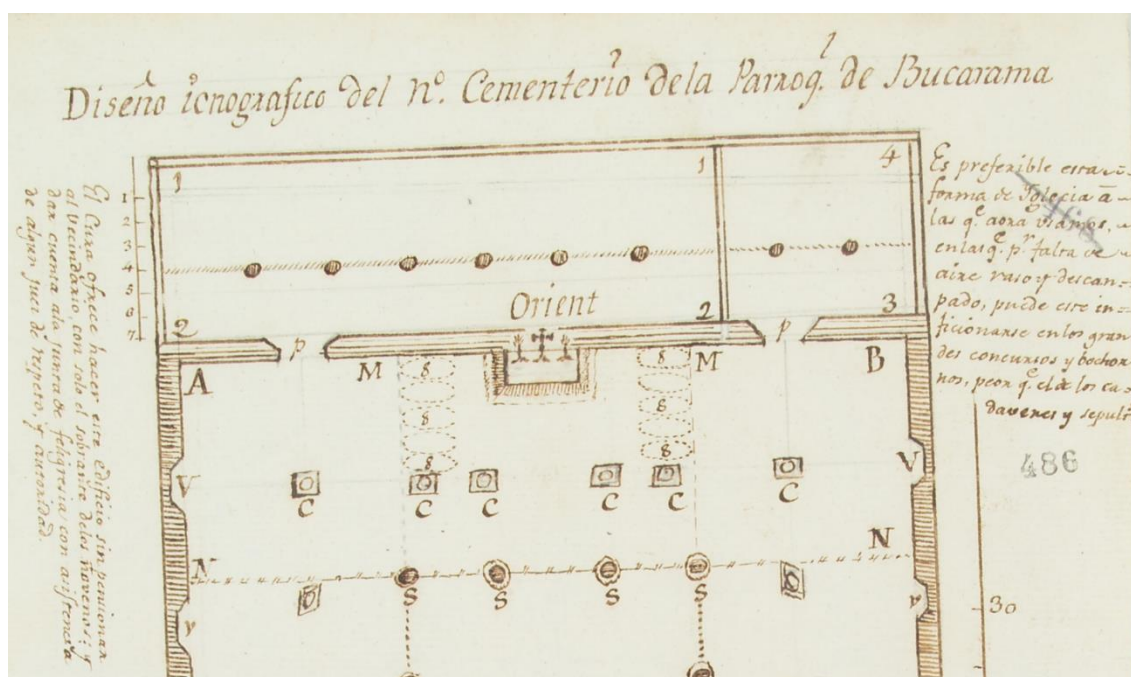


Imagen 42: Acercamiento Plano Cementerio Parroquia de Bucaramanga⁶⁴¹

⁶³⁹ Plano del Cementerio de la Parroquia Bucaramanga, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca 4, Referencia 46 A bis.

⁶⁴⁰ Plano del Cementerio de la Parroquia Bucaramanga, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca 4, Referencia 46 A bis.

⁶⁴¹ Plano del Cementerio de la Parroquia Bucaramanga, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca 4, Referencia 46 A bis.

De la información anexada por el Gobernador Vallejo y, en general, del valioso material contenido en los legajos que se conservan relacionados con las consultas del Virrey Mendinueta, se desprenden muchos de los ejes en los que centrarán los discursos y las prácticas funerarias en este periodo. Problema poco explorado a la fecha, por lo que se dejan varios interrogantes para futuras investigaciones.

4.4.3 La epidemia de viruela de 1802 y la proliferación de cementerios extramuros en Santafé

Como mencionamos anteriormente, el 30 de noviembre de 1793 pasó a la historia como el día de la inauguración del primer cementerio extramuros de la capital Virreinal. Acontecimiento que fue rápidamente saludado con fervor desde las páginas del Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá, medio en el que se publicó en su edición del 6 de diciembre del mismo año, el ya mencionado artículo: *Noticia de la bendición del cementerio provisional formado en el ejido de esta capital con el objeto de la pública utilidad*⁶⁴².

Aunque no hay seguridad acerca del autor, pues se trata de una nota sin firma, lo más probable es que este artículo fuese escrito por Manuel del Socorro Rodríguez, director del periódico y quien llegó a la ciudad como parte del equipo de trabajo del Virrey Ezpeleta desde su natal Cuba. Circunstancia que lo convierte en uno de los más factibles defensores de esta clase de proyectos.

Al analizar el texto publicado, Adriana Alzate resalta el interés que mostraba el autor en relacionar el tema de la correcta ventilación de los espacios con la salud. Es así como explicaba que, en una ciudad como Santafé, por su altura, había problemas para la respiración y la transpiración, lo que, unido a los gases que emitían los cadáveres y a que estos se acumulaban en lugares cerrados como las iglesias, afectaba la salud e incidía en que las personas no alcanzaran una edad avanzada⁶⁴³.

Sin embargo, el cambio en las condiciones políticas en el virreinato, al parecer llevó a que este proyecto se estancara y el naciente cementerio, ya bendecido y en funciones, apenas aparezca mencionado en más documentos a lo largo de esta década final del siglo

⁶⁴² Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá. Edición facsimilar, Bogotá, Banco de la República, Volumen 3, 1978. Páginas 528-531.

⁶⁴³ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 261-263.

XVIII. Sin embargo, la llegada del sucesor del Virrey Ezpeleta, don Pedro de Mendinueta, no solo marcó una nueva etapa en el proceso para el Virreinato en general (como se pudo constatar también en el apartado anterior); sino que reabrió el debate ilustrado en Santafé.

En ese sentido, es importante mencionar que el 21 de enero del año 1800, cuatro meses antes de que don Pedro de Mendinueta emitiera su ya mencionada Orden Superior requiriendo información relacionada con los avances en la construcción de los cementerios extramuros a los gobernadores de las provincias, el capellán de la Real Casa de Hospicios de Santafé, Francisco Fernández Novoa, solicitó la autorización para construir un cementerio para dicha institución.

Argumentaba el sacerdote en su texto que:

...con motivo de haber muerto varios de los pobres recogidos en esta Real Casa, se ha ocupado bastante campo de la capilla, y teniendo consideración a que puede fácilmente esta mortandad y no encontrarse lugar en dicha capilla, que esté desembarazado para darles sepultura, expuestos a dar con cadáveres frescos (...) lo que ocasionaría desde luego mayores contagios y peste con los demás fatales resultados de acumular muchos cadáveres en un pequeño terreno...⁶⁴⁴.

Propuesta que fue avalada a los pocos días por las autoridades eclesiásticas y por la Junta de Reales Hospicios, cuyos representantes mencionaron, en su nota firmada el 28 de enero del mismo año, como posibles sitios propicios para la creación de este cementerio, el patio de la sacristía y un solar “*acondicionado para dichos menesteres*”. Sin que se hiciera claridad acerca de dónde estaba ubicado o cómo fue ‘acondicionado’ dicho solar, como tampoco se hace alusión al cementerio inaugurado en 1793.

Independiente de si se pudo llevar o no a la práctica este proyecto, la tranquilidad de la capital virreinal se vio alterada cuando el 15 de junio de 1801 el Virrey don Pedro de Mendinueta le anunció al Cabildo de Santafé la inminente llegada de un nuevo brote de viruela, que venía propagándose desde Popayán.

Frente a esta circunstancia adversa, el Virrey propuso la creación de un degredo para aislar a los contagiados, exigiendo que las medidas preventivas que se tomaran frente al brote epidémico y de manejo del propio degredo estuvieran de acuerdo con un tratado impreso por

⁶⁴⁴ AGN, Sección Colonia, Fondo Policía, Tomo 4, Folios 320 – 322 rv. Citado por: Cogollos Amaya, Silvia y Vargas Poo, Martín Eduardo, *Las discusiones en torno a la construcción*, 162.

el Virrey Francisco Gil y Lemos, y que estuviera al frente de ellas un médico graduado y no un curandero⁶⁴⁵.

Ante la gravedad de los hechos, el Cabildo se reunió al día siguiente y abogó por la constitución de una Junta de Sanidad y la creación de pequeños hospitales en cada barrio. Iniciativa que es considerada por varios autores como el primer proyecto de Junta de Sanidad que se buscó conformar en Santafé⁶⁴⁶.

Desde la visión del Cabildo, la Junta debía estar integrada por el alcalde ordinario de primer voto, dos regidores, el procurador general de la ciudad, los comisarios de los 8 barrios, dos vecinos principales de cada sector y dos profesores de medicina, para un total de 30 personas. Esta propuesta no fue bien recibida por el Virrey, dándose inicio a un conflicto entre este y el Cabildo, conformado en ese momento por Jorge Tadeo Lozano, José Ignacio Sanmiguel, Francisco Manuel Domínguez, Lucas de Erazo y Mendigaña, Fernando Benjumea y Mora, Primo Groot y José Antonio de Ugarte⁶⁴⁷.

El 18 de junio mediante comunicación oficial, el Virrey Mendinueta se manifestó en desacuerdo con que los recursos que planeaba utilizar el Cabildo para enfrentar la epidemia provinieran de las rentas de la iglesia, y no de los recursos propios (de la ciudad). Desaprobó que la Junta de Sanidad propuesta fuera tan grande, disminuyendo además el número de hospitales de ocho (uno por barrio) a cuatro (la Huerta de Jaime, el Convento de Las Aguas, la Casa de la Orden Tercera y la Casa de la Botica) y exigiendo que estos espacios fueran revisados y avalados por un médico antes de ponerlos en uso. De igual manera, avaló la iniciativa relacionada con la creación de un cerco sanitario para la ciudad, pero sin que se restringiera el abastecimiento y el paso a personas sanas⁶⁴⁸.

Pese a que la discusión se extendió por varias semanas, fue sólo cuando se volvieron a encender las alarmas ante la llegada efectiva del brote de viruela a la capital virreinal en junio de 1802, cuando el conflicto en ciernes entre el Cabildo y el Virrey se recrudeció.

De acuerdo con Ana Luz Rodríguez, ante la noticia de la aparición de los primeros contagiados, el Cabildo se quejó por la poca actividad desplegada por el Virrey en los últimos

⁶⁴⁵ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 91-93.

⁶⁴⁶ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 38-39.

⁶⁴⁷ AGN, Colonia, Miscelánea, Tomo 10, folios 16 – 20 rv.

⁶⁴⁸ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 96.

meses, lo que, según ellos, propició la llegada del brote⁶⁴⁹. Sin embargo, fue el propio Virrey quien tomó la delantera dos días después, cuando al verificar en una reunión con el Cabildo que sus medidas preventivas no habían sido llevadas a la práctica, decidió tomar drásticas medidas, asumiendo el control administrativo y policial de la capital virreinal a partir del 4 de junio de 1802.

Fue así como intervino las rentas de propios que ejecutaba el Cabildo y las destinó para afrontar la crisis, nombrando además a los comisionados José Miguel Rivas y José Antonio de Ugarte para que coordinaran el trabajo de los comisarios de barrio⁶⁵⁰.

La diligencia mostrada por el funcionario fue meritoria, destacándose la reunión sostenida con los miembros de la Junta de la Real Hacienda el 12 de junio, gracias a la cual obtuvo la aprobación para destinar el Fondo de Hospitales Vacantes para sufragar los gastos que conllevaba luchar contra la epidemia⁶⁵¹.

El 14 de junio de 1802, Mendieta hizo publicar un bando en el que se explicaban las medidas tomadas para enfrentar el brote epidémico. Estas pueden resumirse en tres:

- a) Se prohibió la inoculación.
- b) Se puso en funcionamiento una red hospitalaria.
- c) Trajo de nuevo a colación el tema de los cementerios extramuros. En este sentido estableció que las fosas debían tener al menos dos varas de profundidad y que era necesario aplicar cal viva sobre el cuerpo del fallecido⁶⁵². De acuerdo con Rodríguez, los cementerios habilitados para este fin eran los del San Juan de Dios y el del convento de Las Aguas⁶⁵³.

Sin embargo, estas medidas se quedaron cortas ante la expansión del brote, por lo que le correspondió al Oidor Juan Hernández de Alba, ante la ausencia del Virrey, quien se alejó de la capital para evitar el contagio, publicar un nuevo bando el 9 de julio de 1802. En él, el funcionario autorizó las inoculaciones, pero exigiendo que fuera personal médico el

⁶⁴⁹ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 63-64.

⁶⁵⁰ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 98.

⁶⁵¹ AGN, Colonia, Miscelánea, Tomo 28, folios 924 – 933. Citado por: Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 65.

⁶⁵² Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 108.

⁶⁵³ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 64.

encargado de efectuar dicho procedimiento. Para garantizar el cumplimiento de lo ordenado, Hernández de Alba nombró comisiones encargadas del proceso de inoculación, exigiendo se cumpliesen estrictos protocolos acerca de quiénes podían ser inoculados y bajo qué condiciones, así como prohibiendo que se inocularan al tiempo más de dos personas por vivienda⁶⁵⁴.

De igual manera, el Oidor exigió en su bando el compromiso por parte de las autoridades eclesiásticas, para evitar la inhumación de cadáveres en las iglesias, al considerarlo uno de los factores de riesgo frente al avance de la epidemia⁶⁵⁵. En respuesta de esta solicitud, el 27 de julio del mismo año, el Arzobispo de Santafé, Fernando Portillo, publicó un edicto a través del cual comprometió el apoyo de la Iglesia frente a las medidas tomadas en relación con la epidemia.

Fue así como la Iglesia se comprometió a brindar su apoyo en la designación de los sitios para establecer los cementerios y a contribuir “*para que el común ignorante de los fieles pierda el horror de ser sepultado (...) fuera de la iglesia (y que los ministros de la iglesia) persuadan a los fieles de ser el cementerio lugar igualmente consagrado (...) lo que apoyarán con leyes y antiguas costumbres de la iglesia*”⁶⁵⁶.

Para hacer frente al clímax de la epidemia, que según Ana Luz Rodríguez se dio entre el 5 de junio y el 5 de agosto de 1802, se debió abrir dos nuevos hospitales provisionales, uno en el tejero de Primo Groot, cerca de la ‘Ermita de Belén’, y otro en casa asignada a la Orden Tercera. Medida que se debió tomar ante el repunte en el número de contagiados y con el fin de evitar largos traslados de los pacientes hacia el hospital de Las Aguas. Al parecer estos dos espacios estaban también en las afueras de la ciudad, pero en los otros extremos⁶⁵⁷.

4.5 Después del miedo, regresa la calma: avances y retrocesos en el proceso de construcción de cementerios extramuros

Una vez atravesadas las fases más difíciles de la epidemia, la calma poco a poco regresó a la capital Virreinal, la cual se vio reforzada por la llegada el 6 de diciembre de 1802

⁶⁵⁴ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 129.

⁶⁵⁵ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 65-66.

⁶⁵⁶ AGN, Colonia, Miscelánea, Tomo 2, folio 866. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 233.

⁶⁵⁷ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 65.

del primer lote de vacunas contra la viruela. Noticia esperada desde hacía varios meses, frente a la que el propio Mendinueta manifestó:

Sobre la fe de nuestras gacetas, de los papeles públicos de casi toda la Europa y de las demostraciones de reconocimiento dignamente prodigadas a Eduardo Jenner, parece que se puede ya contar seguramente con un descubrimiento más precioso que el oro y la plata, y más recomendable que el azogue y la quina. Yo tuve las primeras noticias de este preservativo cuando amenazaban las viruelas a esta capital, y deseoso de procurar a todo el reino un beneficio tan grande, no he omitido diligencia alguna conducente a su logro, pero sin efecto⁶⁵⁸.

Si bien los efectos de este brote no fueron tan nefastos como los que trajo consigo la epidemia de 1782, no dejan de ser considerables. Ana Luz Rodríguez los resume de la siguiente manera:

De los 816 pacientes que llegaron a los hospitales provisionales, 702 se curaron y 114 perecieron. Al hospital de Las Aguas ingresaron 463 enfermos, entre hombres y mujeres, de los cuales 397 retornaron a sus viviendas y 65 murieron (sic). En el hospital de La Tercera, que era para mujeres enfermas, de 257 contagiadas 210 recuperaron la salud y 48 perecieron (sic). En el hospital de Belén, para inoculados, 95 vivieron y uno murió. Los decesos ocurridos en los nosocomios, más los sucedidos en las viviendas, alcanzaron un total de 331⁶⁵⁹.

Finalizadas las medidas de mitigación de la epidemia, comenzó la larga sesión de informes. Fue así como el Rey y sus ministros más cercanos se interesaron de manera particular en conocer los resultados de la epidemia, los gastos y el origen de los fondos utilizados, consultando además por qué el dinero de la Renta de Hospitales Vacantes estaba sin destino y qué probabilidades existían de reponer los recursos extraídos del Fondo de la Lotería⁶⁶⁰.

Según el informe preparado por Mendinueta, los gastos llegaron a 6.344 pesos, destacando el Virrey que durante la epidemia funcionaron tres hospitales con sus respectivos enterratorios: Convento de las Aguas, en el ‘Sitio de Belén’ y en la Casa de la Orden Tercera.

Frente a estos camposantos, Renán Silva afirma lo siguiente: “*Ahora bien: los 113 fallecidos fueron enterrados en el cementerio que se preparó al lado del hospital, junto con*

⁶⁵⁸ Germán Colmenares, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Tomo III, 58. Citado por: Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 96.

⁶⁵⁹ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 69.

⁶⁶⁰ AGN, Colonia, Miscelánea, Tomo 46, folios 729-734 y 736 – 737. Tomo 2 folio 923.

aquellos que murieron fuera de él: 217, para un total de 330 fallecidos, enterrados por vez primera en un campo santo reglamentado”⁶⁶¹.

De la existencia momentánea de estos cementerios tenemos nuevas referencias en abril de 1803, cuando Francisco González, Procurador de Provincia de la Orden de Predicadores, le reclamó al Cabildo que se le asignaran otros terrenos en reemplazo de los empleados como cementerio de virulentos⁶⁶². Al parecer se trataba de los predios ubicados al otro lado de la quebrada Los Molinos y que fueron utilizados como cementerio para las víctimas de la epidemia de viruela de 1802, en especial para los fallecidos en el hospital de Las Aguas.

Así, con el fin de la epidemia, lentamente llegó el fin de los cementerios que sirvieron para albergar a sus víctimas, los cuales cargaron desde entonces el estigma de ser los hijos de la peste. Los santafereños, y los neogranadinos en general, procuraron sepultarlos en sus memorias, mientras los nuevos difuntos, representados por sus deudos, prefirieron regresar a disputarse un espacio en los atestados suelos de las iglesias y conventos.

⁶⁶¹ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 146-147.

⁶⁶² AGN, Colonia, Miscelánea, Tomo 22, folios 575-580.

CAPÍTULO 5 ¿De las palabras a los hechos?: los cementerios como realidad jurídica... y utopía arquitectónica (1804-1810)

Ante los pobres resultados obtenidos hasta ese punto, correspondió al propio Carlos IV insistir y afianzar el proceso de instauración de los cementerios extramuros a través de su Real Cédula del 15 de mayo de 1804, la que impulsó en el Virreinato las iniciativas más claras y ‘eficientes’ tendientes a este propósito, sin que esto pueda ser visto como el fin del asunto, el mismo que se extendió hasta bien entrado el siglo XIX.

Expuso en esta ocasión el Rey en su Real Cédula:

... he venido en mandar por Cédula de la fecha de esta, que arreglándose el Presidente de mi Real Audiencia del Cuzco en cuanto sea posible al plan adjunto, formado por don Francisco Requena Ministro de dicho Concejo, y de acuerdo con el Reverendo Obispo de aquella Diócesis, proceda con la debida prudencia al establecimiento de cementerios (cuantos menos sean posibles), en los terrenos y parajes, y por los medios en que ambos convinieren, haciendo entender a los curas el mérito que conlleva en contribuir a tan loable fin, no siendo otro el mío, que el mayor decoro y decencia de los templos y de la salud pública, que tanto me interesa, y a los mismos pueblos⁶⁶³.

Es importante resaltar el énfasis que el Monarca hacía en que los curas entendieran esta medida, pues era claro que serían éstos y sus finanzas los más afectados por la misma. Situación que tomó particular relevancia al requerirse el concurso entre las autoridades civiles y eclesiásticas para que la instauración de los cementerios se diera de manera efectiva.

Los cementerios extramuros se constituyeron en este sentido en un escenario de confrontación entre las jerarquías civiles y eclesiásticas, sometidas todas al poder real bajo las normas del Patronato Regio. Derecho del que, si bien gozaban los monarcas españoles desde las lejanas épocas de los Reyes Católicos, fue reinterpretado a partir de la aparición del reformismo borbónico y sus representantes, quienes lo emplearon como una manera de reestructurar las finanzas de la Monarquía, recurriendo a espacios como las iglesias que, a través de los derechos de sepultura y capellanías, atesoraban recursos nada despreciables.

En este sentido, continuaba el Monarca en su Real Cédula:

Haciendo así mismo mi voluntad, que esta providencia sea extensiva a todos mis dominios de América, eh venido a expedir, esta mi Real Cédula, por la cual ruego y encargo a todos los M. RR. Arzobispos y RR. Obispos de las iglesias Metropolitanas, y catedrales de esos dominios, y mando, a mis Vice-Patronos en ellas, que arreglándose, a dicho plan, de que se les remite

⁶⁶³ Real Cédula de Carlos IV del 15 de mayo de 1804, Archivo Histórico de Antioquia (en adelante AHA), Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 157. fs. 3. (Ortografía actualizada por el autor).

ejemplares, observen en todas sus partes la expresada mi soberana resolución en sus respectivos distritos, dándome cuenta de los que ejecutare cada uno⁶⁶⁴.

Uno de los elementos más significativos de esta nueva iniciativa regia, fue que vino acompañada por primera vez de un plano, a través del cual se buscaba ejemplificar a qué se estaba refiriendo el Monarca al hablar de cementerios extramuros, cuál debería ser su distribución y, por qué no, motivar a los encargados de hacer realidad estos espacios, a que los dotaran de un sentido estético que pudiese influir positivamente en el cambio en las costumbres funerarias.

Por años, al ingeniero y militar Francisco Requena y Herrera le ha correspondido el mérito exclusivo por ser el autor de este diseño. Sin embargo, es importante reconocer que si bien la versión de Requena fue la que se hizo más famosa dada la forma en la que circuló, no fue el primero en ofrecer un esquema de distribución de espacios semejante, toda vez que su propuesta sigue un patrón que se repite en muchas de sus propuestas contemporáneas, incluyendo los muy meritorios bosquejos enviados por el Gobernador de Girón, Francisco Vallejo que analizamos en el capítulo anterior.

Al analizar el tono y las indicaciones que aportaba esta Real Cédula, se puede decir de algún modo, de daba fin a la etapa de consultas, centrándose ahora la iniciativa real en la ejecución de lo indicado y previsto desde la ya lejana Real Cédula de Carlos III en 1787. Las ciudades y villas del Virreinato, así como las de los demás territorios españoles en América, fueron conminadas a pasar a la acción, pese a las reticencias y carencias económicas. Sin embargo, el cumplimiento de este mandato no estuvo exento de la tradicional fórmula de “se acata la ley mas no se cumple”, la cual puede resumir la compleja transición entre la teoría y la práctica.

⁶⁶⁴ Real Cédula de Carlos IV del 15 de mayo de 1804, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 157. fs. 3. (Ortografía actualizada por el autor).

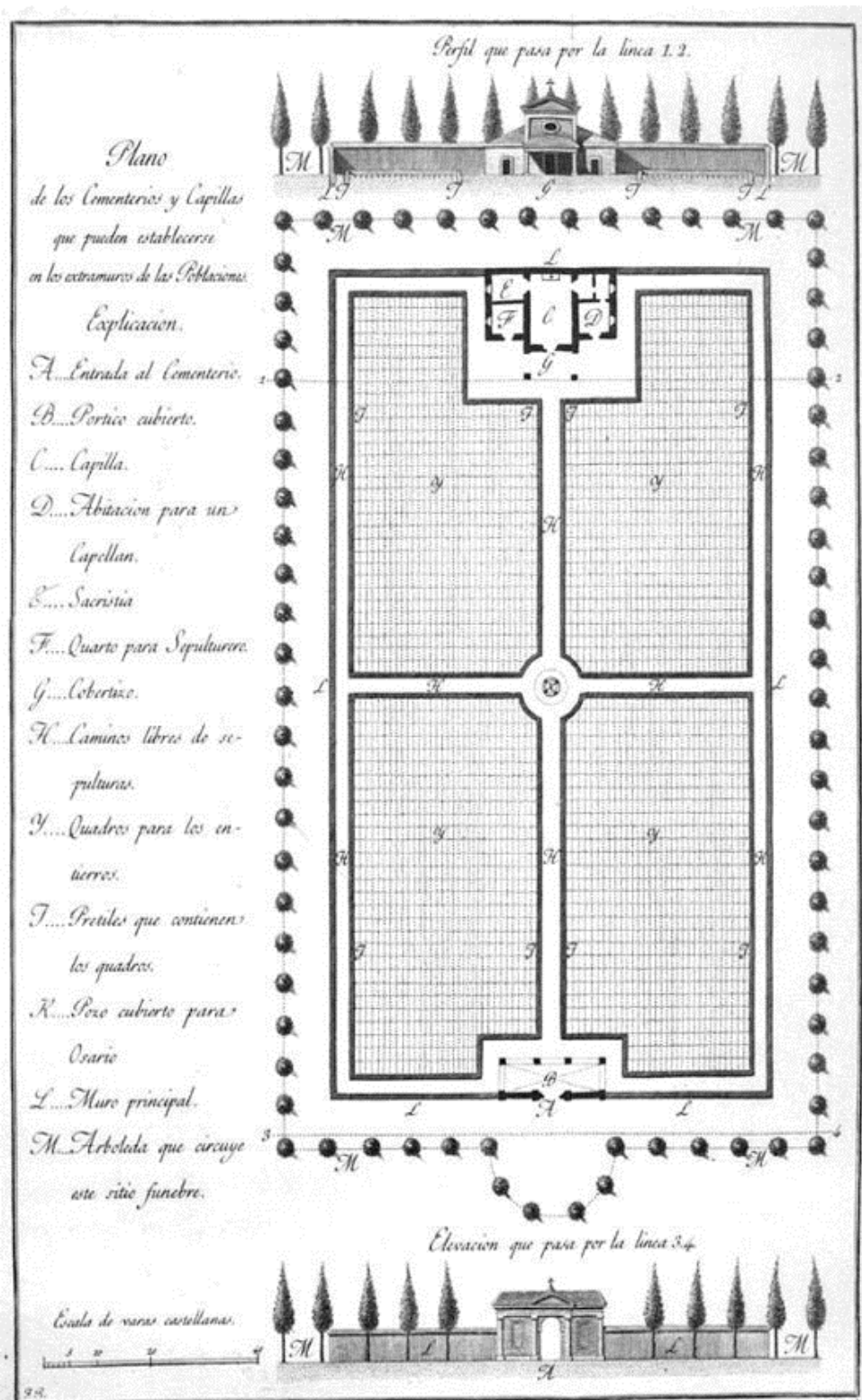


Imagen 43: Plano de Francisco Requena que circuló con la Real Cédula de 15 de mayo de 1804⁶⁶⁵

⁶⁶⁵ Plano de Francisco Requena que circuló con la Real Cédula de 15 de mayo de 1804, AHA, Mapoteca 4, Referencia 2097.

5.1 Debates y acciones en torno a la creación de cementerios extramuros en la villa de Medellín

Relegada a un segundo plano durante todo el periodo colonial, la villa de Medellín que recibió las reales cédulas relacionadas con la erección de cementerios y la prohibición de las tradicionales inhumaciones intramuros, era una población pequeña que dependía del gobierno de la ciudad de Antioquia.

Como ya lo hemos indicado en páginas anteriores, las primeras noticias que oficialmente llegaron a Antioquia relacionadas con la construcción de cementerios fueron las que acompañaron la Real Cédula de 27 de marzo de 1789. El proceso tuvo como sus más importantes protagonistas al Gobernador de la época, don Francisco de Baraya y La Campa, y al Superintendente Eclesiástico de la Provincia, don Juan Salvador Villa. Ellos se encargaron de dar trámite a lo estipulado por el monarca, enviando con prontitud sus descargos al Rey y al Obispo de Popayán, sin que se conozcan noticias acerca de la respuesta o las indicaciones que estos hicieran respecto de su completo informe.

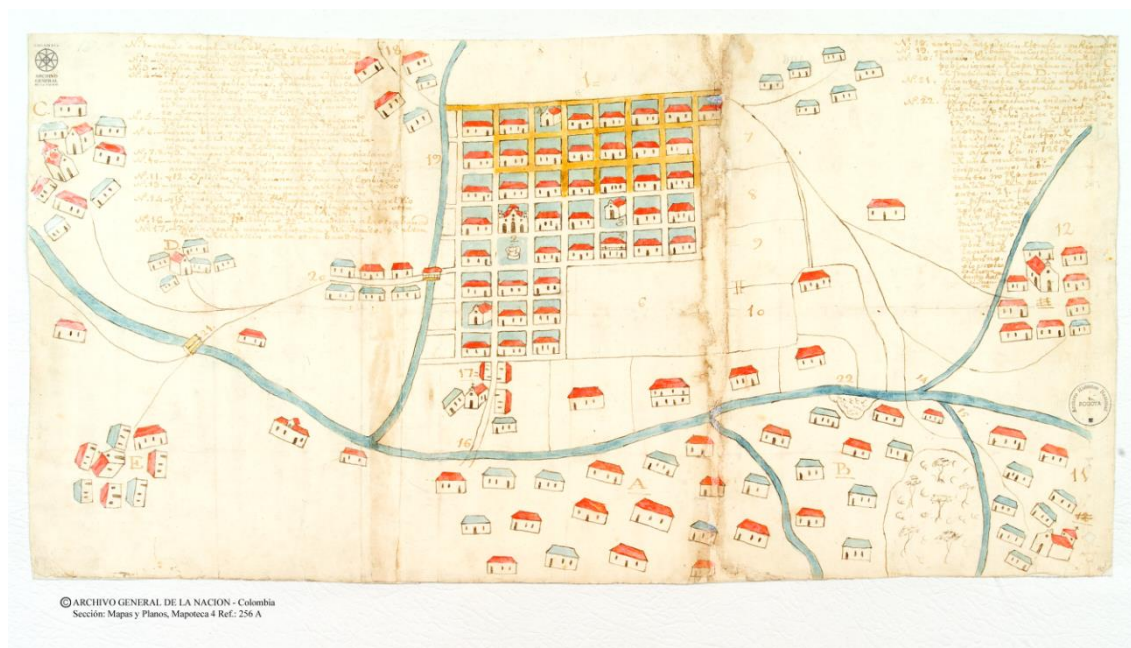


Imagen 44: Mapa de Medellín para el año 1791⁶⁶⁶

Más adelante, el 2 de julio de 1800, fue el Gobernador de Antioquia, don Víctor de Salcedo y Somodevilla, quien expuso ante al Virrey Mendingueta la ausencia de progresos en

⁶⁶⁶ Mapa de Medellín para 1791, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca, Referencia 256 A.

este sentido, limitándose a remitirle copias del informe de su antecesor, elaborado en febrero de 1790, documento que parece confirmar la inoperancia de las medidas en la Provincia a lo largo de la década transcurrida. Sin embargo, durante la gestión del ilustrado y eficiente Gobernador Salcedo y Somodevilla⁶⁶⁷, sobrino del famoso Marqués de la Ensenada, el proceso recibiría un nuevo impulso, motivado tal vez por el llamado que hacía en ese sentido el Virrey... o por las noticias del retorno de la viruela al territorio del Nuevo Reino de Granada.

5.1.1 El cementerio de la Vice Parroquia de San Benito

De acuerdo con los datos aportados por Bladimir Pérez en su monografía, en la villa de Medellín se hizo más notoria la urgencia de trasladar los cuerpos a sitios ventilados debido al brote epidémico de fiebre amarilla y sarampión que tuvo lugar hacia 1795⁶⁶⁸, sin que por esto se hubiesen conseguido avances significativos en dicha materia. Cosa muy distinta sucedió cuando corrió el rumor de la inminente llegada de la viruela y se presentaron los primeros casos. Ante los avances de la enfermedad (que azotó en particular a los barrios de San Lorenzo y San Benito) y el riesgo latente de morir contagiados, la feligresía aceptaba, momentáneamente, la inhumación en campo abierto⁶⁶⁹.

Según Pérez, el 7 de septiembre de 1802 fue enviada una nota al cabildo exponiendo los terribles efectos que el contagio cobró en los habitantes de la villa, con la novedad de que los signantes, le atribuían buena parte de las consecuencias de esta crisis, *“a los entierros que se hacían en la “iglesia matriz” (la Candelaria) y de cuyo templo emanaban los efluvios pestilentes producto de la corrupción de los cuerpos”*⁶⁷⁰. Entre las razones técnicas, esgrimidas por estos y otros testigos, se mencionada *“la poca duración de los ladrillos que al momento de realizar la exhumación se volvían pedazos ocasionando con ello la dificultad de volverlos a pegar, produciendo en el piso un desnivel notorio; y sumado a ello, el sobrante*

⁶⁶⁷ Rubio Hernández, Alfonso, “Víctor de Salcedo y Somodevilla. La carrera ascendente de un hidalgo en la reforma militar de la Nueva Granada”, en *Berceo N° 154*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2008, 181.

⁶⁶⁸ Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 101.

⁶⁶⁹ Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 97.

⁶⁷⁰ AHA, Fondo Colonia, Tomo 615, Doc. 9764, Citado por: Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 102.

de la tierra de cada sepultura que, regándose por efecto de las pisadas de los feligreses en todo el templo, produce un 'costrón de inmundicia' ”⁶⁷¹.

En su tesis de maestría, Ana María Pérez complementa la información que conocemos del proceso, al mencionar que el Cabildo acogió estas reclamaciones, remitiéndole un informe al Cura Rector de la Villa de Medellín, presbítero Francisco José Bohórquez, a través del cual le compartían las reflexiones que “*nos están moviendo a la construcción de un sementerio arreglado a las frecuentes órdenes del rey nuestro señor*”⁶⁷²; pero mientras alcanzaban esa meta, le solicitaban: “*Vuestra Merced como tan celoso pastor dispondrá el que se reparta el crecido número de muertos en ataúdes [...] como igualmente que los enterradores profunden las sepulturas a vara y media de onda*”⁶⁷³.

En su nota de respuesta al Cabildo, firmada el 9 de septiembre de 1802, Bohórquez se lamentaba “*del vulgo ignorante que no percibe el beneficio de semejantes disposiciones, y la nota con imprudencia vituperando lo que es digno de elogio, hasta tener algo de razones*”⁶⁷⁴, a la par que autorizaba la distribución de los cadáveres que resultaran en la villa, en los templos de las vice parroquias de su amplia jurisdicción, así fuesen previsibles los reparos de la comunidad frente a esta disposición.

En medio de esta lamentable situación sanitaria, fue al presbítero domiciliario de la villa y mayordomo de la Vice Parroquia de San Benito, don José Antonio Naranjo, a quien le correspondió el mérito de ser el primer creador de un cementerio en este poblado, situación de la que dio noticia a través de la relación presentada ante el Cabildo de la villa el 13 de septiembre de 1803.

Afirmaba el prelado:

... hallándome concluyendo la edificación de la insinuada Santa Iglesia, para colocar en ella la Augusta Majestad Sacramentada, teniendo presente lo últimamente dispuesto por el Rey Nuestro Señor (Dios legue) para mantener el mejor decoro, aseo, y buen orden en las Iglesias, el que en estas no se sepulte cadáver alguno, edificándose al intento en las poblaciones, uno ó más

⁶⁷¹ AHM, Fondo Colonia, Serie Informes, Tomo 47, folios 339r. - 340v. Citado por: Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 102.

⁶⁷² AHM, Fondo Colonia, Serie Informes, Tomo 47, folios 339r. - 340v. Citado por: Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 140.

⁶⁷³ AHM, Fondo Colonia, Serie Informes, Tomo 47, folios 339r. - 340v. Citado por: Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 141.

⁶⁷⁴ AHM, Fondo Colonia, Serie Informes, Tomo 47, folios 339r. - 340v. Citado por: Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 102-103.

Cementerios*. Cooperando quanto es de mi parte que las piadosas intensiones de nuestro benigno Soberano tengan cumplimiento he construido en la iglesia de mi cargo un cementerio independiente de la Iglesia, cercado en redondo con altura correspondiente como es público, con el fin de que allí, y no en la Iglesia se hagan los Entierros, manteniendo por este medio aquella en la mejor decencia, que de otro modo no podría lograrse, mayormente atendiendo a que su piso en el día es de suelo pisado y sin enladrillar; en este concepto, y en el de que para la Erección de dicho Cementerio, se necesita la licencia del Señor Vice Patrono Real y del Ilustrísimo Diocesano, Suplico nuevamente a Vuestra Señoría para impetuarlas en orden á continuación de este y su proveído, Informe en toda forma sobre la utilidad que resulta de la Erección de dicho cementerio, si este se alla con las debidas proporciones, y capacidad y todo lo demás que la justificación de Vuestra Señoría hallare oportuno en la materia por serle todo constante público y notorio, y fecho que se le devuelva todo original para los fines indicados, para ser así de Justicia y le imploro del noble oficio de Vuestra Señoría Etc.⁶⁷⁵

Es importante resaltar los argumentos que ofrece el presbítero para la creación del cementerio que construyó en el entorno de su recién refaccionada iglesia, los cuales centró en el cumplimiento de las disposiciones reales y en las carencias de la edificación destinada para el uso litúrgico, la misma que adolecía del tradicional piso en ladrillo que, de cierta manera, garantizaba al menos una distancia referencial entre el suelo ocupado por los cadáveres y la superficie por la que transitaban los devotos en las iglesias.

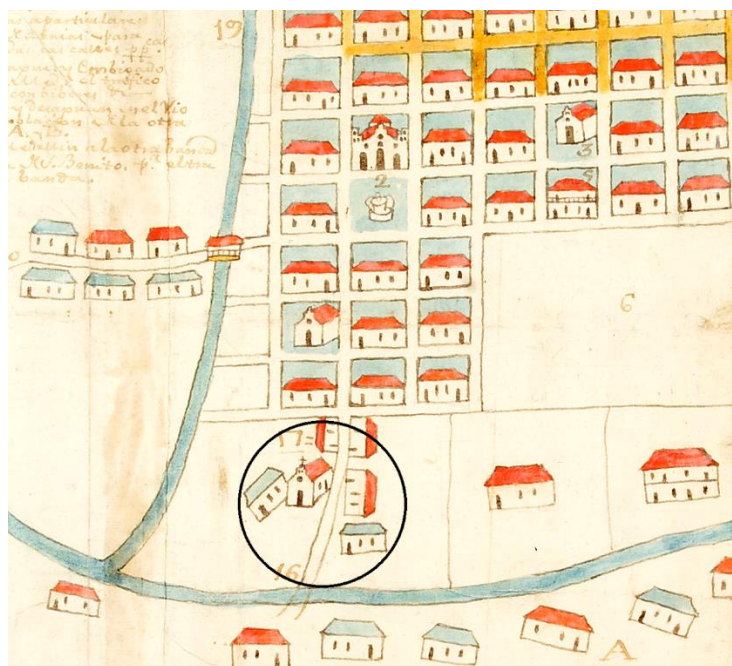


Imagen 45: Detalle del sector de la Vice Parroquia de San Benito para el año 1791⁶⁷⁶

*Resaltado en el original

⁶⁷⁵ Expediente por medio del cual se concede licencia para la construcción de un cementerio adyacente al templo de San Benito en Medellín, AHA, Fondo Colonia, Documentos Generales, Tomo 615, Documento 9764. fs. 5. (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

⁶⁷⁶ Mapa de Medellín para 1791, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca, Referencia 256 A.

No deja de llamar la atención el hecho de que Naranjo solicitara el visto bueno para esta construcción, al mismo tiempo que daba cuenta de la finalización de las obras respectivas. Evidentemente no se trataba del caso ya trabajado en torno al cementerio de Nueva Orleans, donde se le solicitó la autorización directamente a Su Majestad. El sacerdote elevó su solicitud al Cabildo de la Villa, el cual se reunía a escasas cuerdas de su capilla, en el mismo entorno urbano. Una hipótesis en este sentido es que lo que se presentó fue una suerte de oficialización de una obra ya concertada, pero que debía ser transmitida con todos los protocolos al Gobernador, este sí residente en la ciudad de Antioquia.

Más allá de esta circunstancia procesal, es muy importante atender la respuesta que recibió el cura Naranjo a su petición, la misma que fue firmada en la sala capitular ese mismo día por los miembros del Cabildo Justicia y Regimiento:

En cumplimiento de lo pedido por el Presbítero Don José Antonio Naranjo, y mandado por nosotros en acta de este día pasamos a evacuar el debido informe, diciendo nos es constante para propia ciencia y visión ocular que el terreno y lugar señalado para Cementerio en la Vice Parroquia de San Benito, es proporcionado y capaz, se alla [sic] cercado de tapias con su correspondiente puerta de manejo, que uno y otro constituyen una segura custodia a los cadáveres, para que no sean por (ilegible) ninguno insepultos. Que igualmente y por la situación local en que se alla establecida la Iglesia extramuros de la población e inmediata al Río, es el cementerio más al propósito, y que no puede causar más leve perjuicio a los moradores de ellas, pues aun quando para el crecido número de muertos que pueden ocurrir en una Epidemia se temiese alguna putrefacción de vapores que aumentaren la misma epidemia, este temor imaginario queda disminuido con el hecho de que participando aquella Iglesia continuamente de un ayre libre también por la mediación del río, como por el vecindario que la circunda, el mismo ayre purifica cualesquier vapor, y por consiguiente no es de temerse suceso alguno adverso; y de contrario, si, con bien fundadas razones, esto es, continuándose la práctica de sepulturas en las Iglesias; Estas por lo común son faltas de toda ventilación necesaria, y en lo general la poca que tienen no es libre por ser muy corto el tiempo que están abiertas, observándose por esta razón que estos lugares sagrados (esto es las iglesias) exalen continuamente unos vapores pestilencias, y de tanta acrimonia que ellos solos son capaces de producir en una República un ramo de peste destructor de todo su vecindario⁶⁷⁷.

Es notorio como los cabildantes conocían la situación y compartían las apreciaciones de Naranjo frente a los problemas que generaba la proliferación de cadáveres en las iglesias, siendo particularmente meticuloso su celo frente a la ubicación del nuevo cementerio, del cual resaltaban sus condiciones y su posible eficiencia incluso en tiempos de epidemia. Esta circunstancia manifiesta que Medellín contaba en su Cabildo con una dirigencia que

⁶⁷⁷ Expediente por medio del cual se concede licencia para la construcción de un cementerio adyacente al templo de San Benito en Medellín, AHA, Fondo Colonia, Documentos Generales, Tomo 615, Documento 9764. fs. 5. (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

comenzaba a entender el trasfondo de las reformas reales impuestas en este sentido, tal y como se ve reflejado en sus argumentaciones relacionadas con los beneficios estéticos y funcionales de la acción emprendida por el Vice Párroco:

El indicado uso de sepultar en las iglesias es la causa principal, y más esencial de mantenerse estas sin aquel aseo que corresponde, porque siendo necesario abrir en ellas sepulturas que se allan cubiertas de un material que no tiene la solidez necesaria para el efecto, como es el ladrillo, estos se hacen pedazos, y resulta la difícil unión para volver a enladrillar, y por consiguiente un piso desigual, y deforme, a más de que sobrando tierra de cada sepultura, queda en la iglesia una fea mancha, para que regándose en toda ella con la entrada y salida de los Fieles, se hace como una especie de costrón de inmundicia⁶⁷⁸.

Una vez otorgado el visto bueno por parte del Cabildo Justicia y Regimiento, José Antonio Naranjo se presentó el 27 de septiembre ante el Gobernador de Antioquia, don Víctor de Salcedo y Somodevilla, quien en su papel de Vice Patrono Real “*concede licencia para la construcción del cementerio, en la Vice Parroquia del Sr. San Benito*”⁶⁷⁹, autorizando al prelado a que remitiera copias al Obispo de Popayán, Ángel Velarde y Bustamante.

5.1.2. El proyecto del cementerio de La Barranca

Carente de datos ciertos acerca de la respuesta dada por el Obispo y del periodo de pervivencia de este primigenio cementerio -si es que consiguió ser bendecido y puesto en operación-, el seguimiento documental del proceso requiere dar un salto temporal. Es así como, al llegar en el mes de diciembre de 1804 la copia de la Real Cédula del 15 de mayo del mismo año, las autoridades civiles y eclesiásticas comenzaron al fin un completo proceso ejecutivo a través del cual se buscó dar trámite a lo ordenado, pasando la barrera de las tradicionales notas de obediencia y los correspondientes informes que se habían generado a partir de la Real Cédula de 1789. El Rey exigía resultados y el Cabildo estaba dispuesto a dárselos.

Fue así como el Síndico Procurador de la Villa, Ildefonso Gutiérrez, se presentó ante el Cabildo el 13 de enero de 1806, efectuando una elocuente exposición a través de la que

⁶⁷⁸ Expediente por medio del cual se concede licencia para la construcción de un cementerio adyacente al templo de San Benito en Medellín, AHA, Fondo Colonia, Documentos Generales, Tomo 615, Documento 9764. fs. 5. (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

⁶⁷⁹ Expediente por medio del cual se concede licencia para la construcción de un cementerio adyacente al templo de San Benito en Medellín, AHA, Fondo Colonia, Documentos Generales, Tomo 615, Documento 9764. fs. 5. (Se respeta parcialmente la ortografía del original).

justificó la necesidad de construir en el menor plazo posible un cementerio que cumpliera con las características descritas en las Reales Cédulas, para lo que solicitó se nombrara una comisión que evaluara esta petición y se determinara el sitio más propicio para estos fines.

Entre los argumentos que empleó en su discurso el Síndico Procurador, recogidos en primera instancia, como se dijo, por la historiadora Gloria Mercedes Arango en su artículo *Los Cementerios en Medellín 1786 – 1940*⁶⁸⁰, es importante resaltar un aparte que deja percibir la situación que se presentaba en la iglesia mayor de Medellín, la cual no debería ser diferente a la de los demás templos principales en las villas y ciudades del Virreinato:

... el pavimento de la iglesia mayor (La Candelaria) denota en su continua humedad, y en la textura de la tierra cuando se excava para romper sepulcros, que no transpira, ni respira otra cosa que hálitos corruptos ocasionados por la multitud de cadáveres que en ella se han cerrado (...). Ya para sepultar a unos es necesario sacar otros, cuyos cuerpos empodrecidos ordinariamente se encuentran (...) Hace el espacio de seis o siete años que se está notando en esta Villa, y en sus contornos foráneos el predominio de las calenturas pútridas, corrupciones humorales y otros varios accidentes que en otros tiempos no se habían padecido, y en las presentes han originado general infección (...) lo que racionalmente no puede atribuirse a otra causa que a la de los aires (...) corrompidos (...) que se exhalan de los lugares que tienen materia corrupta, y donde se ofrecen frecuentes concurrencias...^{681*}.

Movidos por el peso de las argumentaciones del Procurador, los miembros del Cabildo rápidamente le dieron trámite a la solicitud de Gutiérrez, nombrando al doctor don Joaquín Gómez, Abogado de la Real Audiencia, a don Francisco José Ramos y al Contador de Tabacos, don Rafael Gónima, para que sirvieran de testigos ante la causa interpuesta.

Al ser interrogado al respecto, don Joaquín Gómez afirmó:

Que el general contagio que se había experimentado de algunos años a esta parte en esta Villa, procede según el concepto de que responde, fuera de otras causas naturales como es la detención de las aguas pestíferas en las calles que se rebalsan los lodazales por falta de aseo y cultura, lo es principalmente la falta de sementerios que deben ubicarse fuera del lugar, en parte donde los aires no ventilen hacia la población y que sea próximo a ella⁶⁸².

⁶⁸⁰ Arango de Restrepo, Gloria Mercedes, *Los Cementerios en Medellín 1786 – 1940*.

⁶⁸¹ Comunicación entre don Ildefonso Gutiérrez, Síndico Procurador de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, y el cabildo. 13 de enero de 1806, en: Arango de Restrepo, Gloria Mercedes, *Los Cementerios en Medellín 1786 – 1940*.

* Ortografía actualizada por la autora a quien es menester otorgarle el crédito de ser la primera en trabajar el tema de la historia de los cementerios en Medellín, investigaciones desarrolladas en las décadas de 1980 y 1990.

⁶⁸² Solicitud del Síndico Procurador General para la creación de un cementerio para la Villa de Medellín y licencia del Vice-Patrono Real, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 227 rv - 228 (Ortografía actualizada por el autor).

Situación sanitaria bastante preocupante de por sí, pero a la que el Abogado de la Real Audiencia le sumó elementos morales, de urbanidad y de respeto para con los santos lugares:

Que en lo Moral se debía en este ventajoso proyecto en honor y respeto a la Majestad Sacramentada, por ser indecentísimo en la Casa Santa de Dios de los Ejércitos en que deben respirar los aromas y bálsamos más gratos, se presentan los vapores pestilentes que exhalan los cadáveres y mucho más reparable, que en las horas que se congrega el pueblo a tributar a alabanzas y adoraciones al Dios vivo, y asistir a los sagrados misterios, y al mayor de los sacrificios, se abran las fosas a medio podrir con irrespeto de los operarios, pues ha observado el testigo, no guardan silencio ni reverencia, como si estuvieran en una cocina⁶⁸³.

Una alusión similar referente al ‘mal comportamiento’ de los encargados de cavar las fosas en los templos, la recoge Adriana María Alzate al revisar el caso que seguía el síndico procurador de la Ciudad de Antioquia para el año 1805. Según Alzate, el funcionario le señalaba al gobernador que los “*Negros sepultureros*”:

...habían ocasionado muchos desórdenes ya que por lo regular utilizaban unos recatones de palo con los que no podían abrir bien el pavimento, pues no se servían, como era necesario, de una barra de hierro cortante, más apropiada para tales labores; además se contentaban con echar tierra encima de los cadáveres sin ‘*aplicar el pisón*’ para impedir que saliera de allí la ‘*corrupción abominable*’⁶⁸⁴.

Estas denuncias, tanto la aportada por don Joaquín Gómez como la relacionada con la Ciudad de Antioquia; reúnen elementos fundamentales que nos permiten entender la visión e idiosincrasia de la élite encargada de hacer cumplir las normativas borbónicas, a la par que nos ilustran acerca del complejo contexto sanitario en medio del cual se daba la práctica de las sepulturas intramuros.

Don Francisco Ramos, por su parte, al ser indagado, ofreció algunas alternativas para la solución de la problemática en el mediano y corto plazo, consciente como era de la dilación en el tiempo que posiblemente sufriría el proceso, mostrándose bastante preocupado frente a la urgente necesidad de tomar medidas al respecto:

Que en consideración a la multitud de cadáveres, a que se da sepultura en la parroquial, de este numeroso vecindario (que se calcula en veinte mil almas), se sugieren para dichos fines socorro o ayuda de otra Iglesia por lo presente: y hace por otra parte sumamente húmeda la situación del terreno en donde aquella se halla, como lo manifiestan las excavaciones para la sumersión o

⁶⁸³ Solicitud del Síndico Procurador General para la creación de un cementerio para la Villa de Medellín y licencia del Vice-Patrono Real, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 228 rv - 228 (Ortografía actualizada por el autor).

⁶⁸⁴ AHA, Colonia, Fondo Policía, Tomo 69, folio 396 r. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *El imperativo higienista o la negociación de la norma*, 93.

depósito de aquellos, en tal grado que los ladrillos que cubren la tierra se reconocen penetrados de la dicha humedad (a la que atribuye no manifestarse disecados aun pasado los tiempos regulares muchos cada (ilegible), y que en su juicio nacen de este principio los efluvios corruptos que emanan y se hacen percibir, de los asistentes en la Iglesia al tiempo de las excavaciones) tiene por muy urgentísimo el que se ponga sin dilación de tiempo, en ejecución el reclamo que se hace por parte de la causa pública, en orden a la construcción de un cementerio fuera del centro del lugar⁶⁸⁵.

El último en ser llamado a declarar fue el Contador de Tabacos don Rafael Gónima, quien de manera escueta se centró en el triste espectáculo que ofrecían las sepulturas de nuevos difuntos en un área donde estos se sobreponían a otros cuerpos antiguos y recientes, de donde se derivaban para él las “*causas de las calenturas pútridas y otras epidemias que se experimentan*”⁶⁸⁶.

Surtido el trámite de los testigos, el Cabildo le ordenó a la Junta de Sanidad la inspección de los terrenos apropiados para la ubicación del cementerio, labor de cuyos resultados dio cuenta el escribano público don José Miguel Trujillo en los siguientes términos:

... me consta que por los señores de la Junta de Sanidad, se mandó reconocer el paraje y terreno donde se había de ubicar el sementerio, para lo que se comisionó al Señor Alcalde Ordinario de Primer Voto, al Señor Regidor Alcalde Mayor Provincial y al Señor Procurador General, quienes con respecto a la mejor ventilación y retirado de las aguas para que no contaminasen, eligieron el **Paraje de La Barranca*** a las márgenes de la población y al lado del sur, respecto a que al norte se hallaron muy superiores las aguas y con riesgo de filtrarse a la población, y los vientos acometen a esta, por cuyo motivo es presumible vengán impregnados de estos vapores mefíticos que exhalan las sepulturas de donde es constante se originan las asfixias y otros achaques pestilenciales, cuyo objeto es precaverlos con esta manufactura, o edificio de sementerio, y porque conste donde convenga, doy la presente en Medellín a diez y ocho de enero de mil ochocientos y seis años⁶⁸⁷.

Se contaba pues con la voluntad, la necesidad y el sitio apropiado para la puesta en ejecución de las reales normativas. Sin embargo, ni los habitantes de Medellín ni sus autoridades eran autónomos frente a la toma de esta trascendental decisión, por lo que una vez completadas las diligencias, debieron remitir copias del proceso al Gobernador de

⁶⁸⁵ Solicitud del Síndico Procurador General para la creación de un cementerio para la Villa de Medellín y licencia del Vice-Patrono Real, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 230 rv-231 (Ortografía actualizada por el autor).

⁶⁸⁶ Solicitud del Síndico Procurador General para la creación de un cementerio para la Villa de Medellín y licencia del Vice-Patrono Real, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 229 rv (Ortografía actualizada por el autor).

* Resaltado por el autor.

⁶⁸⁷ Solicitud del Síndico Procurador General para la creación de un cementerio para la Villa de Medellín y licencia del Vice-Patrono Real, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs.). 228 rv-229 (Ortografía actualizada por el autor).

Antioquia, quien en su calidad de Vice Patrono Real, debía avalar las diligencias y autorizar -tal y como lo había hecho su antecesor con el proceso liderado por el cura Naranjo-, el paso de las mismas al Obispo de Popayán –con jurisdicción sobre la villa-, a quien, de acuerdo con los protocolos establecidos, correspondía otorgar la bendición oficial al cementerio.

Por parte del Gobernador, el proceso recibió el visto bueno el 27 de enero de 1806, apenas 14 días después de la presentación del Síndico Procurador de la villa de Medellín. Aval que se constituyó en el cierre del proceso civil formal... comenzó en ese momento el trámite ante las autoridades eclesiásticas.

Escribió el Gobernador Antioquia, para ese entonces don Francisco de Ayala:

Por lo tocante al Real Patronato, le concedo permiso para que se erija el cementerio en la Villa de Medellín en el sitio que se ha destinado mediante la justificación producida de necesidad y especialmente lo prevenido por su Majestad en sus Reales Órdenes, y para que acuda el Cabildo de dicha Villa al Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano, désele testimonio cuyo recaudo necesario remitirá a la escribanía⁶⁸⁸.

Más de un mes tardaron los miembros del Cabildo en compilar la información relacionada con el proceso y remitírsela el 5 de marzo al Obispo de Popayán, Ángel Velarde y Bustamante, prelado que fue el encargado de delegar a su Superintendente Eclesiástico, Juan Salvador Villa, para que ejecutara en su nombre el proceso iniciado tras el recibo de la Real Cédula de 1789. Así pues, Velarde conocía ya de vieja data la situación de la villa y sus vice-parroquias frente a esta problemática.

Una vez cumplido el trámite e imposibilitado el Obispo de ausentarse de su sede episcopal para revisar las condiciones del lugar y cumplir con la bendición solicitada, delegó de nuevo en su Superintendente Eclesiástico, quien para ese entonces era el Vicario para la Provincia de Antioquia, presbítero Alberto María de la Calle, quien el 15 de junio de 1806 dio por recibida la orden del Sr. Obispo, comprometiéndose a visitar y evaluar las condiciones del sitio de La Barranca, sin poner por manifiesto la fecha en la que realizaría tal inspección, ni conociéndose hasta el momento alguna copia del informe que haya podido expedir tras dicha visita. Lo que sí se tiene claro es que su concepto fue negativo, lo que dio al traste con esta iniciativa.

⁶⁸⁸ Solicitud del Síndico Procurador General para la creación de un cementerio para la Villa de Medellín y licencia del Vice-Patrono Real, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 232- 232 rv (Ortografía actualizada por el autor).

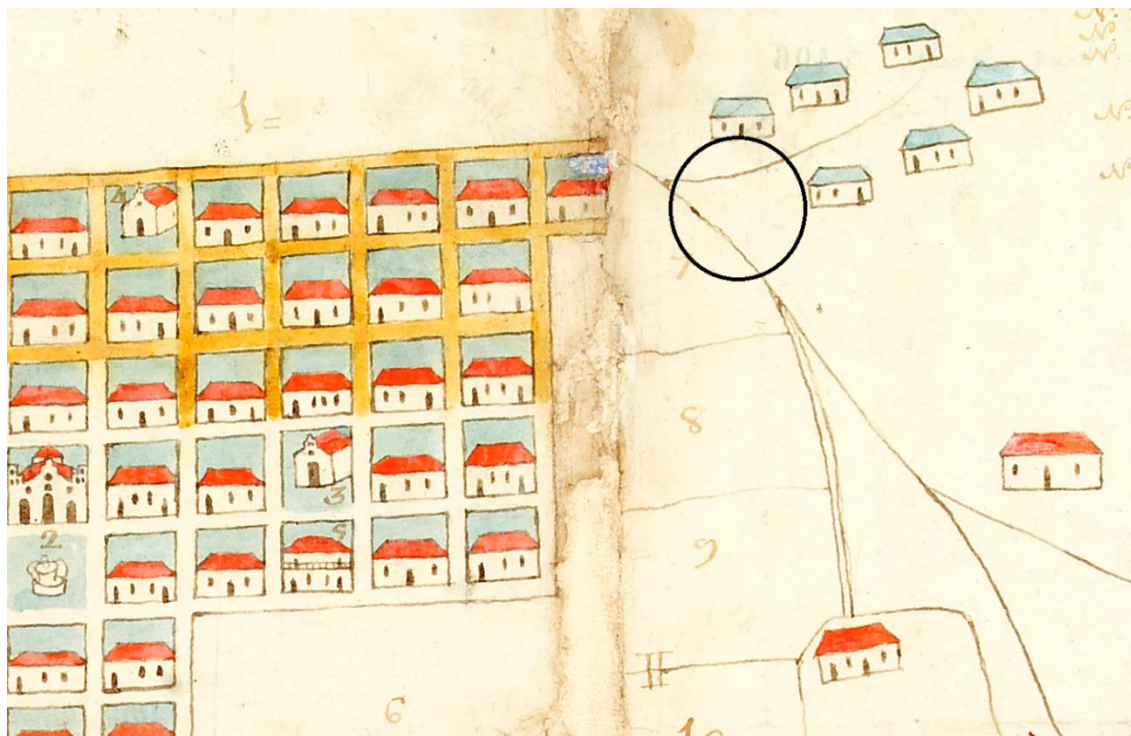


Imagen 46: Posible ubicación del sitio de La Barranca en relación con el centro de la villa de Medellín⁶⁸⁹

5.1.3 Cruzar la quebrada de la villa: una decisión salomónica

La siguiente noticia con la que se cuenta de este intrincado proceso, proviene nuevamente de las actas del Cabildo, esta vez en copias preservadas por el Archivo Histórico de Medellín (AHM), entidad que publicó en su página web la transcripción del siguiente documento, fechado el 15 de enero de 1807:

... Que a instancia del sindico Procurador Gral (General) se formo expediente en el año proximo pasado dirigido a comprobar la necesidad y utilidad que se sigue de erigir un sementerio o campo sto (santo) para el gral (general) enterramto (enterramiento) de los cadaveres fuera del poblado y haviendose justificado las causas de necesidad y reconocido el terreno que para entonces parecia muy comodo para situar su fabrica se remitieron las diligencias al Tribunal de V. (Vuestra) S. (Señoría), como en quien recide dignacion el RI (Real) Patronato a efecto de que se franquease la licencia la que se sirvio mandar librar, y se libro por Decreto de 27 de Enero de dho (dicho) año pasado. A su consecuencia tambien la expidio el Ilmo (Ilustrisimo) Sr. (señor) Supte (Superintendente) Eclesiastico de esta provincia (F 271v) A hora con nuevas reflexiones asi un lugar mas aparente, como en razon de economico por los gastos, ha acordado este ayuntamiento que se construya dho (dicho) sementerio en el Barrio de San Benito fuera de el marco de la Villa y en un solar que por su piso, ventilacion y sercania a la vise parroquia de dho (dicho) Barrio ofrece mejores conveniencias para el proyecto. Para que verifique devidamente suplica este Ayuntamiento a V. (Vuestra) S. (Señoría) se digne en veneficio de la salud publica mandar la licencia consedida entendiendola para el solar señalado en dho (dicho) Barrio de San Benito por

⁶⁸⁹. Detalle Mapa de Medellín para 1791, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca, Referencia 256 A (intervenido por el autor).

ser mejor situacion que el de la Barranca en donde antes se habia pensado. Dios Ntro (nuestro) Sor, (Señor) cuide a V. (Vuestra) S. (Señoría) muchos años Sala Capitular de Medn (Medellín) y Enero 15 de 1807. Joset Ignao (Ignacio) de Posada. Salvador Madrid. Franco (Francisco) Lopez⁶⁹⁰.

Se descartó entonces de plano la bendición del sitio elegido inicialmente, volviéndose a centrar el interés en el entorno de la Vice Parroquia de San Benito, donde en 1803 el cura Naranjo construyese el cementerio adjunto a su templo.

En este punto de la investigación y sin que se conozcan aún más detalles relacionados con el cementerio construido en 1803 –que de todas maneras debió ser pequeño, toda vez que estaba destinado a la inhumación de la feligresía de la Vice-Parroquia y no de la villa en su conjunto-, resulta imposible determinar su ubicación exacta, así como la del lugar donde se pretendía establecer el demandado cementerio general. Sin embargo, no pueden pasar desapercibidas las argumentaciones ofrecidas frente al porqué del rechazo del anterior sitio, en favor de los predios circundantes al templo de San Benito, que los cabildantes resumieron en económicas y espaciales.

Las autoridades civiles que realizaron la inspección de los predios circundantes de la villa por delegación de la Junta de Sanidad en enero de 1806, al parecer tuvieron muy en cuenta las características físicas de los terrenos, así como las condiciones ambientales (en especial el régimen de vientos y la presencia de corrientes de agua) y los preceptos emitidos por el Rey a través de sus Reales Cédulas, omitiendo el tema relacionado con la distancia entre el predio elegido como futuro cementerio y los templos existentes en la villa, lo que hacía económicamente inviable la propuesta, toda vez que era indispensable la erección de una capilla que supliera esta necesidad.

Pese a esta nueva solicitud, la cual se sabe fue oficializada ante el Gobernador Ayala, se presenta un nuevo bache de poco más de un año en cuanto a la información disponible para el análisis de este proceso, el cual se reanudó en febrero de 1808, cuando el Superintendente Eclesiástico, Alberto María de la Calle, le dirigió una nueva comunicación al Obispo de Popayán Velarde y Bustamante en la que afirmó:

Con respecto a que del examen prevenido en el anterior Decreto resultó que el Sitio de la Barranca no era conveniente para la construcción del sementerio y a su consecuencia eligiose otro situado

⁶⁹⁰ AHM, Sección Concejo Municipal, Actas, Tomo 71, Año 1806, fs. 271 -271rv (Se respeta la ortografía original y el sistema de manejo de las abreviaturas. Transcripción contenida en los archivos digitales del Archivo Histórico de Medellín).

en el otro lado de la Quebrada, que conforme a la información recibida y visita ocular practicada conforme a todas las circunstancias que exige la Real Cédula, concédese la licencia necesaria para su construcción, que concluida se dará cuenta a este Juzgado Eclesiástico⁶⁹¹.

Quedaba descartada de plano la posibilidad del cementerio en el sector de San Benito, opción que ni siquiera se le mencionaba a Velarde, a quien se le hacía memoria tan solo de la primigenia posibilidad de un cementerio en el sitio de La Barranca (que como se mostró anteriormente sobre el plano de la época, estaba ubicado al parecer a un costado del camino hacia el sitio de Envigado, por el costado suroriental de la villa).

El nuevo lugar seleccionado estaba al otro lado de la quebrada Santa Elena en un predio que le fue comprado para este fin a la señora Micaela de Cárdenas. Según escribió don Luis Latorre Mendoza en 1934, el camposanto se ubicaba “*en donde está el crucero Juanambú – Carabobo*”⁶⁹², información corroborada por Monseñor Javier Darío Piedrahita en su *Monografía histórica de la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria*, donde expuso: “*En ese lugar está hoy la llamada Plazuela Rojas Pinilla, y efectivamente cuando allí se hicieron excavaciones para construcciones aparecieron huesos humanos*”⁶⁹³.

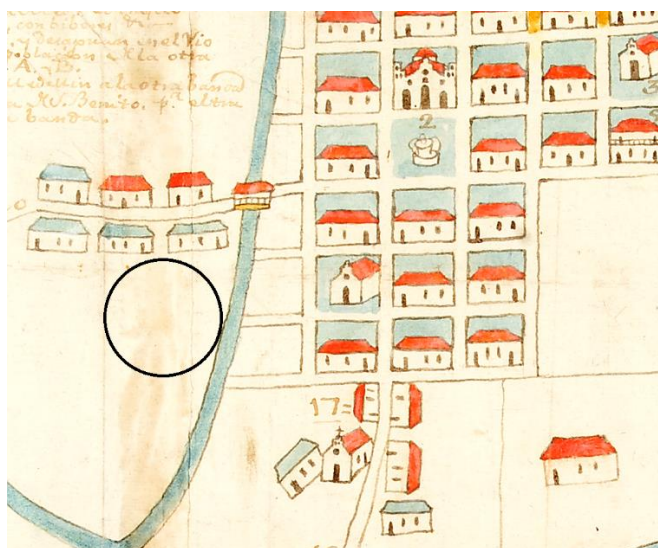


Imagen 47: Posible ubicación definitiva del cementerio en relación con la Plaza Mayor de la Villa y la Vice Parroquia de San Benito⁶⁹⁴.

⁶⁹¹ Documentos relacionados con la creación de un cementerio para la Villa de Medellín, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 235 - 235 rv (Ortografía actualizada por el autor).

⁶⁹² Latorre Mendoza, Luis, *Historia e historias de Medellín* (1934), Biblioteca básica de Medellín #22, Instituto Tecnológico Metropolitano - ITM, Medellín, 2006, 87-88.

⁶⁹³ Piedrahíta Echeverri, Javier (Monseñor), *Monografía histórica de la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria*, Grafoprint, Medellín, 2000, 330.

⁶⁹⁴ Detalle Mapa de Medellín para 1791, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca, Referencia 256 A (Intervenido por el autor).

El terreno escogido ofrecía múltiples ventajas frente a los anteriores, dada su cercanía a la Plaza Mayor, la iglesia parroquial, la iglesia de la Veracruz y la Vice Parroquia de San Benito, pero se omitían detalles contenidos en el informe a favor del sitio que la Junta de Sanidad había privilegiado dos años atrás (el de La Barranca), en cuanto a la prevalencia de los vientos que del norte barrían la ciudad hacia el sur, lo que ponía al cementerio como puerta de entrada a las corrientes que, a partir de su erección, bañaron la villa con aquellos “vapores mefíticos que exhalan las sepulturas de donde es constante se originan las asfixias y otros achaques pestilenciales, cuyo objeto es precaverlos con esta manufactura, o edificio de sementerio”⁶⁹⁵.

Sin embargo, la decisión estaba tomada. Fue así como el 18 de julio de 1809, el Superintendente Eclesiástico le anunció al Obispo de Popayán que el 20 de julio bendeciría el nuevo cementerio, del cual confirmó se había finalizado su fábrica. Acto solemne del que solicitó posteriormente en el mes de diciembre del mismo año, se expidiera un certificado por parte del Notario Eclesiástico de la Villa de Medellín⁶⁹⁶, don Gabriel López de Arellano, quien lo expuso de la siguiente manera:

Certifico a los señores, y demás personas que la presente vieren, que el día veinte del pasado mes de julio del presente año, paso el señor Vicario Superintendente don Alberto María de la Calle al lugar del campo santo y cementerio para enterrar los cadáveres, que se halla construido a la otra banda de la quebrada de esta Villa, asociado de los señores eclesiásticos Cura Rector de esta Villa, don Francisco Josef Bohórquez, presbíteros don Francisco Saldarriaga, don Joseph Antonio Naranjo, (ilegible) don Juan Francisco Vélez, y de los señores Alcalde por depósito (ilegible), don José Joaquín Gómez, y Alcalde Mayor Provincial, don Joaquín Tirado, de el escribano del cabildo, don José Miguel Trujillo, y de mí, el presente notario, y otros varios sujetos que concurrieron; que (ilegible) señor Vicario Superintendente bendijo dicho cementerio campo santo, según como lo previene por el Ritual Romano, y demás ceremonias prevenidas por Nuestra Santa Madre Iglesia (ilegible)⁶⁹⁷.

Es importante resaltar como muchos de los protagonistas de este largo proceso participaron en la inauguración del campo santo, como es el caso del presbítero José Antonio Naranjo, quien construyó el cementerio de la Vice Parroquia de San Benito en 1803; don José Joaquín Gómez, uno de los testigos citados por el Cabildo tras la exposición de motivos

⁶⁹⁵ Documentos relacionados con la creación de un cementerio para la Villa de Medellín, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 229 (Ortografía actualizada por el autor).

⁶⁹⁶ “Cabe aclarar que el término ‘Notario’ se utilizaba únicamente para los escribanos eclesiásticos”. Zárate Toscano, Verónica, *Los nobles ante la muerte en México*, 45.

⁶⁹⁷ Documentos relacionados con la creación de un cementerio para la Villa de Medellín, AHA, Fondo Colonia, Reales Cédulas, Tomo III, Documento 158. fs. 236 rv. (Ortografía actualizada por el autor).

del Síndico Procurador de la villa en 1806; don José Miguel Trujillo, uno de los escribanos gracias a cuyo celo hoy podemos realizar estas pesquisas; y el propio López Arellano, quien en su calidad de Notario Eclesiástico, pudo dar fe del proceso canónico que implicó esta iniciativa.

5.2 El cementerio del sitio de Barranquilla: riesgos y fracaso de una medida antipopular

Al finalizar este recorrido por algunos de los casos más representativos del proceso de erección de cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, es importante acercarnos a los hechos ocurridos en el sitio de Barranquilla, donde el conflicto de intereses que representó el choque entre las disposiciones reales y las tradiciones y creencias populares en torno a la sepultura de los cadáveres dio pie a una confrontación que rozó los límites de una revuelta popular.

Situación especialmente tensa que fue rescatada de los archivos por la historiadora Ana Luz Rodríguez González⁶⁹⁸ y publicada posteriormente en versión digital por investigadores de la Uninorte en la ciudad de Barranquilla^{699*}, a través de la que se deja en claro lo fuertemente arraigada que estaba la práctica de las inhumaciones en las iglesias en algunas regiones, y se ejemplifican los problemas que tuvieron las autoridades para prohibirlas.

Este acontecimiento, visto con la suficiente distancia espacial y temporal, reúne elementos muy ilustrativos acerca de la dificultad que implicaba el hacerle comprender al común de la población la utilidad de las nuevas medidas, a la par de que les permitirá a los lectores reencontrarse con algunos de los personajes ya mencionados a lo largo de este trabajo, como es el caso del Gobernador y Capitán General de Cartagena, don Anastasio Zejudo y Núñez de Aldana, protagonista años antes de las gestiones para la construcción de un cementerio para los militares fallecidos en el Hospital Real de San Carlos en dicha ciudad.

⁶⁹⁸ Rodríguez González, Ana Luz, Cofradías, 213-214.

⁶⁹⁹ Grupo de Investigación en Historia y Arqueología del Caribe Colombiano, “La creación del primer cementerio público en Barranquilla: un documento inédito sobre un evento del final de la colonia en el sitio de Barranquilla”, en: *Memorias Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe*. Año 2 # 2, Uninorte, Barranquilla, 2005, 1-19.

* Dada la extensión del nombre del grupo, se aclara que a partir de este momento se citará su transcripción a partir del título del documento y no por el de los autores (como indica la norma), siendo esta una licencia estilística, sin menoscabar el crédito y agradecimiento que se les debe por tan meritoria labor.

5.2.1 Los afanes de la muerte: un llamado urgente ante la saturación de cadáveres

El proceso al que hacemos alusión comenzó documentalmente el 5 de octubre de 1807, cuando el presbítero Andrés Chirinos, Cura párroco del sitio de Barranquilla, le escribió al Capitán Aguerra Juan de Jesús Rada, jefe político y militar de la población, informándole que según reporte del sepulturero: *“Ya no hay lugar en la Iglesia donde hacen excavación para enterrar los cadáveres: solo una sepultura hay y esta se abrirá hoy por una hermana de cofradía que ha muerto”*⁷⁰⁰. Es por esto que, mencionando la Real Cédula de 1804, Chirinos le solicitó a Rada: *“se sirva providenciar sobre el particular (...) cuanto sea conducente al remedio de esta necesidad que ahora provisionalmente se puede cercar al campo de madera mientras se le forman paredes de cal y piedra”*⁷⁰¹.

Las cosas no comenzaron particularmente bien para el padre Chirinos, pues el Capitán Aguerra optó por redireccionar al sacerdote para que se entendiera con el Alcalde Pedáneo de la población, quien se encontraba enfermo. Pese a esto, al parecer el funcionario aceptó apoyar al atribulado sacerdote hasta que, como relata Chirinos en su segunda comunicación a Juan de Jesús Rada, el Alcalde sufrió una recaída en cuanto a su estado de salud y la situación en Barranquilla empeoró.

Afirmaba Chirinos en su misiva del 19 de octubre de 1807: *“... acaba de morir la mujer de Alessandro Blanco y en el día de mañana se ha de enterrar, pero absolutamente no hay sepulcro en donde, pues en estos días ha sepultado el enterrador los difuntos en sepulturas que aún mantienen los cuerpos sin disolverse, de que sigue el perjuicio mayor que se puede discurrir”*⁷⁰².

Ante la gravedad de la noticia, el Capitán Aguerra asumió su rol y le anunció al sacerdote que había dispuesto un predio en el que se podría dar sepultura a los cadáveres a partir de ese momento, a lo que Chirinos le respondió agradecido el 25 de octubre: *“...quedo enterado estar dispuesto, y acondicionado el campo, que ha de servir de cementerio, con cuya piadosa diligencia no quedarán insepultos los cadáveres...”*⁷⁰³.

⁷⁰⁰ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 3.

⁷⁰¹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 3.

⁷⁰² AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 3.

⁷⁰³ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 3-4.

Solucionado el asunto espacial, el sacerdote comenzó a tramitar ante el Provisor Vicario General de la Diócesis de Cartagena la autorización para bendecir el nuevo cementerio, la cual al parecer no tuvo tiempo de esperar, por lo que el 4 de noviembre se procedió con el debido ritual de consagración. De este hecho dejó constancia el Capitán Aguerra, como veremos, en su comunicación al Gobernador Zejudo, fechada al día siguiente, agregando y resaltando que dicha ceremonia había contado con la participación del Alcalde Pedáneo y varios sacerdotes⁷⁰⁴.

¿Pero por qué si todo parecía resuelto en cuanto a las formas y trámites hemos elegido este caso, al igual que lo hizo la profesora Ana Luz Rodríguez, para ejemplificar lo complejo de estos procedimientos? La respuesta la arrojan los hechos que se desataron una vez se bendijo el nuevo camposanto y se dispuso a sepultar en él al primer parroquiano de Barranquilla sujeto a estas disposiciones funerarias: don Pedro Orta.

5.2.2 Ante la imposición... ¡la oposición!: caos y levantamiento popular

Sin que se ahonde en los documentos acerca de la causa de su muerte, desde el momento en que la familia se presentó a solicitar un espacio de sepultura en la iglesia del sitio para el fallecido, estalló la polémica. El padre Chirinos informó con urgencia a don Juan de Jesús Rada acerca de los rumores que se esparcían sobre la supuesta negativa de la familia de Orta a sepultarlo en el nuevo cementerio, los cuales pudo confirmar el sacerdote pues: “... *se ha presentado ante mí el suegro del difunto Orta exponiendo que si no se entierra en la Iglesia, se lleva el cadáver a Soledad: le he repuesto que siempre que satisfaga los derechos de esta parroquia, puede hacerlo*”⁷⁰⁵. Por este motivo, Chirinos le solicitaba apoyo al jefe civil y militar para que la familia no trasladara al difunto fuera de su jurisdicción, sin cumplir antes con sus obligaciones pecuniarias.

Hasta este punto, el presbítero parecía más preocupado por el tema económico, que por la amenaza de asonada que se configuraba en el ambiente. Sin embargo, no podemos pasar por alto la anotación que agregó como postdata, la cual evidencia que el sacerdote era consciente de la trascendencia de esta polémica.

⁷⁰⁴ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 5.

⁷⁰⁵ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 4.

Chirinos anotaba al pie de su misiva: *“Después que el sepulturero Luis Artahona por más de cuatro veces se ha presentado en esta vicaría exponiendo no haber lugar donde sepultar, anda diciendo que cuando él quiere, no le falta sepultura. A este mismo doliente [el suegro] le dijo que tenía lugar donde enterrar al Orta, esto es motivo de muchas inquietudes. Sírvasse V.m. ponerlo preso para que le sirva de escarmiento”*⁷⁰⁶.

Poco pudo hacer el Capitán Aguerra para apoyar al sacerdote, pues la situación de orden público escaló rápidamente, como queda claro en su comunicación extraordinaria enviada al Gobernador Anastasio Zejudo ese mismo día, de la que destacamos 15 puntos básicos que quiso dejar claros Juan de Jesús Rada ante su superior:

1. Que él hizo construir a su costo el cementerio.
2. Que él había indicado que, si no se había concluido la puerta al momento de la primera inhumación, se solicitara un respaldo para clausurar la entrada con tablas.
3. Que el Maestro carpintero encargado de la puerta era Manuel Antonio Insignares, hermano del teniente de cura de Chirinos (al parecer, hubo retraso en la ejecución de esta obra).
4. Que la inauguración del camposanto contó con la asistencia del Alcalde Pedáneo y varios sacerdotes.
5. Que esta inauguración, de acuerdo con su percepción, se precipitó por la muerte de Pedro Orta, a pesar de no contar aún con la puerta.
6. Que a él lo mantuvieron al margen de los rumores y las noticias acerca del descontento popular en torno a las medidas tomadas frente al sepelio de Orta, lo que se unió a que vivía lejos y no se pudo enterar por sus propios medios.
7. Comenta que, al aumentar el descontento y el ánimo de la turba, se presentó el *“escandaloso hecho de haber ido a profanar el campo, romper su cercado y traer toda la madera hombres y mujeres, y muchachos a la plaza de la parroquia de este sitio, y clavar la cruz que había en aquel lugar en dicha plaza”*⁷⁰⁷.
8. Que, ante la imposibilidad de contrarrestar al pueblo sublevado, optó por guarecer los cuarteles y almacén de pólvora, enviando un *“... recaudo al comandante de*

⁷⁰⁶ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 4-5.

⁷⁰⁷ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 5-6.

*armas para que todo el auxilio que pudiese darme lo pasase a mi casa, pues como yo fui quien había hecho aquel lugar, debía recelarme más*⁷⁰⁸.

9. Que poco después “... llegaron a mi puerta los sublevados que dejo dicho en tanto número que se cubría la calle”⁷⁰⁹.

10. Que les preguntó a los dos que encabezaban la turba si eran sus líderes: “y no bien acababa de hacerles la esta pregunta y hacerles ver la acción escandalosa que están haciendo, cuando la turba respondieron generalmente en alta voz y con bastante desacato: ‘todos nosotros, todos nosotros’”⁷¹⁰.

11. Que ante esto no encontró otra salida que prometer que ordenaría la sepultura del difunto al interior de la iglesia, con la condición de que se dispersara la turba y anunciando que haría patrullar las calles, mandando prender a todos los que se hallasen en grupo superior a cinco personas.

12. Que “...por este mérito se alcanzó con el párroco se enterrase este cadáver en las parroquias sobre todo imposible”⁷¹¹.

13. Advierte al Sr. Gobernador que este hecho “puede tener perniciosas resultas”, pues es evidente que es necesario rehacer el camposanto.

14. Solicita se aplique justicia en contra de los “delincuentes” que encabezaron las protestas, para que “... no se llegue a pensar que yo como hijo de la patria con mis consanguíneos o afines pueda tener disimulo”⁷¹².

15. Anunciaba, por último, que se ausentaría del poblado para cobrar los tributos de su Majestad, por lo que dejaba las constancias al respecto.

Consiente de la gravedad de lo ocurrido, el padre Chirinos también le presentó su versión al gobernador Anastasio Zejudo ese mismo día, pero ajustándola, lo cual es muy interesante pues, contrario al caso del Capitán Aguerra, de él sí tenemos constancia de sus comunicaciones anteriores.

⁷⁰⁸ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 6.

⁷⁰⁹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 6.

⁷¹⁰ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 6.

⁷¹¹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 6.

⁷¹² AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 7.

Antes de entrar en los temas polémicos, es bueno resaltar la argumentación que ofrecía el sacerdote acerca de la necesidad urgente de crear un cementerio para Barranquilla, la cual no difiere mucho de la que hemos venido acumulando a lo largo de estos capítulos, haciendo la salvedad obvia, pues es pertinente, que al momento de escribir Chirinos su misiva, ya habían transcurrido 20 años desde la expedición de la Real Cédula primigenia, en los tiempos de Carlos III.

Las enfermedades experimentadas a más de dos años en esta feligresía han sido consecuentes a haber muerto en sólo el presente doscientos setenta individuos de la especie humana entre párvulos y adultos con este motivo no siendo bastante al ámbito de esta Parroquia a continuar en él excavando para dar sepultura al que fuese muriendo, ocurri a los jueces de este lugar para que tomasen las providencias que juzgasen más convenientes a destinar lugar o sitio donde pusiesen verificarse con acuerdo de la Real piadosa disposición de nuestro augusto soberano⁷¹³.

Pero como el problema no surgió por el porqué de la medida, sino por el cómo se aplicó, nos interesa analizar las justificaciones que ofrecía el cura Chirinos ante la máxima autoridad civil y militar en la provincia de Cartagena, las cuales, para agilizar, resumiremos en cuatro puntos básicos:

1. Afirmaba contar con licencia para bendecir él mismo el camposanto, sin previo visto bueno de sus superiores, gracias a un previo y expreso permiso concedido por el difunto Obispo de Cartagena, don Jerónimo de Liñán y Borda (fallecido en 1805). Esta precisión tenía mucha relevancia, pues indicaba a continuación que pese a haber enviado su solicitud al Provisor Vicario General de la Diócesis de Cartagena, aún no había recibido contestación oficial por parte de este.

2. Denunciaba Chirinos que, una vez bendecido el camposanto, la turba destruyó el lugar, trayéndose la cruz y sembrándola en la plaza. Sin embargo, no mencionó en ninguno de sus apartes a Pedro Orta o a su familia, así como omitió alusión alguna al sacristán.

3. Según su versión, al momento de la llegada de la turba se preparaba para inhumar a tres cadáveres (sin mencionar los nombres de los difuntos), siendo la primera vez que se alude a esta circunstancia a lo largo del proceso, el cual había girado en torno a la figura del cadáver de don Pedro Orta.

4. Por último, aseguraba estar informando al señor Gobernador para que se tomaran las medidas convenientes, con el fin de restablecer el orden y garantizar que el

⁷¹³ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 7.

cementerio fuera reacondicionado y se pusiera en funcionamiento, pues lo encontraba muy necesario⁷¹⁴.

Finalizada esa tensa jornada y probablemente estando ya el cadáver de don Pedro Orta sepultado en el templo, el cura Chirinos informó acerca de los desórdenes al Provisor Vicario General de la Diócesis, don Juan Marimón y Enríquez, copiándole además la carta que le había dirigido al Gobernador el día anterior para que estuviese al tanto del proceso. En su texto, el sacerdote se excusaba por bendecir el camposanto sin su visto bueno, pero alegó la urgencia del procedimiento y le ‘recordaba’ que contaba con permiso concedido tiempo atrás por el difunto Obispo de Cartagena, agregando que era un proyecto que se tenía pensado desde hacía varios años⁷¹⁵.

El sacerdote persistía en la cifra de tres cadáveres, narrándole con dramatismo a su superior eclesiástico cómo:

... a eso de las ocho de la mañana puesta en movimiento la infinita plebe de este vecindario se opusieron a que se sepultase en el nuevo cementerio, vejando impiamente este religioso lugar desclavando la cruz que estaba en medio y todas las estacas de su cerco y trayéndolas con algarada de hombres, mujeres y niños. Al tiempo que se celebraba la solemnidad la renovación de la Sagrada Eucaristía, colocaron la cruz al frente de la Iglesia con inmediación a mi casa y allí pusieron todas las estacas de expresado cementerio⁷¹⁶.

Como epílogo a su comunicación, agregaba Chirinos que: “*En este propio día [6 de noviembre] dicho Capitán [Juan de Jesús Rada] asociado al Alcalde y otros sujetos de clase, hicieron conducir la cruz y maderaje al mismo cementerio y lo han vuelto a cercar; pero la plebe comprende ha sido esta diligencia solamente para impedir la entrada de criminales, y no para sepultar los cadáveres*”⁷¹⁷.

Era evidente que tanto al autoridad civil y militar, como el sacerdote, se encontraban en una situación desesperada, en medio de la cual la turba los superaba no solo en número, sino en actividad y contundencia de sus acciones. Para ambos, tanto Rada como Chirinos,

⁷¹⁴ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 7-8.

⁷¹⁵ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 13.

⁷¹⁶ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 13.

⁷¹⁷ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 13.

era necesario conseguir apoyos que fortalecieran sus menoscabadas posiciones y les permitieran controlar la situación.

Fue así como el Capitán Aguerra, optó por solicitarle al comandante del destacamento de Sabanilla, Francisco Martínez Malo, que lo reforzara con sus tropas en caso de que continuaran los desórdenes. Una opción práctica desde lo logístico, toda vez que Sabanilla se encontraba lo suficientemente cerca de Barranquilla como para acudir a su urgente llamado, pero inviable desde lo político y lo humano si se optaba por recurrir a la fuerza.

Esta situación se evidencia en la nota que Martínez Malo le envió al Gobernador Zejudo el 6 de noviembre acerca de los hechos ocurridos en Barranquilla el día anterior, donde ratifica los destrozos efectuados en el cementerio y confirma que, ante la magnitud de la revuelta, sus tropas se concentraron en la custodia de la guarnición y el almacén de pólvora.

El militar se muestra poco optimista frente al panorama de orden público en la zona: *“...creyendo no sea este solo movimiento el que ocurra en el particular, por las especies generales que se corren y la renovación del campo santo, precaviendo el justo reparo, y no hago concepto, de que siendo la tropa de Milicias Patricias, incluso en el lance algunos de ellos o sus parientes no dejarán contra los suyos bien puesto el honor de las armas y menos a la justicia sostenida”*⁷¹⁸.

Precisamente fueron los representantes de esas tropas los que le agregaron un elemento novedoso a este proceso que se extiende por varios meses, al pronunciarse en nombre de la comunidad de la que eran y se sentían parte, más allá de los vínculos de sumisión y obediencia debida que tenían como militares activos. Se trata de las comunicaciones que el 11 de noviembre de 1807 le dirigieron los ‘doce cabos’ de las cuadrillas del sitio de San Nicolás de Tolentino de Barranquilla al Gobernador de la Provincia de Cartagena, don Anastasio Zejudo, bajo cuya jurisdicción estaba el poblado; y al Alcalde Pedáneo del lugar, exponiendo en ellas sus puntos de vista frente a esta situación.

Afirmaban los cabos en su misiva al Gobernador:

... Sin embargo que no se nos oculta una Real Cédula anteriormente despejada por su Majestad a fin de que en todas las ciudades, villas, lugares que componen este reino, se hiciese un campo Santo en donde se diese sepultura a los cadáveres cuerpos a extramuros de los lugares, pero como la matriz que nos gobierna [Cartagena] no lo ha hecho hasta ahora y como es de donde nosotros

⁷¹⁸ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 11.

tomamos la secuela, para nuestros gobierno estaremos prontos a hacerlo cuando de allí tomemos el mapa...⁷¹⁹.

Argumentos que complementaron en su carta al Alcalde Pedáneo, a quien le recordaron que: “... *para juntarnos a efecto de abrir el campo Santo hicimos presente que obedecíamos, pero que no era tiempo oportuno para hacerlo ni menos nos acomoda el lugar donde quieren hacerlo...*”⁷²⁰.

Notas cuando menos provocadoras, si se entiende que fueron firmadas por sujetos que hacían parte de la estructura colonial formal en un grado que, normalmente, debía limitarse al cumplimiento estricto de las órdenes (mucho más en su condición de militares), sin que se esperara por parte de ellos una respuesta diferente a la sumisión y la obediencia.

Pero los suboficiales no solo justificaban su oposición frente a las medidas, sino que se dieron a la tarea de sugerir nuevas maneras de acometer este tipo de obras, lo cual es algo más que significativo en medio de esta sociedad preindependentista; a la par de aprovechar su ascendente poder (al menos temporal), para denunciar hechos que les parecían injustos, así no estuviesen conectados directamente con el conflicto suscitado por el nuevo camposanto.

Así las cosas, en su comunicación al Gobernador Zejudo afirmaban estar de acuerdo en construir un nuevo cementerio, pero aclaraban que este debía estar alrededor de la iglesia, solicitando a su vez que no se les recargara el derecho de fábrica a los vecinos (sin excepciones). Conscientes de la necesidad de fondos, exponían: “... *y para que haiga las expensas suficientes y necesarias, nos comprometemos a hacer a favor de ella siete bóvedas dentro de dicho templo con tal que el que quiera ser enterrado en ellas, ha de dar una limosna de cien pesos sin que goce de privilegio ni el padre, ni la madre, ni la gente de los sacerdotes, como ninguna otra persona de clase ninguna*”⁷²¹.

De igual manera, proponían la construcción de otras bóvedas en el nuevo cementerio, en las que se tendría que pagar 50 pesos por los derechos de inhumación, sufragando así los costos de las obras que acometerían. “*Y si alguno quisiese sepultarse en el suelo de dicho*

⁷¹⁹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 8.

⁷²⁰ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 10.

⁷²¹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 8.

templo, y no en la bóveda que dicho llevamos a Su Señoría, haiga de sufrir precisamente la exhibición de la limosna de cincuenta pesos y para la recaudación de estos intereses se ha de servir Su Señoría nombrarnos un Síndico Procurador de estos intereses”⁷²².

De acuerdo con el pliego firmado por los ‘doce cabos’, este Síndico Procurador debía ser elegido cada año, presentando al final de su periodo las cuentas tanto “*de la distribución, como de la recaudación*”⁷²³. Medida que consideran necesaria al afirmar que llevaban 20 años sin tener información alguna acerca de las arcas de la iglesia, cuyos fondos se vieron desviados, afirmaban, a la Casa de Curato⁷²⁴.

Este grave hecho, según ellos, se presentó desde los tiempos del anterior cura de Barranquilla, don Dionisio Monomo, de quien al parecer el padre Chirinos fue su segundo por un tiempo, antes de relevarlo en el cargo. Sin embargo, no elevaron ninguna queja contra este último, más allá de ser el directamente afectado por la revuelta popular que habían protagonizado los habitantes de la ciudad.

Con quien no se mostraron para nada considerados ni complacientes, fue con don Zeledón Lascarro, vecino de Barranquilla al que se le había concedido la dignidad de juez y autorizado abrir una bóveda dentro de la iglesia, por supuestamente haber aportado limosnas para la refacción del templo, aportes que contaban con las certificaciones emitidas por el cura y el vicario en ese sentido. Para los ‘doce cabos’, quienes realmente adelantaron las obras fueron las personas que se encontraban a su mando, utilizando además los recursos comunales (fondo de ‘posibles’). Por tal motivo, los suboficiales le solicitaban al Gobernador que intercediera para el cierre de la bóveda de Lascarro, haciendo que el juez entrara “*al cúmulo de los demás vecinos*”⁷²⁵.

Por último, los cabos solicitaban se enviara a un “*imparcial*” para que revisara “*los demás dineros que por modos de fondos hay retenidos para que, reconocidos, se les dé el*

⁷²² AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 8.

⁷²³ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 8.

⁷²⁴ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 9.

⁷²⁵ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 9.

curso conveniente, y sus réditos queden a beneficio de fábrica para alivio de los pobres que incesantemente trabajan en este pobre sitio”⁷²⁶.

5.2.3 Entre la represión y la concertación: propuestas y controversias en torno al comportamiento de la población barranquillera

Mientras los ‘doce cabos’ centraban sus reparos y propuestas en aspectos logísticos, económicos y, hasta cierto punto, políticos, en Cartagena el Provisor Vicario General de la Diócesis, don Juan Marimón y Enríquez, le presentó al gobernador Zejudo otra alternativa en términos más pastorales. Aunque manifestaba su preocupación y reparos frente al levantamiento popular, el prelado en su comunicación del 14 de noviembre exponía que: *“...para desvanecer en parte las preocupaciones de aquel pueblo, he alcanzado del Ilustrísimo señor doctor don Marco Moriana* conceda 40 días de indulgencias a todas las personas que acompañasen cualquier entierro en dicho cementerio*”⁷²⁷.

Menos ‘indulgente’ con los alzados se mostró el joven y, para la época, recién posesionado Síndico Procurador General de Cartagena, don Joaquín Villamil y Canabal⁷²⁸, quien conceptuó que, con base en la comunicación enviada por el Capitán Aguerra, eran apropiadas las medidas que se habían tomado en cuanto a la construcción del cementerio de Barranquilla, pero lamentaba que no se hubiesen impuesto por la fuerza ante la oposición popular. Para Villamil y Canabal, en su comunicación emitida el 16 de noviembre, los líderes del movimiento, incluyendo los ‘doce cabos’, debían ser castigados y remitidos presos a Cartagena, pues de su *“escarmiento dependía el buen orden de las poblaciones*”⁷²⁹.

⁷²⁶ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 9.

* Aunque desde 1804 don Marcos Moriana y Zafrilla figuraba en la Gaceta de Madrid como recién nombrado Obispo en la diócesis de Michoacán, para el año 1807 continuaba ejerciendo como Inquisidor Decano para el Triunal de Cartagena.

⁷²⁷ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 14.

⁷²⁸ Martínez Garnica, Armando y Gutiérrez Ardila, Daniel, *Quién es quién en 1810. Guía de forasteros del Virreinato de Santafé*, Escuela de Ciencias Humanas - Universidad Industrial de Santander (Bucaramanga) y Editorial Universidad del Rosario (Bogotá), 2010, 56.

⁷²⁹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 11-12.

Al parecer, el veterano Gobernador Zejudo hizo más caso al joven Procurador, que a las propuestas de los ‘doce cabos’ o a la alternativa pastoral ofrecida por el presbítero Marimón y Enríquez, pues la providencia emitida el 18 de noviembre fue dura y contundente:

Estando mandado por Su Majestad en su Real Cédula de 15 de mayo de 1804 se ponga en ejecución la construcción de cementerios fuera de poblado a distancia regular, que hasta ahora no se han cumplido en esta ciudad por falta de fondos, no es negocio que incumbe a los vecinos de Barranquilla como expresan en su atrevida representación quienes por su propio beneficio, o conservación de la salud pública deberían solicitarlo para evitar la peste y la mortandad que los aflige causada por los vapores meplísticos (sic) que exhala la podredumbre de porciones de cadáveres que hayan sepultados en la única iglesia que tienen⁷³⁰.

Al parecer al Gobernador Zejudo, a quien como vimos ya le había correspondido liderar el arduo y dilatado camino de aprobación y erección del pequeño cementerio para los fallecidos en el Hospital Militar de San Carlos de Cartagena, poca gracia le hicieron los comentarios de los ‘doce cabos’ relacionados con la negativa a que se experimentaran con ellos, las medidas que no se habían aplicado en la capital provincial; aunque el Gobernador y Capitán General alegaba en su defensa la “*falta de fondos*”, sin mencionar la previsible y quizás obvia ausencia de voluntades. Efectivamente no se ha logrado rastrear hasta el momento algún proceso relacionado con la creación de un cementerio general para la ciudad de Cartagena, más allá de las cortesés y protocolarias notas de recibo y acatamiento de las órdenes que se despachaban de cuando en cuando en ese sentido.

Continuando con la resolución emitida, se comisionó al Capitán de Dragones don Manuel Roca, para cumplir las órdenes del Síndico Procurador General en torno a la represión de los líderes de las turbas y el reacondicionamiento del cementerio de Barranquilla. Con el envío de este oficial y su tropa, se daba respuesta a la nota del comandante del regimiento de Sabanilla, Francisco Martínez Malo, quien como vimos anteriormente, había dejado en claro que al ser sus hombres del mismo sitio donde deberían intervenir, dudaba que fueran efectivos al actuar contra sus vecinos⁷³¹.

En cuanto al Capitán Aguerra, Juan de Jesús Rada, las autoridades cartageneras lo conminaban a tomar una posición clara: “*si sus conexiones le impiden administrar justicia y sostener el buen orden, haciéndose obedecer y respetar, manteniendo en paz y quietud la*

⁷³⁰ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 12.

⁷³¹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 11.

*población e impidiendo un desorden como el acaecido, lo haga presente para nombrar quien desempeñe su oficio”*⁷³².

5.2.4 Una salida más prudente... y un cementerio que se perdió en el olvido

Si bien copias de estas comunicaciones fueron remitidas directamente al padre Chirinos y al Capitán Aguerra, fue el comandante Martínez Malo el primero en reaccionar, reiterando su angustioso llamado a actuar con prudencia, dado el estado de exaltación y máxima alerta en que se encontraba la población. Así lo dejaba ver en su nota fechada el 24 de noviembre y dirigida al Capitán General Zejudo, el comandante del destacamento de Sabanilla:

Me veo en la precisión, sin perder un solo instante de tiempo, de repetir a Vuestra Señoría las noticias del estado de fermentación general, en que sin excepción de sexo ni de edades se halla este vulgo. Es tan general la preocupación popular que públicamente en todas las casas sólo se oye llamar al citado destino ‘Corral de Cerdos’ y repetir que, si tratan de enterrar alguno de Barranquilla allí, se acabará el pueblo aquel día⁷³³.

Frente a este estado de agitación, Martínez Malo recalca en las “*poderosas razones que por natural efecto de la sangre hallo en la tropa destinada en esta guarnición, como tan inmediatos parientes todos y tanto que, según trascendencia, es uno de los principales un sargento segundo de voluntarios*”⁷³⁴. Por esta causa, solicitaba se le auxiliara con “*el número de tropa veterana o de milicia de pardos de estos criollos, con quienes se puede sostener cualquier ocurrencia con el honor y lucimiento que todo oficial empleado así debe esperar*”⁷³⁵.

En su misiva, el militar revelaba detalles antes no mencionados de los hechos ocurridos del 5 de noviembre:

No omito el conocimiento tomado de lo sucedido en el inmediato sitio de Soledad el mismo día de la sublevación, que con motivo de ser natural de allí aunque aquí avecindado el difunto que se trató de enterrar en el Campo Santo, **salieron doscientos hombres de aquel pueblo para éste con determinación de llevarse el cadáver de su paisano a su iglesia**, los que estuvieron en

⁷³² AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 13.

⁷³³ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 16.

⁷³⁴ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 16.

⁷³⁵ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 16.

camino hasta el primer arroyo que separa los vecindarios donde sabiendo se había sepultado en la Iglesia, se retiraron con esta noticia. Las mujeres y muchachos son los más seducidos y primeros a cualquiera ejecución, como ya se ha visto, y sin duda serán víctimas muchas de estas especies a la primera novedad, la que creo evitada con sólo el recurso de otra tropa, pues la confianza de paisanos en la que aquí hay, es la causa del fatal estado de determinación en el que se hayan para el caso los habitantes⁷³⁶.

Así pues, si con los relatos que habían hecho llegar el padre Chirinos y el Capitán Aguerra, así como el primer comunicado de Martínez Malo, las autoridades cartageneras tuvieron noticias de un motín popular de grandes proporciones; la nueva comunicación del comandante del destacamento de Sabanilla era más que preocupante. Lo suficiente como para que la frase de despedida del militar sonara a un valiente grito de impotencia: “*Deseo cubrir mi responsabilidad y más que todo hacer cumplir las órdenes de Vuestra Señoría*”⁷³⁷.

Ante la gravedad de las noticias remitidas por Martínez Malo, se le transmitieron el 27 de noviembre los pliegos de su denuncia al General Antonio Francisco Merlano para “*la providencia que corresponda con la preferencia que exige la gravedad del asunto*”⁷³⁸, así como al Síndico Procurador Villamil y Canabal para que “*en vista de este parte, exponga su concepto con la brevedad que requiere el estado actual de este negocio*”⁷³⁹.

Don Joaquín Villamil y Canabal mostró de nuevo su talante decidido y, consecuente con su concepto anterior, remitió ese mismo día su respuesta en duros términos:

El Síndico Procurador General dice: que en el concepto de que las conmociones del sitio de Barranquilla resultantes del establecimiento provisional del cementerio, continuaron con mayor fuerza y que el pueblo se fermenta cada vez más oponiéndose a una tan justa determinación (...) que esta providencia tomada por Vuestra Señoría no puede hacerse efectiva por la falta de tropa, que preste el auxilio tan necesario en estos casos; el Síndico juzga indispensable el que se remita al comisionado el competente número de ella [tropa] que esté a su disposición (...) previniéndosele que como que tiene la cosa presente, proceda con el mayor pulso y reflexión mediante las circunstancias en que asegura hallarse aquel pueblo y el conocido incremento que ha tomado su primera conmoción⁷⁴⁰.

⁷³⁶ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 16-17 (Las negrillas son nuestras).

⁷³⁷ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 17.

⁷³⁸ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 17.

⁷³⁹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 17.

⁷⁴⁰ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 17-18.

Sin embargo, el abogado y Asesor del Gobernador y Capitán General, don José Francisco de Munive y Mozo de la Torre, marcó la pauta de lo que sería la solución definitiva de la situación. El efectivo envío de tropas, en número y de calidad suficiente para disuadir a las turbas, pero con instrucciones de actuar con discreción y prudencia, de tal manera que no se exacerbaran los ánimos y evitar así, daños en la población y un conflicto político y social que podría extenderse a otros territorios.

El asunto de que trata (...) es de la mayor gravedad por todas sus circunstancias, y por lo mismo es de procederse con el pulso que requiere la defensa de la tranquilidad pública (...) y para evitar las fatales consecuencias que pueden resultar por falta de auxilio, soy de sentir que puede V. S. mandar el número de soldados veteranos o milicianos que gradúe suficientes a cargo de algún oficial de su satisfacción (...) Puede V.S. resolver en todo como le parezca más acertado dando a dicho Comandante las órdenes e instrucciones que tenga por conveniente y cuenta con testimonio de esto novedad el Excelentísimo Señor Virrey del Reino para su superior inteligencia y aprobación⁷⁴¹.

Atrás quedaron las amenazas de capturas a los ‘doce cabos’ y el propósito de generar un escarmiento público a las turbas envalentonadas, sin menoscabo de fortalecer la presencia de las autoridades a través del envío del *“oficial don José del Fierro con un sargento, un tambor, dos cabos, y treinta soldados del regimiento fijo”*⁷⁴², quienes debían pasar *“al Sitio de Barranquilla a las órdenes de aquel Comandante don Francisco Martínez Malo, dando al efecto por este Gobierno las competentes órdenes e instrucciones para su arreglo y a quien corresponde para el apresto, bagajes y municiones de tropa”*⁷⁴³.

El proceso finalizó ahí, al menos en sus fases documentadas, ubicadas y transcritas a la fecha, cuando el 28 de noviembre se le remitieron copias al Virrey de todos los pormenores del proceso. Desconocemos por tanto cuánto tardó en acomodarse a las nuevas normativas la comunidad del pequeño sitio de Barranquilla o si las propuestas de los ‘doce cabos’ terminaron por ser acogidas por las autoridades que poco a poco (al menos lo imaginamos), retomaron su rol de mando, pero que ya estaban instruidas tras la dura experiencia vivida, acerca de lo delicado que era intervenir en la materia funeraria, sin efectuar un proceso de adaptación y diálogo con las comunidades que se veían afectadas por la norma.

⁷⁴¹ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 18.

⁷⁴² AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 18.

⁷⁴³ AGN, Hospitales y Cementerios, Tomo 3, folios 988 – 1007, en: “La creación del primer cementerio público en Barranquilla”, 18.

Y es que, como en su momento lo indicaron los voceros de la comunidad, poco se puede hacer para cambiar una práctica tan posesionada, sin ofrecer antes referentes y ejemplos que faciliten la reinterpretación de los usos y costumbres, instalando paulatinamente otros nuevos. Algo que la propia Cartagena no consiguió hacer a lo largo del periodo revisado, ni en los turbulentos años de su ‘vida independiente’; siendo mérito del propio Teniente General de los Reales Ejércitos don Pablo Morillo el de impulsar definitivamente el proceso y crear el cementerio extramuros para la ciudad, amparado en la experiencia que ya había tenido en su viaje, cuando en calidad de Capitán General Interino de Venezuela, lanzó el 21 de junio de 1815 una comunicación en torno a la construcción de cementerios en dicho territorio⁷⁴⁴.

5.3 Crisis y declive de los primeros cementerios extramuros en el Nuevo Reino de Granada

Pese a los esfuerzos y los procesos reconstruidos, es evidente que las argumentaciones y acciones ‘ilustradas’, poco lograron contrarrestar las prácticas y los hábitos funerarios preexistentes en los contextos urbanos del antiguo Virreinato del Nuevo Reino de Granada, como lo ratifica el hecho de que en la actualidad no sobreviva ninguno de los cementerios extramuros construidos en los años finales del periodo colonial. Situación que contrasta con el hoy Museo Cementerio Presbítero Matías Maestro de la ciudad de Lima, caso que tuvimos la oportunidad de tratar en el capítulo dedicado a los principales antecedentes en la construcción de cementerios en el ámbito hispanoamericano.

Retomando la periodización que hicimos al iniciar este trabajo, el declive de los primeros cementerios extramuros que se construyeron en el Nuevo Reino de Granada, coincide con las periodicidades tres y cuatro que enunciamos en nuestra introducción, denominadas: Periodo de transición (1810-1819) y Periodo republicano (1819-1832)*, respectivamente.

En cuanto al primero de estos, corto y convulso en grado extremo, es evidente que sirvió de transición en el proceso de construcción de cementerios extramuros, pues al resquebrajarse el aparato jurídico y generarse estados de excepción, fue necesario sepultar

⁷⁴⁴ Duque, Ana Hilda y Medina, Lolibeth, *De enterrados a fieles difuntos*, 54.

* Ver sección **Enfoque cronológico y geográfico**, de la introducción de este trabajo.

(si es que se hizo), decenas de cadáveres fruto del conflicto. Fue así como ante los enfrentamientos bélicos, las represiones y los daños colaterales de la confrontación (hambre y epidemias), las autoridades que se consideraban ‘legítimas’ o las facciones contrarias (advirtiendo que tanto ‘realistas’ como ‘patriotas’, tuvieron una amalgama compleja de formas de gobierno), fueron las encargadas de aplicar o no, las normativas borbónicas.

Sin embargo, la lenta y progresiva implantación del régimen republicano colombiano⁷⁴⁵ permitió que los espacios que sobrevivieron a su fase de discusión, construcción y puesta en funcionamiento, gozaran de un corto pero interesante proceso de apogeo, el cual no bastó, sin embargo, para que sobreviviesen como espacios, así la nueva práctica funeraria se consolidara lentamente como veremos a continuación.

5.3.1 El Cementerio ‘La Pepita’ de Santafé de Bogotá: mucho entusiasmo, pocos resultados

Como ejemplo de esta situación, se puede citar el caso del Cementerio de Occidente en la capital Virreinal, conocido popularmente como ‘La Pepita’. Este tuvo una corta vida, pues cargó desde su inauguración con el estigma de ser un camposanto creado para recibir los muertos producidos por la epidemia de viruela, situación que fue entendida como un ‘factor de riesgo’ para los deudos de personas fallecidas por otras causas.

Como anotamos en los capítulos iniciales de este trabajo, pese a la resistencia que generaron esta clase de espacios funerarios extramuros, existieron factores atenuantes, como eran el caso de las pestes... y la guerra. Es así como a pesar de que, en buena medida, se le ha perdido el rastro documental al Cementerio de Occidente por casi 20 años, de su pervivencia en 1814 dejó constancia don Pedro María Ibáñez en sus *Crónicas de Bogotá*, publicadas originalmente en 1891.

Según Ibáñez, quien reproduce un testimonio del Marqués de San Jorge, tras la sangrienta toma de Bogotá por las tropas federalistas comandadas por Simón Bolívar el 10 de diciembre de 1814 y la capitulación de don Manuel Bernardo Álvarez, líder político de la Cundinamarca centralista: “*Las tropas de los dos Ejércitos, que ya fraternizaban, se ocuparon en sepultar los cadáveres, ya en el panteón anexo a la iglesia de Santa Bárbara,*

⁷⁴⁵ En su versión primigenia que, como se explicó en la introducción, incluía los territorios del Virreinato del Nuevo Reino de Granada (antiguas audiencias de Santafé y de Quito), así como la provincia de Panamá y la Capitanía General de Venezuela.

ya en el **cementerio del occidente de la ciudad**, ya en el amplio atrio de San Diego, cerca a la monumental cruz de piedra que allí existe, y junto a las fosas donde fueron enterrados los muertos en el combate del 9 de enero del año anterior”^{746*}.

Esta alusión a los tres espacios de sepultura utilizados en simultáneo para la inhumación de los caídos en medio de esta batalla entre patriotas, nos permite hacernos a la idea de los pocos avances que había tenido el proceso, pues si bien todos estaban ubicados en los extramuros de la Bogotá de la época (o muy cerca a sus límites), dos de ellos tenían mucho más que ver con las tradicionales inhumaciones eclesiásticas intramuros (así se hable de un ‘panteón anexo’ al templo de Santa Bárbara y del amplio atrio de la iglesia de San Diego). Y es que, al parecer, la tercera opción, el Cementerio de Occidente, era el menos apetecido... al menos eso es lo que se puede inferir tras leer la anotación de Ibáñez al respecto, en la que, si bien no menciona los templos, describe de manera particular el camposanto extramuros:

Terminada la guerra, todos se miraron como hermanos, y el orden reinó en la ciudad, en cuyo cementerio, **un huerto situado al occidente del poblado**, se enterraron 300 cadáveres de las víctimas de aquella lucha nacida del extravío. Reunido el Colegio electoral, eligió Gobernador de Cundinamarca á D. José Miguel Pey, servidor de la patria desde el 20 de Julio de 1810, quien apoyó la idea de celebrar unas honras fúnebres en honor y memoria de las víctimas de aquella lucha de hermanos, las que tuvieron lugar en San Agustín, con asistencia de vencedores y vencidos, el 7 de enero de 1815⁷⁴⁷.

Esta carga simbólica negativa, nos permite pensar que el ser sepultado en este espacio (así se le llamara con el apelativo de ‘huerto’) fue entendido por los habitantes de la antigua capital virreinal como algo indigno, sin importar que el cementerio hubiese sido consagrado el 30 de noviembre de 1793 por el entonces Arzobispo de Santafé, Don Baltasar Jaime Martínez Compañón⁷⁴⁸, tal y como lo expusimos al hablar de su proceso de instauración páginas atrás. Indignidad que también pudo convertirse en castigo para ajusticiados, maleantes y ‘pecadores públicos’.

⁷⁴⁶ Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá Tomo III*, 72. (Las negrillas son nuestras).

* En cuanto al combate del 9 de enero de 1813, se refiere al intento de toma de la ciudad por parte de las tropas federalistas de Antonio Baraya, repelido por Antonio Nariño. Según Ibáñez, una de las ‘acciones de guerra’ que se presentaron en el combate de 1814, fue la destrucción de la placa conmemorativa de la victoria que había instalado Nariño en la Plaza de San Victorino, eje de los combates de 1813.

⁷⁴⁷ Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá Tomo III*, 74. (Las negrillas son nuestras).

⁷⁴⁸ Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá Tomo II*, 82.

Fue precisamente para esta época que se elaboró una nueva versión del *Plano Geométrico de la ciudad de Santafé para el año 1791*, producido 25 años antes por Domingo Esquiaqui. Esta edición estuvo a cargo de oficiales al servicio del Ejército Expedicionario Español que retomó Santafé en 1816 bajo el mando supremo de ‘El Pacificador’ Pablo Morillo y si bien hay algunas versiones que indican que para la época el anciano coronel italiano (quien al parecer había abrazado desde sus inicios la causa independentista), fue perseguido por las tropas de la Reconquista, es muy significativo que se le hayan dado los créditos a su obra en la parte baja del plano. Esta circunstancia suscitó la confusión de muchos colegas contemporáneos (y quizás del propio Enrique Ortega), pero no se puede pasar por alto que está marcado “*Para el uso del Ejército Expedicionario (ilegible) en 1816*”.

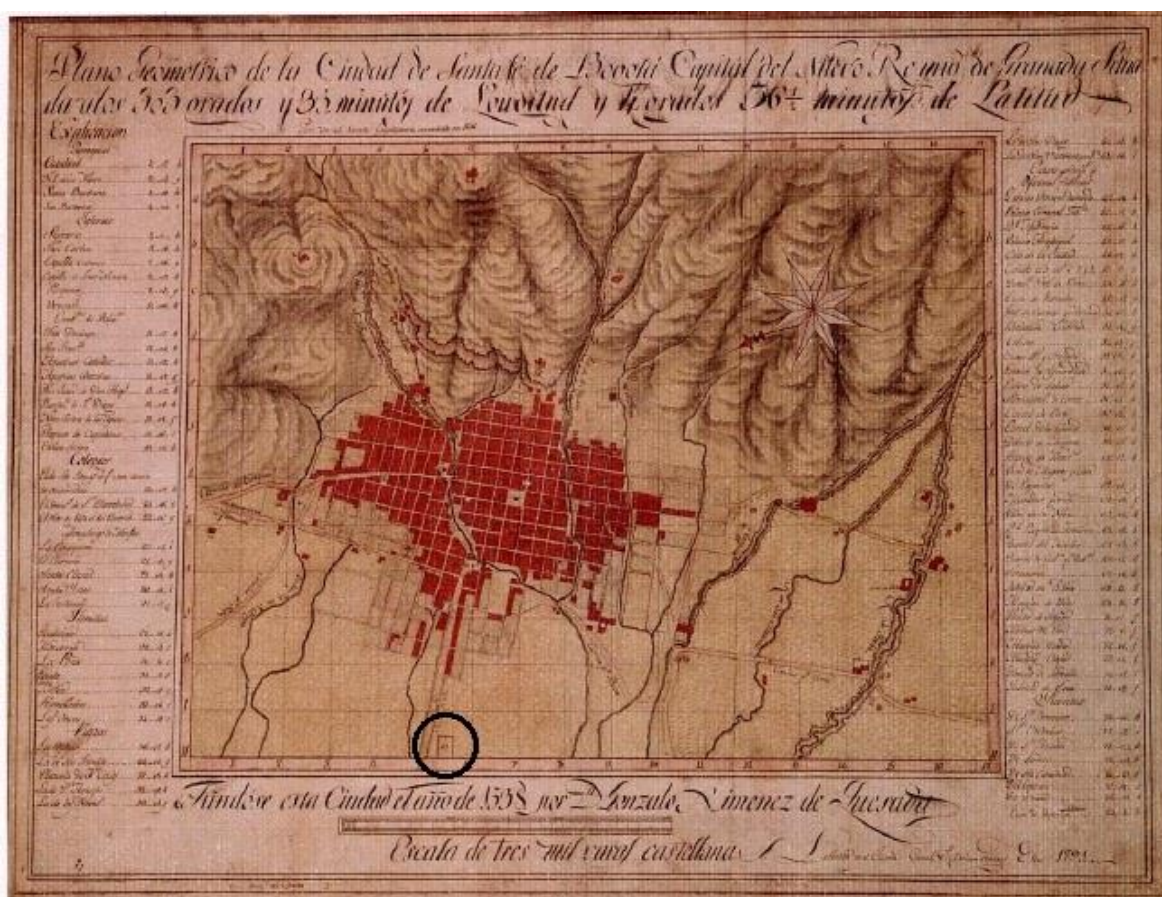


Imagen 48: Adaptación del Plano Geométrico de la ciudad de Santafé para el año 1791, realizada por el Ejército Expedicionario de Pablo Morillo en 1816⁷⁴⁹.

⁷⁴⁹ Servicio Geográfico del Ejército, “Plano geométrico de la ciudad de Santa Fe de Bogotá”, en http://www.geoinstitutos.org/ciudades_america/bogota.html (consultado 21/08/2018).

En este plano aparece claramente al centro en la parte baja y marcado con el número 67 el “*Sementerio*”, tal y como lo ratifica la tabla explicativa del costado derecho. Un espacio que para la época ya se encontraba construido y en uso, así su reputación distara mucho de los esfuerzos y sueños ilustrados que inspiraron su concepción en los tiempos del Virrey Ezpeleta.

Esta hipótesis es refrendada por varias de las noticias recopiladas por Ibáñez en sus *Crónicas*, en las que anotó, por ejemplo, como el 26 de mayo de 1818 Victorino Murcia, miembro de la guerrilla de Los Almeida, fue trasladado al Cementerio de Occidente para ser sepultado tras su fusilamiento en la plaza pública⁷⁵⁰. Destino similar probablemente corrieron los cuerpos de tres de los compañeros de guerrilla de Murcia: Laureano Sierra, Pioquinto Bernal y Bonifacio Fernández, quienes fueron ejecutados el 7 de agosto de 1819⁷⁵¹. Paradójicamente, mientras Bolívar le asestaba el golpe definitivo a las tropas de Barreiro que se replegaban derrotadas a la capital virreinal, tras el sangriento enfrentamiento del Pantano de Vargas, estos tres hombres fueron condenados al olvido definitivo en un cementerio cargado de estigmas.

Una probable descripción del lamentable estado del cementerio extramuros ubicado al occidente de la ciudad de Santafé, la encontramos en el proceso adelantado en 1807 por parte del párroco de la cercana población de Chipaque, Fray José de San Andrés Moya, para la construcción de un cementerio en su jurisdicción. Según la profesora Adriana María Alzate, ante los problemas que se presentaban en el templo parroquial por la acumulación de cadáveres, afirmaba el religioso en su comunicación al corregidor que intentó utilizar el atrio, encontrándolo lleno, así como “*servirse del cementerio de la iglesia metropolitana [presumiblemente el cementerio de occidente], pero tampoco había podido usarlo de manera eficaz pues su terreno se encontraba sin cerca y sin ninguna otra señal de lugar sagrado que una cruz grande colocada al frente del campo*”⁷⁵².

Así pues, el que el área del cementerio extramuros hubiese sido consagrada, no hacía que el miedo a las profanaciones, el olvido y la precariedad de este cementerio, lograsen convencer a la población santafereña de su viabilidad, siendo visto más como un castigo para malhechores o una maldición a los pobres, enfermos y desamparados; que como una

⁷⁵⁰ Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá Tomo III*, 458.

⁷⁵¹ Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá Tomo IV*, 32.

⁷⁵² Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá Tomo IV*, 32.

verdadera solución a los problemas que engendraba la acumulación de los cadáveres en templos, conventos y hospitales, casi todos ubicados en las zonas urbanas.

Regresando al tema de los condenados a muerte, estos por lo general sufrían el doble castigo de su ejecución y la posterior negación de su sepelio en tierra consagrada. Sin embargo, esta norma tuvo numerosas excepciones, en especial cuando se trataba de miembros de las élites neogranadinas. Aunque muchos de ellos fueron pasados por las armas e inhumados en el Cementerio de Occidente (o, literalmente, desaparecieron tras su desmembramiento y larga exposición en espacios públicos, como fue el caso del cuerpo de Camilo Torres Tenorio); gracias a sus influencias o las súplicas de sus familiares, otros consiguieron un espacio en la capilla de la Hermandad de La Veracruz. Al respecto, anotaba Ibáñez en sus Crónicas: *“En sus últimos momentos fueron auxiliados por miembros de esta hermandad, comunidad que había asumido como tarea el acompañamiento de los condenados a muerte”*⁷⁵³.

Uno de los beneficiados con esta postrera gracia, fue Francisco José de Caldas, de cuya muerte y ‘funeral’, Ibáñez recopiló un particular relato, proveniente del coronel Cruz Ojeda, venezolano que en sus años de juventud, tras caer preso, sirvió como soldado forzado para las tropas de la Reconquista:

Fui prisionero en Cachirí, y me ocupaban los españoles en Bogotá en conducir a la fosa los cadáveres de los patriotas fusilados. En consecuencia, presencié el fusilamiento de Caldas y Ulloa, y fui testigo del horror con que murió el primero, y de la arrogancia que en el patíbulo desplegó el último. Caldas murió a la primera descarga, cuyos ocho tiros le entraron por la espalda y le abrieron una inmensa tronera en el pecho. El taco de uno de ellos incendió el vestido, y yo apagué el fuego con agua que tomé en la pila vecina. Los cadáveres fueron colocados en sendas parihuelas; el de Caldas quedó como a horcajadas, y lo taparon con un paño de frisa de la que aún se estila usar en nuestro pueblo. Al conducir el cadáver de Caldas a la iglesia de La Veracruz, y ya en el vestíbulo de ésta, yo, que estaba enfermo de disentería, y además muy conmovido, caí en tierra, arrastrando conmigo el cadáver y manchándome con la sangre que de éste salía en abundancia⁷⁵⁴.

Así pues, pese a su trágica muerte y lo precario de su sepelio, el cadáver del ‘Sabio’ Caldas quedó protegido bajo la prerrogativa y connotación del ‘suelo sagrado’, de donde luego pudo ser recuperado y trasladado a los espacios es los que se le rindió homenaje a sus

⁷⁵³ AGN, Colonia, Hospitales y Cementerios, Tomo 4, folios 321-341. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *El imperativo higienista o la negociación de la norma*, 88.

⁷⁵⁴ Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá Tomo III*, 176.

restos, situación que estuvo lejos de las posibilidades de la gran mayoría que fueron sepultados en el precario camposanto construido en los extramuros de la ciudad.

Este simbólico castigo de enviar al Cementerio de Occidente a los condenados a muerte, fue replicado por los patriotas una vez retomaron el control de Santafé. Al respecto, Ana Luz Rodríguez consignó en su texto cómo en octubre de 1819, el coronel Barreiro y todos los oficiales españoles que cayeron prisioneros en la batalla de Boyacá, fueron ajusticiados por orden de Francisco de Paula Santander. Condena a la que se le agregó otro ingrediente punitivo: *“fueron pasados por las armas, en el costado sur de la Plaza Mayor, frente a la casa de Las Audiencias. Los cadáveres fueron inhumados en el camposanto de occidente en fosa común”*⁷⁵⁵.

Por si no fuera poco el ser considerado por años como un espacio de castigo y con mala reputación, conforme se consolidó el gobierno republicano en cabeza del general Santander y se retomaron las discusiones en torno a la necesidad de crear cementerios extramuros para la capital colombiana, los sectores sociales más pudientes señalaron a la ‘Pepita’ de ser un ‘cementerio popular’, lo que lo hacía indigno de albergar sus despojos y los de sus familiares.

Esta opinión la consignó en su texto el Arquitecto Escovar Wilson White: *“Al tener una connotación popular, las personas de mayor solvencia económica se negaron a ser enterradas en él y por este motivo, el señor Buenaventura Ahumada, quien en 1822 se desempeñaba como alcalde ordinario de segunda nominación de la ciudad, le solicitó al Cabildo que designara un nuevo terreno para la construcción de otro cementerio”*⁷⁵⁶.

De acuerdo con las fuentes consultadas, el Cabildo santaferño acogió la propuesta de Ahumada en 1823^{757*}, lo que no significa que se hayan logrado ubicar menciones o noticias acerca de avances significativos en cuanto a la gestión, delimitación, construcción y puesta en funcionamiento del nuevo cementerio. Por tanto, se sospecha que los lugares

⁷⁵⁵ Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 206.

⁷⁵⁶ Escovar Wilson-White, Alberto, *El Cementerio Central de Bogotá*, 3.

⁷⁵⁷ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 30.

* Incluso autores como Escovar Wilson-White y varios sitios web dedicados a la historia del Cementerio Central de Bogotá, reproducen la versión de que el propio Ahumada fue el primer inhumado en dicho cementerio, sin que se haya podido ubicar una fuente de época que confirme o desestime esa posibilidad. Es por eso que no la incluimos en nuestro corpus, pero dejamos al margen esta aclaración. De todas maneras, la muerte de Ahumada se produjo 15 años después, en 1838, lo cual hace perder credibilidad a versiones contemporáneas que relacionan los dos hechos: la fundación del supuesto cementerio de 1823 y la inhumación en él de Ahumada ese mismo año o poco tiempo después.

sepulcrales intramurales y el propio Cementerio de Occidente siguieron en uso por al menos una década más.

Esta hipótesis toma validez cuando se constata que el jefe de Policía de Bogotá publicó en agosto de 1828, un informe en el que anotaba que no existía un sitio adecuado para inhumar a los muertos de la ciudad⁷⁵⁸, lo que nos permite pensar que la iniciativa de Ahumada (al menos hasta ese momento) no había pasado de ser ‘una más’ en medio de los discursos que buscaban promover este cambio en las tradiciones funerarias de los capitalinos.

Es en este punto en el que interviene Simón Bolívar, al expedir una normativa de carácter general, aplicable a todo el territorio colombiano, pero en la que hace mención expresa de Bogotá. Se trata del Artículo 2 del Decreto firmado por El Libertador el 15 de octubre de 1827, en el que tras argumentar que “*Debiendo cuidar el poder Ejecutivo que se cumplan exactamente las disposiciones legales y las leyes que prohíben se entierren los cadáveres en los templos en lo que se halla interesado altamente el decoro del culto y la salud pública*”⁷⁵⁹, ordenó:

Art 2: en consecuencia en la capital desde el 25 del corriente [octubre] y en las ciudades, villas y parroquias dentro de 10 días después de publicado el presente decreto, ningún cadáver en cualquier estado, condición o sexo que haya sido, será enterrado en ningún templo, capilla, bóveda, cementerio dentro del poblado, ni casa o terreno particular de las mismas poblaciones, y todos los cadáveres irán a los cementerios según queda prevenido en el artículo 1^o⁷⁶⁰.

Ante lo corto y perentorio del plazo, y estando para ese entonces Bolívar ‘avecindado’ en Bogotá, es claro que existía un cementerio extramuros, pero lo que no podemos aún afirmar es si se trataba del antiguo Cementerio de Occidente o del incipiente camposanto proyectado por don Juan José Buenaventura de Ahumada al norte de la ciudad (futuro Cementerio Central). Lo cierto es que, si tenemos en la cuenta la denuncia del jefe de policía que publicó la gaceta, cualquiera de las dos opciones no ofrecía las mejores condiciones en cuanto a salubridad y dignidad.

⁷⁵⁸ *Gaceta de Colombia* # 365, Bogotá, 3 de agosto de 1828, p. 2-3. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 215.

⁷⁵⁹ Decreto de 15 de octubre de 1827, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, Tipografía Cervantes, Caracas, 2000, 28.

⁷⁶⁰ Decreto de 15 de octubre de 1827, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 28.

Preocupación a la que se le sumaba el cálculo poblacional del funcionario, quien estimaba en 40.000 el número de habitantes que para la fecha poseía la ciudad⁷⁶¹. Cifra que sobrepasaba ampliamente las posibilidades del espacio funerario proyectado y construido a medias desde los tiempos del Virrey Ezpeleta, de ser este el cementerio extramuros al que ordenaba trasladar los cadáveres el presidente colombiano.

Bolívar fue muy claro, al menos en octubre de 1827, en prohibir toda opción de sepultura intramural de tipo eclesiástico: “*Art 4º: desde el día expresado en el Art 2º en ninguna iglesia, catedral, parroquia, convento de religiosas, monasterios o viceparroquias, capillas, bóvedas, cementerios dentro de poblado o casas particulares, se podrá enterrar ningún cadáver de cualquier estado, condición o sexo que haya sido*”⁷⁶².

Descartó así de plano como lugares aptos para las sepulturas a los templos de San Diego, Santa Bárbara y la Veracruz, que hemos mencionado en líneas anteriores; así como a las de mayor jerarquía como la Catedral y demás templos ubicados en el centro de la antigua capital virreinal (San Francisco, San Agustín, Las Nieves, etc.). Frente a estos, aún sin tener pruebas de que estuviesen siendo utilizados en ese entonces para dicha práctica, no es descartable, pues los sepelios que hemos analizado hasta el momento han estado vinculados con el conflicto armado y ejecuciones. Así las cosas, es posible que las ‘muertes naturales’ de las élites y otros sectores de la población menos favorecidos, pero igual de interesados en la tranquilidad que les brindaba la protección del suelo eclesiástico, aún podrían estar buscando y encontrando espacio de sepultura intramural.

Bolívar, desde lo literal, estaba interesando en el cumplimiento de su Decreto, por lo que ordenó: “*Art 5º: los jefes de policía, jefes políticos... * quedan encargados inmediatamente... ** de celar el cumplimiento exacto de estas disposiciones, y conforme a la real orden española de 17 de junio de 1804****”⁷⁶³.

⁷⁶¹ *Gaceta de Colombia* # 365, Bogotá, 3 de agosto de 1828, p. 2-3. Citado por: Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 215.

⁷⁶² Decreto de 15 de octubre de 1827, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 28.

* Puntos suspensivos en la copia del original que se transcribe.

** Puntos suspensivos en la copia del original que se transcribe.

*** Se desconoce a cuál real orden se refiere, pues no existen registros de ella. Es posible que haya errado la fecha y se refiera a la Real Cédula del 15 de mayo de 1804 o a la Circular de Carlos IV emitida el 28 de junio del mismo año.

⁷⁶³ Decreto de 15 de octubre de 1827, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 28.

Obligado a ser quien respondiera ante el ejecutivo por el cumplimiento de esta normativa, la nota publicada por el jefe de policía de Bogotá toma mucho sentido, así como nos reafirma en la existencia de una opción extramuros, pues Bolívar no ordenó la construcción del espacio, sino el cumplimiento de la norma. Opción que estaba contemplada en el citado Decreto:

Art 3º: donde quiera que no haya cementarios [sic], los intendentes, gobernadores y jefes de policía y jefes municipales y municipalidades, harán que dentro del término señalado en el Art 2º, se designe terreno fuera del poblado, bien para un cementerio común, bien para que cada parroquia tenga el suyo, cuando las villas y ciudades se compongan de dos o más parroquias⁷⁶⁴.

Tras revisar los documentos y el proceso descrito, pero sin poder avanzar mucho más allá de lo que sabemos, sin hacer eco de las versiones que han hecho carrera, pero de las que nos distanciamos ante la imposibilidad de verificarlas, podemos concluir tres cosas: 1º Es evidente que en Bogotá para el año 1828, existía al menos un cementerio extramuros, pues el Decreto de 1827 más que ordenar la construcción de este espacio, exigía el cumplimiento de la norma. 2º Aunque desconocemos si coexistían el Cementerio de Occidente y el proyectado por Ahumada, o solo alguno de los dos, ninguno estaba en las condiciones más aptas para su uso generalizado, lo que motivó la nota expedida por el jefe de policía de la capital. 3º Que Bolívar conocía al detalle las normativas borbónicas, así como el razonamiento ilustrado que abogaba por la creación de espacios de sepultura en los extramuros, como lo dejó claro en el considerando de su Decreto y en el artículo 1º del mismo, donde expresamente citó: *“se cumplirá en todas sus partes la cédula española que es la lei 2ª, título 3º Libro 1º del Apéndice a la Novísima Recopilación que disponen que todos los cadáveres sin excepción alguna de estado, condición o sexo, se entierren en los cementerios aun cuando sean provisionales, cuya lei se publicará de nuevo y fijará donde corresponda”*⁷⁶⁵.

De todas maneras, así como nos fue preciso excusar de cierta manera la aparente negligencia de Carlos IV que, ante lo activo que fue el proceso en los tiempos de su padre, ralentizó el proceso de implantación de cementerios, toda vez que le fue preciso enfrentar las consecuencias políticas, sociales y económicas del estallido de la Revolución Francesa;

⁷⁶⁴ Decreto de 15 de octubre de 1827, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 28.

⁷⁶⁵ Decreto de 15 de octubre de 1827, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 28.

Bolívar entre 1827 y 1828 afrontó un creciente clima de inestabilidad política y social, derivado de la convocatoria a la Convención de Ocaña y el fracaso de la misma, tras lo cual fue elevado en polémicas circunstancias a la dictadura.

En medio de este periodo de inestabilidad y posiblemente amparado en los informes recibidos acerca del poco entusiasmo con que se recibió su decreto de 1827 por parte de la Iglesia, el gobernante expidió un nuevo Decreto que, en el plano metafórico y procedimental, sepultó las posibilidades de que fuera a él a quien le correspondiera el mérito de la implantación definitiva de los cementerios extramuros:

Simón Bolívar, Libertador Presidente de la República de Colombia, considerando:

1º Que el decreto que expedí mandando fuesen sepultados en los cimiterios todos los cadáveres, tuvo solo por objeto impedir el contagio que podía resultar del abuso introducido de enterrar en todas las iglesias.

2º Que sepultándose en bóvedas y panteones contruidos con todo cuidado, los cuerpos de los arzobispos, obispos, miembros de los cabildos eclesiásticos y monjas profesas que fallecen, no hai el inconveniente que se trata de evitar... * se permite que sus cadáveres puedan ser sepultados en los panteones de sus respectivas iglesias.

Dado en Bogotá a 13 de agosto de 1828⁷⁶⁶.

Volvieron así, de manera legal, las excepciones, las cuales se ampliaron de manera tácita a destacados miembros de las élites que sostuvieron sus privilegios hasta más allá del marco temporal de este trabajo, cuando se expidió la ley que prohibió de manera taxativa las inhumaciones en los templos de la, para ese entonces, República de la Nueva Granada.

Fue precisamente Tomás Cipriano de Mosquera, uno de los más polémicos y polifacéticos personajes de este periodo, el encargado de sancionar esta ley el 2 de junio de 1846⁷⁶⁷. Una normativa varias veces pospuesta, pero que el caudillo caucano logró imponer pese al descontento de los curas de muchas localidades, quienes seguían enterrando intramuros y promoviendo la ‘necesaria protección divina hacia los fieles’, pues lo contrario les afectaba su economía, a la par de poner en jaque el ‘vínculo espiritual’ entre la Iglesia y el Estado⁷⁶⁸.

Sin embargo, sí existió un avance en cuanto a la designación de un área cementerial para la inhumación digna de los súbditos británicos caídos en medio de las guerras de la

* Puntos suspensivos en la copia del original que se transcribe.

⁷⁶⁶ Decreto de 13 de agosto de 1828, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 30.

⁷⁶⁷ Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 41.

⁷⁶⁸ Martínez de Sánchez, Ana María, “El discurso ilustrado”, 213-240.

independencia y en los años posteriores. Estos, hallándose de manera legal en el territorio colombiano, al fallecer se encontraban inhabilitados para ser sepultados tanto en los templos, como en los nacientes cementerios extramuros, que conservaban su condición de camposantos católicos. Es por esto por lo que fue Bogotá, punto de concentración de buena parte de esta población, una de las primeras urbes en tomar medidas al respecto en diciembre de 1829, cuando los encargados del gobierno civil donaron los terrenos para la construcción del Cementerio Inglés.

Don Enrique Ortega Ricaurte en su texto presentó así dicha circunstancia:

La municipalidad de Bogotá, teniendo en consideración que los abnegados, sufridos y valerosos soldados de la Legión Británica, del Batallón Numancia y los Húsares Rojos entraron a compartir las penalidades, reveses y los triunfos de nuestra lucha de emancipación. (...) y en fin que fue merced a ese valioso contingente como pudo el Libertador emprender la prodigiosa campaña de 1819, aniquilando en Boyacá la dominación española. (...) hizo entrega material al Coronel don Patrick Campbell, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Gran Bretaña ante el Gobierno de Colombia, de un lote de terreno para cementerios de los súbditos ingleses, residentes en esta capital⁷⁶⁹.

El predio concedido a los británicos estaba ubicado al norte de la capital, un poco más al oriente de donde se consolidó años después la elipse del futuro Cementerio Central, sin que se pueda asegurar que, en este último, ya se hubiesen comenzado a efectuar inhumaciones. Lo que sí podemos intuir, es que solo con las transformaciones urbanas de Bogotá en la primera mitad del siglo XX, es que se les reordenó a estos dos espacios funerarios el eje, poniendo a la actual avenida 26 o ‘El Dorado’ como su punto principal de acceso, dándole la espalda con eso al centro urbano que los tenía como sus extramuros en la década de 1830.

En resumen, el Cementerio de Occidente o ‘La Pepita’ desapareció más o menos tres décadas después de su puesta en uso, pero su legado aún perdura al ser el primer referente de cementerio extramuros con el que contaron los encargados de la administración pública en la capital virreinal y sus pobladores, antes y durante los primeros años de los gobiernos republicanos. Habitantes que mortificados por la idea de ser sepultados en un sitio que no consideraban apropiado para estos fines, pero cada vez más presionados ante las crecientes restricciones para ser sepultados en las iglesias, alcanzaron un acuerdo que abrió las puertas, años después, a la construcción del hoy célebre Cementerio Central.

⁷⁶⁹ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, 31-32.

Imposibilitados de marcar sobre el antiguo plano diseñado por el coronel Esquiaqui en 1791, pues dejaríamos de lado muchas de las obras construidas durante los primeros años de la República, pero sin ubicar aún un esquema de la ciudad elaborado en el siglo XIX, hemos intervenido el Plano de Bogotá que apareció en la década de 1930 en la célebre *Enciclopedia ilustrada Seguí*, para poder dejar un testimonio gráfico a los lectores, de los espacios involucrados en este apartado.

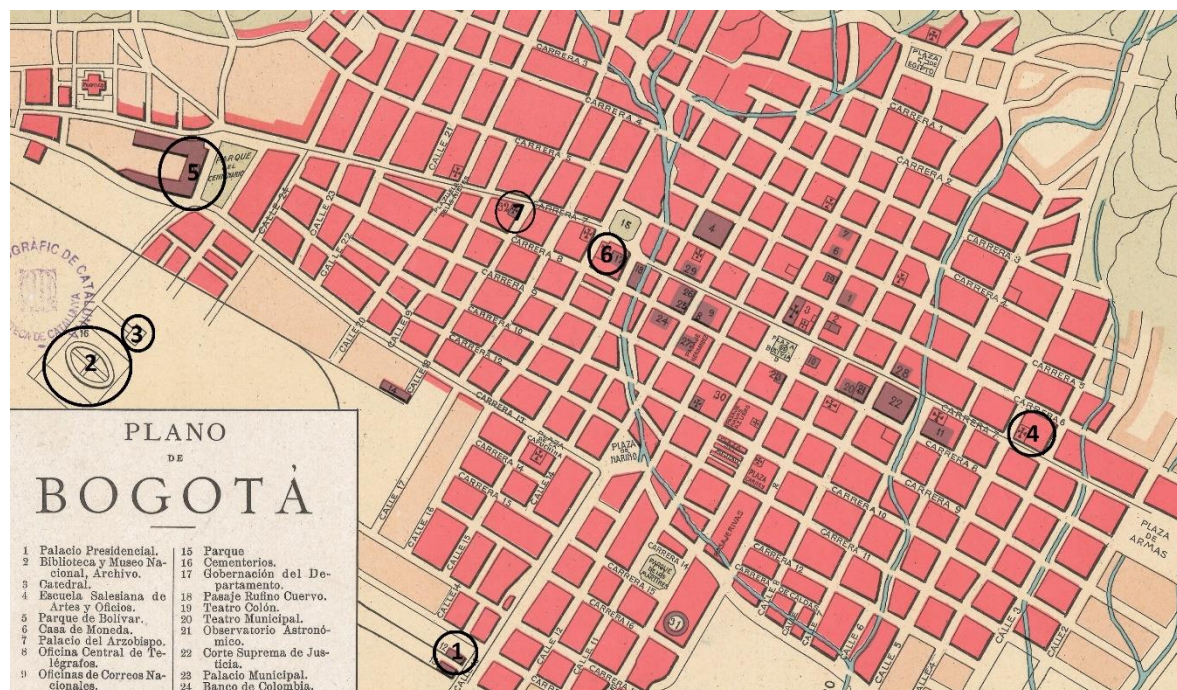


Imagen 49: Esquema de la posible ubicación de los espacios funerarios a partir del Plano de Bogotá publicado en 1930⁷⁷⁰. 1. Cementerio de Occidente (Desaparecido ya para ese momento y construida en su lugar la Estación de la Sabana), 2. Cementerio Central, 3. Cementerio Británico, 4. Iglesia de Santa Bárbara (mencionada como lugar de inhumación tras los combates de 1814), 5. Iglesia de San Diego (mencionada en iguales circunstancias) y 6. Iglesia de la Veracruz (donde fueron sepultados muchos de los patriotas condenados y ejecutados tras la Reconquista), 7. Real Hospicio de Santafé (Aunque no se tiene constancia de la operación de un cementerio en su espacio colindante, como pudimos verificar, en el año 1800 se les dio la autorización para la creación del mismo).

5.3.2 El cementerio parroquial de Medellín: una corta y polémica existencia

No obstante, la existencia del primer cementerio general extramuros fue compleja desde su inauguración. De acuerdo con la información recopilada en 1934 por don Luis Latorre Mendoza en su libro *Historia e historias de Medellín*, el cementerio tardó un par de

⁷⁷⁰ “Plano de Bogotá”, en *Enciclopedia ilustrada Seguí*, Institut Cartogràfic de Catalunya (RM.22315), Barcelona, 1930. (Intervenido por el autor).

meses más en ponerse al servicio de la comunidad: “El día 14 de septiembre de 1809, a las cuatro de la tarde y después de verificadas las exequias en la iglesia parroquial, se dio cristiana sepultura en este cementerio al cadáver del señor Juan José de Yarce Amézquita, siendo pues, el primero, porque aunque desde el 20 de julio se había bendecido, como le faltaba la puerta, hubo de demorarse ese estreno hasta septiembre”⁷⁷¹.

Una vez solucionado el inconveniente, se tiene la certeza del funcionamiento del cementerio, el cual en 1813 fue denominado “La ciudad de las Ánimas” por el Vicario Superintendente Lucio de Villa. Designación que más que honrarlo, hablaba de su lamentable situación, a la cual aludían muchas de las fuentes consultadas y citadas por Monseñor Javier Piedrahíta Echeverri.

En 1814 se habla de los inconvenientes que se presentaban (...) y de la mala situación de ese cementerio y de que el Párroco de La Candelaria pedía que se trasladara. En 1817 se habla de que era necesario trasladarlo a un lugar más alejado del marco de la villa. En 1818 se habla de la “piadosa y santa obra del cementerio”, pero que no había fondos para sostenerlo y se habla de un camino para el cementerio, que iba desde la quebrada hasta el pórtico del cementerio⁷⁷².

En 1821 se trató de mejorar la precaria situación del camposanto instalándole una capilla⁷⁷³, pero poco se podía hacer ya por un cementerio que, desde sus orígenes, había generado más repudio que interés. Al respecto, en su texto Bladimir Pérez Monsalve apunta lo siguiente:

El 24 de diciembre de 1824, en tiempos del coronel Francisco Urdaneta, el cabildo determinó ante las respectivas autoridades vender el viejo cementerio. **El negocio se dio al parecer, por su estrechez y por la ubicación: cercano al casco urbano.** El designado para realizar aquel negocio fue don José María Rodríguez, quien con el dinero obtenido lo invertiría en una nueva edificación ubicada al sureste de la ciudad, sobre una colina cercana al paraje de San Lorenzo viejo, en donde existió la primera iglesia de su mismo nombre⁷⁷⁴.

Sin embargo, acerca de la necesidad de su traslado, Monseñor Piedrahíta exploró otra posibilidad: “Quizás la razón principal fue la de que estaba muy cerca del marco de la Villa, aunque aparece una razón de que debía ser parroquial y no viceparroquial, como dando a entender que el Cementerio era propiedad de la Viceparroquia de San Benito”⁷⁷⁵. Es a partir

⁷⁷¹ Latorre Mendoza, Luis, *Historia e historias de Medellín*, 87-88.

⁷⁷² Piedrahíta Echeverri, Javier (Monseñor), *Monografía histórica*, 330.

⁷⁷³ Arango de Restrepo, Gloria Mercedes, *Los Cementerios en Medellín 1786 – 1940*.

⁷⁷⁴ Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 109. (Las negrillas son nuestras).

⁷⁷⁵ Piedrahíta Echeverri, Javier (Monseñor), *Monografía histórica*, 331.

de esta hipótesis (replicada, mas no creada por Piedrahita), que buena parte de la historiografía que menciona este cementerio, le agrega la denominación de San Benito, sin que se haya podido ubicar un solo documento de época que así lo haya denominado.

Para nosotros, es muy claro que sí existió un pequeño cementerio en la mencionada Viceparroquia de San Benito, pero consideramos que esto no impidió a la villa y a su parroquia principal, el gestionar su propio cementerio general, sin que se conozca hasta el momento si el espacio funerario bendecido en 1809 haya sido encomendado a ninguna advocación especial, ni que estuviera sujeto a jurisdicción diferente a la de la parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria⁷⁷⁶.

Otro de los factores que deben ser tenidos en cuenta a la hora de evaluar el interés de la autoridades locales por reubicar el deficiente camposanto de la villa, fue la expedición de la Ley de 11 de marzo de 1825⁷⁷⁷, la cual generó un nuevo impulso a la creación de cementerios extramuros a lo largo y ancho de la República de Colombia, como queda claro en el decreto expedido por el intendente de Boyacá en noviembre de dicho año, el abogado José Ignacio de Márquez, futuro presidente de la Nueva Granada:

... Estando prevenido por la Cédula de 3 de abril de 1787 y por el artículo 87 de la Ley de 11 de marzo último, que ningún cadáver sea enterrado en los templos, sino precisamente en los cementerios que debe haber en cada parroquia, y deseando que, observándose esta disposición, se eviten los males consiguientes á la falta de su cumplimiento, y se consulte el decoro, dignidad, respeto y veneración debidos al Santuario de la Divinidad: he venido en decretar y decreto:

Art. 1º En todas las parroquias habrá precisamente cementerios en que se sepulten los cadáveres, y por ningún pretexto podrán inhumarse en las iglesias.

Art. 2º Los que contravengan á esta disposición serán castigados con todo el rigor de las leyes.

Art. 3º Los cementerios se costearán de los fondos de fábrica de cada parroquia.

Art. 4º Siendo interesante á todos los ciudadanos el exacto cumplimiento de lo que prescribe el artículo 1º, se les encarga muy particularmente denuncien al Gobernador de la Provincia, al Jefe Político del Cantón ó á cualquiera otra autoridad las infracciones que noten en el asunto.

Art. 5º Los Gobernadores de las Provincias de Pamplona, Socorro y Casanare y los Jefes Políticos Municipales de ésta, formarán estados exactos de las parroquias en las que hay cementerios y donde los cadáveres se entierren en ellos, y de aquellas en que no los hay, informando sobre los motivos de esta falta.

Art. 6º Dichos estados é informes serán remitidos a la Intendencia por los Gobiernos, dentro de cuarenta días, y por los Jefes Políticos, dentro de veinte, contados desde que reciban este Decreto. Dado en la sala de gobierno de la ciudad de Tunja, capital del Departamento de Boyacá, á 22 de noviembre de 1825⁷⁷⁸.

⁷⁷⁶ Bernal Botero, Diego Andrés, “Propuestas y debates acerca de la construcción de los primeros cementerios extramuros en la villa de Medellín (1789-1809)”, 45-59.

⁷⁷⁷ Ortega Ricaurte, Enrique, *Cementerios de Bogotá*, Editorial Cromos, Bogotá, 1931, 30.

⁷⁷⁸ Rubio, Ozías S. y Briceño, Manuel, *Tunja desde su fundación hasta la época presente. Obra escrita sobre documentos auténticos*, Imprenta Eléctrica, Bogotá, 1909, 203-204.

Volviendo al proceso iniciado en diciembre de 1824 en Medellín, se sabe que una vez adquirido el terreno, la Corporación Municipal nombró una comisión de notables formada por Francisco Campillo, Leoncio Martínez y Francisco González para “*persuadir al vecindario de la parte principal de esta ciudad para que contribuyeran con lo que buenamente puedan para perfeccionar el cementerio... llevarán listas de los contribuyentes y de las cuotas o cosas que se prestaren a este importante servicio*”⁷⁷⁹.

Fue así como se dio origen a las obras del Cementerio de San Lorenzo inaugurado el 7 de enero de 1828 por el presbítero Francisco de Paula Benítez López, Cura rector de la iglesia de La Candelaria, por licencia otorgada por el Obispo de la diócesis de Antioquia, fray Mariano Garnica⁷⁸⁰. Camposanto que por más de 150 años concentró buena parte de la actividad mortuoria de la recién nombrada capital antioqueña. Difuntos que fueron conducidos a partir de ese momento sobre los hombros de sus familiares y en medio de los rituales funerarios a los que tuvieran acceso, de acuerdo con su condición social, hasta lo alto del Camellón de la Asomadera.

Pero ¿era realmente un cementerio general el que se construyó al suroriente de la joven capital? El propio Bladimir Pérez recopiló el listado de contribuyentes que aportaron para la construcción del ‘cementerio nuevo’ (San Lorenzo) encabezado por el coronel Francisco Urdaneta, antiguo y futuro gobernador de Antioquia⁷⁸¹. Una obra que surgió más por las necesidades de la ciudad y la caridad de sus habitantes, que como fruto de un proyecto que comprometiera a las élites a la creación de un cementerio en el que estas aceptaran ser sepultadas, renunciando a los privilegios heredados y vigorosamente defendidos que les garantizaban el descanso al interior de los templos y conventos de la ciudad.

Privados de las élites, que en su mayoría rehuían aún a esta disposición final y desestimada la posibilidad de ser sepultados en él los no católicos (así como los pecadores públicos, suicidas, ajusticiados, neonatos no bautizados, etc.), al ser considerada ‘tierra santa’ y estar regulada por el derecho canónico; el San Lorenzo desde su origen acogió a los

⁷⁷⁹ Pérez Monsalve, Bladimir, “Portadas de la eternidad”, 109.

⁷⁸⁰ Benítez, José Antonio, *Carnero y miscelánea de varias noticias, antiguas y modernas de esta villa de Medellín* [1836], Instituto Tecnológico Metropolitano – ITM, Medellín, 2006, 288-283.

⁷⁸¹ AHM, Fondo Concejo de Medellín, Serie Informes, Tomo 101, folios 348r. – 353r, en Bladimir Pérez Monsalve, “Portadas de la eternidad”, Anexo 5, 159 -163.

renglones más populares de la población, lo cual lo consolidó como espacio de inhumación (porcentualmente eran más), pero lo condenó al estigma social.

Y es que, como vimos en el caso de Bogotá, ni las mismas autoridades republicanas que pretendían impulsar y consolidar el uso generalizado de los cementerios, se mostraban lo suficientemente firmes como para que la práctica de las sepulturas intramuros, le abriera paso a la entrada en vigor de las nuevas normativas. Recordemos que fue el propio Simón Bolívar recién instalado en su condición de dictador tras la Ley Fundamental de 1828, quien expidió un Decreto mediante el cual rehabilitó la posibilidad a los religiosos de ser sepultados en las iglesias⁷⁸², el cual derogó en parte los rigurosos términos del Decreto firmado por él mismo el 15 de octubre de 1827, a través del cual dejaba en firme las normativas borbónicas y exigía su obligatorio cumplimiento⁷⁸³.

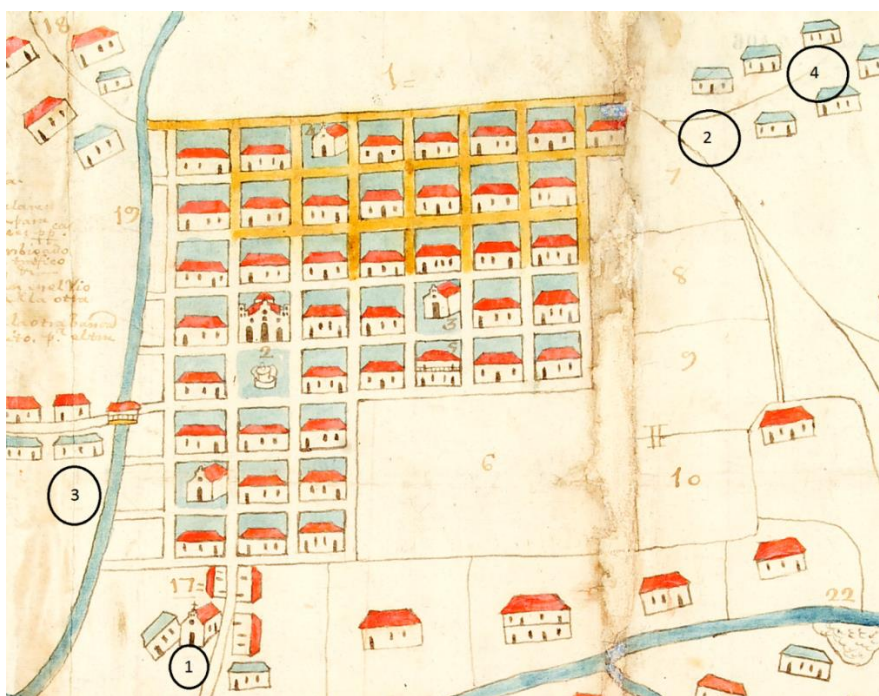


Imagen 50: Esquema de la posible ubicación de los espacios mencionados en relación con la Plaza Mayor de la Villa de Medellín⁷⁸⁴. 1. Cementerio de la Vice Parroquia de San Benito, 2. Sitio de La Barranca, 3. Cementerio inaugurado en 1809 ('Ciudad de las Ánimas' o 'Cementerio de San Benito') y 4. Cementerio de San Lorenzo.

⁷⁸² Decreto de 13 de agosto de 1828, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 30.

⁷⁸³ Decreto de 15 de octubre de 1827, en Dieter Elschmig, Hanns, *Cementerios de Venezuela*, 29.

⁷⁸⁴ Mapa de Medellín para 1791, AGN, Sección mapas y planos, Mapoteca, Referencia 256 A (Intervenido por el autor).

Para concluir y regresando a nuestro eje, el primigenio cementerio general ubicado al norte de la villa de Medellín y al otro lado de la quebrada Santa Elena; estuvo en servicio menos de 20 años, pero no por eso dejó de ser su inauguración uno de los hitos más significativos en el marco de la puesta en vigor de las reformas borbónicas relacionadas con la construcción de este tipo de espacios en el contexto del Virreinato. Logro del que ya no se pudo hacer partícipe a los monarcas borbones quienes, para la fecha de su puesta en funcionamiento, ya se encontraban reclusos en Bayona, tras su doble abdicación en favor de Napoleón y la coronación de José I como Rey de España.

5.3.3 Primer cementerio extramuros de la villa de El Socorro: cuando el remedio resulta peor que la enfermedad

Si bien ya mencionamos el caso del cementerio de Popayán, el cual despertaba polémicas desde el año 1800 y cuando apenas estaba cumpliendo 10 años en operación, para diversificar un poco las fuentes analizadas y la geografía vinculada a este proceso reformista, es nuestro deseo mencionar ahora otro caso muy distantes en cuanto a sus protagonistas y contexto espacial, pero similar por el tipo de reclamos que le hicieron a las autoridades civiles o religiosas, los pobladores que se vieron afectados por las disposiciones funerarias que tuvieron lugar en sus territorios.

Nos referimos al caso de la villa de El Socorro, población ubicada en la cordillera oriental en medio del camino real que unía a Santafé de Bogotá con Pamplona y que había tomado relevancia gracias al plan de división del extenso Corregimiento de Tunja presentado por Juan Salvador Rodríguez de Lago a mediados de febrero de 1791 ante el Virrey José de Ezpeleta, contando para esto con el apoyo del Fiscal del crimen de la Real Audiencia de Santafé, José Antonio de Berrío y Guzmán (los tres comprometidos con el proceso de construcción del cementerio de ‘La Pepita, en la capital virreinal).

Según este proyecto:

...deberían crearse dos nuevos corregimientos separados de Tunja: el de Pamplona, con jurisdicción sobre el cabildo de esta ciudad y los de las villas del Rosario y San José de Cúcuta, la ciudad de Salazar de las Palmas, el corregimiento de indios de Servitá, la alcaldía mayor de minas de Bucaramanga, el real de minas de Vetás y once parroquias; y el corregimiento de El

Socorro, con jurisdicción sobre el cabildo de esta villa y el de la vecina de San Gil, la ciudad de Vélez, 19 parroquias y ocho pueblos de indios⁷⁸⁵.

Elevada en su condición y contando ya con funcionarios de mayor jerarquía (el propio Juan Salvador Rodríguez de Lago, promotor de la propuesta, fue nombrado por el Rey, el 25 de marzo de 1795, primer corregidor del Socorro)*, la villa vivió un periodo de apogeo que le permitió prosperar en relación con las poblaciones vecinas... pero que la hizo más vulnerable a las contingencias sanitarias de la época. Fue así como el 5 de marzo de 1803 el cabildo de esta población ordenó la erección de un cementerio para la localidad, contando con el visto bueno del Arzobispo de Santafé, Monseñor Fernando del Portillo y Torres, con el fin de “evitar el contagio de viruelas ya allí propagadas”⁷⁸⁶.

Medida comprensible pero que comparativamente fue expedida de manera tardía, pues desde el 15 de junio de 1801 el Virrey Pedro de Mendinueta le había anunciado al Cabildo de Santafé, la inminente llegada de un nuevo brote de viruela que venía desde Popayán⁷⁸⁷, tomando las contingencias que ya tuvimos la oportunidad de analizar en apartados anteriores, incluida la ubicación y preparación de cementerios provisionales. Así las cosas, El Socorro se sumó a la larga lista de poblaciones cuya tranquilidad se vio afectada por el brote epidémico, pero, contrario a lo que pasó en la gran mayoría de ciudades, villas y sitios en el Nuevo Reino de Granada, sus autoridades optaron por una decisión ‘más radical’, al menos desde el punto de vista de sus habitantes. Sin embargo, ¿Qué pasó una vez la emergencia fue superada y el miedo al contagio se disipó lo suficiente como para pensar las acciones con ‘cabeza fría’?

Solo había transcurrido poco más de un año de que se expidiera la licencia para la construcción del cementerio extramuros, cuando en junio de 1804 se dio inicio a un pleito jurídico relacionado con la expresa solicitud de una prestante familia de la población, para poder volver a inhumar los restos de sus seres queridos al interior de la iglesia de la villa, tras el fin de la epidemia.

⁷⁸⁵ Martínez Garnica, Armando, “La independencia en Pamplona y El Socorro”, en *Revista Cultural de Santander* N° 5, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2010, 18.

* Para el de Pamplona-Girón fue nombrado don Francisco Vallejo, a quien ya mencionamos, a la par de destacar los planos que remitió como propuesta, para los cementerios de Bucaramanga, Girón y Pie de la Cuesta.

⁷⁸⁶ AGN, Hospitales y cementerios, tomo 5, folios 2 y 2 rv. Citado por: Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 215.

⁷⁸⁷ Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 91-93.

El abanderado de esta causa fue el abogado y Administrador de Tabacos de San Gil y El Socorro, don José Javier de Azuero, representado por el abogado Cándido Nicolás Girón. Azuero les solicitó a las autoridades que se le permitiera a él y su familia, la elección de una de las tres iglesias de El Socorro para efectuar su sepultura, siempre y cuando ninguno de ellos muriese como consecuencia de la viruela, del mal de San Lázaro o de enfermedad contagiosa, dando a su favor tres argumentos ‘contundentes’: 1° La prohibición era por tiempos de peste y no perpetua, 2° Que iba en contra de las tradiciones y 3° El cementerio estaba ubicado en un mal punto según el propio cura párroco⁷⁸⁸.

Aunque desconocemos si la solicitud de don José Javier de Azuero y su abogado tuvo éxito, el que se adujera que el párroco de la localidad se mostraba en desacuerdo en cuanto al lugar elegido para la instalación del cementerio, refleja la fuerte oposición que comenzaba a tener el cementerio entre las más altas autoridades de la población. Es por esto que no resulta extraño con el correr del tiempo, el problema llegara a las máximas instancias: la Real Audiencia.

De acuerdo con la profesora Ana María Pérez, el 10 de marzo de 1809 el cabildo de El Socorro elevó a la Real Audiencia una solicitud para la construcción de un nuevo cementerio en términos que dejan muy claros los inconvenientes que ofrecía este espacio funerario:

... Habiéndose deliberado en este ayuntamiento sobre la urgente necesidad que hay que se construya en esta villa un nuevo sementerio por haberse [hallarse] el que actualmente sirve, casi en el centro del lugar, por cuya razón no se evita riesgo de contagio, objeto principal de su establecimiento y que por esta parte se halla en un terreno ynundado que favorece la putrefacción, quedando en cierto modo insepultos los cuerpos, reconociéndose por todos la necesidad de reparar este inconveniente...⁷⁸⁹

Conscientes de los costos de una obra de estas características, los cabildantes soportaron su solicitud con la noticia de haber abierto una colecta pública para la obtención de fondos: “...se ha determinado abrir una adscripción voluntaria, excitándose a todos los vecinos pudientes de esta villa a que concurran según sus facultades a esta útil empresa en que se interesa tanto la salud pública, no habiendo ramo alguno del que se pueda hechar

⁷⁸⁸ AGN, Hospitales y cementerios, tomo 5, folios 2r-3r. Citado por: Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías*, 215.

⁷⁸⁹ AGN, Cementerios y Hospitales, Tomo 4, ff. 654 r – 657r. Citado por: Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 142.

mano para el costo, no acostumbrándose hacer la contribución para la fábrica según se hace en otros lugares”⁷⁹⁰.

Ante argumentos tan sólidos y contando además con la ‘suscripción’ de las élites de la población, el 13 de noviembre de 1809, la Real Audiencia se mostró conforme y avaló la propuesta a través del escrito firmado por su Fiscal: “... *ningún caso debe ser más puntual que el cumplimiento de la Real Cédula que mandó fabricar cementerios que el presente. Porque siendo la villa del Socorro de considerable población, es mayor el riesgo de un contagio, estando en el centro de la villa y no fuera, y donde corran vientos que no atraigan a la villa la corrupción que infecte, por lo que ya a ejemplo de lo que en esta capital se ha practicado...*”⁷⁹¹.

Así concluyó aparentemente la fugaz existencia del primer cementerio extramuros de la villa de El Socorro, cuando apenas se acercaba a sus 6 años y medio de existencia. Muy poco como para que su recuerdo se conserve hoy en día, más allá de la plataforma interpretativa que nos ofrecen estos documentos rescatados de los archivos por las profesoras Ana Luz Rodríguez y Ana María Pérez, quedando la tarea de ubicar el emplazamiento de ese fugaz camposanto, así como del que surgió tras el concurso solidario de las autoridades y las élites de esta población ubicada en medio del camino que comunicó por tantos años la capital Virreinal, con las provincias del noreste y la Capitanía General de Venezuela.

5.4 Síntesis de los avances y fracasos del proceso bajo el gobierno virreinal

Esta ausencia de modelos a seguir frente al cumplimiento de las nuevas normativas, podría ser uno de los argumentos más sólidos y contundentes en el momento de evaluar la ineficacia de las medidas, sobre todo cuando se sabe, por ejemplo, que en la propia Madrid, sede habitual del gobierno monárquico, el primer cementerio se inauguró apenas en 1808, meses después de que Carlos IV y su hijo Fernando VII se vieran obligados a abdicar, pasando la corona a manos de José I, hermano de Napoleón, en el contexto de la España ocupada por las fuerzas napoleónicas.

⁷⁹⁰ AGN, Cementerios y Hospitales, Tomo 4, ff. 654 r – 657r. Citado por: Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 145.

⁷⁹¹ AGN, Cementerios y Hospitales, Tomo 4, ff. ff. 658r. Citado por: Pérez Naranjo, Ana María, “Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada”, 142.

Los cementerios extramuros no pasaron a ser una realidad duradera sino en tiempos republicanos. Sin embargo, los discursos que soportaron la erección de los nuevos camposantos y buena parte de las normas con base en las cuales los nuevos impulsores de estos proyectos se fundamentaron, fueron heredados de este intenso periodo. El tiempo logró lo que la razón y la fuerza apenas consiguieron insinuar.

CONCLUSIONES

Hace ya más de 10 años, cuando nos lanzamos tras la pista de la supuesta incidencia de la Real Cédula de Carlos III en la construcción de los primeros cementerios extramuros en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, con el tiempo la experiencia y los datos recopilados comenzaron a poner en contradicción los elementos esenciales de la pregunta misma. Fue así como se pudo establecer que la Real Cédula de 3 de abril de 1787 no fue enviada a las gobernaciones, diócesis y virreinos americanos, por lo que su divulgación entre los funcionarios, sacerdotes e ‘ilustrados’ a este lado del Atlántico, fue pobre y accidental. Razón suficiente para responder de manera parcialmente negativa la pregunta que dio origen a la tesis de maestría propuesta a la Universidad Nacional de Colombia en el año 2007. Sin embargo, esta supuesta contrariedad, nos permitió abrir un poco más el espectro y analizar esta Real Cédula no como la causa, sino como la consecuencia del largo proceso que la precedió, logrando constatar cómo esta normativa jugó un papel clave al recopilar las reflexiones y resultados de quienes hicieron parte de él, siendo este, precisamente, uno de los ejes principales de esta fase doctoral, labor en la que creemos ahora que ha llegado el momento de concluir, hemos avanzado.

A partir de esta premisa optamos, por ampliar el marco cronológico de este trabajo hasta el periodo en el que ostentó la Corona hispana Fernando VI, tomando el año 1750 como simple referencia que nos perfilara hacia la segunda mitad del siglo XVIII, pero sin ver en él un hito infranqueable, pues solo la aritmética le dio la condición de punto de quiebre y no un hecho en particular. Fue así como a lo largo de estas páginas, en especial de los dos capítulos que conforman la Primera parte, los lectores pudieron conocer e hilar los precedentes jurídicos y el corpus teórico que sirvieron de soporte a las Reales Cédulas emitidas ya en épocas de Carlos III y Carlos IV; documentos que, de manera paulatina, viajaron al continente americano en busca de regular las estrechas relaciones entre vivos y muertos, reunidos por la fe, la costumbre y los vínculos sociales, en torno a las iglesias y conventos.

Así pues, uno de los primeros puntos que esperamos hayan quedado en evidencia al momento de concluir, es que detrás de la escueta Real Cédula de abril de 1787, compuesta tan solo por siete resoluciones, se ‘ocultó’ un proceso Ilustrado en toda su esencia, en el que intervinieron decenas de funcionarios, médicos, religiosos, diplomáticos, expertos juristas y el propio Monarca. Proceso que pretendió establecer desde múltiples enfoques, así como a

través del análisis de casos específicos (varios de los cuales presentamos también nosotros), la posible relación existente entre la acumulación de cadáveres y las enfermedades que afectaban a las comunidades.

Esa búsqueda enfrentó, tal y como lo tratamos de dejar claro en el propio título de esta tesis, a la razón con la fe; sin que ninguno de estos dos conceptos pueda entenderse como un valor absoluto, en medio de un siglo y un contexto político que no por racional e ilustrado, dejaba de estar influenciado por vívidos imaginarios e influencias religiosas. Sin embargo, es evidente que la comunidad ilustrada que participó del proceso, vivió una especie de frenesí (llamado por nosotros ‘éxtasis’) que los llevó a valerse del máximo de bibliografía disponible para la época (la cual tradujeron, transcribieron y reprodujeron en algunos casos), así como se dieron a la tarea de revisar los archivos y fondos documentales ubicados al interior de cada una de las jurisdicciones históricas integradas en el Reino de España y otras latitudes, en busca de referencias y procurando viabilizar las propuestas y decisiones que el diligente Carlos III fue tomando, tal y como lo pudimos constatar a través del análisis el caso del Reglamento para las inhumaciones en el cementerio construido para el Real Sitio de San Ildefonso, reseñado en este trabajo.

Uno de los puntos a resaltar, es como los hombres que abogaron en primera instancia por la expulsión de los cadáveres de las iglesias fueron los mismos que en medio de las ‘Reformas Borbónicas’ le declararon paulatinamente la guerra a las inmundicias que cubrían los mundos europeo y americano, tapizados de olores y residuos. Siendo así los responsables de la reubicación de las curtimbres y mataderos, al igual que del encierro y alejamiento de cerdos, gallinas y ganados de los grandes centros urbanos. Funcionarios y clérigos que se enfrentaron a las matas de plátano y ordenaron desecar pantanos, mientras estudiaban y alababan las casi mágicas propiedades de la quina. Burócratas y asesores que trataron de definir qué eran las basuras y buscaron ‘sanear’ las ciudades de sus nefastas influencias, apartando a las ratas que de ser algo cotidiano, pasaron con el tiempo a ser discretas predatoras. Un ejército de ‘*intelectuales intermediarios*’, plegándonos al concepto aportado por Renán Silva⁷⁹², que tejían puentes entre la norma y la cotidianidad de los pueblos, siendo los encargados de filtrar lo que desde las distantes jerarquías se ordenaba, a la par que

⁷⁹² Silva, Renán, *Las epidemias de viruela*, 102.

elevaban consultas y noticiaban a las autoridades acerca de las situaciones particulares que se daban en sus disímiles jurisdicciones.

Verdaderos ‘ilustrados’ (tanto los que pensaban la norma, como los que buscaban aplicarlas), que sin estar armados de aparatos que les comprobaran la existencia de los gérmenes y las bacterias (agentes que intuían, pero que aún desconocían), se atrevieron a sospechar que las enfermedades podían volar por el ‘éter’ en forma de gases mefíticos, mientras los fluidos corporales de vivos y muertos afectaban el agua que pasó a ser cómplice en la transmisión de enfermedades. Sin duda eran otros tiempos, pero ellos no dejaban por esto de habitar en medio de la época en que habían nacido.

Sin embargo, sería ingenuo pretender que fueron solo causas ‘sanitarias’ las que pusieron en marcha las reformas funerarias. Los monarcas borbones y sus más cercanos ministros conocían muy bien el poder del que gozaban los sacerdotes y religiosos al ser los amos y señores del ‘futuro de los muertos’. Centenares de predios y bienes patrimoniales pasaban a ser administrados cada año por representantes de la Iglesia, quienes se comprometían a mantener viva la recordación de quienes partían, aplacándole las furias a los demonios del purgatorio a través de responsos y celebraciones eucarísticas, a cambio de las cuales los devotos legaban valiosas capellanías.

Este rentable sistema de intercambios alejaba a la Corona del usufructo de predios y fortunas, toda vez que quienes morían transferían estas propiedades a favor de sus almas, entes lo suficientemente etéreos como para no tributarle a una administración que cada vez necesitaba más fondos y que, con toda seguridad, vio en el control de las sepulturas, una nueva manera de hacerse con el control de sus súbditos vivos y muertos. Hipótesis respaldada también a partir de las investigaciones que, desde los procesos desarrollados para la misma época en el Virreinato del Río de la Plata, nos legó nuestra buena amiga y colega Ana María Martínez⁷⁹³.

Más allá de los posibles intereses económicos y los debates políticos, académicos, religiosos y jurídicos, este proceso investigativo nos permitió comprobar que el problema de la acumulación de cadáveres ya era percibido por súbditos y devotos, quienes, como en el caso de don José Marcelino de Mosquera y Figueroa en la ciudad de Popayán (abordado en el capítulo 4), desde sus posibilidades encontraron en la adecuación de espacios extramuros

⁷⁹³ Martínez de Sánchez, Ana María, “El discurso ilustrado”, 217-218.

para la ubicación de los cadáveres, una solución a los ‘peligros e incomodidades’ que generaban los enterramientos tradicionales.

No se trataba, pues, de una problemática nueva. Lo novedoso, como lo advirtiera la profesora Adriana Alzate en uno de sus libros⁷⁹⁴, fue la manera de buscar una solución que transformara para siempre los hábitos y las tradiciones funerarias avaladas desde los tiempos de la Monarquía Austria.

Sin embargo, no deja de ser revelador que, pese a todos los esfuerzos realizados y los discursos defendidos por parte de los funcionarios, sacerdotes y los miembros de las élites neogranadinas en torno a la importancia de la construcción y consolidación de los cementerios extramuros, no se logró ubicar a lo largo del periodo analizado una sola prueba documental que demuestre la inhumación voluntaria de alguno de estos personajes en los nacientes camposantos (no podemos desconocer que algunos de estos sí terminaron en fosas del Cementerio de Occidente, en la recién ‘reconquistada’ y restablecida capital Virreinal, pero lejos estuvo de ser su petición testamentaria).

Situación que es común al grupo de asesores que acompañó a Carlos III en la formulación de la Real Cédula, incluidos los célebres Gaspar Melchor de Jovellanos (sepultado y homenajeado al interior de la capilla de Los Remedios en su natal Guijón) y Pedro Rodríguez de Campomanes (ubicado tras su muerte en algún espacio de la antigua catedral de Madrid, hoy colegiata de San Isidro, sin que se tenga precisión de la ubicación actual de sus restos). Desde nuestra perspectiva, estos hallazgos visibilizan una política orquestada de exclusión de los cuerpos pobres y enfermos de los recintos sagrados, en los que siguieron encontrando cabida los miembros de las élites políticas, económicas y religiosas.

Así las cosas, es válido sospechar que tras los argumentos ilustrados que soportaron las reformas funerarias, se ocultaban propósitos de exclusión social de unas élites que siguieron usufructuando los beneficios ‘sociales y espirituales’ de tener a sus seres queridos en los mejores espacios de los lugares sagrados, aunque cada vez se les interpusieran más trabas y, posiblemente, se les aumentaran los costos; mientras a los pobres les tocó, poco a poco, resignarse y acostumbrarse a los nuevos y precarios camposantos.

⁷⁹⁴ Alzate Echeverri, Adriana, *Suciedad y orden*, 205.

Esta hipótesis fue tomando sentido a medida que quedó en evidencia que, en los lugares estudiados hasta este punto de la investigación, no se detectaron ‘cementeros de élite’ o espacios extramuros en los que los miembros de las cofradías más poderosas o los mismos sacerdotes buscaran cobijo en el territorio del Nuevo Reino de Granada. Se trató en todos los casos de cementeros para las clases populares, los indigentes muertos en hospitales y auspicios de caridad, y, cómo no mencionarlos, para las víctimas de las epidemias que en ese momento asolaban el Virreinato. Camposantos que eran clausurados una vez pasaba el brote, pues nadie quería exponer a sus seres queridos fallecidos, al contacto con los difuntos que cargaban con el estigma de la enfermedad.

Es por esta situación que nos dimos a la tarea de buscar y seguir documentalmente a lo largo del capítulo 3 los referentes más importantes para el desarrollo práctico de la teoría borbónica en algunos de los territorios vinculados a la Corona hispana y sometidos a las mismas normativas, para ver si esta tendencia a ‘regular las tumbas de los menos favorecidos’ se dio también en esos contornos o si por el contrario, el papel que cumplieron las élites neogranadinas fue particularmente excluyente y desequilibrado, en torno a la prohibición expresa de las inhumaciones intramuros para ciertos sectores, garantizando un trato excepcional para las familias más poderosas, así como para los funcionarios civiles y jerarcas eclesiásticos.

Tras el seguimiento a los casos de Nueva Orleans, La Habana, algunos sectores de la Nueva España y, de manera especial, el caso de Lima y sus contornos inmediatos, otra de las conclusiones de este trabajo es que se trató de procesos muy similares, en donde solo la presencia de funcionarios probos y convencidos de los fines generales de las medidas a acometer, a la par de autoridades civiles y religiosas que se suscribieran a los objetivos del proceso, los cementeros pudieron avanzar... sin que se detecte un interés particular en ‘ser ellos mismos’, los impulsores de la iniciativa, refiriéndonos con esto al ‘buen ejemplo’ que hubiesen podido ofrecer, destinando para sus propios cuerpos (vía testamentaria, obviamente, o a través de sus albaceas) la inhumación extramuros, como prueba de la bondad y necesidad de las obras previstas e impulsadas bajo sus gestiones.

El caso contrario y que, siguiendo el adagio popular, parece hacer cumplir la regla, es el proceso que abordamos al finalizar ese capítulo, vinculado con la construcción del Cementerio General de Lima (hoy Museo Cementerio Presbítero Matías Maestro, en honor

a su diseñador), donde el rigor y sentido del deber del Virrey José Fernando de Abascal y Sousa (rasgos de su personalidad que lo llevaron a gozar de ingrata recordación en territorios como los de la Audiencia de Quito en los albores de la Independencia), unido a una jerarquía eclesiástica comprometida con el proceso, se consiguió la erección de un cementerio que incluyó desde sus orígenes a todos los sectores de la población limeña, desde arzobispos y virreyes (con cuyo traslado simbólico, se bendijo el espacio), pasando por las familias de élite (presionadas por la compra de los pocos espacios ‘exclusivos’ disponibles) y las bases populares.

Con el Virrey Abascal pudimos evidenciar como los funcionarios o jerarcas eclesiásticos, por poderosos e ilustrados que estos fueran, no podían aspirar al éxito en sus gestiones, sin contar con un equipo que desde los ámbitos académicos, políticos, económicos y religiosos los sustentaran, saliendo a la luz a lo largo de este trabajo propuestas de meritoria elaboración, pero que no pudieron sobrevivir al paso fundamental del inicio de las obras o prolongarse en el tiempo, ante los ‘choques de trenes’ (metafóricamente hablando) que se suscitaban en torno a las reformas o, más significativo aún, entre personas que si bien podían estar de acuerdo con las medidas, sus animadversiones personales les impedían apoyar a su contendor político o rival jurisdiccional.

Para mencionar solo dos ejemplos desde ámbitos distintos, recordemos el caso del Arzobispo de Barcelona, Josep Climent i Avinent, quien terminó por dejar ‘huérfano’ a su recién creado cementerio (financiado por él mismo), tras su enfrentamiento con el ilustrado Fiscal del Consejo de Castilla, don Pedro Rodríguez de Campomanes, quien a su vez promovió activamente la erección de cementerios. Dos personalidades complejas unidas por un mismo propósito, pero en las que su rivalidad terminó dando al traste con los avances conseguidos en torno a esta materia en la ciudad condal.

El segundo caso fue el que analizamos en la Ciudad de México, en donde por años el Arzobispo y antiguo Virrey, monseñor Alonso Núñez de Haro y Peralta, promovió la creación de cementerios en las afueras de la capital virreinal, pero se mostró poco diligente y colaborativo ante el impulso que buscó darle a esta medida el Virrey Juan Vicente de Güemes, Conde de Revilla Gigedo; siendo acusado el prelado por dicha causa al partir el Virrey de la Nueva España en 1794 y elaborar su correspondiente informe.

¿Celos, choque de temperamentos, asuntos económicos y/o políticos, los contextos sociales y las personalidades que cambian con el paso de los años? Todas estas opciones son válidas al tratar de entender por qué quienes parecían tener posiciones afines frente a temas tan relevantes, en la práctica se transformaban en obstáculos frente a los proyectos en ciernes. Sin embargo, hay casos aún más enigmáticos, como el del reputado cementerio creado por el Gobernador y Capitán de General de la Isla de Cuba, don José de Ezpeleta (futuro Virrey del Nuevo Reino de Granada), con la anuencia del Obispo que tenía bajo su jurisdicción a La Habana (ciudad que aún no era cabecera de diócesis), monseñor Santiago Joseph de Echeverría y Elguezua; el cual fue ampliamente difundido y dado a conocer como ejemplo a seguir a través de la Real Cédula que emitió Carlos IV en marzo de 1789, del que ahora dudamos que efectivamente se haya llevado del papel al plano de lo real, ignorando el área de su emplazamiento o la existencia de algún documento que evidencie su construcción y puesta en servicio.

Estos casos nos permitieron abordar con mayor solvencia las fuentes vinculadas a los procesos que tuvieron lugar en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, concentrados todos entre los años 1787 y 1809. Lapso de poco más de 20 años, que nos permitió ver cómo a través del tiempo, las ciudades se dispusieron a cumplir las normativas, aprendiendo a través de sus propios errores, ante la ausencia de modelos generales que pudiesen servir de ejemplo. ¡Pero es que ni siquiera la presencia de los Monarcas en las periferias de Madrid logró hacer que en esta ciudad se construyese un cementerio extramuros antes de 1808!

Por lo anterior, no deja de ser importante analizar estos procesos, aunque ninguno de los cementerios mencionados haya sobrevivido, o al menos sea recordado (con muy pequeñas excepciones y, en general, por personas dedicadas al negocio funerario, los archivos o la historia). El fracaso de los primeros cementerios extramuros produjo una nueva oleada de proyectos relacionados con la construcción de camposantos en las principales ciudades de la naciente república, proceso promovido por el propio Simón Bolívar, a través de la expedición de un Decreto el 15 de octubre de 1827, en el que ratificó la vigencia de la normativa española frente a la construcción de cementerios, ordenando su inmediato cumplimiento... para lo cual otorgó un plazo de 10 días.

Sobra decir que este plazo estuvo lejos de cumplirse y que el mismo Bolívar se vio obligado a moderar el carácter taxativo de sus exigencias, adaptándose, al parecer, al lento

ritmo de cambio que tuvo esa práctica cultural, social y religiosa que se resistió por muchos años más, sin omitir que aún hay rezagos de esta. Es así como en la actualidad se encuentran en algunos templos verdaderas colecciones funerarias vinculadas no solo al pasado (como se ven en las catedrales de Quito, Lima y el templo de Santa Barbara, en la Ciudad de Antioquia, por mencionar solo algunas); sino a un presente limitado a casos excepcionales (los Obispos siguen siendo sepultados en buen número de catedrales) o bajo la modalidad de nichos destinados al depósito de ‘restos áridos’, que regresan a los templos y conventos tras el paso de las fases más agresivas de la descomposición (que en términos generales, oscila según el piso térmico y las legislaciones específicas, entre los 4 y los 5 años). ¡Los muertos se han resistido a marcharse de los espacios funerarios intramuros, a través de prerrogativas legales, a pesar de la condena episódica de las fórmulas que buscan garantizar su regreso!

Sin embargo, hay que tener en cuenta que las ciudades no son todas iguales y fueron múltiples los factores que propiciaron el éxito parcial o el estrepitoso fracaso en los planes de construcción de los cementerios. A lo largo del análisis se conocieron problemas de tipo económico y logístico, así como choques con lo más profundo de las tradiciones y mentalidades religiosas, como fue el caso del proyecto del Regidor Perpetuo de Popayán, don José Marcelino de Mosquera y Figueroa, quien vio detenida la construcción de su planeado cementerio por el pleito establecido en torno a la legítima propiedad de los predios por él seleccionados, entre los vecinos de carne y hueso que reclamaban el dinero fruto de la venta, en contraposición del ‘representante legal’ de los intereses de la imagen ‘del santo que se veneraba en la Ermita’.

Al final Mosquera y Figueroa pudo pasar parte a las autoridades de la construcción de su deseado cementerio, así la ubicación de este generara álgidos debates desde sus primeros años de existencia, algo que dudamos haya podido pasar 20 años después en el sitio de Barranquilla, donde a pesar de la acumulación de motivos y la aparente colaboración mutua entre las autoridades religiosas y las político-militares, fue un motín popular el que desvió la atención y puso en jaque hasta a las más altas instancias de la poderosa ciudad de Cartagena, donde pese a la indignación por el levantamiento popular, las autoridades tampoco podían exponer a los enardecidos lugareños, el ejemplo que soportara las normas que se esperaba cumplieran los barranquilleros.

Ejemplos que tampoco pudimos extraer de los casos seguidos en la ciudad de Santafé o de la villa de Medellín, donde si bien se logró concluir con el proceso tras álgidos debates, que logramos seguir con mucho detalle, y construir los primeros cementerios extramuros, sus modestos resultados solo sirvieron de epílogo a este trabajo, en conjunto con el caso de la villa de El Socorro donde la misma comunidad promovió la construcción de un segundo cementerio, tras la efímera existencia del que se creó en 1803.

Muchas rutas de análisis se abren a partir de los resultados obtenidos hasta este punto de la investigación, los mismos que serán siempre parciales, toda vez que cada nueva población o fondo revisado permitirá complementar y contrastar lo hasta el momento dicho y formulado. Sin embargo, es menester concluir este ciclo para poder encaminar nuevos proyectos en torno a una temática que promete novedosos y mayores retos.

FUENTES DOCUMENTALES

Archivo Central del Cauca

Sección Colonia

Fondo Cabildo

Fondo Civil

Fondo Eclesiástico

Fondo Judicial

Sección Independencia

Fondo Cabildo

Fondo Eclesiástico

Fondo Eclesiástico Judicial

Archivo General de Indias

Quito

Santa Fe

Santo Domingo

Archivo General de la Nación (Colombia)

Sección Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Popayán

Sección Archivo Anexo

Fondo Historia

Sección Colonia

Fondo Hospitales y cementerios

Fondo Miscelánea

Mapoteca 4

Archivo General de la Nación (México)

Sección Indiferente Virreinal

Archivo Histórico de Antioquia

Fondo Colonia

Documentos generales

Mapoteca

Miscelánea

Reales Cédulas

Archivo Histórico de Medellín

Sección Concejo Municipal

Actas

Cabildo

Archivo Histórico Ultramarino (Lisboa)

Conselho Ultramarino

Avulsos

Moçambique

Biblioteca Nacional de Colombia

Sección Libros raros y curiosos

FUENTES PRIMARIAS IMPRESAS

ABASCAL Y SOUSA, José Fernando de. Reglamento provisional acordado por el Excmo. Señor don José Fernando de Abascal y Sousa, virrey y Capitán General del Perú: con el Ilmo. señor Doct. D. Bartolomé María de las Heras, dignísimo Arzobispo de esta santa iglesia, para la apertura de cementerio general de esta ciudad, conforme a lo ordenado por S.M. en Reales Cédulas de 9 de diciembre de 1786, y 3 de abril de 1787. Lima: Casa Real de Niños Expósitos, 1808.

AGUIAR Y ACUÑA, Rodrigo. Sumarios de la Recopilación General de Leyes de las Indias Occidentales (1628). México: Imprenta de don Francisco Rodríguez Lupercio, 1677.

ANDUEZA, José María. Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial. Recuerdos, apuntes, impresiones de dos épocas por don José María Andueza. Madrid: Boix, 1841. 182 p.

ANÓNIMO. Descripción del Cementerio General mandado erigir en la ciudad de Lima por el Excelentísimo señor don Fernando de Abascal y Souza. Lima: Casa Real de Niños Expósitos, 1808.

----- . Noticia del establecimiento y uso del cementerio extramuros del Real Sitio de San Ildefonso. Madrid: Imprenta Real, 1787. 23 p.

ARAGÓN-AZLOR Y ZAPATA DE CALATAYUD, Juan Pablo (XI Duque de Villahermosa). Noticias y Reflexiones del Excelentísimo señor Duque de Villahermosa, sobre los cementerios fuera de los poblados y en especial de los establecidos extramuros de Turín (1781). En: REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas. Madrid: oficina de don Antonio de Sancha, Impresor de la Academia, 1786 (Apéndice).

ARANDA Y MARZO, Joseph de. Descripción Tripartita. Madrid: Imprenta y Librería de Manuel Fernández, 1737.

ARRAZOLA, D. Lorenzo et. al. Enciclopedia Española de Derecho y Administración ó Nuevo Teatro Universal de la Legislación de España e Indias. Madrid: Imprenta de F. Andrés y compañía, 1855. Pág.: 289 – 311.

AZERO Y ALDOVERA, Fray Miguel de. Tratado de los funerales y de las sepulturas, Madrid: Imprenta Real de Madrid, 1786.

BAILS, Benito. Pruebas de ser contrario a la práctica de todas las naciones y a la disciplina eclesiástica, y perjudicial a la salud de los vivos, enterrar los difuntos en las iglesias y poblados. Madrid: Imprenta de D. Joaquín Ibarra, 1785.

BOLAÑOS, Fray Joaquín. La portentosa vida de la muerte, emperatriz de los sepulcros, vengadora de los agravios del Altísimo y muy señora de la humana naturaleza (edición facsimilar Instituto Nacional de Bellas Artes 1983). México: Oficina de los Herederos del Lic. Don Joseph de Jaureguí, 1792.

BOURGOING, Jean-François de. Tableau de l'Espagne Moderne Par J. Fr. Bourgoing, Ci devant Ministre plénipotentiaire de France à la Cour de Madrid. Volumen IV. Londres: Reprinted for John Stockdale, Picadilly, 1808. 444 p.

BRONGNIART, Alexandre Théodore. Plans du Palais de la Bourse de Paris et du cimetière Mont-Louis en six planches. Précédés d'une notice sur ces plans et sur quelques autres travaux du même artiste. Paris: L'Imprimerie de Crapelet, 1814. 18 p y 6 planchas.

CABRERA, Ramón. Disertación histórica en la cual se expone según la serie de los tiempos la varia disciplina que ha observado la Iglesia en España sobre el lugar de las sepulturas desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. En: BAILS, Benito. Pruebas de ser contrario a la práctica de todas las naciones y a la disciplina eclesiástica, y perjudicial a la salud de los

vivos, enterrar los difuntos en las iglesias y poblados. Madrid: Imprenta de D. Joaquín Ibarra, 1785. Pág. 71-180.

CALERO Y MOREIRA, Jacinto. Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas que da á luz la Sociedad Académica de Amantes de Lima, y en su nombre J. Calero y Moreira. Tomo I. Que comprende los meses de enero, febrero, marzo y abril de 1791. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1791. 316 p.

-----. Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas que da á luz la Sociedad Académica de Amantes de Lima, y en su nombre J. Calero y Moreira. Tomo II. Que comprende los meses de mayo, junio, julio y agosto de 1791. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1791. 319 p.

-----. Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas que da á luz la Sociedad Académica de Amantes de Lima, y en su nombre J. Calero y Moreira. Tomo IV. Que comprende los meses de enero, febrero, marzo y abril de 1792. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1792. 301 p.

CARACCIOLI, Louis Antoine de (Marqués Caraccioli). Le tableau de la mort (Pintura de la Muerte). París: J.F. Bassonpierre Librairie, 1766 (9º Edición). 236 p.

CARACCIOLI, Louis Antoine de (Marqués Caraccioli). Pintura de la muerte (obra traducida por don Francisco Mariano Nipho). Madrid: Miguel Escribano, 1783. 302 p*.

CARLOS IV, Rey de España. Novísima Recopilación de las Leyes de España. Madrid: Imprenta Real, 1805.

* En el original se nombra como ‘Marqués Caracciolo’, pero (como se explicó en el cuerpo de esta obra), posiblemente se trató de una confusión del traductor y/o de quien remitió la obra a Madrid, con el ilustrado de origen extremeño Domenico A. Caracciolo (III Marqués de Villamaina).

CASTILLO, Félix del. Discurso físico histórico legal sobre el abuso piadoso de enterrar los cuerpos muertos en las iglesias. Madrid: -----, 1781.

COELLO, Francisco. Atlas de España y sus posesiones de Ultramar por Francisco Coello, teniente coronel, capitán de ingenieros. Madrid: -----, 1848-1870.

DEVOTI, José Félix. Discurso sobre el Cementerio General que se ha erigido extramuros de la ciudad de Lima por el orden, zelo y beneficencia de su Excmo. Señor Virrey Don José Fernando de Abascal y Sousa. Lima: Casa Real de Niños Expósitos, 1808. 20 p.

DÍAZ CUEVA, Miguel. Relación de la apertura y solemne bendición del nuevo Campo Santo de esta ciudad de Lima, que se verificó el día 31 de mayo de 1808. Lima: Casa Real de Niños Expósitos, 1808. 22 p.

DULAURE, Jacques-Antoine. Bosquejo de los principales acontecimientos de la Revolución Francesa desde la convocación de los Estados-Generales hasta el restablecimiento de la casa de Borbón. Traducido al idioma castellano por D. Domingo Fernández de Angulo. Tomo Segundo. París: Librería de P. Dupont, 1826. 415 p.

GIL, Francisco. Disertación físico-médica, en la cual se prescribe un método para preservar a los pueblos de las viruelas hasta lograr la completa extinción de ellas en todo el Reyno. Madrid: Imprenta de D. Joaquín Ibarra, 1784. 164 p.

GÓMEZ DE PARADA, Juan. Constituciones sinodales del obispado de Yucatán [recopilación y transcripción Gabriela Solís Robleda]. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2009. 364 p.

GROOT, José Manuel. Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada escrita sobre documentos auténticos por José Manuel Groot. Bogotá: Casa editorial de M. Rivas & Compañía, 1889 – 1893. (5 volúmenes).

GUMILLA, Joseph. Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riveras del río Orinoco, Meta y Casanare, Tomo II. Barcelona: Imprenta de Carlos Gibert y Tuto, 1791. 352 p. [Edición facsimilar Santander de Quilichao (Cauca): Carvajal, 1985].

HABERMANN, Joseph, Dissertatio inauguralis medica de Salubri Sepultura. Viena: Typographeo Kaliwodiano, 1772. 120 p.

HUESCA, Fray Ramón de. Nueva instancia a favor de los cementerios contra las preocupaciones del vulgo: tratado en que discurriendo por las épocas más notables se demuestra que enterrar los muertos en cementerios fuera de los templos y las poblaciones es conforme a la piedad cristiana y necesario a la salud pública. Pamplona: Imprenta de la viuda de Ezguerrero, 1792. 100 p.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de. Reflexiones sobre la legislación de España en cuanto al uso de sepulturas*. En: NOCEDAL, Cándido. Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Tomo #1. Biblioteca de Autores Españoles desde la Formación del Lenguaje hasta Nuestros Días. Madrid: M. Rivadeneyra impresor – editor, 1858.

JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de. Relación Histórica del Viaje a la América Meridional, hecho de Orden de Su Majestad Católica para medir algunos Grados de Meridiano Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera Figura y Magnitud de la Tierra, con otras varias Observaciones Astronómicas y Físicas. Madrid: Imprenta de Antonio Marín, 1748. Cuatro Tomos.

JUNTA ADMINISTRADORA DEL CEMENTERIO SAN PEDRO. Cementerio de San Pedro: Documentos Relativos a su Fundación y Administración. Medellín: Tipografía Industrial, 1941.

* El texto original fue entregado en 1781 e hizo parte constitutiva del *Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas*, pero no se publicó de manera independiente y completa hasta la compilación de Nocedal.

LABORDE, Alexandre de. Voyage pittoresque et historique de l'Espagne. París: Imprimerie de Pierre Didot l'Ainé, 1806-1820 (4 volúmenes).

LAS HERAS, Bartolomé María de. Discurso que dirige a su grey el Ilmo. señor doctor don Bartolomé María de las Heras, dignísimo Arzobispo de esta Metrópoli con motivo de la apertura y bendición solemne del Cementerio General erigido en esta capital. Lima: Casa Real de Niños Expósitos, 1808.

LAVEDAN, Antonio. Tratado de las enfermedades epidémicas, pútridas, malignas, contagiosas y pestilentes. Historia de la peste; en la qual se ha añadido la peste de Atenas, de Marsella y la de Egipto. Madrid: Imprenta Real, 1802. 674 p.

LE BEGUE DE PRESLE, Achille Guillaume. El Conservador de la Salud o aviso a todas las gentes acerca de los peligros que les importa evitar para mantener con buena salud, y prolongar la vida. Traducción al español de Félix Galisteo y Xiorro. Madrid: Oficina de Pedro Marín, 1776. 475 p.

LEWIS, Thomas. Seasonable considerations on the indecent and dangerous custom of burying in churches and church-yards. With remarkable observations historical and philosophical proving, that the custom is not only contrary to the practice of the antients, but fatal, in case of infection. Londres: S. P. for A. Bettesworth; and sold by Jacob Silver, in Sandwich, 1721. 64 p.

LÓPEZ, José Alonso. Consideraciones generales sobre varios puntos históricos, políticos y económicos á favor de la libertad y fomento de los pueblos, y noticias particulares de esta clase, relativas al Ferrol y á su comarca. Tomo I. Madrid: Imprenta de M. Repullés, 1820. 222 p.

MADOZ, Pascual. Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Madrid: Estudio Literario-Tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, 1846-1850. 16 tomos.

MARET, Hugues. Mémoire sur l'usage où l'on est d'enterrer les morts dans les Eglises & dans l'enceinte des villes. Dijon: Causse, imprimeur, 1773. 67 p.

MECA Y BOBADILLA, Miguel de. Dulzuras en el morir, motivadas del amor de Dios y de las culpas, sacadas de los evangelios, profhetas y de muchos santos. Madrid: Mateo de Espinosa y Arteaga, 1671. 199 p.

MONLAU, Don Pedro Felipe. Elementos de Higiene Pública. Barcelona: Imprenta de D. Pablo Riera, 1847. 490 p.

MONTÚFAR, Juan José Mariano de. Compendio mystico moral de flores eucharisticas: que para aliento y disposición de los christianos a la mas frequente y saludable comunión. Ciudad de México: Imprenta del Nuevo Rezado de Doña María de Ribera en el Empedradillo, 1750. 493 p.

NIEREMBERG, Juan Eusebio. De la diferencia entre lo Terrenal y lo Eterno. Crisol de desengaños con la memoria de la eternidad, postrimerías humanas y principales misterios divinos. Barcelona: Imprenta de Francisco Guasch, 1698. 448 p.

------. Partida a la eternidad y preparación para la muerte. Madrid: Imprenta Real, 1645. 240 p.

NOCEDAL, Cándido. Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Tomo #1. Biblioteca de Autores Españoles desde la Formación del Lenguaje hasta Nuestros Días. Madrid: M. Rivadeneyra impresor – editor, 1858.

PABLO V. Rituale romanum Pauli V. pontificis maximi jussu editum et a Benedicto XIV auctum et castigatum cui ad usum missionariorum apostolicorum nova nunc primum accedit benedictionum et instructionum appendix. Roma: Congregationis de Propaganda Fide, 1847. 346 p.

PALACIOS, José Eustaquio. El alférez real. Cali: Imprenta del autor, 1886. 268 p.

PALAFOX Y MENDOZA, Juan de. Luz a los vivos y escarmiento en los muertos. Madrid: Imprenta de María de Quiñones, 1661. 517 p.

-----. Manual de los santos sacramentos conforme al ritual de Pablo V: Formado por mandado del ilustrísimo, y excelentísimo señor D. Juan de Palafox y Mendoza, siendo obispo de la Puebla de los Ángeles, electo arzobispo de México (...) Tercera y última vez corregido, enmendado, y dado a la luz por orden del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Doctor D. Manuel Fernández de Santa Cruz, actual Obispo de la Puebla de los Ángeles. Puebla de los Ángeles: Imprenta de Diego Fernández de León, 1691. 270 p.

PATTE, Pierre. Article Cinquième. Nécessité de transférer la sépulture hors d'une Ville, et comment l'on y peut réussir. En PATTE, Pierre. Mémoires sur les objets les plus importantes de l'architecture. París: Rozet library, 1769. Pág. 41-47.

PÉREZ DE ESCOBAR, Antonio. Avisos médicos, populares, y domésticos: historia de todos los contagios, preservación y medios de limpiar las casas, ropas y muebles sospechosos. Obra útil, y necesaria a los médicos, cirujanos, y ayuntamientos de los pueblos por el Dr. D. Antonio Pérez de Escobar. Madrid: Imprenta de D. Joaquín Ibarra, 1776. 287 p.

PONZ, Antonio. Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella. Tomo V. Trata de Madrid. Madrid: Imprenta de D. Joaquín Ibarra, 1776. 360 p.

-----. Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella. Tomo XIII. Trata de Valencia. Madrid: Imprenta de D. Joaquín Ibarra, 1785. 200 p.

----- . Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella. Tomo XIV. Trata de Cataluña. Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, 1788. 240 p.

PORÉE, Charles Gabriel (Abate). Lettres sur la sépulture dans les églises. Caen, Chez Jacques Manoury Libraire, (1743), 1749. 48 p.

----- . Observation sur les sépultures dans les églises, et réflexions sur les lettres écrites à ce sujet. Caen, Chez Jacques Manoury Libraire, (1745), 1749. 32 p.

PORTILLA, Anselmo de la. Instrucciones que los virreyes de Nueva España dejaron a sus sucesores. Tomo XI. México: Imprenta de Ignacio Escalante, 1878.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna relativa al lugar de las sepulturas. Madrid: oficina de don Antonio de Sancha, Impresor de la Academia, 1786. 103 p.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la Lengua Castellana, en el que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua. Madrid: Francisco del Hierro, impressor de la Real Academia Española, 1726-1739. 6 volúmenes.

RIBEIRO SANCHES, António Nunes. Tratado da Conservação da Saúde dos Povos. París: -----, 1756. 293 p.

RODRÍGUEZ, Manuel del Socorro. Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá 1791 – 1797. Santafé de Bogotá: Imprenta de Don Antonio Espinosa de los Monteros [Edición facsimilar Bogotá: Banco de la República, 1978]. 7 tomos.

ROMAY CHACÓN, Tomás. Discurso sobre las sepulturas fuera de los pueblos. La Habana: Imprenta Episcopal de don Estevan Joseph Boloña, 1806.

SILVESTRE, Francisco. Relación de la Provincia de Antioquia [recopilación y transcripción David James Robinson]. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1988. 632 p.

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA PÚBLICA DE LIMA. Guía del Cementerio General de Lima. Lima: Sociedad de Beneficencia Pública, 1º de noviembre de 1890.

SOLÓRZANO Y PEREYRA, Juan de. Política indiana: sacada en lengua castellana de los dos tomos del Derecho i gobierno municipal de las Indias Occidentales que escribió en la Latina Don Juan de Solorzano y Pereyra. Madrid: Imprenta de Diego Díaz de la Carrera, 1648. 6 libros.

UNANUE, Joseph Hipólito. Discurso sobre el panteón que está construyendo en el Convento Grande de San Francisco de esta capital el R.P. guardián fray Antonio Díaz. Por el D. D. Hipólito Unanue Catedrático de Anatomía. Lima: Real Imprenta de los Niños Expósitos, 1803. 26 p.

-----. Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1793 compuesta de orden superior del gobierno por el Dr. Joseph Hipólito Unanue, Catedrático de Anatomía de la Real Universidad de San Marcos. Publicada por la Sociedad Académica de Amantes del país de Lima. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1793. 353 p.

-----. Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1794 compuesta de orden superior del gobierno por el Dr. Joseph Hipólito Unanue, Catedrático de Anatomía de la Real Universidad de San Marcos. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1794. 295 p.

-----. Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1795 compuesta de orden superior del gobierno por el Dr. Joseph Hipólito Unanue, Catedrático de

Anatomía de la Real Universidad de San Marcos. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1795. 281 p.

-----. Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú para el año de 1797 compuesta de orden superior del gobierno por el Dr. Joseph Hipólito Unanue, Catedrático de Anatomía de la Real Universidad de San Marcos. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1797. 276 p.

-----. Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre. Lima: Imprenta Real de los Huérfanos, 1806. 200 p.

VIANA RAZOLA, Julián. Novísima Recopilación de las Leyes de España: Dividida en XII libros, en que se reforma la Recopilación publicada por el Señor Don Felipe II en el año de 1567, reimpressa últimamente en el de 1775: y se incorporan las pragmáticas, cédulas, decretos, órdenes y resoluciones reales, y otras providencias no recopiladas, y expedidas hasta el de 1804. Madrid: -----, 1829.

VILLALBA Y GUITARTE, Joaquín de. Epidemiología española, ó, Historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801. Madrid: Imprenta de don Fermín Villalpando, 1803. 344 p.

VOLTAIRE. Diccionario filosófico de Voltaire traducido al español por C. Lanuza, en la que se han refundido las cuestiones sobre la enciclopedia, la opinión en alfabeto, los artículos insertos en la enciclopedia y otros muchos. Tomo IV. Nueva York: Imprenta de C. S. Tan Winkle, 1825. 282 p.

VOLTAIRE. Ouvres complètes de Voltaire (Nouvelle Edition). Dictionnaire Philosophique. Tome IV. París: Pourrat Frères, 1831. 514 p.

ZÚÑIGA Y ONTIVEROS, Mariano José de. Calendario manual y guía de forasteros en México, para el año de 1818. Ciudad de México: Imprenta de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1817. 232 p.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLA, Arturo. El florero de Llorente. Medellín: Bedout, 1980. 215 p.

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA. Un siglo de gobierno en Antioquia. Tomo II 1800-1886. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura – Gobernación de Antioquia, 1990. 442 p.

ALCARAZ HERNÁNDEZ, Sonia. Planteamientos y acciones en materia de higiene pública: los cementerios de la ciudad de México a principios del siglo diecinueve. En: Revista Cultura y Religión. Vol 2 N° 3. Ciudad de México, diciembre de 2008. Pág. 60-76.

ALMOND, Philip C. Heaven and Hell in Enlightenment England. Londres: Cambridge University Press, 2009. 212 p.

ALZATE ECHEVERRI, Adriana María. El imperativo higienista o la negociación de la norma: una historia de la recepción del pensamiento higienista de la ilustración en la Nueva Granada. París: Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, 2001. 196 p.

-----, Los oficios médicos del sabio. Contribución al estudio del pensamiento higienista de José Celestino Mutis. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia – colección Clío, 1999. 102 p.

-----, Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760 – 1810. Bogotá: Universidad del Rosario, Bogotá: ICANH, Medellín: Universidad de Antioquia, 2007. 316 p.

ARANGO DE RESTREPO, Gloria Mercedes. La Mentalidad Religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos 1828 – 1885. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 1993. 335 p.

-----, Los Cementerios en Medellín 1786 - 1940. En: MELO, Jorge Orlando. Historia de Medellín II. Medellín: Suramericana, 1996. Pág. 717-721.

ARANGO LÓPEZ, Cindia. Recursos naturales y población: visiones de dos visitantes en las provincias de Antioquia y Popayán durante las Reformas Borbónicas. En: Anais do XXVI Simpósio Nacional de História. São Paulo: ANPUH, julho 2011.

ARIÈS, Philippe. El Hombre ante la Muerte. Madrid: Taurus, 2004. 522 p.

----- y DUBY, George. Historia de la vida privada. Madrid: Taurus, 2001. 592 p.

ARCINIEGA ÁVILA, Hugo. El Tepeyac, el cementerio de los arquitectos. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 115-136.

AYALA CALDERÓN, Javier. La Iglesia Novohispana como espacio funerario a través de exempla (Siglo XVI). En: Antología 6ª Reunión Nacional Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C. Mérida: Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C. – Universidad Autónoma de Yucatán – Facultad de Antropología, 2009. Pág. 131 – 144.

-----, Un lugar entre los santos. Variaciones diacrónicas y usos políticos de la santidad en las crónicas franciscanas de la Nueva España del Siglo XVI. Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2010. 196 p.

BARCELO, Juan A. Elementos para una Teoría de la Muerte y de los Ritos Funerarios. En: Ethnica - revista de antropología. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC - Centro de Etnología Peninsular, 1984. Pág. 79-102.

BARRIGA CALLE, Irma. La experiencia de la muerte en Lima, siglo XVII. En: Apuntes, Revista de Ciencias Sociales N° 31. Lima: Universidad del Pacífico, 1992. Pág. 81-102.

BARRIONUEVO, Jerónimo de. Avisos de Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658). Precede una noticia de la vida y escritos del autor por A. Paz y Meliá. Madrid: M. Tello, 1892. 4 vol.

BARRIOS AMÓRTEGUI, Sergio Iván. Un río que cambia el lugar de las ciudades: el río Magdalena de Mompox a Magangué. En: Credencial Historia N° 288. Bogotá: Biblioteca Virtual Banco de la República, 2013.

BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, Gregorio. Juan de Palafox y Mendoza: Obispo y virrey, reformador polémico y escritor sin límites (1600-1659). Madrid: Fundación Ignacio Larramendi, 2015. 57 p.

BAZARTE MARTÍNEZ, Alicia, El espacio vivo de la muerte. En: PASTOR LLANEZA, María Alba y MAYER GONZÁLEZ, Alicia (Coordinadoras). Formaciones religiosas en la América colonial. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México -UNAM, 2000. Pág. 159 – 178.

BENÍTEZ, José Antonio. Carnero y miscelánea de varias noticias, antiguas y modernas de esta villa de Medellín. Transcripción, prólogo y notas de Roberto Luis Jaramillo. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano – ITM, 2006. 465 p.

BERMEJO LORENZO, María del Carmen. Arte y arquitectura funeraria: los cementerios de Asturias, Cantabria y Vizcaya (1787-1936). Oviedo: Universidad de Oviedo, 1998. 329 p.

------. Las necrópolis de Santander: evolución histórica y análisis artístico. Santander: Ayuntamiento de Santander, 2005. 240 p.

BERNAL BOTERO, Diego Andrés y ROMANDETTI DASSO, Andrea M. Del mito al símbolo: análisis de la gramática masónica en los cementerios patrimoniales. En: VALERDI

NOCHEBUENA, María Cristina (Coordinadora). Espacios funerarios... una mirada holística. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2011. Pág. 103-113.

-----, Diarios de Campo. Archivo Personal. Medellín: (Sin publicar), 345 p. 1998 - 2005.

-----, Entre el miedo y la devoción: las reformas borbónicas y la construcción de los cementerios extramuros en el Nuevo Reino de Granada. En: CANO VARGAS, Alexander (Compilador). Historiar: patrimonio, memoria e historia. Medellín: Fondo Editorial ITM - Capítulo Antioquia Asociación Colombiana de Historiadores, 2016. Pág. 83-104.

-----, La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en Virreinato del Nuevo Reino de Granada (1786-1808). Tesis de Maestría. Medellín: Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín. Maestría en Historia, 2013. 140 p.

-----, La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en la Villa de Medellín, Virreinato del Nuevo Reino de Granada. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 29-49.

-----, Morfología de los espacios y distribución protocolaria de los difuntos en los cementerios de Medellín. Trabajo de grado (Comunicador Social). Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana. Facultad de Comunicación Social, 2005. 280 p.

-----, Propuestas y debates acerca de la construcción de los primeros cementerios extramuros en la villa de Medellín (1789-1809). En: CARDONA RODAS, Hilderman (Compilador). Oficio de Historiador -Enfoques y prácticas-. Universidad de Medellín - Capítulo Antioquia Asociación Colombiana de Historiadores - Proantioquia: Medellín, 2014. Pág. 46-59.

BERETTA GARCÍA, Ernesto. El Cementerio Nuevo de Montevideo como espacio de pedagogía política y moral republicana para la ciudadanía durante la primera mitad del siglo XIX. En: Memorias XVIII Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Montevideo: Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, 2017. 20 p.

BORJA GÓMEZ, Jaime Humberto. El Purgatorio y la mística en el Nuevo Reino de Granada. En: Entre cielos e infiernos. Memoria del V Encuentro Internacional sobre Barroco. Pamplona: Fundación Visión Cultural - Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2011. Pág. 155-166.

-----, Inquisición, muerte y sexualidad en la Nueva Granada. Bogotá: Ariel-CEJA, 1996. 390 p.

BOURGOING, Jean-François de. Imagen de la moderna España. SOLER PASCUAL, Emilio (Editor). Alicante: Universidad de Alicante, 2012. 1040 p.

BRADING, David A. Orbe indiano: De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1991. 770 p.

BREÑA, Roberto. En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810. Ciudad de México: El Colegio de México – Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010. 402 p.

BURGOA FERNÁNDEZ, Juan José. O camposanto de Canido en Ferrol, o primeiro cemiterio da Ilustración en Galicia. En: Estudos mindonienses: Anuario de estudos histórico-teolóxicos de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol. N° 21. Ferrol: Centro de Estudios de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol, 2005. Pág. 643-707.

BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador y ÁLVAREZ Y SANTALÓ, León Carlos (Coordinadores). La religiosidad popular. Vol. II Vida y muerte: la imaginación religiosa. Barcelona: Anthopos, 1989. 618 p.

CALATRAVA, Juan Antonio. El debate sobre la ubicación de los cementerios en la España de las Luces: la contribución de Benito Bails. En: Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del Arte, Madrid: Departamento de Historia del Arte - Facultad de Geografía e Historia - UNED, 1991. Pág. 349-366.

CALVO AYAVIRI, Guillermo. Historia del Cementerio General de la Ciudad de Sucre. Primer Cementerio Patrimonial de Bolivia. Sucre: Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier de Chuquisaca, 2018. 227 p.

CALVO ISAZA, Oscar Iván. El Cementerio Central. Bogotá, la vida urbana y la muerte. Bogotá: Tercer Mundo, 1998. 183 p.

CAMACHO BECERRA, Juan Arturo (Coordinador). La Catedral de Guadalajara: su historia y significados. Tomo III. Guadalajara: El Colegio de Jalisco, 2012. 300 p.

CÁMARA MUÑOZ, Alicia (Compiladora). Los ingenieros militares de la monarquía hispánica en los siglos XVII y XVIII. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica (CEEH), 2005. 381 p.

CAPEL SÁEZ, Horacio. Los Ingenieros militares en España, siglo XVIII: repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, 1983. 494 p.

CARABALLO PERICHI, Ciro. El Presbítero Maestro, de Carlos III al Cementerio – Jardín de la burguesía republicana. En: REPETTO MÁLAGA, Luis. Museo Cementerio Presbítero Maestro. Lima: Sociedad de Beneficencia de Lima Metropolitana – Municipalidad de Lima, 2017. Pág. 16 - 29.

------. Higienismo y romanticismo: los espacios de enterramiento en el siglo XIX. La Ciudad de México en el contexto hispanoamericano. Tesis de Doctorado. Caracas: Universidad Central de Venezuela - Doctorado en Arquitectura, 2009. 453 p.

CARCELÉN RELUZ, Carlos Guillermo. La visión ilustrada de los desastres naturales en Lima durante el siglo XVIII. En: Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía. Vol. 20, N° 1. Bogotá: Departamento de Geografía - Universidad Nacional de Colombia, 2011. Pág. 55-64.

CARDONA SALDARRIAGA, Álvaro et al. Cadáveres, Cementerios y Salud Pública en el Virreinato de Nueva Granada. Medellín: Universidad de Antioquia – Grupo de Investigación Historia de la Salud, 2008. 157 p.

----- y SIERRA VARELA, Raquel. Salud pública y prohibición de enterramientos en las iglesias de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII. En: Gerencia y Políticas de Salud, enero-julio, año/vol 7, N° 014. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008. Pág. 54-72.

CARLETTI, Francesco. Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1976. 281 p.

CARMONA PORTILLO, Antonio. Presidarios en África, algunas consideraciones sobre los condenados al presidio de Alhucemas (1700-1870). En: Isla de Arriarán, XVIII. Málaga: Asociación Cultural Isla de Arriarán, 2001. Pág. 137-151.

CASALINO SEN, Carlota. El Bicentenario del cementerio más importante del Perú. En: REPETTO MÁLAGA, Luis (Compilador). 200 años del Presbítero Maestro: primer cementerio monumental de América Latina. Lima: MIXMADE Producciones Editoriales, 2008. 125 p.

------. Higiene pública y piedad ilustrada: la cultura de la muerte bajo los borbones. En: O'PHELAN GODOY, Scarlett (Compiladora). El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica. Lima: Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero, 1999. Pág. 325-344.

------. La muerte en Lima (siglos XIX y XX) y el Museo Cementerio Presbítero Matías Maestro. En: REPETTO MÁLAGA, Luis. Museo Cementerio Presbítero Maestro. Lima: Sociedad de Beneficencia de Lima Metropolitana – Municipalidad de Lima, 2017. Pág. 30 – 35.

------. La muerte en Lima en el siglo XIX. En: REPETTO MÁLAGA, Luis (Coordinador). Presbítero Maestro: Museo cementerio de Lima. Lima: ICOM LAC – Sociedad de Beneficencia Lima Metropolitana, 2003. Pág. 37-46.

CASTILLO FLORES, José Gabino. Morir en Nueva España. Los lugares de sepultura y la evangelización de los indios como puerta de entrada al más allá. En: Coexistencia. Etnología, Diversidad, Ciencia, Arte y Humanismo N° 4. Ciudad de México: Escuela Nacional de Antropología e Historia – ENAH, 2006. Pág. 14 – 23.

CATROGA, Fernando. Revolução e secularização dos cemitérios em Portugal (inuministas e cremacionistas). En: COELHO, Antonio Matias (Coord). Atitudes perante a morte. Coimbra: Edições Minerva Coimbra, 1991. Pág. 95 – 173.

CENTRO DE ESTUDIOS CONSTITUCIONALES DE ESPAÑA, Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la Magestad Católica del Rey Don Carlos II, Reproducción facsimilar de la edición de la Viuda de Don Joaquín Ibarra, Madrid, 1791, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Boletín Oficial del Estado, Madrid, 1998.

CHICO PONCE DE LEÓN, Pablo A. y ROMÁN KALISCH, Manuel A. (Coordinadores). Procesos de conformación espacial y constructiva de los establecimientos religiosos. La construcción de una utopía en Yucatán y en otras regiones novohispanas. Mérida (Yucatán):

Facultad de Arquitectura Universidad Autónoma de Yucatán / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología – CONACYT, 2011. 327 p.

CLÉMENT, Jean-Pierre. *El Mercurio Peruano 1790-1795*. Vol. 1: Estudio. Francfort y Madrid: Vervuert e Iberoamericana, 1997. 307 p.

COBOS, Eduardo. *La muerte y su dominio: El Cementerio General del Sur en el Guzmanato, 1876-1887*. Caracas: Fundación Centro Nacional de Historia, 2009. 136 p.

COGOLLOS AMAYA, Silvia y VARGAS POO, Martín Eduardo. Las discusiones en torno a la construcción y utilidad de los ‘dormitorios’ para los muertos. Santa Fe, finales del siglo XVIII. En: BORJA GÓMEZ, Jaime Humberto. *Inquisición, muerte y sexualidad en la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Ariel-Ceja. 1996. Pág. 143-167.

COLMENARES, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada (tres tomos)*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1989.

COLÓN LLAMAS, Luis Carlos. *Las ciudades y los muertos: Cementerios de América Latina*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004. 138 p.

COOPER, Donald B. *Las epidemias en la ciudad de México, 1761-1813*. Ciudad de México: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1992. 263 p.

CORBIN, Alain. *Dolores, Sufrimientos y miserias del cuerpo*. En: CORBIN, Alain. *Historia del Cuerpo Vol. 2*. Madrid: Taurus, 2005. Pág. 205-257.

-----, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2002. 249 p.

CÓRDOBA OCHOA, Luis Miguel. De la Quietud a la Felicidad: la villa de Medellín y los procuradores del cabildo entre 1675 y 1785. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998. 206 p.

COSSÍO Y SOTO, José Lorenzo. Del México viejo. Ciudad de México: Publicación hecha por los hijos del autor, 1934. 189 p.

CUÑO BONITO, Justo. El Retorno del Rey: el restablecimiento del régimen colonial en Cartagena de Indias (1815-1821), Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 2008. 481 p.

DE AGUILAR Y ACUÑA, Rodrigo y MONTEMAYOR Y CÓRDOBA DE CUENCA, Juan Francisco. Sumarios de la Recopilación General de Leyes de las Indias Occidentales (1628). Libro I. Título Duodécimo. De las sepulturas y derechos eclesiásticos. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México – Fondo de Cultura Económica, 1994. 792 p.
En: Biblioteca Jurídica Virtual.

<http://www.bibliojuridica.org/libros/libro.htm?l=1379>

DE LEÓN PINELO, Antonio y DE SOLÓRZANO PEREIRA, Juan. Recopilación de las Leyes de las Indias. Libro I. Título XVIII. De las sepulturas y Derechos Eclesiásticos. En: Archivo Digital de la Legislación en el Perú.

<http://www.congreso.gob.pe/ntley/LeyIndiaP.htm>

DELUMEAU, Jean. El Miedo en Occidente. Madrid: Taurus, 1989, 655 p.

DÍAZ DE MONTALVO, Alonso. Alfonso ‘El Sabio’: Las Siete Partidas [Facsímil]. Valladolid: Lex Nova, 1988. 486 p.

DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina. El Panteón de Santa Paula. En: A pie: crónicas de la Ciudad de México, Números 1-4. Ciudad de México: Secretaría de Cultura/Gobierno del Distrito Federal, 2003. Pág.: 34-38.

DÍEZ MORRÁS, F. Javier. La construcción del cementerio capítular de Santo Domingo de la Calzada, 1801 – 1808. En: Fayuela. Revista de estudios Calceatenses, N° 2. Santo Domingo de la Calzada (La Rioja): Ayuntamiento de Santo Domingo de La Calzada, 2006. Pág. 43-72.

DOMÍNGUEZ, Jorge I. Insurrección o lealtad: la desintegración del imperio español en América. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1985. 301 p.

DOMÍNGUEZ ORTEGA, Montserrat. Los Merizalde, médicos y políticos al servicio de la Independencia Colombiana. En: Memorias Congreso Internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica. Santiago de Compostela: XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, 2010. Pág. 94-102.

DUQUE, Ana Hilda y MEDINA, Lolibeth. De enterrados a fieles difuntos. Mérida (Venezuela): Grupo de Investigación y Estudios Culturales de América Latina (GIECAL) – Universidad de los Andes. Serie Cuadernos del GIECAL N° 2, 2009. 69 p.

DURÁN VILLA, Francisco J., FERNÁNDEZ FERNANDEZ, Carlos M. y SÁNCHEZ GARCÍA, Jesús. Asilos de la muerte. Higiene, sanidad y arquitectura en los cementerios gallegos del siglo XIX. En: Semata. Ciencias Sociais e Humanidades. Vol. 17. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2005. Pág. 435-472.

ECHETO MEDINA, Sergio Haibar. Las iglesias como lugar de descanso eterno: de la Catedral de Montevideo al Barrio Piedras Blancas. En: Memorias XVIII Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Montevideo: Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, 2017. 8 p.

ELIADE, Mircea. La Muerte, la vida después de la muerte y la escatología. Buenos Aires: Megalópolis, 1978. 640 p.

----- . Le Sacré et le Profane. París: Éditions Gallimard, 2010. 181 p.

ELLIOT, John Huxtable. La Europa dividida (1559-1598). Madrid: Siglo XXI Editores, 2005. 444 p.

ELSCHNIG, Hanns Dieter. Cementerios de Venezuela. Caracas: Tipografía Cervantes, 2000. 184 p.

ESCOVAR WILSON-WHITE, Alberto. El Cementerio Central de Bogotá y los primeros cementerios católicos de Colombia. En: Revista Credencial Historia N° 155. Bogotá: Biblioteca Virtual Banco de la República, 2002. Pág. 13 - 15.

----- y MARIÑO, Margarita. Guía del Cementerio Central de Bogotá. Elipse central. Bogotá: Corporación La Candelaria, 2003. 218 p.

-----, Vida, resurrección y muerte en la arquitectura funeraria. En: COLÓN LLAMAS, Luis Carlos. Las ciudades y los muertos: Cementerios de América Latina. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

ESTRADA HERRERA, Fabiola. Marco y propósitos generales de las Reformas Borbónicas. En: Grafía No.0 (edición digital). Bogotá: Universidad Autónoma de Colombia, 2006. 14 p.

FAJARDO RODRÍGUEZ, Hugo A. Breve historia del Hospital San Juan de Dios y la educación médica en la Universidad Nacional de Colombia. En: Revista de la Facultad de Medicina Vol. 42 N° 3. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994. Pág. 166-169.

FERNÁNDEZ ALBADEJO, Pablo (Ed). Los Borbones: dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII. Madrid: Casa de Velásquez, 2002. 651 p.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín. El Periquillo Sarniento. Ciudad de México: Imprenta de la calle de Palma, 1842. Tomos I (206 p.) y II (206 p.).

FERNÁNDEZ MELLÉN, Consolación. Iglesia y poder en La Habana. Juan José Díaz de Espada, un obispo ilustrado (1800-1832). Bilbao: Universidad del País Vasco, 2015. 360 p.

FINOL, Jorge Enrique y FERNÁNDEZ, Karelis. Socio - Semiótica del rito: Predominio de lo femenino en rituales funerarios en cementerios urbanos. En: Morphé N° 13/14. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla - Instituto de Ciencias del Lenguaje, julio 95 / junio 96. Pág. 303 - 318.

FREY SANCHEZ, Antonio Vicente. Estudio comparativo de los ámbitos funerarios en templos de España e Iberoamérica durante la etapa colonia. En: Fronteras de la Historia, vol. 18, núm. 2 (julio-diciembre). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2013. Pág. 167-212.

FOISIL, Madeleine. Les attitudes devant la mort au XVIIIe siècle: sépultures et suppressions des sépultures dans le cimetière parisien des Saint Innocents. En: Revue historique N° 510. París: Presses Universitaires de France, 1974. Pág. 303-330.

FUENTE DE PABLO, Pablo de la, PUJOL HAMELINK, Marcel y TARACHA, Cezary. Un proyecto de arsenal para la Barceloneta (1743). En: Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia N° 14. Las Palmas: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2014. Pág. 229-241.

FUENTES PASTOR, Herlard André. Historia del Cementerio General de La Apacheta. Arequipa: Sociedad de Beneficencia Pública de Arequipa, 2016. 190 p.

FUSTEL DE COULANGES. La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma. Ciudad de México: Porrúa, 2003. 382 p.

GALÁN CABILLA, José Luis. Madrid y los cementerios en el siglo XVIII: el fracaso de una reforma. En: Carlos III, Madrid y la Ilustración. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1988. Pág. 255-298.

GALINDO DÍAZ, Jorge y HENAO MONTOYA, Laura María. Las fortificaciones perdidas del Darién: los proyectos del ingeniero militar Antonio de Arévalo (1761-1785). En: ECHARRI IRIBARREN, Víctor (Editor). Defensive Architecture of the Mediterranean. XV to XVIII centuries. Volumen 5. Alicante: Editorial Publicacions Universitat d'Alacant, 2017. Pág. 55-62.

GARAVAGLIA, Juan Carlos y MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. Historia de América Latina de los orígenes a 1805. Barcelona: Crítica, 2005. Volúmenes I y II.

GARCÍA DE ALBA-GARCÍA, Javier E et al. Cementerios y salud pública en Guadalajara. En: Cirugía y Cirujanos, Volumen 69, N° 6 (noviembre – diciembre de 2001). Ciudad de México: Academia Mexicana de Cirugía. Pág. 306-312.

GARCÍA ESTRADA, Rodrigo de Jesús. Personajes cívicos. Colección Fundadores. Medellín: Cementerio Museo San Pedro, 2018. 54 p.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Estrellita. Salud y muerte en el conjunto de Belén. En: Espiral (Guadalajara), Volumen 16, N° 46 (septiembre – diciembre de 2009). Guadalajara (México): División Estado y Sociedad del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Pág. 173-203.

GARCÍA GASCÓN, María José. El ritual funerario a fines de la Edad Moderna: una manifestación de la religiosidad popular. En: BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador y ÁLVAREZ Y SANTALÓ, León Carlos (Coordinadores). La religiosidad popular. Vol. II Vida y muerte: la imaginación religiosa. Barcelona: Anthropos, 1989. Pág. 328-343.

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo. La gran inundación de 1629. En: Arqueología mexicana, Volumen 12, N° 68. Ciudad de México: Raíces, 2004. Pág. 50-57.

GARRIDO, Margarita. Reclamos y representaciones variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815. Bogotá: Banco de la República, 1993. 413 p.

GÉLIS, Jacques. El cuerpo, la iglesia y lo sagrado. En: VIGARELLO, Georges. Historia del Cuerpo Vol. 1. Madrid: Taurus, 2005. Pág. 27-112.

GIANNONI CHÁVEZ-FERRER, Diego. El cementerio Presbítero Maestro en la construcción de la nación peruana. En: Anthropía, Revista de Antropología y otras cosas N°6, año 6. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008. Pág. 6-10.

GIL, Fernando Miguel. De la diferencia entre lo temporal y eterno. Crisol de desengaños con la memoria de la eternidad, postrimerías humanas y principales misterios divinos, de Juan Eusebio Nieremberg S. J. En: De la diferencia entre lo temporal y eterno, primera edición facsimilar en conmemoración al Bicentenario de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, Bolsa de Comercio de Buenos Aires, Bolsa de Comercio de Rosario, 2010. 47 p.

GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique. La exhalación de la muerte. La aportación del matemático Benito Bails a la polémica sobre los cementerios en el siglo XVIII. En: Revista de Historia Moderna N° 17 (1998-99). Alicante: Universidad de Alicante, 1999. Pág. 113-146.

GIMÉNEZ RODRÍGUEZ, Alejandro. Montevideo fortificada y sus enterramientos: otra expresión del “afuera” y el “adentro”. En: Memorias XVIII Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Montevideo: Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, 2017. 16 p.

GIORDANO, Paolo. Il disegno dell'architettura funebre: Napoli-Poggio Reale, il Cimitero delle 366 fosse e il Sepolcreto dei colerici. Florencia: Alinea Editrice, 2006. 494 p.

GÓMEZ GIRALDO, Cecilia. El Cementerio de San Pedro y su historia. Medellín: [s.n.], 1997. 35 p.

GONZÁLEZ CRUZ, David y DE LARA, Manuel José. Actitudes Ante la muerte en los hospitales sevillanos (El Hospital de las Cinco Llagas 1700-1725). En: BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador y ÁLVAREZ Y SANTALÓ, León Carlos (Coordinadores). La religiosidad popular. Vol. II Vida y muerte: la imaginación religiosa. Barcelona: Anthopos, 1989. Pág. 273 – 308.

GONZÁLEZ DÍAZ, Alicia. El cementerio español en los siglos XVIII y XIX. En: Archivo Español de Arte. Tomo 43. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC - Centro de Estudios Históricos, 1970. Pág. 289-290.

GONZÁLEZ ESCOBAR, Luis Fernando. Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos, 1775-1932. Medellín: Facultad de Arquitectura - Universidad Nacional de Colombia, 2007. 190 p.

GONZÁLEZ MERLO, Gilberto. “Et Memoriam Venerantes”. Iconografía, orientación y Legislación canónica de los cementerios cristianos: un vistazo escriturístico a su inspiración. En: MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Margarita G., STEFANÓN LÓPEZ, María Elena y VALERDI NOCHEBUENA, María Cristina. Costumbres, Rituales y espacios funerarios. Puebla: Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C. – Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013. Pág. 37 – 55.

GONZÁLEZ VALENCIA, Sergio Andrés. Los ‘Mayordomos de fábrica’ y la economía de las parroquias en la Provincia de Antioquia, 1825-1842. Medellín: Instituto para el Desarrollo de Antioquia - IDEA, 2013. 143 p.

GRANJEL, Mercedes y CARRERA PACHÓN, Antonio. Extremadura y el debate sobre la creación de cementerios: un problema de salud pública en la Ilustración. En: Norba. Revista de Historia Vol. 17. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2004. Pág. 69-91.

GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DEL CARIBE COLOMBIANO. La creación del primer cementerio público en Barranquilla: un documento inédito sobre un evento del final de la colonia en el sitio de Barranquilla. En: Memorias Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe. Año 2, N° 2. Barranquilla: Uninorte, 2005. 19 p.

GUERRA, François-Xavier. Modernidad e independências: ensayos sobre revoluciones hispánicas. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2000. 407 p.

GUERRA LUNA, Andrea. Transformación de áreas de entierro durante el virreinato de Nueva España. En: Memorias digitales XVI Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Lima: Red Peruana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, 2015. 11 p.

GUTIÉRREZ, Ramón. Notas sobre los cementerios españoles y americanos, 1787-1850. En: Cuadernos de la Historia del Arte N° 41. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Pág. 311-329.

GUTIÉRREZ ESCUDERO, Antonio. El virrey D. Félix Berenguer de Marquina y el virreinato de Nueva España. En: Memorias Jornadas de Historia Marítima 2002: Los virreyes marinos de la América hispana. Madrid: Instituto de Historia y Cultura Naval, 2002. Pág. 31-50.

GUZMÁN MONROY, Virginia. El Virrey Martín de Mayorga y las medidas contra la epidemia de viruela de 1779. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 224-242.

HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo. Escritos científicos de don José Celestino Mutis. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1983. Dos tomos.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Carolina y MORA SÁENZ, Julián. Proyecto Museo Cementerio General de San José... memoria de nuestra historia. San José de Costa Rica: Junta de Protección Social de San José / Administración del Cementerio General de San José, 2014. 156 p.

HERRERA BALAM, Limbergh. El Cementerio General de Mérida: sus voces y su historia. 190 años de existencia (1821-2011). Mérida (México): Ayuntamiento de Mérida, 2011. 234 p.

------. La Mérida de Yucatán en el siglo XVIII: la religiosidad española con base en sus testamentos. En: CHICO PONCE DE LEÓN, Pablo A. y ROMÁN KALISCH, Manuel A. (Coordinadores). Procesos de conformación espacial y constructiva de los establecimientos religiosos. La construcción de una utopía en Yucatán y en otras regiones novohispanas. Mérida (Yucatán): Facultad de Arquitectura Universidad Autónoma de Yucatán / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología – CONACYT, 2011. Pág.: 145 – 155.

HERRERA MORENO, Ethel. El Panteón Francés de la Piedad como documento histórico: una visión urbano – arquitectónica. Ciudad de México: Conaculta – INAH, 2013. Dos tomos.

------. Nuestra Señora de los Ángeles: un panteón de la Ciudad de México. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 98-114.

HÍJAR ORNELAS, Tomás de. Vida de catacumbas: la comunidad de monjas dominicas de Santa María de Gracia de Guadalajara, entre 1861 y 1951. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 30. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2014. Pág. 250-282.

IBÁÑEZ, Pedro María. Crónicas de Bogotá y sus inmediaciones [1891], Bogotá, Academia de Historia de Bogotá, Tercer Mundo Editores, Tercera Edición, 1989. Cuatro tomos.

JARAMILLO DE ZULETA, Pilar. El rostro colonial de la muerte. Testamentos, cortejos y enterramientos. En: Revista Credencial Historia N° 155. Bogotá: Biblioteca Virtual Banco de la República, 2002. Pág. 7-12.

JIMÉNEZ MENESES, Orián. El mundo de la vida en la revolución neogranadina: testamentos de la época de la independencia (Estudio preliminar y transcripciones). Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander – Colección Bicentenario, 2012. 522 p.

JORI, Gerard. La ciudad como objeto de intervención médica. El desarrollo de la medicina urbana en España durante el siglo XVIII. En: Scripta Nova Vol. XVII, N° 431. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2013.

KUETHE, Allan J. Anastasio Zejudo en Nueva Granada. En: Boletín de Historia y Antigüedades, Vol. LXIV, N° 718. Bogotá: Academia Colombiana de la Historia, 1977. Pág. 455-475.

LAGUNA ENRIQUE, Martha Elizabeth. Vestigios de una necrópolis neoclásica: el Cementerio de Espada. En: Anales del Museo de América N° 18. Madrid: Ministerio de Educación Cultura y Deporte - Subdirección General de Documentación y Publicaciones, 2010. Pág. 192-211.

LAMILLA GUERRERO, Eloísa. Guía Patrimonial del Cementerio Central de Neiva (Huila). Bogotá: Fundación Erigaie, 2012. 62 p.

LATASA VASSALLO, Pilar. Negociar en red: familia, amistad y paisanaje. El virrey Superunda y sus agentes en Lima y Cádiz (1745-1761). En: Anuario de Estudios Latinoamericanos, Vol. 60, No 2. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 2003. Pág. 463-492.

LATORRE MENDOZA, Luis. Historia e historias de Medellín (1934). Biblioteca básica de Medellín N° 22. Medellín: ITM, 2006. 473 p.

LAVAYÉN MENDOZA, Carlos René. El cementerio General de la ciudad de Cochabamba. Cochabamba: Kipus, 2018. 135 p.

------. Historia completa del Cementerio General de Cochabamba. En: *Opinión*, Cochabamba (Bolivia), 1° de noviembre de 2012. 12 p.

LE GOFF, Jacques. El Nacimiento del purgatorio. Madrid: Taurus, 1985. 449 p.

LEACH, Edmund. Cultura y Comunicación: La lógica de la conexión de los símbolos. Madrid: Siglo XXI, 1976. 142 p.

LEÓN CÁZARES, María del Carmen. A cielo Abierto: Convivencia en plaza y calles En: RUBIAL GARCÍA, Antonio (coordinador). Historia de la Vida Cotidiana en México: la ciudad barroca, Ciudad de México: Centro de Estudios Históricos, 2005. Pág. 19-45.

LEÓN LEÓN, Marco Antonio. Un simple tributo de amorosa fe: la celebración de la fiesta de difuntos en Santiago de Chile, 1821-1930. En: Historia N° 29. Santiago de Chile: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1995. Pág. 159-184.

------. Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883 – 1932. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam) – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1997. 282 p.

LIMA, Christina. Cemitérios de Minas: cultura e arte. Belo Horizonte: s.n., 2015. 208 p.

LOAIZA CANO, Gilberto. Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX. Cali: Universidad del Valle, 2014. 292 p.

LOHMANN VILLENA, Guillermo. Los Ministros de la Audiencia de Lima en el reinado de los Borbones: 1700-1821. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1974. 200 p.

LÓPEZ, Gregorio. Las Siete Partidas del sabio rey don Alonso el nono / nuevamente glosadas por el licenciado Gregorio López, Reproducción facsimilar de la edición de Salamanca por Andrea de Portonaris, 1555, Boletín Oficial Estado, D.L. Madrid, 1974. 534 p.

LÓPEZ CANO, Luis Francisco (Director). Informe final Proyecto Arqueológico Hacienda Cañasgordas (Cali-Valle del Cauca). Siglos XVII-XIX. Reconocimiento, prospección e intervenciones en el contexto funerario. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH, 2014. 282 p.

LÓPEZ MATO, Óscar. Morir en Buenos Aires: Entierros, velatorios y cementerios en la vieja ciudad. En: Todo es Historia N° 424. Muertes, velatorios y entierros en la tradición argentina. Buenos Aires: Todo es Historia, 2002. Pág. 6-16.

LÓPEZ SARRELANGUE, Delfina. Una Villa mexicana en el siglo XVIII: Nuestra Señora de Guadalupe. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Históricas – UNAM / Miguel Ángel Porrúa, 2005. 302 p.

LÓPEZ VILAR, Marta. Dos viajes al más allá. Madrid: Biblioteca ELR Ediciones, 2005. 141 p.

LOSSIO CHÁVEZ, Jorge Luis. Purificando las atmósferas epidémicas: la contaminación ambiental en las políticas de salud (Lima, siglo XIX). En: Revista Histórica, Vol. 25, N° 25. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001. Pág. 135-160.

LUGO OLÍN, María Concepción. El Ceremonial barroco de la muerte. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad

de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 23-28.

----- y MALVIDO, Elsa. Las epidemias en la ciudad de México, 1822-1850. En: HERNÁNDEZ FRANYUTI, Regina (Comp.). La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX. Vol. II. Ciudad de México: Instituto José María Luis Mora, 1984. Pág. 303-364.

-----, Relatos de ultratumba. Antología de ejemplos sobre el purgatorio. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2007. 329 p.

LYNCH, John. El imperio colonial y el fin de los Austrias. Madrid: El País, 2007. 480 p.

-----, El siglo de las reformas: la Ilustración. Madrid: El País, 2007. 479 p.

-----, España bajo los Austrias (Tomos I y II). Barcelona: Península, 1970.

-----, La España del siglo XVIII. Barcelona: Crítica, 2010. 408 p.

-----, Los primeros Borbones: 1700-1759. Madrid: El País, 2007. 480 p.

MACERA, Pablo, JIMÉNEZ BORJA, Arturo y FRANKE, Irma. Trujillo del Perú: Baltazar Jaime Martínez Compañón - Acuarelas, siglos XVIII. Lima: Fundación del Banco Continental para el fomento de la educación y la cultura - EDUBANCO, 1997. 254 p.

MARCHANT RIVERA, Alicia y RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco (Editores). La muerte desde la Arqueología, la Historia y el Arte. I Jornadas Internacionales de Cementerios Patrimoniales. Málaga: Universidad de Málaga - Vicerrectorado de Investigación, 2013. 164 p.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su "generación ilustrada" en la tempestad de Los Andes. 1781 -1788. En: Tiempos de América N° 12, Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 2005. Pág. 43-111.

MÁRQUEZ VALDERRAMA, Jorge. Ciudad, miasmas y microbios. La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005. 287 p.

MARTÍ I LÓPEZ, Elisa. Un paseo por el Cementerio de Poblenou. Barcelona a través de sus cementerios. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 2004. 131 p.

MARTÍ GILABERT, Francisco. Carlos III y la política religiosa. Madrid: Ediciones Rialp. 2004. 195 p.

MARTÍNEZ CORTÉS, Fernando. De los miasmas y efluvios al descubrimiento de las bacterias patógenas: los primeros cincuenta años del Consejo Superior de Salubridad. Ciudad de México: Secretaria de Salud, 1993. 213 p.

MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ, Ana María. El discurso ilustrado: ¿Secularización de la sepultura? En: Memorias V Congreso Argentino de Americanistas 2004. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Americanistas, 2004. Pág. 213-240.

------. Y el cuerpo a la tierra... en Córdoba del Tucumán. Costumbres sepulcrales. Siglos XVI-XIX. En: Apuntes Vol. 18, Números 1 y 2. Bogotá: Instituto Carlos Arbeláez Camacho para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano (ICAC) – Pontificia Universidad Javeriana, 2005. Pág. 8 – 25.

MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Margarita G., STEFANÓN LÓPEZ, María Elena y VALERDI NOCHEBUENA, María Cristina. Costumbres, Rituales y espacios funerarios. Puebla: Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C. – Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013. 244 p.

MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Margarita G. El arte funerario de la ciudad de México. Ciudad de México: Gobierno del Distrito Federal, 1999. 182 p.

MARTÍNEZ GARNICA, Armando. La independencia en Pamplona y El Socorro. En: Revista Cultural de Santander N° 5. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2010. Pág. 18-33.

----- y GUTIÉRREZ ARDILA, Daniel. Quién es quién en 1810. Guía de forasteros del Virreinato de Santafé. Bucaramanga: Escuela de Ciencias Humanas - Universidad Industrial de Santander, Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2010. 388 p.

MARTÍNEZ LÓPEZ CANO, María del Pilar, VON WOBESER, Gisela y MUÑOZ CORREA, Juan Guillermo (coordinadores). Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial. México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas - Facultad de Filosofía y Letras, 1998. 280 p.

MARULANDA RESTREPO, Juan Sebastián. Comprando la eternidad a veinte mil el millar. El Crédito religioso en la Provincia de Antioquia, 1675-1750. Medellín: Instituto para el Desarrollo de Antioquia - IDEA, 2013. 127 p.

----- . Economía, piedad y política: censos y cofradías en la ciudad de Antioquia y la villa de Medellín, siglo XVIII. En: RESTREPO OLANO, Margarita (Ed.). Efectos del reformismo borbónico en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario – Universidad Pontificia Bolivariana, 2018. Pág. 169 – 188.

MATO, Alfonso y FRAGA VÁZQUEZ, Xosé A. José Alonso López y Nobal. En: Álbum da Ciencia. Culturagalega.org. Consello da Cultura Galega, <http://www.culturagalega.org/albumdaciencia/detalle.php?id=241> (Consultado el 30/03/2018).

MCFARLANE, Anthony. Colombia antes de la independencia: economía, sociedad y política bajo el dominio borbón. Bogotá: Banco de la República – El Áncora editores, 1997. 577 p.

MEJÍA MONTTOYA, Alfonso. Semblanzas de los vicarios superintendentes José Jerónimo, Alberto María y José Miguel de la Calle: homenaje del Concejo de Envigado en el bicentenario de la fundación de la ciudad. Envigado: Centro de Historia, 1977. 151 p.

MÉNDEZ FAUSTO, Isabel Eugenia. El núcleo médico funerario del Hospital Civil: siglos XVIII y XIX. Guadalajara (México): Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, 2009. 203 p.

------. La muerte en Guadalajara, siglos XVIII y XIX. En: Vita Brevis. Revista electrónica de estudios de la muerte: Ideas de la muerte en México. N°. 3, Año 2. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia – INAH, 2013. Pág. 42-62.

------. Lectura del espacio urbano y cementerial: Guadalajara y Mezquitán en el siglo XX. Colima: Universidad de Colima, 2016. 306 p.

------. Lugares y actitudes, la muerte en la ciudad de Guadalajara, siglos XVIII y XIX. Tesis de Maestría. Guadalajara (México): Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, División de Estudios Históricos y Humanos. Maestría en Historia, 2005. 374 p.

MERAZ MORENO, Alejandro y LANDA JUÁREZ, Érica Itzel. Entierros en el antiguo panteón de Santa Paula de la ciudad de México. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 89-97.

MIRANDA PACHECO, Sergio. El juicio de residencia al virrey Revillagigedo y los intereses oligárquicos en la Ciudad de México. En: Estudios de Historia Novohispana, volumen 29, N°. 29. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2003. Pág.: 49-75.

MOLINA CASTAÑO, David Esteban. Tumbas de indignos: cementerios no católicos en Colombia (1825 – 1991). Tesis de Doctorado. Medellín: Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín. Doctorado en Historia, 2013. 535 p.

-----, Tumbas de profanadores: aproximación histórico-patrimonial a los cementerios no católicos en Colombia luego de 1886. En: CANO VARGAS, Alexander (Compilador). Historiar: patrimonio, memoria e historia. Medellín: Fondo Editorial ITM - Capítulo Antioquia Asociación Colombiana de Historiadores, 2016. Pág. 63-83.

MONTERO RECORDER, Cynthia. La capellanía: una de las prácticas religiosas para el más allá. En: MARTÍNEZ LÓPEZ CANO, María del Pilar, VON WOBESER, Gisela y MUÑOZ CORREA, Juan Guillermo (coordinadores). Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial. México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas - Facultad de Filosofía y Letras, 1998. Pág. 131-142.

MONTOYA GUZMÁN, Juan David. Visita Eclesiástica a la Provincia de Antioquia (1793). Documentos inéditos. En: Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. XCVII, No. 848. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, enero - marzo 2010. Pág. 161 – 184.

MORALES, María Dolores. Cambios en las prácticas funerarias. Los lugares de sepultura en la ciudad de México, 1784-1857. En: Historias 27. Ciudad de México: Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), octubre 1991 – marzo 1992. Pág. 97-104.

MORENO ATANCE, Ana María. Cementerios murcianos: arte y arquitectura. Tesis de Doctorado. Madrid: Universidad Complutense de Madrid – Facultad de Geografía e Historia. Doctorado en Historia de Arte, 2005. 769 p.

MORIN, Edgar. El hombre y la muerte. Madrid: Kairós, 1994. 373 p.

MURIEL DE LA TORRE, Josefina. Hospitales de la Nueva España. Tomo II. Fundaciones de los siglos XVII y XVIII. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas / Cruz Roja Mexicana, 1991. 435 p.

NIEVES SOSA, Emilce. La creación del Cementerio Público de Mendoza. En: Temas de Patrimonio Cultural N° 13: Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte. Tomo II. Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2005. Pág. 569-586.

NÓVOA, Manuel. La obra pública de los ingenieros militares. En: CÁMARA MUÑOZ, Alicia (Compiladora). Los ingenieros militares de la monarquía hispánica en los siglos XVII y XVIII. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica (CEEH), 2005. Pág. 183 – 202.

OCAMPO SUÁREZ-VALDÉS, Joaquín. Jovellanos: Ilustración, economía y «felicidad pública». En: Cuadernos Dieciochistas 11. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2010. Pág. 93-117.

OJEDA FERNÁNDEZ, Ana María. Los rasgos culturales de la muerte (1860-1930). Cerro Panteón, Valparaíso. Santiago de Chile: Dirección de Gestión Patrimonial - Ilustre Municipalidad de Valparaíso, 2015. 299 p.

ORTEGA RICAURTE, Enrique. Cementerios de Bogotá. Bogotá: Editorial Cromos, 1931. 290 p.

OPINA VÁSQUEZ, Tulio. El oidor Mon y Velarde: regenerador de Antioquia. Medellín: Tipografía Externado, 1901. 32 p.

OSTOS MARINÑO, Rosa. Hedor, exilio y letra: los epitafios del cementerio Presbítero Maestro de Lima. En: Estereograma, año 2, N° 8. Lima: Grupo Estereograma, 2009. Pág. 54-59.

----- y ESPINOSA URETA, Antonio. Parca Voz: los epitafios del cementerio Presbítero Matías Maestro de Lima. Lima: Municipalidad de Lima, 2015. 219 p.

PASTOR LLANEZA, María Alba y MAYER GONZÁLEZ, Alicia (Coordinadoras). Formaciones religiosas en la América colonial. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México -UNAM, 2000. 262 p.

PATINÑO MILLÁN, Beatriz. Riqueza, pobreza y diferenciación social en la Provincia de Antioquia durante el siglo XVIII. Medellín: Grupo de Investigación en Historia Social – Universidad de Antioquia, 2011. 281 p.

PERAL PACHECO, Diego Felipe. El cólera y los cementerios en el siglo XIX. En: Norba, Revista de Historia N° 11-12. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1991-1992. Pág.: 269-278.

PÉREZ GONZÁLEZ, Salvador David. El Ilustre canónigo Cristóbal Buenaventura de Torres, mayordomo de fábricas de San Sebastián. En: Pregón Semana Santa 2012. Antequera: Cofradía del Mayor Dolor, 2012. Pág. 21 – 31.

PÉREZ MONSALVE, Bladimir. “Portadas de la eternidad”. Cementerios: espacios sagrados y urbanos, Medellín, 1828 – 1933. Trabajo de grado (Historia). Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, 2012. 209 p.

PÉREZ NARANJO, Ana María. Salubridad y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada, 1760 – 1810. Tesis (Máster en Historia). Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Departamento de Historia. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas. 2008. 219 p.

PÉREZ-MALLAINA BUENO, Pablo Emilio. Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001. 477 p.

PESET, Mariano, MANCEBO, Pilar y PESET, José Luis. Temores y defensa de España frente a la peste de Marsella de 1720. Madrid: Asclepio, 1971. 59 p.

PIEDRAHÍTA ECHEVERRI, Javier (Monseñor). Monografía histórica de la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria. Medellín: Grafoprint, 2000. 550 p.

PIQUEMAL, Jacques. Essais et leçons d'histoire de la médecine et la biologie. París: Universidad de Francia, 1993. 175 p.

PLATT, Tristan. Tributo y Ciudadanía en Potosí, Bolivia. Consentimiento y libertad entre los ayllus de la Provincia de Porco, 1830-1840. En: GARCÍA JORDÁN, Pilar (Editora). Dinámicas de poder local en América Latina, siglos XIX-XXI. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2009. Pág.: 109-164.

QUIRÓS LINARES, Francisco. La cartografía de la metrópoli en el Atlas de España y sus Posesiones de Ultramar (1847-1870), de Francisco Coello. Características, fuentes y colaboradores. En: Ería N° 81. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2010. Pág. 63-92.

RAMÍREZ MARTÍN, Susana María. José Domingo Díaz: Un Médico venezolano al servicio de la causa Realista. En: XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas Gumersindo Busto, septiembre de 2010. Pág. 149-166.

RAMÍREZ SÁNCHEZ, Manuel. Historias en la Piedra. La escritura última en los cementerios ingleses de Canarias. Madrid: Dykinson S.I., 2016. 264 p.

RAMÓN JOFFRÉ, Gabriel. La Metamorfosis de los espacios funerarios en la Lima colonial: el cementerio extramuros. En: REPETTO MÁLAGA, Luis (Coordinador). Presbítero Maestro: Museo cementerio de Lima. Lima: ICOM LAC – Sociedad de Beneficencia Lima Metropolitana, 2003. Pág. 29-36.

----- . La política borbónica, el espacio urbano y el Cementerio General de Lima, (1760-1820). En: Revista Histórica Vol. 28, N° 1. Lima: Departamento de Humanidades - Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004. Pág. 91-130.

REDONDO GÓMEZ, Maruja. Cartagena de Indias: cinco siglos de evolución urbanística. Bogotá: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2004. 238 p.

REPETTO MÁLAGA, Luis. 200 años del Presbítero Maestro: primer cementerio monumental de América Latina. Lima: MIXMADE Producciones Editoriales, 2008. 125 p.

----- . Museo Cementerio Presbítero Maestro. Lima: Sociedad de Beneficencia de Lima Metropolitana – Municipalidad de Lima, 2017. 117 p.

----- . Presbítero Maestro: Museo cementerio de Lima. Lima: ICOM LAC – Sociedad de Beneficencia Lima Metropolitana, 2003. 79 p.

REPETTO TIÓ. Beatriz. Prácticas funerarias coloniales yucatecas. En: Memorias del Segundo Congreso Internacional de Mayistas. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

RESTREPO, José Manuel. Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional. Edición académica de Leticia Bernal Villegas. Medellín: Universidad de Antioquia, 2009. Dos tomos.

RESTREPO, Juan Pablo. La Iglesia y el estado en Colombia. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Fondo de la Promoción de la Cultura Banco Popular. Volumen 132, Tomo I, 1987. 675 p.

RESTREPO MANRIQUE, Daniel. La Iglesia de Trujillo (Perú) bajo el episcopado de Baltasar Jaime Martínez Compañón, 1780-1790. Volumen 1. Bilbao: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 1992. 560 p.

RESTREPO OLANO, Margarita (Ed.). Efectos del reformismo borbónico en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario – Universidad Pontificia Bolivariana, 2018. 229 p.

REY ASHFIELD, William. Higiene y belleza. Dos tópicos determinantes de la arquitectura funeraria montevideana en el siglo XIX. En: Sevilla: Atrio Revista de Historia del Arte N° 23, 2017. Pág. 108-121.

REYES, Luis. No hay tumbas para la eternidad. En: Tiempo N° 1823. Barcelona: Grupo Zeta, 11 de enero de 2008.

RHEIMS, Nathalie. Le Père-Lachaise: jardin des ombres. Neuilly sur Seine: Éditions Michel Lafon, 2014. 221 p.

RIVAS ÁLVAREZ, José Antonio. Miedo y Piedad: testamentos sevillanos del siglo XVIII. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1986. 263 p.

RODRÍGUEZ ÁLVAREZ; María de los Ángeles. Usos y costumbres funerarias en la Nueva España. Morelia: El Colegio de Michoacán, 2001. 317 p.

RODRÍGUEZ BARBERÁN, Francisco Javier. Los Cementerios en la Sevilla Contemporánea. Análisis histórico y artístico (1800-1950). Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1996. 375 p.

RODRÍGUEZ CARRASCO, José Jerónimo. El ilustrado Domenico Caracciolo: de Malpartida de la Serena (1715) a Virrey de Sicilia (1781-1786). En: España: Nación y Constitución y otros estudios sobre Extremadura. IÑESTA MENA, Félix y MATEOS ASCACÍBAR, Francisco. Llerena: Sociedad Extremeña de Historia, 2012. Pág.: 91-104.

RODRÍGUEZ CASAL, Antón A. y GONZÁLEZ LOPO, Domingo. Semata. Ciencias Sociais e Humanidades. Vol. 17. Muerte y ritual funerario en la historia de Galicia. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2006. 598 p.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Ana Luz. Cofradías, Capellanías, Epidemias y Funerales: una mirada al tejido social de la independencia. Bogotá: Banco de la República y El Áncora, 1999. 236 p.

------. Testadores y finados: miembros activos de la sociedad independentista. Actitudes y representaciones en torno a la muerte a comienzos del siglo XIX. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura N° 12. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1998. Pág.: 35-72.

RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco José. Cuando los muertos hablan: valores humanísticos, históricos y sociales de las tumbas. Málaga: Sociedad Erasmiana de Málaga, 2018. 109 p.

------. Historia del Arte de Málaga N° 17. La ciudad silenciada. Los cementerios de Málaga. Málaga: Prensa Malagueña, 2011. 139 p.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Martha Eugenia. La influencia de los cementerios en la salud pública. En: DAHLGREN DE JORDÁN, Barbro (Compiladora). III Coloquio de Historia de la

Religión en Mesoamérica y áreas afines. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Antropológicas Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. Pág.: 125 – 131.

RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, Luis Enrique y POLO RODRÍGUEZ, Juan Luis. Universidades hispánicas: colegios y conventos universitarios en la edad moderna (Tomo II). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2010. 368 p.

ROJAS SALAZAR, Carlos Arnulfo. Amos del oro, siervos del rey, ciudadanos del reino: la élite de Popayán y los procesos de independencia hispanoamericanos, 1808-1820. Tesis (Doctorado en Historia). Salamanca: Universidad de Salamanca. Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea. Facultad de Geografía e Historia. 2015. 738 p.

ROMERO TERREROS Y VINENT, Manuel. Apuntes biográficos del Ilustrísimo Sr. D. Juan Gómez de Parada, Obispo de Yucatán, Guatemala y Guadalajara. Ciudad de México: Tip. de la viuda de F. Díaz de León, 1908. 13 p.

RUBIO, Ozías S. y BRICEÑO, Manuel. Tunja desde su fundación hasta la época presente. Obra escrita sobre documentos auténticos. Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1909. 353 p.

RUBIO HERNÁNDEZ, Alfonso. Víctor de Salcedo y Somodevilla. La carrera ascendente de un hidalgo en la reforma militar de la Nueva Granada. En: Berceo N° 154. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2008. Pág. 173-190.

SANZ DE ANDRÉS, María Mercedes. El cementerio del Real Sitio de San Ildefonso en la corte ilustrada de Carlos III. En: Estudios segovianos N° 107. Segovia: Centro de Estudios Segovianos - Instituto Diego de Colmenares, 2007. Pág. 511-604.

SAGUAR QUER, Carlos. Arquitectura funeraria madrileña del siglo XIX. Tesis Doctoral. Madrid: Departamento de Historia del Arte I (Medieval), Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, 1989. 953 p.

-----, Carlos III y el restablecimiento de cementerios fuera de poblado. En: Fragmentos N° 12-13-14. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - CSIC, 1988. Pág. 240-259.

-----, Ciudades de la memoria. Proyectos de arquitectura funeraria de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando N° 81. Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1995. Pág.: 449-476.

-----, El Cementerio del Este de Barcelona. Antonio Ginesi y la crisis del vitruvianismo. En: Goya N° 214. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano, 1990. Pág. 210-219.

-----, La última obra de Juan de Villanueva. El Cementerio General del Norte de Madrid. En: Goya N° 196. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano, 1987. Pág. 213-221.

SALAZAR ANDREU, Juan Pablo y MÉNDEZ SÁNCHEZ, Fernando. La visita general de don Juan de Palafox y Mendoza (1640-1647). Ciudad de México: Tirant lo Blanch, 2017. 228 p.

SÁNCHEZ HERRERA, Juan Carlos. Del catafalco al ataúd y a la urna: cambios significativos en las prácticas funerarias. Trabajo de grado (Antropología). Bogotá: Universidad de los Andes - Facultad de Ciencias Sociales-Ceso, 2008. 160 p.

SÁNCHEZ JARAMILLO, Luis Fernando. Territorialización de la Muerte en una Región de Frontera. Antioquia – Cauca 1851-1901. Tesis de Doctorado. Medellín: Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín. Doctorado en Historia, 2016. 523 p.

SANTAMARÍA LOZANO, Encarnación y DABRIO, María Luz. La Policía Sanitaria Mortuoria y su proceso de secularización en la Sevilla de la Ilustración (1750-1800). En: Medicina & historia. Revista de estudios históricos de las ciencias médicas N° 50. Barcelona: Centro de Documentación de Historia de la Medicina de J. Uriach & Cía., 1993. Pág. 1-16.

SANTONJA CARDONA, José Luis. La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el antiguo régimen. En: Revista de Historia Moderna N° 17 (1998-99). Alicante: Universidad de Alicante, 1999. Pág. 33-44.

SEMPÉ, María Carlota y FLOREZ, Olga Beatriz. El Cementerio de La Plata y su contexto histórico. La Plata: Municipalidad de La Plata, 2011. 411 p.

SEVILLA, Jorge Ariel y SEVILLA, Fabián. Vecinos en la eternidad: historias, arte y simbología del Cementerio Antiguo de la Ciudad de Mendoza. Mendoza: Editorial municipal, 2006. 143 p.

SIEGRIST DE GENTILE, Nora. Enterramientos antiguos en las iglesias de la ciudad de Buenos Aires: siglos XVII y XVIII. En: Temas de Patrimonio Cultural N° 13: Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte. Tomo II. Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2005. Pág. 533-553.

SIGERIST, Henry. Hitos en la historia de la salud pública. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1998, 104 p.

SILVA, Renán. La ilustración en el Virreinato de la Nueva Granada. Medellín: La Carreta Editores, 2005. 243 p.

------. Las epidemias de viruela de 1782 y 1802 en el Virreinato de Nueva Granada. Medellín: La Carreta Editores, 2007. 215 p.

SILVA CONTRERAS, Mónica. Hierro fundido en plazas y cementerios del siglo XIX: Caracas y Valencia entre incontables ciudades. En: Apuntes Vol. 18, Números 1 y 2. Bogotá: Instituto Carlos Arbeláez Camacho para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano (ICAC) – Pontificia Universidad Javeriana, 2005. Pág.: 90-105.

SILVA GARCÍA, Antonio Ramón. Documentos para la historia de la Diócesis de Mérida. Tomo Primero. Mérida (Venezuela): Imprenta Diocesana, 1908. 384 p.

------. Recuerdo Histórico Patriotismo del Clero de la Diócesis de Mérida. Ofrenda en el Centenario de la Independencia de Venezuela. Mérida (Venezuela): Imprenta Diocesana, 1911. 229 p.

SMITD, Andrea J. Piedad e ilustración en relación armónica. Josep Climent i Avinent, obispo de Barcelona, 1766-1775. En: Manuscrits - Revista d'història moderna N° 20. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 2002. Pág. 91-109.

SOLÍS, María del Rosario. La obra de José Rossi y Rubí en el *Mercurio Peruano*: búsqueda y creación del lector criollo ilustrado. En: Tinkuy Boletín de Investigación y Debate N° 6. Serie Discursos Coloniales N° 1. Montréal: Section d'Études hispaniques Université de Montréal, 2007. 108 p.

SOTO CASTILLO, Águeda y GONZÁLEZ SMITH, María Paz. El Umbral de la Vida a la Muerte: Develando un Vínculo Histórico entre el Cementerio General y el Antiguo Hospital San José. En: Memorias digitales XV Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Quillota: Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales - Municipalidad de Quillota, 2014. 22 p.

STEFANÓN LÓPEZ, María Elena. El primer cementerio extramuros de la Ciudad de Puebla. En: Antología 6ª Reunión Nacional Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C. Mérida: Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C. – Universidad Autónoma de Yucatán – Facultad de Antropología, 2009. Pág. 177 – 191.

------. El proceso de secularización a la luz de los registros de entierro. Puebla, siglos XVIII – XIX. En: MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Margarita G., STEFANÓN LÓPEZ, María Elena y VALERDI NOCHEBUENA, María Cristina. Costumbres, Rituales y espacios funerarios.

Puebla: Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios A.C. – Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013. Pág. 145 – 156.

-----, “La dulce y santa muerte”: los libros de Ars Morendi en el acervo de Santa Mónica de Puebla. En: Memorias XIV Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2013. Pág. 147-156.

SUBIRATS, Eduardo. La Ilustración insuficiente. Madrid: Taurus, 1981. 142 p.

THOMAS, Louis - Vincent. Antropología de la Muerte. México: Fondo de Cultura Económica, 1983. 640 p.

-----, El cadáver. De la biología a la antropología. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. 196 p.

-----, La muerte. Una lectura cultural. Barcelona: Paidós, 1991. 159 p.

-----, Mort et Pouvoir. París: Editions Payot & Rivages, 2010. 222 p.

THOMASON, Phillip Brian. El Coliseo de la Cruz, 1736-1860: estudio y documentos. Woodbridge (Suffolk): Tamesis, 2005. 234 p.

THIBAUT-PAYEN, Jacqueline. Les morts, l'Église et l'État. Recherches d'histoire administrative sur la sépulture et les cimetières dans le ressort du parlement de Paris aux XVIIe et XVIIIe siècles. París: Editions Fernand Lanore, 1977. 456 p.

TORRES URREGO, Juan Diego. Actitudes ante la muerte asociadas a la mentalidad de las élites de Medellín. El caso del Cementerio San Pedro, siglos XIX y XX. Trabajo de grado (Historia). Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, 2019. 207 p.

-----; Bernal Botero, Diego Andrés; Tabares Arboleda, Maribel; Buriticá, Juan Carlos; Suárez Quirós, Jorge Andrés y Suárez Tangarife, Frankly Alberto. Cíncel y mármol. La familia Rodríguez Roldán y el oficio de lo fúnebre. En: ESCOBAR VILLEGAS, Juan Camilo (Coordinador académico y curatorial). Piedra, papel y tijera: Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931). Medellín: Editorial EAFIT – Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, 2018. Pág.: 155-181.

TORRE VILLAR, Ernesto de la. Don Juan de Palafox y Mendoza: pensador político. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. 108 p.

TÓRREZ, Yuri F. Cochabamba en el siglo XIX: el cementerio y su efecto disciplinario. En: Memorias XVI Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Lima: Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, 2015. 7 p.

TURBAY CEBALLOS, Sandra. Las familias indígenas de Santafé, Nuevo Reino de Granada, según los testamentos de los siglos XVI y XVII. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Vol. 39, N° 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012. Pág.: 49-80.

VALDÉS DÁVILA, Alma Victoria. Itinerario de los muertos en el siglo XIX Mexicano. Ciudad de México: Plaza y Valdés Editores, 2009. 230 p.

----- . Testamentos, muerte y exequias: Saltillo y San Esteban al despuntar el siglo XIX. Saltillo (Coahuila-México): Centro de Estudios Sociales y Humanísticos A.C., 2000. 190 p.

----- . Tumbas y cementerios en el siglo XIX mexicano. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 74-88.

VALERDI NOCHEBUENA, María Cristina (Coordinadora). Espacios funerarios... una mirada holística. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2011. 143 p.

VALLEJO GARCÍA-HEBIA, José María. Los Campomanes, una familia de Hidalgos Asturianos al servicio de la Monarquía (Siglos XVIII-XIX). Madrid: Fundación Cultural de la Nobleza Española, 2007. 175 p.

VARELA, Javier. La Muerte del Rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1500-1885). Madrid: Turner, 1990. 228 p.

VARGAS LESMES, Julián. El muy ilustre Cabildo de Santafé. Finanzas y administración económica. En: La Sociedad de Santafé Colonial. Bogotá: Cinep, 1990. 219 p.

VARGAS POO, Martín Eduardo y COGOLLOS AMAYA, Silvia. La Teología de la Muerte: una visión española del fenómeno durante los siglos XVI al XVIII. En: BORJA GÓMEZ, Jaime Humberto. Inquisición, Muerte y Sexualidad en la Nueva Granada. Bogotá: Ariel-CEJA, 1996. Pág. 117-142.

VIGO TRASANCOS, Alfredo y GÓMEZ VILASÓ, Xosé M. Arquitectura y urbanismo en El Ferrol del siglo XVIII. Santiago de Compostela: COAG, 1984. 305 p.

------. Muerte, luto y memoria fúnebre en el Ferrol del Siglo de las Luces: del cenotafio parroquial de Canido a la fuente-cenotafio de Churruca. En: Semata. Ciencias Sociais e Humanidades. Vol. 17. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2005. Pág. 387-410.

VILA VILAR, Luisa. El viaje de Amedée Frézier por la América meridional. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1991. 385 p.

VILLEGAS, Víctor Manuel. El panteón romántico de Guadalajara. Guadalajara (México): Dirección de Obras Públicas de Ayuntamiento de Guadalajara, 1968. 87 p.

VIÑES, José Javier. La Sanidad española en el siglo XIX. Pamplona: Gobierno de Navarra-Fondo de Publicaciones, 2006. 786 p.

VOVELLE, Michel. La mort et l'Occident. De 1300 á nos jours. París: Gallimard, 1983. 824 p.

ZABALA AGUIRRE, Pilar. Fuentes para el análisis de las fuentes funerarias en el nuevo mundo, siglos XVIXVIII. En: Temas Antropológicos, Vol. 22, No. 2. Mérida (México): Facultad de Ciencias Antropológicas y Universidad Autónoma de Yucatán, 2000. Pág: 190-207.

ZAMORA QUINTANA, Francisco Javier. El patrimonio funerario del Camino Real de Tierra Adentro en el Estado de Durango. En: Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época N° 19 Arquitectura y costumbres funerarias. Ciudad de México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos - Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2011. Pág. 155-164.

ZÁRATE TOSCANO, Verónica. Los nobles ante la muerte en México: actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850). Ciudad de México: Colegio de México – Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005. 484 p.

ZAPARAÍN YAÑEZ, María José. Los Cementerios bajo el reformismo ilustrado. Su problemática en Burgos (1750-1813). En: B.I.F.G. Burgos Año LXXII, N° 207. Burgos: Institución Fernán González, 1993. Pág. 399-410

ZAPATA, Antonio. Notas para la historia de la muerte en el Perú: el debate sobre los cementerios en las páginas del Mercurio Peruano (1792). En: Pretextos N° 2. Lima: Desco, 1991. Pág. 97-102.

ZAPICO, Hilda Raquel. El rey y sus reinos: poder y ceremonias funerarias en el Buenos Aires del Siglo XVII. En: Temas de Patrimonio Cultural N° 13: Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte. Tomo II. Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2005. Pág. 587-611.

----- . Una demostración pública de honor, fama y notabilidad en el Buenos Aires del Siglo XVII: las honras fúnebres. En: Temas de Patrimonio Cultural N° 13: Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte. Tomo II. Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2005. Pág. 613-639.